

Azul tormenta *lluvia añil*

¿Y si existiera la posibilidad de retroceder al pasado y corregir los errores cometidos?

A. V. San Martín

Azul
tormenta,
lluvia añil
A. V. San Martín

Título: Azul tormenta, lluvia añil

©A. V. San Martín, 2017

www.avsanmartin.com

©Portada y maquetación: A. V. San Martín

ISBN: 978-1521047125

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización previa y escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de

ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi familia, los que están,
los que se fueron y los que llegarán.
A ellos debo lo que soy,
lo que pienso y lo que sueño.*

INDICE

LISTA DE CANCIONES RECOMENDADAS

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

PRÓXIMAMENTE

LISTA DE CANCIONES RECOMENDADAS DURANTE LA LECTURA

Todas ellas disponibles y clasificadas en este enlace de spotify.

<https://play.spotify.com/user/21zqf5bj4jscew7vgafvfmthq>

1. James Arthur _ Certain Things
2. James Arhur _ Recovery
3. Fresones Rebeldes _ Al amanecer
4. Lykke Li _ Gunshot
5. Coldplay _ Midnight
6. Midnight Oil _ bed is burning
7. Glen Hansard &Marketa Irglova _ Falling Slowly
8. Hans Zimmer _ Red warrior
9. Muse _ Supermassive black hole
10. The cinematic Orchestra _ Arrival Of the birds
11. Sam Smith _ Life Suppor
12. Guru Josh Project _ Infinity 2008
13. Ry Cuming feat Sara Bareilles _ Always remember me
14. Michael Nyman BSO El piano _ The Heart asks pleasures first
15. M83 _ Midnight city
16. Sia _ Chandelier
17. James Arthur _ Get Down
18. The XX _ Intro
19. The Vamps feat Demi Lovato _ Somebody to you
20. Siniestro total _ Y bailaré sobre tu tumba

21. DeVotchka _ How it ends
22. Francesca Genco BSO Mission Impossible 2 _ Injection
23. Mark Isham (BSO Crash) _ The Rescue
24. Helena Goch _ Perhaps
25. The Royal Concept _ On Our Way.
26. One Republic _ Burning Brigdes (Acoustic)
27. Charli XCX_ Break the rules.
28. Josie Charlwood _ Turning Tables
29. Placebo _ Running up that hill
30. Placebo _ The Bitter End
31. Rihanna feat Mikky Ekko _ Stay
32. Banks _ Waiting Game
33. M83_ Wait
34. James Arthur_ Roses

PRÓLOGO

Definición de las Naciones Unidas de Violencia contra las mujeres,
Resolución de la Asamblea General 48/104 del 20 de diciembre de 1993:

“Es todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga, o pueda tener como resultado, un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para las mujeres, inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de libertad, tanto si se produce en la vida pública o privada”

La violencia contra mujeres y niñas es una de las violaciones a los derechos humanos más sistemáticas y extendidas.

El 70% de las mujeres que mueren de forma violenta en el mundo lo hacen a manos de hombres, generalmente: sus parejas, ex parejas u hombres de su círculo familiar.

Desde 1999 una media de 9,53% más de mujeres es asesinada cada semestre. En total desde ese año, han muerto en toda España 995 víctimas de la violencia de género.

Fuente: Fundación Mujeres

1

54 víctimas mortales por violencia de género.

Año 1999, España.

*Fuente: Ministerio de Sanidad,
Servicios Sociales e Igualdad*

James Arthur _ Certain Things

«Pick»

«Pick»

«Pick»

El sonido de las gotas de lluvia contra la cornisa de la ventana se clava en mi cabeza como un acorde de tortura, un acorde de tortura, que me obliga a volver del olvido. Mi mente se despeja. No, no quiero despertar.

«Pick»

«Pick»

«Pick»

Adoro la lluvia, la adoro en tal extremo que los días nublados alzo la mirada hacia el cielo con perversa ansiedad. Vuelco mis esperanzas en las nubes, adoro las más grandes y oscuras, las de aspecto de algodón de azúcar. Si tan solo pudiera alzar mi mano hasta ellas y estrujarlas. Si tan solo de esa forma consiguiese descargar su agua en torrentes, y que esta empujara y arrastrase todo el tormento que carga mi corazón. Si tan solo fuera así de sencillo, y yo pudiera deshacerme de toda esta inquietud y olvidar.

Soy un león enjaulado, no, era un león enjaulado al que han azotado hasta

disminuir, desmenuzar y encoger en un despojo de cobardía y miseria. No quiero despertar. Cierro los ojos con fuerza ignorando el repiquetear de la lluvia en mi ventana. Quiero volver al mundo de las fantasías. No recuerdo que estaba soñando, pero tengo la certeza de que allí era más feliz. Hoy la lluvia no es mi amiga.

Tengo los ojos pesados como si los párpados pesaran diez kilos cada uno y no puedo levantarlos. Sé que cuando los abra estarán rojos y cargados, y se notará que he llorado ríos de lágrimas, y a Él, eso le molesta.

Sí, muchas personas se sienten inquietas cuando ven sollozar. El nivel de incomodidad sube de cero a cien en milésimas de segundo porque la obligación de detener las lágrimas es acuciante y resulta difícil hacerlo, y eso es incómodo. Los testigos forzosos se bloquean, y recurren a las mismas frases de consuelo una y otra vez: «todo pasará, no te preocupes», «llorar no va a solucionar nada». Todo sirve y es válido con tal de que el llanto desaparezca. Conseguir que alguien deje de llorar, parece la buena obra del día. No es cierto. Es una acción egoísta. Mi madre me enseñó a llorar, sí, a llorar cada pena, cada amargura, cada angustia sin freno. Yo y mi familia dejamos que todo aflore y brote arrastrado por las lágrimas como si fuesen cascadas de agua que empujan y arrastran limpiando todo daño, y dejando solo una superficie limpia y pulida sin restos de inquietud.

Tal vez, por eso adoro la lluvia.

Hay que llorar. Mi madre llora, mi padre llora, mi hermano llora, yo lloro. Somos una familia de llorones que sollozamos, nos abrazamos y en silencio esperamos hasta que no queden más lágrimas. Cuando ya no quedan, no hay nada más que hacer. Ese es el fin de algo y el comienzo de eso otro como si se bajara el telón con el fin de un acto, y se volviese alzar revelando un nuevo acontecimiento totalmente distinto, un nuevo estreno. Hay que llorar, llorar con fuerza, y comenzar de nuevo con más impulso.

Pero Él no quiere que lo haga, odia que lllore, y no porque sienta la obligación de darme consuelo y le incomode no saber cómo hacerlo, Él no quiere que lo haga porque teme que se le culpe.

Es curioso porque, punto número uno; el 90% de las veces que he lo he hecho ha sido por su causa, otras veces, por pura lástima hacia mí misma y, punto número tres, por motivos diversos.

Lo culparán, es su culpa, pero no lo es, será mía.

Creo que en el fondo se trata de eso. Se siente culpable por ser su origen y eso le vuelve loco. Ojalá Él supiera cómo dirigir ese sentimiento positivamente, reflexionar de forma lógica sobre ello y tratar de cambiarlo. Ya no lo creo posible. En el diccionario de la lengua española, al lado de la palabra retorcido, viene su nombre porque eso es lo que es Él, eso es lo que hace. Debe de ser agotador malinterpretar cada situación, cada palabra; ofenderse e irritarse constantemente por razones que solo Él entiende, sentirse atacado con cada conversación o comentario inofensivo.

Él culpa a los demás de sus estallidos de furia. Me culpa a mí porque es débil. Tiene miedo a reconocer que no puede controlar sus emociones, y ese carácter impredecible que convierte mi vida junto a Él en una bomba de relojería que nunca sé cuándo estallará ni el porqué.

Me culpa y de esa forma anula mis motivos para lamentarme o irme. Irme. Lejos. Huir. Pero no lo hago, y Él quiere que crea que mi desolación no tiene fundamento, y yo me escondo e intento amortiguar el sonido de los sollozos para que nadie los oiga.

Mi león está encogido; hace mucho que no le oigo rugir. De nada sirve. Ya no me defiende. No trato de razonar con Él o hacerle comprender. Es un problema sin solución.

Tal vez sea mi culpa, su culpa, tal vez la culpabilidad no exista. Somos como somos y el amor es complicado. Amor ¿Acaso es amor? ¿Puede quedar

amor después del primer golpe?

Íbamos en coche hacia ningún lugar. No recuerdo ni el porqué de la discusión. Una pensaría que debería ser importante recordar el motivo por el que te golpean, por lo menos la primera vez, pero las discusiones con Él siempre comienzan de la forma más ridícula, con un comentario desafortunado o una crítica inofensiva a la que reacciona de manera exagerada. Siempre está a la defensiva, agazapado y dispuesto a embestir para protegerse. Sus ataques no tienen limitaciones ni reservas. Muchas son las veces que asemeja a un animal salvaje herido arremetiendo con todo el arsenal disponible sin que importe el daño que produzca. Sin duda, Él prefiere que sea inmenso puesto que no vacila en arrojar sobre mí las palabras que más duelen, las más sucias, bajas y deshonestas; algunas ciertas, otras falsas pero todas punzantes.

Entonces mi león aún rugía, y luchaba y se defendía. Él conducía imprudentemente desbordado por la furia al borde de temer una colisión, por lo que grité, grité con todas mis fuerzas, quería bajarme del coche, grité desesperada y asustada. Él odia que le grite, no, lo que odia es que cambie el tono o ritmo de mi voz, si parece un poco más agitada o un poco más alta de lo normal ya es signo inequívoco de que soy *unalocadesquiciadaquequiereamargarlelaveda*, pero ese día lo hice alto y fuerte, rugí, y Él lo sintió como miles de alfileres punzando sobre su cabeza. Lo trastornó. Yo encendí la mecha. Debería haberlo sospechado porque cuando el primer golpe llega, una puerta se abre, y una vez la cerradura está forzada se vuelve a abrir una y otra vez. Primero, poquito a poco, muy de vez en cuando hasta el día que no se vuelve a cerrar. Yo forcé esa cerradura y Él abrió la puerta.

Nunca antes me habían golpeado. Recuerdo un tirón de pelos con una prima cuando era una niña por una Barbie, y alguna que otra colleja de mi hermano cuando me “pasaba de graciosa”, pero sin fuerza, jamás como el

sofocante, aplastante y aturdido dolor que sentí cuando me golpeó extendiendo un brazo contra mi tráquea. No fue solo el daño; sentir la nuez aplastada por la fuerza de su ataque lo que me sorprendió. El pesar provenía de la incredulidad, de la idea de que Él fuese capaz de albergar tanta cantidad de rabia y odio contra mí. No entiendo de otra forma su ataque físico. Me congelé, la lesión fue más emocional que corporal. Solo dejó una extraña marca roja en el cuello, pero una gran brecha en mi corazón.

Sin embargo, y a pesar de ello... no lo dejé. Y, sin embargo,... fuimos novios durante 6 años. Y, sin embargo,... nos casamos, y todo empeoró. Ni los celos desmesurados, ni su control sobre mí, ni su intervención en mi aislamiento social, me prepararon para lo que había de llegar.

Tonta de mí, fue mi culpa, no, su culpa, o tal vez fue culpa del destino por habernos cruzado. ¿Tan importante es saber quién es el culpable? Para Él sí, es indispensable puesto que la culpable siempre soy yo, y mi león ya no es el rey de la selva, ya no clama por su orgullo y su poderío; es una criatura débil, cobarde y sumisa que prefiere dormir a vivir porque cada día que pasa no vive, muere un poquito más.

Abro un ojo, se vuelve a cerrar solo. Bueno, nadie puede acusarme de no intentarlo.

Mi cerebro recibe lo que ha visto dos segundos tarde. Abro los dos ojos súbitamente, con sorpresa. No entiendo la imagen que me devuelven. No es mi habitación. Los cierro otra vez y los vuelvo abrir como si eso solucionara la grave avería que en efecto, deben de tener mis circuitos. Todo sigue igual, no reconozco nada. Los vuelvo a cerrar más fuerte y los abro de nuevo. No solo no estoy arreglando la avería, sino que parezco un búho patético y desorientado.

Me incorporo con cuidado, siendo consciente de que mi cuerpo tal vez esté dolorido. No quiero hacer recuento de daños, no quiero pensar cuántos fueron

ni dónde. Lo único que recuerdo es su cara sobre la mía y un cuchillo de cocina en su mano. Mi memoria reproduce lo ocurrido como una maldita película dentro de mi cabeza. No quiero, pero veo su cara desencajada y sus ojos llenos de furia con la promesa de más violencia. No me permito llorar eso será peor, pero noto cómo las lágrimas caen a causa del dolor. Oigo su voz y tiemblo de miedo.

—¡¡¡Te voy a matar!!! Lo has conseguido ¿Es eso lo que querías?

Aprieto un botón de stop imaginario. No quiero, no puedo ver más. Aún no. No estoy preparada para analizarlo. No quiero pensar en ello. No hoy, quizás mañana, después de todo, mañana será otro día; muy Escarlata O ‘Hará, aunque ella era un personaje fuerte, una mujer luchadora que no se rendía y yo... bueno, solo soy yo. Yo no soy nada.

Ocurren varias cosas extrañas, por consiguiente trato de ordenarlas, enumerarlas y clasificarlas en mi cabeza para aclararme:

Punto número uno, no siento dolor en ninguna parte de mi cuerpo. He pasado demasiadas veces por esta avenida, y sé que eso no es lo acostumbrado. Esta avenida tiene baches, surcos y charcos. Es una avenida con grandes problemas de deterioro, como mi cuerpo, y a pesar de ello no encuentro ningún rastro de daño.

Punto número dos, reconozco el lugar en el que me encuentro y eso es lo más insólito. Las probabilidades de que haya acabado aquí son nulas. Miro a mi alrededor. ¿En cuántas habitaciones es posible encontrar cortinas plateadas de tiras de espumillón?, aunque la pregunta más certera es: « si es posible que existan dos personas lo bastante alocadas, para decorar la ventana con cortinas kilométricas de espumillón como si siempre fuera Navidad.» Poco probable.

La idea no fue mía. Mi hermano me las regaló. Su fin, decorar la habitación del piso que compartía mientras estudiaba en la Universidad para

que al mirar hacia la ventana siempre parecería que llueve o ese era el propósito. Lo cierto es que sentía que de un momento a otro aparecería un niño de “Lluvia de estrellas” imitando a cualquier cantante a través de ellas, pero me encantaban. Adoraba esas cortinas y la lluvia, y la Navidad y a mi familia, y esas cortinas me recordaban todo eso.

A partir de la brillante idea, y nunca mejor dicho, de las cortinas, el resto de la decoración para completarla fue fácil. Las paredes las pintamos de “azul oscuro tormenta”, no lo digo yo lo decía el bote, y por eso ni siquiera titubeamos a la hora de elegirlo. Mi madre, que lleva el gen creativo de la familia y en esos momentos su afán era pintar, llenó de nubes lo alto de las paredes. Mi cabecero de la cama eran pequeñas luces de navidad de color azul claro en cables entrecruzados, y decoramos las tulipas de la lámpara con lunas y estrellas porque las mejores tormentas siempre se producen al calor de la noche. Es cierto, según puntualizó mi hermano, que si hay tormenta hay nubes, muchas nubes, no se ven ni la luna ni las estrellas, pero eran pequeños tecnicismos que nos traía al paio a mi familia y a mí como bien decretó mi padre y eso nos hizo reír, ya que así éramos nosotros, peculiares, insólitos y un poco bohemios.

Logramos armonizar con el esfuerzo de todos, la mejor habitación del mundo. Mi padre montando los muebles, mi madre pintando, yo colocando y recolocando y mi hermano dirigiendo toda la actuación, y yo era tan feliz. Aún no lo conocía a Él. Mi vida casi acababa de comenzar y yo era una verdadera leona fan de las mujeres fuertes, seguras de sí mismas y valientes. Mi credo: yo puedo, mi ley: me quiero, mi fin: conseguir todo lo que me propusiera.

Huelo a pintura reciente, huelo a madera de mueble nuevo. Es como si acabáramos de terminar de decorar la habitación. Me levanto. Mis pies desnudos sobre la alfombra mullida. También es azul; sin embargo, es «el azul de un mar embravecido por la tormenta en una noche de invierno», eso decía

mi hermano. Yo no lo veo tan claro no obstante, él insistió en ello con la seriedad propia de un hombre gran ilustrado en ciencias del color lo que es bastante enloquecedor, ya que ni siquiera diferencia el negro del azul oscuro.

La que debe de estar enloqueciendo debo ser yo, si estoy llegando a creer que estoy en mi antigua habitación. Hace diez años que terminé la universidad y desde entonces no he vuelto. Las posibilidades de que continúe tal cual, son más que improbables. Muchas de las cosas que pululan por aquí, me las llevé conmigo para abandonarlas poco después en alguna caja.

Pensar en ello forma un nudo en alguna arteria y fuerza a mi corazón en protestas. Debe de ser una arteria pequeña, ya que lo he oído quejarse con más ahínco y convicción en otros momentos y lugares. Es la única parte de mí que aún siente y se retuerce. Tal vez debería escucharle más a menudo e interpretar sus señales. Tal vez conectarlo con mi lógica y, de esa forma, comenzar a tomar decisiones acertadas en vez de desventuradas. Tal vez.

Duele. Duele pensar que la persona que llegó no es la misma que dejó esta casa, y duele pensar que aún no estaba rota. Nunca oí el, ¡clac!, que determinara en que momento me rompí. Supongo que empezó con una grieta ese día en el coche, y poco a poco esta se volvió más profunda y más larga hasta dejarme convertida en la muñeca rasgada que soy ahora.

Punto número tres, llevo mi antiguo pijama de ositos, aunque no está viejo, y ahora que lo pienso, no sé qué demonios ocurrió con él. Era mi favorito. Mi tía me lo regaló de vuelta de un viaje a Tenerife cuando tenía dieciocho años. No es infantil; sin embargo, está lleno de ositos Teddy. Es de raso muy suave en color rosa pálido, una camisa masculina y pantalones cortos. Sexy, aunque tierno. Nunca importó que en realidad mi madre pidiera una mantelería y no pijamas para todos, ya que nos enamoramos de ellos completamente.

Me miro en el espejo de cuerpo entero apoyado contra la pared.

Punto número cuatro, y tengo un shock. Esta vez, un real y absoluto mega

shock porque más allá de lo extraño del punto número uno, dos o tres cuando me miro en el espejo, este no revela la imagen que me devolvía últimamente; el de una mujer derrotada, sin brillo en la piel, tal vez con los pómulos demasiado hundidos, sombras oscuras y aterradoras debajo de los ojos y ángulos más afilados. Mis treinta y tres años no me pesan como si fuesen el doble. Me veo joven y fresca. La imagen jovial, aunque pasmada, de una mujer que aún no ha cumplido los veinte.

—¡¡Eh!! —Suenan unos golpes en la puerta—. ¡Ana! ¡Date prisa si no quieres llegar tarde el primer día!

Salto por la sorpresa y respiro profundamente para que el aire llegue a mis pulmones, aunque creo que fallo y se me atora en la garganta lo que impide que grite asustada. Soy un ratón cobarde fuera de su madriguera.

Me vuelvo hacia la puerta pesadamente como en una película con una secuencia a cámara lenta, en la que fotograma a fotograma se distingue la manera en que la protagonista cambia su expresión de sorpresa a completa estupefacción.

—¿Lucía? —pregunto mientras abro la puerta ligeramente y asomo mi cabeza por la pequeña hendidura que he abierto.

Ella me mira con las cejas alzadas, si las levanta un poco más no se podrán diferenciar del nacimiento de su pelo. Pero supongo que su expresión es un reflejo de la mía. Debo estar durmiendo todavía y esto es un sueño en el que soy consciente que nada es real. ¿Por qué? Porque la fotografía de Lucía que tengo delante de mí, no coincide con la última imagen que tengo de ella. Su pelo vuelve a estar largo, tan largo como el mío, no lleva reflejos rubios y su mirada es más tierna, menos sabia, pero igual de crítica y está muy delgada; sin embargo, eso no es sorpresa, siempre lo está. Está igual que cuando la conocí, hace quince años, y tengo mi pijama de Tenerife y estoy en el piso que compartía en la Universidad.

—¿Estoy soñando? —pregunto haciendo eco de mis pensamientos. Ella debe de advertir la confusión en mis ojos porque acerca su cara a la mía para mirarme con más detenimiento, pero ahora está frunciendo el ceño con extrañeza y se cruza de brazos.

—¿Eres lesbiana? —me pregunta con picardía.

—¿Uh? —Evidentemente mi capacidad de hablar por siempre sobrevalorada tampoco está ayudando mucho en esta ocasión. Trato de analizar demasiadas paradojas a la vez, y eso está organizando un caos en mi cabeza porque este sueño se siente demasiado real.

Ella me sonrío con sorna.

—Cariño, abres la puerta, me miras como si nunca hubieras visto nada mejor que yo y me preguntas si estas soñando. Esto parece la mala introducción de una peli porno lésbica —frunce el ceño y señala mi pijama con un dedo—. Solo que los ositos claramente sobran.

Le devuelvo la sonrisa inconscientemente a pesar de mi aturdimiento porque Lucía consigue automáticamente eso de la gente que la conoce, es un don innato en ella. Su carisma, su frescura y su desternillante franqueza atraen a las personas como imanes. Ella es mi persona favorita no miembro de la familia, o sea, que lo es por méritos propios. Nos conocimos precisamente enfrente del tablón de anuncios de la Universidad, ambas buscando un piso compartido de estudiantes, ambas matriculadas en la misma especialidad, ambas de signo Géminis y un poco locas, con ganas de comernos el mundo. La conexión fue instantánea, y antes de darnos cuenta buscábamos un piso que cubriese las necesidades y expectativas de las dos porque el destino había decidido que debíamos compartirlo y coexistir juntas, ese destino que tantas veces jugó con mi vida, unas con acierto, otras no tanto y otras condenándome a un infierno.

Con los años la relación con Lucía se había enfriado y la causa fue Él. No

soportaba el tiempo que le dedicaba porque creía que se lo robaba. No quería compartirme con nadie más. Incluso el tiempo con mi familia paso a ser una desgracia. Estaba convencido de que yo les hablaba mal de Él y que por eso lo miraban con desprecio. No era cierto, pero le valía de excusa para ir acortando el tiempo con ellos y distanciando los períodos de visita. Contarles lo que ocurría hubiera abierto la caja de pandora. Mis padres lo aborrecerían, mi hermano lo mataría y me alejarían de Él, y yo no soportaría eso. O sí, y lo defiende ante los demás porque pese a todo Él es vulnerable, y yo temo la soledad y lo necesito o he llegado a creer que lo necesito. ¿Lo necesito?

—Te he echado de menos. Mucho —le digo a Lucía con angustia. Percibo un atisbo de sorpresa en su rostro antes de estrecharla en un estrujón. No le da tiempo a abrir los brazos que tiene cruzados sobre el pecho, y noto que lucha por abrirlos bajo nuestro apretón para darme unas palmaditas amistosas en la espalda.

—Estás mucho más loca que yo si ya me has echado de menos desde anoche. Pronostico un caso muy grave de trastorno y auguro un año muy interesante. —Su tono trasmite tanta seriedad que me vuelvo a sorprender sonriendo.

He sonreído más en el último minuto que en los últimos meses. Si no estuviera tan rota incluso podría haber reído, pero temo que mi risa suene hueca o que ya no sepa cómo hacerlo y suene como un gallo estrangulado. ¿Y si no lo he olvidado, y solo, es que simplemente he perdido la risa? En ese caso, sería mucho más difícil reír porque debería volver al lugar en que la extravié, y temo tener que recordar el momento en que ocurrió. He desarrollado una gran capacidad de memoria selectiva, tratando de borrar aquello que es mejor olvidar. Tal vez ese es el motivo por el que sigo con Él; no porque lo necesite, sino porque me empeño en immortalizar los buenos momentos, los pequeños y grandes detalles con los que me enamoró, y los he

encumbrado en lo alto y como en la pirámide de la dieta mediterránea, esos instantes, aunque en pequeñas cantidades, son indispensables para mi vida.

Lucía y yo somos prácticamente de la misma altura, así que tengo la barbilla apoyada sobre su hombro. Me doy cuenta que tengo los ojos cerrados fuertemente porque los buenos momentos, aquellos que se saborean despacio, no se hacen con ellos abiertos. Termino de degustar este abrazo y abro los ojos lentamente para encontrarme con otros, tan azules y oscuros, como la propia pintura de mi habitación.

—Oh.

Cuando creces dentro de una familia tan unida como la mía, donde habitualmente no tenemos que hablar para entendernos, las palabras prácticamente sobran. Aprendemos a comunicarnos mediante pequeñas expresiones, así que de esa forma mi padre una mañana cualquiera comentaría con un, «¿uhm?», sobre el nuevo intento de mi madre de ampliar sus dotes artísticas mediante el macramé, y mi hermano contestaría con un, «puff», debido a la inminente invasión de madejas de lana. Yo añadiría un, «boh» para restar importancia al hecho de que ya tenemos la casa llena de manteles bordados, cuadros de repujado, jarrones de cerámica, muebles restaurados y lámparas de cristales, y todo eso, sin dejar de comer los cereales del desayuno. Las viejas costumbres son difíciles de abandonar, y son realmente eficaces cuando fallan las palabras.

—Lo siento, no quería interrumpir este momento clara y raramente femenino —comenta el dueño de los ojos color añil alzando las palmas de las manos a la altura de los hombros, con una expresión entre soñolienta e indescifrable.

Si hay una cualidad que defina a Álex, esa es pasota, si eso es realmente un adjetivo. Él se mueve por la vida como si la observara desde el trasfondo de un salón de teatro, participando solo cuando es necesario y siempre de

manera impasible, como si la cosa nunca fuera con él. O por lo menos eso me parecía al principio cuando lo conocí, luego hubo un frío alejamiento entre nosotros cuando mi relación de pareja comenzó a tornarse seria porque Él, siempre Él, no toleraba a Álex, por lo que sencillamente dejé de conocerle. Se licenció antes que Lucía y que yo. Nos lleva un par de años y dejó el piso que compartíamos para irse a vivir con su novia o algo así. Ni en un millón de años había imaginado que volvería a verle, aunque tampoco es como si fuera un reencuentro; simplemente participa en mi sueño perfecta y claramente vívido. Lógico teniendo en cuenta las circunstancias. Él formó parte de mi vida en este período de una forma u otra. La mañana no está siendo igual, pero yo tampoco lo soy.

Me muerdo el labio con nerviosismo, reflexiva y anonadadamente cautelosa. No me atrevo a pensar de otra manera, no a que no sea un sueño. O más en concreto, no quiero hacerme ilusiones. ¿Quién no ha fantaseado alguna vez con poder girar la rueda del tiempo? Retroceder a ese momento y lugar en que se tomó una decisión estúpida que arruinó la vida. Tener una oportunidad de vivir de nuevo de otra manera y con un nuevo final, es una quimera. Si esto no fuera un sueño... y sabiendo lo que sé... consciente de los errores que cometí... y sabiendo lo que quiero, lo que necesito cambiar... si tuviera la oportunidad, solo una oportunidad de intentar ser lo que siempre quise.

Es aterrador permitirme creer en algo así para despertar sabiendo que no ha sido real, sería tan fácil para mí dejarme engañar..., dejarme llevar y cambiar aquello que me condenó, alejarme de Él, no permitirme necesitarlo, no establecer mi vida a su alrededor de manera que no exista otra salida para mí que una total y absoluta dependencia hacia Él.

Necesito una dosis de escepticismo que logre que mi mente deje de sobrevolar y descienda a la cruel, aunque firme y tangible tierra; necesito hablar con mi hermano.

—Vale, esto es raro, ¿no?, estamos todos de acuerdo en eso —comento deshaciendo el abrazo de Lucía y moviendo mi mirada de uno a otro un poco avergonzada—. Porque vosotros no sentís un Déjà vu ni una regresión en el tiempo ni nada parecido, ¿verdad?

Los ojos de Lucía vagan por mi cara como si quisiera deducir si estoy hablando en serio, estoy bromeando o estoy realmente loca. Álex me mira como las vacas al tren. Con esa expresión de claramente tengo mis propios asuntos, así que de que mierda me estás hablando porque no me interesa que vayas o vengas.

—Anda —me alienta Lucía con otra sonrisa que devuelvo de forma automática algo avergonzada—. Creo que necesitas un café, aún estas dormida.

—Mejor una tila —masculla Álex más para sí mismo que para la audiencia, mientras decide seguir su camino hacia el cuarto de baño y descartarnos como posibles receptoras de una respuesta inteligente.

—¿Oye no serás sonámbula o algo así? Porque me aterraría encontrarte en plan zombi vagando por la casa. —Y así de esa forma, con una mano agitada en el aire de forma casual y sin ninguna pretensión, desecha el tema jocosamente despejando la tensión en el aire como si fuese humo que agitar para que se desvanezca.

—Uhm... no, zombi no, *cafeadicta* sí.

—Bien, eres de la mías. Pongamos la cafetera a trabajar antes de que se acostumbre a la vida distendida —me dice rumbo a la cocina.

—No creo que le dé tiempo, su vida será tiranizada y corta, trabajando a destajo sin una paga extra.

¡Qué tan fácil resulta volver al dialogo sin sentido, irónico y chiflado cuando estoy con Lucía! Mi corazón se siente más ligero, el yugo más delgado.

—Bueno, le traeremos un regalito de vez en cuando y le daremos

vacaciones por Navidad, si la mantenemos contenta nos hará mejor café.

Sorbo mi café con leche mientras observo por la ventana. En la calle continúa lloviendo con fuerza. Aprieto la palma de la mano sobre el cristal de la ventana, sin atreverme a abrirla porque el agua podría colarse empapando el suelo.

—Lo entiendo —susurro a la tormenta. Esta es señal inequívoca de que algo nuevo está por comenzar. Lo es para mí. Torrentes de agua se precipitan por los bordes de las aceras arrastrando la porquería—. Hoy es el día, en que puedo lograr que todo cambie —vuelvo a susurrar.

Lo conocí el primer día en la Universidad, en el pasillo cerca de la cafetería. Solía decirme que en cuanto me vio, sufrió un flechazo. Cupido ese día debía estar borracho.

Me vuelvo hacia la casa apoyando la espalda en la ventana. El piso más que un piso parece una buhardilla. El espacio abierto y su falta de paredes nos encantaron. La puerta de entrada accede directamente al salón y a la cocina, lo único que divide lo uno de la otra es una gran mesa que servirá (o servía) tanto de estudio como para comer. No hay ningún pasillo que esconda las entradas a las habitaciones, tres, o al cuarto de baño, solo uno. Pero es genial porque todo el espacio se ha aprovechado para garantizar un amplio salón-comedor-cocina, que será (o fue) el centro neurálgico de nuestras vidas. Álex puso el anuncio que encontramos. El llevaba aquí dos años, uno de sus antiguos compañeros decidió renunciar a la carrera y volver a casa. La otra compañera, al contrario, la acabó, pero de igual forma retornó al hogar paterno, supongo que para unirse a la cola del paro. Por lo tanto, increíble y oportunamente tenía dos vacantes por llenar. A él no le importaba compartir el

piso con dos chicas; su lema, vive y deja vivir, y yo estaba acostumbrada a la convivencia con mi hermano que solo tiene un año más que yo, y por entonces no tenía ninguna pretensión de mudarse de casa de nuestros padres; tocaba la guitarra y cantaba en una banda de indie-rock-punk y algo más que ahora no recuerdo, así que no representaba ningún inconveniente para mí cohabitar el mismo espacio que otro chico. Aún menos, a Lucía que había pocas cosas que le resultaran verdaderamente incómodas. Ella era y es total y absolutamente adaptable, como esas fundas universales para sofás que se amoldan a cualquier forma.

—Oye, ¿no comes nada? —me pregunta mientras alcanza una caja de galletas del armario.

Antes lo haría. La inocente Ana de dieciocho años hubiera cogido un par de galletas. Pero ya no soy ella. Hace tiempo que he aprendido a sobrevivir malcomiendo, «Gorda » decía Él.

—No, tengo suficiente con el café. —Sonrío procurando que no advierta la tristeza en mi mirada. No sé si lo consigo.

Nunca he tenido sobrepeso, pero con el paso de los años el metabolismo se ralentiza, y aunque mis raciones de comida no varíen, la cintura y las caderas se ensanchan y el vientre se redondea. Él supo cómo utilizarlo para atacarme y para hacerme daño. «Gorda, no duermes porque estas gorda, te duele porque estas gorda, GORDA, GORDA, GORDA.»

Había tanta convicción en su voz, tanto desprecio cuando lo decía, que llegue a pensar que de verdad lo estaba, y que era la razón de que me rechazara. Ya no me abrazaba ni había besos apasionados. Mi piel ardía por la necesidad de una caricia que nunca llegaba porque Él nunca me tocaba. El rechazo era profundo y absolutamente devastador, por lo que prácticamente dejé de comer. Sobrevivía a base de café con leche, algún yogur y poco más. Mi peso bajó, mi vientre cóncavo, la piel de mis caderas besando sus huesos.

Y aun así..., nada ha cambiado. Él nunca me hace una caricia con ternura, un soplo de beso con afecto. Sé que él me quiere, pero tiene sentimientos contradictorios.

Un artículo decía: “un maltratador a menudo tiene emociones diferentes hacia la pareja, la necesita y la quiere, pero siente hostilidad hacia ella como forma de canalizar sus carencias de la infancia o la adolescencia. Son afectos positivos y negativos que ayudan a odiar a la pareja pero a necesitarla siempre a su lado y con él.”

No es mi culpa, no es su culpa, no obstante, la idea ha enraizado y poco hay que yo puede hacer por arrancarla.

Recuerdo perfectamente lo que llevaba puesto el primer día de universidad. Quizás porque su elección supuso un largo y reflexivo período. Abro mi armario donde mi madre y yo hemos colocado cuidadosamente cada pieza de ropa. Por supuesto, tuvimos una terapia de compra compulsiva para llenarlo, por lo cual se entremezclan vestimentas nuevas y viejas. Mi forma de vestir hace honor a nuestro estilo loco y bohemio de vivir. Cuando yo realmente tenía dieciocho años, allá por 1999, se llamaba estilo grunge, ahora en el 2014 se llama boho chic, o indie chic, lo importante es que acabe en chic, no hay manera posible de que pueda ser remotamente genial si no utiliza esa terminología.

Suspiro mientras desplazo mi mano de forma ligera por la ropa palpando el tacto de cada pieza. Se trata más de un capricho que de una manía. Cada vez que estoy cerca de un trozo de tela, tengo la necesidad de paladear su textura a través de mis dedos. Entro en una tienda y clasifico las piezas por su tejido. Me siento especialmente atraída a tocar las sedas, los rasos, las gasas, aunque

también valoro el terciopelo y el brocado. Las toco con disimulo como si evaluara su calidad cuando lo único que quiero saber es cómo se siente su suavidad, su peso, su hilado. Podría ser peor, podría sentirme fascinada por el fuego.

La Ana inocente de 1999 no tenía miedo a usar prendas demasiado ajustadas o escotadas, no tenía miedo de atraer miradas al caminar. El cambio se produjo poco después de casarme. Deje de ser una conquista, un trofeo del que sentirse orgulloso, era una propiedad, le pertenecía solo a Él, y como tal nadie debía mirarme. Mi ropa comenzó a ser demasiado llamativa o corta para Él. Cuando salía sola, le obsesionaba que otros hombres me dirigieran miradas o halagos. Incluso me prohibía atravesar cualquier lugar en obras y pasar por delante de los trabajadores. Interpretaba los piropos como una ofensa hacia su persona. Mi reacción o mi opinión, si me sentía halagada u ofendida, no importaban. Yo no era más que un trozo de chocolate que otros querían quitarle, y eso, Él no podía permitirlo, no sin sentirse humillado. Su peor temor.

Modifiqué mi forma de vestir para evitar que se alterase. Me fui encogiendo, siempre con los ojos hacia el suelo al caminar evitando cualquier mirada, queriendo ser invisible y pretendiéndolo. Colores neutros, faldas largas y sueltas, camisetas sin pretensión alguna. Mi madre era más atrevida con el vestuario que yo, y me lo reprochaba.

Suspiro profundamente. Debo llamar a casa.

Trato de imaginar donde encontrar mi móvil. Dirijo mi mirada hacia la mesilla de mi cama, pero no está ahí. Resuelvo buscar entre mis bolsos cuando una bombilla se enciende en mi cabeza; no hay ninguna remota probabilidad de que yo tuviese un móvil con dieciocho años. Entro en crisis porque surge la pregunta que más se repite en la historia desde que se comercializó el móvil, ¿cómo demonios me las arreglaba sin él?

¡Oh mi Dios! ¿Cuántas cosas damos por hecho en el siglo XXI que no eran tan usuales en el Siglo XX? Debería hacer una lista: Punto número 1, casi nadie tiene móvil no porque no sepan que es, pero no es de uso normal aún, y sí, son capaces de comunicarse. Debo hacerme con uno.

Punto número 2, el euro todavía no es una realidad porque aunque entra en vigor durante este año, no comienza a circular hasta el 2002. Aún se piensa en pesetas y se calcula su equivalente en euros. Yo debo hacer lo contrario. Mi despedida de la peseta fue muy definitiva.

Punto número 3, nadie sabe quién es Lady Gaga y tampoco han oído hablar de los vestidos de carne, ni de la adaptación cinematográfica del Señor de los anillos, ni de las otras miles de cosas de las que no estoy segura y debería comprobar en la Wikipedia. ¿Existe siquiera la Wikipedia? ¿Internet? Si, lo utilicé de apoyo para realizar los trabajos de investigación para la universidad.

Respiro más tranquila. Esto comienza a ser divertido y hace mucho que no lo hago. Tengo ventaja, lo sé, mucha. Gracias a que no soy ambiciosa, si no ahora mismo estaría comprando acciones de Apple o intentando seducir a un jovencísimo Rafa Nadal de trece años.

Mentiría si no reconociese que estoy nerviosa. Camino por la universidad hacia mi primera clase, Teoría de la Comunicación. Cualquiera supondría que es una asignatura esencial cuando una quiere licenciarse en periodismo, pero reconozco que no recuerdo casi nada de su temario, ni recuerdo si fue fundamental en mi preparación.

Por supuesto hubo algunas asignaturas que francamente sí me marcaron, pero fue un logro más bien de la capacidad de atraernos hacia ella del

profesor que por la naturaleza de la propia materia. En mi opinión no hay asignatura aburrida, sino mal educador. Palabra de poeta muerto. Mi favorito fue Félix Susaeta. Él consiguió conquistarme con su pasión por la radio. Una auténtica revelación porque hasta el momento me había imaginado como la editora de alguna revista de moda como Anna Wintour en Vogue. Él me alentó a mejorar mi locución y la vocalización. Traté con la lectura de trabalenguas o la repetición de palabras sin sentido en voz alta, y aún más importante; aprendí a respirar de forma correcta. Él creía que podía encontrar una verdadera vocación en la radio porque mi voz es inusualmente peculiar. Su modulación no concuerda en absoluto con mi perfil. No es difícil que en ocasiones se revele en quien me acaba de conocer una expresión de sorpresa. Sí, mi voz es ronca, grave, hay quien diría sensual. Mi hermano la llama voz de marinero, y me enseñó a maldecir y eructar como uno de ellos con seis años.

Caminamos entre la marea de estudiantes que se mueven con rapidez hacia sus clases o se entretienen con los reencuentros después del verano. Mi pulso late con fuerza. Él está por aquí; quince años más joven, quince años más dulce, quince años más embaucador. Pero ya no soy Ana la inocente. Sé lo que es él, sé lo que hace, sé quién soy, lo que soy y lo que debo hacer.

Entramos por la parte nueva en la que han ampliado el campus. Atravesamos pasillos de cerámica, cristalerías enormes desde las que se ven los inmensos terrenos verdes donde algunos estudiantes ya han montado el campamento para el resto del año, y salimos para entrar en la zona antigua donde están nuestras clases. Es como un viaje en el tiempo (otro más). En la zona antigua el ladrillo es rojo, los tejados bajos a distintas alturas como si no se hubiesen puesto de acuerdo con ella cuando se hicieron. Los suelos de madera crujen y resuenan con el sonido de los tacones de mis botas. Adoro ese sonido. Antes de todo, antes de caer. Cuando mi león era todo orgullo y poderío, afrontaba estos pasillos con el paso brioso de un pura sangre,

alardeando del retumbar de mis tacones y el bamboleo de mis caderas, consciente de las cabezas que se volvían para seguir mi movimiento.

Yo puedo volver a ser esa Ana. Lo intento, aquí y en este ahora. El truco está en pisar el talón con fuerza antes de dejar caer todo el pie. Los brazos sueltos al ritmo del cuerpo. Reproduzco en mi cabeza una canción que me inspire al más puro estilo Ally Macbeal. Lo más difícil es mantener la cabeza alta, cuadrar los hombros y no mirar al suelo. Siento unos ojos sobre mí, cruzamos la mirada y cual ratón asustado retiro la mía rápidamente y la dirijo hacia abajo. No es tan fácil.

No voy a hacer gala de hipocresía. No voy a lamentarme por mi aspecto porque socialmente parece más aceptable una falsa modestia que reconocer que me gusta (o gustaba) la imagen que me devolvía el espejo y que me halagaba que me mirasen o me dijeran cosas bonitas. La principal causa de esta atención son unos ojos excesivamente claros sobre una piel tostada por el sol, y un pelo oscuro que acentúa su color azul. Son mi virtud y mi maldición, así que cuando quiero ser invisible miro al suelo y me escondo tras los mechones de pelo que caen sobre mi cara. Es una reacción que surge espontánea en estados de pánico. Mis neuronas dan la orden a mi cerebro antes de que siquiera la idea se reproduzca. Eso es lo que hago en este ahora cuando entro en la clase, para evitar atención o para ignorarla porque no tengo valor para enfrentar ninguna mirada.

Dejo mis cosas en la mesa al lado de la de Lucía. Ella parece ansiosa y me dirige una sonrisa nerviosa. No puedo evitar devolvérsela porque sé lo que le ocurre. Lucía es la persona más sociable que conozco; no puede entrar en una habitación sin tratar de conocer a todas las personas que están en ella antes de salir, y como normal general lo hace porque tiene una capacidad feroz para hacer nuevas amistades. Tiene un círculo de amigos ciertamente extenso donde todo el mundo tiene cabida. Solo hace falta mirar su número de agregados de

Facebook.

Hoy no se acabará el día sin que conozca a por lo menos la mitad de personas de esta clase y sepamos algo sobre una veintava parte de los que acuden a esta universidad. Será una gran periodista de investigación.

Nota mental: No hacer ningún comentario sobre redes sociales que aún no se han creado.

—¿En serio? —pregunta María con interés.

María es de esas personas que nunca ves estudiando, pero siempre aprueban; por ello, me pregunto cuán mejores serían sus calificaciones si estudiara de verdad. En realidad, se lo pregunté y su respuesta fue:

—Nunca lo sabremos.

Eva en cambio, estudia mucho y siempre está nerviosamente estudiando y eternamente llena de dudas con las que avasallarnos antes de un examen, con lo que consigue que desconfiemos de nuestros propios conocimientos. Su novio Mario, que estudia Medicina en la misma universidad, será el que nos enseñe a jugar al mus porque nadie, repito, nadie podrá licenciarse en la Universidad sin haber lanzado un órdago.

—Sí, buscaré un teléfono y luego os alcanzo en clase.

Esta soy yo tratando de convencerla de que no necesito un café, lo que puede resultar increíble después de comentar que termino tomando como cinco al día. Pero tengo dos propósitos claros ahora mismo, punto número uno: Evitar a toda costa encontrarme con Él. Esta vez cupido se guardará bien sus flechas porque yo no pienso ponerme a tiro. Punto número dos: Buscar un teléfono público, llamar a mi casa y, ¡Ah!, suplicar por un móvil.

Hay conceptos básicos a no olvidar cuando se utiliza el teléfono público y que parece que yo he hecho; como tener dinero suelto —mucho si la

conversación trata sobre regresiones en el tiempo—, que la primera cabina nunca funciona y que el dinero siempre se cuele hasta el cajón de salida, sobre todo si la llamada está a punto de cortarse y necesitas decir algo importante.

—¿Sí?

—¿Jul? —Léase Yul ¿Por qué Yul? Porque nunca utilizamos los nombres completos. Mi hermano me llama An, pero Julián se niega en redondo a ser llamado Juli y Jul suena demasiado a monstruo verde gigante, por lo cual hicimos una pequeña variación bastante satisfactoria.

—El mismo que viste y calza ¿No deberías estar en clase? ¿Estudiando o lo que sea, que hagáis las brillantes mentes del mañana? —Resoplo con fuerza. Es curioso que él, que estará repantigado en el sofá, aluda mi compromiso con el futuro. Luego se convertirá en un respetado profesor de música, pero hasta entonces tendrá mucho camino que recorrer.

—Jul —digo con gravedad lo que capta su atención.

—¿Qué pasa An? —Suspiro.

—Esto es difícil de decir. —Pausa—. No sé ni cómo empezar a explicarlo sin parecer una loca. —Titubeo, pausa—. Es que, es algo imposible que me ha ocurrido, y ni siquiera estoy segura de que vayas a creerme.

—¡Por el amor de Dios, An! Dímelo de una vez —dice exasperado.

Allá voy.

—Creo que he retrocedido en el tiempo, al pasado, en realidad, tengo treinta y tres años, y hace diez años que me licencié en la universidad, o sea, que todo esto ya lo he vivido. Ayer estaba en el 2014 y ¡puf! Hoy me despierto y resulta que he vuelto a 1999.

Pausa.

—¿Qué has fumado?

—No. He. Fumado. Nada. Ni siquiera fumo tabaco. Lo dejé —le contesto alargando las sílabas como si él fuera un niño pequeño al que hay que hablar

con mucha claridad.

—Lo dejaste —repite anonadado—. ¿Cuándo?

—Hace 8 años.

—O sea, con diez años, ¡ah no!, que tienes treinta y tres —comenta con sorna. Evidentemente no se está tomando mi situación muy en serio.

—Jul, escucha, ¿vale? Necesito que pongas toda la carne en el asador. Yo ya he vivido todo esto. Me licencié, encontré trabajo en una pequeña radio local, me casé y... —Poco más que añadir, no tengo una gran historia—. Esta mañana me he despertado con dieciocho años de nuevo. Por un momento, he creído que estaba soñando, pero se siente demasiado real y antes de que lo preguntes, no he tomado nada sospechoso.

Pausa. Lo siento respirar y casi oigo el engranaje trabajando en su cabeza. Si de algo puedo estar segura con Jul, es que no me va a dejar tirada. No va a restar importancia a lo que claramente me angustia, aunque será difícil para él llegar a creer que algo así es posible, es incrédulo por naturaleza.

—¿Y tienes una buena vida? ¿Eres feliz en ese futuro que recuerdas? —me pregunta tan serio que hasta me sorprende.

—No, la verdad —reconozco—. Es una pesadilla —susurro.

—Tú lo has dicho, An. Tal vez solo ha sido una pesadilla, una muy vívida y real que te ha confundido. —Suspiro sin poder evitarlo. Ojalá la explicación fuera tan sencilla y fuera cierta porque entonces, este ahora, sería mi realidad—. A ver, ¿qué demonios hacía yo en esa vida tuya? ¿Cuántos discos de platino tenía?

—En realidad, eras profesor de música. —Le oigo resoplar con incredulidad.

—¿Ves? Ahí tienes la prueba de que no ha sido más que una pesadilla. Ni en una vida paralela yo podría ser profesor. ¡Por Dios! Dime que no llevaba pajarita o algo así.

—Hablamos del futuro, Jul, no del pasado. ¡Olvida la pajarita! Sé cosas, cosas que pasarán.

—¡Oh genial! ¿Qué equipo ganará el próximo Derby? —Sé que no puede ver mi expresión de incredulidad, aun así, resoplo y lanzo los ojos al cielo.

—¿Cómo voy a recordar eso? Pasó hace quince años y ni siquiera me interesa el fútbol. ¡No soy pitonisa!

—No, pitonisa no. Vienes del futuro. —Sé que me toma el pelo. Lo está disfrutando y probablemente este tema servirá para amenizar muchas comidas familiares, pero tampoco es como si lo que ha ocurrido fuera fácil de asimilar y de aceptar.

Decido no insistir. Tal vez él tenga razón, tal vez me estoy volviendo un poco loca. Mi familia está bien, yo estoy bien, todo está bien. Solo yo conjuro mi futuro, mi hoy y mi mañana.

—Vale, pensaré en ello —le digo—. Tal vez tengas razón. —O tal vez no, pero a él le encanta que yo reconozca que la tiene.

—Ya sabes lo que diría mamá —dice y añade imitando su voz—: son demasiadas cosas para asumir a la vez, la mudanza, la universidad, nuevos amigos, y es una edad complicada...

—Serías una madre genial, Jul —le digo—; además, de un hermano genial.

—Lo sé. Oye, guárdame un poquito de lo que has fumado. —Suena el piii que avisa que el dinero se está acabando y la llamada será cortada.

—¡Espera! —grito al teléfono—. ¡Dile a papá que —fin de la llamada— necesito un móvil!

Vuelco mi frustración contra la cabina cuando trato de colgar el auricular y se cae. Otro dato a tener en cuenta con los teléfonos públicos; el auricular nunca se mantiene en su sitio. Intento colgarlo de nuevo con más fuerza y cae otra vez. Me estoy cabreando con un teléfono público.

—¡Joder! ¡Joder! —maldigo.

Una mano morena, masculina y de dedos realmente largos aparece por mi derecha, y recoge el auricular con suavidad de mis manos tratando de no rozarlas. Me llega un ligero olor a tabaco y a jabón. Con infinita sutileza esa mano coloca el teléfono en su sitio donde hace clic, y no se mueve.

—No deberías sabotear la oportunidad de otros de comunicarse por este teléfono —oigo comentar una voz junto a mi oreja, con un tono entre jocoso e indolente.

Me vuelvo hacia el dueño de esa voz que ya se ha alejado unos pasos, y me mira con las cejas semialzadas y los labios apretados como si estuviera conteniendo la risa. Pero él es Álex, el hombre impasible, si lo pinchan no sangra. Estoy mirando de forma directa su camiseta negra de los Ramones porque, aunque yo soy medianamente alta, él lo es más.

—No me gustan las cabinas públicas. Están programadas para frustrar cualquier intento de conversación importante —refunfuño con las manos en los bolsillos. Echo un vistazo a su cara. Tiene media sonrisa estampada en su boca. Sonríó avergonzada. Un segundo pasa en silencio, dos segundos, tres segundos. Una gran conversación.

—Me tengo que ir, me están esperando —añade señalando hacia un grupo de tres personas, que nos miran sin disimulo, intercambiando alguna palabra entre ellos.

Una de ellas es su novia o la que será su novia. No recuerdo en que momento exacto formalizaron su relación. Ella comenzó a aparecer por casa en su último año. Tampoco es como si él compartiera ese tipo de información conmigo. Tiene el pelo corto y un piercing en la barbilla. Al resto los reconozco como amigos suyos; uno larguirucho, el otro todo lo contrario, pero con el mismo tipo de ropa que es válida a todos ellos como si fuera su uniforme: camiseta negra, mejor si tiene el logotipo de un grupo Heavy o Metal heavy o Rock Heavy Metal —¿??¿Existe alguna diferencia en realidad?

—, pantalones oscuros y estrechos, botas militares y piercings en las orejas y algún tatuaje. Mi propio hermano se complementaría a la perfección con ellos. Sí, creo recordar que congeniaron. Solo que Julián no puede aparentar hosquedad tras su sonrisa de niño y su dulce mirada. Es su maldición y su virtud, y un imán para las chicas.

Asiento hacia él como si creyera que está esperando mi aprobación para poder irse cuando, en realidad, él ya está dando varios pasos hacia atrás sin girarse. Es evidente que no la esperaba.

—Hasta luego —añado y levanta la barbilla a modo de despedida antes de volverse y dirigirse a su grupo.

Lo observo llegar y recibir un codazo del más bajito con una sonrisa socarrona que reconozco perfectamente. Es la historia más vieja del mundo, pero yo tengo treinta y tres años, no dieciocho. Álex ignora a su amigo y centra su atención en la chica del piercing cuando le habla. Bien por él.

James Arthur _ Recovery

Es curioso, no, en realidad es lógico percibir las mismas cosas de distinta manera, ya que ahora estoy mirando a través de un nuevo prisma. Tengo una madurez y una sabiduría adquirida con los años que antes no tenía. No es que entonces me faltara inteligencia, no, me faltaba experiencia, y he aquí, que me encuentro haciendo uso de la retórica más básica, de la frase que por millones de años han repetido los padres a sus hijos: «yo tengo más experiencia y sé de qué hablo», y comprendo el significado que engloba y recurro a una reverencia mental hacia la primera persona que hizo uso de ella, allá por los tiempos de Adán y Eva, y lo siento por Caín si no fue capaz de entender cuanta realidad encierra, y lo beneficioso que resulta seguir un buen consejo.

Soy consciente de que esta madurez debería concederme más seguridad, y a pesar de ello me paraliza cuando lo veo. Ahora me doy cuenta de que esta, es una zona de paso, y que ha aumentado el número de estudiantes que camina

volviendo hacia sus clases del exterior o de la cafetería. Lo distingo entre la marea, aunque sin ser arrastrado como el resto. Debería huir y salir corriendo, pero no puedo. Lo observo caminar con seguridad con un cuaderno en la mano, apenas con tiempo de hacerse a un lado para poder esquivar a una chica que circula rápido en dirección contraria. Ella levanta la vista hacia él y le sonríe con timidez, con sonrojo. No me sorprende. El pelo color arena con destellos dorados le cae sobre la frente y se lo retira de los ojos con una mano despreocupada para poder verla mejor, pero su mirada viaja de ella hacia un punto a su espalda. Mi corazón se paraliza, mi respiración se agita, la sangre recorre mis venas aceleradamente, un sentimiento al que aún no puedo ponerle nombre clava mis pies al suelo, no puedo moverme. Sus ojos se detienen en mí. El tiempo se ralentiza, esa es la excusa que utilizo para explicar el hecho de que sus ojos aún estén sobre los míos y los míos sobre los suyos. Estoy tentada a sonreírle, a alentarle. La pequeña esperanza, que me susurra que ahora todo puede ser distinto entre nosotros si soy más comprensiva con él y somos más conscientes del problema, comienza a sacudirse como una débil llama que lucha por no extinguirse, pero sé que si crece me abracará, y a pesar de ello, no puedo reunir suficiente fuerza que produzca un soplo que la apague porque él me está mirando como hace años que no lo hace, y mi corazón responde a su llamada.

Algo se rompe en mí, tengo una sensación dolorosa de pérdida. Comienzo a ser consciente de que perderé momentos irremplazables que él me dio y que nunca podré compartir con nadie más. Mis ojos viajan por su sonrisa, con un sentimiento de fastidio porque desdibujan sus labios, esos labios llenos y perfectamente forjados que alguna vez me besaron con pasión, que me susurraron lo hermosa que soy y recorrieron mi cuerpo, y ya no estoy tan segura de no quererlos de vuelta. Mi necesidad de él aumenta y acuden mis lágrimas, y recuerdo que él odia que lllore y cierro los ojos para que no las vea

y el contacto visual se pierde llevándose algo con él.

Fuerzo mi mente a recordar la última imagen que tengo de Él, no esta entrañable y suave que me aturde con el eco de una dulzura que aún resuena en mi cabeza, la ternura con la que alguna vez me trató. Este chico es él, pero no lo es porque también es al que amé, y trato de recordar los insultos y los golpes. Mantengo los ojos cerrados con fuerza para romper el encantamiento aún a riesgo de parecer una lunática. Las lágrimas caen por mi cara sin poder detenerlas. Me giro, y huyo. Salgo corriendo como si me persiguiera el mismísimo diablo. No vuelvo a mirar atrás; sin embargo, todo mi cuerpo duele por ello. Dejo que la llama se vaya apagando, aunque sus brasas aún mantienen el calor esperando su momento, con el recuerdo de sus ojos de líquido chocolate estudiándome con interés.

2

63 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2000, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Me recluyo dentro de mi caparazón, y me encierro en mi habitación para no tener que enfrentarme de nuevo a Él. Mi conciencia tiembla ante mi acobardamiento. *Abuhardillarme* en la esquina de mi habitación no es una solución razonable, pero soy un desecho de mi antiguo valor, la cobarde que huye antes incluso de que comience la batalla. Desertora de mi propia vida necesito protegerme y recurrir a la seguridad que me proporcionan estas cuatro paredes.

Llaman a la puerta de la habitación.

—Ana, voy a entrar —dice Lucía— y no me importa en qué estado estés, si quieres o no. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo —susurro.

Me levanto. No quiero que me vea sentada en el suelo meciéndome con las rodillas en mi pecho porque... porque sí; parezco una verdadera lunática sacada de algún psiquiátrico del que no debería haberme ido nunca.

Abro la puerta antes de que lo haga ella y veo su ceño fruncido. Me estudia con atención, y luego lo hace a través de mi hombro hacia mi habitación buscando algún indicio en ella, que pueda explicar qué demonios me ocurre. Soy como un libro escrito en lengua desconocida, no puede entender qué me ocurre.

—He encargado una pizza para cenar —me explica—. Vamos.

Es una orden. Reconozco muy bien ese tono en su voz. No aceptaré un no por respuesta, pero de ninguna manera conseguiré que yo coma pizza, aunque tal vez no me venga mal una ducha y salir de estas cuatro paredes. Además, debería llamar a mi casa. Soy una adolescente que se acaba de mudar de casa de sus padres, se preocuparán si no llamo de forma regular. Se preocupan incluso si no lo hago con treinta años.

—Voy a ducharme —le explico dándole la espalda de vuelta a mi habitación rebuscando entre mis cosas para recoger una toalla y la bolsa que contiene lo necesario para la ducha—. Enseguida estoy.

—Genial, y luego me contarás qué demonios te pasa porque esta Ana no tiene nada que ver con la Ana que conocí. —Eso me hace frenar en seco, y me vuelvo a mirarla con tormento en mis ojos porque esa frase ha salido tantas veces de sus labios en los últimos años, que he perdido la cuenta de las veces que la he oído, y como miles de veces le contesto—: Lo sé, pero es complicado. —Porque no hay forma alguna de que yo pueda explicar que es lo que me ocurre, ni ahora, ni entonces, y duele no poder compartirlo con ella.

Lucía me mira con sus grandes ojos de color avellana, y comprendo que no lo dejará correr tan con facilidad, y también sé que le debo una explicación porque la hice a un lado cuando tuve que elegir entre ella y Él y no pude contestar a sus preguntas; y eso me mata.

—Lo intentaré —añado y veo que relaja un poco los hombros. Su preocupación es evidente.

Me tomo una larga ducha. Sé que no alterará el buen equilibrio de nuestra buena convivencia porque Álex no suele quejarse y Lucía no se va a oponer a algo que necesito con desesperación. Los gastos del gas, la electricidad, la comida compartida, etc. se saldan con un fondo común de dinero que reunimos cada mes, los caprichos propios como cerveza para Álex, ron para nosotras o

el alquiler de películas de video corren a cuenta de nuestros bolsillos. Sí, los videoclubs aún son rentables en esta época y ofrecen una gran alternativa de entretenimiento las tardes de los domingos fríos de invierno o no tan fríos. Es más, mi hermano es uno de los parroquianos más pródigos que hay de alquiler de películas, es socio de cada uno de los videoclubs disponibles y siempre las trae a casa de dos en dos, lo que explica nuestra gran afición por el celuloide, y que parezca que hemos visto prácticamente todas.

Me lavo el cuerpo y enjuago bien el champú de mi pelo antes del suavizante. Lo tengo muy largo y sin él no podría desenredarlo ni en mil años. Siempre lo he llevado así, liso y cuidado. Bueno, últimamente no tan cuidado y con la necesidad de un buen corte, pero mis preocupaciones inmediatas no incluían mi pelo ni mi aspecto ni nada relacionado con mi imagen. Solo hubo una cosa que cuidé y practiqué con especial mimo y fue el maquillaje. Aprendí muy bien a camuflar los golpes de la cara y resaltar los ojos cuando quería desviar la atención a ellos y no a una mejilla inflamada y desfigurada.

Paso una mano por el espejo para despejarlo de vaho y poder ver mi imagen en él. Mis ojos irritados de llorar me devuelven una mirada grande y asustada.

La pizza ya ha llegado cuando salgo del cuarto de baño con el pelo húmedo y vestida en mallas negras, sí, aún no tienen el honor de llamarse leggings, pero juro que es lo mismo. Lucía se lanza a abrir la caja sobre la mesa como extasiada por los tesoros que esconde. Álex apoyado en el armario de la cocina bebe de una botella de cerveza y me mira por encima de ella cuando me acerco.

Fuera es de noche, y aún llueve, lo que me relaja. Me siento más tranquila cuando llueve, incoherente lo sé, pero también lo son las personas que se dedican a la política en su beneficio y no en interés de los votantes, que los países donde se padece más hambre sean los más ricos en recursos naturales o

que se aplaste la voz de la mujer cuando está demostrado; que donde existe más equidad entre hombres y mujeres existe más prosperidad para todos.

Me acerco a la ventana. Hoy es viernes.

—Oye, como este fin de semana ninguno irá a su casa, he pensado que deberíamos planear algo divertido —comenta Lucía tras dar su primer mordisco a un triángulo de la pizza.

Álex, se sienta enfrente de Lucía con las piernas una a cada lado del taburete, coloca su botella encima de la mesa y desliza su mano por debajo de la pizza para coger un pedazo.

—Yo ya tengo planes —comenta sin mirar a ninguna antes de morder.

—Genial, iremos contigo, puedes enseñarnos por donde movernos. — Estoy casi segura de que la *autoinvitación* le sobresalta porque su mano se congela en el aire un segundo antes de hacer camino hacia su boca, aunque su expresión no cambie.

Trato de recordar si esto es lo que ocurrió, pero lo cierto es, que por más que quiera es difícil acordarme que hice mi primer fin de semana en la Universidad o el segundo o el tercero. Sí, recuerdo, lo que hice el diecinueve de Octubre porque aquella sería una fecha clave en mi vida: el aniversario. Ahora todo deberá cambiar. Yo haré todo lo posible para que así sea. Menos mal que yo no soy más que una pulguita en un perro lleno de sarna, difícilmente tengo poder para conjurar un cambio “*astrolábico*” o astronómico en el transcurso de la historia que la modifique de forma fatal y para siempre; sin embargo, tampoco me gustaría ser responsable del cambio en la vida de las personas que me rodean para mal. Tengo que tener cuidado con eso.

—A lo mejor tiene planes en los que no podemos participar —le advierto a Lucía.

—¿Cómo qué? —me pregunta sobresaltada.

Es absolutamente imprescindible resaltar, que no existe ningún plan en el

que ella no sea capaz de acomodarse, y como el afectado también espera con curiosidad a que yo revele mi información, en vez de hacerlo por el mismo, respondo:

—Como una cita con su novia, no sería lógico que nos arrastráramos con ellos.

—¡Ah! ¡Acabáramos! Hay una chica ¿Es eso? ¿Tienes una cita romántica y no necesitas sopla velas? —le pregunta con picardía.

—No hay una chica, no tengo una cita, no es eso —comenta y me lanza una mirada acusatoria.

Me encojo de hombros. Podría haber contestado él. Vuelve a morder un trozo de su pizza sin añadir nada más. Nosotras lo miramos pasmadas esperando cualquier otra explicación mientras mastica con tranquilidad; Lucía con una ceja alzada al más puro estilo Sobera y paciencia fingida, y yo divertida sospechando que no habrá explicación. Álex la mira a ella primero y luego a mí. Suspira resignado.

—Simplemente, no creo que encajéis en los lugares por los que yo me muevo.

Resoplo. Ya estamos con los prejuicios. No puedo creer que haya sido capaz de encasillarnos tan pronto como no aptas para “*su movida*”. Exceptuando mi trastornada actuación con los déja vu, el intento de asesinato a una cabina de teléfono, el encerramiento voluntario en cuatro paredes y las huidas extrañas de la universidad, mi comportamiento ha sido absolutamente normal.

—¿Y dónde se supone que encajamos? Apuesto a que yo escuchaba a los Ramones antes de que tu siquiera supieras como apretar el play de un radiocasete —le reprocho señalando su camiseta y veo la sorpresa reflejándose en su cara antes de mover su cabeza de un lado hacia otro con incredulidad.

—Oye, yo no quería ofenderos, vosotras habéis preguntado y yo solo he dado mi opinión, ¿queréis venir?, adelante, pero os aviso que ni yo ni mis colegas vamos a discotecas, ni a lugares abarrotados de gente, ni escuchamos música tecno —comenta antes de echar un trago de cerveza de su botella.

No puedo evitar sentir mi personalidad sarcástica y socarrona comenzando a burbujear y resurgir. Con Álex nunca tuve que tener cuidado con lo que decía, siempre se tomaba las bromas y nuestros intentos de tomarle el pelo con gracia. Tenía una personalidad tan tranquila que era difícil verle alterado por cualquier causa pequeña. Si surgía algún problema durante la convivencia, él evitaba las discusiones y casi siempre nos dejaba salirnos con la nuestra con elegancia.

—Tal vez no quiera que veamos cómo hacen sus exorcismos —comento despreocupada mirándome las uñas con pereza.

—¡Por supuesto! Debe de tratarse de eso —continúa Lucía encantada con el giro que toma la conversación—. O tal vez se trata de aquelarres y bailes con el diablo al anochecer —susurra con teatralidad y agitando sus dedos como si eso aumentara el suspense.

—Creo que lo de los aquelarres es más de vuestro estilo —masculla él mientras se introduce en la boca un trozo casi entero de pizza.

—¿Acaba de llamarnos brujas de forma sutil? —pregunta Lucía con fingida sorpresa señalándole con un dedo acusatorio.

—Solo se lo perdonaremos si es un hombre lobo —añado sentándome en la esquina de la mesa. Ambos me miran planos. Es evidente, que desconocen el potencial que tendrán los personajes de hombres lobo en unos años—. Estaremos atentas los días de luna llena —insisto indiferente a sus expresiones. Al fin y al cabo, para mí tiene su gracia.

Lucía asiente entusiasmada con la cabeza mientras que él, al otro lado, niega con ella pero ambos sonrían, y me doy cuenta de que yo también lo estoy

haciendo. Por primera vez en mucho tiempo, me siento tranquila y relajada. No hay nada ni nadie que produzca miedo en esta casa. Puedo hablar libremente sin malentendidos, sin discusiones y gritos que luego se convertirán en algo más, y siento que algo se libera en mi alma. Me siento más ligera. Comprendo lo que tengo hacer. No encerrarme asustada en un rincón, sino encontrar mi voluntad y buscar nuevos momentos que como este; que me den capacidad para rellenar las muchas grietas que llevo en mi corazón.; me devuelvan lo que me fue arrebatado; pueda recuperar mi confianza y mi fuerza y rodearme de personas que traigan seguridad y tranquilidad a mi vida. Lucía me guiña un ojo antes de volverse a Álex.

—Muy bien, ¿adónde vamos mañana?

Álex y sus dos amigos, la chica del piercing no aparece, nos llevan a distintos garitos del casco antiguo. Todos con un denominador común: música rock-punk, buena cerveza y ambiente distendido y tranquilo. He estado en miles de sitios así con Jul, y Lucía se sentía cómoda en cualquier lugar donde encuentra oyentes, por consiguiente Álex se había equivocado al creer que íbamos a sentirnos fuera de lugar. En realidad, estoy disfrutando porque reconozco las canciones y muchas pertenecen al repertorio de la banda de Jul, y Javi y Oscar son “*buenos tipos*”. Están como un poco alucinados con nosotras, pero se nota que encantados, por otro lado, Álex se lo toma con más tranquilidad. Entre ellos hablan sobre los profesores de la universidad, las asignaturas que les queda por aprobar de otros años y las nuevas. Bueno, Álex al parecer es un genio y salta de curso en curso sin suspender, lo que es una verdadera hazaña en medicina.

Fresones Rebeldes_ Al amanecer

Me toca invitar a mí esta ronda, así que me acerco a la barra mientras ellos se acercan a un lugar libre donde acomodarnos todos. Hay bastante gente, pero aún queda suficiente espacio libre dentro del bar. Son las doce de la noche un sábado y los locales se van abarrotando cada vez más. La música está alta. Sonríó al reconocer la canción Al Amanecer de Fresones Rebeldes. Recuerdo que antes era incapaz de escucharla sin tener que bailar. ¿Hay alguien que pueda resistirse? Su ritmo vertiginoso y estribillo pegadizo logra que mueva los hombros al ritmo de forma involuntaria, y coreo la frase «yo tengo derecho a ser feliz» de forma más significativa de lo que pretendo, y antes de darme cuenta la estoy cantando entera mientras espero mi turno. Lucía se acerca a mí. Supongo que su intención es ayudarme con los vasos, pero yo la recibo con un golpe de cadera al ritmo de la música. La ronda olvidada mientras ella se une conmigo al baile. Levanto los brazos a la altura de mi cabeza, los balanceo en sintonía con el movimiento de mi cuerpo, casi gritando el estribillo cuando se repite. Le canto «No me faltes nunca, yo tengo derecho a ser feliz» y ella me devuelve «no te vayas lejos, lejos es muy lejos para mí», y sé que el sentimiento al corear ese estribillo es sincero. Lo chicos nos miran, pero no se nos unen. Yo me doy la oportunidad de cerrar los ojos y dejarme llevar mientras la canción acaba y otra comienza, luego otra.

Sigo bailando y una de las veces que me he perdido en la música y vuelvo a abrir los ojos me encuentro con unos ojos verdes que me miran con interés mientras su dueño se acerca a mí con una sonrisa.

«No, no voy a ir por ahí», sé perfectamente de que trata el juego. No voy a fingir inocencia, ya he participado en ello antes y tal vez los encuentros de una noche estén bien para una edad o un tiempo determinado, pero no para mí porque no tengo ni la edad ni el momento, y tampoco voy a pretender solo coquetear porque la realidad es que estoy tan rota que es difícil que resulte

divertido. No sé si alguna vez volveré a tener una relación, por supuesto que quiero una familia, pero ahora mismo me resulta muy difícil volver a querer a otra persona porque hacerlo me ha destruido.

Y aún lo hago, lo quiero y me destruye.

Hago un giro hacia la barra y paso por debajo del brazo de un bailarín, en una gran estrategia escapista que ni Houdini podría mejorar. No me había dado cuenta de que nos habíamos alejado tanto de la zona del bar, aunque Álex y los chicos están cerca conversando de manera tranquila, con unas botellas de cerveza en la mano que es evidente han conseguido por ellos mismos. Lucía se queda puesto que está disfrutando.

Javi agita una cerveza en mi dirección y eso hace que me sienta un poco culpable porque al contrario que yo, ellos si se han molestado en pedir bebida para nosotras. Cojo la botella y se la acerco a Lucía y a pesar de que trata de reclutarme de nuevo para el baile, el momento ha pasado para mí y vuelvo con los chicos.

—Gracias —le digo a Javi cuando me acerca la mía. Javi es el muy, muy alto y delgado y Oscar es el más bajo y rellenito.

Hay un momento durante la noche, en que caminábamos todos juntos, que Lucía me ha retrasado unos pasos para que supiera que todavía teníamos que hablar sobre mi loco comportamiento. Al volver la vista al frente he trazado con un dedo la invisible línea diagonal desde la cabeza de Javi pasando por la de Álex hasta la de Oscar, y nos hemos echado a reír porque resulta divertido que ellos caminen como si se hubieran colocado por orden de altura y compleción.

—Te debo dos rondas —añado con gratitud.

—En realidad, las ha conseguido Álex, por lo que es a él a quién se las debes —me explica señalándolo, pero el aludido no nos mira. Su vista está fija en la multitud mientras se lleva la cerveza a los labios y toma un trago

corto y rápido.

—De acuerdo, entonces te debo dos rondas —digo no sé a quién porque él sigue concentrado en la aglomeración y no me mira. Después de más de cinco segundos transcurridos percibo un asentimiento de cabeza, y se vuelve hacia mí—. Vaya, sí que te lo tomas con tranquilidad, ni siquiera recuerdo ya cual era el tema —mascullo y para mi sorpresa lo oye por encima de la música. Aunque lo realmente increíble, es que ese comentario le haga sonreír. Esas eran peculiaridades de Alex que antes nunca entendía, incluso puede que me exasperaran; sin embargo, ahora me encuentro sonriéndole de forma cordial y sin un atisbo de contrariedad.

—Ya te lo recordaré, no te preocupes. Tengo buena memoria.

Le voy a responder cuando siento un cuerpo abalanzarse sobre mi espalda y de forma automática y exagerada adopto una postura defensiva protegiendo la cabeza con mis brazos. Noto el silencio, y como vibra en el aire una tensa sorpresa dentro del grupo. Alcanzo a vislumbrar la cara de incredulidad de Lucía entre mis manos y las bajo avergonzada.

—Eso sí que son reflejos —oigo comentar a Oscar, pero no hay sorna en su voz.

Todos me miran con los semblantes serios como si fuera el espécimen más extraño que nunca han visto, y supongo que así es. Que soy una persona tan cargada de equipaje que mis posibilidades de actuar como una chica normal de dieciocho años no son muchas.

Lucía sostiene una de mis manos y la presiona en un ligero apretón, tratando de transmitirme calma y seguridad.

—Oye, solo quería decirte que ese bombón me ha preguntado por ti —me dice señalando al chico de los ojos verdes que había tratado de acercarse a mí mientras bailaba—. Él y su amigo se van a acercar a una discoteca que hay cerca de la playa, y como estos tres no nos llevarán a ninguna —explica con

un movimiento de dedos hacia ellos—, estos dos chicos tan amables se han ofrecido a acompañarnos.

Lanzo un suspiro contenido y miro hacia los aludidos que nos observan en espera de una respuesta. Por un momento, me siento mayor y cansada porque no hay ni una remota posibilidad de que me pueda llegar a sentir segura, marchando con dos desconocidos a no sé qué lugar. Sé con certeza que la Ana inocente y sin compromiso se hubiera ido sin ninguna duda, y puedo culpar al transcurrir del tiempo porque el futuro cada vez es más peligroso e inseguro, pero lo cierto es, que en este ahora tampoco me siento segura dejando que Lucía vaya sola con ellos. Sé que será eso lo que haga cuando le diga que yo no voy a ir. No es la primera vez que nuestros caminos se separan en mitad de la noche y acabamos con otras personas, pero la idea ahora mismo me chirría.

—No tenemos por qué ir con ellos —le digo, pero sé la respuesta antes de oírla.

—Me gusta el de la camisa de cuadros, y tú le gustas a su amigo y están realmente bien. —Cupido parece muy ocupado hoy con los flechazos a simple vista; sin embargo, la experiencia me ha enseñado que unos ojos bonitos no lo son todo, y que prefiero juzgar un libro por su contenido que por sus solapas.

Estoy negando con la cabeza sin atreverme a mirarla a los ojos para no ver su decepción.

—Voy a volver a casa —le digo y lamento ser tan aguafiestas. Hace un momento todo parecía ir sobre ruedas, más o menos.

—No importa. Todavía estas triste, y no sé por qué. —Suspira con frustración y su buen humor vuelve enseguida—. Yo voy a ir con ellos ¿Sabes cómo volver a casa?

Claro que lo sé.

—Nosotros la llevamos —dice Álex.

Al final no solo me acompañan, sino que deciden subir y ahora nos

sentamos en nuestro salón terminando los suministros de cerveza que son de Álex; por ello, en realidad le voy a deber más de dos rondas.

Es extraño estar yo sola en una casa tomando cerveza con tres chicos. Es un escenario que me remueve incómoda en el asiento porque Él enloquecería de celos. Sé que si mi situación no hubiera cambiado, estaría aterrada con las consecuencias. No podría en absoluto relajarme o disfrutar del momento aunque solo tratara de unos amigos tratando de entretenerse con tranquilidad, en una charla sin ningún otro perverso ánimo. ¿Por qué se sentía siempre amenazado cuando el poder para mantener mi afecto siempre estuvo en él? Hace tiempo me encontré con una gran frase que se me quedó grabada en el corazón; el amor debe sostenerse con la mano abierta. No hay verdad más grande.

—Entonces, ¿vas a hacer periodismo? —me pregunta Javi sentándose enfrente del sillón en que estoy sentada.

—Esa es la idea. Me gusta el amplio abanico de posibilidades que ofrece —le respondo—, aunque lo que me interesa es trabajar en la radio.

—Podrías trabajar en televisión también si quisieras —comenta Oscar—. Tal vez como chica del tiempo.

Javi resopla a punto de la risa. Álex sentado en el sofá al lado de Oscar se tapa con la mano como si no quisiera ser testigo de esta conversación o de la estupidez de su amigo y se frota la cara con laxitud antes de mirarlo directamente.

—Uhm... creo que para eso hay que tener conocimientos de física y climatología. Estudiando ciencias tendría más posibilidades de llegar a chica del tiempo, Oscar —le explico. No es que sea una experta, pero se lo oí decir a Mario Picazo en una ocasión—. Además, no me interesa la televisión. Hay que tener muchas agallas para aparecer cada día delante de tantas personas con ánimos y capacidad para entretener. No todo el mundo vale, y yo desde

luego no. La misma definición pone los pelos de punta, imagen pública. No, no podría soportar ser juzgada por miles de personas, las malas críticas acabarían conmigo. La radio es más íntima, más recogida. Nadie te ve trabajando, apenas te conocen por tu nombre y nadie te reconoce por la calle.

—La radio está bien, como ese programa que emiten por la noche al que la gente llama contando sus problemas. ¿Cómo se llama? —pregunta Javi.

Esta repantingado cuan largo es con una pierna sobre el brazo del sillón y la cerveza en la mano. Oscar escucha con atención con los codos sobre las rodillas inclinado hacia delante, y Álex está cómodamente reclinado hacia atrás con un brazo descansando sobre el respaldo del sofá, las piernas separadas y la cerveza sobre una de ellas. De vez en cuando, Álex o Javi encienden un cigarro y lo aspiran con placidez. La única que parece sentirse como pez fuera del agua soy yo, y eso que la conversación gira alrededor de mi trabajo, de lo que más experiencia tengo y mejor se me da. Decido lanzar un órdago y busco la voz más grave, calma y sensual que utilizo en la radio:

—Buenas noches —susurro—, bienvenidos a vuestra casa. Aquí encontraréis un lugar para llamar y compartir conmigo todos vuestros sueños, esperanzas, tristezas y anhelos. Este espacio es para vosotros. Adelante, os escuchamos. Bienvenidos a —y pongo toda la carne en el asador— hablar por hablar.

Los chicos me miran sin decir nada. Pausa. Un segundo. Dos segundos. Incómodo. Tres segundos.

—Creo que he tenido una erección —comenta Oscar como quien da los buenos días. Me atraganto con mi cerveza y toso con estruendo. Los tres se ríen, a saber si de mí o por el comentario de Oscar, pero lo hacen de forma abierta y yo también sonrío avergonzada.

—Bueno —comienzo en un intento de cambio de tema, sobre todo uno que no se centre en mí —, ¿y por qué medicina? —Es una pregunta válida para

cualquiera de ellos, por lo que no me enfoco en ninguno cuando la enuncio, y aparentemente sufro un repentino interés por leer las indicaciones en la etiqueta de mi botella.

—Mi madre murió de cáncer cuando tenía diez años —comienza Javi.

La composición de la cerveza pierde mi atención y le miro a él. Esta es una de esas situaciones que no se tiene ni idea de que es lo apropiado por hacer porque decir lo siento sirve de nada, y si me quedo en silencio parece que me desentiendo de los sentimientos del otro. Álex y Oscar permanecen callados. Es evidente que ellos ya lo sabían, aun así, miran al suelo.

—Eso debió ser una putada —comento al más puro estilo marinero que Julián me enseñó. Javi me mira con media sonrisa irónica.

—Exacto —afirma—, una verdadera putada, y no puedo quitarme de la cabeza la idea, de que hay que encontrar un remedio más eficaz para curar esta enfermedad. Supongo que tengo un verdadero trauma, pero quiero ser el que encuentre la forma de prevenir el cáncer.

Quince años después seguimos sin una solución real al cáncer porque la quimioterapia o radioterapias en el mejor de los casos reducen los tumores, pero no evitan que se reproduzcan, ni tenemos la causa real de su aparición. ¿Por qué a unas personas si y otras no? Porque no importa la edad, ni la salud anterior, ni el color, ni el género, ni el estilo de vida. Solo queda rezar para que esta lotería del demonio no caiga cerca del entorno porque cuando es así, las preguntas: «¿Por qué?» y «¿cómo es posible?» o «¿qué podría haber hecho yo?», persiguen de por vida junto a una sensación de injusticia irrefrenable y avasalladora que corroe hasta los huesos.

Eso es el cáncer, una sinrazón que te deja girando como una peonza confusa en busca de una explicación, que te haga comprender el origen de tan salvaje irracionalidad.

No seré yo la que le diga que no será fácil porque su búsqueda es loable, y

no es mi labor ni está en mi naturaleza desanimar ni desestimar la buena voluntad de nadie ni sus plausibles intenciones.

—Espero que lo hagas —le digo con sinceridad.

—Claro que lo hará y te dará la exclusiva para que la publiques o la anuncies por la radio —salta Oscar quitando seriedad al asunto y logrando que el ambiente se vuelva relajado de nuevo.

Javi es más formal y sensato, debido o no, a su pérdida y Álex es más tranquilo y reservado debido a no sé qué, Oscar ha adquirido por descarte o derecho propio el rol de gracioso en el grupo.

—Mis motivos para estudiar medicina son menos encomiables. Mi padre es médico de cabecera y yo lo he mamado desde pequeño, así que supongo que admiro al viejo lo suficiente como para seguir sus pasos —continúa mientras se dirige a la nevera para coger otra cerveza. No sé cuántas van ya. He perdido la cuenta. Los tres la beben como si fuera agua y sin pestañear.

—¿Y tú? —le pregunto a Álex volviéndome hacia él y encontrar que ya me estaba mirando.

—Álex es un genio —responde Oscar por él, y sigo su movimiento por la cocina abriendo y cerrando la nevera, y en busca del abridor para la cerveza que tiene justo delante de él—. Será uno de esos cirujanos que averigüen como colocar un brazo útil medio robótico o en hacer un trasplante de ojos para devolver la vista.

— ¿En serio? —le pregunto después de volver la atención hacia Álex de nuevo.

Él se inclina hacia delante y coloca los brazos sobre sus piernas. Dirige la vista hacia el suelo como si estuviera reflexionando sobre ello. Me estoy acostumbrando a su forma de ser equilibrada y serena.

Creo que entiendo un poco más de su personalidad. Ocurre que él es tan inteligente que su cerebro funciona de distinta forma. Procesa mermando y

empequeñeciendo la causa y raíz de cualquier problema o situación porque él estaba muy por encima de todo ello, y le importa bien poco que su opinión prevalezca sobre la del resto, o tenga que hacer concesiones porque es como el sabio que da palmaditas en la cabeza sobre el ignorante sabiendo lo que va a ocurrir; sin embargo, deja que lo descubra por su propia mano porque el tiempo le dará la razón y no tiene prisa. Su paciencia y sabiduría es enorme. Debe de llevar sangre de Yedi por sus venas o ser un pariente cercano de Yoda que se ha llevado la mejor parte física de la familia como Arnold Schwarzenegger y Danny de Vito en Gemelos.

—Sencillamente, si tengo al alcance la capacidad de ayudar o sanar y mejorar la vida de alguna forma, ¿cómo no voy a hacerlo? —pregunta sin esperar respuesta—. Es asombroso que con los conocimientos apropiados pueda llegar a salvar vidas solo con estas manos. No puedo dejar pasar algo así —explica, y gira sus manos enlazadas como si tuviesen el poder del secreto de la inmortalidad.

Y yo miro sus manos de dedos largos como si tuviesen el poder de despertar mi conciencia, y me doy cuenta que yo también tengo otra capacidad que podría utilizar; que también puedo ayudar a mejorar otras vidas y que debo contribuir con la información de la que dispongo. De todas formas, ¿quién impuso la norma de no intervención en los viajes al pasado? ¿Eso significa que hay otras personas que también han retrocedido en el tiempo? ¿Y si tan solo eran demasiado desconsiderados como para intentar esforzarse por cambiar la historia? Hablar sobre un intento de atentado en Madrid antes del 11 M no parece una idea descabellada si con ello puedo salvar vidas o hablar de las repercusiones catastróficas de la burbuja inmobiliaria. No es insensato realizar un seguimiento de personas que arruinaran la vida de otros, y alertar sobre ello para que no ocurra. Dispongo de los mejores medios para ello porque yo podría hacer uso de mis conocimientos haciendo un trabajo de

investigación periodística, y publicando artículos de denuncia previos a estos hechos. Creo que podría ser más útil que simplemente entrar en una comisaria gritando ¡FUEGO! como una loca.

Siento que la emoción me embarga. Nace desde la raíz de mi pelo y se cuele hasta los dedos de mis pies, haciendo que los agite con deleite porque estoy deseosa por empezar. Se me ocurre que podría comenzar con un pequeño periódico o un blog on line. Sí, sé que no voy a poder hacerme con el mérito de ser la primera, pero precisamente porque no lo soy, sé, como consumidora, que puede funcionar.

Estoy tan conmocionada con la intensa inquietud que vibra dentro de mí al madurar este proyecto, que considero el hecho de que esto sea con exactitud lo que siempre he querido hacer, solo que entonces no era una posibilidad porque un trabajo de investigación sin horarios, sin un lugar estable y sin ningún control, no era una realidad compatible en mi vida con Él, y una vez más me doy cuenta de que he sido una experta en el autoengaño conformándome con lo que creía que me convenía, sin que importaran mis verdaderos anhelos.

Y me siento tan feliz que casi me lanzo sobre Álex para darle un beso en la mejilla, pero eso habría sido raro. En cambio, le digo:

—Eso es muy altruista y loable. —Y le regalo mi mejor sonrisa cuando levanta la cabeza para mirarme.

Sé que me está estudiando a través de sus pestañas oscuras, tratando de encontrar el veredicto apropiado para mí porque debo ser un rompecabezas extraño con piezas que no casan entre sí. No entiendo cómo me había equivocado tanto con él. Es evidente que no se sienta detrás de una cortina a ver la vida pasar. No solo participa, sino que quiere mejorarla de la manera más humana y admirable. Supongo que no me había permitido pensar en ello con anterioridad como si Él, siempre Él, fuese capaz de escanear mis pensamientos y reprenderme por estar reflexionando sobre Álex o cualquier

otro.

—Eres mejor persona que yo —añado a modo de disculpa. Era yo, la que me había vuelto sobre mí misma, haciéndome una bola de lamentos y desdicha sin capacidad para pensar en nadie ni nada más que mi desgracia—. Los tres lo sois —añado y me levanto para dejar la botella vacía en el basurero.

No consigo dormir profundamente hasta que oigo la puerta abrirse con la llegada de Lucía. Soy como mi propia madre esperando despierta a que vuelva todo el redil a casa para respirar tranquila. Te quiero, mamá.

Es Domingo y lo dedico a enumerar y planificar una lista de las acciones inmediatas a realizar. Lo primero, y sabiendo que la política de comidas en la casa siempre ha sido arréglatelas como puedas con lo que hay o está por venir —muy parecido a lo que ocurre en casa de mis padres cuando mi madre está absorta en alguno de sus proyectos—, y siendo consciente de mi natural eficiencia para planear y cocinar algo decente todos los días adquirida con los años, decido tomar las riendas y encargarme de ir al supermercado y organizar algo decente para que todos podamos comer durante la semana.

Segundo punto es conseguir un ordenador de segunda mano barato, y convencer a mis compañeros de piso de que necesitamos una línea de teléfono con conexión a internet. Tal vez tenga que buscarme un trabajo los fines de semana para hacer frente a estos gastos extras; algunas noches de camarera en un bar, por ejemplo, ya lo he hecho antes. Me niego con rotundidad a depender total y definitivamente del dinero de mis padres para mis gastos extras. Ya no

soy una niña.

Punto número tres, necesito un móvil para mí, y persuadir a los demás de que también lo necesitan porque si no ¿dónde está la gracia y ventaja de tenerlo?

Punto número cuatro, el resto de puntos a concretar cuando tenga los medios para realizar más puntos. Véase anotaciones anteriores.

Me siento. Repaso mi lista. Me siento satisfecha por la reorganización de mis nuevos proyectos. Las listas me ayudan a superar mi día a día al clasificar y establecer un orden a las ideas de mi cabeza, la sensación dentro de ella es como la del mar en calma después de la tormenta, solo así, soy capaz de relajarme. Tener los objetivos en perspectiva me ayuda a no dispersarme en una algarabía de confusión que hará mi existencia más imprecisa. Necesito sentir que controlo algo en mi vida cuando el resto de ella se me va de las manos.

Tengo en tareas pendientes la elaboración de la lista de la compra. Abro los armarios y la nevera en busca de información a medida que apunto lo que hace falta. Básicamente tenemos huevos, patatas, leche y café porque las cervezas se acabaron anoche. Encuentro media cebolla que no sé de dónde ha salido y deduzco con habilidad que la comida de hoy tendrá que constar de tortilla de patata y café con leche.

Es pronto por la mañana y las habitaciones aún están cerradas guarneciendo a sus “durmientes moradores”, por lo que me ducho y me visto para acercarme a la panadería. Compró dos barras de pan y unos bollos rellenos de chocolate para el desayuno. No para mí, para Lucía y Álex. Soy así de generosa.

Dejo la compra en la mesa y también café hecho. Vuelvo a coger las llaves.

Voy a disfrutar de la ciudad, tomarme un café con leche en el Boulevard,

caminar por la playa, llamar a mi casa y disfrutar de mi libertad, libertad, que me autoriza a hacer lo que me venga en gana sin el deber de dar explicaciones o tener que excusarme por querer caminar un rato sola. Absorbo con deleite mi nueva capacidad de hacer lo que de verdad quiero sin sentirme culpable o con miedo, y dejo que el aire que llega frío y limpio, debido a la lluvia que ha caído, invada mis pulmones. Podría bañarme de esta nueva independencia. El yugo se vuelve más ligero de nuevo, me estiro más recta y cuadro los hombros. Todo va bien.

Cruzo la puerta con un arsenal de periódicos que compro durante mi paseo. Es una costumbre habitual, y creo que ahora me servirá de especial manera para ponerme al día con la actualidad, y dar un paso más adelante en mi proyecto.

Recuerdo una serie de televisión en la que el protagonista recibía un periódico con todas las noticias que ocurrirían al día siguiente; por supuesto, él trataba de solventar los peores sucesos. Se llamaba Edición Anterior, y con seguridad la emitían este año, con lo que podría volver a verla.

Veo a Álex dirigir la mirada a la pila de periódicos que dejo caer sobre la mesa frente a él.

—¿Aún no hay señales de la bella durmiente? —le pregunto sin darle los buenos días siquiera.

Él tampoco lo hace. No se va a molestar por detalles tan nimios. Niega con la cabeza cogiendo un periódico del montón para echarle un vistazo mientras bebe un café con leche. Me siento frente a él y abro el paquete de bollos que aún no ha tocado—. Come. Lo traje para vosotros

Estira el cuello para husmear el interior del paquete. La expresión de su cara no cambia, pero alcanza uno. Vuelve su mirada al periódico.

—Gracias —masculla entre bocados sin levantar la vista—, y por el café recién hecho. —Luego me mira por primera vez desde que he llegado—. No comes, no duermes, ¿respiras?

—Tú eres el médico, ¿no deberías saberlo? —le respondo con ingenuidad. Instintivamente desvía los ojos hacia mi pecho para confirmar si lo hago. Eso creo. ¿No es innato en los médicos o futuros médicos al caso? Y aun así, me altero. Debe arse cuenta porque entierra la cabeza dentro del periódico sin responder.

Fin de la conversación.

Cojo el Diario El País. Hoy es 3 de Octubre y leo un enunciado que me llama la atención: Ribó acusa a la familia Pujol de "chupar" de la Generalitat.

—Increíble —murmuro antes de leer un poco más *«El candidato de IC-V, Rafael Ribó, acusó ayer a la familia y al entorno del actual presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, de haber "chupado" de la Generalitat para su "exclusivo beneficio económico»*, y no entiendo nada.

Álex no parece interesado en saber que me resulta tan increíble porque no me lo pregunta ni me mira. Mejor. Sería difícil explicar que este mal asunto al parecer se “sospecha” desde 1999 y no se denuncia hasta quince años después. Únicamente se utiliza para hacer demagogia.

Sigo leyendo y revisando la portada de los periódicos. Encuentro otro titular del diario El mundo: *«España está a (la cola) en tecnología por la falta de una tarifa plana en conexiones a Internet»*

Estupendo. No sé cómo me sorprende. Seguimos pagando de manera desorbitada en comparación con el resto de Europa no solo en conexiones a Internet, también en energía, por un crédito y comisiones bancarias, por el precio del carburante antes de impuestos, debido al margen bruto de beneficio que se adjudican las petroleras españolas, incluso por ver el fútbol en televisión pagamos más que el resto mientras nuestros sueldos se reducen y el

nivel adquisitivo desciende a la mínima expresión. Aventuro que se solucionará antes el tema del fútbol que el resto. Una forma como cualquier otra de tener contenta a la plebe igual que Cómodo en la película Gladiator. Les quitaba el pan, pero les entretenía con los juegos con lo que se daban por satisfechos.

—La plebe es voluble —pienso y oigo un periódico crujir y levanto los ojos.

Me encuentro la mirada extrañada de Álex. ¡Ups! ¿Lo he dicho en voz alta? Estoy segura que todavía no se ha estrenado la película porque recuerdo el día que fui a verla al cine. Estaba con Él. Desde entonces creo que la he visto como un millón de veces, de ahí que me sepa los diálogos prácticamente de memoria. Supongo que me enamoré un poco de Russell Crowe en ese personaje, como casi todas, hasta que llegó Viggo Mortensen con sus anillos y su barbita de tres días, un poco como la que lleva Álex. Hoy ha cambiado su habitual vestuario negro por unos pantalones y camisa también vaquera abierta sobre una camiseta blanca con la imagen del álbum Nevermind de Nirvana. Es esa en la que aparece un bebé debajo del agua buceando hacia un billete de un dólar en un anzuelo, yo tengo una igual, en realidad se la quité a Jul.

Aún tiene el pelo húmedo tras la ducha.

Me gusta mucho ese Álbum de Nirvana. Una pena lo de Kurt Cobain y como los excesos y las drogas se llevan de forma tan brutal la vida de grandes promesas. Pienso en mi hermano y siento alivio porque nada de ese enjambre le arrastrara a su agujero.

Álex termina el café y estira sus brazos a cada lado del periódico, con las manos apoyadas en la mesa cuán largas son. Manos de cirujano. Echa un vistazo al artículo que estoy leyendo. Sabe leer al revés, no es tan fácil. Apuesto a que no encuentra nada que le explique mi repentino interés por la plebe.

—¿Quieres tener conexión a internet en casa? —me pregunta.

Ha leído mi lista de objetivos. Muevo la cabeza alrededor buscando mi cuaderno. Lo encuentro abierto sobre la encimera de la cocina. He debido olvidarlo allí. Un cuaderno abierto y escrito es una tentación muy grande para un ávido lector. No le doy importancia. Yo también lo hubiera leído de haber sido a la inversa. Es más fácil saber de esa forma de quién es y que hace ahí.

—Sí, me gustaría. Imagínate poder aparentar que estamos en el siglo XXI, incluso antes de estarlo. —Mi comentario sarcástico no le afecta en lo más mínimo. Tampoco me mira como si fuera idiota, lo que es un detalle.

—No es mala idea —comenta de vuelta a su periódico y vuelve a levantar los ojos hacia mí—. Poner la conexión, no el poder aparentar que pertenecemos al siglo XXI —añade impasible. Es difícil descifrar si en realidad bromea o no.

—No sé si tomarme como un insulto el que creas que debes aclarármelo —sonríó con incredulidad fingida, y él también rompe en una como si la hubiera estado conteniendo.

Es pronto para decirlo, pero creo que de algún modo, esta vez, estoy congeniando con él de una forma que no ocurrió antes. Tal vez sea debido a mi propia madurez, ya que él siempre ha sido más estable, mucho más que cualquiera de nosotros, tal vez, a causa de esa manera inteligente y reflexiva de tomarse la vida o quizás mi loco enamoramiento y relación con Él me volvieron ciega y sorda, y no supe entender el misterio que entrañaba Álex. Lo cierto es, que la relación con Él fue realmente absorbente desde el principio y me dejó poco tiempo para sociabilizar. Álex tampoco pasaba mucho tiempo en casa. Creo recordar que llevaba una vida ocupada con clases de Kick Boxing o Full contact o algo de eso, refuerzo de inglés o alemán y más tarde apareció su novia, a la que no caíamos muy bien ni Lucía ni yo, y Él y Álex tampoco congeniaron. Ahora que lo pienso, la formidable tensión en esta casa debió

subir la factura eléctrica de modo considerable.

—Si quieres un trabajo de camarera tengo un conocido que busca alguien que le cubra algunas noches, sobretodo fines de semana. No es un mal sitio, medianamente tranquilo y no está lejos —comenta. Es evidente que no le importa que yo sepa que ha leído mi cuaderno. Menos mal que no había ninguna referencia extraña.

—¡Oh! Vaya, ¡eso es genial! Es justo lo que necesito —le contesto agradecida. Sin duda cualquier otro trabajo me quitaría tiempo para clase o estudiar. Las horas de sueño son las menos imprescindibles, y el trabajo de noche se paga mejor. Incluso las propinas—. ¿Dónde es?

—El tipo no está hasta el sábado que viene. Te puedo llevar cuando vuelva —explica y tamborilea con los dedos sobre la mesa. Un gesto nervioso que no corresponde con él—. De todas formas solemos ir a jugar al billar allí alguna tarde.

—Vale —le digo—, gracias. Oye ¿eso es de The Boxer? —le pregunto entusiasmada al ver la cartelera de cine en su página abierta. Al parecer se me presenta una gran oportunidad de ver esa película en la gran pantalla. Desde “El último Mohicano” adoro a Daniel Day Lewis y su trabajo cinematográfico.

—Sí —me responde después de echar un vistazo a su periódico. Me mira y está a punto de decir algo más, aunque al final aprieta los labios y vuelve a concentrarse en su lectura.

Con suerte convenceré a Lucía de la gran idea que es, ir a verla esta tarde y si no, tampoco tiene importancia, no me avergüenza ir sola al cine, ya no.

3

50 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2001, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Necesito un café. No importa cuánto tiempo trate de engañar a mi cuerpo. Da igual que le susurre palabras tranquilizadoras porque continúa clamando por uno. Es el único vicio que tengo. Soy humana. Tengo debilidades. Muchas, sí.

La clase de Introducción al derecho ha acabado con cualquier signo de lucidez en mi cerebro. Necesita recargarse de cafeína para funcionar, y el lugar donde recargan cerebros es la cafetería. Llevo evitando ir allí toda la semana porque si algo tenemos en común es nuestra pasión por el café; el de Él más negro, más dulce, en vaso pequeño, sin leche apenas; yo, todo lo contrario. No puedo evitar para siempre la cafetería del campus y seguir recurriendo a esos polvos atómicos y engañosamente inofensivos que echan al agua en las máquinas de café. A saber que le están haciendo a mi cuerpo.

María y Lucía han ido a la tienda de fotocopias cargadas ya de folios hasta la barbilla, así que sujeto el brazo de Eva de forma desesperada y la dirijo a la cafetería conmigo. De todas formas, Mario, su novio, la espera allí.

Desde la parte antigua donde tenemos nuestras clases hasta la cafetería, que está en la zona moderna, atravesamos pasillos exteriores y subimos unas empinadas y estrechas escaleras en las que inevitablemente quedamos atascados y avanzamos despacio cuando salimos todos juntos al final de la jornada lectiva. No quiero ni imaginar lo que ocurriría en esos momentos si

una de las personas en lo alto de la escalera perdiese el equilibrio y cayera hacia atrás. Un gran efecto dominó, sin duda.

Gracias a dios, este no es uno de esos momentos de embrollo y las subimos raudamente esquivando solo a un grupo de chicos, que sentados de manera despreocupada sobre ellas, están concentrados liándose canutos.

La cafetería está abarrotada. A mitad de mañana y entre clases siempre hay gran cantidad de personas ocupando todas las mesas. Nosotras tenemos suerte porque Mario, que tenía una hora libre antes del descanso, ha conseguido una, aunque no está solo y las sillas están todas ocupadas. No sé por qué me sorprende ver a Álex y Oscar sentados con él. Todos ellos deben estar en la misma clase y, además, el mundo está llena de este tipo de coincidencias extrañas que te dejan con la boca abierta pensando: «¡Dios mío! ¿Os conocéis? El mundo es un pañuelo. De. Verdad». Lo que me asombra es que no esté Javier.

—Hola —murmuro cuando levantan la vista para mirarnos.

Eva planta un beso en la boca a su novio y se sienta en su regazo como justa solución a la falta total de espacio. Levanta los brazos a su cuello y le susurra al oído. Él la recibe de buen grado y los demás nos sentimos como incómodos espectadores de su historia. Miento, Oscar les mira con una sonrisa. Cuando me echa un vistazo, sin dejar la sonrisa, palmea su pierna a mi lado como invitación. Me lo tomo como lo que es; una fanfarronada. Niego con la cabeza sonriendo.

—Necesito un café —le digo señalando la barra que está abarrotada.

—Oh perdón —dice Mario volviéndose a nosotros—. Estos son Álex y Oscar —dice señalándolos—. Vamos juntos a clase.

Le miramos casi con la ternura que se dedica a un niño mono y pequeño que no se entera de nada. Al menos Oscar y yo. Álex le mira alzando las cejas a través del humo de su cigarro. Lo sé, todavía se puede fumar dentro de los

recintos cerrados. Increíble. Incluso recuerdo fumar en los exámenes más complicados y largos, con permiso del profesor, por supuesto.

No es que sea una ex fumadora gruñona que ya no tolera el tabaco «*por nunca jamás*», pero valoro profundamente la oportunidad de que en los espacios cerrados no se permita fumar. Hasta que uno no se acostumbra a convivir con la limpieza de su aire, no cae en la cuenta de lo molesto que podía resultar antaño un lugar lleno de humo, el olor invadiendo las fosas nasales y pegándose a la ropa y el pelo. ¡Puaj!

Siguiente paso: Ciudades libres del humo de los tubos escape de los vehículos.

—Lo sé —contesto a Mario—. Vivo con él —añado señalando con un movimiento de barbilla hacia Álex.

Frunzo el ceño al recapacitar sobre la mala elección de palabras, pero ellos solo le miran con cautela. Observamos el momento «¡Oh! ¡Joder! ¡Qué coincidencia!», tanto de Mario como de Eva.

Mario se vuelve hacia mí con esa sonrisa satisfecha, que tendrían los gatos de poder sonreír después de cazar al ratón escurridizo.

—Entonces tú eres, esa tía, que vive con Álex. —Pongo cara de circunstancias porque percibo cierto aire de misterio y un mensaje silencioso circulando entre ellos. No me importa que hayan hablado de mi o que mi nombre haya salido en alguna conversación, lo que me altera son las sonrisas relamidas.

—Sí —respondo—, esa tía —digo añadiendo un entrecomillado con mis dedos en el aire—. Una de ellas —añado.

Eva mira interesada a su novio, con claridad le sacará toda la información.

No sé si quiero saber si mi incoherente comportamiento traspasa fronteras. Álex vuelve a tamborilear sobre la mesa. Único movimiento que le he visto hacer que podría hacerme sospechar que no está tranquilo. Oscar le mira a él y

Mario a mí. Álex mira su café; yo miro a todos; sin embargo, ninguno me da ninguna explicación. Esto parece el juego de ¿quién mira a quién? No tengo ganas de jugar.

—Necesito cafeína. —Suspiro más audiblemente de lo que esperaba. Casi un resoplo.

Lykke Li_ Gunshot

Me acerco a la barra. Miro hacia el suelo como siempre que camino entre mucha gente, y choco contra un cuerpo que se lanza en mi camino cortándome el paso. Reconozco su olor y su postura mucho antes de levantar la mirada a su cara. Él. Más guapo e intenso de lo que recordaba. Nuestros ojos se enlazan con la fuerza de una atracción que difícilmente puedo romper. No veo su boca, no la miro porque lo único que puedo hacer es luchar para poder arrancar mis ojos de los suyos, pero sé que me está sonriendo porque se le arrugan las comisuras y se le llena la bolsa bajo ellos. No respiro. Mi cuerpo tiembla sin poder asimilar la variedad de sentimientos contradictorios que me abruman. Miedo y atracción, rencor y pena, amor y odio.

—Perdona por el tropiezo —me dice y acompaña su disculpa con su mano sobre mi brazo—, pero no podía permitir que desaparecieras otra vez.

Abro los ojos a la realidad y enmudezco. No es más que una expresión común, que con probabilidad ha surgido del libro imaginario “*Cómo conquistar a una chica con una sola frase*”, pero es una elección desafortunada de palabras para Él porque de repente me encuentro cautiva de su mano en mi brazo y de lo que Él dice no poder permitir. Desaparecer es justo lo que quiero. Debería ser grosera, gritarle que no se acerque a mí, que Él no va a controlar lo que yo haga; sin embargo, me desgarraría hacerle demasiado daño. No quiero que sufra, solo que me deje en paz. Soy débil cuando se trata de Él. Soy débil en general.

—Lo siento, pero tengo mucha prisa —me excuso en un tímido susurro.

Lentamente en tormento obligo a mi cuerpo a alejarse. Él no suelta mi brazo aunque me aleje con intención de que lo haga. Me entra pánico.

—¡Espera! —insiste— Solo quiero saber tu nombre—. Me vuelvo hacia él. No está enojado. Tal vez, un poco lastimado. Trato de tranquilizarme; sin embargo, mi corazón comienza a bombear demasiado acelerado. Solo es un nombre. No le va a dar poder sobre mí.

—Ana —susurro. Me siento atrapada. No retira su mano. Comienzo a sentir sudores fríos.

—Ana —repite lamiendo sus vocales—. Mi nombre es Abraham. —Abraham. Lo sé. Solo que no me atrevo a pronunciar su nombre. Como si al hacerlo lo conjurase y lo hiciera aparecer de la nada. Además, duele. Duele su nombre. Duele su contacto. Duele su mirada, y aún más, duele todo lo que él me hizo.

Desliza su mano desde mi brazo hasta mi mano. La agarra con fuerza como si ya sintiera el miedo a perderme. La siento firme y cálida. La mía mucho más pequeña se pierde dentro de la suya como yo me perdí en Él. Ni siquiera simula agitarla, solo ha sido una excusa para tomarla. Recuerdo cuántas veces no le hicieron falta, pero no quiso hacerlo. Recuerdo esa misma mano en mi garganta cortándome la respiración mientras me sujeta contra una pared.

La suelto como si quemara. Respiro de forma agitada. No consigo llevar el aire a los pulmones. Mis bronquios se han cerrado. Siento mi corazón tronar; golpea con vigor contra mi pecho en busca de la sangre que me ha abandonado. El miedo más intenso nubla mi cabeza. Las sienas pulsan con agudeza. Mi cuerpo tiembla de forma descontrolada a causa de esa sensación de pánico. Miro alrededor en busca de ayuda. Me asfixio. No puedo respirar. La más y terrible oscuridad invade mis ojos. Mi cuerpo se derrumba sobre el suelo. Oigo su voz asustada y sorprendida pronunciando mi nombre, y luego nada.

Tengo a un hombre que no conozco, sin pelo y con gruesas gafas con cuerdecillas de esas que caen desde la patilla, inclinado sobre mí. Al otro lado, dos futuros médicos que conozco con semblantes serios; Eva y Mario de pie detrás de ellos a mi derecha; a mi izquierda está Él, y siento más miradas sobre mí. Estamos rodeados de un montón de curiosos.

—Vuelve en sí —oigo no sé de dónde. Prefiero morir que atraer sobre mí tanta atención. Seré por siempre la “tía” que se desmayó en la cafetería. Creerán que estoy embarazada o que estoy enferma, lo que tal vez sea cierto.

—Según me habéis explicado, esto tiene todos los síntomas de un ataque de pánico —informa el hombre a Álex y Oscar—. Gracias —musita cuando le alcanzan un botellín de agua—. Incorpórate poco a poco para que puedas beber. —Agua que todo lo cura.

Me siento mientras el hombre y Oscar me ayudan empujándome con ligereza por la espalda. Bebo agua. Trato de respirar con normalidad. Él sigue ahí con las manos en las rodillas, mirándome detenidamente.

—¿Has tenido algún episodio cómo este antes? —me pregunta el hombre.

Supongo que la ventaja de estudiar en una universidad que imparte medicina es, que siempre encuentras un médico alrededor como en los aviones de las películas.

—No —susurro y vuelvo a beber agua.

—Tal vez sea algo aislado y desencadenado por alguna situación en concreto, pero deberías consultar con tu médico en cuanto puedas —me explica colocando sus gafas sobre su pecho dejando que se sostengan de las cuerdecillas—. ¿Tienes quién te acompañe a casa? —pregunta mirando alrededor y luego de nuevo hacia mí.

Miro a Álex. Está en cuclillas a mi lado con una rodilla sobre el suelo.

Asiente con la cabeza. —Nosotros la llevaremos —resuelve Oscar jovialmente, y entre él y el profesor me ayudan a incorporarme del todo.

Advierto movimiento por el rabillo del ojo. Es Él acercándose. También lo hacen Mario y Eva y aún quedan algunos curiosos, pero en su mayoría han vuelto a sus propios asuntos.

—Muy bien, la dejo en vuestras manos —dice el profesor mirando su reloj y dejando constancia de que tiene prisa.

Le dedica a Oscar una sonrisa apreciativa y pone una mano sobre el hombro de Álex antes de mirar al resto de los reunidos y marcharse.

—¡Dios! Ana, ¿estás bien? ¡Qué susto nos has dado! —exclama Eva peinando mi pelo sobre mi oreja. Un gesto nervioso sin duda. Ella lo es. Puro nervio. Sujeta mis mejillas con las dos manos, es evidente que no sabe qué hacer con ellas, y yo como convaleciente, soy su objetivo—. Estas pálida todavía. Mejor vete a casa ya. Yo le contaré a Lucía lo que ha pasado. —Asiento con sus manos aún en mi cara, lo que lo complica.

—Tal vez lo mejor es que se acerque a la sala de urgencias de un hospital —le oigo decir a Él. Me sobresalto. No sabía que estaba tan cerca y lo miro de forma involuntaria. Él me devuelve la mirada—. Tengo el coche ahí fuera, puedo acercarte si quieres.

Sus ojos me examinan con intensidad. Ni siquiera sospecha que ha sido el culpable del ataque de ansiedad. Cierro los ojos. No quiero verlo mientras lo rechazo. Niego con la cabeza.

—No hace falta —dice Álex, y lo miramos todos; yo con alivio por su intervención. Él me señala con tranquilidad como prueba irrefutable. —Las urgencias son para emergencias, ella no lo es. —Lo miro con suspicacia, aunque no es a mí a quién observa, sino a Él, y no lo hace de forma amistosa.

—Eso suena como una ofensa en toda regla, ¿sabes? Si yo fuera más susceptible podría sentirme insultada—. No sé de dónde saco el sentido del

humor, excepto que lo use de paliativo para combatir mi nerviosismo.

Me apoyo en Oscar que aún me sujeta por la cintura. No es el mejor movimiento para hacer delante de Él; sin embargo, aún necesito un poco de estabilidad y él es algo sólido y... Abraham ya no me controla. Tengo que recordármelo constantemente.

Álex digiere lo dicho. Veo cómo lo hace. Incluso advierto una sonrisa avergonzada antes de dirigir sus ojos hacia mí.

—Quería decir que tu estado actual ya no supone una emergencia. —Suenan a que el resto lo dijo sin pensar, lo que no es propio de él. Siempre madura las respuestas antes de formularlas.

—Futuros médicos —le explica Eva a Él a modo de disculpa señalándolos.

Él se encoge de hombros, pero advierto que de alguna manera Álex le ha ofendido al rechazar su ofrecimiento. Sospecho que nunca serán grandes amigos. Hay ciertas situaciones que nunca cambian.

—Puedo acercarte a tu casa de todos modos —insiste. Me tensa. No quiero que sepa dónde vivo. No en esta vida. Y tampoco quiero tener que continuar rechazándolo.

Miro a Álex en busca de ayuda. Él ya le ha contradicho en una ocasión, por lo que puede hacerlo una vez más, pero él está mirando la punta de sus zapatos y no se da cuenta.

—Gracias, no hace falta —le digo al cuello de su camisa e improviso una tentativa sonrisa antes de mirarle a la cara.

—Nosotros también tenemos el coche fuera —interviene Oscar tranquilamente—, y sabemos dónde vive, ¿verdad? —dice mientras con su brazo en mis hombros me da un tirón fuerte hacia él.

—Cierto —añade Mario—. Como que viven juntos —le informa con sonrisa traviesa mientras nos señala a Álex y a mí.

Tal vez sospechen mi necesidad de alejarme porque esto parece una conjura organizada para deshacerse de Él. Dejo que la pequeña impresión de protección me rodee, mientras paladeo con gusto la sensación de seguridad, que me proporciona saber, que no me quedará sola. Estoy cansada de llevar toda la carga sobre mis hombros en soledad sin poder compartir con nadie mi suplicio. Se siente bien por una vez, que sean los demás, los que solventen mis problemas. Me lleno de valor y observo su reacción. No está sorprendido solo contrariado mirando a Álex.

—Compartimos piso —rectifica él y después me echa un vistazo rápido. Bueno, cualquier malentendido ha sido aclarado, fin de la conjura. Gracias Álex. No obstante, está en su derecho.

—Vámonos —le digo a Oscar.

Él vuelve a colocar su mano sobre mi brazo ignorando a Oscar que tira de mi hacia la salida.

—Nos vemos por aquí, Ana —y le conozco lo suficiente para distinguir el tono de súplica en su voz. Ese ruego que me ha obligado a perdonarle, una y otra vez, cuando un momento de clarividencia nos ha iluminado a los dos, y a mí me ha instado a dejarle y a Él a temer mi huida.

Asiento con la cabeza y él se relaja. Suelta mi brazo ardiendo bajo su tacto, y dejo que me saquen de allí en el Seat León de Oscar. No debería alentarlos. Soy una estúpida.

Insisten en que me eche sobre el sofá. Oscar me deja elegir película. Escojo *La fiera de mi niña* de Katherine Hepburn de mi colección de DVD, y a pesar de que refunfuña porque no le gustan los clásicos, termina desternillándose de risa. Con el Sr. Hueso reímos todos.

Tenemos un sofá apañado. Cabemos los tres a la perfección, pero no lo utilizamos a la vez. En realidad nunca hemos estado más de dos personas en él. Álex tiene su sitio en el lado izquierdo. Es el que más tiempo lleva, por lo tanto le cedemos el privilegio de ser propietario de un lugar para él solo, excepto cuando decidimos tumbarnos y lo ocupamos entero. Cualquier otro nos obligaría a levantarnos y cederle su sitio, pero él no; simplemente opta por sentarse en uno de los sillones sin abrir la boca. El sofá no es cómodo en exceso, pero no soy neutral con este tema, aún no he encontrado uno perfecto, aquel con el que disfrute tanto sentada como tumbada. Creo que los sofás acogedores son solo una utopía para mí. Este tiene anchos cojines verdes en los que sentarse e incluso puedo recoger las piernas sin aspavientos, pero el respaldo no tiene la inclinación perfecta para esta postura; por ello, ahora me encuentro medio cómoda. Además, trato de recoger las piernas para no molestar a Álex que está sentado al otro lado. Soy demasiado consciente de que si las estiro le rozaré con mis pies. No es agradable ser tocado por los pies de una persona con la que no tienes intimidad o algún vínculo, ni siquiera tolero los pies de mi hermano y tenemos la misma sangre. Sí, será médico, tocará peores cosas seguro, pero no tiene por qué comenzar con mis pies. Hasta el curso que viene no empezarán sus clases prácticas, trato de proteger su inocencia.

Lucía entra por la puerta mientras Álex pone unos macarrones a cocer. Cocina universal comodín para cualquier estado de excepción. Deja su bolsa en el perchero que tenemos al lado de la puerta. Lo hemos comprado hace poco porque es indispensable para deshacerte de las chaquetas y bolsos en cuanto llegas a casa, y eso, sí que es comodidad.

—¿Qué te ha pasado? —Se deja caer a mi lado en el sofá y ni siquiera saluda al resto. Ellos tampoco lo hacen. Me pregunto si hay un letrero en la puerta de esta casa que no he visto en el que pone “No Saludar” o algo así.

Lucía lleva uno de mis jerséis calados. Uno de color burdeos del que se enamoró según lo vio. Ella aún no lo sabe, pero ya es suyo.

—Uhm... un ataque de pánico, al parecer —le explico. Álex se sienta en el brazo del sillón junto a Oscar sujetando el tobillo de una pierna sobre la otra.

—¿Un ataque de pánico? ¿Por qué? ¿Cómo? —continúa bombardeándome Lucía mientras me mira con aprensión.

Ahora todos me miran esperando por una respuesta, y yo bajo los ojos sobre mis manos en el regazo. Las retuerzo en busca de una explicación sencilla.

—¿Tiene que ver con ese tipo? —me pregunta Álex sorprendiéndome. Levanto la vista y me mira inquisitivamente lo que es raro en él.

—¿Qué tipo? —pregunta Lucía.

—El día que te peleaste con el teléfono —explica ignorando a Lucía— saliste corriendo y él te siguió —le miro estupefacta. No sabía que Él me hubiera perseguido. Ni que Álex fuese testigo. Siento un escalofrío que estremece mi cuerpo.

—¿Qué tipo??? —insiste Lucía.

—¿El tío que se ofreció a llevarte a urgencias? ¿En serio? —pregunta Oscar—. No parecía mal tipo, un poco insistente quizás, pero es evidente que quiere tema. ¿Le conoces?

Desvío mi mirada de Álex a Oscar y estoy a punto de decirle que clase de tipo es, pero callo. No hay nada que pueda decir. No estoy protegiéndole. Quizás sí, pero es mi carga y la solvento como mejor sé, con el silencio.

—¡Oh! Me contó Eva que había un chico guapísimo ofreciéndose a llevarte a casa y estos le frustraron —dice Lucía echándoles un ojo con suspicacia.

—Ella. No. Quería. Le dijo que no —le responde Oscar.

De repente me entra el pánico de nuevo. Él me siguió, y me acechó en la cafetería. No va a ser tan fácil mantenerme alejada de él. Sé lo insistente que puede llegar a ser. Le conozco bien y sus prioridades y sus necesidades siempre están por encima de todo. Yo soy su actual capricho, y él quiere conseguirme.

La primera vez que trató de conquistarme, no tuve que poner a prueba su resistencia porque caí presa de sus redes de forma inmediata. Tenía más carisma que cualquier chico con el que hubiera estado antes, una sonrisa encantadora y una mirada que centraba en mí con intensidad, pero me trataba como a una niña a la que debía guiar: «Esto es mejor para ti» «No cometas ese error» «Yo solo pienso en tu bienestar». Es posible que Él creyera que era así; sin embargo, todo lo que hacía era en su propio beneficio. No sé si consciente o inconscientemente, pero nuestra vida giró en torno a la suya. La única que tuvo que hacer verdaderos sacrificios fui yo. Cedía una y otra vez en pro de su felicidad, y Él, sin embargo, se veía como el gran benefactor. De haber podido medir el nivel de sacrificio de cada uno en una balanza, esta se hubiera descontrolado con el peso de todo lo que perdí, pero Él nunca lo reconoció. Ni puedo asegurar que siquiera lo advirtiese, y de hacerlo, nunca le dio el verdadero valor que tenía.

—No lo quiero cerca de mí —salto de repente y hasta yo me sorprendo por mi vehemencia. Todos se vuelven a mirarme. No podía haber creado más atmósfera de misterio ni queriendo—. Él no es lo que parece. No lo quiero a mi alrededor —repito con fuerza.

Reconocerlo ha sido un pequeño paso. Es la primera vez que lo digo en voz alta, que lo comparto con otras personas y eso hace la decisión más firme. Ya no puedo volverme atrás.

Y esto deja de ser una solitaria cruzada en la que lucho conmigo misma. No ha sido tan difícil. Una idea ronda mi cabeza. Tal vez, solo tal vez, debiera

hablar con alguien, un profesional, otras mujeres que padezcan lo mismo que yo, y me recuerden que no estoy sola y yo les recuerde a ellas que no están solas. Tal vez, y tal vez yo pueda empezar a pensar en mi bienestar más que en el suyo, y no temer alejarlo de mí aunque eso suponga hacerle daño.

Me levanto. Esas son todas las explicaciones que puedo darles por el momento. Hay unos macarrones ahí delante que están pidiendo a gritos mi ayuda. Tengo que salvarlos del peligro de ser cementados dentro de la cazuela.

Evito mirar a Lucía con la esperanza de que no insista, pero sé que no será fácil, al fin y al cabo, ser periodista es su vocación.

—¿Qué te ha hecho?! —me pregunta furiosa. Ha estado atando cabos.

No es cómo si no hubiese dejado pistas de manera inconsciente. Mi huida, mi encerramiento, mis reacciones defensivas, mi ataque de pánico. He dejado de fingir y mis reacciones se han descontrolado. Solo que Él aún no me ha hecho nada y eso no es fácil de explicar.

No contesto. Aparentemente estoy muy preocupada por los macarrones. Pongo una sartén con aceite a calentar y troceo cebolla. Álex se ha acercado a la cocina, no sé si para ayudar con los macarrones o esperar mi respuesta. Se mete las manos en los bolsillos de unos pantalones de cargo azul oscuro que combinan con el color de sus ojos, y me mira con una expresión con exceso de amabilidad.

Lo último que quiero es que me traten como si fuera de cristal. Quiero una vida normal. Volver a empezar no significa regodearme en la lástima de los demás porque de esa forma jamás me sentiré una más. No puedo empezar de cero así. Quiero una página en blanco inmaculada.

Paro de cortar cebolla y la miro como si tuviera el poder de inspirarme, aunque después de trocearla dudo que quiera ayudarme.

—No es lo que creéis. —Sea lo que sea que están pensando—. Es solo una corazonada, ¿de acuerdo? —insisto volviéndome hacia él, que está más

cerca.

Todos callan. No me creen. Lo sé por sus expresiones y por su forma de mirarme. Lucía con total y exasperada incredulidad; Oscar de forma reflexiva con los ojos entrecerrados y la cabeza baja hacia sus manos sobre las rodillas y Álex ha vuelto a esa expresión indescifrable que empiezo a sospechar que es la que utiliza para deliberar.

—Es hora de comprar móviles —dice con un suspiro y nos deja a todos totalmente descolocados.

Sea lo que sea que ha estado pensando, esa es la conclusión a la que ha llegado, y como Yoda, no nos dirá cómo lo ha hecho ni por qué, pero yo tengo mis sospechas, y está más cerca de lo que cree de una solución al problema. La función de estos móviles tendrá similitud, con los dispositivos de *teleasistencia*, que se ofrecen a las mujeres que denuncian ser víctimas de maltrato y son clasificadas de alto riesgo. Con ello pueden activar una alarma en caso de agresión, que alertará de forma directa a una central policial.

Le agradezco su gesto con una sonrisa avergonzada y me muerdo los labios. También ha desviado el tema hacia los móviles sobre los que ahora debaten Lucía y Oscar, en consecuencia estoy doblemente agradecida con él.

Al final cocino unos macarrones decentes, Oscar se queda a comer y a cenar. Esta dispuesto a arriesgarse con más películas clásicas de mi colección. En el fondo le encantan.

Por la noche, cuando ya estoy acostada, Lucía se desliza en mi habitación. Se tumba en mi cama boca abajo mirándome.

—¿Me lo contarás algún día? —me pregunta sin insistir. Es solo una pregunta retórica.

Lágrimas se deslizan por mi cara, por lo que se acerca y me abraza. Me consuela con la ternura de una madre, sin presionarme, y sé que debería haber confiado en ella. No ahora que la explicación sonaría a locura, cuando tenía sentido y tuve la oportunidad, cuando le hice daño con mi silencio.

Al final de la semana encontramos una pequeña cafetería fuera del campus, pero relativamente cerca. Tiene unos pinchos de tortilla de patata con jamón y queso a los que no puedo resistirme. Es complicada de encontrar porque se encuentra dentro de una placita rodeada de enormes edificios, y la entrada es difícil de advertir si no se conoce, pero de ahí radica parte de su encanto. Es nuestro pequeño espacio. Tiene esa estética de vieja heladería, con sus paredes de color pastel y su toldo de rayas. Tiene una enorme cristalera por donde entra mucha luz y desde ella vemos la actividad de un salón de tatuajes que hay al otro lado.

Se nos unen María y Javier también, por lo tanto hacemos un pequeño gran grupo y tenemos que unir dos mesas para poder apiñarnos juntos.

Ayer Lucía y yo nos compramos unos Nokia 3210 muy robustos y resistentes a grandes caídas, o sea, unos ladrillos, pero con carcacas intercambiables. Mola. Cuestan 70 euros con contrato, en el 2014 puede parecer un precio relativamente corriente, pero en 1999 con las pesetas son 11.647, un verdadero derroche en un móvil. Eso que es de los asequibles.

Escribimos nuestros números nuevos en una hoja que colgamos de la nevera con un imán. Es una buena manera de aprenderlos, mucho mejor que guardarlos en la agenda del móvil de forma aislada donde se olvidarán. Los chicos se los pasan y los examinan como los juguetes nuevos y extraordinarios que son. Mario y Eva también tienen. Los utilizan para mandarse mensajes. No

dejan que los examinen para que nadie pueda leerlos. Oscar pregunta que cuantos rombos llevan, y Mario se ríe mientras Eva se pone colorada como la grana, lo que nos resulta muy divertido. Hay cosas que nunca cambian sin importar la edad.

— ¿A qué hora llega Julián? —me pregunta Lucía.

Creo que está emocionada, aunque nunca ocurrirá nada entre ellos. O eso creo. Trata más bien de ese tipo de interés ineludible que despierta el hermano de la amiga o el amigo del hermano.

Me enteré de la inminente llegada de Jul, ayer, cuando estrené el móvil para llamar a casa. Sí, si no hubiera llamado él se hubiera presentado de todas formas sin previo aviso, sin que le importe lo más mínimo suponer un problema para mis compañeros de piso. Por fortuna, ellos no tienen ningún inconveniente.

Me resulta un poco sospechosa su precipitada visita. Presiento que se debe a la pequeña conversación sobre los recesos en el tiempo que tuve con él, pero de igual modo estoy muy, muy, muy contenta de verlo, y se auspicia un fin de semana divertido. Solo rezo para que no se le ocurra sacar a relucir nuestra charla delante de todos para mofarse de mí.

— ¿Julián? —pregunta María que está sentada al otro lado de Lucía. Ella y yo nos sentamos siempre una junto a la otra, no es intencionado simplemente surge de forma natural. A mi otro lado, Oscar en una de las cabeceras de la mesa se interesa por el tema y se vuelve hacia nosotras dejando mi móvil con despreocupación en las manos de Álex que está a su lado, frente a mí. Aunque él no se lo ha pedido, lo acepta y comienza a mirarlo.

—Es su hermano —dice Lucía contestando a la pregunta de María y me mira antes de continuar— y esta como un queso —añade. Suelto una carcajada.

—Le diré que has dicho eso —le advierto antes de llevarme una cucharada

de espuma a la boca. Me encantan los cafés con mucha espuma. Me lo pienso mejor—. No, no lo haré. Si lo hago tendré que soportar su bien alimentado ego todo el fin de semana. —Ahora es Oscar el que suelta una carcajada.

—Imagínatelo. Es como ella, pero en chico —continúa Lucía— y canta en una banda de rock.

Veo cómo eso despierta el interés de María. Los caballeros andantes de hoy en día van en moto y tocan la guitarra.

—¿Los mismos ojos? —pregunta.

—Sí, pero diferente tono, los tiene de color miel. No tiene novia, ¿no? —me pregunta.

—No —contesto pacientemente. Mis amigas siempre han sentido un agudo interés por mi hermano y yo lo sobrellevo como puedo. Él en cambio, no lleva nada bien el afecto de sus amigos por mí y creo que los tiene a todos amenazados—. Que yo sepa —añado.

Me giro hacia el sonido de la puerta de la tienda de tatuajes cuando se abre. Por ella sale un hombre trajeado de mediana edad con corbata granate y zapatos de vestir negros.

La fiebre por el tatuaje comienza más o menos sobre este período. Ya no está tan mal visto ni es distintivo de “*macarrería*”, pero aún es el sello de los más audaces porque todavía no está tan extendido como en el 2014, donde uno de los negocios de más auge es precisamente el de la eliminación de tatuajes. Divertido. Ya nada es para siempre.

De alguna forma resulta chocante ver salir a un hombre trajeado de la tienda. Es evidente que sale recién tatuado porque se lleva una mano ligera sobre su pecho izquierdo con una mueca de dolor.

—Adivina, adivinanza —murmuro sin quitarle la vista de encima. Alex levanta los ojos del móvil y Oscar se gira hacia mí con una interrogación en su cara—. Lo que se ha tatuado ese hombre.

Ambos se vuelven para mirarle.

—Una corbata —responde Oscar sin pensar. Levanto los ojos al techo con un resoplido y le doy un manotazo en el brazo—. ¡Au! —Se queja sin razón.

—Se lo ha hecho en el pecho. Nadie se tatúa una corbata sobre el corazón.

—Y ¿por qué no? —insiste con media sonrisa—. Tal vez sea su favorita.

—Yo creo... —aventuro— que ha sufrido una pérdida, la muerte de un familiar por ejemplo, y se ha tatuado algo que lo conmemore. —El recién tatuado no se ha movido de la puerta. Mantiene la mirada baja, la cabeza hacia el suelo. Esta empapándose del momento, disfrutando de su secreto.

—O el nombre de la mujer de la que está locamente enamorado —añade Álex sin dejar de mirarlo. Sonríe divertida e intercambia una mirada cómplice con Oscar que se está riendo.

—No te tenía por un romántico, Álex —bromeo. Me echa un rápido vistazo y antes de llevarse su taza de café de nuevo a la boca esboza media sonrisa irónica y murmura:

—Soy una caja de sorpresas.

Bajo la mirada a mi café.

—Lo más probable es que eso fuera un error —le comento a mi taza—. Acabaran peleados y él se arrepentirá de haberlo hecho y se lo reprochará una y otra vez. —Chasqueo con disgusto.

—Solo hay una forma de saberlo —concluye Oscar mientras se levanta. Mi sonrisa se amplía—. Se abren las apuestas caballeros... y damas —agrega en mi beneficio.

Una risa se me escapa mientras le veo correr en dirección al hombre, se detiene frente a él y este levanta la mirada sorprendido hacia el nuevo visitante.

Oscar señala en nuestra dirección, y el hombre esboza una sonrisa divertida antes de echarnos un ojo a través de la vidriera. Se lleva las manos a

los botones de su camisa. Álex y yo intercambiamos una mirada. Se la abre lo suficiente para mostrar el dibujo a Oscar. Nosotros no estamos lo suficiente cerca para distinguirlo, aun así, no perdemos detalle. Oscar y el trajeado se dan la mano y la agitan vigorosamente de esa forma en que solo lo hacen los hombres cuando se han hecho grandes amigos.

La curiosidad pica con más intensidad a medida que Oscar se vuelve de nuevo a la cafetería. Entra y se sienta con tranquilidad consciente de nuestras miradas. Tiene la atención de todos en la mesa. Sonríe satisfecho. No tiene prisa. Disfruta de la tensión manteniéndonos en la ignorancia.

— ¡Oh vamos! ¡Suéltalo ya! —exige Mario con impaciencia.

Oscar nos dedica una mirada intrigante a mí y otra a Álex. Uno a cada lado. No hemos apostado nada, pero somos los que nos hemos arriesgado con una conjetura. Improvisa un redoble sobre la mesa.

—Lleva —comienza Oscar trazando con un dedo un dibujo sobre su propio pecho— dos huellitas de pies de bebé justo encima del nombre de su hija de un mes —aclara satisfecho.

—Oh —es lo único que acierto a decir. Vuelvo a mirar al hombre que camina hacia el final de la plaza casi con admiración. Él tiene un secreto, algo de lo que nunca se lamentará, lleva a su hija en el corazón para siempre.

—Creo que gano —oigo decir a Álex. No parece de los competitivos, pero ahora me mira con una sonrisa.

—Llamar mujer a un bebé de un mes me parece un poco exagerado —argumento sin fuerza. Tiene razón, ha acertado.

Lo miro. No pone cara de suficiencia ni satisfacción. No se esforzará por ganar. Espera o no mi veredicto con tranquilidad. Álex es una marea en calma cuyas aguas se mecen tranquilas. Sin olas, sin turbulencias. Lame la orilla con suavidad sin intenciones de atraer admiración sobre él; sin embargo, encandila sin pretenderlo.

—De acuerdo, aceptamos barco como animal acuático —acepto con resignación fingida. ¡Ouch! ¿He metido la pata? ¿De qué año es el anuncio del Scattergories? Los miro. Lo conocen porque ríen abiertamente. Me relajo y también esbozo una sonrisa.

—No creo que se arrepienta de haberse hecho ese tatuaje nunca —comenta Lucía haciéndose eco de mis pensamientos.

—Así deberían ser todos —digo—. Si se hicieran con un significado real y reflexivo, y no porque en ese momento nos parece bonito, nadie lamentaría habérselos hecho con los años.

—Yo no me arrepentiré, estoy seguro —me dice Oscar. Se levanta la manga larga de su camiseta negra de Barricada y me enseña varios símbolos tribales negros que recorren todo su antebrazo hasta el hombro donde sostiene tirante la tela para poder enseñar todo el brazo. Tiene un brazo grueso que, aun así, está invadido por la tinta.

—¡Whoa! —oigo a Lucía a mi lado—, eso debió doler, ¿no?

—Sí, duele un poco, pero en el brazo no duele tanto como en el pecho por ejemplo —y señala a Álex. Lo miramos con curiosidad—. ¿No habéis visto sus tatuajes? —pregunta con sorpresa. Como si fuera lo más lógico del mundo ver a Álex medio desnudo constantemente cuando no lo hemos hecho nunca.

Los dedos de Álex tamborilean sobre la mesa, mira a Oscar consternado. Sí, desde luego ese es un síntoma de que está alterado.

—No —dice Lucía con tranquilidad—, ¿tienes un tatuaje en el pecho? Queremos verlo. —Él niega con la cabeza lentamente.

—No voy a desnudarme ahora y aquí —dice mientras se enciende un cigarro. No fuma mucho. En casa apenas lo hace. Siempre acompaña el café con uno, pero nunca más y por eso es raro que se encienda otro ahora.

—¡Oh vamos! Solo tienes que levantarte un poco el jersey —exclama Lucía.

Él apoya la mano con el cigarro entre sus dedos sobre la mesa mientras sigue su movimiento y levanta los ojos un segundo para mirar alrededor. Tiene la atención de todos sobre él. Muerdo mi labio para contener una sonrisa. Me siento solidaria porque no debe de ser cómodo tenernos a la espera de que se levante la ropa en un lugar público. Otros más presumidos no tendrían inconveniente; sin embargo, advierto pese a la seguridad aparente, un poco de timidez.

—No —dice tajante. Sorpresa, sorpresa. Hay aspectos con los que no transige. Oscar y Javier se ríen. ¿Será su reticencia debido a que lleva el nombre de una mujer?

—¿Real o bonito? —le pregunto.

Me mira abierta y francamente

—Real.

Todavía resulta difícil creer lo ocurrido. Es sorprendente, y más sorprendente aún, que siga cuerda. Todavía despierto con miedo. En la oscuridad de mi habitación, antes de que la nebulosa del sueño despeje mi cabeza, siento terror y dudo: «¿Y si esto no es real?». Una parte de mí sigue alerta y en espera de despertar y volver junto a Él. Mi cuerpo tiembla y mis dientes castañetean en rebelión ante esa posibilidad. No puedo describirlo de otra forma. No solo es pánico lo que lo me provoca, también es furia y un total rechazo a ser de nuevo el receptor de su violencia. Puede que mi corazón a veces me traicione, y aún lo busque, y mi mirada se vuelva hacia la puerta esperando su entrada, pero puedo sentir la tensión en mi cuerpo. Soy como una pequeña cuerda fuertemente extendida que no soportará más presión.

Ni aunque llueva.

Si Él entrase por esa puerta y esta fuera nuestra casa, yo me volvería hacia

Él con la esperanza de que hubiese tenido un buen día en el trabajo. De ser así, y sin perder la angustia me apresuraría a depositar un suave beso sobre sus labios que exigiría para no enojarse y, sin embargo, rechazaría si lo está. Podríamos tener una charla distendida sobre algo divertido ocurrido en su trabajo, y yo le contestaría con una frase ocurrente y atrevida, que tal vez hoy, le resultara divertida y le oiría reír. Por un momento mi corazón saltaría de gozo sabiendo que soy la causa de su alborozo, y me mentiría a mí misma diciéndome que tal vez pueda ser feliz. Que mi vida no está tan mal.

En cambio, otro día tal vez en la misma situación mi frase ocurrente y atrevida podría ofenderle porque el problema con Él son sus reacciones absolutamente impredecibles. Lo que hoy le hace reír, mañana puede enfurecerle y mis nervios se dispararían, el miedo atenazaría mi corazón, ya no puede saltar, y mi raciocinio se haría una bola en algún rincón alejado de mi cabeza abandonándome por completo. Sin mi capacidad de pensar con claridad todo lo que intentara hablar con Él o hacer sería desastroso y atraería su furia hacia mí.

Aunque de igual forma, tal vez su día podría no haber sido bueno en el trabajo y yo lo sabría al verle entrar, y no sería la primera vez que yo me preguntase cómo la rabia puede distorsionar un rostro atractivo en algo tan monstruoso. No debería paralizarme por el pánico. Ese día no querría un beso, no querría más que descargar su ira contra mí. Él lleva sus propios demonios dentro, arañando, estirando y empujando por liberarse y cuando lo hacen tropiezan conmigo porque soy la más débil, la que está más cerca.

Cuando Él terminara conmigo, consciente o inconsciente, hecha un ovillo enredado al que ningún gato echaría un segundo vistazo, Él insistiría que era yo la que buscaba ese final; que según entraba por la puerta todo lo que he hecho o dicho ha sido para enfurecerle, y yo callaría porque no me quedarían fuerzas para defenderme ante lo irracional, lo inverosímil y lo demencial. Sí,

yo sabría que ese día todo lo que dijera o hiciese le ofendería, y a pesar de que tratara de evitarlo y no hablar con Él, el resultado sería el mismo. Él reprocharía mi actitud esquiva y la validaría como excusa para explotar sobre mí. De cualquier forma la culpable de cada discusión era yo. Eso quería hacerme creer. Con ello Él conseguía redimirse. Me lo creí. Es difícil de asumir que no es así cuando eres consciente de que tu vida se ha convertido en una ruleta rusa o en un concurso televisivo en el que debes acertar la respuesta correspondiente a una pregunta entre varias opciones, solo que en mi caso, ninguna era la correcta. Eligiera la que eligiese todas me estrellaban contra el suelo.

Volver a aquello me mataría. Miro mis manos. Yo me mataría. Prefiero estar muerta que vivir de nuevo de esa manera.

Me pregunto si Julián se dará cuenta de los cambios que se han realizado en mí. Álex y Lucía acaban de conocerme aunque mi comportamiento extraño no pueden compararlo con el anterior. Mi familia sí.

Me miro en el espejo de mi habitación. Llevo unos pantalones vaqueros agujereados y ajustados. Los rompimos Jul y yo. Nos ensañamos con ellos, pero quedaron realmente geniales. Casi hay más pierna descubierta que tapada, no obstante, a Jul le encantan. Los llama los pantalones rompedores, no los rotos. Mi madre nos alabó por hacer algo creativo; mi padre bromeó y me ofreció dinero para más tela.

Me ajusto una sobre camisa roja y larga a la cintura con un cinturón ancho y la dejo abierta desde ahí. Una combinación que no se me hubiera ocurrido antes de no habérselo visto a Madame de Rosa en su blog, y que, sin embargo, funciona tan bien, que aprovecho mi nueva situación y ropa para imitarla.

Miro mi reloj. Son las siete de la tarde. Llaman al timbre de la puerta de abajo y salto como un conejito con un susto de muerte.

— ¡Ana! Es Julián —grita Lucía desde alguna parte de la casa. Es evidente

que nunca necesitará un altavoz.

Salgo corriendo de la habitación y me echo en sus brazos cuando lo encuentro en el umbral de la puerta. Me relajo en su abrazo y me aprieta con cariño. Él puede ser guasón y muchas otras cosas; sin embargo, nunca deshará mis abrazos. Siempre espera paciente a que sea yo la que le deje ir, que será más pronto o más tarde dependiendo de mi estado de ánimo, y el de ahora es muy inestable.

—Tranquila, todavía me llega un poco de aire a los pulmones —murmura cuando me separo un poco.

—Entonces puedo apretar un poco más —le respondo con una sonrisa.

—Claro, pero mamá y papá se preguntarán porque se empiezan a acumular las cajas de leche en casa. —Suelto una carcajada. Julián siente absoluta predilección por la leche. Se le puede encontrar a todas horas junto a la nevera bebiendo un vaso. Creo que por eso ha crecido tanto. Es muy alto. Imagino a sus hormonas de crecimiento como bebés glotones llorando y suplicando por su biberón y a Julián alimentando sus demandas de manera constante.

—Creo que se darían cuenta de tu falta mucho antes —le regaño—, con la tranquilidad que invadiría sus vidas y eso —añado con humor. Le veo fingiendo pensar en ello.

—Sí, tienes razón. Este fin de semana ni siquiera creerán que puedan oírse el uno al otro. Río. Aún puedo contar con una mano las veces que lo he hecho durante los últimos días, pero he vuelto a hacerlo. Es increíble que surja de forma tan natural y espontánea cuando estoy relajada. Cuando siento que no será así, que no podré hacerlo, soy capaz de esbozar una sonrisa, una completa, sin miedo a que se vea el hueco donde uno de sus puñetazos arrancó una muela. Ya no está.

Julián deja la funda de su guitarra apoyada en el respaldo de uno de los

sillones junto a su macuto. Es raro que se separe de ella puesto que nunca se sabe cuándo surgirá la inspiración. Se tumba cuan largo es sobre el sofá. Lo prueba un poco, o eso creo dado que es ahí donde dormirá.

—¿Cuál es tu puntuación? —me pregunta con una ceja alzada. Sabe lo rarita que soy para los sofás.

—Seis sobre diez.

—Eso significa que es un buen chico —murmura para sí mismo—. Bueno, ¿y qué planes tenemos? —concluye dando unas palmaditas al sofá. Lucía lo mira pasmada. Es difícil dejarla sin palabras, y a pesar de ello ahí está. Verlo para creerlo.

Salimos a cenar. Vamos a un restaurante Italiano. “Un Italiano, italiano” lo que quiere decir que su carta no está basada solo en pizza y ensalada de pasta, ni tiene manteles rojos de cuadros, ni menús plastificados, ni paredes en colores verdes, rojos y blancos.

No, este restaurante tiene las paredes recubiertas de piedra y ladrillo, grandes arcos que sobresalen del techo. Su color predominante es el crema, tanto en la mantelería como en el toldo exterior, y en su carta se puede encontrar Mozzarella de Búfala, Carpaccio y Arancinis.

Me atrevo con una “*insalata*” templada de queso de cabra. Es mucho más de lo que suelo cenar. Incluso lleva miel. Jul levanta las cejas asombrado. No se puede creer que no pida cualquiera de los platos que acaban en “*di formaggi*” porque sabe que me encanta el queso. Para mí no es un condimento o una salsa acompañando el “*rissoto*” o el “*fuccini*”, no, para mí es el alimento principal, no importa que lo acompañe en el plato.

No obstante, es un plato que me he prohibido energéticamente, y valoro el

esfuerzo de Jul por acercarnos a un italiano porque sabe que son mis favoritos, pero he llegado a controlar esa parte de mi vida tan drásticamente que siento terror solo de pensar en romper mis hábitos alimenticios. No puedo dejar de pensar lo que haría en mi cuerpo, y sé, que ya no está Él para atacarme, pero imagino que necesito más tiempo para que mi cabeza y mi cuerpo asimilen esta nueva situación.

Jul no está acostumbrado a verme sobreviviendo a base de yogur y café, pero yo he hecho mi esfuerzo. Estoy comiendo. Solo rezo para que Lucía que está con nosotros no abra la boca y comente sobre este tema delante de mi hermano. La conversación entre los tres está siendo tan amena, divertida y desvariada que dudo que hagamos espacio para algún tema que no nos haga sonreír. Sin duda, el lambrusco está haciendo su función.

Jul intenta pagar toda la cuenta como el buen caballero que es o que mi padre ha intentado que sea, pero Lucía insiste en pagar su parte y no hay quien la saque de ahí. Jul me mira incrédulo cuando Lucía va al cuarto de baño.

—¿Qué ha sido eso? ¡Caray con las feministas!

Si no lo conociera juraría que le ha herido un poco el orgullo. Ha tenido que claudicar, y eso no es lo suyo. Yo entiendo la postura de Lucía. No es ningún gesto pro-feminista, es una simple muestra de autonomía e independencia. Las mujeres ya no tenemos que esperar a que sea el hombre quien pague. Sin embargo, también entiendo a Jul porque su intención era ser amable, no machista. Hombre y mujeres estamos condenados a malentendernos durante este período de transición hasta que encontremos el equilibrio natural. Si hubiera sido yo, la que se ofrecía a pagar la cuenta, tal vez Lucía no hubiera rechazado la invitación. No me cabe duda de que no lo ha hecho conscientemente; es un arrebato de rebeldía que surge de forma espontánea cuando queremos dejar constancia de nuestra autosuficiencia.

Mientras caminamos dando un rodeo para ver la ciudad, él coloca un brazo

por los hombros de cada una en un gesto protector que no rechaza, de manera que ¿Dónde está el límite? ¿Cómo podemos definir la línea que divide la caballerosidad del machismo?

Entramos en casa riendo. No es pronto y tengo que chistarles para que bajen la voz y no despierten a Álex que lo más probable es que ya esté dormido. Me acerco a la cocina a por agua mientras oigo a Lucía despedirse y acercarse a su habitación. Levanto el vaso para beber y por encima del borde veo un número de móvil escrito en el papel que cuelga de la puerta de la nevera, justo debajo del de Lucía y el mío. Junto al número pone un nombre, Álex, en lo que sin lugar a dudas será la peor letra de médico jamás trazada.

4

54 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2002, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Midnight Oil _ The bed is burning

Un estruendo en mi habitación me levanta como un resorte de la cama. Mi primer instinto agazaparme bajo ella o correr. No hago ninguno de los dos porque:

Punto número 1, el estruendo no es más que una canción de los *Midnight Oil*, y supongo que no ha sido elegida al azar puesto que *The bed is burning* inunda mis oídos a 100 decibelios, y punto número 2, mi hermano se carcajea de mí y mi atropellado despertar prácticamente tirado sobre su estómago y dando golpes sobre la alfombra con los puños. Literalmente.

Por lo tanto, mi instinto de supervivencia ha dejado paso a otro más perverso y siniestro que me insta a estrangularlo hasta que deje de desternillarse de risa.

Estoy segura de que aún es temprano. Nunca duerme hasta tarde, y Julián necesita estar escuchando música de manera constante. En casa son pocas las horas en las que no se oye a todo volumen. Comemos con música, hablamos con música, vemos la televisión con música, discutimos con música y ¡estudio con música! Ha conseguido que sea el silencio el que me desconcentre a la hora de hacerlo. La casa en paz nos parece deshabitada y solitaria como si estuviese vacía o faltase algo o es la carencia de música la que nos produce el

vacío a nosotros. El caso es, que no debería haberme sorprendido que Jul trasladase sus costumbres aquí también. Solo que no sé qué tolerantes serán mis compañeros de piso con este despertar.

—Por poco... —comienzo en voz baja y contenida con una mano en el corazón — ¡me da un ataque! —le grito como si estuviera poseída lo que provoca más carcajadas.

—¡Oh vamos, An! ¡No refunfuñes! Sé que te encantan los Oils —y para reafirmar su declaración me coge de las manos y comienza a tirar de mi hacia el salón. Quiere hacerme bailar como solíamos hacer.

Los movimientos que hacemos son básicamente parecidos a los del *Rock'n'roll* de los años 50 con independencia de la música que estemos escuchando. Él me hace girar y yo giro, y de esa forma, girando, es como percibo las otras dos puertas de las habitaciones abiertas. Lucía con una mueca de disgusto en la boca y los brazos cruzados sobre el pecho hasta que el espectáculo que ve, apacigua su enfado y le hace reír.

—¡Lo siento! —acierto a decir sin aliento mientras Julián me mueve como si fuera una marioneta.

Veo a Álex con la cara enterrada en el brazo que ha apoyado en el marco de su puerta. No sé si se restriega contra él para espabilar o si niega con incredulidad. Acabo carcajeándome. Toda esta situación es tan surrealista que no puedo evitarlo. Jul ha llegado desorganizando cualquier tranquila existencia que pudiéramos compartir aquí.

Me imagino a mis padres hoy disfrutando con tranquilidad del desayuno pasándose hojas del periódico como si se tratase de un viejo matrimonio inglés. A mi padre diciendo:

— ¿Oyes eso? —Y con sonrisa satisfecha añadir—: Nada —y me carcajeo.

Me doblo sujetándome el estómago para que no me duela porque no puedo

parar de reír. Jul cae al sofá y yo calculo mal y me caigo al suelo de culo, lo que nos hace reír más fuerte. ¡Oh Dios! Las terapias de la risa son geniales, totalmente curativas. Aligeran cualquier carga del corazón y de la mente. Hasta Álex me mira a través de su brazo conteniendo la risa. Se me saltan las lágrimas. Es mejor que no los mire porque hacerlo provoca más risas. Cierro los ojos y apoyo la cabeza contra el sillón. Trato de respirar de manera pausada y de calmarme. La canción ha acabado, pero otra empieza. Nadie se mueve. Ni siquiera para bajar el volumen. El aire se ha impregnado de magia y nadie quiere romper el encantamiento porque todos somos conscientes de él. ¿Cómo alargar un momento que no se quiere que acabe? No haciendo nada. No se habla. Nadie cambia de lugar o postura. Te empapas y envuelves en el embrujo hasta que de forma inevitable algo lo rompe. Incluso algo tan pequeño e insignificante como el sonido de una mosca puede hacerlo, y una vez se ha ido por mucho que se intente o se recuerde jamás volverá. Nunca hay dos iguales. Yo no quiero perder este momento, lo que quiero es perderme en él, así que me mantengo muy quieta con una sonrisa imborrable en la boca y espero.

Noto movimiento cerca de mi cabeza. Abro los ojos. Lucía se sienta en el sillón en el que estoy apoyada porque yo no he sido tan hábil. Coloca las piernas sobre el reposabrazos. Álex se inclina sobre el respaldo del sofá y apoya las manos encima. Es muy pronto por la mañana, aún estamos todos en pijama. Lucía con el suyo de felpa fucsia y negro, Álex con pantalón largo de cuadros azules y una camiseta blanca de manga corta. Lleva un tatuaje negro en la parte interna del antebrazo, algo pequeño que no distingo. Mi hermano lleva un bóxer suelto con una camiseta sin mangas, y yo llevo un bóxer suelto de Jul con una camiseta blanca sin mangas. Divertido. No nos hemos puesto de acuerdo. Se los mangué desde que los vi recién comprados en su caja porque son de seda negra con línea blanca diplomática y me decían:

—Cógeme, cógeme, él ni siquiera nos apreciará —y yo obedecí.

—¿Siempre os despertáis así? —pregunta Lucía con un toque de humor. Apoyo la cabeza en su muslo para poder verla al revés y asiento de esa manera mientras Jul a su vez dice:

—Tengo que hacerlo, si no An se quedaría remoloneando en la cama hasta las mil.

Estiro la pierna y le doy un pequeño empujón a la suya con mi pie. Mis ojos hacen el camino de recorrido desde Lucía a Jul y captan antes del final la mirada de Álex siguiendo el movimiento de mi pierna. Recojo las piernas junto a mi pecho y me abrazo.

El día está nublado si bien no llueve y octubre despierta con bajas temperaturas. Aunque prefiero poco abrigo debajo de las sabanas pero muchas mantas, reconozco que en las mañanas frías tiene su inconveniente.

—¿Café? —pregunto.

—Yo me vuelvo a la cama —anuncia Lucía haciendo por levantarse del sillón, Jul lo mira con escepticismo—. Lo más seguro es que esté fuera de juego durante dos horas más, así que... buenas medias noches —declara antes de despedirse con una mano y poner rumbo a mi habitación. Apaga la música y se vuelve hacia la suya. Jul vuelve la cabeza hacia atrás para mirar a Álex desde abajo, igual que he hecho yo con Lucía.

—¿Y tú colega? —le pregunta. Álex se endereza y lleva sus manos hasta sus caderas.

—Primero ducha y luego café —aclara.

Álex es de lo que se duchan según se levantan, como si necesitara espabilarse bajo el chorro de agua antes de poder hacer cualquier otra cosa, yo en cambio necesito el café antes de recordar siquiera cuál es mi nombre. El desayuno es mi ritual sagrado antes de enfrentar el día. Sin él, no funciona. Incluso una vez que me dormí y tuve que ir corriendo a un examen sin poder

tomármelo, lloré con desconsuelo por la falta de él. Reconozco que estaba muy nerviosa a causa de la prueba, pero enfrentarla sin un café tambaleó mi determinación. ¿Adicta yo?

Glen Hansard & Marketa Irglova _ Falling Slowly

Mientras Álex se dirige a su habitación, yo me levanto para ir a la mía y coger una sudadera y ponérmela. Le lanzo otra a Jul, que ha cogido su guitarra, y toca unos suaves acordes para no molestar a Lucía.

Lleno la cafetera de agua, cambio el filtro y lo lleno de café molido antes de encenderla. Oigo el agua de la ducha corriendo mientras me siento en el sillón de nuevo. Julián me mira sin dejar de tocar.

—¿Has tenido alguna pesadilla más? —me pregunta. Aspiro más fuerte de lo necesario. Este era el momento que estaba temiendo, Él solo esperaba estuviésemos solos.

—¿Alguna como aquella? —insiste

Niego con la cabeza. Detiene la música y me mira con atención. Pone una mano sobre las cuerdas para detener cualquier vibración. Jul sin una banda sonora de fondo es algo insólito. Esto es serio.

—¿Quieres hablar de ello? ¿Hablarme de esa pesadilla? —me dice soltando la guitarra y dejándola a un lado. Aprovecho para sentarme a su lado y me pasa un brazo por los hombros.

Respiro pesadamente. Una losa, parece haber caído en mi estómago. Las palabras se quedan atascadas en la punta de mi lengua atropellándose las unas a las otras mientras yo considero cuál dejar salir primero. Cómo utilizarlas para formar la frase con la que comenzar, es lo más difícil. Voy a contar por primera vez a otra persona todo lo que ocurrió. Miro a Julián, su rostro lleno de comprensión y devoción. Las lágrimas acuden a mis ojos. Que mañana llena de contrastes irrumpida por la risa más incontrolable y las lágrimas más inconsolables. Aspiro con fuerza.

Se estira hasta la mesa y coge un paquete de pañuelos de papel para ofrecérmelos. Los utilizo mientras se lo cuento todo; cómo lo conocí, quién es y cómo comenzó todo. Le hablo del día en que por primera vez, fui consciente de que de verdad estaba siendo víctima de la violencia de género.

Es lógico pensar que esa revelación debería llegar desde el primer día, pero lo cierto es que no es así, ni siquiera cuando todo comienza a encajar como las pequeñas piezas de un puzle y se intuye la imagen final pero no se quiere o no se puede mirar. Solo cuando la última hace, ¡click!, y no existe ningún hueco que distorsione la realidad es imposible negar lo que está ocurriendo. A veces, y otras veces ya es tarde para muchas mujeres.

En mi caso, todo comenzó a ocurrir de forma gradual, a cuenta gotas, por lo que era fácil mirar hacia otro lado y creer que las agresiones solo se producían en momentos aislados y límites, en los que la furia de Él poseía cada fibra de su ser quitándole todo el control de lo que hacía o decía.

Me volví una experta en autoengaño. No porque no quisiera ser etiquetada como víctima, si no que estaba segura de que mi situación no era como la del resto; casi consintiendo que mi mente jugara conmigo y me traicionara persuadiéndome de que lo que ocurría estaba dentro de la normalidad.

Me convencí de que con un poco de paciencia, mucho amor y comprensión todo se solucionaría. Le veía a Él como una persona muy vulnerable, con una gran necesidad de ser amado y valorado y con un terror absoluto al rechazo, y creía que demostrándole mi lealtad, Él podría confiar en mí y todo iría absolutamente bien.

Modifiqué mis pautas de comportamiento tratando de darle la estabilidad y tranquilidad que yo creía le harían feliz, pero no fue suficiente. Era dueño de una paranoia extrema. Él mismo llenaba su cabeza de sospechas inexplicables, recelaba de mí y se volvía loco buscando pruebas de mi deshonestidad. Cada día alimentaba tanto odio hacia mí que los episodios de violencia se volvieron

más constantes, más agresivos y la furia comenzó a invadir su vida.

El día en que la última pieza de mi puzle encajó, al ver la imagen final sentí incredulidad. Sí, pese a todas las veces que estuve cerca de cerrar el círculo. No podía o no quería creerlo porque por encima de todo, yo lo amaba y confiaba en Él. Creía que el amor lo podía todo, que Él nunca me haría un daño irreparable que jamás pudiera tolerar.

Ese día en que mi capacidad infinita de perdonar murió, Él sostenía una silla de comedor al revés, con las manos en su respaldo de forma amenazadora sobre mi cabeza. Me gritaba mientras su rostro oculto por una máscara de cólera, ira y rabia no me dejaba reconocer tras ella al hombre que amaba. Mi cuerpo tirado sobre el suelo temblaba de miedo, pero mi subconsciente ciego y endeble aún me susurraba: «Calma, él no lo hará. Te quiere, no será capaz».

Lo hizo.

La furia cayó sobre mí en forma de silla y los golpes se sacudieron con violencia sobre mi cabeza, mis costillas, y siguieron todo el recorrido de mi cuerpo hasta que la madera quebró.

Todavía es difícil asumir lo que ocurrió ese día o los siguientes. No era una película o una noticia en el telediario, esto era yo. Mi conciencia asimilando cada golpe desde el otro lado de la habitación con conmoción, abandonando de forma cobarde mi cuerpo incapaz de resistir.

Creía tener un umbral de dolor alto porque siempre había resistido caídas y enfermedades estoicamente, hasta ese día, cuando comenzaron los verdaderos ataques. Fue entonces cuando comprendí que era un ser frágil y sin valor. Supe lo que es alcanzar el límite de la resistencia del cuerpo cuando el alma grita por compasión. Suplicar por la vida o la muerte porque lo único que queda es implorar que aquello se detenga. Agradecer la inconsciencia y la oscuridad rodeando el cuerpo, y lo que es comprender que no se sobrevivirá aunque los golpes sanen porque la persona que debería cuidarte, que se supone

que te ama no ha tenido ninguna clase de clemencia contigo, es el arma que más daño produce.

Duele más que la locura que asoma sus dientes cuando estas rondando sus límites, más que el corazón resquebrajándose no por la mitad, sino en miles de trozos que jamás volverán a reunirse.

Pero lo que más duele, es vivir con ello.

Hemos juntado las cabezas para que Jul pueda oírme mejor, pero cuando dejo de hablar la aleja con brusquedad. Se pone de pie. Se tapa la cara. Un grito angustioso que me estremece sale de sus labios. Aparta las manos, las pasa por el pelo. Camina de un lado a otro sin rumbo fijo. Miro sus idas y venidas.

—¿Y yo no hice nada? —pregunta casi con desesperación. No sé en qué momento ha dejado de considerar esto una pesadilla y se ha tornado real para él, tan real, que puedo leer verdadero sufrimiento en su semblante.

—Tú no lo sabías —le explico. Me mira con incredulidad. Siempre ha sido capaz de detectar mis dificultades o desatinos. Era el primero en percibirlo, incluso antes que mis padres—. No lo entiendes. Tú y yo ya no estábamos tan unidos, tú tenías tu vida y yo la mía.

—¿Y no podías simplemente haber llamado para contármelo?! ¡¿No lo has hecho ahora aunque suene todo a locura!?! —Está enfadado. Está gritando. Puedo sentir su frustración. Me encojo sin poder evitarlo en un rincón del sofá y me abrazo las piernas mientras mi cuerpo comienza a temblar. Los ojos de Julián se abren. Miles de emociones se manifiestan en su rostro; asombro y aflicción; rabia y lástima; comprensión y un dolor profundo.

—An, soy yo, soy yo. Jamás te haría daño, ¿me oyes? —Extiende sus brazos hacia mí arrodillándose junto al sofá y dejo que me abrace. Le ofrezco consuelo. No sé quién lo necesita más. Se aleja un poco para mirarme—. An, nunca importará que vivamos cada uno en distintos lados del continente o que

solo hablemos una vez al año, siempre estaremos el uno para el otro, eso nunca cambiará. —Asiento con la cabeza. Es verdad, pero también es difícil de explicar porque no lo hice.

Uno: Estaba pensando más en el bienestar de mi familia y en el de Él cuando estaba callando. Dos: Contarlo lo hubiera hecho más real. Tres: Creía ser capaz de sobrellevarlo sola.

Y a pesar de ello, se siente bien compartir esta carga. El yugo aún más ligero. Creo que al contárselo a Julián he conseguido provocar una fisura, una fisura, que tal vez pronto se resquebraje y a pesar de que nunca desaparezca, sus partículas flotando no sean tan pesadas.

—¿Lo has visto? —me pregunta. Asiento con la cabeza. Se sienta a mi lado. Se pasa la mano por la cara —. ¿En la universidad? —vuelvo a asentir —. ¿Te habló? ¿Pasó algo? —No quiero preocuparle más de lo que lo está. Me asusta su reacción. Callo. Un segundo, dos segundos... tres.

—Tuvo un ataque de pánico —oímos que explica una voz detrás de nosotros.

Hace un rato que no se oye correr el agua de la ducha y me pregunto cuánto tiempo lleva ahí y que ha escuchado Álex. Nos volvemos hacia él. Está cerrando la puerta de su habitación. Está vestido y tiene el pelo húmedo revuelto en grandes ondas oscuras. No se acerca. Apoya la espalda contra la puerta y mete sus manos en los bolsillos. Nos está dejando espacio.

—Os oí hablar al salir de la ducha y estuve en mi habitación hasta que oí los gritos —explica. ¡Whoa! Lee el pensamiento.

—Creía que tu política era la de no intervenir —le digo. Me siento un poco traicionada, al fin y al cabo, la decisión de contar o no mi historia es mía y de nadie más.

—Tu hermano debía saberlo. —No parece ofendido, pero su respuesta es tajante.

—Voy a estrangular a ese mierda con mis propias manos —suenan Jul furioso.

El aire se me atormenta en la garganta, un dolor me atraviesa como un cuchillo en el estómago. Me vuelvo hacia él y le sujeto por los hombros para que no pueda desviar su atención de mi mirada y advierta lo atormentada que es.

—Jul, por favor —le suplico. No quiero que ninguno salga lastimado. Pensar solo en ellos produciéndose dolor el uno al otro desgarrará mi cordura. —Por favor no lo hagas. Te prometo que no se acercará a mí, ni siquiera me verá, Jul, por favor, prométeme que no harás nada —insisto—, por favor, Jul. —Lo abrazo apelando a su piedad. No me queda otra forma de luchar. Esta tenso. Lo noto. Sé que será un milagro si logro que no lo mate.

—Ana, mírame —me ordena sujetando mi cabeza—, me lo contarás todo, ¿me oyes? T.O.D.O. Y como me entere que ha respirado cerca de ti, no habrá nada que puedas decir o hacer para detenerme, ¿de acuerdo? —Asiento con alivio.

Él no me mira a mí, sus ojos están en la dirección de Álex. Me pregunto qué clase de mensaje se están transmitiendo. Curioso. Solo han intercambiado algo más de cuatro frases y ya se envían mensajes telepáticos. Trato de volver la cara hacia Álex con la esperanza de captar algo, pero Julián me lo impide obligándome a mirarlo.

—Prométemelo, Ana. —Ha utilizado mi nombre completo. Asiento con la cabeza—. De acuerdo —susurro y no dejo que me invada la sensación de pérdida.

Dejar que Él se aproxime no solo me involucra a mí ahora. Mi hermano saldría herido. El tener que alejarlo nunca tuvo tanta solidez. El nosotros navega lejos, y yo debo soplar para rechazarlo cuando la ligera brisa lo acerque.

Llenamos nuestras tazas de café y leche y nos sentamos a desayunar juntos, los tres. Álex me echa un vistazo rápido antes de sentarse a la mesa. Aún no estoy segura de qué ha oído al salir de la ducha, y si ahora mismo cree que estoy loca de remate, pero al menos tiene la buena educación de reservarse su opinión.

No estoy siendo muy comunicativa. En realidad, ninguno habla. Lo orcos comparten desayunos más agradables que nosotros.

Julián enciende un cigarro. Sopla el humo pensativo.

—No puedo creer que ya no fumes —comenta Julián. Comenzó a fumar un año antes que yo. Con dieciséis los dos. Lo hacíamos a escondidas, creyendo que engañábamos a nuestros padres. No lo hacíamos.

Empecé a hacerlo porque quería proyectar una imagen de chica rebelde, antisistema y librepensadora sin dejar de parecer “sofisticada” ¿Es eso posible? Y... porque la “gente guay” lo hacía. Eso es lo que nos vendían con la publicidad.

En 1999 fumar no es la lacra social que es en el 2014. Entendemos que es perjudicial para la salud, pero también lo son el pescado azul y su mercurio, las golosinas y sus grasas saturadas, las antenas de móviles, las centrales nucleares, los gases de los motores y su contaminación del aire, los huevos ahora sí, ahora no; no incluiré el café, etc. La lista es interminable. El alcohol se lleva más vidas de modo directo o indirecto. Su adicción es peor que la del tabaco, y los humos del motor diésel son los más perjudiciales para la salud, pero no veo espacios únicos para vehículos de gasóleo por ningún lado. Suerte que tienen. Siguen siendo socialmente aceptables. Los gobiernos no han creado aún la campaña exterminadora del alcohol y el diésel. Lo que me lleva a preguntarme por qué. ¿Saben algo que yo no sé? ¿Es una técnica de distracción? ¿Son todos ex fumadores resentidos? ¿A que vino esa mala

inquina de las fotos de órganos enfermos en las cajetillas de cigarros? y si eso funciona ¿por qué no poner imágenes de gonorrea o sida delante de los club de alterne ilegales? Es tanta la paradoja que no sé si reír o llorar ante tanta irracionalidad. Sus verdaderas razones, un misterio para mí.

—Bueno, he crecido. Ya no me dejo influenciar por los estereotipos. —Me miran con sorpresa e incredulidad. No solo he dicho una mentira, sino que les he insultado; a ambos; mientras fuman.

En realidad dejé de fumar porque me sentía sometida a un constante acoso por parte de Él para que lo abandonara. Al parecer no le gustaba la imagen que proyectaba al fumar. No correspondía con lo que Él esperaba de su mujer. No voy hacer campaña pro tabaco, estoy satisfecha de haberlo dejado. Noto la mejoría en mis pulmones y respiro mucho mejor. Mi vida no está condicionada por la constante necesidad de mi cuerpo de nicotina, pero sí confieso que la elección no fue mía.

—¿Así que no lo echas de menos? ¿Ni un poquito? —insiste. Sin esperar respuesta se vuelve hacia Álex que está en la cabecera de la mesa—. Era una puñetera chimenea andante, siempre con un cigarro encendido. Una vez se fumó tres a la vez —le explica. Me rio a la vez que resoplo. Ellos se giran hacia el sonido de mi risa.

—Solo los encendí —corrijo—. Fue una nochevieja —explico a Álex. Ese dato debería excusar cualquier comportamiento.

—¿Qué pasó una nochevieja? —pregunta Lucía desde la puerta de su habitación frotándose los ojos y bostezando. Niego con la cabeza.

—Esa es información reservada, lo que pasa en nochevieja se queda en nochevieja. —Clavo un dedo en Jul—. No te atrevas.

Esboza una sonrisa maliciosa que alivia mi pesar. Es bueno volver a verle de buen talante. Estira sus brazos y los coloca detrás de la cabeza, moviendo su silla sobre dos patas en precario equilibrio. Le encanta ser el centro de

atención.

—Solo sacaré a colación una frase de esa noche —comienza—. «Esto me huele a chamusquina» —e inmediatamente rompemos los dos en carcajadas mientras Álex y Lucía nos miran sin comprender.

Y lo cierto es, que para entenderlo habría que haber estado en ese instante y ese lugar. Hemos intentado explicarlo antes, pero fuera de contexto no ha resultado tan divertido. Solo nos hace reír a los que estuvimos allí que recordamos las caras de susto, la tensión del momento y la risa después.

Con los codos sobre la mesa me cubro la cara con las manos esperando que la risa se agote.

—No pensáis contarlo, ¿verdad? —dice Lucía. Niego con la cabeza, y con resignación se acerca a la encimera de la cocina, se prepara su taza de café y saca galletas—. ¡Hala! serviros —dice a los chicos—. Contigo ni me molesto porque me dirás que no. —Eso va por mí y desencadena el inevitable ceño de Julián, ahora que lo sabe todo.

Empuja el paquete por la mesa sin levantarlo ocasionando un molesto sonido plástico de su envoltorio y lo coloca delante de mí.

—Come. —Siempre tan sargento. Me mira con tranquilidad llevándose la suya a la boca—. Uhm —gime con exageración y casi veo a Lucía removerse en su asiento. El caso es que eso no funciona conmigo. No envidio su galleta. Hace tiempo que superé esa etapa.

—No quiero —le digo entre dientes y vuelvo a arrastrar el paquete hasta el centro de la mesa.

Julián y yo nos sostenemos la mirada. Lucía y Álex nos miran a uno y a otro de manera alternativa. Ella con descaro girando su cabeza de uno a otro como en un partido de tenis. Álex únicamente con el movimiento de sus ojos.

—¡Oh vamos, An! ¿Es qué no utilizas el espejo? —dice con exasperación; sin embargo, no se trata de eso. Puede que yo este satisfecha o no con lo que

veo en el espejo, pero esa galleta me aterrera y me horrorizan sus efectos en mi cuerpo. Pero él no lo entiende e insiste—: ¡Mírate! ¡Joder! Eres un bombón, ¿a qué si Álex?

La mirada de Álex parece congelarse en mi hermano. Me echa un breve vistazo y asiente con la cabeza y desvía la atención a sus dedos marcando un ritmo sobre la mesa. Lucía sonríe con picardía mientras Julián lo mira con las cejas alzadas, evidentemente, esperaba más entusiasmo por ese lado como ayuda a mi terapia.

Sin embargo, los eruditos nunca son pródigos en halagos, la moderación reina su vida, y callan... cuando deben callar. Además, creo que la pregunta le ha sonrojado.

Me vuelvo a Julián porque de todas formas no quiero que este tema se convierta en un debate abierto delante de todos. Admito que tengo un trastorno, pero que lo reconozca no quiere decir que quiera compartirlo y menos ser analizada por los demás.

—Jul, por favor. Confía en mí. Dame tiempo, ¿de acuerdo? No puedo reprogramar mi cerebro de un día para otro.

Tal vez me estoy auto engañando una vez más, pero mi problema con la comida deriva del miedo a engordar, no es que me vea desvirtuada en el espejo. Siempre he sido consciente de mi peso real, pero en mi caso los kilos de más, significaban rechazo e insultos. Ahí se origina mi pánico real a la comida.

—Oye, deja de atosigarla —interviene Lucía cogiendo el paquete de galletas y deshaciéndose de él al tirarlo sobre la encimera de la cocina. Me encojo de hombros al oírlo caer. El sonido es el de un *galletil*. No creo que sobreviva ninguna—. Bien, ¿cuál es plan para hoy? —Sí, esa es Lucía. Directa al grano.

—Alguien tiene que quedarse en casa por la mañana —comenta Álex—

porque viene el técnico para poner la línea de teléfono y yo no puedo.

Esa es una gran noticia. Mi cerebro hace un doble salto. Me siento agradecida con Álex que se ha encargado de solucionar el “fregado conexión” él solo.

—¿Por qué? —pregunta Lucía.

—¿Por qué? ¿Qué? —le responde, y como Lucía no aclara nada continúa —: ¿Por qué viene el técnico? ¿Por qué tiene que haber alguien en casa? — Todos esperamos la última pregunta, la que sabemos que quiere oír Lucía. Álex hace una pausa. Nos mira. Jul y yo con idénticas sonrisas. Lucía con una ceja alzada. —Tengo una exhibición —confiesa al fin aunque eso no aclare nada en absoluto.

—¿Y qué se exhibe? —No debería preguntar, pero ahora sí que aflora mi curiosidad. Levanta los ojos hacia mí.

—Es un combate de exhibición, no una exposición de cuadros —aclara y la palabra “combate” despierta de forma inmediata el interés de mi hermano. ¿Qué hay con eso y los hombres?

—¡Oh! ¡Eso es genial! ¿Dónde es? Nosotros también podríamos ir a verlo.

¿Nosotros? No. Decididamente. Solo pensar en ver una persona golpeando a otra me encoge el corazón aunque no sea real. No soy capaz de enfrentarme a una actuación violenta a esa escala ahora mismo.

—No quiero ver puñetazos, ni guantazos, ni ninguna pelea —confieso a mi hermano. Él entiende. Lo sé porque su mirada se vuelve cálida cuando se vuelve hacia mí y asiente con la cabeza.

—El Aikido no es una disciplina agresiva, se usa más bien como técnica de defensa personal —explica Álex y aunque me mira puedo adivinar que está manteniendo un debate consigo mismo.

—¿El aikido es como el karate? —pregunta Jul, que evidentemente se pierde entre las distintas especialidades como yo.

—Los dos son arte marcial japonés, pero el Aikido busca disuadir al contrario neutralizándolo. No se persigue destruirlo o humillarlo.

No sé si acaba de convencer a Julián con tanta teoría Zen, pero yo conservo una frase a fuego en mi piel porque destruida y humillada es precisamente lo que me ha hecho sentir Él con cada agresión.

—¿Es eso lo que tú practicas? —le pregunto. Asiente con la cabeza. Sigue moviendo los dedos sobre la mesa. Yo estaba equivocada. No es kick boxing. Si lo pienso tiene más sentido. No imagino a Álex practicando deporte violento. No demasiado al menos.

— ¿Quieres decir que en realidad no vas a ver, sino a exhibirte tú? — pregunta Lucía con más interés ahora en la conversación. ¡Jesús! Eso ha sonado tan malicioso. Álex pone cara de consternación. ¡Pillado! Por eso parecía reacio a dar mucha información. Más de lo usual de todos modos.

—Suenan muy light —comenta Jul que sin duda no parece impresionado—. ¿Cómo vas a defenderte sin luchar?

—Yo no he dicho que no se luche, solo que se comprende que no hace falta hacer daño para defenderte —contesta siempre con su infinita paciencia—. Apuesto a que has visto alguna película de Steven Seagal, él practica Aikido.

Los ojos de Julián se abren con interés. Ahora ha captado su atención y total respeto. Yo no tengo ni idea de cuál es la técnica que utiliza el bueno de Seagal en sus películas o si se diferencia en algo con la de Bruce Lee. Solo hay una película de él que me gusta y he visto entera, aunque creo que fue un completo fracaso para su carrera; *En tierra peligrosa* que trata sobre su lucha contra los vertidos de una empresa petrolífera y sus consecuencias en un pueblo de Alaska. Tiene cierto gancho gracias a su mensaje sobre los peligros de la polución y su temática a favor del medio ambiente. Además, siento fascinación por Alaska. Me tragaba todos los capítulos a la una de la madrugada de la serie *Doctor en Alaska* solo por saber un poquito más de esa

región. Me encantan esos pueblitos pintorescos y nevados con casas vistosas de madera, sus lagos helados, sus bosques y sus montañas de ensueño... sus altos niveles de precipitación a lo largo del año. Incluso su bandera es interesante y original representando las estrellas que forman la constelación de la Osa Mayor y la estrella polar.

—Creo que deberíamos ir a verlo —concluye Jul con entusiasmo—, si te gusta incluso podrías animarte tú a practicarlo. —Como sigo pensando en Alaska, mientras muevo mi taza cubriendo su fondo con los posos del café, solo capto el mensaje a medias o tal vez a mi cerebro le cuesta unos segundos asimilar lo que mis oídos acaban de captar porque cuando levanto la vista parece que llevan un rato esperando mi respuesta.

—¿Qué?! —digo un poco alto por la sorpresa. Los miro a todos uno a uno esperando por cuál será el que diga que esa idea es una locura. Porque lo es.

No encuentro ayuda. Jul sonrío satisfecho. Cree que es la mejor idea del siglo.

—Ha dicho que se aprende defensa —explica Jul. Creo evidente que no hemos oído lo mismo. Porque no puedo creer que haya pasado por alto la parte de la lucha marcial—. Cada vez que pienso más en ello más me convence, An. Creo que es lo que necesitas.

Miro a Lucía. Que se encoge de hombros. No es de ayuda. Miro a Álex. No tengo ni idea de cómo sobrelleva nuestra invasión en su vida, aunque tengo esperanzas en que convenza a Jul de que la idea es descabellada. No es que la idea de hacer un curso de defensa personal sea ilógica. Admito lo conveniente de hacerlo, y registro ese proyecto como una posibilidad. Me gusta la idea de abandonar la imagen de mujer débil y ser capaz de evitar ser golpeada.

—Creo que no es mala idea —dice Álex sorprendiéndome—. Entrenar Aikido no solo exige implicación física, sino también ayuda con el equilibrio emocional.

Abro los ojos con sorpresa. «¡Caray! ¿Acaba de insinuar que no estoy muy cuerda?» A Jul se le escapa un «¡ups!» que no necesito analizar para comprender; ventajas de ser parte de la familia.

—Espera —dice Álex con rapidez al darse cuenta de mi reacción y se estira sobre la silla con una mano abierta con la señal universal de «quieta ahí»—. No me has entendido bien. Lo que quiero decir es que es una disciplina física y moral completa. Su práctica también implica comprender su filosofía no solo aprender sus técnicas, y es realmente interesante. —Se pasa una mano por la cara. Cualquier signo de alteración desaparece de su rostro. Suspira—. Ven a verlo —dice al fin tranquilo—. Puedes recoger folletos y comprender mejor lo que quiero decir.

—Supongo que eso significa que yo me tengo que quedar en casa —concluye Lucía, aunque mira esperanzada a Jul. Él niega con la cabeza.

—Amiga, es tu casa, tu línea y tú conexión —le dice.

En realidad, yo fui la que les convenció, pero al parecer ni siquiera se plantea la idea de mí quedándome, y no tengo más alternativa que ir a *la exhibición de Álex*. Sonrío. Es causa y efecto. Pienso en esas palabras e inmediatamente me hacen sonreír. El carácter de Álex no casa con una actitud exhibicionista. Supongo que verle haciendo lo que sea que haga, tiene su intrínquis.

Llegamos a un concurrido lugar formado de un escenario elevado por encima de los asientos por dos escalones de distancia. Está cubierto de una tarima color sangre. El resto, suelos, paredes, sillas, todo parece forrado de cálida madera de haya. Hay bastante expectación, de manera que puedo mimetizarme entre la multitud sin parecer fuera de lugar o una intrusa.

Álex ya debe de estar por ahí. Nos escribió la dirección y la hora en una

hoja de papel, y se marchó. Tuvimos que descifrar sus indicaciones en la hoja poniendo en juego nuestras mejores dotes de expertos descodificadores; aun así, no fuimos capaces de asegurar si la calle era Avenida o Alameda hasta que la encontramos. Me pregunto si les hacen pruebas de escritura a los futuros médicos antes de aceptarlos en la universidad, y si los rechazan si su escritura es claramente legible.

Nos sentamos. Ni muy cerca, ni muy lejos. Jul ha cogido un montón de información de una mesa en la entrada. Parece absolutamente interesado mientras lo lee.

—Mira —me pasa un papel con información sobre la exhibición. Lugar, fecha, ¿dojo? Y participantes como ¿toris?; Varios nombre de “maestros” de distintos niveles de ¿dan?, y como ¿ukes?; otros nombres, entre ellos Alexander Ros. Contengo una risa. Jul me mira con cara interrogante.

—¿Sabes que estudia medicina? —le explico. Afirmo y a pesar de ello, sigue sin caer en la cuenta.

Lo desecho con un movimiento de cabeza. Supongo que George Clooney aún no tiene el renombre y la fama que le acompañaran después de su papel del Doctor Ross en la serie Urgencias. Puedo imaginar cuántas esperanzas se levantarán en el ánimo de algunas mujeres cuando en el futuro reparen que serán atendidas por el Doctor Ros. Divertido.

Hans Zimmer _ Red Warrior

Salen los contendientes. Se colocan lo suficiente lejos de la tarima para dejar espacio en esta. Solo el suelo rojo está iluminado por los focos, el resto está a oscuras. Apenas se distinguen los rostros. Solo su indumentaria. La mayoría lleva un kimono blanco de Judo. Solo cuatro de ellos llevan también un pantalón holgado negro, y cuando digo holgado me refiero a realmente amplio como una falda-pantalón hasta los tobillos. Tengo un vago recuerdo de habérsela visto puesta a Tom Cruise en El último Samurái. Ahora que lo

pienso, ¿no bamboleaba Miguel Bosé las caderas con uno de estos al ritmo de Amante Bandido?

Se hace una presentación. Una pequeña introducción de lo que es el Aikido, con conceptos como el Ki que no acabo de enfocar con claridad. Lo que sí comprendo es que en el Aikido al oponente se le llama Uke, lo que es Álex, y no se le debe tratar como un adversario. Siempre se debe mantener una actitud de respeto hacia el contrincante, por eso no existen competiciones en Aikido en que las que un ganador derrota al otro participante. No existe el espíritu competitivo.

—Cuando una persona entrena Aikido debe asumir que las técnicas aprendidas, muchas veces letales, deben ser utilizadas para mejorar su calidad de vida, no para maltratar a quien se le ponga por delante.

—Oh. —Sale de mi boca y Jul como gran entendedor me aprieta la mano antes de soltarla. “Pon un practicante de Aikido en tu vida”

Salen los dos primeros combatientes. El ponente del largo pantalón, que es un maestro y Álex con su kimono blanco sujeto por un cinturón marrón, y un pañuelo blanco sobre su frente. Van descalzos. Se saludan. Jul se inclina hacia delante con interés.

Yo también me acerco. Tal vez, las pacientes femeninas de este Doctor Ros no se sientan en absoluto decepcionadas cuando lo noten. Todo lo que Álex es, lo que hace, lo que quiere es tan diferente a Él que no me extraña que nunca se llevarán bien.

—¡Joder! —exclama Jul cuando vemos caer a Álex por primera vez.

Amortigua su caída girando sobre sí mismo en suelo y volviendo a incorporarse con el impulso de la fuerza con que se derrumba, pero resuena igual con gran potencia sobre la tarima.

Es como una coreografía de baile llena de belleza en cada movimiento. El señor falda-pantalón hace volar de forma literal a Álex con movimientos

fluidos y rápidos apenas perceptibles al ojo humano. Pese al impacto de las caídas hay delicadeza en su forma de enfrentarlo. Álex cae sobre su espalda o sus hombros de manera continua. No es que sea un inepto. Su finalidad en esta exposición es la de ser el atacante para que se pueda ver la infinidad de formas en que puede ser neutralizado. Ninguno está tratando de exhibir su talento, ni la superioridad sobre el otro. Falda-pantalón se deshace de él únicamente haciéndolo girar sobre él, sobre un brazo, no se coloca sobre él para retenerle en el suelo, no hay dominación.

—¡Dios! Me duele solo de verlo —dice Jul contorsionando su cara con cada movimiento—. ¡Fíjate en eso! ¡Le podría partir el brazo ahí mismo!

También participa una mujer. Es de las que tienen que caer, pero no importa. Saber caer de forma que el cuerpo sufra lo menos posible, también es un logro, y ella está orgullosa de lo que hace, no puede evitar mostrarlo. No hay para menos. Una mujer defendiéndose entre una docena de hombres tiene mérito. Yo no he sido capaz de hacerlo ni ante uno.

Jul y yo esperamos fuera. No sabemos qué planes tendrá Álex, pero nos parecía mal irnos sin saludarlo al menos. Jugamos a la lucha de pulgares. Hace años desde la última vez. Con las manos unidas por los dedos formando puños debemos atrapar el pulgar del otro con el propio. El de Jul es más fuerte y grande; sin embargo, el mío es escurridizo como una anguila y cuando consigue atraparlo siempre logro liberarlo. Julián se frustra, no puede evitarlo. Me lo aprieta con fuerza para que no lo consiga.

—¿Ves? Tu nunca serías un buen aprendiz de Aikido, no pasarías del primer cinturón —le digo para chincharle. Frunce el ceño cuando le esquivo una vez más—. Eres demasiado competitivo, no me respetas como contrincante.

—Eso lo dices porque nunca has superado que al final demostrara que soy mejor que tú al billar. —¡Uf! La antigua rivalidad resurgiendo quema. Que

gran embustero. Trata de irritarme.

Todo comenzó las navidades en las que él y yo teníamos diez y nueve años respectivamente. Mi padre nos regaló una mesa de billar. Bueno, sí, fueron los reyes magos. Ese día comenzó lo que llamaríamos el Campeonato “*Solo puede quedar Uno*” como homenaje a *Los inmortales*. Película que Jul me obligó a ver por ese entonces y que se acabó convirtiendo en parte de mi hemeroteca, como Conan el Bárbaro. Sí, la vi con diez años y me gustó. Soy peculiar.

El caso es que ganar el campeonato de billar se convirtió en el centro de nuestras vidas. Superar el uno al otro fue nuestra obsesión. Tal vez no se entienda en una familia poco competitiva, pero es que el verdadero premio consistía en ganar al otro para poder fastidiar por el resto del mes, que es lo que duraba cada torneo. Los años de práctica y duelos nos catapultaron al nivel experto a los dos, aunque siempre quedó demostrado que yo era la mejor. 57 ganados frente a sus 41 lo confirman, y él lo sabe. Hacia el final yo era imbatible. Tenía mucha motivación.

Sonrío. Tengo que hacerlo. Él es tan tierno engañándose a sí mismo. Me atrapa el dedo y no puedo liberarlo. Se me borra la sonrisa. Volvemos a empezar. Primero los saludos tumbando los pulgares sobre los puños a un lado cada uno y luego al otro. Educación ante todo.

Tres personas atraviesan las puertas. Tres hombres. Álex entre ellos. Se sacuden las manos para despedirse, uno de ellos pone una mano con afecto sobre el brazo de Álex mientras sus manos permanecen aún unidas. Algo parecido a lo que hizo el profesor que me atendió en la cafetería de la universidad, como si Álex les motivara una gran simpatía y quisieran demostrarlo de alguna forma. Él, sin embargo, no es nada pródigo en contacto. Solo lo imprescindible. Mete una mano en el bolsillo de sus pantalones deportivos negros cuando se separan. Con la otra mano sujeta una bolsa de ejercicio oscura. Debe de haberse duchado, porque tiene el pelo húmedo otra

vez. Nunca se lo he visto secar con secador. Sé que Jul lo hace. Se acerca despacio casi con reticencia y mira nuestras manos. Me he distraído y eso provoca que Jul atrape mi pulgar. Retuerzo mi mano para liberarla. Afortunadamente Jul ve a Álex y me suelta para darle un toque en el bíceps.

—¡Eh tío! ¿Aún puedes andar? —lo dice medio en serio. Los tres sabemos que no podría hacerlo en un mes de no estar preparado.

Álex sonríe con timidez. Se frota la nuca con la mano libre.

—¿Os ha gustado?

—Joder, sí, An ha flipado. ¿Cuánto tiempo llevas practicándolo?

—Dos años —responde—. Desde que empecé la universidad.

Comienzan a caminar en la misma dirección sin dejar de hablar, luego los sigo. Los dos dan grandes zancadas al andar y tengo que apresurarme. Dejamos a un lado una tienda de ordenadores. Oscar se ha ofrecido a acompañarme en la búsqueda de uno. Al parecer tiene “contactos” y sabe del tema. Además, dice ser capaz de negociar un buen precio para mí. Oscar es de aquí. Vive con sus padres. Como el 75% de los universitarios. El lugar donde yo me crie no está tan lejos, pero hicimos cálculos y salía más rentable compartir un piso que pagar los viajes. Además, las horas que se pierden al día en ir y volver no me beneficiaban. Mi madre estaba encantada con la idea de “la estudiante independiente” casi más que yo. Suena tan bohemio que es irresistible para ella. Apuesto a que nos imagina con pañuelos en la cabeza, gafas a lo John Lennon y fumando porros en el salón de casa.

Mis padres pertenecieron a la generación ye-yé. Se suponía que este movimiento reclamaba una mayor libertad y una forma de vida no tan sujeta al rígido corsé de la moral católica del Franquismo.

Lo único que sé con certeza es que mi madre se recogía la falda por encima de las rodillas cuando salía de casa de sus padres, y que se tintaba el cabello de rubio explosivo para consternación de mi abuelo y sofoco de mi

abuela. Estoy segura que de no existir las estrechas limitaciones impuestas por la dictadura hubieran sido hippies.

Suena un pitido que me hace reaccionar, ¡el móvil!, de inmediato me vuelco en su búsqueda por el bolso. Tengo que parar y meter el brazo hasta el codo para remover todo el contenido y poder encontrarlo. Me tranquiliza darme cuenta que algunas cosas nunca cambian. Los chicos se detienen y me miran. Lo lógico es que para cuando lo encuentre la llamada haya terminado, y me pregunto si es por eso que en el 2014 hay personas que lo llevan pegado a la mano de forma indefinida.

Antes de que encuentre el mío, que ya no suena, se oye otro. Álex abre un bolsillo lateral de su mochila y saca el suyo. Tiene el descaro de enseñármelo con una cara que refleja con claridad un «¿ves que fácil es?». Mira su pantalla y me lo entrega directamente, siempre con cuidado de que nuestros dedos no se rocen. Leo el nombre de Lucía y descuelgo.

—¿Lucía? —contesto. Muy inteligente por mi parte.

—¿Ana? ¿Dónde está tu móvil? Te he llamado.

—Lo sé. Lo he oído. Trataba de encontrarlo por el bolso.

—He hecho bien en suponer que estaríais con Álex por lo que veo. Menos mal que dejó su número en la nevera, chico listo. —Asiento con la cabeza aunque no pueda verme. —El técnico ya ha estado aquí y ha dejado el tinglado listo. ¿Vais a volver a casa ya o pensáis comer fuera?

—No hemos hablado de ello, espera —miro a Jul mientras pregunto— Lucía, quiere saber qué vamos a hacer.

—¿Aún quieres el trabajo? Porque será mejor que vayas esta tarde a hablar con Teo —me dice Álex. No se me había olvidado. Solo estaba esperando que él volviera a sacar el tema.

—¿Qué trabajo? —pregunta Jul.

—Espera —le digo— ¿comemos en casa y luego vamos al garito?

—¿Qué garito? —pregunta Jul y ahora mira a Álex curioso.

—¡Hey! ¡Qué estoy aquí! —oigo decir a Lucía por el auricular.

—Espera —le digo al móvil. Tengo a todos en espera. Incapaz de tomar una decisión.

Estoy acostumbrada a ser dirigida no a liderar. De alguna forma me he convertido en el punto de unión entre ellos, sin quererlo. Es ridículo que me ponga nerviosa por algo tan nimio como plantear una idea que no solo me influya a mí. No quiero hacerlo porque temo que mi decisión no sea la correcta. Así de rota estoy. Cojo aire. Les miro como un ciervo asustado ante los faros de un coche.

—Estamos de camino a casa —me dice Álex y señala con la cabeza al móvil que poco a poco desciende desde mi oreja. Vuelvo a terreno conocido. Sigo su sencilla indicación. Coloco el aparato junto a mi oído.

—Lucía, vamos a casa.

Julián quiere saber por qué quiero trabajar cuando debería preocuparme solo de estudiar. Mira el bar donde Álex nos ha llevado con ojos de halcón en busca de cualquier excusa que le sirva para desmotivarme. Cree que no estoy preparada para trabajar de camarera. Es curioso porque experiencia no me falta. Dedicué bastantes horas el último año de universidad a poner cafés y servir copas algunas tardes para ahorrar dinero para un coche. No era en un lugar como este donde la clientela es más bien joven y abren hasta bien entrada la noche. Era una cafetería céntrica cuya afluencia usual consistía en familias y consumidores de mediana edad. Tal vez, por eso a Él no le supuso un problema en un principio. Con el tiempo comencé a notar que cada vez se ponía más irritable cuando me tocaba cerrar tarde o los días de partido en que se llenaba de clientela masculina. Si Él no podía ir a buscarme, sus

interrogatorios sobre qué había hecho o cómo, se alargaban por horas. Desconfiaba de mis respuestas y me acusaba de ser esquiva. Yo era tan inocente y Él tan astuto que siempre caía en sus trampas, llenaba sus preguntas de acertijos que me hacían tropezar y contradecir mis respuestas anteriores. Yo trataba de decirle la verdad, pero la sinceridad está sobrevalorada. Más éticamente correcta que una mentira, muchas veces no me salvaba de la ira de Él. Así que tuve que aprender a guardarla, a fuerza de terror y miedo a ser malinterpretada o juzgada. Utilicé mentiras para protegerme. Soy cobarde. Lo sé.

Me he puesto una falda corta de tablas y cuadros escoceses roja y negra. Las faldas de colegiala nunca dejan de estar de moda, aunque tampoco quiero parecer una de ellas, ni de las inocentes, ni de las picaronas, así que la combino con botas altas negras de tacón y medias negras tupidas. Teo «aprecia mi esfuerzo por encajar» con una mirada apreciativa. Está en la treintena. Con el pelo oscuro y corto, una barbita descuidada y su camiseta negra de Jack Daniels resulta atractivo. Me pongo nerviosa bajo su escrutinio, pero la entrevista es sencilla y me ofrece el trabajo. La condición es que esté disponible cuando él necesite refuerzo o cubrirle, de manera que le dejo mi número de móvil.

Álex, Jul y Lucía me esperan junto a una mesa de billar. Me acerco y saludo a Oscar y Javier. Ambos sujetan tacos de billar. La partida está comenzada. Sonrío porque Jul me mira alzando y bajando las cejas repetidamente mientras señala con la cabeza la mesa donde reposan las bolas.

—¿Y bien? —me pregunta Lucía— ¿Tienes el trabajo? —Asiento con la cabeza—. Eso es genial —susurra emocionada echando un ojo a Teo y mirando luego alrededor—. El sitio no está tan mal. No sé por qué me había imaginado algo tétrico y oscuro —añade con el dedo extendido hacia Álex de forma acusatoria, pero él en absoluto afectado, no la mira.

Me río. Lo cierto es, que no se molestó en explicar mucho sobre el lugar y tuvimos que sacar nuestras propias conclusiones. Suponíamos que sería un garito con estética punk y clientes de orejas multiperforadas, de ahí la elección de mi atuendo, pero es básicamente tranquilo con una barra semicircular de madera clara y mucha luz. Las sillas y las mesas están colocadas en las esquinas y ocupadas por gente joven tomando café, y la mesa de billar al fondo encajada en un espacio reducido y más tenue. Tiene su encanto.

—Hagamos equipos —dice Jul con impaciencia frotándose las manos. Lo miro. Adivino por su cara lo que está tramando. Ha utilizado esta técnica antes. La llamamos “*el factor sorpresa*” —. Bueno, yo voy con An. No tiene mucha idea de lo que hace, así que os quito ese marrón.

Suelto una carcajada incrédula, aunque no sé si en realidad debería sentirme ofendida. Jul me guiña un ojo. Es un niño con una piruleta enorme y nueva solo para él. Me esfuerzo en cerrar la boca. Ni rebato ni afirmo. Yo soy inocente. Esa será mi postura cuando se den cuenta del engaño.

Lucía dice que tampoco sabe jugar, por lo cual Oscar con amabilidad se ofrece a ser su pareja e instruirla. Jugarán la siguiente partida contra el equipo ganador. Así Lucía podrá empaparse de la dinámica.

—Juguemos billar —concluyo con una alegría infantil burbujeando en mi estómago. Miro a Jul con infinito cariño. Él consigue llenar de arco iris mis días más oscuros, y me recuerda lo que era ser feliz.

Álex introduce la moneda y se oye el sonido de las bolas al caer sobre su cubículo. Las recoge y las coloca sobre la mesa. Antes de que Javier las coloque dentro del triángulo me acerco a Teo y le pido cualquier trapo que utilice para limpiar el polvo. Me mira con una ceja alzada.

—Cualquier mota de polvo o suciedad pueden desviar la trayectoria de la bola —le explico. Creo que he captado su atención porque se acerca a través de la barra para poder observarnos.

—Un momento —le digo a Javier que está colocando las bolas en posición. Se para sorprendido y se vuelve a mirarme.

—Es muy escrupulosa —comenta con tranquilidad Jul mientras le veo calibrar los tacos colgados al fondo para elegir el suyo.

Me muerdo el labio. Contengo la risa, y cojo la primera bola, la pierdo dentro del paño y la limpio con delicadeza, la dejo dentro del triángulo y cojo otra. Levanto la mirada y veo que he despertado la curiosidad del resto. Me miran boquiabiertos. Jul suelta una risilla después de seleccionar su taco. Entiza el taco. Este es nuestro ritual. Lo seguimos repitiendo en todas las reuniones familiares.

—Ya está —digo cuando coloco la última bola. Álex suspira. Javier despierta y recoge un taco al azar. Mal. Álex ya ha seleccionado uno. No elegiré el mío hasta que no pueda comparar todos.

—Vosotros rompéis el juego —ofrece Julián gentilmente. Soy el número final del gran espectáculo.

Muse _ Supermassive Black Hole

Me apoyo contra un taburete cerca de Lucía y Oscar me recibe con una sonrisa colocándose a mi lado. Javier golpea las bolas. Jul menea la cabeza. Sé a lo que se refiere. Javier tiene un puente débil. Los dedos que forman el triángulo que sostiene el extremo del taco oscilan y no son firmes. El golpe que da contra la bola blanca es impreciso. Bolas rayadas para los caballeros. Hago un bote mental de satisfacción. Prefiero las otras bolas. Las lisas. Jul dice que es una extravagancia mía. No obstante, cuando existe más diferencia de colores entre las bolas que tengo que marcar con más claridad veo su trayectoria perfecta. Javier mete una bola en el saque de honor. Es el turno de Julián. Me inclino en el asiento para verle mejor. Javier se acerca a Álex que está apoyado en la pared con un pie contra ella y su taco en la mano.

Jul se agacha profundamente sobre la mesa. No hay que tener miedo de hacerlo en exceso. Es indispensable para tener una buena visión. Colocar el taco bajo la barbilla y apuntar como si fuera un rifle. Tiene la trayectoria en el punto de mira. Balancea el taco de forma pendular tres veces. Demasiados vaivenes le harán perder su ritmo de juego. Golpea. La bola blanca describe una línea hasta la bola amarilla moviendo en su trayectoria a la azul. Ambas caen. Oscar silba con admiración y Jul se palmea la panza satisfecho sin apartar la vista de la mesa. Continúa su jugada. Cae la naranja. Cae la verde.

—El resto te las dejo. —Como si hubiera fallado intencionadamente. Qué generoso.

El derroche de talento de Jul ha impresionado. Se pavonea orgulloso y se acerca a la pared que Javier y Álex sujetan. Turno de Álex.

No es mal jugador. No tiene tantas horas de práctica como Jul y yo. Además, él no es competitivo y no hace aspavientos como los ha hecho Jul. Directo, sencillo y sin pretensiones. Tal y cómo es él. Sus dedos largos formando un trípode sobre el tapete me tienen un poco fascinada.

—Creo que me gusta este juego —murmura Lucía en mi oído con picardía. Me río porque ella ni siquiera ha tocado un taco aún, pero creo que sé a lo que se refiere.

Mi turno.

—An, recuerda que el palo sirve para golpear la bola blanca —me dice Jul con guasa.

—Te puedo ayudar si quieres —interviene Oscar a mi lado con una sonrisa, la de Jul se borra de un plumazo.

—Quieto ahí parado, conozco ese truco. Es mi hermana, listillo. —Jul el protector. Aunque no da mucho miedo. Su intervención provoca las risas de los demás. De todos, menos la mía. Lo bombardeo con la mirada cuando me acerco y estiro el brazo para que me deje su vara. La saco de su mano más

fuerte de lo necesario.

Todo taco tiene un centro de gravedad. Para determinar dónde está basta con colocarlo sobre el dedo índice. Es el punto en el que mantiene su estabilidad. Al jugar hay que sujetarlo a quince centímetros de ese lugar. Por eso no me gusta que esté demasiado al final. Si fuera así, debería estirar más el brazo y eso desestabilizaría mi postura. El cuerpo debe estar firme y sólido para permitir un pequeño empujón en el hombro de ataque sin que se pierda el equilibrio.

Compruebo el taco de cada uno. Me miran como si estuviera loca. Menos Jul que me conoce demasiado bien y tiene una sonrisa resabiada. Escojo el de Javier, que cruza una mirada estupefacta con Álex que se ha recolocado en su sitio en la pared. Estudio la mesa. Entizo el palo. Soplo el sobrante. Tengo toda la atención.

El truco para que el golpe del casquillo en la bola sea lo más correcto y exacto posible, empieza por ser consciente de la postura del cuerpo y dominar cada extremidad de él. Me paro y me acomodo confortablemente con el taco bajo la barbilla. Calibro la trayectoria con mi ojo derecho. Emplazo un puente sólido y efectúo un buen balanceo, un seguimiento natural.

Las personas que se empeñan en controlar el movimiento de las bolas cometen un error. Se trata de dominar nuestro cuerpo. Hay que evitar movimientos innecesarios. No tengo prisa. Me tomo mi tiempo en reunir todas las condiciones idóneas y golpeo la bola blanca en un ángulo de 45 grados hacia abajo lo que provoca que haga un salto sobre la bola rayada roja que obstruía su camino y golpee la lisa morada que cae en el hoyo derecho.

—¡La madre que la parió! —exclama Oscar junto con otras exclamaciones incrédulas que no percibo bien de dónde vienen. Mi atención está dentro de esa mesa.

Sí, podía haber optado por una jugada menos atrevida. Pero de eso se

trata, de “*el factor sorpresa*”. El juego consiste en dejarles con la boca abierta con mis habilidades después de haberme subestimado. Lo hemos hecho con sus amigos, con su banda, con la familia e incluso con desconocidos. Creo que Jul es el que más disfruta, y yo reconozco que hacía mucho que no me sentía capaz de algo especial. No recordaba lo que era despertar admiración sin reproches. Se siente bien. Como una bebida energética activando cada centímetro oscuro y perdido con una nutrida dosis de satisfacción. No miro a nadie. Mis ojos y mi concentración nunca dejan la mesa.

Me acomodo de nuevo sobre ella.

—La próxima vez ponte una falda más larga, An —dice Jul desde mi espalda. Me incorporo como un resorte y lo miro con sorpresa. Me había olvidado de ese pequeño detalle. Está apoyado en esa pared que al parecer no puede sujetarse sin la ayuda de Álex y Javier.

—¡Ups! —le digo. Lo que significa. No me había dado cuenta. Me muero de vergüenza. Ni Álex ni Javier me miran, uno lo hace al suelo y el otro al techo.

—No te muevas, An, nosotros lo hacemos —dice y empuja a los otros dos sin consideraciones hacia un lugar donde el ángulo de mi culo no sea tan perceptible—. Adelante.

Tengo treinta y tres años. No dieciocho. Se supone que con la edad se van perdiendo inhibiciones, y la falda no es tan corta: sin embargo, siento las mejillas arder. Jul se está riendo, así que mi cara debe de reflejar el bochorno que siento. Dejo el taco sobre la mesa. Pongo mis manos sobre los mofletes para refrescarlos un poco. Este espectáculo no formaba parte de la función. Trato de concentrarme de nuevo.

Cuando la bola negra cae en el hoyo Oscar y Lucía aplauden sonoramente, Jul me pasa el brazo por los hombros y recibo las felicitaciones de Javier y la sonrisa de Álex. Me siento un poco más meritoria. No es tan difícil sentirse

digna de admiración. Lo que es un gran camino recorrido para la Ana rota.

Mi león se desentumece. Estira sus patas y mueve sus zarpas con desperezo. Se relame. El orgullo y valor es lo que le alimenta. La dignidad siempre fue su mejor estímulo.

—Bien, cambiemos equipos —dice Lucía con una gran sonrisa—. Yo con Ana y apostemos algo, que así no tiene emoción.

Acabo ayudando a Teo tras la barra. Mientras me enseña donde está colocado todo, el número de clientes se desborda y ya no salgo de la barra hasta la cuatro de la mañana. Me gusta el torrente de actividad extra. Mi mente sin tiempo para pensar, decaer o lamentarse. Teo y yo volamos de un lado a otro atendiendo, preparando y sirviendo. Nos estorbamos de vez en cuando el uno al otro, pero en general nos coordinamos sin palabras de forma espontánea. Sienta bien tener un cuerpo con esta energía inagotable. A los treinta las pilas alcalinas no tienen la misma duración y las noches movidas extienden facturas más altas.

Me doy cuenta que la vida nocturna de los jóvenes, en contra de las creencias populares no ha cambiado. Los que hemos cambiado somos nosotros y nuestra tendencia a engrandecer nuestra memoria histórica con la siempre y aburrida replica “antes todo era mejor”, “nosotros éramos distintos”. Cómo si el alcohol, las drogas y la violencia nunca hubieran sido parte vigente en la forma de participar de la mayoría de la juventud en las salidas nocturnas. Cambian las caras, el refinamiento de las drogas y la música que se escucha, y no puedo creer que nadie saque a colación; los ochenta negros y el abuso de la heroína y el alcohol que tantas vidas truncó, los setenta y la marihuana; el opio. No nos llevemos las manos a la cabeza con incredulidad porque las noches no son tan diferentes. Ni la juventud de ahora es más inmadura ni

nosotros éramos más inteligentes. No todos ellos optan por la forma más límite de “diversión” nocturna. Algunos no fuman, no se drogan, no todos se pelean y se emborrachan hasta el coma etílico. Ni en 2014, ni en 1999. Los estudios y las imágenes con intención de alarmar siempre se centran en los grupos más extremistas.

La noche siempre es síntoma de diversión, desinhibición y rebeldía. Nos desatamos de las cuerdas que nos sujetan con fuerza a políticas, normas e injusticias que no entendemos, pero nos atrapan y nos conducen por un camino obligado de una sola dirección sin derecho a decidir sobre nosotros mismos. Como ese anuncio de Lancome de Julia Roberts, en el que se deshace de los hilos que tratan de gobernarla como una marioneta. Todos entendemos su alusión al libre pensamiento mientras lo aprobamos desde el sofá con las sogas alrededor de nuestros cuellos. La juventud es el período más ingobernable dentro de nuestras vidas. ¿Les estamos escuchando? ¿Les prestamos la suficiente atención? O ¿simplemente estamos silenciando su indignación y aplastando sus formas de manifestar su opinión pacífica, mediante agresivas cargas policiales que escapan a cualquier lógica capacidad de comprensión? Falta de experiencia no es sinónimo de falta de talante, y las revoluciones estudiantiles siempre tendrán su lugar en la historia gracias a la influencia positiva que tuvieron sobre la evolución en los derechos del hombre... y la mujer.

A lo mejor, ellos son capaces de vislumbrar un camino dentro de la total oscuridad que nos rodea, que nosotros no podemos ver.

Jul, Lucía y Álex llevan una hora esperándome cuando cerramos la puerta. Me subo a la espalda de Jul porque el dolor de pies me está matando, y me carga

hasta casa.

Jul vuelve a casa de nuestros padres a mediodía, después de comer. Aprovecha y deja algunas referencias del grupo en algunos garitos para posibles conciertos. Se va con la promesa de que iré pronto a visitarlo. Se me parte el corazón al verlo marchar. Me vuelvo hacia la casa. Encuentro un gran vacío, y no es solo el constante sonido de la música de Jul de fondo. Ha estado solo dos días y ya ha dejado dentro ecos de su presencia. Me pongo los auriculares y me sumerjo en la propia banda sonora de mi vida antes de volcarme con los periódicos del día.

5

72 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2003, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Abro uno de los periódicos que he comprado como cada fin de semana. Hoy es 30 de Octubre. Con sorpresa descubro que 1999 es el año europeo contra la violencia hacia las mujeres. No lo sabía. El azar es algo muy curioso.

Hace varias semanas desde la visita de Jul, y la rutina universitaria gobierna mi vida. Mis horas transcurren entre las clases, la biblioteca, nuestra cafetería-heladería y el trabajo en el bar. No lo he visto a Él, aunque no voy a negar que camino nerviosa por los pasillos, consciente de que existe esa posibilidad. Tengo una ventaja, sé cuál es su clase y su recorrido habitual, y lo evito como alma que lleva el diablo. Además, nunca estoy sola. Jul debió dejar instrucciones precisas cuando se fue. Lucía es como mi sombra y Álex, pese a lo apretado de su agenda y que cada vez dedica más tiempo a sumergirse en los libros y apuntes, comparte más horas conmigo de lo que lo ha hecho nunca. Oscar y Javier también se nos unen en casa. Tendremos una sesión especial de cine de terror el día de todos los Santos. Teo me ha pedido que lo ayude esta noche en el bar. Porque espera afluencia debido al puente, ya que cada vez son más las personas proclives a aceptar las costumbres anglosajonas de Halloween y disfrazarse. Es una fiesta que se va introduciendo a cuenta gotas en España. Tal vez porque el día de Todos los Santos sigue siendo una fecha importante familiar que utilizamos para mostrar

respeto a las personas que nos faltan. Pero también somos aficionados a la fiesta, y tomamos con gusto cualquier excusa para disfrazarnos y divertirnos.

The Cinematic Orchestra _ Arrival of the birds

Mis ojos se detienen en un titular. *Otra mujer víctima de la violencia de género muere acuchillada a manos de su marido*. Mi garganta se aprieta en un nudo. Un gemido lastimero queda atrapado. Lo siento como si fuera yo la receptora de esas cuchilladas. Dudo antes de leer el resto del artículo. Conozco la tristeza que me embargará si lo hago porque sé que lo mismo podría haberme ocurrido, qué ese titular podría hablar sobre mí.

Lo leo por respeto hacia esa mujer. Porque su historia debe ser transmitida y denunciada. Mi corazón se contrae. Se encuentra al marido sobre la víctima lleno de sangre y alega «que ella se lo estaba buscando». No puedo leer más. Los ojos se me empañan y los cierro para tratar de contener las lágrimas. Mis dientes rechinan dentro de mi boca como reflejo de mi furia y de la impotencia que me sacude.

Desde que fui consciente de mi situación de víctima, he leído un sin fin de artículos, noticias y evaluaciones sobre ello. Mi búsqueda casi siempre enfocada en encontrar la información que verificara lo que yo ya sabía.

Encontrar en el perfil de maltratador rasgos coincidentes con los de Él me reconfortaba de alguna forma porque Él jamás admitió serlo. Se veía como un marido ejemplar. Actuaba con perplejidad si yo insinuaba lo que era en realidad e de inmediato me tachaba de mentirosa y manipuladora, me acusaba de querer hundirlo. La realidad era que Él estaba ciego al despojo humano y sin vida en el que me había convertido. A sus ojos yo era “la hija de puta” y “la gilipollas” a la que tenía que soportar. Siempre mi culpa. No puedo asegurar hasta qué punto me lo creí o hasta cuándo. Mi lógica susurraba que no era yo. La forma de mantener lejos la desesperación y la locura era creerle. Desesperada locura. Tal vez rozó mi razón. Tal vez si hubiera extendido los

dedos la hubiera alcanzado. ¿Me rendí? ¿Acaso me conformé con mi cruel destino sin luchar por mi dignidad y mi vida?

No debí hacerlo. Jamás. No. Es. Mi. Culpa. Debí repetírmelo como un karma.

El pecado es de Él y de la incapacidad de esos hombres para comprender el trato vejatorio e implacable que están dando a sus mujeres. No sé si en realidad la negación es un medio psicológico de defensa para conseguir ejercer una violencia “justificada” o lo cierto es, que olvidan, minimizan o reniegan de sus agresiones, pero su palabra contaminada de basura barata, no debió prevalecer sobre la mía. Debí haber enarbolado mi verdad, como una bandera por encima de su cabeza postrada como en una Ikurrin Dantza. Porque la única realidad, la única explicación plausible a su comportamiento demencial es que estaba aterrorizado.

No sé nada sobre “la asignación del rol dominante al hombre durante toda la historia de la humanidad” o de su necesidad de mantenerlo en una época en que la autonomía e independencia de la mujer hace tambalear su autoridad. Sí sé sobre la violencia contra las mujeres y que es un problema que sigue afectando a todas las culturas y sociedades y lo ha hecho a lo largo de la historia.

Y sé sobre el miedo y la inseguridad.

Y creo que aquellos que maltratan a las mujeres, que las humillan y se niegan a escucharlas están aterrados. Es del pánico de dónde sacan la rabia para aplastar, mutilar y doblegar.

Y yo pregunto: ¿qué es lo que creen que vamos a hacer? ¿Tomarnos la revancha por todos los siglos de subordinación? Yo no creo en venganzas, yo clamo por mis derechos como persona.

Y creo que el hombre de verdad, el justo y seguro de sí mismo no tiene miedo de las mujeres ni trata de imponer sus reglas, ni esconderlas.

Lloro. Lloro, pero no por mí. Lo hago por las miles y miles de mujeres que han sufrido y aún sufren todo tipo de vejaciones, torturas e injusticias a lo largo de la historia por su condición.

Ellas son bellas rosas marchitándose cada día de tormento; sus pétalos cayendo con cada golpe, encorvándose sobre un tallo debilitado sin la fuerza vital que les han robado hasta quedar hundidas en el barro sin su esplendor y su valía.

Es de ignorantes y de torpes no entender que los jardines más bellos están formados por las rosas cuidadas con más mimo y que su aroma armoniza a la perfección con el de cualquier otra flor, potenciando la esencia de la fragancia.

Yo soy una de esas rosas reviviendo mientras la lluvia empapa mis pétalos y los libera del barro. Reuniendo fuerza para levantarme y que me devuelva el esplendor que una vez tuve.

Que existencia más ciega, que cruel dependencia, que sabor más amargo, que vida más insignificante para ser vivida solo una vez. Mis hombros convulsionan controlados por la rabia y la fuerza del llanto.

Una mano amable de dedos delgados y largos que reconozco, coloca un paquete de pañuelos de papel delante de mi cara encima de la noticia empapada por las lágrimas que se deslizan de mis ojos. Sin levantar la mirada recojo un par de ellos que utilizo para limpiarme los ojos y sonarme la nariz de forma muy poco femenina. Trato de dominar mi cuerpo. Aún no levanto la mirada, aunque sé que si lo hago me encontraré con sus ojos. Ojos de un azul tan profundo y oscuro que es difícil no quedarse enganchado en ellos. Sé que a veces me ocurre. Trato de descifrar como siendo del mismo color, nuestros ojos, pueden ser tan diferentes, otras veces deo que me transmite tranquilidad y estabilidad porque los suyos son del azul más puro y natural, añil, y esas son las emociones que me transmiten, o tal vez, sea él.

Desliza su mano sobre la mía con suavidad, sus dedos por el reverso de mi palma como suaves aleteos de mariposas. Su mano seca y suave. Apenas la sostiene como si tuviese miedo de oprimir demasiado. Parece más una caricia mano sobre mano. La primera caricia. Un pequeño gesto íntimo y significativo con cualidades más poderosas que las que se le concede.

Una pareja caminando de la mano es un símbolo inequívoco de que están enamorados, representa una necesidad constante de contacto el uno con el otro. Una sola forma que comienza desde la extremidad de uno y acaba en la del otro. El que guía demuestra su capacidad de protección, su completa asistencia durante el camino, el otro demuestra su absoluta confianza y respeto dejándose llevar. Mis padres aún lo hacen, caminan como dos tortolitos recién enamorados. Los envidio.

Yo una vez también fui de la mano con Él hasta que la soltó y no volvió a cogerla. Luego caminé sola por detrás, siguiendo la estela de sus pasos en el suelo, con miedo a hacerlo con demasiada lentitud y enojarle. Pero jamás la sostuvo de esta forma como si mi mano fuera un bien preciado que venerar y tratar con extrema delicadeza. Es solo mi mano bajo la suya, pero consigue que me sienta cuidada como si fuera mi cuerpo el que estuviese abarcando y consolando. Mi llanto se ralentiza como por arte de magia. Tal vez debido a la sorpresa. Álex y yo no nos tocamos nunca. No es una norma escrita ni ha habido un acuerdo tácito; no hemos hablado de ello. No ha hecho nunca falta, siempre ha sido así entre nosotros. Otros chicos pueden forzar o no contacto casual o no tan casual como un brazo por los hombros al hablar o un roce pequeño y sin importancia, una mano revoloteando o dos besos en la mejilla, pero Álex no. Él evita el contacto. No es aficionado a este tipo de muestras de afecto, por lo que este gesto reconfortante tiene mucho más valor que cualquier palabra que pudiera formular.

Lo miro. Su expresión es indescifrable, pero su mirada es intensa en mí. Su

mano se aleja, y siento un desierto de abandono sobre la mía.

Solo la ha volcado hacia un lado y la mantiene abierta con la palma hacia arriba y los dedos estirados como una invitación silenciosa que no exige respuesta. De inmediato me agarro a ella como si fuera el único bote salvavidas en mitad del océano. Se siente distinta la unión de las manos cuando estas se miran de frente. Su vínculo no puede traicionar una fusión perfecta. La adherencia de las palmas unidas por completo sin espacio para el aire. Mis dedos y mi pulgar al otro lado se curvan alrededor de él. Es extraordinario sentir cada centímetro de piel que compartimos, los movimientos leves como caricias de sus dedos sobre el reverso de mi palma. Ni siquiera nos miramos ahora, los dos hemos clavado los ojos en nuestras manos. Deslizo mi mano y mis dedos se estiran con la caricia de mis yemas sobre su palma. Trata de atraparla aún en la suya capturando mis dedos bajo los suyos, me sorprende que trate de retenerla, pero mi intención no es alejarla. Estiro sus dedos sin encontrar resistencia y los míos acarician los huecos entre los suyos, mis yemas rozan sus yemas y vuelvo a hacer el camino dentro de su mano con lentitud. Grabo las líneas y las desigualdades de su palma con la punta de mis dedos. Oigo su respiración, tal vez sea la mía. Sus dedos cobran vida. Se deslizan por mi mano. Rozar las palmas ya no es suficiente. Sus yemas en mis nudillos se alargan hasta rozar mi muñeca y la vuelca de nuevo para enfrentar a la suya, sus dedos se deslizan entre los míos entrelazándolos. Los soltamos y ahora son las palmas las que bailan una contra la otra. Ya no hay tanta suavidad en nuestras caricias. Las manos se friccionan exigiendo algo la una de la otra que no llegan a comprender, se atrapan y presionan con fuerza. Tienen vida propia y nosotros somos sus espectadores.

Levanto la cabeza y lo miro. Él también aleja sus ojos de nuestras manos y me mira. Por un momento me pregunto qué está pasando, si estoy tan necesitada de ternura y consuelo que he exigido demasiado a su simple gesto

de aliento. Estrecha los ojos. Su color más penetrante de lo que nunca lo he visto. Trata de descifrarme. Tal vez, como yo, se pregunta qué demonios nos ha poseído. Esto no está bien, yo no estoy bien y él tiene una novia o la tendrá y no creo que le guste que él se dedique a hacer manitas con su compañera de piso. «¡Oh Dios mío! ¡¿Esto es hacer manitas?! ¿¿A esto se refieren!?» Retiro mi mano y la utilizo para sujetarme la frente con el codo sobre la mesa. Empujo la silla hacia atrás para levantarme y las patas sobre el suelo suenan con estrépito dentro del silencio tenso que se ha formado entre nosotros.

A lo mejor solo soy yo exagerando la situación. Al fin y al cabo yo lloraba y él ha tratado de consolarme. Yo he iniciado las caricias, pero solo ha sido el reflejo de una profunda necesidad de ser tratada con ternura. Tal vez él ha adivinado eso, es lo suficiente inteligente para suponerlo. Ha sido un gesto amistoso desvirtuado por la opinión envenenada de lo que Él supondría, y yo sola estoy volviendo incómodo este momento.

Sonrío, y con esa sonrisa tratando de aparentar total y absoluta naturalidad lo miro. Me rompo la cabeza buscando un tema totalmente neutral, algo en común que desvíe la atención de este enredo.

—Creo... creo que... tienes las manos muy suaves. — ¡Oh joder! ¡Whoa! ¡No me puedo creer que eso sea lo único que se me ocurre! ¡Jesús! Hablar de sus manos para desviar el tema manos. Muy hábil—. Quiero decir que seguro que serán muy útiles para operar.— Porque todo el mundo sabe que tener unas manos suaves es un requisito indispensable para un buen cirujano. Me doy una colleja mental y agradezco que la ventana esté cerrada para no tirarme por ella de forma literal.

No es fácil leerlo, pero sus cejas se han alzado con incredulidad y ahora mantiene los labios apretados conteniendo la risa. Coloca el codo en la mesa y apoya su boca en su puño, tal vez, reuniendo fuerza para retener la carcajada a punto de salir.

Me rasco la cabeza y pienso como mantener un poco de dignidad.

—¿Quieres un café? —le pregunto. ¿Por qué no se me ocurrió antes esa pregunta?

—Yo lo haré —dice levantándose de la silla y acercándose a la cocina. Se gira para mirarme y con una gran sonrisa dice—: Con estas suaves manos seguro que lo hago muy bien. —Y le oigo reírse. Bueno, después de todo no es tan contenido.

Me siento en la silla de nuevo y hundo mi cara en el periódico tratando de mantener un poco de la dignidad perdida.

—¿Estás bien? —me pregunta sin sarcasmo.

¡Qué difícil elección de palabras! Si quiero responder con sinceridad; no tengo ni idea de cómo estoy. Tal vez loca de atar, pero no voy a compartir eso.

Asiento con la cabeza sin despegar la cara del papel.

Se sienta enfrente de mí de nuevo con el café en la mano. Enciende un cigarro y le oigo aspirarlo. Casi estoy esperando que Lucía se levante cuando recuerdo que no está, que este puente de vacaciones visita a su familia. Yo no he ido porque me comprometí con Teo en el bar, pero me sorprende que Álex no emplee el día extra para hacerlo.

—¿No iras a visitar a tu familia? —le pregunto. Levanto la cabeza, pero por alguna razón no me atrevo a echarle un vistazo.

—No.

Levanto las cejas con interrogación y me vuelvo a él. Ha cogido uno de los periódicos y lo ojea con tranquilidad alternando en su mano la taza de café y el cigarro que se lleva a los labios. Debe de notar mi estupefacción porque levanta la mirada. Aparto con rapidez mis ojos de su mano.

Lo cierto es que no sé por qué me asombra que no se moleste en aportar un poco más de información. Ya debería estar acostumbrada. Me pregunto si indagar y averiguar por qué resultaría muy grosero. Echo de menos a Lucía. A

ella no le importaría en lo más mínimo interrogarle. Tiene esa virtud de transformar lo grosero en algo casual.

—¿Tienes mucho que estudiar? —pregunto sin mostrar mucho interés en su respuesta mientras rasgo un trozo de papel con el anuncio de Asesores Financieros Avisa S.L. que luego trataré.

Extiende la mano en mi dirección sin levantar la vista del periódico. Por un milisegundo, creo que va a ofrecérmela otra vez, pero solo me está indicando que espere mientras termina de leer. Me quedo mirándola. De acuerdo. Lo confieso. Me gustan sus manos. Son elegantes, estilizadas, kilométricas... y sí, suaves sin dejar de ser masculinas en absoluto. Me tienen un poco hechizada.

Soy una persona con un alto poder de fascinación. El tacto de la ropa, Alaska, la lluvia. Es una lista extensa. No son las primeras manos que me cautivan. A veces lo hacen las de un desconocido que nunca volveré a ver, y que no me interesa en absoluto. No tiene por qué ser un factor determinante a la hora de encontrar pareja; sin embargo, me encantan las manos y hay solo un tipo de ellas que me embelesa. Soy exigente en este aspecto como me ocurre con los sofás. Deben tener unas cualidades específicas: grandes, masculinas, dedos largos, delgados y rectos. La palma no debe tener más longitud que los dedos, eso los acorta visualmente. No me gusta que las uñas acaben redondeadas, sino cuadradas. Estoy segura, que de poder visitar algún día la capilla Sixtina y admirar sus Frescos, sería con exactitud la mano de Adán extendida en la *Creación de Adán* la que me atraparía no la de Dios «¡Augh! Suena a blasfemia». Fue la decisión de Miguel Ángel pintar los dedos de Dios más cortos que su palma y rechonchos.

Él tenía manos de luchador. Nunca pude pensar en ellas como delicadas o finas. Se cerraban en puños enormemente desproporcionados de hormigón que cualquier boxeador profesional hubiera envidiado. Nunca me gustaron

demasiado.

Álex deja caer la suya sobre la mesa. Ahora puedo echar un vistazo a lo que está leyendo. Es la misma noticia con los hechos ocurridos a la mujer acuchillada, pero en distinto periódico. No preguntará, aunque sabe que me afectó. Con él las cosas funcionan así. Repara en los detalles que los demás apenas advierten, sin necesidad de indagar. Otra cualidad de joven jedi, imagino.

Me quedo mirando una mosquita contra el cristal. Vuela hasta el duro material, choca y el golpe la empuja con fuerza hacia atrás, pero ella vuelve una y otra vez contra él buscando una salida. Ni siquiera se da cuenta que hay otras formas de huir porque sigue empeñada en salir por esa ventana. Como si estuviese atrapada en diez centímetros cuadrados sin percatarse del mundo amplio que la rodea. Siento compasión por ella. No es que me sienta identificada. Me levanto y abro la ventana. Un aire frío entra por ella refrescando mi cara y mis piernas desnudas, aunque hace un día templado. El veranillo de San Martín. La animo a salir y la veo volar hacia fuera.

—Ahora morirá de frío —comenta Álex con una sonrisa perezosa antes de llevarse la taza de café a sus labios. ¡Joder! Hago una mueca de malestar. Mi buena acción del día echada a perder. Resoplo. Me vuelvo hacia él. Mira a través de la ventana abierta. El cigarro humeando sobre el cenicero—. Hace buen día, ¿quieres salir? —dice antes de echarme un vistazo.

—Sí, creo que sí —le respondo—. Me ducho y vamos.

Lo extraño no es que hagamos planes juntos; lo que ocurre es que no los hacemos solos. Lo fenomenal de estar con Álex es que los silencios no se vuelven incómodos. Son tan naturales en él como el respirar, por lo cual no me veo en la obligación de esforzarme en cubrirlos con conversación inverosímil.

Las palabras en borbotones y sin sentido, sin duda, le abruman más que su carencia. No sé hacia dónde caminamos. Dejo que él lleve la dirección y yo simplemente le sigo. Vamos despacio, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo y nada que hacer. Él con las manos en los bolsillos y su andar despreocupado. Vamos uno junto al otro, pero sin rozarnos.

Se ha puesto unas gafas de sol de aviador y lamento no haber cogido yo las mías porque tengo que fruncir el ceño cuando el sol me da en los ojos.

—¿Has pensado en lo de aprender a defenderte? —me pregunta—. No tiene por qué ser Aikido.

Lo miro por el rabillo del ojo.

—El aikido está bien. Me gusta toda su filosofía zen, pero no me veo capaz de hacerlo —le confieso.

—¿Que no serás capaz de hacerlo? —repite y se detiene para mirarme—. ¿Cómo puedes saberlo sin intentarlo?

—No tengo fuerza, ni soy habilidosa; no creo que sirva para eso —confieso.

—¿Llegaste a tu primera clase de infantil sabiendo leer y escribir? ¿Sabías acaso lo que eran las letras?

—No —le contesto resoplando. Con tres años mi sentido del ridículo era más bien nulo. Cuando llevar pañales y chupete queda tan reciente, la dignidad no es una prioridad inmediata. Treinta años después las cosas cambian—. Apuesto a que tú, sí —le digo.

Sonríe, pero no contesta, y se gira para continuar camino. Lo sigo. No sigue insistiendo. Julián en su lugar lo haría, Lucía lo haría. Un desconocido trataría de convencerme de que es justo lo que debo hacer si lo cree. Él no. No porque no crea que sea buena idea, incluso no creo que sea porque no le importe. Dejará que la decisión sea mía, sin hacerme sentir coaccionada. Es insólito y gratificante a la vez, y es lo que me empuja a dar el paso.

—De acuerdo —digo—, lo intentaré.

Llegamos a un muro desde el que se contempla el acantilado del mar. Sin hablar de ello siquiera, acordamos sentarnos en él. Espera a que me alce sobre las dos manos sin ofrecerme su ayuda, pero no es hasta que estoy acomodada con los pies colgando sobre el agua que se sienta a mi lado con un solo movimiento. Es un buen sitio. Las vistas son realmente fabulosas.

¿Quién puede explicar el hechizo del mar? ¿Cuál es su atractivo que nos hace volvernos a todos para contemplarlo? Atrae a hombres que le dedican su vida entera hasta su muerte, inspira canciones, completa cuadros y produce un gran anhelo a los que no pueden vivir lejos de él. Tan inmenso, bello y aterrador como la propia existencia humana, que puede componer poesía y destruir al mismo tiempo.

—¿Qué estás pensando? —me pregunta Álex. Tiene los ojos clavados en la última línea de agua que alcanza la vista. Hay algo en la forma en que miramos el mar que nos vuelve la expresión soñadora y atrayente. Suspiro profundamente y eso lo vuelve hacia mí.

—¿Esa no es una pregunta extraña para ti?

—¿Crees eso de verdad o estas evitando responderme?

—Pensaba en el mar, y sí, lo cierto es que lo creo.

Sonríe con lentitud, pausada y ligeramente.

—¿Crees que no me interesa lo que piensas? —Me sorprende. Eso ha sonado demasiado personal. Me esfuerzo en responder:

—Pienso que no eres una persona curiosa, en general no sueles indagar en los asuntos de los demás.

—Que no pregunte no quiere decir que no me preocupe. —Me mira con insistencia.

—Lo sé.

—Tú tampoco eres un libro abierto precisamente, ¿sabes?

—Tú eres uno cerrado con candado de cuatro vueltas —le digo y se ríe. Su risa atrae las miradas de unas niñas sentadas a su izquierda, pero ni siquiera se da cuenta—. La mayoría de las veces no tengo ni idea de qué se te pasa por la cabeza.

Busca su paquete de tabaco del bolsillo. Flexiona una rodilla y apoya en ella el brazo para encender el cigarro que ha puesto en su boca. Estoy empezando a sospechar que fuma para ganar tiempo y no tener que contestar preguntas.

—Nada extraño. Lo mismo que el resto de los mortales, supongo —me responde al exhalar despacio el humo que ha retenido.

—¡Oh! Piensas en el olor de los tulipanes, el color de las nubes y la vida de las mariposas —le digo con cachondeo.

—¿Crees que soy gay?! —dice con incredulidad fingida. Me tapo la boca para contener una carcajada.

—No, no lo creo —digo con una sonrisa—, aunque no pasaría nada si lo fueras —añado sin ánimo de ofender a nadie.

—Es por culpa de los pendientes —continúa con sorna—. Mi padre piensa que me restan hombría.

Lleva dos aros en la oreja izquierda y otro en la derecha. Son de plata envejecida. Creo que nunca le he visto sin ellos, por lo tanto para mí forman parte de él como el color de sus ojos. Además, tampoco son demasiado grandes u ostentosos, pero en esa replica deja traslucir bastante más información que la que da, y me pregunto si tiene diferencias con su padre, y por eso no aprovecha el puente para visitar a su familia.

—Ah... tu padre es de esos.

—Sí, de esos —responde con cierta amargura.

No sé cuál es la historia, y no quiero sacar conclusiones precipitadas. Pero estos padres capaces de solo ver los pendientes o los tatuajes cuando miran a

sus hijos, y no la clase de personas que son se van a arrepentir tarde o temprano. De todas formas dentro de unos años serán tan comunes como utilizar el móvil de despertador.

Pobres despertadores, todos a la cola del paro.

—Vaya, pues yo creo que hacerse perforaciones en el cuerpo ya es una señal inequívoca de que se tiene muchas pelotas —le digo y suelta una carcajada.

—Cierto, él debería ponerse un pendiente para demostrar su hombría.

—O depilarse las ingles con cera. Sí, esa hazaña no dejaría dudas sobre lo grandes que las tiene.

—Creo que el tamaño de mis... agallas no es tan grande.

—No te sientas mal, pocos hombres superan esa prueba de forma voluntaria, solo algunos gays son capaces de demostrar su hombría de esa forma.

No reímos abiertamente y trabamos la mirada intercambiando sonrisas. Ya no lleva las gafas de sol sobre sus ojos y gracias a la claridad del día y que estamos cerca puedo advertir que el color azul en su iris no es uniforme. No son oscuros en su totalidad, en realidad alrededor de la pupila tornan en añil muy claro y anohecen de modo gradual hasta llegar al azul más profundo.

—Tienes un ojo más claro que el otro —dice. Divertido. Ambos andamos entretenidos analizando el color de nuestros ojos.

Es cierto. Solo que hay que fijarse y acercarse mucho para advertir que son distintos. Él no lo supo hasta que se lo dije, y por norma general no voy publicándolo, así que pocas personas lo aprecian.

—¿Ana? —De inmediato reconozco esa voz a mi espalda y mi cuerpo se tensa. La sonrisa se borra de mi cara. De alguna forma lo he materializado al pensar en Él.

Me vuelvo despacio y me encuentro con su mirada azorada y su mejor

sonrisa. Alex también se vuelve y entrecierra los ojos cuando los clava en Él. Se mete las manos en los bolsillos, y me mira de forma adorable despertando vagos recuerdos que me obligo a enterrar. Tengo que odiarlo. Necesito odiarlo porque su cuerpo es como un imán para mí que me atrae hacia él de forma desesperada. Aún tengo miedo a estar sin Él, y también me aterra volver con Él.

—Hola —le respondo tratando de no mostrar entusiasmo. Él mira a Alex y le hace un saludo con la cabeza. Creo que él no se lo devuelve.

—No te he vuelto a ver en la cafetería de la Universidad —comenta— yo estoy allí siempre a mitad de mañana. —Lo sé, por eso evito ir. Eso debería decirle. Acabar de una vez y ser grosera, pero no puedo castigarle cuando aún no ha hecho nada malo. No en esta vida.

—No me gusta el café de la universidad. —Soy idiota. Parece sorprendido. Normal. Se saca las manos de los bolsillos y se acerca colocándolas sobre el muro frente a mí. Me he vuelto con una pierna flexionada delante de mi cuerpo y estoy cara a cara con Alex que también se ha girado hacia Él—. Soy un poco especial para el café —añado e improviso media sonrisa.

Me doy cuenta de que estar con Alex me transmite seguridad. No estoy muerta de miedo ni tengo indicios que precedan a un ataque de ansiedad, así que puedo darme el lujo de ser un poco amable. Se encoge de hombros de forma despreocupada.

—Me quedé preocupado después de tu desmayo, quería preguntarte qué tal estabas.

Los dedos de Alex comienzan tamborilear sobre su bota de cuero.

—Todo está bien —le digo. No fui al médico. No suelo hacerlo. Acudir cada vez que lo he necesitado habría levantado sospechas—. Fue un caso aislado.

—Oye —comienza y traza con un dedo el dorso de mi mano apoyada en el muro. Me quedo de piedra—. Esta noche vamos a salir un grupo de amigos por la parte antigua para celebrar la noche de Halloween, me preguntaba si querías, queríais —añade mirando a Álex— uniros a nosotros.

Me atasco. Ni siquiera comprendo porque se interesa en mí cuando cada vez que nos cruzamos parezco un papagayo descerebrado.

—Tengo —suspiro—, me he comprometido a ayudar a un amigo, yo no puedo lo siento.

No debo decirle que tengo que trabajar por la noche porque querría saber dónde lo hago y me sentiría acorralada si acabara presentándose en el bar de Teo. Esa parte de mí no puede incluirle a Él porque ha nacido de la determinación de labrarme una vida que no le pertenezca, en la que queda excluido.

Lo estudio. A sus veinte está radiante. Es hermoso. Quince años después solo podía mirarlo y preguntarme cómo alguna vez me había resultado atractivo. Lo único que veía era un rostro distorsionado por la furia. Su constante ceño fruncido que cuanto más profundo más miedo me producía.

Si mi negativa le causa despecho no lo está demostrando. Me pregunto cómo una persona aparentemente razonable, se vuelve con el tiempo un monstruo vengativo invadido por retorcidas contrariedades irracionales.

En otro momento y otro lugar mi excusa lo llenaría de suspicacia y de una rabia incapaz de contener que necesitaría descargar de forma violenta y patológica para poder tranquilizarse.

Y ahora. Solo sonrío.

Así me engañó, y me engañé a mí misma. Porque ahora que su sonrisa no me ciega puedo ver la chispa de inquietud en sus ojos. Una leve contracción en su pupila como una alarma silenciosa de lo que está por venir. Su pose solo es una fachada. No está contento. Ni siquiera se molesta en saber si Álex puede o

quiere apuntarse. Su invitación solo es abierta en el caso de que yo acceda. No parece una gran pérdida para Álex que continúa centrado exclusivamente en Él. Lo estudia como un leopardo silencioso, en quietud y vigilante, a la espera de que su adversario haga el primer ataque para lanzarse.

—Tus amigos tienen suerte —responde mirando a Álex de forma significativa y volviéndose a mí. Saca un bolígrafo del bolsillo de su camisa y lo destapona—. Mira —dice cogiéndome la mano con fuerza para que no pueda soltarla. Álex se mueve imperceptiblemente—, este es mi teléfono —y apunta unos números en la palma de mi mano.

No siento el cosquilleo del bolígrafo. Mi mano se ha vuelto de granito. Mi corazón se desboca. Recuerdo otro día en que yo quería huir de Él, y que me sujeto la mano con tanta presión que me rompió un dedo. Me suelta.

—Lláname cuando quieras tomar un buen café. Conozco un lugar donde ponen el mejor que jamás hayas probado.

Asiento con la cabeza porque está esperando una respuesta y parece reacio a marchar antes de obtenerla. Conozco ese lugar. Me llevó el primer día. Sonríe en contra de mi voluntad, y él lo toma como una buena señal porque me devuelve la sonrisa antes de girarse para marchar. Me niego a verle caminar. Sé perfectamente cómo lo hace. Reconocería su silueta a oscuras a medio kilómetro de distancia solo por su forma de moverse. Me vuelvo hacia el mar. Miro la mano donde ha escrito. Restriego con mis dedos la palma con la intención de borrar el número. La froto sobre la tela vaquera del pantalón. No necesito que queme en mi piel. Sé de memoria el número de teléfono en la casa de sus padres.

No lo miro, pero puedo sentir los ojos de Álex sobre mí. El silencio cae sobre nosotros. Nuestra anterior complicidad derrumbada. Existe una brecha muy grande entre nosotros. Una verdad que no puede ser contada. Un cuerpo maltratado. Una mente torturada con el peso de treinta años vividos y nueve

destruidos, y a pesar de ello, de no ser yo así, de no haber cambiado, ni siquiera estaríamos aquí.

Me pregunto si de alguna forma el cambio en mí y mis problemas están influyendo demasiado en el rumbo de las vidas de los que me rodean. Si el reunirnos juntos todos los días, los alejará de otras personas con un papel importante en su futuro. Y si eso es justo.

Sé que el transcurso de la vida de Lucía no está alterado en absoluto, al menos de momento. Nuestra amistad se fortalece día a día. Cada noche compartimos, con las cabezas juntas sentadas a la mesa de nuestra casa, nuestras idas y venidas. Nos cambiamos la ropa, el champú si nos aburrimos del nuestro. Nos ayudamos con las tareas. Nos reímos de las mismas tonterías y de los mismos tontos.

Ella no tendrá una relación importante que la marque hasta dentro de ocho años. Los pequeños amoríos durante la universidad nunca contaron demasiado. Encontrará a su pareja en el trabajo. Nunca se casará, aunque sí formará una pareja y se estabilizará, lo que será toda una hazaña para los dos.

Tiene miedo al compromiso. Se debe a las constantes discusiones entre sus padres. No es que sean malos, solo son tan diferentes que están condenados a no estar de acuerdo jamás.

Estuvo a punto de llegar al altar una vez y se echó atrás en el último momento. No pude estar a su lado. Fue una época muy negra en su vida y me duele reconocer que no fui la mejor amiga. Esta vez no ocurrirá. Estaré allí y si puedo evitar ese sufrimiento lo haré.

También me pregunto si Álex de no estar aquí conmigo ahora, estaría compartiendo estos momentos con la chica del piercing, y tal vez, de alguna forma estarían estrechando su relación. ¿Quién soy yo para interponerme entre ellos? Aunque no se establezcan, tal vez esa relación acabe influyendo de alguna forma positiva en su vida.

—El otro día vi a tu chica del piercing —le digo. Me crucé con ella en la universidad. Me echó una mirada reconocedora, pero evito saludarme.

—¿Mi chica del piercing? —repite con asombro alzando sus cejas con suspicacia— ¿Tengo una chica del piercing?

Le sonrío con suficiencia. Al fin y al cabo, tengo información privilegiada que él no.

—Sí, esa chica morena que lleva un piercing en la barbilla. Estaba con vosotros en la universidad el día de “los teléfonos conspiratorios” —le explico recogéndome las piernas sobre el pecho.

—Yo lo llamaría más bien el día de “sola ante el peligro”, y ya sabes, lo digo por la cabina pública —comenta con sarcasmo.

Me río. No puedo evitarlo. Después de la tensión, reír es liberador.

—¿Y bien? —insisto. Súper sutil. Soy una gran casamentera.

Sus cejas se elevan aún más. Por la expresión de su cara puedo afirmar que está anonadado de forma absoluta, y es muy difícil sorprender a Álex y contemplarle con la guardia baja. Me estudia la cara. Recompono la suya. Esboza media sonrisa divertida.

—¿Hay alguna pregunta ahí? Porque no tengo claro cuál es. —No ha cambiado de posición. Sigue sentado frente a mí sujetando de forma descuidada sus piernas flexionadas con las manos unidas frente a él.

—A lo mejor te gustaría invitarla a desayunar con nosotros en la cafetería por las mañanas —sugiero sin levantar la vista con toda la naturalidad posible.

—Si hubiera querido invitarla ya lo habría hecho —contesta drásticamente. Le miro. Su media sonrisa desaparecida. No parece que le guste que me inmiscuya en ese asunto, y tiene razón. No debería hacerlo. No me gusta entrometerme dentro de las historias de nadie. Solo, que en este caso, creía que era mi deber. No parece que vaya a decir más y permanecemos

callados. Le oigo suspirar, tan fuerte que parece un resoplido.

—Vive cerca de la casa de mis padres. Somos de la misma ciudad — explica, y eso es todo un logro. Estoy asombrada. Asiento con la cabeza.

—Oh, ¿y es un requisito indispensable de ese lugar llevar tatuajes y pendientes?

—En realidad nos hacen descuento cuando decimos que venimos de allí.

—Eso es genial, ¿crees que podría funcionar para mí?

—¿Qué te gustaría hacerte? —me pregunta

—Algo real —respondo y le miro a los ojos— un recordatorio de quién soy y lo que soy. Un tatuaje que al mirar me inspirase con tal fuerza, que no pudiera volver a perderme a mí misma.

Nunca había pensado en hacerme un tatuaje, pero ahora que he puesto en mi boca esas palabras, el deseo de hacerlo surge de forma insistente. Sonrío. Él odiaría algo así. Nada que me haga destacar o llame demasiado la atención. Ese es su lema; sin embargo, yo tengo alma de rebelde aunque esté hundida, está ahí.

Álex baja del muro de un salto.

—Vamos —me dice.

—¿Adónde? —pregunto saltando no tan hábilmente.

—A casa, tengo hambre y —me sonrío— voy a enseñarte una cosa.

—¡Oh!

Cogemos un autobús para llegar a casa. Está tan lleno que ambos debemos permanecer de pie. Yo me abrazo a una vara horizontal como si fuera una stripper enganchada a una barra americana porque es la única forma de mantenerme sobre los dos pies, Álex, sin embargo, con agarrar una de las barras de arriba con una mano tiene suficiente. Un hombre de muchos talentos.

Saber mantener el equilibrio de pie sobre un autobús debería constar entre las 7 virtudes del hombre: la Humildad, la paciencia, la templanza, la generosidad, la diligencia, la caridad y el equilibrio dentro del autobús. En efecto, excluyo la castidad, ya que personalmente no le encuentro el aspecto virtuoso y las restricciones del cuerpo no suelen ser saludables, y de esa manera se mantiene el número siete y no se descompensan con los pecados capitales.

Bajamos en nuestra parada y subimos por las escaleras hasta casa. Al entrar, él se dirige a su habitación. Estoy curiosa. Yo dejo mi bolso y mi chaqueta en nuestro perchero. Me quito las botas en la habitación. Me gusta andar en calcetines por casa; eso quiere decir que estropeo muchos calcetines a lo largo de mi vida, y que tengo que afanarme en tener el suelo muy limpio para que supere la prueba del algodón.

Sam Smith _ Life Support

Al salir de la habitación, me detengo. Veo a Álex apoyado en la encimera de la cocina. Se ha quitado la ropa de abrigo y solo lleva una camiseta blanca de manga corta y los vaqueros. Tiene los brazos cruzados de forma casual por el pecho, aunque no deja de mirarme según me acerco a él. Me detengo y espero con anticipación, mordiendo mi labio, ansiosa por ver qué quiere mostrarme.

—Está bien, ¿lista? —me pregunta con media sonrisa y asiento con la cabeza. Descruza los brazos y saca su camiseta por la cabeza, luego se deshace de las mangas. ¡Guau!

Bueno, para esto específicamente no estaba preparada, pero el aspecto sorpresivo no deslucen en absoluto la imagen. Ahora veo el tatuaje de su pecho. Le miro a los ojos antes de bajarlos para predecir su nivel de incomodidad. Me mira tranquilo. A lo mejor no es tan tímido después de todo.

Tira la camiseta hecha una bola a un lado sobre la encimera y señala con una mano su pecho. El tatuaje que lleva es de una serpiente que invade parte de su pectoral derecho y se extiende a lo largo del hombro por el brazo hasta el codo. La cabeza descansa en su bíceps. Contengo la respiración. Es hermoso. Los colores del animal no son vívidos en extremo, el tatuaje tiene tiempo. El rojo, el negro y el blanco trazando simétricas rayas horizontales. Es un dibujo realista, cada traza y cada detalle está delineado con precisión.

—Es la falsa coral —explica echando un vistazo a su tatuaje y luego clavando sus ojos en mí.

—¿Por qué la falsa coral y no la coral real?

— La falsa coral no es venenosa como la coral real. Son muy similares visualmente, pero esta —y señala su tatuaje con un dedo sobre su pecho— es inofensiva para el hombre; sin embargo, es una equivocación subestimarla porque no es tan dócil y mansa como aparenta. Para defenderse devora a las corales y otras serpientes mortales.

Me acuerdo de coger aire. Lo hago con la boca junto a una exclamación de asombro. Mis dedos vibran con anhelo por tocarlo. Cruzo los brazos para contener sus esperanzas de hacerlo. Es un instinto natural tener el capricho de acariciar un tatuaje porque siempre surgen dudas que se deben cotejar; como descubrir si ha dejado alguna formación en la piel, probar la suavidad del dibujo, saber si la tinta dejara huella en tu dedo o lo puedes borrar. Por norma general un trozo de piel no debería verse azul, por lo que nosotros, incrédulos universales, tenemos que dar fe de ello mediante su manoseo, y yo soy humana y me gusta comprobar el tacto de las cosas, pero Álex y yo no nos tocamos o no lo hacíamos hasta esta mañana.

¡A la mierda! Estiro el brazo y rozo con mis dedos la cabeza de la serpiente sobre su bíceps definido. Él sigue con la mirada la trayectoria de mi dedo hasta su hombro. Ni siquiera le he pedido permiso y lo más probable es

que le esté haciendo cosquillas; sin embargo, no me detiene. Mi dedo recupera a los otros en su hombro y mi palma se desliza por el dibujo hacia su pecho donde termina la serpiente. Las horas de Aikido dan frutos. Estamos tan callados y quietos que nuestras respiraciones se oyen amplificadas. Noto como su piel se eriza bajo mi mano.

—¿Esto es quién eres? —susurro para que mi voz no rompa el silencio de forma estrepitosa.

—Algo así —contesta en el mismo tono. Me he acercado bastante para poder llegar al dibujo, incluso sus piernas cruzadas y estiradas descansan entre las mías y él es bastante más alto que yo, así que tengo que levantar la cabeza para mirarlo. Sus ojos se traban en los míos.

—¿Y este? —le digo señalando su otro brazo coronado por un alambre espinoso en color azul acero del cual cae una gota de sangre que recojo con mi dedo.

—Lo utilizo para recordarme que el control de mi vida conlleva sacrificios —dice con ironía. Lo miro con sorpresa y le sonrío.

—Estas lleno de sabiduría. —Sonrío, pero no me devuelve el gesto. Tiene los labios apretados y su cara parece de granito mientras me devuelve la mirada antes de desviarla de nuevo hacia mi mano en su brazo. Lo gira para que pueda ver el último, en la parte interna de su antebrazo. Son símbolos negros sellados en horizontal.

—La palabra Aikido en caracteres japoneses kanji —me explica manteniendo su voz en susurros—. El camino de la energía y la armonía.

Mis dedos comprueban su tacto. Su piel es suave bajo las yemas de mis dedos. Estoy tan cerca que hasta noto el calor que despide su cuerpo y nuestras inspiraciones se acompañan y entremezclan como si fueran una. Un ataque de timidez parece invadirme.

No sé cómo he llegado hasta aquí. Mi excusa es que estaba absorta en los

tatuajes y todo ese potencial. Estoy tan asombrada de que haya conseguido concentrar algo tan real y significativo en su cuerpo que me he visto envuelta en una nueva fascinación, y ahora, busco la forma sencilla y cortés de desprenderme de este encantamiento. Ni siquiera me atrevo a levantar mi mirada porque sé que sus ojos están sobre mí y respiramos un poco más deprisa de lo normal.

Bajo mi mano y retrocedo un paso, luego otro y lo miro. Tiene la cabeza un poco inclinada hacia atrás y los ojos cerrados hacia el techo. No sé qué le estará pasando por ahí, casi parece que está recitando una plegaria hacia el cielo. Cuando nota que me alejo los abre y la baja para mirarme. Se pasa una mano por la cara y se da la vuelta de forma casi brusca. Me da la espalda mientras alcanza su camiseta y se la pone, mueve sus hombros para ajustarla en su sitio. Se toma su tiempo para volverse.

Tengo una sensación amarga en el estómago como si tuviera que pedir perdón. Tal vez he ido demasiado lejos o se siente vulnerable por haber compartido esa parte de él conmigo. O tal vez, la que se siente impresionable y cree que ha ido demasiado lejos sea yo y esa sensación es de reproche hacia mí misma.

—Gracias por enseñármelos. Me han gustado. Mucho —le digo. Asiente con la cabeza y me da una sonrisa ajustada. Va a decir algo cuando suena el timbre de la puerta y los dos saltamos.

Álex mira el reloj.

—Es Oscar. Vamos a hacer un trabajo que contará como nota parcial —me explica pasándose una mano por el pelo y acercándose a la entrada de la casa—. Llegas pronto, aún no hemos comido —le informa a Oscar nada más abrir la puerta dejándole totalmente pasmado.

—Yo también te quiero, tío —le responde frunciendo el ceño y luego me dedica una sonrisa a mí—. ¿Qué hay Anita?

—Hola —le saludo—, voy a preparar algo de comer. ¿Has comido tú? —le pregunto mientras me vuelvo abriendo la nevera. Tendrá que ser algo sencillo.

—Claro, son las tres y media —contesta—. ¿Qué demonios habéis estado haciendo que todavía estáis sin comer? —y acompaña su pregunta con una sonrisa que tanto Álex como yo ignoramos.

Hago un rápido arroz a la cubana y añado al plato de Álex un huevo y un plátano frito. Yo como mi propio plato con un poco de tomate. Un gran avance nutricional para mí. Necesito algo más sólido si quiero rendir detrás de la barra durante la noche. Álex se encarga de fregar. Desde que he tomado el mando de las comidas no tengo permitido acercarme a los platos sucios. Casi siempre lo hace él porque Lucía prefiere encargarse de otras tareas. A veces observo como lo hace. Me gusta la suavidad y elegancia con que coge cada plato y lo baña en espuma. Sus manos son más grandes que los propios platos; sin embargo, no hay torpeza en la forma en que trabaja con ellas.

No puedo evitar sentirme atrapada por su movimiento.

Dejo a los chicos la mesa y yo me siento en el sofá con la materia sobre las piernas cruzadas y los cascos en las orejas. Los reproductores de memoria flash apenas están asomando la cabeza; por ello, tengo que acomodar mi voluminoso diccionario a un lado y tener cuidado de tratarlo con delicadeza para que no se detenga mi cd de U2. Casi da vértigo la evolución tan rápida y desenfrenada que hemos sufrido tecnológicamente y la forma en que estos avances han colisionado en nuestras vidas sin darnos ni la más pequeña oportunidad de sobrevivir el día a día sin su dependencia. Móviles, ordenadores, routers Wi fi, llaveros USB, etc. gobiernan nuestras vidas cuando

unos años antes, no sabíamos cuál era su utilidad. Ni siquiera concibo la idea de sacar una foto sin ver cómo ha quedado de inmediato por una pantalla. Qué desperdicio de tiempo tener que esperar a que se revele y descubrir que se sale con los ojos cerrados. ¡Boh!

Tuve que decidirme por un disfraz sencillo que pudiera hacer con lo que tenía disponible porque Teo decidió en el último momento que sería genial que nos disfrazáramos, así que me rizo el pelo de forma alborotada con tenacillas. No tengo el pelo rubio, pero tendrá que servir así. Me pongo una horquilla que me lo recoja a un lado y me maquillo con los ojos muy ahumados en negro y los labios rojos.

Sobre la cama he puesto las mallas negras y una camiseta negra que muestra los hombros. Me lo ajusto todo con un cinturón ancho a la cintura y me pongo unos zapatos de tacón. Soy una Olivia Newton John en morena y sin Travolta.

Me pongo mi chaqueta de cuero negra y salgo pitando de la casa antes de que vuelvan los chicos de su descanso para tomar café fuera, así me ahorro desfilas delante de ellos de esta guisa. Ese sí, que sería un camino de la vergüenza para mí.

El recorrido que debo hacer hasta el bar sola, tampoco es un camino de rosas. Al aparecer el atuendo tiene adeptos y provoca comentarios incómodos que no buscaba. Otros ni siquiera saben que es un disfraz, pero de igual forma me lanzan sus opiniones no deseadas al respecto. Me pongo los cascos de música y enciendo mi discman. Prefiero escuchar a Bono cantando “Where the Streets Have No Name”

Teo lleva una sotana negra con un alzacuello. Cuando enarco las cejas en su dirección. Me explica que es el padre Karras; sacerdote de *El Exorcista*. Doy gracias porque no se le haya ocurrido disfrazarme de Megan. Mi sentido

del ridículo es muy alto. Sin embargo, a Teo le gusta mi disfraz. Al fin y al cabo, los dos hemos coincidido homenajando dos películas de culto. Aprovechamos a recargar todas las neveras hasta los topes antes de que lleguen muchos clientes. Lavo limones y los corto en rodajas. Los dos trabajamos relajados y cómodos.

—Tu podías enseñarles un par de cosas a esos —comenta mientras echa un vistazo a un grupo jugando una partida de billar. Se ríe y menea la cabeza. — Todavía estoy impresionado por tu talento.

Teo es un fuera de serie. Un superviviente nato con alma de trotamundos. Comenzó a ganarse la vida con dieciséis años en el sur en una churrería, después con dieciocho trabajando en un puesto de bocadillos móvil que siempre aparcaba frente a las discotecas a la hora de su cierre. De ahí hizo el suficiente dinero para venirse aquí y encargarse del traspaso de un local de juegos recreativos que ha transformado en lo que ahora es un negocio próspero y rentable; sin embargo, asegura que su vida no acaba así. En realidad, lo que quiere es largarse a Jamaica y abrir allí un chiringuito, pero no antes de pasar por Ibiza y dedicarse a la venta ambulante. «Y todavía no ha encontrado un alma afín con la que compartir sus sueño» palabras textuales. Un verdadero prodigio. Admiro su capacidad de arrojar a un lado aquello que le proporciona estabilidad para reinventarse. En realidad le envidio porque tiene mucho valor. Empezar de cero sin ninguna garantía es audaz. Teo no se queda atascado con ataduras y dependencias materiales o emocionales.

Le sonrío. Unos días después de aquella partida me ofreció echarnos a la carretera como Paul Newman y Tom Cruise en “*El color del dinero*” para ganarnos la vida jugando al billar. Aún no puedo asegurar si en realidad fue una broma o no, aunque tiene buen gusto cinematográfico por lo que veo.

El bar se llena. Trabajamos sin descanso. Yo me ocupo del lado izquierdo de la barra y Teo del derecho. Es una auténtica locura. No recuerdo cuántas

veces y a cuántas personas he servido ya. Algunos son clientes habituales que ya reconozco y me saludan con familiaridad por mi nombre. Es curioso, yo nunca les he dicho cómo me llamaba. A media noche Teo se acerca a mí y me dice:

—Tus chicos están aquí.

Se ha convertido en una especie de señal para nosotros. Él deja que sea yo quien sirva a Álex y los demás, y de esa forma puedo descansar un poco mientras charlo con ellos, aunque hoy no es un día en el que en realidad pueda tomarme un respiro. Me acerco para confirmar su pedido y los tres, ya que Javier se les ha unido, me miran de arriba abajo.

—¿Se supone que das miedo? —me pregunta Javier perplejo.

—Hay quien considera aterradora a Olivia Newton John —le respondo—, pero no, mi intención no era esa, solo es un disfraz improvisado —me defiendo.

Se enciende una bombilla en su cabeza, casi puedo ver la luz asomando por sus ventanas.

—Me gusta tu disfraz —concluye— y me gusta la película.

—¿En serio? —le pregunta Oscar con incredulidad— es una película para mujeres.

—¡Eh! —le replico—. Eso solo lo dice quién no la ha visto entera. —Me dedica una sonrisa, pero por su expresión sé que estoy en lo cierto—. Mente abierta, Oscar, hay que analizar el arte con mente abierta. —Eso es lo que le dije cuando insistí en que viera *La fiera de mi niña*, y le gustó.

Me acerco a la nevera de las cervezas para coger tres botellas para ellos, aun así, le oigo gritarme:

—Solo si la ves conmigo y con ese disfraz puesto. —Una risita surge de mis labios y muevo la cabeza con incredulidad mientras me inclino a recoger sus bebidas.

Al incorporarme, casi se me caen las botellas de la mano cuando mis ojos reconocen el rostro que tengo frente a mí. La sonrisa se me congela en el rostro. Trago saliva con fuerza. Él está aquí.

—Me habían dicho que Olivia Newton John trabajaba en este garito, y no podía creérmelo —me dice acercándose para hacerse oír por encima de la música. Su aliento huele a alcohol y sus ojos brillan febrilmente—. Hasta ahora.

Yo soy la que no puede creerse, que esté aquí invadiendo un espacio que era enteramente mío; donde ningún recuerdo de Él podía lastimarme ni alcanzarme. Siento que la furia comienza a invadirme. Quiero gritarle: «¡Déjame en paz! ¡Estoy tratando de no hacerte daño! ¡Aléjate de mí!»; sin embargo, callo y exploro las caras al otro lado de la barra, mientras abro las botellas con el abridor, en busca de una conocida que me aporte seguridad. Enseguida la encuentro porque no ha cambiado de lugar, pero sus ojos no me miran a mí registran la presencia de Él.

Decido ignorarle. No me molesto en responder. Voy a servir a mis amigos. Sus caras reflejando solemnidad, las bromas ya no tienen cabida cuando es evidente que estoy afectada.

Las órdenes de alejamiento no solo son necesarias como método de protección vital, también son indispensables para curar el alma enferma. La distancia es una vacuna. Cuando Él vuelve a mi vida, ya no tengo cura y mi cuerpo y mi mente se vuelven a quebrar en mil pedazos y el fango me cubre de pies a cabeza. Yo debería ser valiente. Ser capaz de enfrentarme a Él sin que afecte mi vida. Lo sé, y tal vez un día pueda hacerlo, pero no aún, no, cuando Él ha sido mi arma de tortura y yo soy el cachorro apaleado que se encoge de miedo cuando la ve.

Mis ojos se cruzan con un mar de calma en los de Álex y el aire llega a mis pulmones con normalidad. Se acerca para hablarme y me inclino para

oírle bien.

—No nos vamos a mover de aquí —dice— no te vas a quedar sola con él.

Asiento con la cabeza. Aunque él no tiene ninguna obligación conmigo, se está convirtiendo en una salvaguarda de mi vida como una constante apaciguadora de mi tormenta interior. No sé de qué forma puedo transmitirle mi gratitud. Levanto mi brazo y aprovechando la cercanía de su rostro marco su mejilla con una caricia suave de mis dedos en un gesto ligero que le haga entender mi agradecimiento. Mi mano se queda atrapada sobre el tacto de su piel cálida y una sedosa barba recién afeitada. Es uno de los enigmas de la vida, por qué la piel es tan suave después del afeitado y cómo mantener esa suavidad por el resto de los días una odisea.

Sus ojos se abren un poco más, casi de forma imperceptible, pero sin poder ocultar su asombro. No es de extrañar. He franqueado nuestro decreto de no tocar demasiadas veces hoy, como si al ofrecerme su mano, hubieran quedado abiertas las puertas que me proporcionan la libertad para hacerlo. Su cara no se vuelve sobre mi mano, no la retiene con la suya. Eso solo ocurre en los cuentos de princesas. Ni siquiera puedo estar segura de que le guste el contacto, solo espero haber evocado un poco de la dulzura de su gesta. Esa era mi intención.

Mi mano cae, y me vuelvo sin mirar a nadie, aunque percibo un movimiento que llama mi atención desde mi periferia. Él no está contento. Dirige una mirada frustrada a Álex desde su círculo de amigos tras nosotros. Reconozco a todos ellos. Sus nombres, sus futuros. Recuerdo días y noches compartidos que ya no volverán, y dirijo la vista al grupo de amistad que he cerrado en esta nueva vida. Tan diferentes que anuncian lo distinta que yo soy. La evolución que he sufrido.

Aprieto los labios. Me vuelvo hacia una vampira que trata de llamar mi atención. Vuelvo a incorporarme al ritmo endiablado de trabajo antes de

detenerme un segundo cuando Él se acerca a Álex. No hay saludo amistoso entre ellos.

Álex es un poco más alto, y baja la cabeza para enfrentar la mirada de Él mientras intercambian palabras. Hay tensión entre ellos. No se acercan el uno al otro mientras hablan, pero nadie se atreve a pasar entre ellos. Miro a Oscar y me devuelve la mirada con una sonrisa tranquilizadora. Sirvo dos cubatas de J&B y me entretengo pasando el limón por el borde del vaso. Es la sensación de déja vú la que me muerde el estómago. Un ligero vago recuerdo de haber estado antes en la misma situación. Solo que no acabo de evocar cuándo ni dónde, y a pesar de ello sospecho que aquella vez el encuentro no fue agradable. Lo presiento y no solo debido al malestar que se aloja en mi cabeza.

Contengo el aliento. Él se le acerca y le señala con un dedo. Le veo fruncir el ceño. Álex le ha dicho algo que le molesta. Yo sé que no tiene por qué ser una ofensa; es su maldita intolerancia, esa irracional capacidad de tergiversar y ofenderse por todo, lo que le lleva muchas veces a situaciones violentas o desagradables con otras personas y ahora la lleva regada con alcohol lo que incrementa su mordaz perspicacia.

Álex mira el dedo extendido frente a su pecho y luego lo mira a Él. Niega con la cabeza y se vuelve poniendo distancia entre él y su furia. Nuestras miradas se cruzan. Álex no es una persona que se deje dominar por la cólera o se sienta intimidada con facilidad. No entrará en el juego de violencia que Él le ofrece. Además, es una especie de ninja, podría anularle en un solo movimiento sin apenas rozarle. No hay nada que temer. Nunca lo hay con Álex. Relajo los hombros que había tensado de forma inconsciente. Respiro. Aprenderé a convivir con su presencia sin sentirme afectada. Soy una eficiente estudiante y una experta en el autoengaño. Me convenceré de que verle, no tiene por qué influir en mi vida ni en mi futuro. Oigo fuertes risotadas

procedentes de la dirección en la que Él está y su grupo. Levanto la vista hacia allí sin quererlo. Tiene esa sonrisa de autosuficiencia y me mira de forma directa. Mantengo su mirada fija dos segundos más de lo éticamente correcto. Ya no es tan fácil asustarme. Sobrevivo. Mis ojos se desvían a la espalda de Álex. Es mi ancla, no tengo que tener miedo.

Sirvo un destornillador; base de vodka con kas naranja. En esta época teníamos más disposición para probar sabores y mezclas originales. Combino Lugumbas, Orgasmos, cerebritos, torombolos, Cua-cuas; distintas composiciones de las que prácticamente había olvidado su existencia. Yo misma tengo un Malibú con zumo de piña esperándome al final de la barra para no estresarme.

A las cuatro el bar debe cerrarse siguiendo la normativa legal; por ello, a las cuatro menos cuarto enciendo todas las luces. Los que aún quieran seguir de fiesta pueden acudir a los After Hours que abren sus puertas de madrugada. Una pena y algo incomprensible que los acaben prohibiendo. Por lógica, si cada vez empezamos a salir más tarde por la noche, también volvemos más tarde de ella a casa. No hace falta ninguna ayuda extra para aguantar una noche de fiesta hasta las diez de la mañana, solo una energía loca para bailar y la necesidad de descargar toda adrenalina acumulada durante la semana por culpa de los problemas que nos afectan y nos invaden sin pedir permiso siquiera.

Me pregunto cómo será el futuro de las próximas jóvenes generaciones. Si llenarán sus hombros con las innumerables cargas de las desigualdades sociales, con las oportunidades de estudiar una carrera y encontrar un trabajo digno reducidas al mínimo, con el abuso y los desengaños constantes de los responsables políticos, con un mundo destruido por la avaricia y la codicia de las grandes empresas y con un toque de queda todas las noches sin posibilidad de reunión, esparcimiento o libre albedrío.

Apago la música. Estos jóvenes aún tienen la oportunidad de continuar la fiesta en otro lado. Miro a los remolones que se resisten a marchar. No está Él. He sido ciega y sorda a su presencia. Ni siquiera lo he visto marchar. Estoy satisfecha conmigo misma. Incluso sonrío.

—¿Estas cansada? —me pregunta Teo— ha sido una noche movidita.

—No —respondo y es verdad. Me siento llena de energía—. Solo un ligero dolor de pies.

—Siéntate —me dice dando unas palmadas a la barra— termínate esa mierda que te has puesto y descansa un poco, yo termino de recoger.

Me siento en un taburete alto y veo a Teo barrer a los últimos rezagados hasta la puerta. Allí se entretiene hablando con alguien que finalmente entra. Es Oscar. Viene solo.

—Tu dócil corcel viene a escoltarte. —Le sonrío. Que estos chicos se preocupen cada noche que trabajo en venir a buscarme para que no camine sola hasta casa, me deja sin palabras suficientes de agradecimiento.

—¿Tienes prisa o tengo tiempo de terminarme esto? —Puesto que está solo doy por hecho que solo él me acompañará—. Puedo ponerte una cerveza si quieres, Teo me lo descontará del sueldo —digo alto para que me oiga el susodicho.

—En realidad tenemos tiempo porque Álex y Javier están fuera charlando con unas amigas, creo que les están convenciendo para ir a algún otro sitio —me explica—. ¿Te apuntas, no?

En realidad no me importa alargar un poco más la noche, por lo que le digo que sí. Los dos ayudamos a Teo a terminar de recoger y salimos. Álex está reclinado contra la pared de enfrente con la rodilla flexionada hablando con la chica del piercing, al otro lado está Javier hablando con otras dos chicas. Los ojos de todos un poco más vidriosos de lo normal.

Subo para agarrar una de las pestañas de la persiana de seguridad de la

puerta mientras Teo sujeta la otra y a la de tres la bajamos con fuerza. La sujeto con el pie con firmeza al escalón para que pueda cerrarla con la llave. Está bastante dura y tiene truco como casi todas, por lo cual nos las arreglamos mejor entre los dos.

Tengo curiosidad por saber de qué ha tratado la conversación entre Álex y Él, pero ahora no es el momento adecuado, así que dejo que Oscar me pase el brazo por los hombros mientras nos despedimos de Teo y me guía al grupo que nos espera. Me siento arropada por Oscar cuando todos se vuelven para mirarnos. Lo que hace que la fase de integración como elemento nuevo en un grupo ya formado, no sea tan incómoda.

—Os presento a Ana, una de las compañeras de piso de Álex— anuncia Oscar sin soltarme, lo que me ahorra tener que formalizar las presentaciones con dos besos. Lo odio y lo evito siempre que puedo—. Ellas son Mónica, Paulina y Soraya —concluye y yo levanto la mano sin agitarla, extendiéndola simple y estúpidamente como si fuera un indio americano, solo que en vez de optar por un, «*Hauw*», digo—: Hola.

Recibo dos sonrisas francas y una tensa. Dos de tres no está mal. La estética de Paulina y Soraya es distinta de la de Mónica, la chica del piercing. Su estilo es más neutral y sencillo. Solo perforaciones en las orejas y ropa con color.

—Guau, tienes unos ojos impresionantes —dice Paulina acercándose para comprobarlos más de cerca—. Nunca los había visto tan claros.

Debería estar preparada para este tipo de comentarios porque los he ido oyendo durante toda mi vida, pero nunca sé que responder. Debo ser modesta y decir: “no es para tanto”. No me gusta la falsa modestia que busca más reconocimiento. Son impresionantemente claros, sí. Entonces tal vez debería mostrar agradecimiento y decir: «gracias», pero ¿gracias por qué? ¿Por confirmar un hecho? Es un aspecto de mí, no una cualidad por la que me haya

tenido que esforzar. No hay trabajo duro ahí ni victoria. Podría ser graciosa y decir: «me quede a medio camino de ser Albina» o «se los robé a un Alien». Otras veces esas respuestas han funcionado, pero ya no me parecen comentarios tan divertidos, por lo que solo sonrío. Espero que sea suficiente.

—Dan un poco de miedo —dice Mónica, la del piercing.

Oscar resopla con sarcasmo, pero yo ya he oído antes esos comentarios. No lo dice de forma despectiva o como si ya sintiera animosidad hacia mí, pero mi madre siempre dice que si no tienes algo agradable que decir sobre otra persona, es mejor cerrar la boca. A veces, la línea que separa la sinceridad de la grosería es muy fina.

—Sí, a veces tienen su utilidad —le respondo, y miro al suelo para evitar enviarle una mirada que sea realmente aterradora.

—Bueno, ¿habéis decidido algo? Porque Anita se apunta a donde sea, ¿verdad? —dice Oscar apretándome contra él a modo de demostración. Paulina aplaude entusiasmada y Soraya masculla un—: ¡Vámonos ya! —a Javier que le sonrío con una afirmación de cabeza.

—¿Ves? Eres el único que no quiere venir —acusa Mónica a Álex.

El aludido exhala la última calada y tira la colilla al suelo antes de apagarla con la punta de su bota. Se encoge de hombros antes de decir:

—Vamos.

Soraya es muy alta. Casi 1, 80. No alcanza la estatura de Álex ni de Javier, pero si se pusiera tacones se pondría a la altura de Álex con facilidad. Camina junto a Javier, el único al que no superaría ni con tacones de 11 cm. Mónica y Álex avanzan juntos, por consiguiente Paulina, Oscar y yo hemos hecho piña.

Por increíble que parezca nos llevan a una discoteca y los chicos no rechistan. Hacía años que no estaba en una. El olor del humo que salpica sobre la pista, el baile intermitente de las luces, el, ¡pum! ¡Pum!, de la música me trae recuerdos prácticamente olvidados que me hacen añorar las noches de

loco baile, risas y diversión.

Paulina y yo obligamos a Oscar a pedir dos “*Orgasmos*” al camarero y en el baño con mis pinturas de guerra retoco el maquillaje de sus ojos, imitando el ahumado de los míos.

—Genial, hermana —murmura encantada cuando se mira en el espejo.

Abrimos camino hasta Oscar y los demás que aguardan junto a la barra. Sigo a Paulina cuando un brazo se interpone en mi camino frenando mi avance. Salto sorprendida. No es Él. Solo es un listillo que se cree muy gracioso y quiere que baile con él. Está muy borracho y la situación no es agradable. Paulina sujeta mi mano para tirar de mí mientras yo me deshago del sujeto. Bebo el contenido de mi vaso en solo tres tragos porque: 1. Estoy sedienta, 2. La situación con ese tipo me ha alterado y 3. Quiero bailar, así que bailo.

Suena Alice DeeJay, la canción Better off Alone. El dance o el techno no forman parte de mi repertorio de música favorita. No la que elegiría para escuchar desde mi discman; sin embargo, es fácil dejarse llevar por su ritmo constante y moverse al ritmo de su música enlatada.

Esto forma parte de mi generación. Sería de piedra si no quisiera empaparme y regodearme de nuevo de la libertad de la juventud, y esta vez mejor sola, como dice la canción, de modo que me dejo llevar. El resto de nosotros está demasiado ocupado sujetando la barra, pero Paulina es una estupenda compañera de baile y mis caderas no pueden mantenerse quietas cuando mis oídos escuchan música. Lo he intentado, en el coche, en una silla, en la cama es imposible no seguir el ritmo de la música con lo que pueda y de la forma que pueda. Lo llevo en las venas. No me había dado cuenta de que había dejado que la música dejara de formar parte de mi vida, hasta que no la recuperé de nuevo, y por eso es que la quiero de nuevo con más fuerza que nunca porque mi existencia se convirtió en una vieja película muda con un guion horrible. Vivo. Así me siento. Devorando el fuego y resurgiendo de mis

cenizas. Y... el alcohol se me ha subido un poco, definitivamente.

—Oye me encanta tu disfraz, es un imán para los tíos —me dice Paulina al oído señalando a nuestro alrededor para que advierta lo que quiere decir. Estamos rodeadas.

—Ven —le digo cogiéndola de la mano y me la llevo de vuelta al baño. Ella lleva una camisa blanca demasiado masculina con los botones atados hasta arriba. —¿Qué número de pie usas? —le pregunto.

—39 —me responde, perfecto.

Paulina se pone mi camiseta y mis zapatos de tacón. Le ato el cinturón bien ceñido a la cintura y retocamos los labios en rojo. Yo me pongo su camisa, aunque dejo abiertos los últimos botones y me la ajusto a las caderas con mi cinturón. Por último, me pongo sus botas altas marrones por encima de mis leggins negros. Una combinación que entonces creía inverosímil.

—Oye, ¿cómo es que eso funciona tan bien en ti? —me dice Paulina antes de salir del baño señalándome con su dedo.

—Años de experiencia —le respondo con una sonrisa. No tengo esperanzas de que me crea, pero es la verdad.

Dejo a Paulina hablando con un chico en la pista y me acerco a la barra. Estoy sedienta. Oscar me mira de arriba abajo.

—¿Os habéis cambiado la ropa? —pregunta con incredulidad. Soraya se ríe abiertamente.

—Al parecer le está funcionando —comenta señalando a Paulina que baila con el mismo chico.

En realidad, solo le faltaba un poco más de confianza en sí misma. El negro hace que su larga y espléndida melena rubia destaque más y resalta el verde de sus ojos.

—La buena de Olivia, nunca falla —comento y me encojo de hombros—. Voy a pedir algo.

Me acerco a la barra no antes de notar a Álex detrás de mí. Apenas hemos cruzado dos palabras en toda la noche y todavía no he podido preguntarle sobre lo ocurrido con Él, pero ahora mismo todo eso me parece algo lejano y quiero seguir disfrutando de la noche.

—Esta ronda me toca pedirla a mí —me explica acercando su cara a la mía para que pueda oírle sin tener que levantar la voz demasiado—. ¿Qué es lo que quieres?

Sonrío, y mi sonrisa desfila desde la fase del *avergonzamiento* hasta la picarona. Y pienso, ya no tengo edad para esto, pero resulta que sí la tengo, de manera que me acerco a su oído y mi mejilla roza la suya y le susurro—: un orgasmo —y me alejo esperando su reacción porque sospecho que será divertida. Solo que no es divertida, es incómoda porque ni siquiera sonrío, y me mira totalmente desprovisto de emoción—. Yo lo pediré —digo y me muerdo la lengua para no añadir aguafiestas. No parece estar de buen humor.

Freno porque me sujeta el brazo y me hace una indicación de cabeza para que me fije en la persona desde el otro lado de la discoteca que nos está mirando.

—¡Mierda! —Es Él. Me doy la vuelta y salgo pitando en la dirección opuesta. Hacia el centro de la pista de baile. Por lo menos allí podré perderme entre la gente, evitar su mirada.

—Eh —me dice Álex volviendo a frenarme—, no te marches sola, ¿a dónde vas?

—Al centro —le respondo tirando de él. No pienso detenerme, por lo tanto si sigue sujetándome tendrá que venir conmigo. Tengo prisa.

—Espera, espera un momento, puntualicemos una cosa. Yo. No. Bailo.

Ignoro su comentario y sigo tirando de él empujando a cualquiera que se interpone. Hago camino como Moisés en el mar rojo y solo cuando estoy lo suficiente lejos, me detengo dejando que la marea de gente nos engulla y nos

entremezclamos con el resto.

Guru Josh Project _ Infinity 2008

Álex me observa tras esa mirada indescifrable, se le ve incómodo. No es de extrañar. Se mantiene de brazos cruzados y quieto mientras el resto bailamos. Ha plantado los pies en el suelo con firmeza, frente a mí y se niega a que le muevan; sin embargo, sus ojos están empañados como si el alcohol le hubiera afectado.

—Si no quieres que te mire ese tipo o cualquiera de los tíos de esta discoteca deberías dejar de menear el culo así —murmura con exasperación inclinándose hacia mí para que le oiga sin deshacer su cruce de brazos—. ¡Y joder! ¡Baja los brazos! Estate quietecita.

Temiendo que no lo oiga o que aunque lo haga no me importe, sujeta mis brazos y los baja para ajustarlos con firmeza a mi cuerpo. No puedo moverme.

Levanto mi cabeza y lo miro sorprendida. Esta actitud de él impaciente, casi indignado no corresponde en absoluto con su forma habitual de ser, y por ende, me está sujetando. Lo miro aturdida. Estudio su rostro en busca de una pista que me haga participe de lo que le ocurre. No sé qué mosca le ha picado. Me devuelve la mirada y su actitud se suaviza relajando la presión de sus manos en mis brazos, pero no me da tiempo a preguntarle sobre ello porque mis ojos han percibido el movimiento de una camisa roja, y por consiguiente, a su dueño. Él acercándose hacia nosotros. La forma en que Álex me sostiene y estamos juntos, puede dar lugar a una impresión errónea. Tal vez sea bueno. Tal vez entienda que no estoy disponible. Tal vez logre un punto y final con Él.

—Viene —susurro al oído de Álex. Sigue sin soltarme y no se aparta cuando me acerco. Me ronda una idea peligrosa. Su boca se vuelve hacia mi mejilla para hablarme.

—¿Por qué no simplemente... —me pongo de puntillas porque aún sujeta

mis brazos y no puedo utilizarlos para atraerlo hacia mí y le hablo labio a labio.

—Bésame —le interrumpo.

Ni siquiera le doy tiempo a contestar o a reaccionar. Cuando mis labios alcanzan los suyos, él se queda congelado. Este beso debe servir para truncar cualquier propósito de Él, así que debe parecer real. Abro mis labios y presiono sobre los suyos. Apenas tengo tiempo para implorar al cielo que él reaccione cuando sus manos se deslizan por mis brazos. Una acaba en mi cintura y con ella me atrae más cerca; doy un pequeño traspies, pero me sujeta con fuerza, la otra se ahueca en mi mejilla. Sus dedos largos sujetando mi nuca, inclinan mi cabeza para tener un mejor acceso a mi boca, y me devuelve el beso.

No sé si en realidad hay un momento en que deja de ser un beso ficticio, pero no se siente como un beso no real. Esto no es un simple roce de labios en el que la lengua se asoma con timidez de vez en cuando para acariciar la otra. Jamás me habían besado así. Su boca obliga a la mía a encajar con la suya de forma completa; nuestras lenguas se mueven la una contra la otra en una improvisada danza caliente y sensual, y ya no sé si es la suya la que está dentro de mí o es al revés, o sencillamente nuestros labios ya no son dos, se han soldado en uno. No hay entrada, ni salida. Ahora entiendo lo que es devorarse porque nuestras bocas están hambrientas y no tienen visos de saciarse.

Su mano en mi nuca ejerce movimiento a mi cabeza y la gira hacia el otro lado, supongo que para evitar la rigidez en el cuello o tal vez, solo se trata de un paso de baile que armoniza con la danza de nuestro beso. Nuestros labios se sueltan para volver a unirse. No extraño el sabor de su boca, lo que debería ser chocante. No he besado a otro hombre en muchos años e incluso a él tuve que acomodarme; acostumbrarme a su sabor tratando de sentir menos molestas

las pequeñas cosas que me resultaban incómodas, falseando lo que podría y era el beso perfecto sin atreverme a añorar ni desear nada mejor.

No obstante, Álex tiene un ligero sabor dulce y un regusto a tabaco al que no me tengo que adaptar, al contrario, quiero más de eso. Hace ocho años que dejé de fumar, y me doy cuenta que la adicción sigue latente y he añorado ese aroma o, tal vez, es por la forma en que viene de él, pero se convierte en una nueva necesidad, la necesidad, que cosquillea en la punta de mis dedos y mi lengua, y que desciende por mi cuerpo. Me vuelvo ciega y sorda para contrarrestar la fuerza con la que se intensifican mis otros sentidos. Solo existe este beso, sus manos en mí tacto, mi tacto en él, su olor y sabor que podría ser el mismo o haberse mezclado cuando llegan hasta mí. Soy consciente de que estamos alargando la interpretación, de que no me apetece parar, de que me he perdido en su abrazo, en su beso, que mis brazos han subido por él y mis manos se pierden en la suavidad de su nuca y mis dedos se enredan en las ondas que rozan su cuello. Él presiona desde mi cintura para acercarme más, mi corazón retumbando en su pecho, mis caderas alineadas con las suyas, mi pie entre los suyos, el suyo entre los míos.

Él sabe besar, besar de verdad. Me sorprende, aunque no alcanzo a comprender el porqué. Lo que ocurre es que la definición de buen beso varía de unas personas a otras; por ello, es difícil que dos se pongan de acuerdo en cómo en realidad debería ser uno increíble. ¿Es este el beso perfecto para mí? Sí. No hay saliva de más, no hay lengua de más, ni roce de dientes que presione demasiado, todo encaja de manera perfecta. El beso más impecable que jamás me han dado, y a pesar de que yo lo haya iniciado, él de inmediato se ha hecho con la batuta casi dirigiendo toda la pieza. Yo he sido su alumna aventajada, y esta perfecta armonización de nuestros labios es mérito de los dos.

El problema es que no puede ser infinito, y debemos detenernos para coger

aire.

No lo hace de manera abrupta. No corremos peligro de colapso pulmonar. Se toma su tiempo. Primero retira su lengua y su boca permanece moviéndose sobre la mía, atrapa mi labio inferior entre los suyos con reticencia a soltarlo y cuando finalmente lo hace y nuestros labios se separan, se vuelven a juntar en un pequeño beso, y luego un ligero roce como si no estuvieran dispuestos a alejarse del todo todavía. Cuando se separan parece que hemos recorrido una maratón de cien kilómetros, nuestros pechos subiendo y bajando con rapidez conforme el aire entra y sale de nuestros pulmones. Aún seguimos enlazados. No le miro a los ojos, mantengo mi mirada al frente a la altura de su cuello. Traga fuerte y veo como su nuez se agita arriba y abajo. Tal vez yo no sea la única afectada y sorprendida. Miro alrededor. No hay señales de Él. Se ha ido. Mi respiración se ralentiza. Miro a Álex de reojo hacia arriba.

—¿Qué ibas a decir? —le pregunto y su mirada baja hasta mí exasperada, aunque sus labios se curvan hacia arriba.

—Joder, ¿crees que me acuerdo? —me responde, y aprovecho que aún continua sujetándome para apoyar mi cabeza en su hombro, aspirar su olor, relajarme en su firme toque y reírme a gusto entre sus brazos. Porque hacía mucho que no me abrazaba un hombre que no formara parte de mi familia, y lo he extrañado.

Sujeta mi mano con la suya con firmeza mientras me lleva desde la pista a la barra junto a los demás. Es extraño. Aún sigo fascinada por sus manos y su contacto reclama cada nervio sensitivo de la mía. Se siente demasiado íntimo e insólito puesto que no es un gesto que case en absoluto con el comportamiento clásico de Álex, y la iniciativa de atravesar la multitud de la mano ha surgido de él de forma natural, solo que no es algo natural entre nosotros en absoluto. Supongo que es útil si Él sigue por aquí.

—¿Dónde estabais? Os habéis ido sin avisar —dice Mónica antes de que

su mirada se quede fija en nuestras manos unidas. De inmediato la suelto.

Javier le acerca una servilleta a Álex con una sonrisa.

—Tienes pintalabios ahí, tío.

Lo miro con suspicacia. Es un truco, e incluso así Álex coge la servilleta sin contemplaciones y se frota el labio con ella. Oscar comienza a reírse a carcajadas. Lo miro horrorizada. ¡Cómo ha podido ser tan ingenuo! Él me muestra con calma el papel, y efectivamente, tiene restos rojos de mi lápiz labial. Soraya se ríe, pero Mónica no. La miro con culpabilidad. Esto está mal.

—Dile lo que ha pasado —susurro al oído de Álex. Me mira sin comprender—. A Mónica —insisto exasperada—, cuéntale la verdad; que te besé para espantar a un tipo que me persigue.

Vuelve la vista hacia otro lado. Sus ojos clavados en el infinito. Me doy cuenta de que no piensa responder. Se gira y sale de la discoteca.

6

72 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2004, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Ry Cuming feat Sara Bareilles _ always remember me

«Pick»

«Pick»

«Pick»

La lluvia de nuevo en la repisa me arrastra desde un sueño a la realidad. Esta vez es bienvenida porque es preferible y aleja los ecos de una pesadilla aún reciente, dejando huellas en mi cuerpo dolorido y mis párpados pesados. Un compás de palabras se repite en mi cabeza como la pegadiza melodía de un estribillo: «No quiero morir, aún no»

Me obligo a levantarme y me acerco a mi ventana. Trazo con mis dedos un movimiento suave en mis cortinas de espumillón, y las retiro, un poco, para ver el exterior. Las gotas de lluvia caen con fuerza formando charcos y burbujas de agua en el suelo. Giro la manilla y abro la ventana; quiero escuchar la canción de la tormenta y sentir la mordedura del frío en mi piel.

Me gustaría una ventana con alfeizar. Siempre lo he querido. Me sentaría en él con las piernas recogidas contemplando el aguacero con la frente apoyada en el cristal, imaginando que estoy bajo las gotas pero sin mojarme.

Dejo la ventana abierta y me pongo una sudadera. Cierro mi puerta al salir de la habitación con cuidado, para no molestar a Álex. Ayer apenas nos

cruzamos y no hemos hablado de lo que ocurrió el sábado, ni de casi nada. Esperó fuera de la discoteca a que saliéramos y apenas habló durante el camino a casa.

Ayer también estuvo, cuando acabé mi trabajo en el bar, para acompañarme, y la conversación fue fluida gracias a la presencia de Oscar y Javier, pero en cuanto subimos a casa se metió dentro de su habitación. Me he auto impuesto de nuevo la política de no contacto con él. He cruzado una frontera que no debía. Soy consciente de que el beso entre los dos fue extraordinario, pero solo fue un medio para lograr un fin. No voy a negar que me afectara y que me licuara entre sus brazos. Llevo mucho tiempo anhelando un poco de cariño y ternura, tanto que mi piel arde por la necesidad de ser acariciada. Mi cuerpo se rindió a la calidez de su abrazo y la pasión de ese beso, pero soy consciente que su sitio está junto a Mónica, y ahora mismo tengo trece años vividos más que él que pesan sobre mí como una losa. Tengo muchas heridas que curar.

Me acerco a la cocina y salto con sorpresa cuando veo su silueta de espaldas, recortada junto a la ventana. Tiene las manos sobre la cadera y observa la lluvia caer. El café gotea con lentitud recién hecho en la cafetera antes del sonido que anuncia que está terminando.

—Te has levantado pronto hoy —le digo. Normalmente siempre soy la primera porque Álex es nocturno. Se duerme tarde.

—Te oí gritar —dice volviéndose un poco hacia mí—. ¿Tenías una pesadilla?

Asiento con la cabeza un poco sorprendida. Él titubea antes de volverse de nuevo hacia la ventana.

—Lo siento si no te he dejado dormir —digo mientras sirvo el desayuno para los dos.

—No me he levantado por eso —dice y se acerca a la cocina.

Aún está en pijama y descalzo, y eso es raro. Levanta el brazo desde mi espalda para coger una caja de leche sin abrir del armario. Me aprieto junto a la encimera porque me siento aprisionada y estamos cerca de volver a quebrantar el decreto de ni siquiera rozar.

Se sienta a la mesa con la leche y el azucarero, y yo llevo las dos tazas humeantes de café. Dejo una de ellas delante de él mientras se encarga de abrir y echar la leche. Es como si estuviéramos coordinados de forma eficiente en tareas domésticas sin necesidad de hablar. Se echa dos cucharadas de azúcar y cierra el azucarero porque sabe que yo no lo utilizo. No hablamos, y yo suspiro cogiendo fuerzas.

—Quería disculparme —comienzo y él espera paciente— por lo del sábado. —Levanta la vista de la taza y me mira, pero no dice nada—. No quería utilizarte de esa forma. No estaba pensando con claridad.

—No me pidas perdón por eso. Funcionó —dice y, encendiéndose un cigarro y exhalando el humo profundamente, muestra una sonrisa irónica—. Puedes volver a hacerlo si lo necesitas.

Sorpresa.

—Creía que estabas enfadado.

—Ana, soy un tío y tengo veinte años, ¿cómo demonios iba a molestarme que me beses? No soy de piedra —dice y no solo aparta la mirada, se levanta y se vuelve de nuevo hacia la ventana con el cigarro y la taza en la mano.

—Entonces, ¿qué te pasa? —susurro mirando mi café e intentando contener las emociones. Ya no soy valiente y soy incapaz de enfrentar una discusión sin llorar o huir, y que Álex esté molesto conmigo me entristece especialmente.

Le oigo suspirar y después de unos segundos creo que no va a contestar, pero le oigo decir como un murmullo sin volverse:

—No entiendo porque tratas de alejarme otra vez.

Me levanto sorprendida. Un resorte lo hubiera hecho más despacio. Me

acercó a él.

—¿Otra vez? —inquiero. Se vuelve y me mira impasible.

—¿Qué?

—Has dicho otra vez. ¿Por qué? —insisto. Me mira sin comprender y niega con la cabeza.

—No —dice. Lo miro con insistencia—. Solo he dicho que tratas de alejarme. —Mi mirada viaja de un ojo al otro y por el resto de su cara tratando de descubrir qué ha querido decir y por qué, pero no encuentro ninguna señal que confirme lo que he oído. Me rindo y claudico.

—¿Por qué crees que te alejo?

—Solo deja las cosas como están. No quiero que me lances en los brazos de otra chica como si quisieras... —titubea— Mónica no me interesa más que como amiga.

—Lo siento —gimoteo. Una lágrima se resbala desde mi ojo, se desliza por mi mejilla y cae al suelo. Ana la llorona. Esa soy yo.

—Eh, tres disculpas antes del desayuno es demasiado para un día.

Otra lágrima cae, y otra. Ya no lo controlo. Estoy discurrendo cómo irme sin levantar la cabeza porque no quiero que sepa que estoy llorando y se sienta incómodo. Pero huir mirando hacia el suelo sin que parezca que me ha dado torticollis, parece difícil. Una lágrima cae encima de su pie. Contengo la respiración, ¡Jesús, qué vergüenza!, de forma automática levanto la mirada para ver su reacción y lo que me encuentro es una mirada intuitiva, una expresión de conocimiento absoluto.

—Ana, no quería hacerte llorar —me dice y alarga los brazos para alcanzarme y tirar de mí hacia él.

Asombroso. No solo no le inquieta que llore, sino que me deja hacerlo con tranquilidad frente a su pecho. Y lo hago, y entretanto, me pregunto si este miedo a decepcionar o el terror a enfrentar una discusión es una de las

secuelas del maltrato.

No sé cuántas lágrimas de sangre deben caer aún para hacerme más fuerte o cuánto tiempo ha de pasar; sin embargo, entre estos brazos que me acunan, y contra este cuerpo cálido y sólido que me refugia me siento en paz. ¿Qué tipo de magia convoca que logra que con él me sienta protegida? Parece que no tuviera nada que temer cuando en realidad, debería estar asustada por estar creando una nueva dependencia, pero se siente demasiado agradable como para dejar que se termine tan pronto, por lo que dejo que me envuelva y trato de no pensar sobre ello.

Froto mi cara contra su pecho como la haría un gatito compartiendo su felicidad y su aceptación con el dueño. Solo que por el camino le mojo de lágrimas. No se queja. No me aparta consternado ni irritado, y sé que nunca lo hará. Así es, la seguridad que Álex me regala. Tal vez ha sido mi subconsciente el que me reprendía por alejarle otra vez y no es que haya oído mal. Cada vez que profundizo más en ello, más me doy cuenta de que, a lo mejor, eso fue lo que ocurrió la primera vez. No tuve más remedio que sacarlo de mi vida. Él se sentía amenazado por Álex, y lo elegí a Él. Ocurrió de igual manera, con el millar de amistades que perdí porque él insistía en decirme que querían aprovecharse de mí. Se volvía loco si interferían en el control único y absoluto sobre el que quería mantenerme. Pero, yo ya no soy esa mujer que debe elegirle siempre a Él. Esta vez escojo mantener mi amistad con Álex.

Una de mis manos sujeta su camiseta en un puño y mi otra mano presiona su espalda para mantenerlo contra mí. Sus brazos suben y bajan desde mi cintura hasta mi cuello en repeticiones, hasta que decide detenerlos uno en cada sitio y comprimir nuestro abrazo en un firme y único apretón que me empuja más fuerte contra él.

Y yo que había decidido volver a imponerme una orden restrictiva de no contacto, me encuentro más enganchada que nunca a su tacto.

—Creía que tú y yo no nos tocábamos —le digo levantando la cabeza. Mi mirada queda a la altura de su cuello. Me apoyo en su clavícula esperando su respuesta y él me habla con sus labios en mi pelo. Todo es tan íntimo como aterrador, y a pesar de ello reconfortante y plácido.

—Bueno —comienza un poco avergonzado y levanto los ojos para mirarlo. Tiene una sonrisa azorada y evita mirarme. —Yo tengo una disculpa. —Espero un segundo, dos segundos, tres segundos, traga saliva y su nuez se mueve arriba y abajo; su sonrisa se amplía—. Ya te he dicho que no soy de piedra, y... y hay partes de mí que pueden dejarme en evidencia.

—Oh. —Ahora soy yo la que sonrío avergonzada.

Escondo mi cara contra su hombro porque las mejillas me arden. Treinta y tres años y me sonrojo como una virgen, y lo peor de todo, ¿cómo hago ahora para no bajar los ojos automáticamente hacia la evidencia? Menos mal que no soy como Santo Tomás que tuvo que tocar para creer. ¡Qué carajo pasa en nuestra naturaleza que siempre debemos hacer las comprobaciones pertinentes!

—Ahora entiendo porque evitas siempre el contacto.

Me mira anonadado

—¿Qué?

—Pues eso, que si tienes tantos problemas para controlar tu..., tus impulsos, entiendo que tienes que evitar todo contacto con las mujeres.

—¿Qué?! —vuelve a repetir con incredulidad. Se tapa la cara con la mano—. ¿Crees que soy una especie de salido? ¿Que me enciendo con cualquiera como si estuviera en celo?

Bueno, visto y dicho así, parece un poco desmesurado y fuera del radio en que se suele mover él. La verdad es, que sí que parece hecho de granito. No me imagino a Álex perdiendo el control sobre sí mismo de ninguna de las formas, pero no voy a pecar de ingenua tampoco; es un chico, un chico-hombre

con florecientes veinte años y muchos niveles de testosterona que equilibrar.

—Bueno, acabas de decir que no eres de piedra y que evitas el contacto por tu “evidencia”.

—¡Dios santo! Me refería a que me ocurre contigo.

Algo se hace flan en mi interior. Siento la transformación de sólido a gelatinoso y su pérdida de consistencia. Cierro los ojos. Sigo en sus brazos y esta situación se está poniendo rara.

—¿Yo te enciendo como si estuvieras en celo? —repito haciendo uso consciente de sus mismas palabras.

—Bueno, dicho así suena un poco grotesco y muy pervertido —suspira de forma audible casi un resoplido—. Estoy a un paso de que me veas como un idiota, ¿verdad? ¿Podrías olvidar que hemos tenido esta conversación?

Trato de no sonreír. Está nervioso. Avergonzado. Siempre es tan comedido con todo y tan controlado con lo que dice o hace, que es divertido verle tan alterado; además, es tan difícil atrapar a Álex en este estado de turbación que siento una enorme curiosidad. Nos desenredamos del abrazo y al separarnos él se vuelve hacia la ventana dándome la espalda con las manos en la cadera. Pero, soy humana, y lo he hecho. He mirado su “evidencia”, y él lo sabe, y nos da por reírnos, así que estamos bien, aunque no será tan fácil olvidar esta conversación.

Por la tarde suspendemos nuestra sesión de cine de terror porque Lucía llega con una nueva propuesta: *El piano*. Los chicos no están convencidos porque creen que es una película para mujeres, una distinción ridícula. Javier comenta que fue la última que vio Kurt Kobain antes de morir, y eso acaba convenciendo a Oscar. Álex cómo siempre no parece interesado en el debate y

nos deja a los demás decidir.

Yo también prefiero que sean ellos quienes decidan y mientras lo hacen llamo a mi casa para hablar con mis padres desde mi habitación. Al terminar cierro la puerta y vuelvo al salón donde ellos están esperando y hablan animadamente. Lucía ocupa un sillón y Javier el otro, y Álex y Oscar se sientan uno en cada punta del sofá, de modo que me siento en medio de los dos. Javier estira el brazo y apaga la luz con el interruptor que está detrás de él, y Álex se encarga de apretar el botón play del Dvd.

Michael Nyman BSO El piano _ The Heart Asks Pleasure First

Me inclino hacia el sonido de la música. La fabulosa y *sobreterrenal* banda sonora compuesta por Michael Nyman está llena de una belleza y una absoluta perfección. Es imposible quedar indiferente a la hermosura de sus notas. Apoyo los codos en las rodillas y cierro los ojos mientras Ada toca su piano en el medio de la playa porque pese a la importancia de la escena y su secuencia maravillosa, solo necesito mis oídos para embelesarme con la música.

La película narra, con realismo y crudeza, lo amargo y dulce de la vida y el amor sin envolver sus secuencias en cuentos de hadas. Ada, es una mujer que venden y casan con un hombre al que nunca ha visto. Ella es muda por elección porque ha decidido que sus palabras las formen las notas de un piano, y es ese piano, el que la llevará de manera irremediable a caer en las vehementes y carnales demandas de otro hombre.

La película contiene algunas escenas eróticas. Están rodadas con mucha delicadeza y elegancia; sin embargo, no evita que se respire en el aire cierta tensión; compartir imágenes con clara carga sexual junto a una persona que te acaba de hacer flan con su beso, su abrazo y su confesión, dilata esas escenas hasta límites insospechados.

Me inclino hacia atrás. Aunque me tiene quedarme congelada hasta que acabe la película, no es una postura cómoda estar con los codos sobre las rodillas.

Álex está recostado hacia atrás con un brazo sobre el respaldo y las piernas ligeramente abiertas, por el otro lado Oscar está ocupando su asiento y parte del mío, así que tengo que juntar las piernas y hacerme pequeña entre los dos. No entiendo porque los hombres necesitan abarcar siempre tanto espacio; en la mesa, en el sofá, en la cama. Es desesperante.

Álex se revuelve, quita el brazo del respaldo y lo lanza hacia adelante donde choca con el mío.

—Perdona —murmura y lo vuelve a colocar extendido a mi espalda. Cruza las piernas colocando un tobillo sobre su rodilla reduciendo mi espacio.

Oscar a mi lado, mira a Álex y suelta una risita. A continuación hace que se estira y aprovecha para abarcar más espacio.

Está en la naturaleza humana compartir nuestras vidas con personas que nos complementen con las características de las que nosotros carecemos; de esa forma, una persona muy seria forjará amistad con otra muy divertida, una triste con otra alegre, una tímida con otra lanzada y así, equilibramos las balanzas terrenales de nuestra existencia.

Pues bien, Oscar con claridad complementa a Álex y acaba de lograr que me quede anclada a su costado como un clavo a una pared, y es precisamente, lo que Álex estaba evitando.

Apoyo mi mano en su muslo porque es lo único que puedo hacer además de amputarme el brazo, y con claridad salta. Su pierna cae y su cabeza rebota contra el respaldo del sofá. Oscar se divierte de lo lindo.

Ahora que he vuelto a recuperar la visión de mi pierna trato de mover mi mano hacia ella, pero él la retiene con la suya sobre su muslo. Exhalo en profundidad y mi pecho sube y baja. No me había dado cuenta de que estaba

conteniendo el aire, del hormigueo de mis dedos y del calor de mis mejillas. Voltea mi mano para que quede con la palma hacia arriba y desliza sus dedos con suavidad por ella y entre mis dedos que se curvan para acariciar la suya. Recibo una ceja alzada desde la cara sorprendida de Lucía, pero también sonrío antes de volverse hacia la pantalla. Sus dedos en mi mano tocan las teclas exactas. Su melodía mucho más bella que cualquiera, y me pregunto cómo he podido pensar que él no era nada táctil cuando es evidente que es todo lo contrario, y me gusta que me toque. Mucho.

Aprieto su mano más fuerte cuando la violencia del marido agraviado estalla contra su mujer en la pantalla. No soy capaz de enfrentar esa escena. No quiero ver cómo la empuja y menos aún cómo le corta un dedo. Me estremezco y su brazo sobre mis hombros me recoge en un nido de protección. Escondo la cara en el hueco suave y caliente entre su clavícula y su cuello, y aspiro su olor. Su mano acaricia mi pelo y decido no salir de ahí hasta que termina la película.

Se abre la puerta de mi habitación. Me estoy poniendo el pijama para dormir, y me vuelvo con sorpresa. La cabeza de Lucía asoma por la puerta. Mira alrededor buscando algo y se vuelve hacia mí.

—¿Estás sola? —susurra. Muevo la cabeza con perplejidad y miro al techo.

—No, cuidado con el hombre del saco que está dentro del armario —se desliza dentro de la habitación y cierra la puerta.

—Así que es gay.

—¿Quién?

—El hombre del saco —aclara y abre la puerta del mueble—. Vamos

chico, ya es hora de que salgas del armario.

Le tiro un cojín de la cama a la cabeza. Lo recoge con una risita y lo abraza cuando se sienta en mi cama. Me siento frente a ella con las rodillas flexionadas y los pies enfrentados como si fuera a meditar y espero. Ella también espera con la ceja alzada en una interrogación.

—¿Y bien? —me alienta. Me entra la risa y encojo los hombros. Sé lo que quiere saber y lo que piensa, pero no es nada de eso, por lo que no le voy a facilitar la información. —Bueno, ¿qué? ¿Estáis juntos? —se impacienta.

—No

—¿No? ¿Seguro? ¿Por qué no parecía eso?

—Somos amigos. Nada más. Los amigos se abrazan y se dan la mano, y no tiene por qué significar nada; nosotras lo hacemos.

—Sí, pero Álex no es del tipo cariñoso y habéis estado haciendo manitas toda la película.

Así que yo tenía razón, eso es hacer manitas. Muevo la cabeza negativamente. Se tumba sobre la cama y sujeta su cabeza con una mano.

—¿Y cómo es su tatuaje en el pecho? —me pregunta con indiferencia. Frunzo el ceño. ¿Ella sabe que me lo ha enseñado o es una trampa?

—Es una serpiente... —enmudezco porque es evidente que Lucía no me oye. Se está riendo a carcajadas. Una vez más, no es lo que piensa.

—Tienes la mente sucia —la acuso quitándole el cojín y volviendo a estamparlo en su cara distorsionada por la risa—. Me lo enseñó, pero dentro de un contexto razonable y con sentido —me defiendo.

—Vale, entonces hagamos un repaso, te enseña... su tatuaje, hacéis manitas y arrumacos, pero solo sois amigos. —Asiento con la cabeza. Es evidente—. ¿Y qué tal besa?

Me muerdo el labio. Sí, besa genial, pero una vez más, no es lo que parece. Enrojezco y me tapo la cara con las manos cuando las carcajadas de

Lucía alcanzan decibelios altísimos.

—Somos novios —empieza a cantar entre risas, aunque no tengo claro si la versión de Manzanero o Luis Miguel— nos amamos, nos besamos como novios. —¡Dios! ¡Qué forma de desafinar!

—Calla, que te va a oír —la regaña, pero me contagia su risa. Trato de amortiguar el sonido tapando su boca con el cojín; sin embargo, no me deja y provoco que cante con más ahínco.

Mientras gran parte del elenco estudiantil, utiliza los ordenadores de la universidad, para chatear, yo me dedico a buscar información sobre Asesores Financieros Avisa S.L. del anuncio que recogí en el periódico. No sabía que habían empezado a operar tan pronto. Son estafadores. Se dedican a conceder préstamos con alguna propiedad como aval. Las cláusulas, que obligan a firmar a sus clientes, no están dentro de los términos pactados. Suman más cantidad de la solicitada y los plazos de devolución se acortan. Su fin, no es otro, que apropiarse de la casa o la posesión en garantía. Un auténtico fraude que funciona en España por años sin intervención judicial. Arruinan la vida de muchas familias.

Tiene una de sus sedes cerca de la Gran Vía, en un edificio de pisos de lujo a precios desproporcionados. Imprimo un documento con el plano donde se encuentra su oficina y escribo el número de teléfono a un lado de la hoja.

Tengo suerte porque más o menos en 1999 es el año en el que comienzan a difundirse los blogs, aunque de forma muy lenta y poco apreciativa. No es hasta el 2005 cuando surge el boom. El primero en castellano llega en el 2000, terremoto.net, por consiguiente me toca hacer el papel de precursora. Menos mal que puedo hacer uso de Blogger.com recién lanzado este Agosto, con lo que dispongo de una solución completa de alojamiento gratuita para publicar

mis investigaciones.

Lucía está con María esperando por un libro en la biblioteca. Lo necesitamos para fotocopiar un montón de información para la clase de Ciencia Política, pero está muy solicitado y es casi imposible encontrarlo disponible. Es bastante desesperante tener que estar de guardia para no perdernos el momento en el que vuelva a estar desocupado porque la otra opción que nos queda es comprarlo y tiene un precio de 10.608 pesetas de la época; 63,75 euros. Excesivo. No podemos permitirnos gastar esa cantidad de dinero en cada libro que necesitemos para las clases; por ello, nuestra solución es hacer turnos entre nosotras cerca del mostrador de la biblioteca para estar a la caza y captura del susodicho manual, y el mío comienza ahora. Me perderé una clase, pero no tengo otro remedio, así que voy pitando hacia allí.

En realidad, no corro. Me muevo como buenamente puedo porque tengo dolor desde la raíz del cabello hasta la punta de mis pies ¿por qué? Porque he tenido mi primera clase de Aikido. Creo que si me hubiera presentado como dispuesta voluntaria para la pruebas de ensayo de una máquina de tortura medieval, con seguridad no estaría tan molida como lo estoy ahora. No he pillado ni la mitad de la mitad de las técnicas, y me duelen músculos que no sabía ni que tenía. No tengo ni idea de cómo caer con gracia y mi compañera Pilar me ha hecho trizas las muñecas. La única mujer aparte de mí. Así que ahora mismo no estoy contenta con Álex, pese a que me ayudara arrastrándome de vuelta a casa. Todavía recuerdo su sonrisa de esta mañana cuando me ha visto salir de la habitación andando como un pato mareado de ochenta años con graves problemas de psicomotricidad.

Me dejo caer con poca gracia en el asiento de la biblioteca. Se me escapa un gemido que levanta cabezas en mi dirección. Lucía se ríe y yo la fulmino con la mirada.

—Me duelen hasta las pestañas —me quejo y derrumbo mi cabeza sobre la mesa.

—Bueno, no te preocupes solo tienes que sentarte aquí y esperar que Jorge se decida a devolver el libro —me dice María con lástima.

—¿Y Eva? —pregunto.

—Con Mario. Ha dicho que estaría aquí a esta hora. Nosotras venimos después de Sociología —me explica Lucía—. ¿Estarás bien?

—Sí, mamá.

La siento recoger sus bolígrafos, aunque deja los apuntes sobre la mesa para que nadie le quite el sitio. Se inclina para darme un beso en la mejilla, haciendo destacar unas grandes dotes maternas hacia mí y mi estado lamentable.

Agito la mano en su dirección a modo de despedida, y coloco mis apuntes de ciencia política y relaciones internacionales delante de mi cara. No es algo que me apetezca estudiar ni repasar. Estoy disgustada con la clase política. La incongruencia ha pasado a formar parte del sector gubernativo en el siglo XXI, y me pregunto quién ha tirado la lógica por el retrete cuando presenciamos impávidos como se dictan leyes absurdas como la de multar con 750 euros a las personas que buscan comida en la basura porque no pueden comprarla o por dormir en la calle cuando el sector bancario se está dedicando a desahuciar con más virulencia que nunca.

¿Por qué dejamos que sean cuatro los responsables de la distribución de la riqueza en un país o en el mundo cuando la historia pasada y actual ha demostrado que la tendencia es la de auto enriquecerse desguareciendo al resto de la población? ¿Podemos seguir confiando en la buena disposición de unas pocas manos? ¿O debería ser el fin de la democracia cuando es evidente que ha fallado? ¿Cuándo no existe la suficiente honradez ni empatía humana de la que fiarse? He perdido la esperanza en el estamento político.

—¿Qué haces aquí sola? —dice una voz en susurro a la vez que una mano cierra mis apuntes encuadernados de un golpe.

Conozco muy bien esa mano. He hecho “manitas” con ella. Me gusta en especial, aunque su dueño no tanto en este momento.

—No —le digo a Álex que me mira con media sonrisa—. Ahora mismo no puedo ni mirarte, mucho menos hablarte.

Hablamos en voz baja para no molestar a los demás, y lo desvío con un movimiento de mi mano. Se ha sentado frente a mí, en el sitio que ocupaba Lucía, y no se ve afectado en absoluto por mi respuesta; muy al contrario, su sonrisa se amplía.

Es infantil culparle por el dolor de mi cuerpo. Aunque me repatea que mis quejas le parezcan divertidas, y que tampoco le pueda acusar de convencerme para apuntarme a esas clases porque no lo hizo, dejó que la decisión fuese mía, por consiguiente estoy doblemente descontenta con él.

—Dentro de dos meses podrás salir de cada entrenamiento sin nada de dolor —dice con toda la calma del mundo, echando un ojo a los apuntes de Lucía desperdigados delante de él.

Mis ojos se desorbitan. No puedo creer lo que acabo de oír y mucho menos que me lo diga cómo si no fuera una horrible noticia.

—Dos meses —repito sin fuerzas anonadada. Asiente con la cabeza sin levantar la vista, pero he oído una risa suave surgiendo de su pecho—. Moriré antes, estoy segura de que me romperé en mil pedacitos y tendrás que sacar la escoba para poder hacer un funeral de cuerpo presente.

Aunque no me contesta, veo que me mira con incredulidad y mueve la cabeza de un lado a otro en una negación. Por su expresión deduzco que sus pensamientos son: «ni me molesto con el montón de sandeces que salen por tu boca», pero es educado y no lo dice en voz alta.

—No me has respondido —me dice. Curioso, él solo lo hace cuando le

viene en gana, o sea, la mitad de las veces.

—Estoy esperando a Jorge; llevamos detrás de él toda la semana —le digo. Sus cejas se arquean en una interrogación.

—¿Y cuándo vendrá?

—Ni idea.

—¿Cómo es? Tal vez ya está por aquí.

—Ni idea.

—¿Va a clase contigo? —pregunta con una imperceptible exasperación que hace que ahora sea yo quien sonría.

Niego con la cabeza mientras levanto los hombros para indicarle que tampoco lo sé. Ese gesto también me hace lanzar otro gemido de dolor.

No levanto la mirada ni cuando las personas cercanas dejan de examinarme. Cuando lo hago, sé que mis mejillas arden y que Álex me está observando.

—Todo el mundo va a creer que estamos haciendo algo por debajo de la mesa. —La risa que me produce su comentario, supera la sorpresa inicial porque incluso él muestra una sonrisa avergonzada, después de haber puesto en palabras ese pensamiento.

—¿O qué somos de arte dramático y estamos interpretando *Cuando Harry encontró a Sally*? —sugiero, pero él chasquea con la lengua. ¡Qué suerte! Yo no podría hacerlo, tengo agujetas ahí también.

—Nah, piensa mal y acertarás —dice pasando las hojas de los apuntes de Lucía.

—Que no es el caso —comento y me echa un vistazo, pero no dice nada. Entrecierra los ojos y contiene un suspiro exasperado antes de volver a hablar.

—Y dime cómo vas reconocer a una persona que no conoces, no sabes cómo es ni cuándo vendrá.

—No me interesa reconocerlo a él, sino al libro que llevará; grande, gordo

y rojo. De todas formas, ¿qué haces tú aquí solo? —le pregunto haciéndome eco de su propia pregunta.

Sus dedos tamborilean en la mesa. Es un movimiento hipnótico, que no me lo parecería tanto, si no fuera por el apego que tengo a su mano. Lleva un jersey de lana negro sobre una camiseta blanca de la que puedo ver el cuello. No es hombre de camisas. Creo que nunca lo he visto con una, y mucho menos un polo.

—Eva comentó que estabas aquí —confiesa un poco incómodo—. Estaba esperando a Mario al salir del aula.

—¿Ella no va a venir? —pregunto

—No. —Espero más explicación. No llega.

—¿Por qué?

—Porque he venido yo.

—¿Tenéis un acuerdo de no estar en la biblioteca al mismo tiempo?

Sonríe.

—Me ofrecí a venir en su lugar, ya sabes —comenta con una mueca volviendo la mirada a las hojas— para que pudieran estar juntos.

—Que generoso eres.

—Solo es un pequeño sacrificio.

Lo observo tratando de aparentar indiferencia, con la atención sobre los apuntes de Lucía cuando percibo el reflejo rojo de un libro bajo el brazo de un chico, que se acerca hacia el mostrador.

Esta sala está en la parte moderna de la universidad, por lo que la estructura de la biblioteca también es actual. No se parece en absoluto a esas grandes y antiguas que respiran olores a hojas llenas de historia palpable y tangible en cada página de sus libros y no solo en la que cuentan sus palabras.

De proponerme visitar un día las bibliotecas más tradicionales y hermosas del mundo iría a Austria, encabezando mi primer destino La Biblioteca del

Monasterio de Admont. Si existiera el amor entre las bibliotecas y las personas, yo estaría locamente enamorada de esta. Una fascinante joya del barroco con doce techos abovedados llenos de frescos y una ostentosa sala en color blanco y dorado.

Saliendo de Austria, después me gustaría visitar la de Hogwarts en la escuela de Harry Potter, solo tengo que encontrar el andén nueve y tres cuartos, lanzarme contra una columna de hormigón y sobrevivir. Casi nada. Total, lo he hecho a mi primera clase de Aikido.

Me levanto a duras penas de la silla y me lanzo en la dirección del chico cuyo libro necesito tratando de andar de la forma más casual posible, sin gimotear demasiado con cada paso.

—Jorge —susurro cuando llego junto a él por lo que mi voz suena más grave todavía.

Cómo sabemos su nombre es un misterio para mí. Supongo que la señora del mostrador se lo facilitó a Lucía cuando le preguntó por el libro, pero no tengo ni idea en realidad aunque haya sido una constante durante nuestra semana «¿Jorge dónde estás?» «Jorge aparece de una vez», etc.”

El susodicho se da la vuelta hacia mí con sorpresa y una sonrisa divide su rostro cuando me ve.

—¿Nos conocemos? —me pregunta acercándose para que pueda oírle hablar en voz baja.

Huelo un rastro de colonia y su voz también es profunda, un poco como debió haber sido la de Constantino Romero con veinte años, solo que en este caso como en el mío parece fuera de lugar. En definitiva, se equivocaron con el reparto de voces cuando fue nuestro turno, y ahora estamos obligados a recibir gestos de sorpresa cuando hablamos.

Jorge es muy pálido, delgado y alto. Su cara alargada, prácticamente lampiña y unas orejas de soplillo le dan un aspecto infantil y tierno.

—No, no lo creo, pero necesito ese libro —susurro.

—¿Este? —pregunta mostrándomelo. *Nociones básicas de la política internacional* en letras blancas sobre fondo rojo. Es, sin duda.

—Ah, todavía no he acabado con él, pero si quieres puedo avisarte cuando lo haga —me explica sin borrar la sonrisa sincera de su rostro lo que de forma automática le hace ganar unos cuantos puntos, en el ranking de personas que podría llegar a apreciar.

—De acuerdo, tal vez podría dejarte mi número de móvil y me llamas cuando decidas que ya no lo necesitas —le digo.

—Claro —responde y la sonrisa se amplía aún más. Se la devuelvo. No puedo evitarlo. Me gustan las personas con amplias y permanentes sonrisas.

—¿Tienes para apuntar? —Afirma con la cabeza y saca una hoja de papel con un bolígrafo.

—Espera, ¿cómo te llamas?

—Ana —y apunta cuando le digo mi número. Supongo que no tiene móvil o que la costumbre de escribir directamente en él aún no está arraigada.

—Encantado de conocerte, Ana —dice después de guardar mi número, y extiende una mano para sacudir la mía con formalidad. Aprieto su mano con firmeza porque a estas alturas sé que nunca se debe dejar laxa si se quiere dar una buena impresión, pero le devuelvo una mirada burlona y el mismo atisbo de sonrisa divertida que tiene él.

—Igualmente, Jorge.

Álex está echando un vistazo a la hoja con el plano que he imprimido cuando vuelvo a su lado. Ni siquiera trata de disimular y soltarla cuando me acerco. Está leyendo mis notas en los márgenes con preguntas como ¿denuncias? ¿Notario cómplice?

Ni siquiera me molesto en tratar de sentarme otra vez.

—¿Vamos a tomar un café? —pregunto suplicante.

—¿Y el libro? —pregunta devolviéndome el folio sin comentar nada al respecto.

—No ha terminado con él, me llamará en cuanto lo haga.

—Seguro —murmura. Detecto cierta ironía en su tono de voz, y sus labios se curvan hacia arriba mientras se levanta de la silla.

Recojo mis cosas de la mesa, no sin antes echarle un vistazo.

—¿Qué significa eso?

—Venga, vamos —dice sin más explicaciones, y yo no insisto porque sé a ciencia cierta que no servirá de nada.

Guardo los apuntes y el material de escritura, y sin una palabra él recoge mi bolsa ahora llena y se la cuelga de su hombro. Mi cuerpo se lo agradece infinitamente. Salimos de la biblioteca y recupero el tono normal de mi voz con alivio.

—Oye me vas a explicar de una vez lo que pasó la noche de Halloween.

—No. —Resoplo.

No es la primera vez que le pregunto qué es lo que habló con Él, y no es la primera vez que su respuesta es igual de escueta y tajante. Sin embargo, lo dejo pasar porque supongo que trata de protegerme. No soy una niña a la que hay que ocultar la dura realidad, pero confío en el criterio de Álex. Tal vez sospeche que ahora mismo no estoy preparada para oírlo o no sea importante. De todas formas, tengo la intención de continuar insistiendo. Será difícil tambalear su infinita perseverancia, pero nunca se sabe.

Estoy a la mesa hablando con Lucía sobre Asesores Financieros Avisa S.L. Le cuento por encima cuáles son mis sospechas y que tengo una cita con ellos el miércoles. Me mira con la boca abierta como si yo fuera un espécimen extinto

brotado de una seta, pero está dispuesta a sumarse a esta locura.

Fuera es de noche. Los días cada vez son más cortos y anochece pronto. Está siendo un otoño caluroso con días de viento cálido y pocos días de lluvia. La frase más oída durante este mes por las calles es: «El tiempo está loco». Ya existe conciencia del peligro real que existe para la capa de ozono, y las consecuencias. Un agujero del tamaño de Estados Unidos y de profundo como el monte Everest no es ninguna broma. El acuerdo de Kioto firmado en 1997, con el objetivo de reducir las emisiones de gases en los países industrializados no es suficiente. Quince años después y el cambio climático es más evidente y está más desequilibrado que nunca. La frase continúa siendo la misma porque el tiempo está más loco que nunca y con claridad, la situación es mucho más alarmante de lo que la gente imagina. No tenemos conciencia a largo plazo porque hemos aprendido a vivir en el presente atropelladamente, así que ¿qué nos importa el mundo que dejemos a nuestros biznietos o tataranietos mientras mi aerosol sea más cómodo de pulverizar ahora mismo apretando un botón que bombeándolo como en los sprays ecológicos? Son los científicos los que recomiendan suprimir el uso de los clorofluorocarbonos por completo para que la capa sobreviva. Y la mayor parte de los clorofluorocarbonos emitidos provienen de los sistemas de aire acondicionado, aerosoles, congeladores, y refrigeradores. No puedo creer que podamos clonar ovejas, pero no encontrar una alternativa para este tipo de emisiones. Supongo, que es otra de esas cuestiones ilógicas que bañan este sistema confuso que hemos creado.

Oímos las llaves de Álex en la puerta y se para en la puerta al abrirla. No esperaba que estuviéramos en casa. Hoy he salido pronto de trabajar. Teo no me necesitaba hasta tarde. Lo miramos de arriba abajo. Lucía me mira con las cejas alzadas y una sonrisa llena de picardía. Viene de correr. Sospecho que lo hace para descargar estrés después de estudiar largo y tendido, solo que nunca

le habíamos visto hacerlo vestido de esta guisa. Normalmente lleva pantalones sueltos de chándal y una sudadera con capucha, no los cortos pantaloncitos de deporte azules que lleva hoy. Entra sin saludar, y pasa por delante de nosotras en dirección a su habitación. Lo seguimos con la mirada mientras lo hace. Al menos yo no tengo que darme la vuelta como Lucía. Nos miramos cuando desaparece tras su puerta.

—Bonitos pantalones —murmura Lucía y me permito compartir su broma y reírme con suavidad sin sentimiento de culpa o de estar haciendo algo grave o inmoral.

Estando con Él jamás se me hubiera ocurrido hacer tal cosa. No obstante, es Álex y no hago daño a nadie si lanzo una mirada apreciativa en su dirección. Y... había bastante que apreciar. Lo que más llama la atención físicamente del sexo opuesto, son precisamente esas características que nos diferencian, y hay disparidad cuando comparo los esculpidos muslos de Álex, anchos y de líneas duras con los míos más redondeados y suaves.

Suena mi teléfono en la habitación y voy a recogerlo. Un número que no conozco. Mi pulso se acelera. Tengo miedo de convocarlo cada vez que pienso en Él; sin embargo, solo es un pensamiento irracional que desaparece deprisa cuando me doy cuenta de que no hay forma de que sepa mi número de móvil. Vuelvo a repetirme que todo está bien, que no he hecho nada malo y que estoy a salvo. Él no va castigarme. Contesto. Es Jorge. Con su voz de Constantino. Es difícil conciliar a ese chico delgado y pálido con esa voz. Supongo que conmigo ocurre lo mismo.

Me voy hacia la encimera de la cocina y me apoyo ahí, entretanto hablo con Jorge. Álex se mueve de su habitación al cuarto de baño con una toalla al hombro echándome un vistazo mientras yo le digo a Jorge que sí, que mañana a las once es un buen momento para encontrarnos en la biblioteca e intercambiar el libro.

Repaso los planes de mañana:

1. A las 11 biblioteca.
2. A las 7,30 tortura en Aikido.

Llevo dos clases y camino gracias a una formula hecha a base de aspirinas y agua con azúcar, y eso que Pilar es estupenda conmigo. Tiene más o menos mi edad; treinta, no veinte, y es policía. Práctica Aikido con la intención de orientar las técnicas en su trabajo, y se le da muy bien. Me veo lanzada una y otra vez pese a que es más bajita que yo, y no parece particularmente fuerte. Es esperanzador saber que podré llegar a esquivar un agresor, con independencia de lo grande y robusto que sea.

7

57 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2005, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

M83 _ Midnight City

Me encuentro cara a cara con Él. Estoy sola. Hemos jugado al lápiz más corto, con la colaboración inocentísima de Jorge, para determinar quién de nosotras debía ir al despacho del profesor Ramón Olivares y suplicar que fuera más concreto, explicando cuáles son las piezas claves que necesitamos del dichoso libro antes de que debamos devolverlo de nuevo. La afortunada he sido yo, así que he mandado a las traidoras a tomarse su café, mientras la ardua tarea de entender a este tipo y sus extrañas eses me corresponde a mí. Aunque el esfuerzo no es en balde porque si algo he aprendido durante mi etapa universitaria es que a los docentes les gusta que sus alumnos demuestren interés, que no tengan reparos en acudir a sus despachos para solventar sus dudas y que mantengan una relación cordial con el profesor.

Todavía no he salido de la zona de las oficinas cuando su cuerpo frena mi avance. Apenas hay movimiento en estos pasillos porque no es el recorrido común de los alumnos, por consiguiente estamos solos. No sé si iba o vuelve, pero ya no se mueve de donde está.

—Ana —me susurra, lo que me obliga a levantar la mirada hacia Él.

—Hola Abraham —le contesto. Dos simples palabras que saben a ácido en mi boca. Me obligo a enfrentar mis ojos con los suyos. No quiero ser esa

mujer sumisa que tenía miedo a que se sintiera desafiado por mi mirada. Solo un ligero temblor en mi cuerpo delata mi estado de inquietud.

—¿Qué tal estas? —me pregunta con suavidad.

Parece genuinamente interesado e inocente; sin embargo, lo conozco, y el pico en sus cejas y las arrugas de su frente delatan que no está del todo contento, muy similar a lo que ocurría cada vez que hacía o decía algo que no le gustaba, justo antes de estallar en tormenta.

—Bien. Vengo del despacho de un profesor y ahora me tengo que ir porque me están esperando —comento intentando que mi tono suene de forma casual.

—¿Tu novio? —pregunta con un tono amargo.

—Sí, entre otros —le contesto con cautela. Tengo ganas de enterrar mi cara entre mis manos para que no continúe instigándome con su mirada. No estoy segura de lo que esta mentira supondrá; ¿se retirará? ¿Avivará su insistencia? ¿Provocará su ira? La ruleta rusa comienza a girar, nunca se sabe dónde se detendrá.

—¿Tu compañero de piso? —insiste. Asiento con la cabeza, al fin y al cabo, Álex me dijo que podía utilizarlo para esto—. Es curioso porque la noche de Halloween le pregunté si estaba interesado en ti y me dijo que no —se acerca a mí como si fuera a confesarme algo importante—, y más tarde lo vi con otra chica, no me parece trigo limpio. —¡Jesús! ¡Cuántas veces había yo escuchado ese mismo comentario para referir a cualquiera que se acercara a mí! Con probabilidad también se lo oí decir de Álex anteriormente, pero ahora me ofende que lo haga. No tiene derecho a hablar de él de manera despectiva. Ni siquiera lo conoce.

—Eso no es asunto tuyo —le espeto armándome de valor. Se pasa una mano por la cara y leo la derrota en su cara.

Durante mi pesadilla con Él, el momento que más temía era aquel en que se derrumbaba y suplicaba llorando. Escarbaba como con un escalpelo hasta

mi corazón, para llegar hasta al lugar donde se escondía una especial compasión por Él, que siempre cedía y rendía a sus ruegos. Me amenazaba con el suicidio o con hacerse daño como si yo tuviera algún control sobre sus acciones cuando era Él, el que me manipulaba a su antojo.

—Tienes razón. Yo solo quiero que seamos amigos, Ana. Conocerte mejor —me dice con pesar, y sé lo que está tratando de hacer.

Noto que se acerca aunque estoy mirando hacia el suelo, y retrocedo. Mi espalda choca con la pared. Continúa avanzando y uno de sus hombros se apoya en la pared junto a mí.

—Tal vez pueda invitarte a un café —susurra acercándose demasiado. Niego con la cabeza y cometo el error de mirarlo. El infierno comienza a brillar en sus ojos en ese momento.

Mi cuerpo empieza a temblar. Miro alrededor buscando algún tipo de apoyo. No hay nadie que pueda ayudarme. Podría gritar, pero como siempre me digo: «aún no», solo en caso de temer por mi vida porque le sigo protegiendo y no quiero delatarlo.

Los libros que sujeta con su otra mano salen volando contra el tabique con fuerza siniestra. Me encojo por el ruido y el miedo a ser alcanzada. Me protejo la cara con las manos.

—¡Solo te estoy pidiendo un maldito café! —estalla y golpea con la mano junto a mi cabeza, contra la pared. Estoy petrificada. Deseo ser invisible. Desaparecer.

Se da cuenta de su estado alterado. Retrocede, sus manos pasan por el pelo, deja caer los brazos, me mira y la furia vuelve a su rostro. Yo en mudo silencio ruego porque el estallido sea suficiente para descargar su ira y poder salir indemne.

—¡Joder! ¡No te estoy pidiendo que folles conmigo! Seguro que eso ya lo haces con el hijo de puta ese.

Está perdiéndose de nuevo y percibo más que él esa necesidad que tiene de herirme aunque sea con palabras. Da una patada a mi libro rojo que ha caído de mis manos al suelo. Quiero recogerlo y ponerlo a salvo, pero tengo miedo de que aproveche la situación y me pise los dedos cuando los tenga en el suelo. Se ensaña con él.

—Al menos mírame cuando te hablo —lo hago por inercia, como siempre he hecho cada vez que me lo dice, aunque me produzca pánico no saber si le aplacará o empeorará la situación.

Una puerta se cierra y los dos saltamos. Unos pasos se acercan. Recupero mi capacidad de respirar. Cuando el oxígeno vuelve a mis pulmones también vuelve mi habilidad para pensar. Corro hacia las escaleras tan rápido como puedo. Ni siquiera veo mis pies pisando los peldaños. Con probabilidad acabe estampada por el suelo porque los bajo de dos en dos como alma que persigue el diablo, y tal vez sea así. Oigo pasos pesados detrás de mí, pero no me vuelvo a mirar atrás ni siquiera cuando llego a la entrada donde muchos de los alumnos vuelven de su tiempo de descanso, y el peligro es menos real.

—¡Ana! —sigo corriendo esquivando personas a mi lado sin mirar a nadie. Solo quiero encerrarme en un sitio pequeño y sentirme segura de nuevo.

Una mano en mi brazo detiene mi avance de forma brusca y me vuelvo horrorizada, jadeando y muerta de miedo. Es Álex. Contengo un sollozo. «Es Álex» repite un eco en mi cabeza y automáticamente llega esa seguridad que buscaba; un alivio que se desliza por el interior de mi cuerpo como aceite derretido. Él sigue ahí. Se para a cuatro metros de distancia de donde estamos. Álex sabe que me sigue. Su cuerpo tenso y su mirada sobre Él. Me atrae con su brazo sobre mis hombros, un suave beso cae en mi sien y lo único que puedo hacer es esconder mi cara contra su pecho para recuperar mi respiración normal y el ritmo constante de mi pulso.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —me pregunta, despego mi cara de su

chupa de cuero con cuidado para espiar el lugar donde Él está y exhalo con profundidad cuando veo que se acerca.

La desesperación brilla en su mirada, esa desesperación que le invade el cuerpo y le obliga a reaccionar de formas que no puede dominar; no hasta que haya dicho o hecho lo que tenía que decir. Ahora, solo siente una irrefrenable exigencia de descargar parte de la rabia que le corroe, que le hace ciego a lo que es correcto y moderado. La ira fuera de control es su tortura, y la mía.

—Ana, tenemos que hablar —insiste con la voz cargada de desazón.

Está tan nervioso que ni siquiera puede estar quieto. Se mueve sin alejarse en cortos vaivenes de ida y vuelta y su mano se mueve por su pelo, su cara, su cuello. La irritación hierve en su cuerpo. Tiene mi libro rojo maltrecho en su mano.

Trato de salir del abrazo de Álex, pero su mano sobre mi hombro y su pulgar con una ligera presión en mi cuello me mantienen junto a él. Un movimiento que no pasa desapercibido para ninguno. Él mira directamente a Álex con desafío, retándole a que se oponga y darle una excusa para desahogar su ira. El pulgar de Álex se mueve imperceptible sobre mi cuello y nuca en suaves y tranquilizadores masajes consciente o inconscientemente.

—Solo tienes que hacerlo si tú quieres —me dice Álex sin apartar sus ojos del hombre frente a nosotros. Es una paradoja que tenga que recordarme que tengo alternativa cuando Él no me la ha ofrecido, ni siquiera ha preguntado, solo ha exigido. —Yo no me voy a mover de tu lado.

—Pero es que no es contigo con quien quiero hablar, sino con ella —ruge Él—. A solas.

—Mala suerte porque eso no va a pasar. —Nunca había escuchado tanto veneno en la voz de Álex. Sorprende porque su actitud es calmada y su pulgar sobre mi piel continúa lanzándome vibraciones apaciguadoras.

—¿Has cambiado de opinión, tío? Te gusta robar y comerte el caramelo

favorito de los demás, ¿verdad? —El dedo de Álex se detiene. Es la única señal de que su aparente tranquilidad no es tan sosegada.

Yo debería reivindicar sobre mi dignidad, pero he oído peores insultos salir de su boca y dejé de defenderme hace tiempo. Ahora mismo mi principal preocupación trata sobre cómo evitar el enfrentamiento entre ellos porque es lo que Él está buscando, y no sé dónde reside el término de la contención de Álex.

—Espera —suplico antes de que cualquiera de los dos tenga oportunidad de hablar. Pongo una mano sobre el pecho de Él tratando de frenar y apaciguar su ira, y de momento parece resultar. Porque su mirada baja hasta mi mano y su mueca de desprecio desaparece para convertirse en una de triunfo—. Hablaremos ahí mismo —digo señalando la barandilla de sujeción de la rampa para minusválidos al otro lado del pasillo.

Me despego del costado de Álex con pesar.

—Ana —comienza a decir sin ánimo de renunciar y dejarme ir, pero lo miro con suplica en la mirada.

—Solo será un segundo. —Asiente con la cabeza, pero un músculo vibra en su mandíbula provocado por la presión de sus dientes mientras lo observa alejarse.

—Estaré aquí.

Lo cierto es que no quiero hablar con Él, pero una vez más estoy anteponiendo sus deseos a los míos. Ni siquiera se da cuenta del estado de incertidumbre y temor que me produce. Ahora mismo, solo importan sus sentimientos y deseos. Lo que Él necesita decir. Nada más.

—Toma —me dice extendiéndome su brazo y ofreciéndome el libro rojo de la biblioteca. Las cubiertas duras se han despegado por uno de los lados y por el lomo. Está bastante claro que ha sido golpeado—. Siento haberlo estropeado, te compraré otro igual, te lo prometo. —Promesas vacías que

luego nunca recuerda cumplir. Lo cojo.

—Abraham —exhalo con fuerza y suspiro audiblemente antes de mirarlo —, ¿qué es lo que quieres?

—Te lo he dicho; ser tu amigo, tomar un café.

—No es buena idea —susurro. No puedo dejarle entrar en mi vida. De ninguna forma.

—¡Joder! ¿Por qué no? No lo entiendo —vuelve a estallar conteniendo la voz y mirando alrededor para comprobar que nadie es testigo de su ataque de ira.

Levanta el brazo y mis ojos se abren con sobresalto. Mi cuerpo reconoce ese movimiento y se encoje de terror. No tengo tiempo para interpretar su gesto ni la situación con lógica. Su mano llega hasta su boca, y mis brazos protegiendo mi cara de su golpe pierden sentido. Me mira con asombro; sin embargo, es sustituido por furia con rapidez.

—¿¡Creías que iba pegarte?! —Antes si quiera de darme tiempo a contestar una mano rodea mi brazo y me obliga a retroceder. Álex se interpone entre Él y yo.

—Ha pasado más de un segundo —dice y sus miradas se enfrentan en duelo.

Ninguno quiere retroceder, ni darse por vencido. Él resopla con fuerza. No puedo creer que renuncie. Me encuentro con una mirada cruel y malvada en sus ojos y una mueca de desprecio en su boca cuando me echa un vistazo.

—No me importa, es toda tuya —dice despectivamente—. No merece la pena ni por ganar una apuesta —dice con toda la indiferencia de que es capaz.

La capacidad de humillar y degradar es una arma muy poderosa, tan peligrosa para la mente como los propios puñetazos para el cuerpo. Pero yo soy inmune a esa insinuación. No importa que me reduzca a un ser inválido totalmente descartable. No, mientras renuncie a mí.

Avanza hacia delante y no trata de evitar a Álex en su camino, le golpea hombro contra hombro al cruzarse. Álex firmemente anclado sobre el suelo apenas se mueve. Sus ojos persiguen la silueta de Él hasta que desaparece. Yo no lo hago. No me atrevo a que se vuelva y tener que enfrentar su mirada de nuevo. Mantengo mis ojos en el suelo.

—Vamos —dice Álex y me guía sin tocarme hasta dos bancos vacíos enfrentados en una esquina. Se sienta y hago lo mismo. Coge el libro rojo maltratado de mis manos.

—¿Jorge? —pregunta señalándome el libro.

—No —contesto.

Si ese libro no hubiera estado ahí podría haber sido yo quien recibiera la patada, así que estoy sintiendo un cariño especial por él ahora. Lo tomo de nuevo y lo muevo para comprobar los daños y estudiar alguna forma de arreglarlo.

—¿Qué le ha pasado al libro?! —dice Lucía con asombro mientras termina de llegar junto a los demás y coge asiento en el banco de enfrente.

—Se me ha caído —miento.

—¿De un quinto piso? —comenta Mario con sorna. Inmediatamente mi mano tiembla sobre su cubierta roja como si realmente estuviera goteando sangre.

—No me extraña, eso debe de ser un peñazo —añade Javier, y Oscar los empuja sin deliberaciones para hacerse sitio y sentarse frente a mí.

—Tendré que comprar otro —murmuro— no puedo devolverlo así.

Tanto esfuerzo para tener que acabar comprándolo de todas formas. Él continúa complicando mi vida de formas inesperadas.

—Oye, ¿estás bien? Es solo un libro, no te preocupes, yo lo devolveré —me dice Oscar buscando mis ojos con los suyos.

Lo miro e improviso una sonrisa débil. Por el rabillo del ojo advierto el

movimiento imperceptible de la cabeza de Álex. Ni siquiera me hubiera percatado si no estuviera mirando a Oscar, que deja mis ojos durante dos segundos para mirarle a él.

—Venga a clase —anuncia de repente levantándose y azuzando a los demás mientras nos excluye a Álex y a mí deliberadamente.

Ni siquiera puedo sonreír porque sigo en estado de pánico. En mi cabeza los pensamientos dan vueltas como si estuvieran en el centrifugado de una lavadora y no tengo control sobre ellos, ni puedo organizarlos de forma eficiente. Repaso cada palabra, cada segundo como siempre he hecho. ¿Cuál ha sido la frase justa que le ha desbordado? ¿Cómo podría haberlo dicho de otra forma? ¿Cuál ha sido el orden de los hechos? ¿Por qué no he podido defenderme? ¿Qué ocurrirá la próxima vez?

—¿Ana? —me llama Lucía. Cuando la miro frunce el ceño—. Chicas —dice— id yendo a clase, ahora vamos nosotras o no —añade con descaro y las despide con el movimiento descuidado de su mano.

—¿Es que ha pasado algo, Ana? no habrá sido el profesor, ¿verdad? —pregunta María acercándose a mi lado.

—No, no —respondo enseguida con sobresalto—. Ha sido correctísimo, luego os diré lo que me ha explicado. —Asiente con la cabeza y renuente comienza a alejarse—. Álex deberías ir también. Estás en tercero de medicina y debe de ser contraproducente faltar a las clases —le digo al ver que no tiene visos de moverse.

—Ya la recuperaré más tarde —dice y con eso Oscar hace un gesto de entendimiento y continúa camino hacia las escaleras acompañado por el resto no sin antes, echarme un vistazo curioso.

Soy la rarita. Es evidente que soy una especie de fenómeno paranormal que no comprenden. No es esto lo que había planeado cuando fui consciente de tener una segunda oportunidad. No quiero ser la muñeca de trapo rota que cada

dos por tres se vuelve a despedazar. No quiero que los demás tengan que andar de puntillas alrededor de mí, por si se me saltan las costuras. Quiero normalidad. Ser una chica más. Sin los problemas y los traumas ocasionados por una vida que debería borrar de un plumazo sin dejar huella. Quiero reír, soñar de nuevo, bailar, bromear y disfrutar del regalo que me han dado, y olvidar. Dulce anhelo y alivio, encerrar a cal y canto mi vida junto a Él; hacerlo de un portazo y no mirar atrás. Miro a Lucía. Ella se merece la explicación que no pude darle antes. Debo disfrazar mi historia para hacerla creíble pero trataré de contarla como mejor pueda. Tal vez de esa forma pueda ir arrinconando en los cajones de ese lugar llamado olvido las pesadillas que voy liberando al ser reveladas.

—Vamos a la cafetería y os lo cuento delante de un café.

—De acuerdo, tomaremos otro café —dice Lucía—. Bueno en realidad, solo repetiré yo porque tú te has dejado el tuyo sin terminar encima de la mesa —le dice a Álex y le miro buscando confirmación, pero él se levanta sin mirar a nadie en concreto.

—Vamos —dice únicamente.

Empujo hasta el fondo una necesidad insólita que me insta a buscar protección de nuevo debajo de su brazo mientras caminamos juntos, pero no puedo convertirlo en mi refugio constante. No es justo para ninguno de los dos.

Confieso lo ocurrido tras salir del despacho del profesor; mi encuentro con él en ese momento y su estallido de violencia ante mi negativa. Mi huida.

Álex se mantiene silencioso sentado frente a mí moviendo sus ojos de mí a su taza alternativamente, mientras Lucía ha cogido mi mano entre las suyas.

—¿Desde cuándo le conoces? —pregunta Lucía

—Lo conozco bastante —contesto porque es la única respuesta que puedo dar. Decir que desde hace quince años no suena real.

—¿Siempre te ha acosado así? —vuelve a preguntar.

Trato de pensar en una respuesta convincente que no se aleje demasiado de la realidad.

—No —murmuro— estuvimos juntos.

—¿Y lo dejaste? Por eso se ha vuelto un gilipollas.

—No —vuelvo a negar—, se volvió agresivo mucho antes de mi rechazo.

Guardamos silencio. Madurando las palabras que acabo de pronunciar sin atrevernos a tratar de desentrañar su verdadera implicación.

—¿Te pegó? —Lucía continúa llevando todo el peso de la conversación.

Temo que me salga un sonido estrangulado por lo cual solo confirmo con la cabeza.

—¿Una vez? —Niego con la cabeza—. ¿Cuántas?

—No lo sé, perdí la cuenta.

Lucía contiene la respiración. Álex apoya un codo sobre la mesa y se frota la frente con una mano.

—¿Por qué? ¿Por qué seguiste con él después de la primera vez? No lo entiendo.

—Yo tampoco, Lucía, yo tampoco.

Los vestuarios de mujeres del gimnasio están vacíos a la hora en que acabamos la clase de Aikido. Las únicas que ocupamos ahora las duchas somos Pilar y yo. La clase de hoy ha sido especialmente entretenida. He aprendido cómo esquivar la mano de un agresor cerca de la cabeza desestabilizando la parte interna del codo para obligar a su brazo a ser

doblado. Pilar y yo nos hemos arrodillado la una frente a la otra en el suelo, y hemos practicado diversas de esas técnicas en los brazos de la una y la otra. Por lo menos, estando ya en el suelo no puedo caer más abajo. Pilar tiene una paciencia infinita conmigo y una comprensión especial brilla en sus ojos; como si conociera todos mis secretos, lo que asusta y alivia al mismo tiempo. A ella le encantaría introducir la práctica de este arte marcial en las mujeres.

Es cierto que comienza a despertar la conciencia de la mujer capaz y autosuficiente que quiere aprender a defenderse por sí misma. Los cursos de defensa personal únicamente para mujeres son cada vez más demandados a medida que aumenta su independencia. En contraposición, en otros países y otras culturas la involución está aplastando los derechos y capacidades de desarrollo intelectual y físico de las mujeres, al punto que asusta el alcance de su expansión en pocos años. Cómo puede ocurrir algo así y se permite cuando se supone que desde 1994, las Naciones Unidas aprobó la Declaración sobre la eliminación de la violencia hacia las mujeres es algo que no entiendo. Porque nadie debe ser engañado; se está aplicando violencia cuando una mujer es obligada a deber obediencia y sumisión a su marido, y cualquier avance en este ámbito retrocede a pasos agigantados cuando permitimos en nuestra propia región que una mujer camine oculta por un burka como si fuera una propiedad vergonzosa que silenciar. Si realmente el rostro es el espejo del alma, permitimos que estas mujeres caminen sin ella socavando en su autoestima.

¿Qué excusa necesitamos para detener esto? Porque la ablación, los ataques con ácido, los matrimonios forzados de niñas y las violaciones son armas de destrucción masiva. En otras ocasiones se han tomado rápidas medidas contra este tipo de amenazas sin menos pruebas de su existencia, y esto está ocurriendo en nuestros propios vecindarios.

Supongo que cuando a un dirigente no le inquieta el tipo de gasto que hace

de su tarjeta opaca en un “spa de masajes y actividades variadas” menos le molesta las condiciones en que esas chicas están trabajando en él o la situación de cualquier otra.

Se continúa teniendo una visión degradada de la mujer como objeto sexual cuando se hace un intercambio económico por sus servicios. Porque somos más que eso, solo hay que esforzarse un poquito en escucharnos, conocernos y tener interés en que la mujer también disfrute de las relaciones sexuales que aunque requiera más trabajo, sale más barato y no se alienta la explotación sexual.

Solo es otra de las muchas cosas que no entiendo de esta regadera perdida y semienterrada en que se ha convertido el mundo y sus habitantes. Empiezo a pensar que los dinosaurios lo hicieron mejor.

Sia _ Chandelier

Salgo de la ducha. Pilar ya se está poniendo sus zapatos. Me seco con la toalla y me pongo la ropa interior. Me calzo unos pantalones vaqueros y busco mi jersey de cuello cisne cuando me vuelvo hacia el espejo donde Pilar se cepilla el pelo. Me comenta algo que no le entiendo bien.

—¿Qué? —pregunto.

Pilar mira mi estómago descubierto desde los enormes espejos que cubren la pared frente a las taquillas.

—Te preguntaba cómo te hiciste esas cicatrices, parecen recientes y son muy impresionantes.

Mis ojos viajan de la cara de Pilar a mi reflejo en el espejo. El jersey se desliza de mis manos al suelo cuando pongo mis ojos con dolorosa incredulidad sobre las cicatrices que cruzan mi pared abdominal. Contengo el aliento impresionada de su aspecto y las toco con mis manos porque su sola visión no acaba de convencerme de su presencia. Son cuatro líneas en

distintos ángulos sobre mi estómago. Están cerradas y no son físicamente dolorosas pero su color es rosado y destacan de forma considerable en mi piel. ¿De dónde han salido? No se han podido materializar de la noche a la mañana. Nunca antes las he tenido. No recuerdo sangrarlas o curarlas.

El destello de un cuchillo atraviesa mi visión y me provoca un insoportable dolor abdominal. Suelto un grito ahogado y doblo mi cuerpo protegiendo mi abdomen. Imágenes que enterré en mi cabeza y traté de olvidar me invaden mientras mi pecho se agita en busca del aire que parece no llegar en suficiente cantidad. Mi pulso retumba en mis sienes obligándome a sentarme mientras trato de protegerlas con mis manos. Estoy asustada. Mi cuerpo se estremece. Estoy teniendo otro ataque de pánico. La hoja de acero remueve mi conciencia, esta vez cubierta de sangre. Un grito lleno de terror resuena en mi garganta. No puedo respirar. Es una sensación agonizante y doliente. Me siento totalmente inservible en esta lucha por llenar mis pulmones, mientras la sangre recorre a velocidades extremas mis venas en busca de las moléculas de oxígeno que necesita.

Oigo la voz lejana de Pilar. No la entiendo porque mi corazón retumba en mis oídos ahogando sus palabras. Noto su mano en mi hombro. Pero no es su mano porque esta es enorme, de dedos largos y morenos y su calidez alcanza mis sentidos.

—Ana, mírame.

No sabía que tenía los ojos cerrados, pero los abro y mi visión es invadida por el azul más apacible y me hundo en él tratando de emerger de mi angustia. Dos manos sujetan mi cara, una a cada lado. Oigo la voz firme pero tranquilizadora de Álex tratando de hacerme entender que debo tratar de tomar el control de mi respiración. Asiento con la cabeza. Entiendo. Una de sus manos abandona mi mejilla. Coloca mi mano sobre su pecho bajo la suya y me acompaña acompasando mi respiración a la suya. Su pecho baja y sube bajo

mi tacto mientras cuenta:

—Uno, dos inspira, uno, dos exhala, así Ana, lo estás haciendo muy bien.

Murmullos apagados llegan desde la puerta antes de cerrarse. Mis fragilidades al alcance de cualquier mirada. Pero no me preocupa. Solo me concentro en respirar.

Álex continúa contando y aumenta gradualmente a cuatro y luego a seis con infinita perseverancia mientras poco a poco recupero el equilibrio normal de mi respiración. Asiento con la cabeza. Mis pulmones ya no arden. Me concentro en hacer que mi pecho suba y baje al ritmo del de Álex bajo nuestras manos.

Lo miro realmente por primera vez desde que está aquí. Esta de cuclillas frente a mí con una rodilla al suelo y solo lleva sus pantalones deportivos; por ello, mi mano está directamente sobre la serpiente tatuada en su pectoral. Sus ojos reflejan una curiosa tranquilidad. Una vez más, me encuentro que las explicaciones son descabelladas y no puedo hablar. Miro nerviosa alrededor. Tengo una urgente necesidad de echar a correr y no parar nunca. Trato de levantarme con una quemazón en la garganta pero Álex me lo impide con su mano en mi hombro.

—Tranquila —me susurra— sigue respirando profundamente Ana. —
Asiento y lo miro.

Se levanta y se sienta a mi lado en el banquillo. Me dejo atraer hacia él bajo su brazo encajando mi barbilla en su clavícula como si perteneciera ahí y absorbo el olor reciente de jabón de su pelo. Empiezo a considerar la idea de anidar ahí de forma indefinida y me anclo a él con una mano aferrada a su espalda y la otra a su cuello donde descansa su serpiente. Recoge mis rodillas y coloca mis piernas dobladas sobre su regazo.

Una toalla húmeda y fría es colocada en mi nuca y mi cuello y levanto los ojos hacia Pilar que tiernamente refresca mi frente con el paño y me dedica

una tensa sonrisa.

—Lo siento mucho, Ana. No era mi intención despertar malos recuerdos, no he debido preguntarte sobre las cicatrices —me dice realmente afectada.

—No ha sido tu culpa —digo cerrando los ojos de nuevo y volviendo a apoyar la cabeza sobre el hombro de Álex. Aún no estoy preparada para alejarme de este universo de paz que él me proporciona, y tratar de entender qué es lo que me ocurre.

Unos golpes suenan en la puerta. Pilar la abre e intercambia unas palabras con Gustavo, nuestro *sensei* o maestro, y alcanza la botella de agua fresca que le ofrece. Agua, una vez más, que todo lo alivia. No todo.

La mano con la que aferro el cuello de Álex viaja de nuevo hasta mi estómago y mis dedos viajan sobre la rugosidad de las cicatrices que permanecen ahí. Una mano indagadora aparta la mía y mi cuerpo se inclina estirando mi abdomen cuando Álex afloja el brazo que me aprieta contra él. Mis ojos no dejan su perfil cuando su mirada baja hacia mi piel expuesta. Por una vez, la aparente serenidad cae de su cara, contiene la respiración y un dolor lacerante atraviesa su rostro. Sus ojos encuentran los míos. Por los suyos viajan la consternación, la incredulidad, la aflicción, la pena y por último la ira. Me atrae de nuevo hacia él con su brazo sobre mis hombros y su otra mano se entierra en mi pelo. Acabo casi sentada sobre su regazo y nuestros pechos chocan. Toda esta situación es tan alarmante para ambos que ni siquiera somos conscientes de nuestra media desnudez. Los pasos de Pilar se acercan.

—No sé qué te ocurrió, Ana y no te voy a preguntar sobre ello si tú no quieres, pero soy policía e identifico las heridas de arma blanca. También he visto cómo te encoges de miedo cuando te atacan, así que solo quiero saber si la persona que te hizo eso está pagando por ello. —Álex traga fuertemente y noto su nuez subir y bajar por su cuello. Se tensa como una hoja de cuchillo.

Sacudo la cabeza sin levantar la mirada porque siento vergüenza al reconocerlo. Jamás le denuncié. Ni una sola vez. Ni siquiera las dos veces que quede inconsciente y tirada sobre el suelo.

Pilar suspira con resignación.

—Entonces, solo espero que ya no forme parte de tu vida. —Suspiro audiblemente ahogando un sollozo. Él, mi torturador, continúa invadiendo mi existencia.

Me entrega la botella de agua y la acepto. Me separo de Álex y bebo. Advierto mi reflejo en el espejo cuando levanto la cabeza para hacer caer el líquido dentro de mi boca. Me levanto y me acerco al cristal. Observo las líneas más de cerca. Son horribles. Se pueden ver los puntos cicatrizados de las grapas y su textura irregular.

—Las heridas del cuerpo son más fáciles de curar que las de aquí —dice Pilar señalando mi frente— y las de aquí —dice con su dedo sobre mi pecho donde está el corazón—. Cuando quieras hablar sobre ello, solo dímelo ¿vale?

Desde el espejo veo reflejada su preocupación y la de Álex sentado aún en el banquillo con los codos sobre las piernas ligeramente abiertas en una postura reflexiva. Se levanta bruscamente, se pasa una mano por la frente y se muerde el labio superior.

—Pilar... —comienza.

—Sí, sí, termina de vestirme. Yo me quedaré mientras ella lo hace —le interrumpe. Los ojos de Álex bajan una vez más hasta mi estómago antes de salir por la puerta con menos tranquilidad de la que es normal en él—. Ese si es el tipo de chico que debes mantener cerca —recalca Pilar.

Me paso mi jersey por la cabeza y le sonrío débilmente. Lo sé.

Hablo con Teo y me asegura que el fin de semana puede arreglárselas solo, por lo que decido ir a casa. Con mi familia. No sé qué contaré a mis padres si llegan a ver mis cicatrices. Espero que no lo hagan. Trataré de ocultarlas. Solo sé que necesito estar con ellos.

El miércoles Lucía y yo acudimos a la cita de Asesores financieros Avisa S.L. Increíble que pese a ser dos universitarias sin ingresos fijos, nos garanticen un préstamo de veinte mil euros si conseguimos únicamente que nuestro padres firmen poniendo la casa como aval. Decido hablar con Pilar para saber si tienen alguna denuncia. Por lo menos conocemos el nombre de la notaría con la que trabajan. No ha sido difícil de conseguir puesto que lo sucintan como prueba irrefutable de su total legitimidad. ¡Cómo si los notarios fueran personas incorruptibles! Claro, tal vez en Dinamarca.

Estamos en clase. Lengua española. Considero que el conocimiento de la lengua es imprescindible en esta profesión, y soy de las que cada vez que ve una falta monumental de gramática se adolece. Tenemos un idioma tan rico en detalles y tan lleno de pinceladas lingüísticas que ignorarlos es una falta de respeto hacia él.

Soporto mejor entre risas algunos errores periodísticos no ortográficos como los titulares reiterativos “Pierde la vida y muere”; los incalculables “Condenan a 8 de los 3 acusados del secuestro”; los inverosímiles “Mañana empieza la huelga de médicos y enfermos” o los disparatados “La acusación particular pedía un año de cáncer y una indemnización de 12.000 euros”. Aún recuerdo un día de carcajadas estrepitosas en el trabajo cuando Emilio, el jefe técnico, encontró una página web dedicada a gazapos periodísticos que compartió con el resto del equipo. Absolutamente inolvidable Maria Teresa Campos: «Estados Unidos ya tiene presidente erecto: George Bush».

El director de producción nos tuvo que llamar al orden como si fuéramos prescolares revolucionados.

Excluyendo esos errores puntuales, la pérdida de la riqueza del lenguaje aunque dolorosa también es inevitable. Ni yo ni mis padres nos expresamos como Cervantes, ni mis tataranietos lo harán como yo.

Muchas veces recojo noticias impresas de principios del siglo XX para maravillarme de la maestría con la que se utilizaba el lenguaje y la elegancia de su prosa. Pero toda evolución, incluso la del estilo lingüístico, tiene su razón de ser y lo incorrecto sería quedarnos atascados en viejos usos cuando una de las capacidades más increíbles del hombre es la de la adaptación al medio. La intolerancia nunca es signo de inteligencia. Excluyendo las faltas ortográficas, que considero se solventarían con un poco más de lectura, el uso de las nuevas palabras en nuestro vocabulario y su inclusión en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española es culturalmente prodigioso. Aunque nuestros mayores no tengan ni idea de qué demonios es un amigovio, un tuit, o chupi. Lo triste es el desuso de palabras útiles y atractivas como espejarse, pasagonzalo, mercurino, etc. porque a mí me encanta espejarme todas las mañanas mercurinas, sin riesgos de un pasagonzalo.

En consecuencia sí, disfruto muchísimo de la clase de lengua española con el profesor Claudio Cardenales, tanto que apenas soy consciente del transcurrir del tiempo cuando acaba la hora lectiva. Salimos al pasillo y vemos pasar a Jorge. Es curioso que antes nunca hubiéramos reparado en él, y ahora, nos lo encontramos constantemente. Es como una de esas casualidades, inexplicables pero existentes, en las que después de un largo periodo de tiempo sin cruzarse con un individuo por obra del azar se encuentra todos los días de una semana. ¿Será el destino lanzando señales que ignoramos?

El caso es que Jorge es un buen chico. Con su eterna cara de niño no parece mayor que nosotras pese a serlo y es de sonrisa muy fácil. Despierta un cariño prácticamente maternal, así que lo acogemos debajo del ala como buenas gallinas cluecas. Ya que todos disponemos de un periodo de descanso,

nos propone unirnos a una partida de mus en la cafetería con él y su colega, Hugo. Lucía titubea. La miro.

—¿Estas segura de querer ir a la cafetería de la universidad? —comenta preocupada.

Insisto en ir. Todos queremos hacerlo. Hay pocas probabilidades de encontrarme con Él a esta hora; además, no estoy sola y arrinconada, no voy a esconderme para siempre.

La partida es entretenida. María es una experta porque tiene un hermano mayor universitario; a Eva le ha enseñado Mario, pero es demasiado nerviosa enseguida se le nota cuando tiene buenas cartas; yo recuerdo las nociones básicas y Lucía es tan buena farolera que cuele todos los órdagos. Ella y yo hacemos buen equipo. La pareja ganadora se mantiene en el juego y la perdedora se releva. Continuamos jugando durante toda la hora, y antes de darnos cuenta llega el tiempo de descanso de la mañana para todos y la cafetería se llena. Eva llama a Mario para comunicarle que hoy hemos cambiado de escenario. El resto del grupo vendrá también en vez de salir a nuestro café usual. Sé que hay muchas posibilidades de cruzarme con Él. Era nuestro punto de reunión entonces, por lo tanto decido estar preparada. Trato de mantener la calma y no estar pendiente de su llegada esgrimiendo la indiferencia como mi nueva arma, pero me resulta difícil.

Lo diviso antes de que siquiera pueda elegir asiento. No sé si es un radar de supervivencia o los ecos de un amor profundo en el que percibir a la pareja es un instinto natural, pero encontrar a “Wally” nunca fue tan fácil.

Su mirada cae en mí, luego sobre las caras de los demás y vuelve a mí. Su descaro me incómoda. Siento su mirada ardiendo en mi alma. Trato de evitarla y sonrío a Jorge cuando hace un comentario sobre su mala suerte a las cartas. Inmediatamente me arrepiento. Sonreír a otro hombre delante de Él la mayoría de las veces conllevaba desenlaces amargos para mí. Soy idiota. No tiene

ningún derecho sobre mí. Ya no hay consecuencias.

Álex hace su aparición aflojando un poco la tensión que retengo en mi cuerpo. No puedo evitar que su presencia me produzca seguridad mientras que Él me provoca desasosiego. Camina firmemente con largas zancadas seguido de Oscar, por detrás llegan Mario y Javier. Sus pasos caen con fuerza sobre las baldosas del suelo a través de sus botas negras. Su entrada con su básicamente uniforme negro, sus piercings y ese estilo de “*meimportatodounamierda*” logra que muchas miradas se vuelvan a ellos. Mis ojos se llenan de calidez y afecto e inevitablemente se vuelven de nuevo hacia Él. Son tan distintos como el día y la noche. Él es todo luz y sonrisas cordiales, envolviendo una tenebrosidad interior muy negra. Álex, aparentemente es oscuridad y sombras, ocultando una gran humanidad.

Mi mirada me delata y revelo la presencia de ambos. Los ojos de los dos se enganchan en una fría y sutil advertencia que no termina hasta que Álex llega a mi lado. Percibo un ligero atisbo de ira contenida en sus pupilas, que desaparece en cuanto finaliza el enfrentamiento visual y se vuelve dándole la espalda. No hay ninguna silla libre. Oscar empuja sin sutilezas medio trasero de Lucía fuera, ocupando la mitad del asiento con el suyo ante la mirada atónita de esta.

—¿¡Qué?! Si ibais a cambiar de lugar por lo menos deberíais haberos molestado en guardarnos sitio.

Eva deja el suyo a Mario y se sienta sobre su regazo. Los libros de Álex caen al suelo junto a mí, aunque él se queda en pie tras mi asiento. Su mano cae en mi hombro. No sé si ese gesto forma parte de la estrategia para alejar a Abraham o realmente trata de transmitirme calma, pero funciona en ambos casos.

Alguien se molesta en hacer las presentaciones; creo que es María porque Lucía tiene una feroz batalla con Oscar por recuperar una parte del territorio

conquistado, mientras él se defiende argumentando que el trasero de Lucía apenas necesita sitio, y Eva y Mario están enfrascados en un saludo... profundo y largo.

—Entonces —comienza Jorge—, ¿estáis todos enganchados?

¿Huh?

Oscar se ríe.

—¿Es una forma sutil de preguntar si las chicas están libres?

—No tío, solo lo digo porque es lo que parece —dice Jorge sin importancia.

El pulgar de Álex se mueve por mi cuello. Estoy empezando a adorar que lo haga. Todavía no entiendo cuál ha sido el origen de este gesto ni cuándo se ha vuelto usual, solo sé que luché por mantener los ojos abiertos cuando lo hace, sin ronronear. No creo que ahora mismo sea siquiera consciente de que lo está haciendo porque su postura continúa en alerta y tiene media atención fuera de esta mesa.

—Solo esos dos son pareja —explica Oscar señalando a Mario y Eva—. Y bueno... —nos echa un vistazo a Álex y a mí. Sonríe. El dedo de Álex se detiene—. Lucía está enamorada de mí en secreto —concluye e inmediatamente acaba con el culo en el suelo.

La susodicha recupera todo el asiento y le sonrío con burla desde arriba. No puedo evitar romper en carcajadas. Tampoco el resto. Oscar se frota el cuello derrotado.

—Ya que he sido desterrado aprovecharé para traer los cafés —dice y se levanta ayudado por Javier que le extiende un brazo.

—Vamos, fenómeno. Te acompaño —le dice

Hace un rato que hemos dejado de jugar y Hugo ha recogido su baraja. Jorge me pregunta si aún tengo el libro. La verdad es que acabé comprando uno nuevo para la biblioteca y me quedé con el estropeado. Compartimos un

vínculo especial. Rotos por la misma persona. Pegué las solapas como mejor pude y lo tengo en rehabilitación. Consideran que soy tonta por haber hecho algo así, pero mi conciencia duerme más tranquila de esa forma. Soy una chica responsable. En realidad, el gasto innecesario e imprevisto me duele porque trato de ahorrar para sacar el carnet de conducir. Otra vez. Sí. Llevo conduciendo durante trece años y ahora me encuentro con que no puedo hacerlo legalmente. Pero es un pequeñísimo inconveniente comparado con todas las ventajas. Mis ahorros volaron para comprar el ordenador y el móvil, por consiguiente no tengo más remedio que esperar a reunir dinero de nuevo. Además, obtener el carnet de conducir no es nada barato ¡Qué empeño en sangrarnos por estudiar! Cualquiera pensaría que puesto que el incremento de la educación y los conocimientos de una población enriquece a su país, se debería promover y orientar de forma que estuviera al alcance de todos. Que ilusa soy.

Cuando vuelven con las tazas, Oscar retoma su lugar en la mitad del asiento de Lucía. Jorge y Hugo se levantan con intención de irse, por lo que Álex y Javier pueden sentarse en sus asientos.

—Oye, tal vez podríamos quedar este fin de semana para hacer algo, va a haber una fiesta de Ingeniería el viernes —dice Jorge sin alejarse de la mesa—. Todavía tengo tu número de teléfono, si quieres te llamo cuando sepa la hora exacta.

—Lo siento, este fin de semana vuelvo a casa.

—No puedes irte si hay una fiesta universitaria; es la primera del año y la nuestra como estudiantes, es un deber y una prueba de honor ir —me reprocha Lucía.

—Dejando de lado que ya no estamos en el siglo XVIII, mi decisión es inamovible —digo— necesito ir a casa. —Algo debe de notar en mi tono de voz porque se muerde los labios y no insiste, de otra forma lo hubiera hecho

hasta la saciedad.

—Está bien —cede y coge un bolígrafo enganchado a la cuerda de una carpeta al azar y escribe en un trozo de servilleta—. Llámame a mí cuando sepas la hora, yo convenceré a los demás.

Se alejan con un saludo de despedida, y los veo abandonar la cafetería. Mis ojos se desvían por un segundo hacia Él. Está apoyado en la barra con descaro y su mochila a los pies. Bebe café de una taza y me mira por encima de ella.

—Creía que no volvías hasta el puente de Diciembre —comenta Oscar mientras María, Mario y Eva se enfrascan en su propia conversación.

—Tengo nostalgia —explico.

—¿Cómo vas a ir? —me pregunta Álex.

—En autobús. Creo que sale uno a las tres.

—Es espeluznante —suelta Lucía de repente, nos giramos hacia ella.

—¿El autobús? —pregunta Oscar.

—No, ese capullo. No te quita los ojos de encima. —Trato de no mirar, pero noto que Álex levanta la mirada hacia él.

—¿Quién? ¿Dónde? —pregunta Oscar volviéndose alrededor.

—No mires, idiota —le ordena Lucía dándole un codazo—. ¿Y si te sigue? ¿Y si se mete en el autobús?

—¿Habláis del tipo ese que te estuvo provocando en el bar de Teo la noche de Halloween? —pregunta Javier. Álex asiente con la cabeza—. ¿Cuál es su problema? Joder, ¿está obsesionado contigo? —me pregunta.

Me encojo de hombros pero es Álex el que contesta:

—Algo así.

Javier consternado asiente con la cabeza. Su expresión cambia cuando recuerda algo. Deja la taza de café con fuerza en el platillo.

—¿Y qué es lo que te dijo? —El paquete de tabaco baila en la mano de

Álex y se niega a levantar los ojos de él. No responde. Él no sabe que yo lo sé.

—Trató de descubrir si estaba interesado en mí —le explico a Javier y recibo la mirada de Álex.

—¿Te ha dicho él eso? Porque eso no fue exactamente lo que me preguntó. —Me encojo de hombros. Le he interrogado sobre ello un montón de veces y no ha querido decírmelo—. ¿Qué más?

—¿Qué?

—¿Qué más te dijo sobre eso? —pregunta impaciente. Creo que Él y cualquier tema sobre Él están comenzando a alterar a Álex, y eso es realmente inusual.

—Que le dijiste que no —le respondo. Me mira. Oscar resopla y salta:

—¡Joder tío! Podías haber aprovechado a marcar territorio y deshacerte de él.

—¡Dios Oscar! ¿Marcar territorio? —le digo volviéndome hacia él—. ¿Como echar una meadita a mi alrededor? —y según sale de mi boca me arrepiento porque inmediatamente las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba.

—Bueno Ana, en referencia al sexo, si eso es lo que te gusta lo respeto profundamente, solo asegúrate de que beba mucha agua antes —se burla Oscar.

—Dale —le digo a Lucía que recibe el mensaje instantáneamente y le arrea una colleja con más entusiasmo del que había previsto inicialmente. Me río entre dientes cuando él se queja con un lastimero, ¡Ay!—. Además —añado —, él ya piensa que estamos juntos, y Álex tiene derecho a cambiar esa circunstancia cuando quiera, no tiene ninguna obligación de fingirlo.

—Pobrecito —suena con ironía, y lo que sorprende es que el comentario llega de Javier y no de Oscar, lo que hace surgir sonrisas en los labios de los

cuatro, incluida Lucía.

—El problema es que no parecéis pareja —dice ella señalando acusatoriamente a Álex.

James Arthur _ Get Down

Me tapo la cara con las manos y ahogo una queja.

—Lucía, por favor. —Lo que realmente quiero decir es; no le presiones no sigas por ahí—. Suficiente ha hecho. No hace falta que lo crea toda la universidad, solo él, y ni siquiera sé si funciona. —Lo digo todo sin descubrir mi rostro. Por un momento empiezo a sentirme cansada de todo, y quiero adelantar el momento de irme a casa y alejarme—. A lo mejor, debería olvidarme de esto; dejar de estudiar e irme a casa o hacer la carrera a distancia —me froto la frente estoy al borde de la extenuación.

—¿Qué? —pregunta Javier— ¿No hablas en serio?

—Eso sería huir —dice Oscar.

—Exacto. Nunca he dicho que sea una luchadora o que sea fuerte —rebato y me doy cuenta de que me estoy encendiendo—. No todos podemos serlo, y yo estoy al límite de mi resistencia. A veces se socava tanto la voluntad de una persona que llega un momento en que no queda nada y refugiarse en un agujero oscuro es la única salida a no volverse loca. Soy una cobarde —reconozco sin vergüenza y niego con la cabeza con pesar y rabia—, una cobarde que vive con miedo todos los días de todas las semanas, de todos los meses y estoy cansada de tener que enfrentarme a ello. ¿Para demostrar qué? No tengo que demostrar nada a nadie, ni siquiera a mí misma. —Miro a Abraham—. Él continua teniendo el poder para hacerme sentir como una mierda indefensa que no vale nada, ¿y qué si me escondo para no tener que sentir eso nunca más? —me levanto y recojo mis cosas. Sé que he hablado más de lo que quería y que están atónitos con mi arrebató. Luego pediré disculpas por mi brusquedad,

pero ahora solo necesito salir de ahí—. Nadie puede culparme por querer huir —añado y me escabullo sin mirar a nadie.

Por primera vez estoy tan llena de ira que incluso saber que Él puede seguirme o tratar de enfrentarme sola no me causa miedo, no mucho al menos, y me pregunto dónde ha estado escondida esta furia y durante cuánto tiempo que ni siquiera sé de dónde sale o por qué. Lo miro al pasar a su lado. No rehúyo su mirada y su sonrisa burlona. Paladeo en la punta de mi lengua un sentimiento nuevo hacia él que no registro en un principio. El sentimiento se afana en reunir lo necesario para comenzar a anidar en mi corazón a largo plazo, y es cuando se asienta que lo reconozco. Odio.

Estoy tan cansada de sentir miedo que parece que el odio hace su aparición para empujarlo a un lado. No sé si será mejor o peor, pero es nuevo y me hace sentir más fuerte. Cuando su sonrisa se ensancha mi dedo medio resurge de mi mano en su dirección y doblo el resto. Le hago el gesto bien visible que más le repele. Le resulta poco femenino, totalmente inapropiado para una mujer, y me lo dejó bien claro el día que me lo retorció hasta que el dolor me obligó a pedir perdón por habérselo hecho. Sus ojos se agrandan, su sonrisa desaparece, la ofensa está hecha. Veremos si tiene repercusiones.

Me tenso cuando una mano cae sobre mi hombro y me detiene, pero esta mano se apoya con delicadeza, sin exigir y con mucho cuidado de no hacerme daño. Sé de quién es antes incluso de volverme hacia él. Álex. El color de sus ojos se intensifica cuando me mira, o tal vez es lo que me parece a mí porque su expresión es indescifrable una vez más.

—Vamos a hacer esto bien ¿de acuerdo? —dice y no tengo ni idea de que está hablando.

Antes de que pueda preguntarle a que se refiere, su mano se desliza desde mi hombro a mi nuca, y sus dedos se enredan en mi pelo atrayéndome hacia él. Le interrumpo con mi mano sobre su pecho.

—Espera. —Sus labios se detienen a escasos centímetros de los míos pero ninguno retrocedemos, su aliento mezcla de café y un ligero aroma a cigarro llega hasta mí, y mis labios se sienten atraídos hacia ellos como las abejas a la miel. Trato de hablar—. No tienes por qué hacer esto. Yo no soy responsabilidad tuya.

—Lo sé —responde y su mano tira suavemente de mi pelo hacia él eliminando la separación de nuestras bocas.

Sus labios caen blandos sobre los míos. Los atrapa entre los suyos y los encierra dentro de ellos. Apenas se separa para volver a atraparlos con más intensidad y le respondo. Lucho por el dominio de este beso demasiado suave en busca de más intensidad. Me había negado a pensar en el entusiasmo con el que respondimos la primera vez, pero su recuerdo nunca dejó de persistir. ¿Quiero repetirlo? Tal vez. Me apodero de su boca. Mi respuesta estimula la suya con más ímpetu y noto cómo tira de mí más cerca con su otra mano en mi cintura. Jadeo. Su lengua se desliza entre sus labios con ligeros toques pidiendo permiso para entrar y mis labios interesados se abren sutilmente para permitirlo. Pero no estamos solos. Aunque la cafetería ya no esté tan llena, hay gente circulando hacia la salida y nosotros la taponamos, así que cuando alguien nos susurra que nos busquemos una habitación nuestros labios se separan. Apoya los suyos en mi frente sin dejarme ir y cuando bajo la cabeza avergonzada tratando de esconderme y oímos «cabrón afortunado», los noto curvarse hacia arriba.

Puedo confesar que no estoy incomoda entre sus brazos pese que dispara todos mis sentidos defensivos y sensitivos. Compraría un billete de solo ida a los brazos de Álex todos los días, y al parecer ninguno de los dos tiene prisa por alejarse. He echado tanto de menos este tipo de ternura y contacto que necesito aferrarme a ello un poco más. No entiendo por qué me permití vivir sin algo que se siente tan bien, como si ya no necesitara los besos inflamados

o los abrazos vibrantes.

Nada más lejos de la realidad. Todas las parejas deberían hacer cursos intensivos sobre las formas de recobrar la pasión cuando se apaga. Tratar de recordar la capacidad inagotable de amar y demostrar cuánto como si no existiera nada mejor que hacer o donde estar en el mundo. Me duele y desgarrar el alma pensar que he vivido sin esto y, en todos los años de frío alejamiento en que la única calidez provenía de la estufa, y elijo no volver a permitirlo. Voto por los besos interminables y las caricias ardientes. Miro a Álex. Sus ojos viajan por mi cara buscando algo. La forma intensa en que mira es desconcertante e inquieta como si estuviera tratando de descifrar un complicado galimatías.

Su mano sigue enredada en mi pelo acunando mi nuca, por lo cual solo tiene que acercarme un poco para susurrarme al oído:

—Vamos, voy a llevarte.

—¿Adónde? —pregunto sin separarme de él.

—A tu casa. Oscar nos deja su coche —lo miro asombrada.

—No puedes hacer eso. Tardarás cuatro horas en ir y volver, y perderás más clases otra vez.

Se encoge de hombros como toda respuesta. Mi mano se pierde bajo la suya cuando la coge con suavidad y me lleva con él.

No es hasta que hemos recorrido un trecho cuando me doy cuenta que me he olvidado absolutamente de comprobar la reacción de Abraham. En realidad, me he olvidado de Él por completo.

8

69 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2006, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

The XX_ Intro

Álex no conduce deprisa. Lo que es raro en un chico de veinte años y sin la amenaza de la pérdida de puntos en el carnet. Maneja el coche como el resto de las cosas, con calmada despreocupación.

Creo que me lo estoy comiendo con los ojos y supongo que debería sentirme avergonzada, pero hay algo irresistible en cómo maneja el coche. Su postura es relajada, se le nota totalmente cómodo y no se altera cuando otro coche se le cruza sin precaución o lo adelantan. Sus piernas son demasiado largas, y ha tenido que empujar el asiento hacia atrás para sentarse con comodidad. Trato de no mirar su mano cuando cambia de marcha con el dedo índice y corazón sin ningún esfuerzo. Su otra mano está floja y sus dedos estirados a lo largo del volante, sin curvarlos ni presionarlo. Me gusta que sea precavido y compruebe constantemente el tráfico en los espejos. Me gusta él. Tendría que tener una corteza del material más duro y opaco del mundo, alrededor de mi cerebro para ser indiferente. Ni siquiera ser ciega y sorda serviría de excusa. No teniendo dedos y boca.

Suspiro y me repantingo sobre el asiento. Mi mirada vuelve a él y se cruza con la suya. Me sonrío ligeramente. ¿Estoy siendo muy obvia?

No me gusta porque tenga unos ojos increíbles, es su forma de mirarme; ni

su sonrisa ladeada, sino su forma de sonreírme; ni que sea interesante y atractivo, es su forma de retenerme en sus brazos junto a él y ese carácter totalmente apacible y fascinante que me hace sentir que no tengo nada que temer de él. Me aporta tanta seguridad y protección que me estoy haciendo más fuerte a su alrededor.

—¿Quieres escuchar música? —me pregunta. Asiento con la cabeza—. Creo que Oscar guarda la carpeta con los cd en la guantera.

Abro la guantera e inevitablemente se cae el contenido porque por ley sistemática siempre la llenamos hasta los topes y la cerramos a presión, en consecuencia me encuentro con parte de su contenido desparramado a mis pies y mi regazo cubierto de condones. ¡Santo cielo!, hay como veinte. Los ojos de Álex caen en ellos y de nuevo a la carretera.

—Hombre precavido vale por dos —murmuro y Álex se ríe entre dientes—. ¿Está pensando en tener suerte? —Cuento dieciocho—. Mucha suerte, en realidad.

—Supongo —responde.

Los devuelvo a su sitio después de encontrar los cd y guardo el resto de papeles, envoltorios de bollicaos y paquetes de chicle. Encuentro álbumes de Iron Maiden, Los sex Pistols, The Doors, Extremoduro, Los Suaves. Saco dos de ellos y se los muestro a Álex.

—¿Platero y tú o Leño? —le pregunto.

—El que tú quieras —responde. Cualquiera de los dos son obras maestras, así que lo hago a voleo sin mirar y Platero y Tú sale ganador. Comienza a sonar *El roce de tu cuerpo*. Canto el estribillo junto a Fito no muy alto pero suficientemente audible.

“Y creo que muero si no siento el roce de tu cuerpo junto a mí. Recuerdo tus labios y esos ojos que al mirar casi hacen daño.”

Sí, soy de las que cantan dentro del coche sin disimulo, y bailo también

siempre que puedo mientras tenga un buen día. Ahora no es el caso. ¡Oh mi Dios!, espero que no crea que es un mensaje subliminar. Lo miro y me devuelve la mirada. Esto está comenzando a convertirse en hábito.

Recibo un aviso de mensaje en el móvil. Es Lucía. Me dice que la llame al llegar a mi casa, que tenemos que hablar sin moros en la costa. Lo que quiere decir que no quiere que Álex se entere sobre el tema de nuestra conversación. Apuesto que versa sobre él. Llamo a casa. Explico a mi madre que no hace falta que me recojan. Las comunicaciones del transporte público son prácticamente inexistentes en el pueblo. Dependemos totalmente del coche para ir a la capital o cualquier otra población cercana. Jul y yo hemos pateado mucha bicicleta para movernos. Sin embargo, los sacrificios que requieren vivir al pie de una montaña rodeados de naturaleza en nuestra casita de ladrillo y piedra, son algo por lo que estaría dispuesta a sufrir durante cien vidas. Comento que Álex, supongo que mi madre lo recuerda, me está llevando en coche a casa.

—Que amable de su parte. Dile que conduzca con cuidado y despacio. Por aquí está cayendo una gran tormenta.

—Vale, un beso mamá.

No considero decírselo puesto que ya lo hace, y supongo que lo ha oído de todas formas.

—¿Asumo que tus padres no saben nada? —me pregunta sin desviar la atención de la carretera. No hace falta que le pregunte de que habla porque lo sé.

—No —susurro.

—¿Solo tu hermano? Asiento con la cabeza. Aprieta los labios y sé que algo le ronda la cabeza. Me mira pero no es inquisitivo. Comienzan a caer gotas grandes y pausadas de lluvia.

—¿Y tú? ¿Tienes hermanos? —le pregunto. Habla tan poco de él.

—Sí, un hermano mayor que yo.

—Oh, mi más sincero pésame entiendo lo que es —le digo con guasa y él sonríe.

—En realidad hace mucho que no lo veo, se marchó a Inglaterra y vuelve muy de vez en cuando.

—Eso es una buena excusa para viajar a Inglaterra cuando quieras —le digo.

—¿Te gusta viajar?

—¿A quién no? Asiente con la cabeza.

—¿Y a dónde te gustaría ir?

—A Alaska —respondo sin pensar.

Me mira con las cejas alzadas y, tras comprobar que hablo en serio, se carcajea. No entiendo que le hace tanta gracia.

—Alaska —repite.

—Sí, Alaska.

—¿Te gusta el frío?

—Más que el calor —respondo—, pero Alaska no es un par de iglús en medio de un lago helado con un agujero para pescar. La mayoría de las personas tiene esa imagen en la cabeza; ven a Alaska en blanco, y tiene más gama de azules y verdes que cualquier otra región. Me gusta la idea de la cabaña de madera entre montañas verdes nevadas junto a un lago —explico y me echa un vistazo.

—¿Más que la idea de una playa tropical?

—Definitivamente. Es más fácil perderse —y no me gusta la arena. No puedo creer que no incomode a todo el mundo que esa desgraciada se cuele y se pegue por cualquier recoveco y sea tan difícil deshacerse de ella. Además, odio cuando abrasa y quema la planta de mis pies sin piedad.

La lluvia arrecia con fuerza ahora y aumenta la velocidad de los

limpiaparabrisas. Hacen un ligero ruido seco al caer a su posición original y vuelta de nuevo a levantarse.

—¿Y a ti? ¿Te gustaría viajar?

—¿A quién no? —contesta repitiendo mi pregunta anterior.

—Vale, listillo ¿A dónde? —Sonríe.

—A Alaska —repite y le frunzo el ceño. Me mira y suelta una carcajada—. ¿Qué? Has despertado mi curiosidad. Yo también quiero ver esos azules y verdes, y creo que su fauna es realmente impresionante. —Parece sincero pese a la sonrisa— Me gusta el Malamute de Alaska. —Bueno, ¿a quién no?

—Sí, son peculiares.

—Me gustan los que tienen los ojos azules. Son tan claros que aturden cuando te miran. —Le observo con detenimiento, pero su atención está en la carretera.

—¿Los ojos claros te aturden?

—Sí, los de los malamute, sí —dice con naturalidad fingida.

—¿Cuántos has visto así?

—Uno —responde y casi puedo asegurar que lucha por no sonreír—. Un bellezón, que es por lo cual son conocidos, pero eso no es todo lo que me gusta de ellos; tienen mucha resistencia y fuerza; además, soportan grandes cargas —me mira durante un segundo— cuando tiran de los trineos y eso.

Lo miro boquiabierto. Soy yo la que está aturdida. ¿Habla de mí? No lo tengo nada claro. Debería saberlo. Pero él es tan hermético. No percibo ninguna señal, y dejando de lado el hecho de que a lo mejor me está comparando con un perro, ¡hugh!, me emociona creer que piensa eso de mí.

—He leído que son tercos y un poco difíciles también —le digo, y es cierto.

—Yo también leí esa parte, pero eso solo lo piensan las personas que no los conocen porque son muy independientes y no les gusta los espacios

cerrados o que los acorralen. En realidad son muy afectuosos —y vuelve la sonrisa— y juguetones.

Sus dedos se mueven ligeramente en el volante. Habla con tanta franqueza y sencillez que sigo confundida. ¿Cree que soy independiente? ¿Un bellezón? ¡Guau!

—Sabes mucho sobre ellos.

—No tanto, pero es una raza que me interesa y trato de aprender sobre ella.

No voy a preguntar. Si estoy equivocada me moriría de vergüenza. Me recuesto de nuevo sobre el sillón.

—Siempre han sido mis favoritos —reconozco.

—No me sorprende ya que es una raza especial —concluye y se inclina hacia el cristal con los ojos entornados. La lluvia arrecia con mucha fuerza y circula muy despacio porque la visibilidad es muy escasa—. ¿Tienes frío?

—Estoy bien —le respondo y la mano que se acercaba para subir la temperatura del calefactor se detiene y vuelve a apoyarla sobre el freno de mano—. Entonces, ¿eres de los que creen que los perros acaban pareciéndose a sus dueños?

—Puede ser, ¿tienes uno?

—Un pastor alemán. Una en realidad. Es hembra —le explico. Hace siete años que murió en mi anterior pesadilla y toda la familia lo sintió mucho. Estoy entusiasmada por verla otra vez.

—¿Cómo se llama? —pregunta y sonrío.

—Queen.

—¿Fans del grupo? —me pregunta con las cejas alzadas.

—Absolutamente.

—¿Y cómo es?

—Fuerte, despierta, está llena de vida, también es un poco dominante pero

es muy buen perro guardián y muy leal. —Vislumbro un atisbo de sonrisa.

—Bueno, hipotéticamente hablando, parece que el dueño real es tu hermano. —Me rio sin poder contenerme porque tiene razón. No solo porque la descripción se ajusta absolutamente a Jul, también porque es verdad que de todos, a quien Queen sigue y adora es a él.

El viaje se hace corto y apacible pese a la fuerte tormenta y a que avanzamos despacio. Hablamos sobre bastantes cosas: las clases, los profesores y nos contamos historias divertidas de los amigos. En general no habla mucho sobre él. Prefiere escuchar y la mayoría de las veces tengo que preguntar para saber. Como siempre, a veces lo hace y otras evade el tema sin sutilezas, pero tiene facilidad para sonreír y para hacerme reír. Le indico la dirección a tomar cuando nos acercamos al destino.

Siempre siento un ramalazo de orgullo cuando tomo el camino de entrada al pueblo y contengo la respiración ante la maravilla que me rodea. Me encanta que se trate de un lugar pintoresco y con gran encanto. Su paisaje reproduce la estampa de los mejores cuadros paisajistas con sus altas montañas de fondo y sus bosques profundos. No tenemos edificios de grandes alturas. El pueblo se compone de pequeñas urbanizaciones con casas unifamiliares rodeadas de parcelas de hierba y vegetación. Solo el centro tiene casas adosadas o alguna comunidad de dos pisos con la típica panadería de horno de leña, la tienda de ultramarinos que vende de todo y los rudos bares con las barras llena de los pinchos que no pueden faltar.

Hace poco han abierto un hotelito rústico con todos los aspectos fundamentales y tradicionalistas de la vida agreste, excepto por el restaurante de cuatro tenedores de cocina gastronómica moderna. Sí, de esos en que los nombres de los platos son interminables, aunque las raciones en los platos minúsculas. Menos mal que tenemos cerca una sidrería con suministro ilimitado desde las barricas y chuletones XXL para los estómagos feroces de

ciertos lugareños. Lo cierto es que este tipo de ofertas, las zonas magníficas para practicar senderismo y el encanto del pueblo han comenzado a atraer a un sinnúmero de turistas entusiastas e interesados.

Le indicó que gire a la derecha desde la carretera principal y la urbanización con la casa de mis padres aparece enseguida. La visión se torna más bien gris debido al incontrolable aguacero. Le indico que avance hasta el final, justo antes de llegar al río escondido entre los álamos y abedules ya desnudos y despojados de sus hojas.

Me inclino hacia el volante y toco el claxon dos veces delante de la puerta de hierro que cierra la entrada. Muerdo mi labio conteniendo los nervios y la anticipación por volver a casa. Estoy en casa. Estoy en casa. Me repito. Nunca ninguna otra ha sabido tanto a hogar como esta. La puerta automática se abre y le indico a Álex que dirija el coche hacia dentro. El camino de entrada es muy corto. Apenas un par de metros y le digo que aparque el coche. No sé si llorar o reír. Estoy tan feliz de estar en este lugar y este tiempo.

Queen ladra fuera del vehículo mojándose por la lluvia. Es desconfiada con los coches que no conoce. Oscar tendrá suerte si no le pincha una rueda con los dientes.

La puerta principal se abre y sale mi padre con un paraguas en la mano y otro abierto sobre él. Álex me mira. Supongo que no debe estar seguro de qué hacer aunque mi padre resuelve cualquier duda cuando abre la puerta del conductor y le tiende el paraguas que lleva en la mano.

—Vamos hijo, cúbrete y entra.

Un último vistazo hacia mí en busca de mi aprobación. Asiento con la cabeza y gira la llave para apagar el motor antes de extender la mano hacia el paraguas. Mi padre da la vuelta hacia mí, por delante del coche, y me rodea los hombros con un brazo para estrecharme bajo su paraguas. Me refugia de camino a casa mientras Queen salta alrededor loca de contenta. Me paro para

hacerle unas caricias detrás de las orejas y plantarle un beso en lo alto de la cabeza. El olor a perro mojado invade completamente mis fosas nasales, pero no me importa.

Mi madre está en la puerta hablando con Álex, preguntándole que tal el viaje y recogiendo su chaqueta para colgarla en el perchero. Limpio mis botas en el felpudo de la entrada y cuando mi madre me ve y extiende sus brazos hacia mí me dejo caer en ellos. ¿Hay algo más reconfortante que los abrazos de una madre? No, sin duda. Nunca me cansaré de hacerlo. No importa la edad o el lugar, siempre es un buen momento para dar un abrazo a una madre. No hay amor más profundo, ni más entrega absoluta que la que surge de ellas. También de mi padre, por supuesto, aunque a su manera más ruda y tosca.

—¿Cómo está mi pequeña? —En realidad, puestos a ser precisos, ella es mucho más menuda que yo. Me separa para verme mejor y un ceño se frunce—. Estás más delgada, mírate, puro hueso. ¿Es que no comes bien?

—Mamá —me quejo.

—Está bien, está bien, me callo —y hace el gesto de cerrarse los labios como si fuera una cremallera y, en vez de ponerle los ojos en blanco, me parece terriblemente entrañable y le planto un sonoro beso en la mejilla—. Acercaos al salón, que esta la chimenea encendida y podéis entrar en calor. Jul no tardará en llegar y tengo la comida lista.

Me doy cuenta de que ha extendido la invitación a Álex de forma totalmente natural y sin contar con su opinión. Es más, le pone una mano en el hombro y lo empuja levemente hacia el salón mientras hace lo mismo conmigo.

—No tienes escapatoria —le digo y me sonrío un poco avergonzado.

—¡Oh! no puede salir con este temporal —dice mi madre contundente. Curioso que el tiempo no haya sido un impedimento para llegar a casa pero sí a la inversa, aunque razón no le falta—. Han dicho en las noticias que va a llover de esta forma durante todo el fin de semana, por lo que he preparado la

otra cama en la habitación de Julián, y estoy segura de que puedes utilizar ropa suya si quieres cambiarte. —La miro atónita. Álex se frota el cuello con una mano. Diría que está un poco incómodo.

—Uhm —comienza— no quiero molestar.

Mi padre suelta una sonora carcajada.

—No te preocupes, no es molestia. En esta casa cuanto más gente mejor nos lo pasamos, ¿a qué si, Ana?

Sí. Eso es cierto. Nuestra casa es como un refugio para todo el mundo. Amigos, primos, conocidos. Siempre hay alguien pasando unos días. De ahí, la disponibilidad de camas extras. Nunca se le dice que no a nadie y siempre se extienden invitaciones. Es divertido.

Una vez más, me mira en busca de mi aprobación antes de contestar, pero no es decisión mía, solo él puede decidir si quiere hacerlo o si tiene algún plan que no considera aplazar. A mí no me molesta que se quede. Ya vivo con él, por Dios. Me encojo de hombros sin ocultar la diversión en mi cara. Es entretenido verle un poco perturbado.

—De acuerdo, pero tengo que preguntar a Oscar si necesita que le devuelva el coche —dice.

—Claro, tienes ahí un teléfono y tienes otro arriba si necesitas más intimidad —le explica mi padre—. Ana te puede enseñar donde está.

—No hará falta —dice sacando su móvil del bolsillo trasero de su pantalón y mostrándoselo a mi padre.

—Voy a ayudar a tu madre, siéntate junto al fuego —me dice a mí con un beso en la sien.

Cojo una silla de la mesa del comedor y la coloco junto a la chimenea encendida. Avivo el fuego con un atizador y me siento a contemplar las llamas. Trato de simular que no estoy escuchando la conversación de Álex mientras habla con Oscar, pero es inevitable oír.

—Sí —le dice alargando la sílaba con paciencia—, puedes utilizar la moto. Las llaves están en el cajón de mi escritorio —le oigo suspirar y pasarse la mano por la cara—, pero Oscar con cuidado, no hagas locuras. —Aprieta los labios mientras escucha y una leve sonrisa aparece en ellos—. Eh... sí. —Me echa un vistazo y me vuelvo hacia el fuego—. No hará falta, ¡dios Oscar!, estas totalmente chiflado —exclama y me río. No puedo evitarlo, aunque no tengo absolutamente ni idea de qué están hablando. —Nos vemos —añade y cuelga.

Se sienta en el sofá de puntuación 8 de mi casa inclinado hacia el fuego con los codos sobre las rodillas.

—Que frío hace en tu pueblo —dice y asiento divertida mientras el cruza los brazos.

—¿Tienes moto? —le pregunto y asiente. Me río y me mira con las cejas alzadas en interrogación—. Debería haberlo imaginado.

Julián entra por la puerta como un huracán. Mi madre grita que no deje entrar a la perra mojada dentro de casa, mi padre le obliga a descalzarse y yo me quejo cuando me abraza empapado de arriba abajo. Le extiende la mano a Álex y él se la estrecha. Cuando se vuelve hacia mí y de espaldas a él, levanta y baja las cejas con una sonrisa irónica.

Después de comer ayudo a mi madre a recoger y fregar los platos mientras los hombres se entretienen delante de la televisión. Muy sexista, lo sé, pero la verdad es que a mi padre nunca se le han caído los anillos por hacer tareas de la casa y que Álex se ha ofrecido a hacerlo él, pero mi madre se ha negado en rotundo argumentando que es un invitado, por lo tanto he aquí que estamos ella y yo mano a mano, y mientras una enjabona la otra enjuaga. En realidad, solo es una excusa para charlar tranquilamente o en este caso para recibir un

codazo muy poco disimulado de su parte que intento ignorar porque se lo que significa.

—Es muy guapo —comienza y la miro sin confirmar ni desmentir porque doy por hecho que habla de Álex—. Tiene unos ojos increíbles; como los de Paul Newman.

—Eso no es cierto; los de Paul Newman eran claros y los de Álex son más bien de color añil —murmuro. Deja de enjabonar y me mira sorprendida, aunque divertida.

—Bueno, perdona. No sabía que te habías vuelto tan exigente con las gamas de los colores, la próxima vez le pediré que me los enseñe, con la muestras de titanlux que aún guardo, para comparar. —Me rio entre dientes.

—Azul tormenta —anuncio y ahora es ella la que se ríe. De mí. Por supuesto.

—Parece un buen chico. Muy caballeroso por su parte traerte hasta aquí.

¿Está mi madre tratando de hacer de celestina? Me detengo y la miro con los ojos entrecerrados, me devuelve una mirada total e inocentemente fingida. Sí, lo está.

—Mamá, solo somos amigos.

—¡Oh! ¡Pero es tan guapo! ¿Y has visto sus manos? ¡Kilométricas! —canturrea demasiado alto para mi gusto. Mi madre comparte la obsesión de las manos como yo, es más, estoy completamente segura que me lo inculcó ella.

—¡Mamá! ¡Es guapo, pero no sordo!

—¿Debería ponerme celoso? —grita mi padre socarronamente desde el salón mientras Julián se ríe a carcajadas.

No importa cuál sea la edad de un hijo, los padres siempre tienen esa capacidad innata de avergonzarles. Creo que es una de las enseñanzas fundamentales que nos trasmitimos de padres a hijos y nunca falla. Una etapa inagotable de la vida, incluso cuando uno ya es padre y avergüenza al suyo.

Tiene más fuerza hereditaria que incluso los propios genes. Enrojezco. Lo noto. Mis mejillas arden.

—Te has puesto como un tomate —dice mi madre divertida señalando lo evidente. Suspiro.

—Te he echado de menos —le digo y recibo un beso en la mejilla.

—Yo también, amor.

Es difícil entender por qué no he confiado en mis padres cuando siempre han sido un apoyo enorme para mí. No, no es tan complicado. No quería perder a Abraham. Oculté su agresividad para que no fuera juzgado por ellos o me obligaran a apartarme de Él. E incluso cuando comenzó a alejarme de mi familia, volviendo malhumorado de las visitas o enojándose cuando quería hacerlas, continué eligiéndole a Él por encima del resto. Siempre anteponiendo sus deseos a los míos. Inclusive cuando veía el dolor que mi separación les producía. Yo era una marioneta sin voluntad en sus manos deseosa por complacerlo.

Luego llegaron los golpes y fui yo la que me mantuve apartada para que no advirtieran las marcas y el sufrimiento; improvisando una sonrisa triste cuando los veía que nunca alcanzaba mis ojos. Me volví una gran mentirosa. Una estupenda actriz siempre oculta tras un disfraz. Escondiendo de uno y de los otros lo que me haría daño. Así era yo. Una gran farsa con miedo a ser yo misma, y con unas ganas incommensurables y reprimidas de gritar por mi verdad.

No deja de llover en toda la tarde. No es que la vida aquí se detenga cuando llueve, si fuera así, nunca se pondría en marcha, aunque es cierto que la tormenta cae con mucha fuerza. No solemos tener problemas de desbordamiento, a no ser que desde la ciudad decidan abrir la presa para soltar un poco de agua, lo que solo ocurre pocos años.

Álex y Jul acompañan a mi padre a la ribera del río para echar un vistazo a sus niveles de agua. Cojo una gruesa gabardina y me siento fuera en un saliente de la casa. Queen se acerca en busca de caricias. Llamo a Lucía sin dejar de mimar a la perra.

—Oye, ¿qué es eso de que Álex se queda contigo? —Vaya, las noticias vuelan—. ¿Me vais a dejar sola sin un solo remordimiento? Hagamos un cambio al menos, quédate con él, pero envíame a tu hermano—. Me río. No puedo evitarlo.

—Te equivocas de negociador. Tendrás que convenirlo con mi madre porque es la que nos retiene a todos.

—Olvídalo, no puedo argumentar contra tu madre. Ella mola —resuelve y ahí tengo que darle la razón.

Ella cree que Abraham ha quedado realmente afectado por el numerito en la universidad que nos hemos marcado Álex y yo. Lo que realmente no sabe es que su resultado puede ser verdaderamente incierto. De todas formas, ella está emocionada y debo tirar de las riendas, antes de que se desboque con ideas que no tienen lugar dentro de lo que ocurre entre Álex y yo. Solo fue ficticio. Ella no puede creérselo. Dice que estoy ciega y me asegura que los chicos afirman que para Álex es real.

Cuelgo. Vuelven del arroyo. Ya lo pensaré mañana.

Subimos a la habitación de Julián. Sus paredes están llenas de libros, música y películas. Solo que no podemos asegurar a quien de los dos pertenece algunas de esas posesiones. La discusión sobre ello puede alargarse

por horas porque ninguno de los dos cede en eso, y muchas de ellas las coloco en las estanterías de mi habitación para encontrarme que al día siguiente han desaparecido “misteriosamente”. Nos pasa con los libros de la Dragonlance, que él asegura que son todos suyos o los comics de Asterix y Obelix. Es evidente que no es así. Algunos los trajo él y otros yo; sin embargo, ya no tenemos claro cuáles, y somos avariciosos cuando se trata de lectura, música o películas.

La televisión en su habitación es enteramente suya sin discusión, pero también la compartimos. Por norma general, él se tumba en una cama y yo en la otra para verla. Elegimos una película para ver los tres; *It* (eso) porque somos incondicionales de Stephen King, porque es larga (dura tres horas y cuarto) y porque el tiempo acompaña para recrear la atmosfera de terror.

Álex se pasea echando un vistazo a los libros. Coge uno y lo muestra, *Guerra sin amigos de Evert Hartman*. Un libro fantástico.

—Es mío —le aclaro tumbándome en mi sitio sobre la cama.

—Sabes que es mío —dice Julián con deferencia simulada, mientras se tumba en su cama colocando la almohada erguida para recostarse sobre ella y manipulando el mando a distancia.

—Deberíamos haber dejado una señal en cada uno que identificara quien lo traía —le digo mientras Álex lo deja en su sitio con una sonrisa.

—Ya tienen una señal, ¿ves? —dice señalando hacia ellos—. Que están en mi habitación —argumenta—. Siéntete libre de escoger el que quieras siempre que vuelvan —le comenta Álex, y luego me lanza una mirada recriminatoria, por lo que entiendo que la advertencia ha sido lanzada en mi beneficio.

Le lanzo la almohada y la recoge fácilmente.

—Gracias —dice y la coloca cómodamente detrás de su espalda. No sé cómo no he podido verlo venir, siempre hace lo mismo.

Álex titubea entre las dos camas cuando me doy cuenta de mi error. Este

fin de semana, esta es su cama.

—Perdona, no me he dado cuenta —me levanto apresuradamente y empujo a Jul para que me deje sitio a su lado.

—Quita —le digo y le arrebato la almohada sisada para devolvérsela a Álex.

—¿Qué? ¿Por qué no vas a molestarle a él?

—Idiota. —Me sonrío y se aparta dejando espacio mientras me atrae a su lado con un brazo. Dejo la cabeza sobre su hombro mientras oigo como caen las botas de Álex sobre el suelo y estira las piernas sobre la cama cruzándolas una sobre la otra. Se recuesta sobre la cama y Jul pone en marcha la película y apaga la luz.

Se siente raro tenerlo aquí. En mi casa y mi espacio personal cuando nunca ocurrió con anterioridad. Soy muy consciente de su presencia al otro lado, y no dejo de removerme inquieta.

—Te juro que como no te estés quieta vas al suelo. Con suerte a lo mejor te recoge el amigo Álex y te deja sitio.

—Calla.

—Tu elocuencia me deja flipado —suelto una risita. Bueno, no tengo claro que se pueda llamar risita a los sonidos graves que salen de mi garganta.

Volvemos a cenar todos juntos. Mi madre se esfuerza realmente con unos entremeses y merluza en salsa verde. Quiere impresionar a su invitado, y los que quedan gratamente impresionados con él son ellos. Es tan inteligente y tan equilibrado que no es difícil entender por qué. Además, no sé qué cosa tienen los padres con los futuros médicos cuando tienen una hija que les hace retorcerse las manos con ambición. Supongo que dan por hecho que están

asegurando su estabilidad cuando no debería depender de nadie para conseguirla «Quédate los peces, enséñame a pescar» o tal vez lo que les atrae sea la idea de acceso ilimitado y constante de asesoramiento médico para toda la familia.

Me como todo el plato sin rechistar, y Jul me extiende una mirada aprobatoria.

Al día siguiente la tormenta se ha reducido a llovizna, y Julián comenta que habrá un partido en el campo de Rugby, solo que no jugamos Rugby, sino fútbol americano, con el aliciente de que ahora mismo el suelo del campo estará hecho un auténtico lodazal. Es pura diversión, siempre acabamos con barro hasta las orejas.

Mi madre nos avisa que si vamos, tendremos que desnudarnos antes de entrar en casa. Álex inmediatamente levanta la cabeza del desayuno al escuchar eso. Nos reímos abiertamente de él. No deberíamos. Mi madre no bromea. No sería la primera vez que nos hace quitarnos la ropa en la puerta. La última vez que se lo hizo hacer a Jul, mi padre se puso a llamar a voz en grito a una vecina que está locamente enamorada de él, lo que hizo que Jul entrara prácticamente de cabeza en casa.

Jul presta un pantalón de chándal a Álex, una sudadera y unas deportivas. Yo también me visto con ropa de deporte, me recojo el pelo en una coleta y cogemos las bicicletas. Mi padre deja su mountain bike a Álex. Es la mejor de todas y le lanzamos dagas envidiosas con los ojos porque a nosotros nunca nos la deja.

Así que, pese a mi reticencia original a participar de esta actividad, la edad, supongo, decido que será divertido. Hace años que no lo hago, y como

le dice Julián a Alex cuando me pregunta si yo juego al futbol americano; soy una pueblerina marimacho o eso se supone que debo ser si lo hago.

Y puede que sí ya que cuando yo era niña las chicas huíamos del rosa como de la peste porque nos parecía un color demasiado cursi. Nosotras no queríamos ser princesas esperando a que nos rescatase un príncipe azul. Queríamos encestar tantas canastas al baloncesto como los chicos, ser las mejores al futbol o nadar más rápido que nadie. Éramos intrépidas y osadas. Nos burlábamos del rol que nos clasificara como no aptas para trepar un árbol o lanzar un balón o nos empujara a pasear un muñeco con forma de bebé solo por ser niñas.

Es un poco preocupante que todo aquello que nos espantaba porque preferíamos ser “*chicazos*”, esté volviendo a resurgir de nuevo y con ello se ensanchen una vez más las brechas que nos distinguen a las mujeres de los hombres.

Qué clase de lección estamos inculcando a nuestros hijos sobre la igualdad entre sexos si instalamos una súper cocina de color pastel en la habitación de la niña y no dejamos que el niño juegue a cambiar el pañal a un muñeco. O cuando vuelven a resurgir con fuerza las heroínas bellas de los cuentos que se quedan dormidas a expensas de que un hombre las despierte con un beso mientras ellos se vuelven locos, con los juegos llenos de violencia.

Las posibilidades de que acaben haciendo lo mismo cuando crezcan son bastante considerables, y no solo que no avancemos en la lucha por la igualdad, sino que perdamos todos los progresos conseguidos.

Tal vez algún día las niñas puedan hacer lo mismo que los niños sin ser consideradas chicazos o marimachos. No me siento menos femenina por hacerlo. Soy una mujer y me siento muy orgullosa de serlo aunque nuestro recorrido sea más difícil. Jamás pensé «ojala hubiera nacido hombre» y tampoco soy feminista. No creo en los extremismos. La vida no es en blanco o

negro. Ni siquiera gris. Hay muchos más colores de los que puede llegar a percibir el ojo humano.

The Vamps feat Demi Lovato_ Somebody To you

Pedaleamos rápido hasta las instalaciones deportivas de las afueras. De vez en cuando echo un vistazo hacia Álex que nos sigue sin perder el ritmo. Al llegar, tiramos las bicicletas directamente sobre la hierba junto a las que descansan allí. No hay peligro de robo. Por lo menos todavía.

En el campo nos encontramos con parte de la cuadrilla. La formamos los chicos y chicas de similar edad del pueblo.

—Hola forastera —me saludan y reparto abrazos y manos entre ellos. Presento a Álex como mi compañero de piso, y me mantengo a su lado para que no se sienta abrumado y aislado entre tanto desconocido.

—¡Joder Ana! Cada día estás más buena. —Este comentario de rigor viene de parte de Ángel, el batería de la banda de Jul. Siempre lo hace. Todos sus amigos son conscientes de que Jul es un tanto protector cuando se trata de su hermanita, y les encanta hacerlo rabiar.

—¡Eh!, mucho cuidado —le avisa—. Sabes quién es Steven Seagal, ¿verdad? Pues aquí el amigo le enseñó todo lo que sabe —añade cabeceando hacia Álex. Este y yo intercambiamos una mirada. Jul está loco. Deja entrever que estamos juntos.

—Perdona, tío. Lo digo con todo el respeto para sacar de quicio a este —le dice a Álex y le da un manotazo amistoso en el brazo.

—Yo no tengo ningún problema mientras no le ofenda a ella —le responde él.

Es uno de esos momentos en que lo único que hago es pestañear, sin

comprender, sin pensar, sin hacer, y toda mi inteligencia se ha evaporado. Miro a Álex y su actitud tranquila y su expresión indescifrable, y miro a Jul que sonrío abiertamente, y estoy empezando a creer que existe una especie de confabulación por parte de mi familia para empujarme directamente a los brazos de Álex.

—Tienes muchas cosas que contarnos —me murmura Sonia, una de las chicas dándome un codazo.

—Venga los gemelos Walsh hacen equipos —interrumpe Ángel

—No somos gemelos, idiota. —Jul. No sé por qué se sigue molestando en corregirles cuando claramente les divierte llamarnos así una y otra vez. Cuánto daño hizo *Sensación de Vivir* en la mentalidad aturdida de miles de adolescentes, y ¿qué clase de nombre es ese para una serie de televisión? Cuanto más lo repito más estúpido me parece.

Echamos una moneda. Sale cara. Me siento traicionada cuando Julián elige primero y señala a Álex. No es que yo tenga derechos sobre él, pero lo quería para mí. En mi equipo. Insisto. No para mí. En mi equipo. Frunzo el ceño hacia Jul.

—¿Qué? —se ríe— no me puedes culpar por querer a Seagal.

El campo está realmente embarrado y lleno de charcos. Patinamos en el lodo, sin compasión, cada vez que tratamos de correr, aunque eso es lo divertido. Tratar de contener al contrario se vuelve una misión resbaladiza e imposible y comemos lodo cuando caemos al suelo entre risas. La llovizna sigue cayendo, y estamos empapados y enfangados antes de darnos cuenta, pero el ejercicio nos mantiene calientes. Jugamos sin la ropa de abrigo. Luego será más útil. Lo que llevamos puesto se nos pega al cuerpo. No es como si no lo supiéramos.

Echo un vistazo a Álex en el equipo contrario. Uno pequeño. Es infrecuente permitirme recrear la vista en un hombre. Nunca lo hago por

miedo, pero mis ojos lo buscan constantemente y río tontamente cuando lo encuentro luchando con el barro en su ropa. A veces me devuelve sonrisas avergonzadas, otras veces me encuentro que su mirada ya estaba en mí y entonces la que sonrío atontada soy yo.

Somos el equipo en posesión del balón. Lo recibo desde el aire, corro como una liebre, tengo buenos reflejos, esquivo a mis perseguidores. Puedo oír a Julián gritando:

—¡¡¡Noquéala!!!! ¡¡¡Noquéala!!!! —pero no miro atrás, no puedo.

Esquivo a Sonia. Es rápida. Estoy cerca y, ¡anoto! Me dedico a saltar como una loca y celebrarlo con mi equipo.

Jul habla con Álex y le da una palmada sobre el pecho después de que este asienta. Entrecierro los ojos hacia ellos cuando vuelvo a mi posición. No me fio ni un pelo. La siguiente vez resbalo y caigo en un charco enorme sin que nadie me toque, y acabo empapada entera. Se carcajean de mí.

Pablo es nuestro lanzador y lo hace con fuerza, por lo que puedo alejarme una distancia considerable para recibir el balón. Estoy pendiente de la recepción corriendo hacia atrás cuando por el rabillo del ojo veo a Álex acercándose a gran velocidad hacia mí. El balón cae en mis manos. Ni siquiera puedo dar dos pasos cuando me intercepta con su brazo en mi cintura y me hace caer. No me aplasta, cae a mi lado y me sujeta para amortiguar la caída con otro brazo sobre mi espalda. Lo miro con cara de pocos amigos. Tiene un poco de barro en la frente enmarcando una ceja sobre una mirada azorada como si tratara de pedir disculpas.

—Jul te ha impuesto la tarea de noquearme, ¿verdad? —Una sonrisa asoma por sus labios.

—Lo siento, pero eres la más peligrosa sin lugar a dudas. —Se levanta y me tiende una mano para ayudarme.

—Y tú eres su chico de oro, ¿eh? —Tira de mí y me incorpora en un

movimiento. Sus ojos viajan hacia abajo por mi ropa de manera imperceptible antes de subir de nuevo. Recoge el balón del suelo y me lo entrega.

Nunca avanzo mucho con el balón. Es realmente fastidioso verse interceptada constantemente. Me vuelvo con chispas en los ojos hacia Álex desde el suelo. Me ha obligado a caer de espaldas sobre él. Muy caballeroso sí, pero realmente frustrante. Toca defender. Recojo barro con los dedos y me trazo dos líneas en cada mejilla. Pinturas de guerra. Le apunto con un dedo con los ojos entrecerrados y señalo mis ojos con dos. Álex me mira sorprendido y rompe en una carcajada. Bien, quien ríe el último, ríe mejor.

Siempre me quedará el billar. Es demasiado rápido y esquivo. Nos ganan. Jul lanza el balón y Álex lo recibe. Es imparable e imposible noquearle con delicadeza. Me sonrío de vuelta a su posición. Esta vez estudio mi jugada. Corre hacia atrás esperando para recibir el balón. Me lanzo sin freno, embistiendo como un toro. Es como chocar contra un muro de hormigón. El barro supone un factor decisivo en su desplome. Sus manos viajan hasta mi cintura para amortiguar mi caída y se lleva todo el impacto contra el suelo. Suelta un jadeo cuando caigo sobre él sin piedad. Me río.

—Lo siento —me disculpo y levanto la cabeza para mirarlo. La forma intensa en que sus ojos se clavan en los míos genera una onda expansiva que comienza en el centro de mi estómago y se propaga a través de mi sangre por todo mi cuerpo.

Lleva un rato lloviendo más copiosamente y gotas de agua caen de mi pelo empapado a su cara. Mi vida convertida en un anuncio idílico de perfume. Su mano sube para retirar un mechón de mi cara y barre su dedo pulgar por mi mejilla. Oímos un carraspeo.

—Ya sabéis. Hay sitios más calentitos y secos para retozar —dice Pablo, y Ángel lo secunda con una risotada.

La lluvia comienza a arreciar con fuerza, así que no tenemos más remedio

que suspender el partido. Me levanto y Álex se sienta. Se frota la cara con una mano, aunque no se mueve. Más barro para su frente. Corro hacia mi sudadera para echármela por la cabeza y me arrebujó dentro de mi parka. Me siento en el banquillo cubierto junto a los demás, y veo a Álex levantándose en ese momento del suelo y venir hacia nosotros. Una sonrisa maliciosa plaga las caras de los chicos. Álex se pone su sudadera y se sienta sin mirar a nadie.

—Tío, te ha dejado bien noqueado —le dice Ángel con una palmada sobre su hombro y se ríen todos. Hombres.

Mi madre cumple su promesa y nos hace desnudarnos en el garaje antes de entrar en casa, entregándonos toallas grandes para taparnos. Primero yo y luego los chicos. Meto mi ropa sucia en una bolsa que nos facilita para eso. Queen se relame moviendo su cola antes de meter el hocico dentro, con seguridad pensando que se trata de algo comestible. Me la como a besos, y soporto sus lametazos antes de correr hacia la ducha en la habitación de mis padres.

Durante la comida, mi padre emocionado con la oportunidad de tener un nuevo y buen oyente que aún no ha escuchado sus relatos, rememora las historias de juventud que hemos escuchado mil veces, pero que nos hacen reír, tal vez porque lo hacemos desde el punto de vista de Álex al escucharlas por primera vez o, tal vez son risas avergonzadas por la forma franca y sin tapujos de narrarlas de mi padre.

La situación no cambia cuando las historias versan sobre nuestras épicas hazañas, y el sin fin número de travesuras protagonizadas por Jul y por mí; como aquella vez que Jul trajo una iguana. Se escapó de su terrario y tuvimos que buscarla como locos por toda la casa antes de que llegaran nuestros

padres. No lo conseguimos hasta que el grito de mi madre por la noche nos advirtió de su presencia junto a su cama mientras dormía. Nunca nos contó que fue lo que ocurrió realmente esa noche azarosa entre ella y el iguano, pero él quedó realmente prendado de ella, y eso, que recibió un montón de almohadazos. A lo mejor fue eso. Está demostrado que sobre gustos no hay nada escrito.

Por la tarde Jul tiene que ensayar con su banda. Tienen una actuación en un festival de rock en Diciembre. Decidimos ir a verlos más tarde al local donde lo hacen.

Álex y yo nos ponemos dos parkas cargo con capuchas para protegernos de la lluvia, y salimos de paseo por los alrededores con la esperanza de no mojarnos mucho. Por el camino paro y hablo con muchas de las personas con las que nos encontramos. El pueblo no es grande y todos me conocen desde que nací. Es gente honrada y sencilla y me tienen en alta estima, se preocupan por mí y me aprecian. Una calidez me invade. No entiendo cómo es posible que llegara a sentirme tan aislada y no digna de ningún amor. Estaba segura de que no lo valía y no lo tenía, y estar en casa me recuerda que es todo lo contrario, me siento querida.

Un nuevo orgullo brota de la jaula de mi león despierto, aún es pequeño y está en pañales; sin embargo, reluce como oro pulido, es implacable y con fuerte determinación. Es muy importante sentirme arropada por toda la gente que me conoce, mi familia, mis amigos, mis vecinos, Álex.

Surgen las usuales preguntas sobre Álex:

—¿Es tu novio? —A lo que siempre contesto con: «somos amigos».

—Ah, es verdad que los jóvenes de hoy en día ya no os llamáis novios; sois amigos con derecho a roce —dice Paqui detrás de la barra en la que nos coloca dos tazas de café antes de girarse a otro cliente. Me vuelvo hacia Álex. Me mira con las cejas alzadas.

—¿Lo tenemos? —pregunta bromeando llevándose el café a los labios.

—¿El qué? —pregunto, aunque sé a lo que se refiere. Solo quiero ganar tiempo para escudriñar mi cabeza, en busca de la suficiente elocuencia que me ayude con mi respuesta.

—La amistad ¿Qué creías? —dice Álex, y le respondo con una sonrisa

—Uhm —gimo. El café nunca me ha sabido mejor. Lleno de espuma y con un poco de crema de leche como solo Paqui sabe prepararlo—. ¿Lo dudas?

Menea la cabeza negativamente y chasquea con la lengua. Es un gesto que suele hacer y al que estoy empezando a coger afición y que me remueve algo por dentro.

—No puedes desviar tus respuestas siempre con preguntas —dice y añade dejando su taza en la barra—: no me tortures. —Y no sé a qué se refiere específicamente con eso, pero mi corazón se acelera porque ha sonado demasiado mortificado.

Somos mucho más amigos de lo que nunca hemos sido; sin embargo, creo que no es eso lo que está preguntando, y precisamente porque no quiero perderlo no me atrevo a contestar y bajo la mirada al suelo.

—No tienes que responder ahora si no quieres —dice suavemente— ni siquiera tienes que hacerlo nunca. Somos amigos y seguiremos siéndolo siempre que tú quieras.

Levanto la mirada hasta sus ojos azules y profundos. Él es de la clase más noble, desinteresada, paciente y leal, y me gusta y me gustan sus besos, y es precisamente por eso y porque dice que no tengo que responder, que saco unas monedas de mi bolsillo para pagar los cafés y lo cojo de la mano para arrastrarlo hacia afuera, sin darle tiempo siquiera a reaccionar. Me mira sorprendido, pero se deja llevar. En el exterior la tarde se ha convertido en noche, y solo las farolas alumbran el camino.

No voy lejos, solo unos pasos detrás de la cafetería, pero está oscuro y

fuera de miradas inoportunas. Me detengo y me vuelvo hacia la pared donde un Álex totalmente desconcertado y sin la voluntad necesaria para ocultarlo me mira con curiosidad. Echo una mirada alrededor antes de hablar.

—Vale —comienzo— aquí no hay nadie para vernos. —Respiro y me enfrento a sus ojos—. Bésame.

—¿Te avergüenzas de mí o algo así? —dice, aunque lo hace con una sonrisa.

Me suelta mientras se acerca. Coge mi cara entre sus manos y la levanta hacia la suya. Su reloj de acero destella en su muñeca. Su olor y su aliento llegan hasta mí y son bienvenidos como la vieja adicción que nunca se supera.

—Me refiero a que quiero hacerlo por mí, no para fingir delante de nadie —le explico en un susurro entrecortado porque me falta el aire. Probablemente no hacía falta aclararlo, pero quería que él no tuviera dudas al respecto.

Ni siquiera se molesta en responder. Sus labios llegan a los míos con suavidad, cómo siempre lo hacen. Enseguida se vuelven vehementes y con una avidez que desconocía en él, me apremia a recibirle dentro de mi boca. Por primera vez estamos solos. No hay ninguna mirada ni comentario malicioso que nos detenga y, ¡Dios!, creo que nunca podría cansarme de su forma de devorarme. Es un beso completamente hormonal en el que el ritmo principal lo marca su lengua en mi boca y la mía en la suya; se encuentran, se acarician, se lamen y si nuestros labios las separan para que podamos respirar, vuelven a engancharse con más anhelo, totalmente ansiosas por el reencuentro tras su separación. En algún momento la espalda de Álex topa con la pared. No sé si soy yo empujándolo o es él necesitando apoyo. Mis manos están repartidas entre su pecho y su cuello y una de las suyas ha dejado mi cara y se asienta en la parte baja de mi espalda para acercarme más a él. Dejo que mi cuerpo descansa completamente contra él sin la fuerza necesaria para sostenerlo por mí misma y ambos jadeamos cuando la prueba real de su “evidencia” presiona

contra mí.

No imaginaba que un beso podía llevarme hasta este grado de exaltación como si fuera a detonar de un momento a otro cuando lo más difícil es, sin duda, frenar toda esta carga explosiva que hacer lo posible por liberarla. Debe de ser mi loco cuerpo de adolescente con una revolución importante de estrógenos. No lo sé. Sin duda, él me produce una vorágine de emociones. Es tan de locos no cansarme de hacer esto, no tener nunca suficiente. ¡Jesús!, podríamos llevar así una hora y ni siquiera darnos cuenta.

¿Por qué dejamos de hacerlo con los años? Las sesiones de morreo están realmente infravaloradas. Aligeran cuerpo y mente mejor que cualquier estado de meditación. Por no hablar de la constante liberación de endorfinas con un poder embriagador muy superior al de cualquier otra bebida alcohólica. Cuántos años de pérdida, sumida en una honda desesperación de abandono y carencias. Se deberían firmar contratos matrimoniales con cláusulas obligatorias en el departamento de abrazos y besos.

Sus manos vuelven a ahuecarse en mis mejillas. Tiene un pie apoyado contra la pared y sigo volcada contra él. Sus labios rozan mi frente, mi nariz, mi oreja y la piel bajo ella se eriza inmediatamente con un gemido que sale de mi pecho. Ya entiendo a todas esas niñas obsesionadas con los vampiros. Juro que si ahora él me dijese que es uno de ellos y que siente la necesidad de morderme no pondría ningún impedimento. No es como si pudiera negarme, no, haciendo él eso sobre mi cuello. Acaricio con los dedos su mandíbula áspera por la barba y los muevo encontrando los mechones de pelo que caen largos por su cuello, suaves y fríos, y recuesto mi cabeza contra su pecho. Encuentro el refugio que busco cuando sus brazos me estrechan y sus labios besan mi sien y luego mi pelo, antes de descansar su barbilla sobre él.

¿Qué significa esto? No lo sé; sin embargo, no tengo prisa por ponerle nombre y analizar cada paso recorrido. Amigos con derecho a roce no suena

tan mal. No hay ninguna obligación de contar secretos ni ningún compromiso a largo plazo.

—No estoy preparada para una relación —confieso, aunque lo mismo él tampoco espera eso.

—¿Conmigo, o con nadie?

—Con nadie —respondo y me sorprende que pregunte eso—. Aunque me gustan los besos.

—¿Solo conmigo o en general? —levanto la cabeza y lo miro. No soy capaz de decidir si bromea o no.

—Solo contigo —contesto y es cuando la comisura de sus labios se curva hacia arriba.

—De acuerdo, entonces solo besos —dice y añade—: solo conmigo y solo contigo.

No tengo problemas con la exclusividad. Realmente, él es el único que despierta una extraña mezcla de emociones en mi cabeza y necesidades en mi cuerpo. Me gusta que ofrezca la suya. Su mano encuentra la mía y entrelaza sus dedos con los míos.

—Quien dice besos, dice también abrazos y hacer manitas —digo y eso le hace reír.

—Absolutamente.

Siniestro Total _ Y bailaré sobre tu tumba

Entramos en el local donde ensaya la banda de mi hermano. Lo hacemos de la mano y a nadie extraña y nadie nos mira con sorpresa. Se siente como algo natural. No es mi mano, no es su mano. Es la una junto a la otra entrelazadas de forma no obligada.

El grupo se llama Los Inadaptados. Tienen canciones suyas y también versionan muchas otras del punk español de los 80 y los 90, aunque también beben de The Ramones, Sex Pistols, Iggy Pop, Lou Reed. En general mucho ruido, letras reivindicativas, trasgresoras y grandes dosis de talento; las cosas como son. Hasta los ciudadanos más conservadores del pueblo están orgullosos de ellos, aunque más de la mitad de lo que sale por sus bocas al cantar, les pone el pelo de punta. Las letras de sus canciones no deberían sorprender cuando los nombres de los grupos vienen avisando de que se trata; Escorbuto, Cicatriz, RIP, Odio, Basura, Cirrosis, Parásitos o mi nombre favorito Monstruación.

Al entrar tocan *Bailaré sobre tu tumba* de Siniestro total. Crecí con estas canciones y estas letras. Las cantaba cuando siquiera entendía lo que significaban, y es curioso, que me eleven el ánimo mientras Jul al micrófono desgrana las formas más atroces de cometer asesinato. Aún no tengo claro cómo se puede matar con un esmoquin, pero sí sé cómo corear cuando canta el estribillo. No soy la única. Es inevitable; la actitud y el desparpajo de Jul contagian a todos los que estamos allí. Su voz suena cascada y profunda y tiene cierto parecido a la de Rulo, de la Fuga. Ellos están despegando también desde Reinosa ahora mismo. Yo llevo *Por verte sonreír* quince años después siempre conmigo para escucharla en el coche o en el móvil. Tal vez pueda convencerlo para que la incluyan en su repertorio de canciones versionadas.

Le sigue *Dolores se llamaba Lola* de Los Suaves, *Salve* de La Polla Records, *En la Luna*, de Escorbuto, *No hay tregua*, de Barricada. Aún recuerdo un viña-rock en Villa Robledo, por supuesto, lleno de entusiastas hasta reventar coreando esta canción hasta la saciedad, con la emoción provocando carne de gallina en cada poro de la piel. Porque da igual cuantos años pasen desde la creación de sus canciones, siguen saliendo en las listas de los mejores grupos españoles y sus canciones siguen siendo veneradas por

jóvenes y no tan jóvenes.

Silbo y aplaudo con las manos sobre mi cabeza emocionada cuando terminan las canciones, junto al resto de la cuadrilla que los vitorean. No puedo creer que lo dejaran, que no intentaran llegar más lejos. Son realmente buenos y Jul encandila a las féminas.

Y a pesar de que yo soy más de rock alternativo o indie, no dejo nada de lado cuando se trata de música.

Alguien aparece con coca cola y vino de tetrabrik e improvisamos kalimotxo en botellas de agua vacías. Un clásico que creía no echar de menos, y que sin duda tiene su sitio como parte indispensable en el ritual que nos catapultaba de la adolescencia a la madurez.

¿Y qué preocupa a los jóvenes mientras hacen botellón en 1999? Pues el servicio militar, por ejemplo, que se supone que deja de ser obligatorio a partir de 1996, pero continúa llamando a filas hasta el 2001. Álex es de los afortunados, tiene prorroga por estudios y al final de ellos no tendrá que cumplirlo. Jul es insumiso. El orgullo de mis padres. Les llevaban café caliente en termos, totalmente implicados en sus reivindicaciones, cuando un grupo de ellos decidió acampar en la plaza del centro, manifestando su negativa a acudir al cuartel.

El tema “mili” parece totalmente lejano para mí después de trece años de profesionalizar la defensa militar, por lo cual me resulta muy difícil asimilar que un gobierno cuyas miras solo están puestas en sus propios beneficios, concluya que tiene derecho a obligar a sus ciudadanos a instruirse militarmente como si todos debieran estar dotados y dispuestos para la guerra. Suena tan arcaico y bélico. Bastante triste es ya que los recortes producidos en el gasto armamentístico durante la crisis sean menores que los de educación y sanidad, y que esa sangría tenga un impacto negativo sobre la tasa de crecimiento económico lo que influye en un menor ahorro interno e inversión.

Volvemos a casa a las tres de la mañana. Una hora muy respetable. Durante la noche, Álex y yo hemos mantenido la distancia apenas tocándonos aunque nos mantuviésemos cerca el uno del otro. Al salir del local, el frío otoñal de la calle muerde haciéndome temblar y Álex rodea mis hombros con su brazo encajándome en su costado, y me dejo adormecer por el calor de su cuerpo mientras caminamos de vuelta.

A la mañana siguiente recibo una llamada que hace tambalear mi entereza. Es Lucía. Están en el hospital. Han tenido que ingresar a Jorge debido a las fuertes contusiones en la cabeza que sufrió, por culpa de la paliza que recibí ayer, durante la fiesta de Ingeniería. Ha sido Él. Lucía no llora cuando me lo cuenta pese haber tenido que presenciarlo. Pocas veces lo hace. Yo lo hago por ella, por mí y sobre todo por Jorge porque su único error ha sido compartir una sonrisa conmigo delante de Él. Cobarde. ¡Qué fácilmente descarga su ira sobre los que son más débiles! Que conveniente arrojar su venganza de la forma más deshonesto y cruel.

Decido hacer lo que nunca, y sin embargo, debería haber hecho desde el principio. Siento a mis padres en el salón. Jul y Álex aún duermen. Cuento sobre la existencia de un chico en la universidad que está empeñado en atormentarme; porque lo hace con su sola presencia. Les digo que es agresivo, lo que ha hecho con mi amigo y su estallido de furia al lado del despacho del profesor resistiéndose a aceptar un no. Comparto mi resolución de mantenerme alejada de él y sobre el apoyo incondicional que me han dado tanto Álex como el resto. No les hablo de las marcas en mi estómago, no les hablo de mi retroceso en el tiempo, ni les hablo de los años de maltrato. Tal vez pueda hacerlo algún día cuando ya no tenga importancia o cuando las líneas se

desdibujen tanto, que no esté realmente segura de sí ocurrió de verdad. No quiero que se preocupen más de lo que lo están ahora porque lo están y mucho. Es parte de lo que siempre he querido evitar.

Mi padre habla con Álex antes de marcharnos mientras el resto espera fuera. Con tanta responsabilidad sobre sus hombros y una compañera tan complicada no entiendo cómo no echa a correr en la dirección contraria.

Ya en el coche, saliendo a la autovía, se vuelve hacia mí con preocupación en la mirada.

—Sabes qué no ha sido culpa tuya, ¿verdad? —me dice, y coge mi mano laxa para colocarla en la palanca de cambios bajo la suya.

Suspiro. De nuevo mi culpa, su culpa. ¿De quién será? Quitando el hecho de que no puedo cambiar su forma de ser y que yo no estoy implicada en la naturaleza de su temperamento. ¿Provoqué de alguna forma su ira? Sí. Lo hice. ¿Eso me convierte en la culpable? Hubo un tiempo en que así lo creí; sin embargo, ya no. La pregunta clave es: ¿hice algo mal que justifique su atropello a otro chico? No. ¿Hice algo, cualquier cosa, que justifique sus denigraciones, su acoso y su tortura? No. No. No. En mayúscula y con doble subrayado. Un gran NO. Cualquiera que sea su excusa y su retahíla sin sentido y enloquecida para defenderse, la única respuesta posible es que Abraham es el responsable exclusivo de su actos ponzoñosos, y yo ya no quiero continuar inculpándome por ello.

—No ha sido fácil llegar a esa conclusión —confieso—, pero sí, lo sé.

Me mira comprensivo y asiente con la cabeza haciendo una ligera presión con sus dedos en mi mano. No sé si es a medida que nos volvemos cercanos, que soy cada vez más capaz de leer sus emociones o si al contrario, es él que se va abriendo y me deja vislumbrar un poco de lo que siente. Las dos alternativas parecen razonables. Lo que me sorprende es ver un rastro de ira asomando en sus ojos.

Llegamos al hospital en primer lugar. Allí nos encontramos con los padres de Jorge, que nos agradecen nuestra visita y nos ceden sus tarjetas de acompañantes para poder subir a la habitación. Jorge se ve más pálido de lo normal. Tiene un ojo hinchado y morado y un corte en el labio. Por un momento me quedo parada en la puerta sin poder avanzar porque ese cuadro lo he visto antes impreso en mi propia cara y fue pintado por los mismos puños que se lo hicieron a él. Ahora ya no somos solo el libro y yo los miembros del club de maltratados por Abraham; Jorge podría pasar por miembro honorífico en estos momentos. Me acerco y le doy un beso en la mejilla cuando trata de sonreírnos a través de su boca magullada.

—Bueno, ahora sí que ha merecido la pena —dice y le guiña el ojo bueno a Álex, lo que debe de dejarle en completa oscuridad porque el otro lo tiene completamente cerrado. Álex le sonríe y se mantiene cauteloso al pie de la cama.

—¿Qué pasó? —le pregunto

—Ni siquiera lo sé. Fui a pedir a la barra consumición para todos y ese tío volcó su bebida encima de mí. Solo le dije que tuviera cuidado y antes de darme cuenta lo tenía encima.

Miro a Álex, este tiene la cabeza inclinada hacia abajo mientras se frota el cuello con una mano.

—Lo siento —digo. Porque es difícil no sentirse culpable cuando se tiene la certeza, de que si no fuera por su relación conmigo nunca le hubiera ocurrido esto.

—Mira, lo sé todo. Lo de ese tío —comienza Jorge—, y puedo decirte que ni es culpa tuya ni voy a dejar de ser tu amigo. Él tampoco salió bien parado, ¿sabes? Estos puños también saben dar caña —dice alzando las manos con los nudillos magullados.

Puedo vislumbrar, a través de sus contusiones, el inquebrantable gesto de

diversión que siempre refleja su rostro, y me siento aliviada porque en el fondo temía las consecuencias de esta pelea. Él podría volver a aislarme, manteniendo una constante amenaza sobre las cabezas de las personas que me conocen.

—No es mi primera pelea, y desde luego no estoy acojonado en absoluto —coge mi mano y me tira de ella hacia él—, pero puedes darme un abrazo si así te sientes mejor, pero, ¡suavecito! —Me río agradecida y hago lo que dice.

—¿Cuándo te dan el alta? —pregunta Álex desde la pared en la que está apoyado con las manos en los bolsillos.

—Mañana probablemente. Luego un poco de reposo en casita y listo de nuevo.

—Eso es genial —le digo.

De vuelta a casa, y al aparcar el coche, Álex se vuelve hacia mí girando la llave para detener el motor y apoya un brazo en el volante y el otro en la cabeza del asiento.

—Sabes que está loco por ti, ¿no?

—¿¿Qué?? ¿Jorge? —me sorprende que no solo piense algo así, sino que además lo comparta conmigo. Si esta misma pregunta hubiera salido de labios de Abraham, habría sonado como una amenaza y yo hubiera comenzado a languidecer de miedo porque de una forma u otra la culpable de ello, según Él, sería yo por alentarlo—. No, te equivocas. No es así en absoluto. Él es mi amigo, solo eso. ¿Es que no crees en la amistad entre los hombres y las mujeres? —Abraham no creía en ello, pero Álex sonrío.

—Claro, nosotros somos amigos, ¿no? —asiento con la cabeza—, aunque también creo que mantienes una actitud distante e inalcanzable, y eso frena a muchos calaveras que de otro forma no se conformarían con ser solo tus amigos.

Muerdo mis labios y los aprieto en una línea. No voy a negar que lo haga,

que mantenga a los hombres al otro lado de una línea imaginaria que tracé desde que comencé a salir con Abraham, y he ido remarcando con los años hasta engrosarla a niveles exagerados. Creía hacerlo por el bien de Él, pero en realidad fue por el mío. ¿Cómo no hacerlo? Todo por evitar sus celos incontrolados y sus consecuencias, y continúo manteniendo esa trayectoria como un hábito que soy incapaz de romper tal vez porque aún no estoy preparada para dejarla ir, y continúa siendo conveniente en mi progreso de curación. Solo Álex ha pisado esa línea divisoria sin llegar al otro lado.

—No es así con Jorge. Vosotros siempre estáis igual creyendo que todos quieren algo.

Ahora se ríe abiertamente con una carcajada profunda y ligera que me hace responderle con una sonrisa de forma automática. Tengo ganas de acurrucarme contra su pecho como un gatito mimoso, y escuchar de primera mano el retumbar de su risa dentro de su cuerpo. Como premio de consolación, me conformo con poner mi palma sobre su jersey bajo la chaqueta.

—Eso es porque sabemos cómo somos, Ana —me explica con unos ojos demasiados intensos para la sonrisa irónica que luce.

—¿Y tú qué quieres? —le pregunto consciente de que es la primera vez que lo hago y no tengo ni la más remota idea de cuál podría ser su respuesta.

—Ahora mismo besarte —responde.

No espero a que se incline hacia mí, sino que voy a su encuentro recorriendo la mitad del camino y nos encontramos allí dejando que nuestros labios se estrellen como si hubieran estado alejados durante años, ansiando volver a sentirse. Álex tiene una auténtica capacidad de convertir simples besos en algo de otro mundo. El tiempo se acelera mientras lo hacemos, y nuestras bocas vibran con una insaciable sed que solo se calma cuando permanecen unidas y que se vuelve insoportable cuando se separan.

Mis manos están entrelazadas tras su cuello y cuando las bocas se separan,

acaricio con mi mejilla su mandíbula suave pese al rastrojo de barba. Acaricio con la yema de mis dedos la piel bajo su oreja caliente y blanda y la deslizo hasta su clavícula abriéndome camino bajo su camiseta. Su frente baja hasta la mía, sus manos se han deslizado por mi chaqueta hasta mi cintura bajo el jersey y la camiseta con una necesidad, por parte de ambos, de entrar en contacto directo con nuestra piel. Tenemos el freno de mano entre nosotros haciendo su función de contención de forma eficiente, pero mis manos con sus propias ideas necesitan abarcar más. No soy una niña sin experiencia que espera con actitud pasiva que sea él quien tome la iniciativa. Soy muy consciente de las necesidades de mi cuerpo y de sus formas de satisfacerlas y él es hermoso y me siento ciertamente atraída por la suavidad de su piel y la cercanía de su cuerpo y quiero tocarlo y que él lo haga. Hace tiempo que perdí la timidez en este campo.

Unos golpes en la ventanilla nos devuelven a la realidad y nos encontramos con las amplias sonrisas de Oscar, Lucía y Javier tras el cristal.

—Perdón, ¿interrumpimos algo? —dice Oscar y los tres se ríen compartiendo la broma que sin duda nos incluye.

Álex los ignora y vuelve a besarme en los labios antes de que su mano alcance la manilla de la puerta para abrirla. Salimos del coche y Lucía se acerca para darme un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Habéis visto a Jorge? —pregunta. Asiento con la cabeza y vuelve a estrecharme más fuerte—. Venga, vamos a la playa y nos contáis que habéis hecho.

—Sí, por favor, con todo lujo de detalles —añade Oscar con su sonrisa traviesa mientras le da un codazo a Álex.

—Eres un cerdo, Oscar —le dice Javier con una colleja. Oscar trata de devolvérselo, pero Javier no le deja y no es fácil llegar hasta su nuca, así que tiene que saltar.

—¡Dios! Es como cuidar de una guardería. Todo el fin de semana así —se queja Lucía.

Le doy una sonrisa que intenta mostrar mi solidaridad, y engancho mi brazo con el de ella para caminar detrás de los chicos, dispuesta para afrontar el interrogatorio que sin duda va a tener lugar.

Compramos unos bocadillos para comer y nos sentamos en la arena de la playa, que está húmeda, compartiendo tres toallas que disponemos de forma irregular sobre ella. La playa está prácticamente vacía. Los osados octogenarios que insisten en recibir un baño todos los días pese al frío, lo hacen por la mañana temprano.

Mi intención es comer la mitad de mi bocadillo vegetal con atún, pero al final acabo devorándolo entero. ¡Y dios! Me sabe a gloria. Los remordimientos vendrán luego y probablemente me salte la cena. Oscar se come mis patatas mientras nos cuenta los acontecimientos de la noche:

—Lo único que sé es que para cuando nos dimos cuenta de que era Jorge, lo estaba machacando contra el suelo y no había forma de quitárselo de encima.

—Tenía la palabra violencia escrita en la cara. Ese tío es el demonio —añade Lucía y ellos asienten.

Nos quedamos en silencio un momento, cada uno centrado en sus pensamientos, o tal vez solo sea yo la que he desconectado y no capte sus palabras. Un pie enorme envuelto en cuero de una bota militar toca el mío y levanto la mirada hacia su dueño. Tengo tiempo de ver como Álex sentado frente a mí con las piernas dobladas y recogidas en las rodillas por sus brazos, devuelve su pie a la par del otro.

—No se creen que jugamos en el barro a fútbol americano —me dice, y me doy cuenta de que me he perdido. Improviso una sonrisa y asiento con la cabeza—. Creo que mi equipo gana al tuyo ¿Por cuánto fue?

—No lo recuerdo —le respondo picada y supongo que es su estratagema para sacarme de mi estupor—. Creía que serías más caballeroso y no lo comentarías. —Se ríe y también lo hacemos los demás.

—En serio, la próxima vez me llevas a mí a jugar en el barro. —Es la primera vez, que veo a Álex fruncirle el ceño a Oscar de forma peligrosa. Solo que él no parece afectado en absoluto y le da una palmada en la espalda mientras se ríe—. Lo digo en sentido literal, idiota, a jugar a fútbol, no a retozar con tu chica.

Álex alza las cejas después de ese comentario en mi dirección y media sonrisa se dibuja en su boca. Si no lo conociera mejor, sospecharía que le satisface que Oscar me llame su chica. Ninguno de los dos nos molestamos en corregirle. Todo resulta un poco confuso.

—Genial, yo os animaré desde las gradas —dice Lucía

—Eso no está permitido —le digo— si vienes es para ensuciarte como los demás. No se permiten espectadores pasivos sin justificante médico.

—En ese caso, me esconderé para verlo. No voy a renunciar a eso si tu hermano está en ello.

—Créeme, es mucho mejor en el campo. Tienes la excusa de noquearle para lanzarte encima. —Me muerdo la lengua demasiado tarde. Noto el sonrojo llegando a mis mejillas cuando me encuentro con la mirada divertida de Álex.

—¿Cuántas veces te noqueó tío? —le pregunta Oscar entre risas y yo escondo la cabeza entre mis rodillas—. ¡¿Por eso la mirada sucia?! ¿A qué jugabais realmente?

—Estoy seguro de que si pudiste hacerlo fue porque se dejó —añade Javier compartiendo la broma de Oscar.

Levanto la cabeza con el ceño fruncido ¿Qué? ¿Es eso posible? No, fue debido al barro. Miro a Álex de forma interrogativa.

—No te creas —dice él— es una fiera. —Sonríe como quien guarda un secreto mientras vuelca la caja para llegar a sus últimas patatas con aparente desinterés.

—¿Seguimos hablando de fútbol? —pregunta Lucía con diversión.

—Calla —le digo y le tiro una patata pérdida—. No hay nadie como las amigas para hacerte sentir avergonzada.

—Y la familia — añade ella

—Cierto, y los vecinos octogenarios que comienzan a hablar delante de los demás sobre lo llorona que eras cuando llevabas pañales —continúo.

—Y los profesores que dicen tu nota baja delante de toda la clase, ¡oh dios mío! ¿Y si esa fuese nuestra misión en la vida? ¿Avergonzar al prójimo? — pregunta con sorpresa fingida.

—Pues es un alivio —confieso con seriedad— porque por un momento creí que era destruir el planeta.

—Cada día están más graves —concluye Javier negando con la cabeza en incredulidad.

—Dímelo a mí —dice Álex con falso pesar— que convivo con ellas.

Por la noche, sobre mi cama, soy más consciente que nunca de que Álex duerme a pocos metros de mí. No como si nunca lo hubiera sabido antes, pero ahora me siento tentada de eliminar esa distancia, y sé que él no tomará esa iniciativa porque es demasiado respetuoso y yo he insinuado que no estoy preparada para avanzar demasiado rápido, y supongo, que con veinte años y sin haber alcanzado aún el siglo XXI, el sexo implica el aumento de compromiso.

Afortunada o desafortunadamente, dependiendo del caso, la persona y el

lugar, eso no tiene por qué ser así. La verdad es que yo perdí la virginidad relativamente pronto para la época, con dieciséis años y un novio que no duró mucho. Pero no la veo como un regalo de los dioses que se debe conservar en formol hasta que llegue mi caballero de brillante armadura para entregársela primorosamente. Por supuesto que hay que ser prudente con los embarazos y las enfermedades de transmisión sexual, exactamente igual que deben hacerlo los hombres, porque no entiendo que a ellos se les premie por precoces y a nosotras se nos juzgue. El caso es, que la primera vez resulta tan desastrosa casi siempre, que de seguro la brillante armadura perderá todo su brillo. En mi caso fue ¿ya está? ¿Eso es todo? ¿Y los fuegos artificiales y la lluvia de estrellas? Duele y no es placentero.

El sexo se acaba disfrutando a través de la practica en pareja o individualmente. No le tengo ningún miedo a la promiscuidad. Creo que es un cliché mal visto en las mujeres y ensalzado en el hombre, sin ninguna lógica. Si me apetece acostarme con uno o diez hombres y lo hago sin hacer daño a nadie no debo ser juzgada ni menospreciada por eso. Que no soy puta ni fácil; soy una mujer que le gusta disfrutar del sexo, igual que lo hago del chocolate o los libros y tengo cientos.

Y el sexo es divertido, casi siempre, si se sabe disfrutar de él y la persona con la que se está es considerada. Sabe mejor cuando complace a los dos y una de sus gratificaciones es saber cómo satisfacer a la persona con la que se está. La experiencia beneficia y seguro que deslumbra la armadura del caballero.

Yo dejé de emocionarme hace tanto tiempo por el que tenía o más bien no tenía, que pensar en poder volver a disfrutar de ello me tiene dando vueltas, inquieta en la cama. Solo cuando nos besamos, la intensidad y la fuerza de voluntad necesarias para parar, son enormes. No va a ser fácil convivir y mantenernos alejados por mucho tiempo. Me tengo que repetir que no es buena

idea, aunque sinceramente no recuerdo porque razón.

9

71 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2007, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Entramos congeladas en una cafetería repleta del centro. Estamos a las puertas del invierno, y el frío se cuela hasta los huesos. Me siento en una mesa libre que acaban de despejar. Pilar se acerca a la barra a pedir dos chocolates calientes. Se me hace la boca agua solo con imaginar la textura cremosa y dulce sobre mi paladar. El chocolate y yo tenemos una relación muy controvertida. Trato de mantenerlo alejado la mayor parte del tiempo porque cuando nos encontramos la pasión se desborda, y no soy capaz de decir basta antes de sentirme culpable. Un poco como me pasa con Álex. Debe de ser que soy una persona muy apasionada, y no siempre puede contener todo mi fervor. Divertido.

Pero Pilar ha dicho que me invitaba a un chocolate antes de la clase de Aikido y yo he dicho que sí, y ahora no voy a desdecirme alegando que su taza de chocolate corre el peligro de acabar también en mi panza. Supongo que se dará cuenta cuando devore el mío realmente pronto, y mire el suyo con deseo.

Normalmente se habla del empacho de discernir olores que se produce tras leer *El Perfume* de *Patrick Süskind*; sin embargo, en mi caso, no tuvo comparación con la constante necesidad de comer chocolate mientras leía *Chocolat* de *Joanne Harris*, y no, no he visto las películas porque ambos libros me los leí cuando ni siquiera existía un proyecto cinematográfico, y

cuando me emocionan prefiero que sean las imágenes creadas en mi cabeza las que perduren mientras las recuerdo. Cometí un error garrafal con *Las cenizas de Ángela* de Frank McCourt, por ejemplo, porque no era capaz de soltar el libro hasta engullirlo entero, y como tenía un examen muy importante y debía estudiar, alquilé la película para poder conocer el final. Ya no leí el resto del libro con la misma emoción. No era mi imaginación la que me acompañaba con las letras, sino las imágenes que había visto en la pantalla, que no tienen por qué ser mejores o peores, pero son distintas. No forman parte de mi idealización del libro.

También he tenido excepciones a la regla que son verdaderas obras maestras, por supuesto, como; *Lo que el viento se llevó*, primero fue la película, y luego el libro, y fue como ¿de dónde sale tanto hijo? Hay otras adaptaciones que no me han defraudado mucho como *El código Da Vinci*, pero Tom Hanks casi nunca me decepciona y están menos implicados los sentidos y las emociones cuando transcurre tanta acción.

—He investigado lo que me has pedido —me dice Pilar tras sentarse al otro lado de la mesa—, pero primero tienes que decirme para que necesitas esta información.

La primera vez que hablamos sobre el tema de los estafadores hipotecarios, Pilar se mostró un poco reticente a compartir esa información conmigo. Entiendo que oficialmente no debería recibirla, pero lo único que necesito saber es si tienen alguna denuncia.

—Quiero entrevistar a los afectados para publicar sus historias. No puedo aportar nada con gran divulgación, pero creo que sería de gran ayuda que esa información se extendiera por la red como advertencia del riesgo que se corre al contratar un préstamo con ellos —explico.

—¿Estas segura de que eso? —insiste. Asiento con la cabeza. No puedo aclarar como lo sé, pero es así. La noticia saltó cuando una de las víctimas

incapaz de soportar el abuso y la sinrazón, se suicidó.

Pilar me mira y se muerde los labios. Se lleva la taza de chocolate a los labios y me estudia intensamente. La cafetería es una de las más antiguas y célebres de la Avenida Mayor. En general se pueden oler los caros y empalagosos perfumes de sus clientes. Los labios de las señoras recubiertos de carmín rojo de Chanel mientras dudan sobre cómo colocar sus amplios abrigos de piel desempolvados del guardarropa con la llegada del temporal. Este tipo de establecimientos debería garantizar un ropero para esta finalidad, y de esa forma atajar el gran problema que supone para estas señoras donde descansar su costosa adquisición, y de paso aclarar si son solo a los animales vivos a los que no se permiten la entrada.

Pilar, al final, parece tomar una decisión porque suspira con resignación antes de hablar:

—No tiene ninguna denuncia. Su comienzo de actividad es muy reciente, apenas este año. Pero la sociedad está fundada por tres sinvergüenzas con casos pendientes por blanqueo de dinero, estafas y falsificación de documentos, así que supongo que no vas mal encaminada.

Me siento un poco desilusionada y desencantada. Tendré que encontrar otra manera de averiguar la identidad de los estafados y llegar hasta ellos.

Pilar busca en el bolsillo de su chaqueta, y saca un papel doblado que me extiende por la mesa, sin soltarlo, hasta que llega a mí al más puro estilo de película policíaca. Con tanta tensión ni siquiera me atrevo a abrirlo. Miro alrededor para cerciorarme de que no nos miran. La verdad es que nadie tiene ningún interés en nuestro intercambio, pero hay un ligero regusto a thriller impregnado en el aire.

—Son los nombres de los socios. No es ninguna información que no pudieras conseguir en el registro mercantil —me explica.

—Gracias, Pilar, por ahorrarme ese trabajo. —Me froto la frente

temiéndome un profundo dolor de cabeza. Hoy no me he tomado mis dosis suficientes de cafeína y reconozco que el vicio es tan grave que me afecta de esa manera; con insoportables migrañas—. No puedo creer que todavía nadie se haya atrevido a acusarlos. —Pilar me devuelve una sonrisa irónica.

—Sí —dice con suficiencia alargando la sílaba—, imagínate. Hay personas que no denuncian a sus agresores.

Acepto el alfilerazo y le devuelvo una mueca afectada. Jugueteo con el sobre de azúcar sin abrir, girándolo sobre la mesa de mármol con un gesto nervioso.

—Le dio una paliza a un amigo mío en una fiesta de la universidad —confieso con pesar—. Tal vez únicamente porque le sonreí, y Él supo que era más débil o como venganza por mi negativa, no lo sé.

—¿Creías que no acabaría afectando a nadie más? ¿Qué si tú te alejas y encuentra otra pareja no acabará haciendo con ella lo mismo que contigo? —Sus palabras suenan tan reales como mordaces en mis oídos.

¡Claro que es un pensamiento que ha pasado por mi cabeza! ¿Pero qué puedo hacer yo? ¿Clavarle un cartel escrito en sangre con la palabra maltratador? ¿Volver con él? ¿Repetir la historia y dejar que me agreda para poder denunciarlo? ¿Vigilarlo y espantar a sus posibles conquistas?

Sé lo que trata de hacer Pilar. Todo su afán es que yo tramite una denuncia contra Él. Ni siquiera sé, si eso serviría de algo hoy por hoy. Todavía no existe una ley integral contra la violencia de género en España, pese a la campaña de tolerancia cero efectuada desde 1996 por las Naciones Unidas. Se impone la necesidad de establecer medidas más severas cuando tantos acusados no son capaces de cumplir sus órdenes de alejamiento y muchas veces se vulneran con consecuencias catastróficas. Por supuesto que estas llegaran, pero lo harán de modo paulatino y gradual; en su mayoría de forma tardía cuando se haga evidente su insuficiencia, y el incremento de víctimas

mortales al año.

No es que crea que este aumento sea debido a la ineficacia de la ley hasta ahora, sino más bien, al incremento del número de mujeres que se oponen a continuar soportando las vejaciones y las humillaciones impuestas por sus parejas. Es esta especie de rebelión silenciosa y reservada la que está haciendo tambalearse los cimientos de una civilización históricamente machista, y eso, aterra a algunos hombres.

Considero esta ley eficaz y necesaria. No entiendo las voces que se alzan contra ella. Entiendo que existen denuncias falsas. Creo que son de un 0,0048 % según fuentes del ministerio del interior. Una cifra bastante ridícula a mi parecer. También existen las falsas acusaciones en otras infracciones, y no por eso vamos a modificar las leyes contra ellas. Además, ya existe el delito de falso testimonio y el de denuncia falsa. Es una ley justa mientras salve al 99,99% de las mujeres en riesgo.

Me pregunto qué ocurriría si la situación fuera al revés, si muriese un hombre cada semana por obra de una mujer y el 70 % de las personas asesinadas a manos de su pareja fueran hombres heterosexuales ¿Habría tantas voces alzadas contra una ley que los protegiera en extremo? Intuyo que no; que las medidas tomadas serían más severas. Seguro.

¿Que también hay hombres maltratados? Por supuesto, y gracias a las miles de voces alzadas contra el maltrato sus situaciones son más visibles y denunciadas y se toman las medidas justas contra ello, y supongo que se harán más duras igualmente, si las existentes hasta el momento no son efectivas. Hay:

Asesinatos premeditados o involuntarios,

1. Hay hurtos y robos con violencia,
2. Hay a quien condenan con un año y medio de cárcel por comprar pañales para sus hijas con una tarjeta de crédito encontrada, y hay quién tiene permiso carcelario para irse a

esquiar después de estafar millones de euros.

3. Y hay violencia de género, machista o doméstica y luego los otros delitos violentos.

Y mientras el asesinato y la violencia contra las mujeres, por parte de sus parejas, continúe alcanzando cifras descomunales se tendrán que seguir aplicando medidas de excepción. Porque no tengo ninguna duda de que esto es una guerra.

No es una batalla de mujeres contra hombres si no una lucha a favor de la razón y la lógica frente a la injusticia, por lo que escuchar esos argumentos que aseguran que ni las mujeres son tan buenas ni los hombres tan malos en realidad me sobran. Nadie está enarbolando ese eslogan en versión pancarta para denunciar la irracionalidad de la violencia contra las mujeres. Considero que no entender esta situación; es no comprender su propia constitución de género y su progresión social. Estas mentes obtusas son incapaces de afrontar la leve disminución de años y años de indulgencia y privilegios masculinos, y acusan de victimismo a las mujeres cuando es su propio pecado.

Y me duele profundamente cuando son las propias mujeres las que embadurnan de veneno sus palabras contra otras. Lo puedo justificar entendiendo que es la voz de las madres o las hermanas o lo explico, deduciendo, que el peso de los siglos en los que se ha obligado a competir a las mujeres por captar la atención de los hombres, ya sea en harenes, matrimonios múltiples, bailes de sociedad, prostíbulos, en los propios hogares entre suegras y nueras, etc., debe de haber dejado algún residuo en nuestra memoria histórica que nos incita a desacreditarnos entre nosotras. Pero no asumo con tranquilidad el hecho de que haya mujeres que consideran que es cierto que nos vamos dando codazos, y que está en nuestra naturaleza ser harpías entre nosotras. ¡¡¡Puaj!! Y más ¡¡¡puaj!!!! En serio, por no ser más grosera.

Durante un estudio pedagógico que se hizo sobre el comportamiento de los niños y las niñas; se reunió un grupo de cinco de cada sexo con edades entre 2 y 6 años rodeados de juegos. Se les dejó interactuar libremente entre ellos con supervisión a través de un cristal. Los niños tenían tendencia a entretenerse dándose golpes y peleando, las niñas; sin embargo, se reunían entre ellas jugando. Las más mayores mostrando afecto y cuidando de las más pequeñas.

Entonces, ¿se nace o se hace? Ambas tal vez, pero estoy segura que nosotros los adultos infestamos las conductas erráticas en los niños hasta convertirlos en productos adulterados por nuestra propia toxina. No lo hagamos más, por favor. Ese eslogan sí que merece ser empuñado por una pancarta bien amplia. Fomentemos la empatía y no la ley del más fuerte, o más inteligente, extrovertido, más rico, más guapo, más delgado o más atlético.

Mis cicatrices no han desaparecido. Son claramente visibles, y soy consciente de que será difícil volver a ponerme un bikini. A no ser que... miro la tienda de tatuajes al otro lado de la plazoleta desde la cristalera de nuestra cafetería-heladería.

Tapar ese recuerdo constante, de lo que la fealdad del ser humano puede llegar a hacer, con el bello talento de su pintura suena bien para mí. Solo que aún no he pensado seriamente que podría tatuarme. Tiene que cubrir o al menos camuflar las líneas sobre mi estómago y, además, no quiero ir en busca de la imagen, sino que quiero que venga a mí de forma casual como si fuera parte del destino.

Dejo que el café se me enfríe, mientras los dedos de Álex rozan la palma de mi mano suavemente sobre mi pierna. Estamos sentados a la mesa uno junto al otro con nuestros hombros chocando y nuestras manos enlazadas sin dejar

de acariciarse bajo la mesa. En algún momento la necesitará para coger su taza y tomarse el café, pero por ahora no parece tener prisa y mantiene el cigarro entre los dedos de la izquierda.

Aún mantenemos una actitud distante si excluimos algún beso más que intenso y las caricias. No existe una relación obvia entre nosotros como con Eva y Mario. Él nunca habla de sentimientos y yo tampoco, pero su actitud conmigo es totalmente relajada y tampoco evita el contacto. Normalmente se sienta a mi lado y me saluda con un apretón sobre la pierna a la altura de la rodilla o deja caer su brazo sobre el respaldo de mi silla, lo que Lucía interpreta como clara marcación de territorio. Si Jorge se sienta con nosotros y Álex lo hace o coloca su mano sobre mi hombro para mover su pulgar sobre mi cuello, ella me devuelve una mirada irónica con una ceja alzada. Normalmente me hace reír porque ese rasgo posesivo no casa con Álex en absoluto aparte de que hemos definido los acuerdos de nuestra relación, fundamentados en una amistad. Aunque... es cierto que lo hace, tal vez sea un reflejo inconsciente. La memoria histórica del macho alfa dominante. Huh.

Hay una obra de teatro genial de Nancho Novo: *“El cavernícola”* que he visto dos veces y volveré a ver en cuanto tenga ocasión. Mediante un hilarante monologo trata de explicar cómo las diferencias de comportamiento entre los hombres y las mujeres son debidas a las conductas heredadas de nuestros ancestros homo sapiens. Apuesto a que a muchas llegan directamente desde el mono sin evolucionar.

Veo a Abraham muchas mañanas en la puerta de entrada. No sé a quién o qué espera. A veces está solo y otras no, pero parece que se ha convertido en una costumbre. Lo ignoro en gran medida. No merece ninguna muestra de cortesía después de lo que le hizo a Jorge. Curioso, su conducta me parece más imperdonable cuando afecta a otra persona más que a mí misma, lo que confirma que no me estimaba lo suficiente, y hablo en pasado porque esa

situación está cambiando. Soy más fuerte a medida que me alejo más de Él, al contrario de lo que ocurría cuando me envolvía. Tuve que tocar fondo para renacer de las cenizas como el ave fénix.

Contengo la respiración. Eso es. He encontrado lo que me define y quiero conservar grabado a tinta en mi piel. De esa forma, cada vez que perciba la imagen de mi estómago no serán las señales de mi derrota lo que vea, sino que recordaré que fui capaz de sobreponerme y sobrevivir.

—Me voy a la tienda de tatuajes —le susurro a Álex y cojo mi taza de café para bebérmelo de un trago.

—Espera, ¿quieres que te acompañe? —me pregunta cogiendo la suya después de apagar su cigarro en el cenicero junto a él.

—Vale.

Él es el único que ha visto o conoce la existencia de mis cicatrices. Apartamos nuestras sillas cuando terminamos el café y nos ponemos en pie.

—¿A dónde vais? —pregunta Mario.

—Déjales hombre, que te importa a ti —le reprocha Oscar con una sonrisa irónica.

—Calla —le digo a Oscar haciendo el gesto de amordazarle tapándole la boca con una mano—. Vamos a la tienda de tatuajes, ahora volvemos.

—¡Oh joder! No estaréis pensando en tatuaros los nombres o algo así —dice Javier con cachondeo.

—Sí, eso es. Justo aquí —le contesto señalando mi frente mientras trato de pasar tras la silla de Oscar que justo se echa hacia atrás para mirarme y se ríe.

—Sea lo que sea y lo pongas donde lo pongas tienes que enseñármelo —me dice Lucía. Tiene buen oído.

—Y a mí —añade Oscar que se lleva una colleja amistosa por parte de Álex mientras le toca a él esquivar su silla. La ceja de Lucía vuelve a alzarse mientras me mira con sorna. Elevo los ojos al techo negando la cabeza

mientras me muerdo el labio.

El interior de la tienda es grande. Tiene gran sala de espera con sillones negros de cuero y sobre la mesita, en el centro, descansan grandes carpetas de bocetos. El mostrador está frente a la puerta, y sus vidrieras están llenas de multitud de pendientes y piercings. Unas escaleras conducen a cuatro puertas cerradas en la parte de arriba. Una chica nos mira sin sonreír tras el mostrador y nos indica con un gesto adusto de la cabeza que nos acerquemos. Sus ojos se detienen dos segundos más en Álex antes de volverse a mí.

—Decidme —dice

—Quiero hacerme un tatuaje —contesto

Una puerta de arriba se abre y sale un hombre sacándose unos guantes de látex de las manos. Baja las escaleras con soltura. Coge una botella de agua bajo el mostrador y se la lleva a los labios tras quitarle el tapón. Ambos llevan estética bastante dura. Los brazos enteros cubiertos de tatuajes y piercings en la ceja, el labio o junto a él. Los lóbulos de las orejas de él totalmente dilatados para contener sendos pendientes de búfalo.

—¿Dónde quieres hacértelo? ¿Y de qué tamaño? —me pregunta la chica.

—En el estómago y necesito que cubra unas cicatrices —respondo. Siento los ojos de Álex clavados en mí y le devuelvo la mirada con una sonrisa tensa.

—¿Puedes enseñarme como son? —me pregunta el chico dejando la botella en su sitio, y acercándose a mí mientras me indica con un dedo que me suba la ropa.

—Claro.

Es un poco incómodo tener que desnudar mi abdomen y ser diseccionada de esta forma, pero supongo que es algo que tengo que hacer. Le doy mi bolso a Álex y el abrigo de lana. Me levanto el jersey negro de cuello alto por debajo del pecho.

Un silbido sale entre los dientes del sujeto. La chica mira horrorizada mis

señales. El momento se vuelve más incómodo todavía, y apoyo todo el peso de mi cuerpo sobre una pierna. Solo Álex deja de mirarlo y levanta su mirada a mis ojos, pero yo prefiero fijar mi vista en el techo mientras muerdo mis labios en una fina línea, tratando de actuar con toda la naturalidad e indiferencia del mundo.

—¿Puedo? —dice enfundándose otros guantes nuevos y señalando con la cabeza. Asiento—. No te preocupes —dice delicadamente mientras sus dedos llegan hasta una de mis cicatrices—. Las he visto peores, estas están tratadas con mimo, muy bien cosidas.

Mis ojos barren el lugar y se encuentran con la cara de la chica que, por primera vez, esboza una sonrisa pequeña en mi dirección. Supongo que se deben de ver bastante mal si con ellas me he ganado su simpatía o lástima. No me ofende que la sienta. No soy tan orgullosa.

—Apenas tienen abultamiento, por lo que se pueden camuflar mejor. —Me indica que puedo taparme—. ¿Has pensado en algo? Tendrá que ser una grande para cubrir todo el área o distintas que tapen de forma individual cada cicatriz.

—Había pensado en un ave fénix.

—¿En color?

—No, en negro y con estilo tribal.

Él saca una hoja y un lápiz, y comienza a hacer un boceto sobre el mostrador. De la nada aparece el pico de un ave y su cuerpo pequeño y sencillo con las alas extendidas hacia arriba. Lo que realmente llama la atención son las extensiones que dibuja de su cola, con largas y retorcidas líneas en ramificaciones curvadas en espiral y plumas despeinadas al final de cada trazo.

—Podemos hacer que cada línea de la cola coincida con las cicatrices para cubrirlas —explica trazando otra de ellas hacia arriba. Gira el dibujo

para que pueda verlo, y sonrío con gratitud.

—Es perfecto —le aseguro y miro a Álex que hasta ahora se ha mantenido como artista invitado a la sombra. Le doy la mano y me la estrecha con fuerza.

—Sí, lo es —afirma.

No solo salgo con fecha y hora para hacerlo, también con una sensación de ilusión infantil y anhelo impaciente porque llegue el día. Sonrío ampliamente dejando que la huella de la felicidad marque sus pasos mientras Álex y yo continuamos de la mano de vuelta a la cafetería.

—Bien, repíteme otra vez qué estamos haciendo —dice Lucía mientras vuelca pipas desde su paquete en la mano.

—Estamos tomando datos —le contesto—. Necesitamos saber quién entra, cuándo sale, cuántas personas, nivel de seguridad, ya sabes, el modus operandi.

Me mira con una ceja alzada.

—Vale, pero dime que nos es cierto que quieres entrar para fisgar en sus documentos.

—Necesito conocer el nombre de sus víctimas, y no puedo poner un anuncio que diga: «Se busca estafados por Asesores Avisa». Si crees que hay alguna otra forma de conseguirlo estoy abierta a sugerencias.

Estamos sentadas en un banco de madera, junto a la zona ajardinada que rodea el edificio, donde tienen la sucursal de préstamos. Hace un frío desgarrador, y nos tenemos que cubrir con bufandas para paliarlo. Nadie dijo nunca que este fuera un trabajo fácil. Llevamos una semana actuando de centinelas. Sabemos que no hay cámaras de vigilancia. Tiene su lógica teniendo en cuenta que no les beneficia ser grabados actuando delictivamente. Conozco su horario de entrada y salida y que los fines de semana no trabajan;

por ello, la oficina está vacía, excepto por la chica que acude a limpiar todos los días hacia las nueve de la noche, salvo Viernes y Sábado. El problema reside en que no tengo ni idea de cómo entrar porque soy incapaz de burlar un sistema de alarma. La clave está en nuestra chica de la limpieza.

—Tenemos que utilizar una táctica de distracción —digo extendiendo la mano para recibir algunas semillas de girasol, la quito bruscamente porque la está llenando demasiado, y al hacerlo, muchas caen al suelo. Lucía me mira con el ceño fruncido.

—Oye, la comida no se tira —me reprocha

—Esto no es comida, es basura.

—¿De qué hablas? Son frutos secos, tienen un montón de nutrientes saludables y grasas insaturadas de las beneficiosas. —La miro con la boca abierta.

—¿Tenías esa frase preparada?

—Desde que mi pasión por las pipas comenzó a preocupar a mi madre.

Sonrío. Tal vez gane la batalla con su madre, pero yo sé que tienen un montón de calorías y que lo saludable es comer un puñado al día. El problema con las pipas es que una vez se empieza a comer unas pocas, es muy difícil no terminarlas, pero como distracción son muy efectivas.

—Deberíamos incluirlas en nuestras noches temáticas —concluye.

Hemos decidido celebrar una pequeña cena de recuperación para Jorge, y para ello hemos pensado que la celebración verse sobre un tema. Hemos escogido la comida mexicana, por lo que vamos a preparar; tacos y burritos y beberemos; coronitas y tequila. También hemos planeado ver *El Mariachi* y *Desperado*, lástima que *Frida* aún no la han filmado. Escucharemos rancheras, si no puedo evitarlo. El caso es que nos ha parecido tan buena idea, que pensamos repetirlo cada mes con una nueva temática, y estamos pensando abordar la cultura griega en la próxima cena.

Suspiro y me arropo más profundamente en el abrigo. Son más de las nueve y es viernes; la noche libre para el servicio de limpieza, así que no hay nada más que podamos hacer.

—Creo que tenemos que actuar el domingo, quizás tratar de convencerla de que necesitamos usar el baño urgentemente y entrar en el despacho mientras una de nosotras la entretiene o tal vez espiarla mientras quita la alarma para conocer la contraseña —pienso en voz alta. Lucía me mira como si estuviera loca.

—¿Y cómo piensas abrir la puerta?

—¿Con una botella de Coca Cola? —pregunto y como parece incrédula añado—: ¿Qué? Se lo vi hacer a un cerrajero una vez y no parecía tan difícil.

—¿En Alicia en el país de las maravillas? Y no, no insistas con las horquillas.

Resoplo contrariada. No tengo mente criminal. No sé cómo hacerlo, pero debo. No quiero rendirme tan fácilmente ni esperar a que se produzcan más víctimas.

—Vamos a preparar la cena —apremio—. Haremos una lluvia de ideas entre todos.

Será la primera vez que comparta este proyecto con alguien más que con Lucía y Pilar. No es que lo haya ocultado porque ha bailado alrededor de Álex constantemente, solo que él, fiel a su perfil discreto y contenido, no pregunta sobre ello aunque muchas veces lo encuentro observándonos cuando lo rondamos.

Tomo el control de la cocina. Por suerte encontramos en el supermercado las tortillas de maíz hechas y las salsas para acompañar de Old El paso. No podía asegurar, si ya habían llegado a España. Lucía abre una bolsa de nachos, Oscar las coronitas, mientras Javi corta los limones y tengo a Álex picando cebolla y pimientos hasta aburrirse. Corto el pollo en tiras finas y pongo las

sartenes al fuego. Cojo la botella de cerveza que me ofrece Oscar y doy un largo trago; cuando percibo que el cuerpo de Oscar tiembla por la risa. Le miro sorprendida mientras se dobla con carcajadas. Álex se vuelve hacia nosotros con una sonrisa avergonzada y trata de alcanzar una servilleta de papel para frotarse los ojos llorosos e irritados.

—Tío, das pena. ¡Cómo empieces a contarme tus problemas me largo! — se burla Oscar.

—Es culpa de la cebolla, idiota —dice sin irritación.

Contengo la risa y lo detengo antes de que sus dedos toquen sus ojos, con servilleta o no, solo empeoraría la situación.

—No quieres hacer eso, primero lava las manos —le aviso y me dirijo a Oscar mientras él se acerca a la fregadera para hacerlo—. Las mujeres adoramos a los hombres que lloran y hablan de sus sentimientos —comento con sorna.

—Eso es cierto —me secunda Lucía— y regalan flores, ositos... — eterniza enumerando

—Ha sido la cebolla. Álex no es de esos —comenta Oscar y me guiña un ojo antes de levantar su botella hacia sus labios—. Los hombres no lloran — añade.

Javier resopla burlonamente y le reprocha:

—Eso es una chorrada, tío.

Sonrío, mientras comienzo a echar las verduras en la sartén para que se doren a fuego lento, porque sé que Oscar no habla en serio, es solo que le encanta meter cizaña. Álex se seca las manos con un paño y mira impasible sin entrar en la conversación. Sus ojos ya no lagrimean, aunque resaltan enrojecidos y definen el color azul con más intensidad.

—Hay ciertos conceptos que son indivisibles para el hombre —prosigue Oscar—. No lloramos, no nos gusta ir de compras, somos rudos y no

sentimentales, tenemos pelo en el pecho, siempre pensamos en sexo y el tamaño no importa.

Ellos se ríen. Nosotras meneamos la cabeza incrédulamente pero me muerdo el labio conteniendo una risa.

—Es increíble que vosotros mismos os impongáis vuestras propias reglas sobre lo que debe ser la conducta masculina y os obliguéis a seguirlas para evidenciar lo hombres que sois, cuando precisamente no tener que demostrarlo es lo que realmente define vuestra hombría —comento como quién no quiere la cosa.

En realidad es un tema que me preocupa, más aún cuando comienza a existir una tónica general en la literatura orientada a los jóvenes y no tan jóvenes, que insiste en mostrarnos protagonistas masculinos machistas, rudos, posesivos, mujeriegos y violentos, mientras las dulces e inexpertas (y a veces tontas) protagonistas femeninas tienen que tolerar y perdonar de forma incomprensible las acciones de estos personajes abrumadores y despóticos. Continuamos inculcando la idea de que la mujer debe ser sumisa y el hombre dominante. No puedo creer que miles de mujeres proclamen su amor por ese tipo de protagonistas fuertemente arraigados en roles anticuados y machistas cuando es evidente que están llenos de complejos e inseguridades.

—Y, ¡ah!, el tamaño sí que importa —añado antes de volverme.

Ahora es el momento de carcajearse de Lucía, que se dobla sobre la mesa mientras se sujeta el estómago. Oscar me sonrío con malicia y Javier me mira con sorpresa. Las comisuras de los labios de Álex se elevan ligeramente.

—Anita —me dice Oscar con voz empalagosa—, ignoro cuál ha sido tu experiencia —comenta y echa un vistazo sin disimulo a Álex—, pero lo que realmente interesa es cómo se usa.

—Tal vez sí, tal vez no, pero como estímulo visual importa exactamente igual que el tamaño del pecho. No son indispensables que sean grandes pero

babeáis cuando lo son. No vamos a soportar nosotras décadas de obsesión e inseguridades por un pecho pequeño, y vosotros valeros de ese tópico evidentemente creado por un grupo de hombres con la cosita pequeña para sentirse mejor.

Creo que la mandíbula de Javier cae al suelo mientras me mira con la boca abierta, Me niego a mirar a Álex pero creo oírle reír.

—Amén, hermana —dice Lucía con picardía levantando su botella a modo de brindis hacia mí. Le devuelvo el gesto y bebo un trago de mi coronita.

—Bueno, tú no puedes tener quejas en esa apartado con Álex. —Mi trago de cerveza sale directamente desde mi garganta cuando me atraganto.

Oscar se ríe abiertamente de mi reacción llevándose un nacho a la boca.

—Oscar —oigo que reprende el aludido con pesar. No lo miro, pero veo volar el paño de sus manos hacia el rostro divertido de Oscar.

Me vuelvo hacia las sartenes con las mejillas ardiendo y evitando cualquier contacto directo de los ojos con ninguno.

—Pórtate bien o te quedarás sin cenar —le aviso levantando la cuchara de madera en su dirección.

—Sí, mamá —responde, pero su actitud de niño bueno es claramente sabotada por su risa maliciosa.

Cuando llegan los demás la cena está prácticamente terminada. Se nos unen Jorge, Hugo, Mario, María y Eva. Lucía pone la mesa y Álex me ayuda a llevar las tortas calientes y los platos para el relleno a la mesa. Somos grandes anfitriones. Oscar y Javier abastecen a todo el mundo de bebida.

Los cardenales de la cara de Jorge han desteñido en un feo amarillento verdoso y su labio partido, prácticamente curado, no le impide comer ávidamente. En realidad, todos ellos parecen gratamente sorprendidos con la comida.

—Esto está muy bueno —comenta un entusiasmado Jorge rechupeteándose

los dedos—. ¿A quién debo felicitar?

—A nuestra cocinera jefe Anita “el tamaño sí que importa” —le responde Oscar.

Jorge y Hugo lo miran anonadados con media sonrisa, mientras Javier casi aúlla de la risa.

—¿El tamaño de qué? —pregunta Mario.

—Del pollo —respondo, pero Oscar me corrige divertido:

—Polla más bien —y eso levanta carcajadas sonoras.

Lucía es la encargada de explicar el asunto, y lo hace con pelos y señales, ni siquiera se deja la parte que incluye a Álex, para su pesar. Traga fuerte como si su bocado se hubiera cementado en la garganta mientras su mirada no deja el plato.

—Entonces... —comienza a decir Jorge— ¿estáis juntos?

Álex y yo intercambiamos una mirada. Su cara es indescifrable una vez más y sé que está dispuesto a dejarme todo el peso de la respuesta, pero por una vez, estoy inclinada a que sea él quien lo aclare y me mantengo en silencio riguroso. Me mira alzando las cejas y carraspea antes de limpiar su boca con una servilleta. Lo singular es que todas las cabezas parecen vueltas hacia nosotros con curiosidad evidente. Sus labios se curvan hacia arriba una vez descifrada mi intención.

—Sí —responde y lo miro con sorpresa porque no estaba preparada para esa confirmación, esperaba algo más ambiguo.

Mis labios se pegan literalmente al secarse y cuando los separo se resisten a soltarse. Mi lengua se mueve sobre mis dientes tratando de recuperar la humedad de la boca.

Sonrisas pintan los rostros de sus amigos, y Jorge mueve la cabeza afirmativa y lentamente con los labios apretados. Yo podría haber añadido que no es una relación formal, pero no es algo que quiera debatir delante de todos.

Mis ojos se cruzan con los de Lucía. Su ceja también se alza interrogativamente. Llevo tanto tiempo insistiendo en que solo somos amigos que su asombro tiene las mismas dimensiones que el mío.

Resulta una noche divertida. Mario se ofrece a limpiar los platos mientras Eva mira con satisfacción cómo lo hace.

El aspecto de mi habitación levanta curiosidad y la enseño. Incluso Álex se apoya sobre el marco de la puerta y le echa un vistazo. No recuerdo haberle visto nunca dentro, probablemente solo la haya examinado a través de la puerta abierta como yo la suya. Respetamos mucho nuestros espacios personales. Solo Lucía y yo entramos y salimos de la habitación de cada una con confianza. Aguanto las bromas sobre mis cortinas con estoicismo y risas. Las chicas abren mi armario de ropa para echar un vistazo a las prendas mientras ellos se entretienen con los DVD y los cd. Oscar, a nuestro lado, estira su mano hacia uno de los cajones que no cierra bien y coge uno de mis tangas.

—¿Qué es esto? ¿Un tirachinas? —se mofa mientras lo extiende—. ¿De verdad esto tapa algo?

Pese a la mortificación no puedo más que darle la razón y reírme porque la ropa interior, que tengo, constituye prácticamente la mínima expresión en tela. No recuerdo exactamente en qué momento cambié a las braguitas de nuevo, pero lo hice con el tiempo y encontré mayor comodidad y lencería más sexy sin necesidad de mostrar tanto. Sin duda, la ropa interior es la prenda de ropa que más ha evolucionado en el último siglo. Actualmente, se confecciona con distintos y nuevos tejidos, cortes y diseños más sensuales, y existe un gran interés por los detalles. En definitiva, la ropa interior vive uno de sus mejores momentos en el sector de la moda tal vez porque enseñarla ha dejado de ser censurado y lo hacemos con más atrevimiento.

Lo curioso es que durante la mayor parte de la historia no se utilizó e

incluso existía la idea de que esa parte debía respirar. ¿Hugh? Y que la humedad debía evaporarse para que no se pudriera. No es tanto de extrañar si se recuerda que también se utilizaban sangrías para curar las enfermedades.

¿Hubieran sido las acciones más lógicas de ser permitida la educación e ilustración de la mujer? Mi opinión es que sí, y me remito a la historia donde queda recogida la información que demuestra que las primeras curanderas en occidente eran mujeres. También fueron las primeras en la utilización de las hierbas medicinales como remedios curativos. Ella eran las “mujeres sabias”, y durante mucho tiempo fueron la única atención médica.

Con la creación de las universidades en el siglo XIII, ellas fueron vetadas de los estudios y de la ciencia médica que germinaba como una nueva representación de dominio y control. Mientras ellos estudiaban sin ningún tipo de apoyo científico la forma de remediar nada, las mujeres cotejaban unas con otras y transmitían sus conocimientos basados en la práctica. Eran más solicitadas que ellos incluso entre las clases altas y la realeza. Pero las historias de las mujeres pioneras casi nunca tienen finales felices, y cuando la Iglesia comenzó a sentirse amenazada porque los servicios de sus propios sacerdotes con todos sus estudios no eran requeridos, organizó la persecución sin base ni fundamento de esas mujeres de bien.

Las acusó de prácticas de brujería y vinculación con el demonio. El *Malleus maleficarum* logró ser el manual más recurrido en la caza de brujas de los Estados católicos. En él se declaraba que; «la mayor cantidad de los brujos eran del sexo frágil porque las mujeres eran más crédulas, más propensas a la malignidad y embusteras por naturaleza». ¡Puaj! Que basura propagandista más inverosímil y sin sentido. ¿Lo peor? Todavía existen personas que creen y afirman que así es.

Se calcula que entre dos y cinco millones de mujeres fueron condenadas a ser quemadas vivas por culpa de la ambición de dominio eclesiástico y la

misoginia de la época. ¿Dónde están los homenajes a estas víctimas? En piras, lapidadas, golpeadas, amordazadas, así morimos y callamos las mujeres e involuciona el mundo.

Por cierto, fue un médico alemán en 1757 el que tuvo esa brillante idea de que si no se dejaba al aire la parte íntima femenina acabaría decayendo. No quiero ni conjeturar de dónde sacó esas conclusiones, y me pregunto qué opinaría al respecto una de esas mujeres sabias. Tal vez el gusto por la ropa interior se hubiera sofisticado antes y no solo hace cincuenta años. Tal como otros aspectos más fundamentales de la vida.

—Dame eso —exijo tratando de alcanzarlo, pero él lo estira como si fuera una goma y apunta con él hacia Álex antes de soltarlo. Este lo atrapa en su mano antes de que le golpee la cara y lo aprisiona dentro de su puño sin mirarlo.

Corro a cerrar el cajón con fuerza antes de que se le ocurra volver a fisgar en él porque una cosa es que no sea remilgada a la hora de enseñarla, y otra que me guste que se juegue con ella. Lo empujo por la espalda con fuerza hacia otro lado para alejarlo de mi ropa interior. No es fácil moverlo pero se deja hacer con una risita. Me pregunto dónde habrá ido a parar mi tanga finalmente.

Nos olvidamos de las películas mientras servimos una ronda de tequila y sale el tema de Asesores Avisa. Después de la estupefacción inicial, Hugo propone introducir un virus troyano dentro del ordenador para acceder a la información. Al parecer, él sabe cómo hacerlo. No tenía ni idea de que pudiera ser tan fácil. Solo con descargar un archivo infectado se puede tomar control absoluto del sistema desde otro terminal.

—Suenas peligroso —comenta Eva.

—Porque lo es —responde Álex— e ilegal.

Su expresión es más bien oscura. Todavía no estoy completamente cómoda

con su respuesta anterior a Jorge, y he estado tratando de evitarlo. No contesto. Tiene razón, pero de ninguna manera voy a zanjar este tema, sobre todo ahora que parece viable.

—Yo creo que es admirable y muy valiente —comenta Jorge. Le dedico una pequeña sonrisa agradecida.

—De todas formas, ¿cómo sabes que se dedican a estafar? —pregunta Javier. La temida pregunta imposible de responder con la verdad.

—Tengo mis fuentes —respondo escuetamente bajando los ojos a la mesa.

La sorpresa inicial deja paso al entusiasmo mientras Hugo explica cómo hacerlo y todos participan en su planteamiento. Álex, en silencio, me echa un vistazo antes de encenderse un cigarro y recostarse sobre su silla frente a mí.

—¿Mantendrás el anonimato? —me pregunta con más preocupación que curiosidad.

—Sí, utilizaré un seudónimo —respondo.

—¿Cuál? —pregunta María.

Me encojo de hombros, todavía no he pensado realmente en ello. Ni siquiera tengo preparado el blog. Primero quiero tener la información. Es mi prioridad.

—Catwoman —salta Oscar.

—Un poco trillado —respondo.

—Mata Hari —opina Eva.

—Demasiado femme fatale —digo negando con la cabeza.

—¿Entonces? —insiste Oscar.

—Ya lo pensaré.

No descarto la idea de utilizar a una heroína femenina, pero no voy a utilizar a una que se la recuerda por su ceñido traje y sus curvas imposibles ni a otra que en realidad espío poco y mal, pero sobresale por la idealización de seductora devora hombres que se le atribuye. De seguro encontraré mujeres

más sencillas y reales que sean notorias por su valentía y sus actos heroicos sin que destaquen por las connotaciones sexuales atribuidas.

10

76 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2008, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

DeVotcha _ How It ends

Doy vueltas por mi habitación en mi camiseta de dormir y mis pantalones de pijama. Arriba y abajo. Son las cuatro de la mañana y hace media hora que se han marchado todos menos Álex y Lucía que ahora estarán durmiendo. Tengo un dolor punzante y lacerante en mi estómago que me oprime hasta el corazón. Es un malestar que no entiendo, o tal vez sí, pero me está atosigando y sé que necesito hablar con Álex.

Mi actitud ha sido distante con él durante la noche y él lo ha notado, y no se lo merece, pero he dejado que la desconfianza tome las riendas de mi cuerpo y mente. No puedo dejar que otro hombre vuelva a alojarse en mi vida y crear dependencia de nuevo hacia otra persona. No cuando trato de demostrarme a mí misma que soy una mujer sólida y autosuficiente o cuando tengo verdadero temor a no ser capaz de vivir una vida para mí misma, sin la influencia de una relación que me arrastre de nuevo a un callejón sin salida como sucedió con Abraham. ¿Qué ocurrirá si dejo entrar a Álex y acabo necesítándolo? Sé que no es como Él; que son como el día y la noche, pero ya no tengo capacidad de decisión y no sé lo que está bien o mal para mí. Necesito tiempo para averiguarlo. Álex no debería haber dictaminado por sí solo, una decisión que debería haber sido de los dos. Me aterra que mis

deseos vuelvan a ser ignorados, mi personalidad atrapada y escondida tras la sombra de otra más fuerte. Tengo miedo a perderme de nuevo y no poder volver a recuperarme. Tengo que hablar con él.

Abro la puerta de mi habitación precipitadamente y casi caigo en sus brazos. Me lo encuentro tras ella con un codo sobre el marco y la mano sobre su frente meditabundo. Ambos nos miramos con sorpresa. Se endereza y parece aturdido. Lo que sea que se ha apoderado de él y empujado a la puerta de mi habitación le ha abandonado cuando yo he aparecido. Aprieta los labios y me pregunta sin rodeos:

—¿Podemos hablar? —Sigue vestido con vaqueros y camiseta, aunque está descalzo.

—¿Ahora? —le respondo y casi me mofo de mí misma, pero que yo saliera con esa intención no quiere decir que no me sorprenda que él quiera hacerlo. Normalmente su actitud es más reflexiva. Asiento con la cabeza—. De acuerdo.

Lo dejo entrar en la habitación. Me siento sobre mi cama y él cierra la puerta apoyándose sobre ella con los brazos cruzados.

—Estas molesta —afirma y yo voy a negar con la cabeza cuando me doy cuenta de que no tengo porque mentir y susurro:

—Un poco. —Levanto la mirada para estudiarlo. Tiene la cabeza apoyada contra la madera, por lo cual veo con claridad como su nuez sube y baja por su cuello—. ¿Por qué dijiste que sí? —Creo que no hace falta que aclare cuando los dos rondamos la misma idea.

Baja los brazos y se separa de la puerta. Parece que se va a acercar pero no lo hace. Sus manos caen a sus caderas con los brazos flexionados.

—No tuve intención de presionar. Tampoco estoy exigiendo que cambie nuestra relación —explica, y luego coge aire y lo expulsa con leves expiraciones que producen sonido en sus labios—, pero soy humano, Ana, y él

está interesado en ti y yo quería... —Mueve la cabeza mientras su mano vuela en el aire hasta su nuca—. Lo siento.

Me muerdo el labio. No quiero que se disculpe. No soy de esas personas que tienen una necesidad constante de escuchar una disculpa, al revés porque los arrepentimientos me duelen en el corazón más que cualquier otra cosa y Él supo cómo beneficiarse. Prefiero hechos más que palabras, pero esa no es la razón por la que no quiero que se disculpe Álex. ¿Y si le estoy enviando señales contradictorias?

—La culpa es mía —confieso—. Estoy aterrada Álex, no sé lo que me conviene ni quiero.

—No —dice suavemente—, no es verdad. No eres culpable de nada. Has dejado claro que no necesitas una relación ahora y lo entiendo, pero eres mucho más fuerte de lo que crees y más valiente, solo tienes que darte cuenta y darte una oportunidad.

Lo miro atentamente. Sus manos siguen en sus caderas. Su expresión y su actitud son tan comprensivas y pacientes que me llenan de algo líquido y caliente que podría ser dulzura, pero no lo es porque la dulzura es solo un sentimiento y aunque positivo, lo que yo siento recorre mi cuerpo a través de mis venas y acelera el latido de mi pulso. Mis dedos y la punta de mi lengua cosquillean con el aumento de la sensibilidad de las fibras nerviosas respondiendo a ese algo que él me produce. Recuerdo las palabras de Pilar, aconsejándome que me mantuviera cerca de Álex y lamento no poder hacerlo más. ¡Dios! Él es realmente hermoso por dentro y por fuera.

—¿Y tú que necesitas? —vuelvo a preguntar con la esperanza de que esta vez me responda. Porque de eso tratan las relaciones, no son caminos unidireccionales en los que solo cuentan los deseos de una persona, sino de ida y vuelta. El equilibrio está en aceptar y equilibrar las necesidades de los dos, y él jamás me ha pedido nada, solo me da una y otra vez.

Me levanto y me acerco. Con mis brazos rodeo su cintura. Levanto la mirada hacia él y atisbo una sonrisa avergonzada.

—Ana —vuelve a decir mientras sus manos suben hasta mi cara y sus dedos se pierden en mi pelo—, yo estoy loco por ti.

Contengo la respiración y cierro los ojos. ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Es posible que sean los pequeños detalles y las insignificantes decisiones las que afectan el trascurso de nuestra vida? ¿Qué cambios son los que yo he aportado en esta, que han originado este nuevo giro? No tengo control sobre nada. Por mucho que lo intente. No sé ni por qué me molesto.

—Siempre lo estuve —susurra cuando nuestras frentes se juntan y sus labios se deslizan por mi mejilla hasta la comisura de mis labios. Algo chirría en esa afirmación.

—¿Siempre lo estuviste? —pregunto extrañada, pero mis dudas se alejan de mi mente embotada por la cercanía de su boca a la mía y de sus manos en mi nuca guiándome hacia ella.

Cuando se encuentran lo hacen con ansia y me estrecha contra él con fuerza. Mis labios arden por la voracidad del beso y mis dedos anhelantes se sumergen bajo su camiseta para rozar la piel de su cintura.

Es la primera vez que estamos solos en una habitación y nos dejamos llevar. Él siempre ha sido tolerante y paciente; sin requerir más de lo que yo estaba dispuesta a dar. Pero su forma de besarme ahora es distinta, un poco exigente y más ansiosa de lo acostumbrado. Su lengua reclama dominio sobre la mía y estoy dispuesta a rendir esa batalla mientras mis manos avanzan territorio bajo su ropa hacia su pecho. Le acaricio, pero concluyo que su camiseta me estorba por lo que tiro de ella hacia arriba y él me ayuda sacándosela por la cabeza. Noto su mirada clavada en mí de forma intensa mientras yo observo su cuerpo y mis manos se deslizan desde sus hombros tratando de abarcar la mayor porción de piel posible. Contiene la respiración

y su mano recoge la mía con veneración antes de llevársela a los labios y restregar su mejilla contra ella. Dibujo con el roce de las yemas de mis dedos los contornos de su cara, su barbilla, la mandíbula, la nariz, la boca. Sus labios atrapan uno de ellos y lo mordisquea entre sus dientes con suavidad, lo deslizo hacia dentro y encuentro su lengua; juego con ella y me parece lo más inocente y erótico de mi vida.

Hemos retrocedido hasta que sus piernas chocan con mi cama. Se sienta sin arrastrarme con él y apoya su cabeza sobre mi vientre. Rodea mi cintura con sus manos. Sus pulgares se deslizan bajo mi camiseta de dormir y se mueven hasta encontrar las líneas que atraviesan mi estómago. Su toque es tan dulce que no me importa que sus manos empujen la ropa para destapar mis cicatrices. La sujeta bajo mi pecho con sus manos extendidas a lo largo de mi torso. Sus labios alcanzan la primera señal de forma suave y reverente. La sensibilidad es distinta sobre ellas y la diferencia se acentúa cuando su boca se mueve por todo mi abdomen. Besa mi ombligo y su aliento llega fresco hasta él después de dejarlo húmedo. Mis manos enredadas en su pelo obligan a su cara a volverse hacia mí y bajo hasta ella para besarlo de nuevo. Se inclina hacia atrás y su espalda se apoya en el colchón. Esta vez sí tira de mí porque nuestras bocas se niegan a separarse y mi cuerpo cae sobre el suyo. Un gemido sale de uno de nosotros, pero no sé de quién o si hemos sido los dos.

Los labios se separan y me vuelca de medio lado sin soltarme. Se cierne un poco sobre mí mientras una de mis piernas queda sobre él rodeando su muslo. Sus ojos se clavan en los míos profundamente y su mano acaricia mi pelo en la nuca bajo mi cabeza. Creo que va a decirme algo pero no lo hace. Yo también creo que las palabras arruinarían este momento.

Su mano se desliza desde mi cintura hacia abajo y me empuja con suavidad presionándome contra él haciéndonos jadear a los dos sobre la boca del otro, y me doy cuenta de que no voy a ser capaz de detener esto y que ni quiero, y

que tal vez, hace unos minutos estaba aterrada con las consecuencias de mantener una relación, pero que el cuerpo es el cuerpo y la mente es la mente y ahora solo uno de ellos está disponible y late con mucha fuerza.

Tiro de mi camiseta y Álex me deja espacio para que pueda quitármela. Mis manos viajan hasta su pantalón para poder deshacerme de él. Sus ojos bajan despacio, casi con pereza, desde mi pecho descubierto hasta mis dedos desabrochando su botón y su respiración se torna más pesada. Le oigo tragar fuerte mientras me ayuda a desnudarlo levantando las caderas para deslizar pantalón y bóxer a la vez.

Contengo un “guau” que no quedaría fino, pero sí me tomo mi tiempo para observar y explorar su cuerpo con mis manos. Su cabeza cae hacia atrás con un largo gemido mientras lo hago y luego, increíblemente impropio de él, pierde la calma y tira de mi pantalón sin contemplaciones.

Termino devorada como si fuera su última comida. Sus dedos leyendo braille sobre mi piel con veneración. Su masculinidad y las líneas duras de su cuerpo en contraposición con las mías más suaves y delicadas hacen que me sienta como una diosa femenina del sexo y el amor. Resurgen emociones que creía olvidadas e incluso aparecen algunas nuevas que nunca había conocido porque Álex no es Él, y cuida de todo con mimo y perseverancia, mucha perseverancia.

Ronroneo lánguida y feliz cuando al final arrima su pecho a mi espalda y me envuelve con sus brazos atrayéndome hacia él. Me quedo dormida inmediatamente con una sonrisa, mientras oigo la lluvia caer sobre el cristal de la ventana con fuerza.

Una señal inequívoca, de que mi vida ha dado un cambio drástico y enorme, es

despertar sobre un cálido y tatuado pecho, y no amanecer sola y aterrada por lo que vendrá.

Una mano se mueve suave y floja sobre mi espalda acariciando con ligeras cosquillas su desnudez. Tengo que contener un gemido complacido y la piel se me eriza cuando alcanza el cuello. Extiendo mi mano sobre su pecho mientras me entretengo contando los latidos de su corazón bajo mi oído.

—Oye, ¿y mi tanga? —le pregunto de repente levantando la cabeza para mirarlo, sin olvidar que no me lo devolvió después de que se lo lanzara Oscar. Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—¡Guau! Es una gran frase postcoital. Eres muy romántica —se burla

—Y yo no puedo creer que hayas dicho postcoital. —Su risa retumba en su pecho y me encanta percibir ese sonido en primera línea. Apoyo mi barbilla sobre él y sus manos continúan acariciándome y moviéndose perezosamente sobre mí. No entiendo por qué supuse que él no era una persona cariñosa cuando es tremendamente táctil y sus dedos hacen maravillas en mi piel—. ¿Entonces?

—Me lo metí en el bolsillo trasero del pantalón —me explica y cuando lo escudriño con la mirada se encoge de hombros—. No sabía qué hacer con él. Ahora estará sobre mi escritorio.

—¿Eso quiere decir que lo sacaste para echarle un vistazo? —le pregunto divertida, él oculta su cara con una mano y un suspiro exasperado sale de su boca.

—Creo haber dicho ya que soy humano y no de piedra —contesta abriendo dos dedos para poder mirarme a través de ellos. Le quito la mano de la cara sin delicadeza y lo observo atentamente.

—¿Utilizarás siempre eso como excusa?

—No, joder. Es solo que la gente tiende a pensar que soy como una especie de androide que puede controlar todo y no es así —responde y yo

sonrío.

—¿Y no es así?

—Tu deberías saberlo mejor que nadie —dice acariciando mis labios suavemente con los suyos— porque contigo lo pierdo totalmente. —Sus dedos rozan el contorno de mi pecho y me deslizo por su cuerpo en busca de más besos que encuentro sin dificultades. Me pregunto si lo que realmente ocurre es que ambos hemos perdido esa capacidad—. Vuelve Ana, no te vayas —murmura sobre mi boca.

Me siento sobre él con las piernas rodeándole y lo encuentro más que listo. Se levanta para alcanzar mi boca y sujetar mi nuca con su mano para retenerme cerca de él. Su boca se desliza por mi cuello besando y mordiendo. Sujeta mis hombros desde mi espalda para sostenerme mientras me inclina ligeramente hacia atrás y sus dientes y lengua alcanzan mi pecho. Si yo fuera un casquete polar, ahora mismo, tendríamos un grave problema debido al aumento del nivel del mar. Nuestra desnudez arde con cada roce y la pasión nos devora como brasas candentes cuando nuestros cuerpos se unen en una lenta combustión. Puedo confirmar que ambos perdemos el control completamente cuando estamos juntos y lo disfruto. Mucho.

—Se hace saber que no soy ciega ni sorda —suelta Lucía cuando se sienta con su taza de desayuno junto a mí en el sofá donde cambio canales de televisión buscando algo entretenido.

Emiten series ya casi míticas para mí como Siete vidas, Compañeros, Médico de Familia, Periodistas o programas casi inolvidables como Caiga quien caiga o de gran repercusión mediática como Crónicas Marcianas que marcaron un hito en el antes y después de la televisión.

—¿Y eso quiere decir? —pregunto arrugando la nariz consciente del

rumbo de la conversación.

—Que te ha hecho gritar como una perra y que tendrás que comprarme tapones para los oídos o buscarme uno como el tuyo para mí.

Suelto una carcajada.

—No es mío —contesto divertida volviéndome al televisor.

—Claro que sí y tú eres suya. No sé porque lo niegas. Mira que cara de satisfacción tienes. Te ha atrapado y llegará el día que te suplique que lo reconozcas durante un maravilloso orgasmo, tuya, tuya, tuya —corea. Me estremezco sin querer.

—¿De verdad te pone eso?

—Mucho.

—Cuando un hombre te trata como una propiedad se cree con derecho a decidir cómo debes hablar, pensar, vestir; qué no puedes hacer y qué sí. Cuando deje de valorarte y adorarte y te imponga sus decisiones, ¿te seguirá poniendo?

—Aguafiestas.

—Eso creía —le digo con media sonrisa—. Siempre ponemos más énfasis en conservar lo que no es nuestro y descuidamos lo que nos pertenece.

Me mira seriamente y sé que está mascando y disgregando en su cabeza lo que le acabo de decir.

—¿No crees que dar seguridad a tu pareja es importante dentro de una relación?

—Sí, pero creo que hay una diferencia entre confianza y seguridad o más bien pienso, que a veces, la confianza nunca es suficiente para una persona que solo siente inseguridad por mucha certidumbre que le transmitas, y si necesita reiterar que le perteneces... no somos objetos, Lucía.

—A veces parece que tienes cien años, Ana, tan reflexiva y tan sabia.

—Sé pocas cosas en realidad y no estoy segura de nada.

—Creo que lo tuyo con Álex estaba destinado ya que sois tal para cual — continua ignorándome. No tengo más remedio que reírme y pasarle un brazo por los hombros para estrecharla—. Entonces el chico se portó, ¿eh? — Sonríe, pero ni afirmo ni desmiento—. Ahora bien, como empiece a dejarte los calzoncillos para lavar se acabó.

—Desde luego —confirmo entre risas.

La diversión se detiene y nos inclinamos con asombro hacia la televisión cuando anuncian para la noche en Documentos TV un programa sobre el maltrato de género titulado “*O mía o de nadie*”. En él entrevistan a distintas mujeres que narran sus propias historias tristes y sajas. Incluso aparecen las imágenes de Ana Orantes en un programa de televisión el 4 de Diciembre de 1997 afirmando, que había recibido constantes palizas por parte de su marido durante 40 años. Días después de esa aparición encontraban su cadáver en el patio de su casa. Su marido la quemó viva. Fue su muerte la que originó una auténtica revolución y repulsa contra esta situación en España y el detonante para que el Gobierno anunciase la reforma del Código Penal en materia de violencia doméstica. Las denuncias interpuestas por Ana contra su marido hasta entonces no solo no fueron útiles, sino que esta mujer tuvo que convivir bajo el mismo techo que su agresor, después de separarse, hasta su asesinato. Me vuelvo hacia Lucía, que me echa un vistazo con la boca abierta.

—¡Joder! Ahora sí que ha perdido toda la gracia.

Trabajo con Teo por la noche. Necesito dinero para el tatuaje. No es nada barato; ninguno lo es. Tengo cita para la semana que viene justo antes del puente de Diciembre. Estoy deseando saber cómo quedará. Es realmente grande y atrevido pero me siento osada. No tengo ni idea de si ocultará completamente las cicatrices.

Devuelvo la sonrisa a Paulina y Soraya cuando se acercan a la barra para saludarme. Mónica no lo hace, se une al grupo formado por Álex, Oscar y Javier mientras Lucía baila con un pelirrojo. No voy a negar que un poco mal me siento por estar inmiscuyéndome entre ella y Álex, pero su acritud hacia mí es bastante anterior. Él asegura que ella no le interesa. Aún. En el momento que lo haga, yo solo me retiraré a un lado y que ocurra lo que tenga que ocurrir.

—¡Oh dios! ¡Mírate! Me tienes que acompañar de compras y aconsejarme, en serio —dice Paulina. Solo llevo un vestido negro con falda corta de vuelo y unas botas camperas. Pero las muchas pulseras y los pendientes grandes hacen el look más vistoso de lo que es.

—Claro, cuando quieras. —En realidad mucha de esta ropa y los complementos los adquiero en una tienda pequeña en mi pueblo cuyas dueñas tienen un gusto exquisito y donde encuentro prendas más originales y exclusivas que en las grandes franquicias—. Puedes visitar también mi armario cuando quieras.

—Eso es genial —me responde—. Le dije a Mónica que le preguntara a Álex por ti y me consiguiera tu número de teléfono pero creo que no lo hizo. —Vaya. Echo un vistazo a la aludida y la veo enfrascada intensamente en una conversación con Álex. Tal vez, suene malicioso pero puesto que ella está claramente interesada en él, a lo mejor lo que ocurre es que con el tiempo Álex acaba cediendo.

—No te preocupes, yo te lo doy ahora —le respondo a Paulina.

Al cerrar, como siempre, ayudo a Teo a limpiar. Oscar y Álex nos ayudan a recoger las botellas y subir las sillas. Lucía completamente integrada en el grupo de las demás chicas se lleva toda su atención mientras les explica algo con ligeros aspavientos de sus manos. Al bajar la persiana y despedirnos de Teo, Álex me rodea los hombros con su brazo y me acerca a él.

Actuamos como si se hubieran derribado todas las barreras que nos mantenían alejados y nos obligaban a actuar con prudencia sobre nuestra relación cuando no estábamos solos. ¿Somos pareja? ¡Puf! ¿Quién demonios sabe? Ahora lo único que sabemos es que nos comportamos como dos desvergonzados que claramente solo quieren correr a ponerse las manos encima uno sobre el otro y no saben disimularlo.

—En tu habitación o en la mía —murmura con sorna. Sonrío y sus labios encuentran mis dientes cuando me besa.

—Entonces no es una leyenda urbana que los hombres solo pensáis en sexo —digo divertida y frunzo los labios para poder besarlo con propiedad.

—No voy a negar que después de probarlo me tiene un poco distraído —lo miro sorprendida y me vuelvo hacia él. Mis cejas se arquean en una sutil pregunta.

—¿Quieres decir que no lo habías probado antes? —Sus labios se curvan débilmente hacia arriba y evita mi mirada cuando encoge sus hombros levemente—. ¡Oh! Guau, no lo parece.

En realidad no debería sorprenderme. La media de edad en que se practican las primeras relaciones sexuales ha disminuido significativamente en el último siglo; sin embargo, por los años noventa la media para la primera vez rondaba sobre los veinte años más o menos. De cualquier forma, somos los que afianzamos que no es indecente no llegar vírgenes al matrimonio, por lo menos hasta que llegó Britney Spears popularizando la suya y que ella aguardaría hasta el matrimonio para perderla. Lo que resultó una farsa. Ni esperaríamos, ni lo era mientras lo decía, Aunque en España esa nueva ola de puritanismo que aún se extiende en EEUU no tuvo gran repercusión, esperemos que las jóvenes mentes del futuro sean conscientes de lo que realmente importa y de lo que no.

—Bueno... —responde avergonzado—, no es como si no supiera que

hacer, ya sabes, se oyen cosas, se ven cosas... —me río divertida.

—¿Y los preservativos?

—Espero que Oscar no los cuente.

—¡Se los mangaste del coche! —exclamo con carcajadas.

—Él me los ofreció —se defiende y me chista para que baje la voz y no me ría, pero como no funciona me besa profundamente y con ello consigue su propósito.

—¿Cuántos cogiste? —le pregunto curiosa.

—Suficientes por ahora —contesta antes de volver por más besos.

—¿Mi habitación entonces? —bromeo, aunque no estoy segura de que se lo tome así cuando asiente con la cabeza sin soltar mi boca.

Realmente le importa poco que a unos metros de nosotros el grupo nos esté esperando, y eso me gusta. Formar parte de los rebeldes indecorosos que no tienen miedo de las exhibiciones de afecto en público libera mi alma inconformista. ¿Nos encanta disfrutar de las escenas de amor en las películas, pero hay quien se altera cuando surgen en la calle? ¿Por qué? ¿Preferimos las impecablemente simuladas de los maravillosos actores que las imperfectas, pero reales de los que verdaderamente se quieren? El cariño se demuestra. Es un mantra a repetir en cualquier parte.

Abraham casi nunca lo hacía. Tal vez al principio de la relación, antes de asegurarse de que le pertenecía. Luego paso a ser claramente frío y distante en ese aspecto.

Me gusta que Álex, tan controlado y contenido, no sea capaz de refrenar su afecto cuando está conmigo. No creo que nunca antes algo me haya subido tanto el ego, y los dos somos bombas incendiarias cuando estamos juntos. Inconscientemente debíamos saber qué ocurriría así, y por eso tratamos de refrenarnos intuyendo que en el momento que dejásemos de hacerlo, nada sería suficiente para saciarnos el uno del otro.

—Anda, vamos a ver que quieren hacer —le digo cuando nuestras bocas se separan. Suelta un gemido lastimero que me hace reír pero tiro de su mano para reunirnos con el resto.

Nos vamos a una discoteca, de nuevo, pese a las quejas de los tres chicos. Nosotras somos mayoría y ganamos. De todas formas, Álex y yo no tenemos intención de alargar demasiado la noche. Paulina y Lucía me arrastran con ellas a bailar. Lo estoy haciendo y me divierto cuando en mi campo de visión aparece Abraham. Baila con una chica acaloradamente. Todo manos y boca. Es una chica con la que lo he visto, a veces, en la puerta de la universidad; otras veces parece esperarla. Su apariencia es la de una chica dulce y tímida en los brazos de una bestia.

Los ojos de Él se clavan en los míos como si ya me tuviera localizada y no deja de mirarme mientras besa a la chica. No sé realmente qué cree que está haciendo. No hay ni un resquicio de celos en mi cuerpo, solo siento repulsión y verdadera preocupación por el porvenir de esa chica. Pilar tenía razón. No puedo mantenerme impasible mientras cambio mi lugar por el de otra víctima.

Trato de mantenerme indiferente a su presencia cuando en realidad sigo vigilante. Hemos sido engullidas por el resto de cuerpos que bailan sobre la pista, por lo que desde donde estamos es imposible poder ver a Álex que seguramente sujeta la barra.

Cuando Abraham y ella se mueven, mis ojos les siguen. Ella entra en el cuarto de baño de las chicas y Él en el otro. Aprovecho mi oportunidad y me escurro entre la gente para acercarme. Los servicios son sucios y grandes, y prefiero no respirar demasiado hondo cuando llego para no aspirar sus olores apestados. Me acerco a los lavabos esperando que ella salga de alguno de los cubiletes ocupados. Hago que me lavo las manos y finalmente ella se acerca para retocar su pintalabios. Hago lo mismo y le sonrío. Me devuelve la sonrisa y aprovecho este pequeño intercambio de cordialidad para hablar con

ella.

—¿Estás saliendo con Abraham? — le pregunto con neutralidad tratando de no parecer una amenaza o una inquisidora. Ella me echa una mirada curiosa antes de volver la atención a su barra de labios.

—Sí, creo que sí —me contesta y una sonrisa tímida pero soñadora delata sus claros sentimientos por Él—. ¿Os conocéis?

Suspiro profundamente y hago una mueca de disgusto cuando me doy cuenta de que he respirado los efluvios asquerosos que cargan el ambiente. Ella abre mucho los ojos al darse cuenta de mi desagrado. Aprovecho la coyuntura; que crea que mi reacción viene producida por el solo pensamiento de reconocer que conozco a Abraham. No dista mucho de la verdad.

—Ten cuidado con él, ¿de acuerdo? Sé que no sabes quién soy y que lo mismo podría ser una loca o una ex novia celosa, pero créeme, no es así, y ojalá yo hubiera tenido a alguien que me hubiera avisado sobre él. —Sus ojos se abren todavía más con asombro—. Puede que ahora te parezca un chico maravilloso, pero no lo es. Es un monstruo destructivo que no dudará en ponerte la mano encima y humillarte de las formas más crueles e injustas.

No me sorprende la expresión estupefacta en su cara. Me siento fatal por causarle daño, pero el peligro sería mayor si no le avisara. Vuelvo desesperada a la salida y huyo de ahí antes de que tenga la oportunidad de preguntarme algo más o de obligarme a ser más explícita. Con mucha suerte puedo haber implantado una duda dentro de su cabeza, que le fuerce a prestar más atención a los detalles que pueden traicionar el temperamento de Abraham; plantaré todas las que sean necesarias.

Al salir precipitadamente por la puerta me encuentro de bruces con Él. Siento como si pudiera leer mi pensamiento y saber exactamente lo que estaba haciendo. Todo el odio, que había reunido contra Él, se evapora dejando paso a un irrefrenable pavor que únicamente permanecía escondido esperando

resurgir de nuevo.

Trato de esquivarle para escabullirme, pero se mueve en mi dirección impidiéndome avanzar. Sin tocarlo y sin levantar la mirada de su pecho trato de probar por el otro lado y vuelve a moverse. Puedo sentir su burla y su satisfacción mientras demuestra su control sobre mí con una sonrisa de triunfo.

—¿Abraham? ¿Qué estás haciendo? —oímos que preguntan tras nosotros. Sé que es ella y aprovecho el momento en que Él se distrae para poner tierra de por medio.

Desaparezco precipitadamente sin rumbo, y por un momento me siento desorientada. El tumulto de cuerpos apenas deja espacio para poder avanzar o ver por dónde camino. Empiezo a sentir pánico y me detengo para coger aire. Giro sobre mí misma y busco a Lucía o cualquier otra inspiración que me ayude a descubrir cómo llegar hasta la barra. Trato de contar las respiraciones como me enseñó Álex y de despejar mi mente del embotamiento que la encierra y no me deja ver con claridad. Camino en línea recta sin dejar de contar e ignoro los comentarios salidos de tono o los ofrecimientos vacuos de ayuda.

Cierro los ojos y me muerdo los labios agradecida cuando encuentro a Lucía y Paulina bailando entre la multitud. Me acerco precipitadamente empujando sin consideración a las personas que se interponen en mi trayectoria. Cuando estoy sobre ellas y sintiéndome a salvo, una mano brusca agarra mi culo y noto un roce poco disimulado de un cuerpo masculino contra mí espalda. Me cuerpo se tensa y trato de volverme, pero una cara se apoya en mi mejilla impidiendo que mueva la cabeza. Me quedo clavada cuando reconozco el olor de su aliento mezclado con grandes dosis de alcohol. La mirada tensa de Lucía se clava en Él y deja de bailar. Niego imperceptiblemente con la cabeza porque lo último que quiero es que arremeta contra ella. Basta con que crea que se inmiscuye en sus asuntos. Ya le he oído

clamar de Lucía de forma no agradable en numerosas situaciones. Paulina mueve su cabeza de unos a otros sin comprender nuestro estado alterado.

—Despídete de tus amigas, te vienes afuera a hablar conmigo —me dice al oído demasiado fuerte para lo cerca que está de él, produciéndome un cosquilleo poco agradable y doloroso. Dudo. No tengo ninguna obligación de ir con Él. Ya no le pertenezco y soy capaz de pensar por mí misma y a pesar de ello... temo las consecuencias. De ahí radica su poder en mí. Del miedo. Empiezo a creer que nunca estaré a salvo—. ¿Quieres que le dé una paliza a otro de tus amigos? —amenaza. Impide con la presión de su cara en la mía que me vuelva para mirarlo—. Vamos, solo hablar te lo prometo. Luego puedes volver.

—Déjame explicárselo a ellas —le respondo.

—Ya se lo digo yo —me dice y sus labios rozan mi mejilla obligándome a cerrar los ojos con la respiración pesada y la garganta atenzada—. Ana y yo tenemos cuentas pendientes que aclarar y nos vamos afuera a resolverlas —explica bastante alto y con una sonrisa encantadora para que Lucía y Paulina le oigan.

Él no sabe que Lucía está al tanto de lo que es capaz de hacerme. Estoy segura por su cara y su postura rígida que correrá a buscar a Álex. Trata de alcanzar mi mano pero Él me arrastra bruscamente por la pista sin dejar de sujetarme desde detrás mientras me empuja entre la masa de gente hacia la salida. Ni siquiera me da la oportunidad de recoger mi abrigo para protegerme del frío, y mi vestido de algodón aunque de manga larga no es suficiente.

Francesca Genco BSO Mission Impossible 2 _ Injection

Trato de zafarme de su agarre cuando continúa guiándome sin hablar hacia un callejón mal iluminado y demasiado alejado para mi gusto.

—No voy a dar un paso más —digo enfrentándolo con una fuerza y un

valor extraídos de algún lugar remoto en mi alma recién descubierto—. Explica lo que tengas que decir aquí y déjame volver. —Y a pesar de que la voz me tiembla trato de volver a tirar fuerte para que me suelte. Él me gira para empujar con brusquedad mi espalda contra un muro de hormigón.

Está mal pintado de blanco, sucio y lleno de grafitis, y parece el escenario perfecto para que ocurran sucesos espantosos. Levanto la mirada y me obligo a no bajar los ojos cuando afronto su mirada brillante por el alcohol y diabólicamente empañada por la furia.

—¿Quién coño te crees que eres para lanzar bulos sobre mí? —grita. Vuelve a empujarme contra la pared por los hombros, haciendo que me rechinen los dientes y mi cabeza rebote contra ella. Trago fuerte porque la garganta se me cierra con cemento de doble envergadura, pero mantengo el silencio. No quiero darle más excusas que le sirvan para arremeter contra mí —. ¡Estás completamente loca! ¿Cómo te atreves a insinuar que yo te he pegado o maltratado?!

Empieza a pasearse de un lado a otro como un animal salvaje enjaulado. Quiero encogerme hasta desaparecer y rezo, a no sé quién, para ser capaz de poder hacerlo, pero como muchas otras veces, por muy desesperadamente que lo haga, no sirve de nada.

No puedo soportar que ocurra de nuevo. Mi cuerpo tiembla vigorosamente, mis dientes castañean de frío o de miedo. No recuerdo ni una sola de las técnicas defensivas aprendidas. ¿Dónde está Álex?

—¿Es por celos? —brama, y yo me encojo—. ¡Porque yo estaba claramente interesado en ti y pasaste como de la mierda! —vuelve a gritar exasperado pasándose las manos por el pelo.

Niego con la cabeza. No estoy dispuesta a que crea que quiero estar con Él. Eso nunca más. Estar con una persona como Álex me hace darme cuenta de lo monstruosa que era la relación con Él, incluso mucho antes de que

comenzaran las palizas.

Salto como un conejo asustado cuando aúlla de risa y se encorva sobre su cintura para carcajearse. Está muy borracho y eso... eso solo lo empeora todo.

—Estás enferma ¿lo sabías? —¿Dónde está la rabia que me embargaba cuando me insultaba? ¿Dónde quedó mi orgullo? ¿Por qué ya no me defiendes?

—Déjame marchar —suplico, y me odio a mí misma al darme cuenta de lo patética que sueno, de lo rápido que he dejado que Él vuelva a tener dominio sobre mí y me atemorice. Es el miedo la peor arma del mundo.

—No —responde vehemente y lo miro aterrada—, no creo que quieras eso porque lo que quieres es esto —según lo dice su labios caen sobre la míos con la dureza y la violencia que surgen desde el rechazo. Sus manos retienen mis brazos como tenazas contra la pared. Sus dedos se hunden de forma cruel en mi carne.

Un grito doloroso resuena en mi garganta y al separar mis labios para liberarlo su lengua invade mi boca bruscamente, reclamando lo que yo no quiero darle. Trato de apartarlo con ímpetu, empujándolo con mis caderas, pero solo consigo que me presione con más fuerza contra la pared. Los labios me duelen por la aspereza del beso, y mi corazón grita humillado por esta forma de vasallaje. Me siento mareada, pero forcejeo. Él lucha contra mi resistencia y se mueve de forma frenética contra mí. Podría dejarle hacer, sería más fácil que luchar contra ello, pero ¿dónde me abandonaría la cordura si yo dejase que mi cuerpo se sometiese a su cruel ultraje de esta forma?

El problema es, más que ninguno, que yo elijo a quién dar mis besos y ahora soy yo la que no quiero entregarle nada de mí. Mis dientes encuentran su labio inferior y lo aprieto fuertemente tratando de ignorar el ligero crujido que resuena al hacerlo. Abraham me suelta bruscamente y grita llevándose la mano a su labio sangrante. Un regusto metálico invade mi boca y trato de limpiármelo, pero Él, enfurecido y brutal, extiende su brazo hacia mí y sus

dedos aprisionan mi garganta como clavos afilados que retienen el aire fuera de mis pulmones.

—¡Hija de puta! ¡Me has mordido! —Aspiro audiblemente luchando por el más pequeño resquicio de oxígeno, con el que aliviar el dolor de mi pecho. No hay compasión en su mirada cuando observa mi búsqueda inútil de aire. Golpeo su brazo con toda la fuerza que me queda, pero no es suficiente. — ¿Ves lo que me obligas a hacer? —masculla entre dientes respirando rabia a través de sus fosas nasales hinchadas.

—¡¡Eh!!! ¡¡Suéltala cabrón!!! —resuena un grito atroz a su espalda.

No veo a Álex. No, ese no puede ser él. Veo a una persona que podría ser un completo desconocido, pero con su mismo aspecto porque Álex es capaz de dominar sus emociones, y este hombre, que corre hacia nosotros, lleva reflejada una determinación salvaje y primitiva que no reconozco.

Abraham suelta mi cuello con una sonrisa diabólica antes de volverse hacia Álex, cerrando los puños y con las piernas abiertas preparado para pelear contra él, pero no importa porque no tiene ninguna oportunidad.

Me llevo la mano a la garganta y arrastro mi espalda por el muro, hasta caer sentada en el suelo tratando de recuperar el aire perdido. No aparto la vista cuando Abraham trata de extender un puñetazo hasta la mandíbula de Álex. Él aprovecha el impulso de ese mismo golpe, y lo hace trastabillar sujetando su muñeca. No la suelta ahí; la retuerce cuando Abraham trata de zafarse y golpearle de nuevo. Sin pegarle siquiera, Álex lo coloca boca abajo contra el suelo y se cierne sobre Él. Una mano dobla el brazo de Abraham en un ángulo incomprensible, y la otra tira de su cabeza hacia atrás por el pelo.

—Como vuelvas tan solo a mirarla te mato, ¿has entendido? —masculla entre dientes como si contuviera una gran furia. Abraham herido en su orgullo, no le contesta. Tira con más fuerza de su pelo y repite—. ¿Entiendes lo que digo, cabronazo? —Y vuelvo a preguntarme quién es este desconocido.

Abraham murmura un sí, disgustado. Álex levanta los ojos buscándome y me doy cuenta de lo realmente afectado que está.

Me llegan imágenes de la historia de los Ents, los pastores de árboles del Señor de los anillos. Sin quererlo encuentro coincidencias en su comportamiento con Álex; en su forma de actuar y hablar: mansa y reflexiva. Siempre haciendo lo posible por evitar inmiscuirse en cualquier guerra durante el transcurrir de las décadas hasta que son testigos de primera mano de la violencia desatada contra los suyos. En ese momento liberan tempestades contenidas durante siglos que resurgen implacables despertando sus instintos más feroces. Se desata en ellos una furia sin piedad con la que destruyen todo lo que había construido Saruman. Si Álex, como ellos, en vez de decir: «¡Suéltala!», hubiera gritado: «¡Urrarrum^[1]!», pues no me hubiera sorprendido en absoluto.

Voces llegan acompañando a sus dueños hasta nosotros. Solo cuando Oscar y Javier llegan hasta ellos, Álex suelta a Abraham con muy poca delicadeza para acercarse a mí. Se acuclilla y extiende los brazos. Me lanzo hacia ellos y es como volver a casa mientras me refugia contra su pecho.

—¿Estás bien, Ana? ¿Te duele algo? —me pregunta con el sonido de su voz ahogado por mi pelo. Niego con la cabeza—. Tienes sangre en el labio.

—No es mía. Le mordí —explico con voz temblorosa mientras me castañetean los dientes con una mezcla de frío y miedo. Se separa para poder mirarme a la cara y me dedica una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Bien hecho —me dice.

—¿Qué pasó con eso de no humillar al contrario? —pregunto combatiendo angustia con humor.

—¡Que se joda! —responde, aunque Abraham ha tenido mucha suerte. Cualquier otro con la capacidad de Álex le hubiera destrozado porque, pese a todo, ha sido capaz de contenerse.

—Ana —susurra Lucía— ponte el abrigo que estas temblando —me dice extendiéndolo sobre mí. Ni siquiera me había dado cuenta que estaba a mi lado claramente nerviosa.

—Hay que llamar a la policía —levanto la cabeza precipitadamente y niego con ella de un lado a otro. Las lágrimas que no habían acudido a mis ojos hasta ahora, asoman sobre mis pestañas.

—No —le suplico—. No, Álex, por favor, no me hagas pasar por eso.

—Escúchame, Ana porque tienes que hacerlo; te ha agredido, te ha forzado. Tienes que denunciarlo.

—¿Qué? ¡Yo no he hecho nada! Ella me ha mordido por besarla. ¡Y joder! ¡Ella se lo estaba buscando! Estáis todos locos ¡Me largo! —grita Abraham tratando de quitarse de encima la mano en el hombro de Javier.

Álex hace un amago de volver a levantarse pero lo retengo junto a mí y no se resiste.

—Cállate la puta boca —oigo decir a Oscar.

—Que se vaya —le pido— por favor. —Lo observo luchar consigo mismo tratando de ocultar su reticencia, y buscando esconder de nuevo cualquier expresión que le delate, pero Abraham destruye su postura apacible.

—No estoy de acuerdo, Ana —dice finalmente.

Limpio mi labio y las lágrimas que caen sobre mi rostro con la manga de mi vestido antes de ponerme el abrigo. Álex se levanta y tira de mis manos para llevarme con él. Me envuelve bajo su brazo y me encaja sobre su costado antes de echar a andar.

—Vámonos —dice para mí o para todos en general.

Abraham se zafa fácilmente de sus captores pero no se marcha. Se queda parado mirando desafiante nuestra silueta. No sabe reconocer la derrota. La soberbia le pierde.

—He dicho que ni la mires, ¡joder! —masculla Álex con voz amenazadora

sin detenerse al pasar a su altura.

—Deberías atarla en corto porque, es ella, la que busca llamar mi atención —dice envalentonado.

—¿Eres un imbécil que no sabe cuándo callarse? Él puede matarte de un pestañeo, gilipollas —dice Oscar con un veneno en la voz que nunca le había oído.

—¡Bah! Yo no la quiero. No merece la pena; puede quedarse con ella —vuelve a repetir como una cantinela sin sentido que nadie cree y que; sin embargo, hace que mi sangre hierva.

Un burbujeo como lava en erupción llega hasta las terminaciones nerviosas de mi lengua donde el regusto de sus palabras se vuelve amargo y pestilente como la bilis cuando se vacía el estómago, y de alguna forma siento que tengo que vomitarlo todo.

—¿Qué te hace suponer que tú tienes la capacidad de sentenciar eso? —digo volviéndome hacia él. Álex trata de alejarme de Abraham, pero de repente tengo muchas más cosas que decir y quiero que las oiga—. La única que decide con quién estar soy yo. ¡No te pertenezco! ¡No soy un objeto al que dominar y humillar! ¿Crees que eres mejor que yo? —me mofo sin humor—. ¡¡La puñetera verdad es que estas aterrado!! —grito—. ¡Tienes miedo de una mujer fuerte y necesitas someterla para sentirte más hombre cuando lo que de verdad debería darte pánico es tu miserable existencia!! Tú sí que no vales nada, Abraham. Te hundes tu solo en tu propia porquería, ciego a reconocer y comprender la realidad ni aunque te dé de lleno en la cara.

»Nunca serás feliz y lo siento mucho por ti porque jamás entenderás lo que es querer y respetar a una mujer, y tal vez te tenga miedo y te odie en mis días buenos, pero lo que verdaderamente siento por ti, es lástima. No dejaré que hagas daño a ninguna otra mujer. Si tengo que denunciarte lo haré, Abraham. Por tu bien, busca ayuda antes de que sea demasiado tarde.

—No tengo ni puñetera idea de lo que está hablando, joder, está loca — masculla divertido de cara a la galería. Tristemente sé que realmente lo cree. Siempre ha sido así. Convencido de que su comportamiento es irreprochable y soy yo la que está equivocada.

Álex me suelta y su intención parece la de lanzarse contra Él, pero para sorpresa de todos es Javier el que descarga un derechazo sobre la mandíbula de Abraham. Contengo el aire, no soporto la violencia. Siento cada golpe y puñetazo como si fueran dirigidos hacia mí.

—Tu no escuchas, hombre — le reprocha Javier llevándose el puño dolorido al pecho.

Álex se mueve rápido colocándose junto a Javier y enfrentándose a Abraham que se frota la barbilla con furia. Los brazos de Lucía me envuelven la cintura.

—Vámonos, Ana —murmura con pena cuando Abraham, empecinado, trata de lanzarse contra Javier para devolverle el golpe.

—No quieres hacer eso —le avisa Álex.

—¡Voy a acabar con todos vosotros! —ruge Abraham.

Dejo de mirar cuando Álex agarra el brazo que Él alarga contra su cara para lanzarlo contra la pared.

—No llores. Él se lo ha buscado —me consuela Lucía arrastrándome fuera del callejón y de cualquier cosa que esté sucediendo allí.

Si hubiéramos llamado a la policía, si no me hubiera empeñado en salvaguardarle de nuevo, esto no estaría ocurriendo ahora. Maldita mi inseguridad, maldito mi miedo y maldita yo, y más malditas aún las lágrimas que sigo derramando por su causa. Esto es mi culpa. ¿Verdad? Mi culpa, su culpa. Siento de nuevo que no soy capaz de hacer nada bien y mis decisiones son tragedia.

Estoy derramada sobre una de las sillas de casa con los codos en las rodillas y las manos sujetando mi cabeza cuando Álex, seguido de Oscar y Javier, entra por la puerta. Apenas levanto los ojos para mirarlo sin cambiar de postura. Coloca otra silla frente a mí y se sienta con las piernas abiertas y los brazos sobre ellas inclinado hacia mí. Mi respiración es rápida y una congoja sale de mi pecho. Un minuto pasa sin que ninguno hable. Nadie lo hace.

—No le he hecho nada, Ana. Solo cansarle hasta que se ha rendido. —¿Es eso lo que me preocupa? ¿Me inquieta que estuviera sufriendo? ¡Dios! Eso sería una locura. Como también lo es sentirme culpable, pero lo hago. Estoy tan trastornada.

Levanto la cara para mirar a Álex y sus ojos se detienen en mis labios y mi garganta, y algo relampaguea en ellos. Él también tiene un rasguño en una mejilla y un poco de sangre seca en una ceja.

—Este es el momento en el que debes darte cuenta que es mejor correr, Álex —susurro consciente de que no estamos solos, pero tampoco me importa—. No está bien que te compliques por mi culpa, no está bien para ninguno. Soy un desastre y mi vida es un caos. Es mejor que te alejes, Álex.

Su cara no refleja nada, pero sus ojos se entrecierran hacia mí y frota su frente con una mano con parsimonia. Como siempre no parece tener prisa por contestar, y el resto aunque se revuelve respeta su derecho a hacerlo. Las patas de una silla resuenan en el suelo y alguien se sienta.

—Le crees —dice con suavidad e inquietud Álex. No me mira y parece más un pensamiento hacia sí mismo que una respuesta para mí.

—¿Qué? —pregunto sin entender

—Le crees cuando te dice que no mereces la pena —responde subiendo el tono—. Mira a tu alrededor, Ana, estamos aquí porque creemos que si vales

nuestro esfuerzo. Tú eres la única que se menosprecia. Ese cabrón te hace sentir como una mierda, y tú se lo agradeces alejando a las personas que te estiman porque no crees que las merezcas. No me voy a ningún lado.

—¡Pero es que no lo sabes todo! —exclamo exaltada y me levanto para pasearme frenética antes de taparme la cara de nuevo con las manos.

—Estoy donde quiero estar —contesta tranquila y resueltamente—. Tú eres la que debe decidir qué es lo que quiere.

Lo miro intensamente tratando de leer su expresión. Él me devuelve la mirada sin dejar traslucir nada, pero de forma inquisitiva; consciente de que una tormenta de decisiones e indecisiones gobierna mi cabeza, y resuelvo que debe conocer la verdad porque no puedo tratar de aparentar normalidad con él cuando mi equipaje pesa sobre sus hombros y, además, sé que detecta los contrasentidos que se envuelven como telarañas traslúcidas, pero visibles, a mi alrededor aunque no indague sobre ellas. Solo la realidad determinará si huye o no.

¿Por qué creía que esta vez sería más fácil? Que conociendo los errores del pasado ¿sería más sencillo corregirlos? ¡Dios! La vida no es nada simple. Es un obstáculo tras otro y tras otro. No sería justo decir que es igual de complicada para todos porque no hay mentira más grande, pero no es fácil para nadie. Alguien me dijo una vez que hemos venido al mundo a sufrir, que nuestra existencia es dolor y únicamente debemos aprender a sobrellevarlo. Entonces me pareció una exageración. Ya no estoy tan segura, y lo peor es que aprender a sobrellevarlo es lo más difícil de todo.

Sentados sobre mi cama descalzos y de piernas cruzadas, Álex me aplica un poco de pomada para hematomas en el cuello mientras yo le limpio los

rasguños de la cara con una gasa y yodo. Tengo la confesión en la punta de mi lengua, pero la siento pesada e hinchada y soy incapaz de moverla para hablar.

Hay muchas probabilidades de que él piense que estoy como una regadera porque no hace tanto que nos conocemos. Al menos sé que será amable y contenido, y que no clamará al cielo por mi locura. Pero he descubierto, ahora que hay muchas probabilidades de que ocurra, que no quiero que se aleje. Tengo miedo a perder ... le, pero no puedo guardármelo en un bolsillo como un bien preciado al que quiero retener sin tener en cuenta sus derechos o decisiones.

—Ana, vuelve —me susurra y no es la primera vez que me lo dice, por lo que debo perderme mucho en mis pensamientos.

Limpia mi labio porque la sangre no era solo de Abraham. Me lo ha dejado realmente magullado tras su explosión.

—Tengo algo que confesarte y no es nada fácil —suspiro y me muerdo el labio inconscientemente. Suelto un quejido al tocar con los dientes una zona dolorida, y Álex suelta un toque con su dedo sobre ellos para que suelten la herida.

—Cuenta una historia —me dice estirándose para apoyar los medicamentos sobre mi mesilla— o un cuento que narre la leyenda de una chica de grandes e impresionantes ojos azules, bella como ninguna —continúa retirándose el pelo de la cara—, con la sonrisa de una rosa y una risa capaz de levantar a los muertos. Repleta de inteligencia, perspicacia, razón y buen juicio, entre otras virtudes que solo ella desconocía. —¡Dios! Oigo el, ¡clac!, de mi corazón al unir sus piezas mucho antes de que termine.

—Tu historia me gusta más —susurro y le doy un pequeño beso a pesar de mi labio magullado porque, si es, el último, quiero implantarlo en mi memoria de forma indefinida.

—No tienes que contármela, si no quieres.

Mark Isham (BSO Crash) _ The Rescue

Bajo la cabeza evitando su mirada y juego nerviosamente con el dobladillo de mi falda. Calibro su textura y la suavidad de la tela entre mis dedos. No hablamos durante unos minutos. Yo buscando las palabras. Él esperando sin presionarme.

—Érase una vez... —comienzo con una triste sonrisa, echándole un vistazo antes de bajar los ojos de nuevo— una aspirante a princesa con más corazón que cabeza que creía haber encontrado un príncipe azul.

»Era el año 1999; su primer año de universidad. Lo conoció en la cafetería del campus. Él aseguró sufrir un flechazo, ella cayó rendida a sus encantos, y se enamoraron, pero era su amor frágil como el cristal de un espejo. Un día apareció en él una pequeña rajita que apenas se vislumbraba, mas arruinaba su perfección y su brillo. Con el tiempo, a esa pequeña rajita se le unieron rayones más poderosos que no evitaron reducir el deslumbramiento de la aspirante a princesa decidida a permanecer junto a su falso príncipe azul. Se casaron seis años después y no pasó mucho tiempo sin que se abollara el cristal. Primero, en pequeñas zonas de forma minúscula, luego se rompieron las esquinas, y la aspirante a princesa sangró; sangró, lloró y gritó todas las veces que ocurrió hasta que se dio cuenta de que estaba sola frente a ese cristal porque nadie conocía el alcance de su desdicha y no podía pedir ayuda. Ya no percibía la verdad en la imagen que le devolvía ese espejo, manipulado y dominado, por las acciones y las acusaciones del falso príncipe. Cada día que pasaba vivía más aterrada, agazapada y silenciosa como un conejillo asustado que no valía nada, rezando por los días buenos y alejando a las personas que quería para que no fueran testigos de su decadencia. Hasta que un día, quince años después de conocer al falso príncipe, el cristal se quebró entero en millones de trozos imposibles de volver a reunir, y la aspirante a

princesa decidió renunciar. Sumida en una intensa agonía se dejó morir y no luchó por una vida en la que ya estaba muerta. —Levanto la mirada y torrentes de lágrimas caen por mi cara. Alex está inmóvil. Su rostro consternado en una emotiva y larga tristeza que hacen brillar sus ojos y apretar sus puños sobre la colcha.

—Recuerdo poco de ese día y tampoco quiero hacerlo —explico, aunque lo más probable es que no tenga ni idea de que le hablo—. Sacó un cuchillo del cajón de la cocina, ¿sabes cuántas veces me pregunté si era buena idea tenerlos al alcance y los deseché cómo si fuera una locura? Ni siquiera le seguí ni traté de evitar que lo cogiera porque para ese momento, mi cuerpo ya no respondía, solo quería que acabase de una vez.

»Estaba tirada en el suelo del salón cuando se cernió sobre mí con él en la mano, yo solo pensé: «que no sea en la cabeza, por favor y que sea rápido». Tenía miedo del dolor que me produciría la hoja lacerando mi piel y hueso cuando ya no era capaz de sentir ni un solo músculo de mi cuerpo. —Cojo aire y no me atrevo a mirarle de nuevo—. El resto me llega en flashes. Su cara irreconocible desfigurada por la ira más primaria y cruel, el cuchillo ensangrentado y el deseo de morir. —Aprieto los labios conteniendo un gemido angustiado que se escapa entre ellos—. Pero pensé en mi familia. Sentí la angustia y el desconuelo que todo aquello les causaría, y te juro que grité lo más alto que pude. Cogí todas las fuerzas que me quedaban y lancé un gran lamento de repulsa clamando por la injusticia que suponía morir de esa manera sin haber vivido realmente. —Sorbo por la nariz antes de cerrar los ojos—. Lo último que sé es que esta aspirante a princesa se despertó en esta habitación, su primer día de universidad, de nuevo en 1999. —Trago fuerte y sin levantar la mirada susurro—: Ahora ya puedes correr.

Espero. Él no se mueve. Oigo su respiración pausada y un poco intranquila. Un vistazo a su pecho me confirma que sube y baja visiblemente.

Coge aire con más fuerza y su mano alcanza la mía, sobre el colchón, suavemente sin presionar, solo como una muestra de apoyo.

—¿Has contado a alguien más esta historia? —susurra después de carraspear como si necesitara recuperar la voz después de perderla.

—Solo a Julián.

—¿Ha visto las cicatrices?

—No, aparecieron después. Aquel día en el gimnasio.

Soy una cobarde que no se atreve a afrontar la incredulidad en su mirada, y por eso no alzo la cabeza en ningún momento hasta que su mano bajo mi barbilla me obliga a hacerlo. Enfrento sus ojos mientras escudriñan mi rostro.

—¿Y yo? ¿Formaba parte de ese pasado futurístico? —La referencia debería haberme hecho reír, pero solo consigo gesticular una mueca sin valor de sonrisa.

—Compartíamos piso igual que ahora, pero no éramos amigos. Abraham no te podía ni ver y...

—Y lo elegiste a él —termina por mí, pero niego con la cabeza.

—No, no tuve que elegir. Tú y yo hacíamos vidas paralelas. Estábamos alrededor el uno del otro sin estarlo. Nunca tuviste ningún interés en mí.

—¿Cómo lo sabes? —me interrumpe

—¿Qué? —Ha soltado mi barbilla, pero su mano sigue sobre la mía.

—Que no me interesabas.

—Bueno, ¡Dios Álex! Esas cosas se saben, se notan y tú nunca demostraste... —Callo. Él casi nunca demuestra nada, pero eso no significa que sintiera algo por mí. Nunca fue una posibilidad.

—Yo ni siquiera era la que soy ahora. Quince años y ciertas circunstancias pueden cambiar mucho a las personas. —Le veo reflexionar de forma calmada y tranquila.

—Entonces, ¿tienes treinta y tres años en realidad? —pregunta, y casi noto

un poco de humor en su voz.

—Si —respondo suspirando.

—Guau —dice de forma monótona y muy seria, haciéndome reír. Logra que la tensión se aligere un poco. Pero la risa se acaba, y aún espero su veredicto con el corazón encogido—. Esa historia explica algunas cosas a las que no encontraba sentido.

—¿Aunque la historia en sí sea totalmente inverosímil? —insisto.

—¿Quién soy yo para poner en duda las leyes de la naturaleza o para tratar de entenderlas? —Cierro los ojos y suelto el aire que estaba reteniendo sin saberlo.

—¿Así de fácil? —pregunto indecisa.

—¿Fue difícil con Julián?

—Me preguntó quién iba a ganar el Derby —respondo y le oigo reírse suavemente—. Antes de que lo intentes, no puedo responder a eso porque no me acuerdo.

—¿Y lo de Asesores financieros Avisa?

—Lo recuerdo porque hicieron mucho daño. Muchas personas sencillas sin nada más de valor que su casa la perdieron. Un hombre acabó suicidándose. —Su cara continua impassible, pero sus ojos se mueven por mi cara buscando indicios de la verdad o la locura en ella.

—¿Mónica y esa insistencia tuya en emparejarnos? —Muerdo mis labios. Sí que he sido obvia.

—Comenzaste a salir con ella tu último año de carrera.

—Tres años después de conocerte. —Asiento con la cabeza—. Me di por vencido entonces —murmura bajando la mirada.

—¿Qué?

—Caí fulminado como por un rayo el día que entraste por esa puerta y me sonreíste, Ana, así que adivino que ocurrió lo mismo en tu pasado futurístico.

Solo que en él no tuve ninguna oportunidad.

Lo miro sorprendida y mi corazón late más rápido lacerante y adolorido.

—Qué estúpida fui —reconozco y volteo su mano para poder descansar la palma de la mía sobre la suya y unir nuestros dedos.

—El imbécil fui yo si me quedé impasible mientras ese cabrón te arruinaba la vida.

—No había forma de que pudieras saberlo y no había nada que pudieras hacer —digo con mi otra mano sobre su mejilla rasposa por la barba reciente—. ¿Qué más indicios crees que aclaran mi historia?

—Bueno... —titubea— me preguntaba cómo podrías haber recibido esas heridas sin que tus padres lo supieran porque evidentemente necesitaron atención hospitalaria.

—Ah. —Sus dedos tamborilean sobre su pierna flexionada y no me mira.

—Y, además, te vi un día desnuda en la ducha, y no las tenías. Me hubiera dado cuenta —confiesa casi sin respiración. Me quedo muda. Realmente impresionada porque no tenía ni idea.

—¿Cuándo?

Me mira y una risa avergonzada sale de su boca.

—La segunda semana —contesta—. No fue adrede. Yo venía de correr con los cascos del walkman puestos y no oí el sonido del agua. La puerta del baño no estaba asegurada. La abrí, y ahí estabas tú, aclarándote el pelo con los ojos cerrados como un maldito sueño erótico y, ¡joder! —exclama respirando frustrado—, desde entonces no era capaz de acercarme a ti sin que mi cuerpo respondiera.

—Uhm —digo con los labios apretados para evitar reír—. Eso también explica algunas cosas. Sus labios se curvan hacia arriba y la mirada que me devuelve es tierna—. ¿Se lo contaste a los chicos? —pregunto recordando la reacción de Mario el día que se enteró, que yo era la compañera de piso de

Álex.

Resopla audiblemente y se tapa los ojos con una mano.

—Se me escapó solo con Oscar, lo juro. El capullo hizo el camino del chisme hacia los demás —me explica compungido.

Me pongo de rodillas frente a él y me esmero en quitarle la mano que tapa su cara. Lo miro con sospecha entornando los ojos.

—¿Y cómo se te escapó?

—Pues creo que fue algo así como: «ayer vi a Ana desnuda en la ducha, ¿me pasas el azucarillo?» —responde con total indiferencia, pero una sonrisa capaz de derretir al más duro y grueso iceberg asoma por sus labios.

Y siento que ya no puedo pasar ni un minuto más sin besarlo y lo hago, y él me lo devuelve, pero me detiene antes de que se profundice y me sujeta ambos lados de la cara con sus manos.

—Espera Ana. Quiero que sepas que te creo, aunque preferiría no tener que hacerlo porque solo imaginar todo lo que has sufrido me volverá loco y más sabiendo que yo dejé que ocurriera, y no pienso huir ni dejar escapar la oportunidad de poder estar contigo. Mantendremos apartado a ese cabrón, juntos. ¿De acuerdo?

—¿Y Mónica?

—¡Dios Ana! —dice de forma lastimera—. Es buena chica pero no me interesa en absoluto, y tampoco se merece conformarse con un tío que claramente está enamorado de otra. —Suelta una risa incrédula y cierra los ojos sin creerse lo que acaba de decir—. Ahora serás tú la que quiera correr —afirma derrotado.

Niego con la cabeza. No puede estar más equivocado. Ya no es solo algo físico o la sensación de seguridad que pueda darme. Ni siquiera que sea tan tierno, compasivo y justo conmigo. La verdad, es que Álex me ayuda a sobrellevar el dolor. Él hace que roce un sentimiento muy parecido a la

felicidad, y ese es el fin de todos los medios en esta vida; encontrar la felicidad, ¿no es cierto? Y que se joda el que dice que solo venimos a sufrir. Yo quiero ser feliz.

—En realidad sigo esperando que calles para poder besarte. ¿Desde cuándo hablas tanto? —le reprocho con una sonrisa.

Se ríe profunda y suavemente antes de que nuestras bocas se encuentren, y ni siquiera me molesta el rasguño del labio mientras lo beso. Acabamos dormidos uno en brazos del otro sin más pretensiones que la de estar muy juntos y abrazados. La luz del nuevo día se cuela por las rendijas de mi ventana mucho antes de que cierre los ojos. Puedo oír llover. El sonido dulce y dichoso de las gotas contra el cristal y la respiración de Álex llegan hasta mis oídos, como una dulce nana que arrulla mi mente y adormece mi miedo, antes de dormirme.

Tarda exactamente cuatro horas en terminar de hacerme el tatuaje, pero porque se dedica con especial atención a los detalles y a delinear con precisión cada trazo. Me repite que no quiere que queden espacios blancos donde debería haber color.

La chica de la recepción se preocupa de traerme un café y un triángulo de sándwich vegetal para comer en medio de la sesión. Sus ojos se amplían cuando echa un vistazo a mi abdomen.

—Está quedando genial, no se notarán nada las cicatrices —me asegura—. Estás en las mejores manos con David.

Las punzadas se sienten como pequeños pinchazos molestos, pero al cabo de un rato la epidermis se adormece, haciendo que yo también me relaje. David me cuenta que donde más duele es en los trozos de piel que rozan

huesos. El mío debería ser un paseo por las nubes, pero, ¡auh!, no lo es.

Álex quería acompañarme, pero previendo que se iba a alargar he decidido que se fuera; además, prefiero ver su reacción una vez lo vea acabado.

—¿Querías tatuar unas letras? —me pregunta David

—Sí —asiento y cojo la hoja que descansa en el bolsillo de mi pantalón con la frase que quiero imprimir en mi piel para siempre—. Quiero poder leerla desde el espejo, por consiguiente las letras tendrán que estar al revés —le explico. Me mira en una sinfonía de extrañez y diversión.

—La gente pensará que está escrito en un idioma extraño —dice antes de leer el papel que le alcanzo.

—Es para mí, para nadie más.

—Es larga, bájate un poco el pantalón y te la pincho ahí —me mira y una sonrisa pícara dibuja su cara—. Eso ha sonado fatal, ¿verdad? —Nos reímos abiertamente y logra descargar un poco la tensión de mi cuerpo—. Eso es, relájate.

Al bajar las escaleras me encuentro con Álex sentado en uno de los sillones en la zona de espera. Levanta la cabeza para poder mirarme, y a pesar de que me sorprende y me apena que haya tenido que esperar, me alegra que esté ahí. Él no pregunta sobre el resultado ni me exigirá que se lo enseñe. Siempre paciente y calmado espera que sea yo quien tome la iniciativa.

Yo he visto el resultado en un espejo antes de que lo tapara con gasa, y estoy más que complacida con él. Me advierte que no lo destape antes de dos horas para prevenir infecciones. Doy las gracias a David y dejo las vueltas del pago como propina. Me dan las indicaciones de los cuidados a seguir por escrito antes de irnos y salimos por la puerta.

Paro un segundo tras ella, y tal como he visto hacer a muchos. Aspiro aire y dejo que el viento sacuda mi pelo de la cara. Me tomo dos segundos para comprender que mi cuerpo ha cambiado de forma permanente, que esto no es

como cambiar de corte de pelo o de falda. Saboreo esa sensación en las papilas gustativas de mi boca y su sabor es dulce y amargo como el chocolate porque la elección ha sido mía, pero la causa que lo motivó arruina su proyecto final; pero no me arrepiento y creo que nunca podría llegar a hacerlo. Esta imagen, como sus letras, sirve para recordarme que no me rendí ni lo haré nunca más.

Helena Goch _ Perhaps

Me muevo con ansiedad cuando Álex retira las gasas. No aparto los ojos de su cara mientras destapa el tatuaje. Llevo los pantalones desabrochados porque las letras quedan en la línea del bikini y podrían rozarme. Me he quitado cualquier prenda de arriba que pudiera estorbar, por lo que solo me cubre el sujetador.

Estamos solos en casa. Lucía, muy oportunamente, tiene una cita con un chico que conoció el sábado.

—Estate quietecita —murmura con humor mientras sus ojos viajan por mi vientre y encuentra las letras. Se sorprende y gira su cabeza tratando de entender el sentido de la frase. Una pregunta se refleja en su cara y sonrío débilmente sin comprender.

Me acerco al espejo de pie de mi habitación y extendiendo una mano para que se acerque cuando se detiene en el marco de la puerta. Noto su presencia tras mi espalda, mucho antes de alzar la mirada para observar como sus ojos se clavan en el reflejo del espejo delante de mí.

—Como el ave fénix vencido por el fuego, mi valor resurge de las cenizas —lee con voz grave y suave junto a mi oído mientras sus dedos se deslizan con delicadeza por mi abdomen, evitando tocar las zonas recién tintadas—.

Me gusta —concluye.

Me dedica una sonrisa que capto a través del cristal y que desaparece de sus labios en el momento que somos conscientes de la imagen llena de sensualidad que nos devuelve el espejo; de sus manos perfectas sobre mi piel y sus brazos rodeándome. Mi respiración se incrementa y baila al son de mis pulsaciones aceleradas. Sus labios bajan hasta mi cuello y recorren una trayectoria hasta la clavícula erizando mi piel y tornando difícil sostenerme en pie. Tengo que apoyarme contra él y mi cabeza cae sobre su pecho mientras sus dedos largos y elegantes vuelan como aleteos de mariposas por la cintura de mi ropa interior. Evito cerrar los ojos, y retengo en mis pupilas los de Álex penetrantes y urgentes sobre su mano bajo la tela de mi ropa interior, tocando la sinfonía más larga de mi vida.

No habíamos incluido más que besos y abrazos desde lo ocurrido el sábado como si ambos anduviésemos de puntillas alrededor el uno del otro, con miedo a que demasiada presión acabara rompiéndonos. Me vuelvo hacia él sin separar mi cabeza de su hombro. Noto que traga fuerte y su nuez sube y baja.

—¿Álex? —titubeo mirando hacia su rostro y buscando alguna señal de lo que pasa por su cabeza.

—Estoy un poco cohibido —reconoce con tono de broma y una sonrisa ligera—. Estoy con una mujer mayor que yo. —Sonrío divertida y me muerdo el labio con picardía.

—Deberías disfrutar de las ventajas de estar con una mujer con experiencia —respondo y lo empujo levemente haciéndole caer sobre la cama. Oigo su risa retumbando desde su pecho mientras me acerco a la cadena de música para encenderla. Se incorpora sobre los codos para estudiarme con curiosidad y nervioso como el gato que se acerca receloso a investigar.

—¿Música? —se extraña.

—Sí, para amortiguar el sonido —añado una pausa consciente, para que asimile mis palabras—. Puede que se te oiga un poco alto hoy —añado con la mayor indiferencia posible, aunque su reacción es inmediata. Sus labios se curvan hacia arriba pero sus pupilas se dilatan visiblemente y su mano tiembla ligeramente cuando vuela para restregar su boca.

Mi sonrisa se amplía. Quien dijo que ser mala a veces es divertido, tenía razón. Me dirijo hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —pregunta sin aliento.

—A por hielo —le respondo con la mano en la manilla de la puerta pero volviéndome hacia él sin girarla. Una sonrisa nerviosa aparece en sus labios.

—¿Vas a ponerme hielo? —duda incrédulo

—No, solo voy a saborearlo un poco —vuelvo a responder con total indiferencia—. Creo que la pregunta correcta es... ¿Dónde voy a poner mi boca después de hacerlo? —y levanto las cejas como toda respuesta, mordiendo los labios para no sonreír.

No pasa ni un segundo hasta que lo entiende y un sonoro gemido sale desde su pecho mientras sus ojos se abren como platos. Se deja caer completamente sobre el colchón y oculta su cara con las manos.

—Date prisa —murmura amortiguadamente entre sus dedos con ansiedad. Contengo una risa mientras me muevo hacia el congelador.

Gracias a que se desataron los lazos que convertían el sexo oral en un tema tabú. Aunque lo interesante es, que se ha llegado a descubrir que es el remedio antidepresivo más eficaz que se conoce hasta ahora, por lo que podemos atribuir a su práctica múltiples beneficios. Solo hay que calcular como aumentaría el rendimiento laboral si las bajas por depresión disminuyeran y el empujón que supondría para la economía. No solo va a tratar sobre placer y obtener bebidas gratis en Magaluf^{f2]}.

La música hace su función. No es que sea ruidoso, al contrario, es

discretamente concentrado. Pero su, wo—o, al final, y su expresión de sorpresa no borran la sonrisa complacida de mi cara, hasta que me quedo dormida abrazada a su pecho como un mono araña cachorro a su madre.

11

56 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2009, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Diciembre barre las calles con ligeras promesas de celebración. Es mi mes favorito del año; invierno, mi estación preferida y la Navidad, la festividad más anhelada. Comprendo que son fiestas ambiguas que entristecen a muchas personas. A mí, lo que realmente me apenaría es no poder celebrarlas. No recuerdo a las personas que se han ido con más intensidad en estas fechas, su falta agujerea mi cerebro todos los días, y en mi casa honramos sus memorias reuniendo a la mayor cantidad posible de familia porque así se lo enseñó la madre de mi madre a ella y así lo trasmite mi madre. Como las mujeres sabias que son.

Nuestro lema navideño es «cuanto más podamos mejor». Lo que quiere decir que nuestro deber es llenar la mesa de comensales, la casa de adornos, el menú de comida y el árbol de regalos para todos. Luego nos pasaremos todo Enero rascándonos el bolsillo, pero es un esfuerzo que a nosotros nos merece la pena.

Y si estas fechas despiertan un poco de buena voluntad en las buenas y malas gentes gracias a un espíritu disperso y travieso que nos ronda sin ánimo de obligación, sino de diversión, pues bienvenido, y ojalá patrullara todo el año y despertase nuestros instintos más tiernos todos los días, pero no es así. Necesitamos fechas y acontecimientos puntuales que nos recuerden cómo

sentirnos más humanos, y adoro la navidad y no necesito justificarme sobre ello, excepto tal vez porque me declaro totalmente atea. ¿Contradictorio? No, yo celebro mi solsticio de invierno como se hacía antes del catolicismo.

Durante mis típicas crisis de identidad tuve dudas sobre en qué lado debía postularme, no así como Jul, que siempre tuvo claro su rechazo a la religión. Pero de todos mis debates interiores saqué en claro algunas ideas: —sírvasse mi padre de ejemplo, que no es todopoderoso en casa ni quiere porque la opinión de mi madre es igual de valiosa, pero que indistintamente interesa para esta comparación— él jamás permitiría ser utilizado de excusa para que mi hermano y yo peleásemos, nos creyéramos uno mejor que el otro o tratáramos de imponernos nuestras creencias. Muy al contrario, él siempre promueve el acercamiento y el entendimiento entre los dos. Si discutimos a él le duele tanto como a nosotros y siempre, siempre trata de mantener la paz entre sus hijos. Si hay un Dios velando por nosotros ¿por qué no hace exactamente lo mismo? Creo, y siempre desde mi pequeña capacidad de deducción, que la religión no es más que otra excusa que utiliza el hombre para dominar y domesticar a los que deciden pensar por sí mismos, muchas veces como la historia transcribe con el cristianismo, y otras religiones lo hacen ahora en la actualidad, desde el terror y el miedo.

Lo peor, que ignoramos los indicios cuando nos llamaron su rebaño, de borregos para ser más exactos, nos colocaron un cencerro y nos echaron a unos perros que mordían cuando nos salíamos del camino por el que nos obligaban a desfilar. Mientras muchos de los pastores culminaban con el anti ejemplo siendo los más ruines, ambiciosos, libidinosos y criminales.

Nah, con permiso de Mago de Oz, yo me pongo en pie, alzo el puño y voy a la fiesta pagana que en la hoguera hay de beber y eso siempre es un aliciente^[3].

Mi tatuaje está perfectamente curado. Por suerte, tengo un voluntario dichoso y facultativo que se ocupa de cuidarlo y curarlo primorosamente; lo lava con agua y jabón, lo seca cuidadosamente con una gasa y extiende la pomada cicatrizante. Luego, agradezco sus servicios con pagos en especie que premian satisfactoriamente a los dos, pero embadurna todo de crema. Por fortuna, tiene la suficiente paciencia y buena perseverancia para volver a untarla de nuevo sobre mi estómago mientras nuestros intercambios de diálogo se vuelven inverosímiles:

—Gracias, eres como un trocito de nube en un día soleado. —Aparece una sonrisa absolutamente interesante y varonil que me parte en dos.

—Uhm... ¿no debería ser al revés? ¿Un rayito de sol en un día nublado?

—Eso sería tan, tan, tan desafortunado, estaría suponiendo que eres un entrometido porque eso es lo que hacen los rayos de sol en los días nublados; entrometerse y fastidiar lo que podría ser un hermoso día de tormenta. — Pausa. Un segundo, dos, tres. —Eres extremadamente peculiar. —Beso, beso y fuera crema.

¿Significa eso que he sido poseída por un halo laureado de idiotez? o ¿es cupido quien ronda mi cabeza echándome flechas aturdidoras que nublan mi capacidad intelectual? Aún no estoy lista para responder y para la responsabilidad que requeriría reconocer que a lo mejor estoy enamorada. Hasta las trancas. Por suerte él no pregunta ni exige más claridad al respecto.

Siempre me pareció chocante cómo Abraham etiquetó demasiado pronto nuestra relación. Presionando por más compromiso y exigiendo más obligaciones como pareja. Comenzó a llamarme «su mujer», mucho antes siquiera de haberme planteado yo misma si me casaría con Él. Sorpresa e incredulidad me asaltaron; sin embargo, callé aun consciente de que era

demasiado pronto para todo.

Jorge llama. Contesto desde la cama soltándome con pereza de los brazos de Álex para estirarme sobre la mesilla y alcanzar el móvil.

—¿Sí?

—El cabrón lo tiene. Lo ha conseguido. Está dentro de los archivos de Avisa. ¿Qué es lo que necesitas exactamente? —contesta precipitadamente con su profunda voz y me cuesta un minuto comprender.

—Uhm... ¿Qué pasó con el hola, buenos días, qué tal estás? —le oigo soltar una carcajada. Oírnos hablar a ambos con nuestra ronquera habitual, acentuada por la usual de la mañana, es como presenciar una conversación entre Dark Vader y Mufasa.

—Buenos días, Ana. ¿Qué tal amaneciste esta mañana? Ahora mueve tu culo rápido hasta aquí.

—Yo soy tu padreeee —bromeo con él.

—Créeme, esa sería la peor noticia que podrías darme. —Desecho el ligero tono malvado en su voz y la insinuación que conlleva.

—Ahora voy —respondo saliendo de las mantas y corriendo hacia el armario para coger una toalla.

Cuelgo y me acerco a Álex. Me mira desde la cama con un brazo protegiendo sus ojos de la luz y la cara soñolienta.

Hay un atisbo realmente tierno apoderándose de su rostro, mientras duerme, que lo transforma en algo tan dulce que es imposible no observarlo con afecto cuando continúa bajo los efectos del sueño. Noto que moja los labios y traga saliva sin mover ningún otro músculo y me siento junto a él en el colchón, olvidándome momentáneamente de que tengo prisa por correr a la ducha.

Vuelve su brazo para poder ver la hora que es, en la esfera de su reloj, y carraspea antes de hablar con voz grave:

—Deja que te acompañe. Haré el café mientras te duchas y me prepararé mientras lo tomas. —Deduzco fácilmente que ha oído la conversación. Lógico, teniendo en cuenta que mi teléfono estaba pegado a él mientras hablaba.

Le sonrió y beso con suavidad sus labios mojados de nuevo. Estaba barajando la idea de salir corriendo sin tomar café con todo el dolor de mi corazón porque en la residencia de Jorge solo tienen una máquina con uno horrible, que no compensaría ningún esfuerzo.

—De acuerdo.

He estado en la residencia de estudiantes, donde Jorge y Hugo comparten habitación, un par de veces por el tema Avisa y por tema apuntes. Es un edificio moderno, blanco, con forma cuadrada y vestíbulos luminosos de hospital. Yo creía que estas estancias, por ley, no implícita pero tradicional, debían ser góticas y antiguas con pasillos resonando y crujiendo por la madera envejecida y paredes oscuras, con sillones de terciopelo rojo y severos vigilantes en cada puerta, y resulta que no tiene nada que ver. No es decepcionante, simplemente es muy distinto. El color que predomina, es el verde; verde en las persianas, paredes en ligero verde pastel, colchas y sillas verdes. Es como adentrarse en una selva amazónica sin mosquitos ni humedades, pero que igualmente es rica en especies peligrosas, acechando por los caminos y desde la entrada de sus moradas.

Álex me lleva de la mano hasta el segundo piso por las escaleras. Es el dormitorio 208. Nunca ha estado antes allí. Ellos forman parte de mi existencia de forma separada, a veces sus trayectorias sobre ella se cruzan, pero sin chocar y eso es bueno. Mantener una vida completamente independiente de la que tengo con Álex ayuda a proteger mi identidad sin perderme de nuevo a mí misma en una relación asfixiante, como la que tenía con Abraham, en la que solo había sitio para Él.

La puerta se abre en cuanto llamo.

—Buenos días, princesa —saluda Jorge, todo educación y amabilidad bajo una enorme sonrisa, antes de dejarnos pasar—. ¿Ha sido satisfactorio tu viaje hasta aquí en esta hermosa mañana?

Lo miro con las cejas arqueadas y una expresión exasperada que solo logra que su sonrisa se ensanche.

—Para —le digo lanzándole una mirada entrecerrada mientras él permanece gratamente divertido.

—Me mandas señales contradictorias, Ana —comenta con indiferencia y una sonrisa que no cesa ni cuando extiende una mano hacia el hombro de Álex para saludarle.

Él le devuelve el saludo y lo extiende a Hugo sentado frente al ordenador. Cojo la silla a su lado para acomodarme y me explica lo que estamos viendo en la pantalla. Hugo, es un chico más bien callado y tímido, que siempre deja que Jorge sea el representante de los dos; sin embargo, al parecer se crece frente a la tecnología. Tiene amplios conocimientos sobre informática, y no solo porque sus estudios estén dedicados a esa área, su experiencia llega desde horas y horas tras el teclado.

—Aquí tienen las carpetas llenas de archivos —me explica mientras maneja desde su ordenador el sistema de Avisa—. Mira, un listado con los nombres de los clientes que han firmado y sus datos personales. Aquí las cantidades prestadas y aquí las firmadas que increíblemente no son las mismas, pero tu esto ya lo sabías, ¿no?

Asiento y me pregunto si esa información podría ser relevante en caso de denuncia, aunque si no podemos asegurar su procedencia tal vez no sea admitida. Los prestatarios reciben una copia del documento firmado ante notario donde transcribe la información falsa. El problema es, que el dinero prestado se entrega en efectivo y en mano, por lo que es difícil justificar la cantidad recibida. Pero con un documento de la propia agencia atestiguando

cuáles son esas cuantías y a quiénes se entregaron, demostrar el delito podría ser más factible.

—Genial, Hugo —respondo, aunque no directamente a su pregunta. Estoy un poco nerviosa y acelerada porque nunca antes he hecho algo así, y soy consciente de que es arriesgado y audaz, pero la adrenalina corre por mis venas en torrentes, recargando mis emociones de valor y energía—. Necesito esos datos, los de la discordancia de los importes y los datos de contacto de los clientes.

—Eso está hecho.

Álex se acerca por detrás sin inclinarse para echar un vistazo y Jorge saca una guitarra clásica de una funda que ya había visto antes apoyada sobre su cama. La pone sobre su regazo y comienza a mover las cuerdas en suaves notas al azar.

Hugo termina de transferir esos datos a su ordenador y de ahí lo hará a un disco para que yo pueda trabajar con ellos desde mi casa. Las disqueteras comienzan a desaparecer sin retorno.

El sonido de la guitarra de Jorge rasga el silencio de la habitación.

—Oye, Ana. Tú también tocas, ¿no? —pregunta y lo miro con sorpresa porque no creo haberlo comentado. En realidad, solo sé lo que me ha enseñado Julián. El autodidacta en ese tema es él y, además, hace un montón de años que no toco, por lo tanto espero que no se esté planteando un dueto.

Hugo suelta un sonido estrangulado mitad risa mitad resoplo, y los observo con suspicacia. Intercambio una mirada con Álex. Tampoco lo había comentado con él.

The Royal Concept _ On Our Way

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto, y su cara de diversión aumenta a la par que su expresión de fingido misterio. Echa un vistazo a Álex antes de

responder.

—Hemos encontrado un blog de un grupo de música muy interesante. —Sé a qué grupo se refiere antes de que termine.

En el puente festivo de Diciembre estuve enseñando a Julián y los demás como crear un blog, con imágenes del grupo y conciertos ya grabados con una cámara de video que comparte la banda, para que pudieran promocionarse. Lo que no entiendo es cómo ha dado con ese blog tan rápido y por qué eso explica mis escauceos con la guitarra, a no ser que...

—¿Qué demonios han subido? Ponlo —ordeno a Hugo que me mira entre sorprendido y divertido.

La página web de Los Inadaptados aparece ante mis ojos con apariencia siniestra. La mezcla de colores no varía del negro, blanco y el rojo sangre de las esquinas de la pantalla. Han rellenado todo con información de la banda, fotos, fechas de conciertos y algún que otro video. El ratón de Hugo se desliza hasta uno de ellos «Un video musical inédito de un tema propio compuesto por el insufrible Julián Yturria con la colaboración de su gemela Ana Yturria» enuncia una frase bajo su imagen. Tiene la huella de Ángel.

—Oh, oh. —Creo que exhalo tras contener la respiración. No estoy segura de haberlo dicho en voz alta o no—. Voy a cometer *inadapticidio*.

Oigo un trío de risas masculinas que trato de ignorar.

—Dale —dice Álex sobre mi hombro, alentando a Hugo

La canción se titula *Porque una cosa no son dos*. Una estupidez de frase que estuvimos utilizando durante todo el verano cada vez que queríamos insinuar que no nos interesaba una conversación.

La parodia comenzó el día en que necesitaba hablar con él sobre algún tema sin importancia del que ni me acuerdo. Jul, claramente con prisas, se paró un solo segundo para escucharme, y cuando trate de abrir la boca para continuar, absolutamente desinteresado y cortante, me saltó con esa frase. En

vez de enfadarnos no dio por reírnos. Nos hizo tanta gracia que incluso sirvió de base para esta escalofriante canción.

El video es claramente casero con imágenes del verano mezcladas con otras del lugar de ensayo del grupo. Primero, aparezco con una guitarra sentada en un sofá con Julián de frente, componiendo la entrada de la canción claramente concentrados. Entre las imágenes de la banda tocando aparecen fotogramas del día que Julián se cayó por el puente de piedra bicentenario del que presumimos en el pueblo; bajaba en bicicleta por un camino empinado sin manos y a gran velocidad. Gracias a Dios cayó a un pozo medianamente profundo del río y solo tuvo que sufrir nuestras carcajadas. No parezco un amante hermana preocupada, partiéndome de risa junto a él.

También salen imágenes de la piscina donde Sonia es catapultada desde los hombros de Ángel y cae al agua. Ese día alcancé un nuevo récord batiendo un hula hop sobre una de las mesas de piedra de la zona ajardinada. En bikini. Lo que es natural cuando estás en la piscina municipal de tu pueblo tomando el sol y bañándote, pero que claramente es demasiado perturbador para un video musical, sobre todo cuando la cámara recorre cada centímetro de piel —a no ser que sea de Pitbull^[4]—.

Ahora que lo pienso, casi todos los videos musicales se han convertido en escaparates de chicas con escasa ropa y bailes subidos de tono que poco tienen que ver con las letras y que distraen de la música. ¿Por qué? Supongo que la canción por sí sola, no es suficientemente buena para captar la atención.

Álex carraspea junto a mi oído.

—Tienes muchos talentos —murmura claramente divertido. No puedo mirarle porque no quiero perderme ninguna secuencia del vídeo, pero sé que está sonriendo.

También salen imágenes del fútbol con barro. En verano también se enloda el campo cuando llueve.

Jugamos al billar y Julián me apunta con el palo mientras yo giro el mío entre mis dedos. También surgen las imágenes comprometidas de Pablo con un perro claramente encariñado con su pierna que me hacen soltar una carcajada. Sonia, Emma y yo chupando un pirulo de forma inocente, aunque sacado de contexto maliciosamente.

Mi estómago se sacude y mi pulso se acelera cuando creo percibir la silueta conocida, al fondo, de una persona que no debería estar ahí. Trato de descartar esa sospecha, pero mi instinto no me deja. Es imposible que Él aparezca en esa grabación, no lo conocía entonces; sin embargo, Álex también se tensa y se inclina más cerca sobre la pantalla.

En la siguiente imagen, Jul y yo cantamos la canción con el resto del grupo en el local de ensayo. Recuerdo ese día; fue el último en el que participe activamente con la banda. Jul siempre ha tratado de convencerme para cantar alguna canción con ellos, pero nunca lo hice durante un concierto, ni siquiera cuando estuvo un mes tratando de convencerme para cantar a dúo la canción Candy de Iggy Pop en un festival de rock en el que participaban. Ni sobornarme con dejarme su chaqueta de motorista fue suficiente.

Un recorrido por la zona de asientos, donde el resto de amigos suelen sentarse para escuchar las canciones, revela ese rostro de nuevo con el semblante serio y terroríficamente pálido. Me revuelvo en el asiento. Echo un vistazo a Álex. Su mirada dura está clavada en la pantalla y un hueso de su cara vibra debido a la presión que ejerce desde su mandíbula. Jorge se mueve más cerca con desconcierto en el semblante.

—¿Qué demonios... —comienzo; sin embargo, mi frase se detiene con un grito que podría provenir de mi garganta o del mismo vídeo.

La imagen acompaña la trayectoria de una mano agarrando un cuchillo y clavándolo sobre piel. Sé que me pertenece antes incluso de que pueda confirmarlo. Sangre comienza a surgir empapando la ropa, pero eso no detiene

esa mano. Abraham, a través de la pantalla, deja caer de nuevo el cuchillo sobre mi cuerpo derribado en el suelo produciendo una nueva herida. Su rostro completamente deformado con una resolución que vomita dolor y muerte. No puedo llorar, no puedo respirar. Estoy siendo testigo de mi propia muerte violenta. De rodillas en el suelo aunque mi corazón siga latiendo, los ojos que me devuelven la mirada desde el reflector están derrotados, muertos e infinitos. Alex arrastra mi silla hacia atrás y me vuelve hacia él cubriendo mi cara con su cuerpo y aunque impide que continúe mirando la filmación, sé, que aún faltan otras dos apuñaladas. Los ojos de los demás siguen atónitos y fijos en la reproducción. Lágrimas silenciosas se derraman por mis mejillas hasta su sudadera.

—No entiendo —titubea Jorge realmente afectado—. Juro que lo hemos visto un par de veces antes y nada de esto salía.

—¿Cómo demonios ha podido manipular el vídeo de esa forma? —susurra Hugo.

Aunque mi visión es reducida, sé que ninguno se mueve como si estuvieran en shock. ¿Ha manipulado Abraham las imágenes? ¿Es consciente del futuro como yo? O ¿es otro de esos sucesos inexplicables que están marcando mi vida? Todo parece resultado de la intención de no dejarme olvidar como si se hubiera decidido darme una nueva oportunidad sin poder alejarme de Él del todo. O tal vez son advertencias. Señales que me indican que estoy cometiendo un error que puede condenarme de nuevo y me obligan a resolverlos. Parece un diabólico juego del que soy un peón y del que no conozco las reglas. El pánico vuelve. Una pesada losa sobre mi estómago presiona sin misericordia, arrastrándome a un fondo del que estoy segura que no podré salir. Sofoco una exclamación ahogada en busca del aire que parece burlarse de mí; justo a mi alrededor pero inalcanzable. El dolor y el sufrimiento no me hacen más fuerte. Soy un fraude que no renace de las cenizas, sino que se hunde más y más con

cada embestida cruel y sinsentido del destino. Conozco el límite de mi resistencia porque lo percibo desde aquí, y he estado allí antes. A dos pasos de cruzar su frontera y no volver, y me doy cuenta de que estoy cansada. Mantenerme alejada de esa línea supone una constante lucha que agota cada fibra de mi ser. ¿Qué hacer cuando la rendición parece más fácil y posible? — Ana —llama Álex, pero lo oigo tan lejos que su voz apenas supone un susurro lejano en mis oídos—. No te atrevas a rendirte. —¿Cómo ha sido capaz de deducirlo? ¿Por qué lo sabe?— ¡Vuelve Ana, joder! —exclama casi en un grito desesperado, pero no puedo verificarlo porque solo veo oscuridad y no tengo el control de mis sentidos. Cierro mis ojos con resignación porque me gustaría poder mirarlo. Es como el ancla que me mantiene firme junto al puerto y no me permite zarpar a la deriva aunque el mar embravecido me azote sin piedad haciéndome zozobrar, y quiero sentir el tacto de su mirada sobre mí como una vacuna para mi enfermedad. Pero no puedo. Solo soy capaz de oír la lluvia caer. Curioso porque ni siquiera estaba el cielo encapotado cuando hemos salido esta mañana, y el agua parece arreciar con fuerza ahora.

«Pick, pick, pick» vuelve a golpear contra la ventana. Su sonido llega hasta mí, fuerte y cada vez más rápido. «Picpickpick.»

—Ana.

Lucho por abrir los ojos. Una bocanada grande de aire entra por mi boca y desciende hasta mis pulmones subiendo mi pecho para abarcarlo. Vuelve a salir con un suspiro profundo que alivia el dolor de mi cuerpo. Vuelvo a retomar el control de mis sentidos. Veo el semblante de Álex sobre el mío, siento sus brazos a mi alrededor mientras me sujeta sobre su regazo, oigo mi respiración acompasada e irregular. Tengo un regusto a plástico dentro de mi boca y su olor invade mi olfato. Álex ha utilizado una bolsa sobre mis labios y nariz para controlar la hiperventilación. Su mano sujeta mi cara mientras su pulgar se arrastra por la mejilla. Mis bocanadas de aire se acompasan con las

suyas, largas y profundas.

Abraham 20 Ana 0. Hoy ha vuelto a ganar. Casi consigue que me rinda y deje de luchar. Casi, pero aún no, aún no.

Vuelven a revisar el video, una y otra vez, pero las imágenes de Abraham no aparecen de nuevo para escepticismo de Jorge y Hugo. Ellos creen que el mundo se ha vuelto loco. Yo sé que lo está.

Renuevo, afianzo, recoloco y aprieto con firmeza el botón en mi cabeza con el que soy capaz de separar y esconder, en un cajón oculto y resguardado, aquello que martillea mi razón con poder para volver a hundirme. Deduzco que viene incluido en el pack que se adquiere al obtener el autoengaño y he actualizado cada año. Se adjunta en el kit de supervivencia mental como mecanismo de defensa ante la locura y el deterioro, y sospecho, que en mayor o menor grado, todos somos los resplandecientes propietarios de uno de ellos. No entiendo de otra forma la posibilidad de seguir adelante sin ese refuerzo que macera las preocupaciones en una agridulce sustancia densa y recóndita que es mejor no tocar.

Las instrucciones aconsejan resetear de vez en cuando para una absoluta estabilidad emocional.

Y eso trato de hacer yo. Apretar todos los interruptores necesarios que me impulsen a continuar y con los que logro avanzar. Mi pequeña batalla ganada.

Ellie Goulding _ Dead in the water

Hoy es 17 de Diciembre de 1999, y el quehacer de mi día a día queda perturbado por dos hechos muy importantes:

El primero, es que ha caído una gran nevada en todo el norte que me deja

compuesta y sin forma de poder viajar. Tengo las maletas medio hechas y sin posibilidades de ir a casa. La nieve ha colapsado las carreteras y los puertos están cerrados, por lo que las vacaciones navideñas tendrán que esperar unos días para comenzar.

Todo el mundo anda algo alborotado por el cambio de milenio. Corrijo, todo el mundo menos Álex al que nunca se le sorprenderá agitado y yo que tengo información privilegiada, y sé con certeza que no habrá colapso informático ni fin del mundo ni meteorito que destruya París como algunos interpretan de las profecías de Nostra Damus. Lo que es un alivio, la verdad.

¿Por qué será recordado el siglo XX? ¿Por los grandes avances científicos o tecnológicos? La penicilina, la conquista del espacio, el desarrollo de los medios de comunicación... el lavavajillas. ¿Por los cambios en la política y en la estructura social o la forma actual de gobierno continúa siendo un absolutismo encubierto? ¿O por las grandes guerras, la gran depresión, las dictaduras militares, el holocausto, las bombas atómicas, las minas antipersonas, las armas biológicas? ¿Aprenderemos de nuestros errores para el siglo XXI? Uhm... no.

Proverbio: El hombre es el único animal en la tierra que tropieza una y otra vez con la misma piedra.

Y continuamos insistiendo en que somos los más inteligentes.

Mucho más importante y significativo; aprovecho el tiempo extra para comenzar, al fin, una entrada en mi blog. ¿Por qué? Porque el seudónimo que necesito para firmar los artículos ha llegado a mí de forma clarividente, y de igual forma que las texturas que mejor se saborean, aquellas que siempre llegan hasta el paladar sin pretensiones, pero se desgranán poco a poco a medida que se comprende que la vida no podrá seguir siendo la misma, llega lo ocurrido a las hermanas Mirabal a la mía; con ese regusto en la boca y de esa forma ligera, y encuentro lo que estoy buscando, y su historia comienza a

gotear entre las yemas de mis dedos mientras presionan sobre las teclas del ordenador de forma fluida.

Las tres hermanas fueron mujeres excepcionales que sobresalieron en inteligencia, valentía, carisma y amor a la libertad. Adelantadas a su época y negándose a someterse y aceptar el rol que les imponía la sociedad y una dictadura injusta y opresiva, lucharon por mantener sus ideales, por tener una profesión que se les prohibió ejercer y encontrar su propio camino pese al retorcido acoso recibido por el gobierno de su país.

Todo comenzó en 1949 cuando el dictador de la República Dominicana Rafael Leónidas Trujillo se fijó en la menor de las hermanas, Minerva. El acoso a la familia Mirabal y sus continuas detenciones comenzaron tras el rechazo de esta a sus pretensiones. La persecución y la vulnerabilidad de sus derechos no solo no amedrentaron a toda la familia, sino que tres de las hermanas llegaron a formar parte de un grupo de oposición al régimen donde se las conocía por el nombre en clave, las mariposas. Fueron encarceladas, violadas y torturadas; sin embargo, nunca cesaron de luchar ni se rindieron. El 25 de Noviembre de 1960 fueron emboscadas de camino a la cárcel donde sus maridos estaban apresados. Las golpearon hasta matarlas. Patria, María Teresa y Minerva eran las mariposas dominicanas.

Hoy la Asamblea General de las Naciones Unidas decreta el 25 de Noviembre como **Día Internacional de No Violencia contra las Mujeres**, recordando el asesinato de las tres hermanas.

Porqué campañas y logros como estos no despiertan la conciencia de todos los agresores e implicados, es difícil de entender, pero nunca se debe dejar por imposible ni creer que es trabajo en vano mientras influya en que una única mujer sea capaz de entender que no tiene que someterse a ese trato porque mucho más importante que frenar a los violentos, es concienciar a las mujeres que tienen derecho a exigir respeto hacia ellas mismas y negarse al

maltrato, y por maltrato, entiéndase cualquier situación de sometimiento, sumisión y humillación.

Las desigualdades físicas entre nosotros no nos hacen diferentes, ni las de género, ni las de color, ni las de etnia, ni las de credo. Todos pertenecemos a una única raza, la humana, y no porque lo diga yo, sino la antropología moderna. Nadie tiene derecho a imponerse sobre otro mediante la violencia utilizando esas diferencias como justificación.

Somos iguales. Iguales. Mismos derechos, misma legalidad, justicia, código, moral, trato, respeto, distribución, equidad. ¡¡¡IGUALES!!!!
¡¡¡IGUALES!!! ¡¡¡IGUALES!!! ¡¡¡IGUALES!!!

Lo gritaré hasta que me quede sin voz.

Firma: Aspirante a mariposa.

Satisfecha me desperezo y estiro los brazos sobre mi cabeza para estirar los músculos de forma vergonzosa aún sobre la silla.

—¿Has comenzado el blog!? —confirma Lucía con una mezcla de sorpresa y entusiasmo.

—Si —contesto complacida.

—Déjame leerlo —exige haciéndome a un lado en la silla para sentarse ella.

—No es un artículo periodístico —trato de aclarar antes de que ubique sus ojos sobre el texto—. Es más bien una entrada inaugural, un punto de enfoque —explico.

Ni siquiera se molesta en confirmar si me ha escuchado puesto que está enfrascada ya en la lectura y no me presta atención. Observo las reacciones de su cara mientras, sin apartar los ojos de la pantalla, se lleva de vez en cuando una taza de café a los labios. Ni un solo músculo en ella delata si le gusta lo que está leyendo o no. Probablemente porque sabe que no le quito ojo. No es hasta que termina que se vuelve hacia mí.

—Me gusta. Si fuera de lágrima fácil hasta podría llorar —finiquita y le doy las gracias con una sonrisa y un golpecito hombro con hombro.

—No entiendo por qué no puedes llorar. Creo que deberías intentarlo —le digo entrecerrando los ojos para observarla tratando de descifrar el problema de ese trastorno porque debe de serlo.

—No me psicoanalices. No es tan grave. Mi madre dice que era tan llorona cuando era un bebé que acabé con las lágrimas de toda una vida —explica y suelta una carcajada incrédula—. De todas formas no veo donde están los beneficios de llorar, se descompone la cara, los ojos se ponen rojos, la nariz gotea, ¡ahg!, no es nada atractivo y no se consigue nada llorando.

—Tal vez ese fuera el mensaje que recibiste desde bebé, que no conseguirías nada llorando y por eso dejaste de hacerlo —comento con tristeza.

¿Es favorable para un niño consentirle todos sus caprichos para ahuyentar su llanto? No. Pero sí creo que cuando un bebé llora es porque tiene una necesidad e ignorarles e incluso negarles un abrazo es lo más cruel del universo. Me indigna que expertos crean que los pobres angelitos son capaces de manipular a sus padres con los berrinches.

Un bebé es lo más desprotegido e indefenso del mundo. Cuando todo es nuevo y aterrador, buscar y necesitar el calor de los brazos que conoces y te protegen es lo más natural y lógico por naturaleza. A todos esos versados los colocaría en un lugar desconocido; sin entender qué es esa luz que hace daño a sus ojos, pasando frío fuera del lugar habitual de cobijo, sin poder hablar, andar; oyendo ruidos que desconocen y dependiendo de otra persona que no atiende sus ruegos para poder comer o estar limpio. Escalofriante, ¿verdad? En los adultos se considera tortura.

¿Es negarnos a oír llantos una nueva odisea sin sentido que nos tiene alterados en pro de la búsqueda de una vida más tranquila y cómoda? Lo

siento, no soy objetiva. Él odiaba que llorara y a mí me enseñaron a hacerlo sin limitaciones y en pro de mi estabilidad emocional.

—Hay que encontrar la forma de hacerte llorar —resuelvo y suena tan ridículo al salir de mi boca y conjugarlo con la expresión de incredulidad de Lucía que me da un ataque de risa.

—¿Qué?! ¿Me vas a martirizar? ¿Eso es lo que te hace tanta gracia? —salta desconcertada.

—También puedo hacerte llorar de risa —amenazo y ella viendo por donde va la cosa comienza a retroceder lentamente.

—No te atrevas, loca —me advierte, pero yo ya la voy siguiendo con las manos como garras buscando su punto más sensible. La alcanzo y comienzo con las cosquillas en sus costados donde sé perfectamente que tiene su punto flaco.

Se derrumba sobre el sofá pero yo no claudico y continúo sin misericordia sobre ella produciendo el sonido mágico de sus carcajadas. Ni siquiera nos percatamos del crujido de la puerta al abrirse porque Lucía comienza a atacarme también y las dos estamos sobre el sofá partiéndonos de risa.

—¡Eh! ¡Yo también quiero! —oímos desde la lejanía antes de que un cuerpo no tan extraño se abalance sobre nosotras. Sabemos, sin hablarlo, que hemos encontrado una nueva víctima, y por eso las dos nos volcamos sobre Oscar para infligirle multitud de cosquillas sin piedad alguna. Es realmente gratificante porque las tiene por todas partes y es incapaz de contener las risotadas—. ¡Álex socorro!

—Tú te lo has buscado —contesta pasivamente este.

Levanto la cabeza y me lo encuentro apoyado contra la encimera de la cocina con los brazos cruzados mirándonos con el rostro impassible. Dejo a esos dos enfrascados en su lucha particular y me acerco a él. Hay un aire de tristeza y unos surcos de preocupación en su rostro que no puede ocultar y que

han ido acentuándose a medida que se acercaban las fiestas navideñas, por lo que lo único que me importa ahora mismo es borrar todas esas sombras.

—Eh —le digo

—Eh —me responde con media sonrisa, curvando ligeramente la comisura de sus labios antes de sujetarme la cintura con sus manos y acercarme hacia él para besarme —. ¿Vas a quedarte todo el fin de semana?

—Sí. Hasta que las previsiones del tiempo mejoren —le respondo y dejo que refugie su rostro en mi cuello. Aprovecho para enredar mis dedos en las ondas frías y oscuras de sus greñas y le siento suspirar audiblemente.

Considero que debería haberme parecido más extraño y chocante el mantener cualquier tipo de relación con otra persona que no fuera Él, pero con Álex todo ha salido de forma natural y poco forzada. Me he acomodado perfectamente a su personalidad y las demandas de su cuerpo. Las muestras de cariño nunca están de más entre nosotros ni son suficientes. Nunca hablamos de mi otra vida.

Es una norma no escrita que nos hemos impuesto los dos. Yo no quiero hablar de ello, y él respeta eso. Ni siquiera parece inclinado a conocer aspectos del futuro que despertarían la curiosidad en cualquier otra persona. Soy consciente de que he cambiado el rumbo de su vida, y eso chirría en mi conciencia. Solo espero que sea para bien. Él insiste en que es el único dueño de sus actos y de las elecciones de sus caminos por recorrer, y que si le llevan hasta mí serán únicamente por influencia de sus decisiones. En teoría suena muy bien; sin embargo, en práctica sabemos que son muchos más los factores que intervienen en el rumbo de nuestras vidas, y sé, que solo lo expresa de esa forma para que me sienta mejor.

El abismo real de nuestra edad tampoco supone un problema cuando en mayor grado parece que él es mucho más estable y juicioso, por mal lugar en que me deje reconocerlo. Yo le apporto un poco de la impulsividad que a él le

falta y la experiencia que aún no tiene. No solo en eso...

Por primera vez en muchos años cuando soy capaz de aparcar a un lado los estados alterados de mi existencia, me siento verdaderamente feliz. Aún tengo la sensación vaga y no deseada de que todo esto desaparecerá, y la burbuja en la que he despertado explotará en mi cara de un momento a otro, dejándome un amargo sabor de boca. Pero ahora... ahora solo puedo pensar en la suya sobre la mía demandando mi atención.

Como Oscar ha venido a estudiar, los cuatro nos reunimos en nuestra mesa con los apuntes desparramados ante nosotros. Los exámenes comenzarán inmediatamente después de las fiestas de Navidad, de forma que los días de vacaciones no solo podrán ser empleados de forma ociosa y debemos imponernos el deber de hincar los codos. Solo... que recuerdo las materias mucho mejor de lo que era de suponer. Memoria prodigiosa la mía y mente particularmente extraordinaria. No, no tengo abuela.

Escribo una pregunta en una hoja que doblo y paso clandestinamente a Álex. Soy una muy, muy mala influencia. Percibo el movimiento de su bolígrafo mientras escribe antes de devolvérmela.

Desdoblo el papel antes de leerlo.

“¿un cuadro y su autor?” Reza y él ha respondido con su característica letra indescifrable:

“Álex: *La persistencia de la Memoria, Dalí*”

“¿Ana?”

Escribo:

“*El beso, Klimt*”

En realidad soy una apasionada de cualquier pintura de Klimt: de sus dibujos dentro de los dibujos, de la ternura de sus trazos, de las miradas que hablan y susurran emociones sin necesidad de la voz. Si tengo que elegir me quedo con sus homenajes a la devoción y los rostros vedados de sus

protagonistas, en El Beso, El abrazo o Las tres edades porque esos ojos cerrados transmiten incontables sentimientos de amor y afecto que se atorán en la garganta de aquellos que los observan.

Álex me mira con interés estudiando mi cara. Nada de chistes fáciles que inevitablemente podrían surgir. Él trata de sintetizar esa nueva información de mí sobre lo que ya sabe. Atemoriza pensar que tiene la capacidad de llegar a conocerme mejor que yo misma.

Escribe: “¿Un video musical?”

“Ana: Madonna, like a prayer”

Me mira con sorpresa y las cejas alzadas tras leer mi respuesta.

—Que escándalo —vocaliza con su boca sin apenas emitir sonido para no molestar al resto.

Sí, por eso adoro a Madonna, es totalmente escandalosa y provocadora. Una absoluta pionera.

“Álex: Pink Floyd, Another Brick In The Wall”

Solo es otro ladrillo en la pared... No es la primera vez que me pregunto cuál complicada es la historia de Álex con su familia.

Escribo : “¿Personaje literario?”

Álex:” Atticus Finch, Matar a un ruiseñor”

¿El héroe silencioso? A quién me recuerda...

Ana: “Anna Karenina”

Mi respuesta vuelve su mirada sobre mí para estudiarme con detenimiento. Sé lo que piensa, pero no es eso. No considero su suicidio una rendición, sino más bien todo lo contrario. Fue el golpe más contundente de su lucha, la protesta gritada más fuerte contra la situación odiosa y sinsentido en la que se vio envuelta por no transigir a las normas morales y restrictivas que la mantenían enjaulada por su condición de mujer. Se la considera la primera feminista rusa. Yo no la considero feminista por demandar las mismas

libertades y derechos que su congénere masculino. A ningún hombre que exige condiciones de vida, razonables y equitativas, se le considera *masculinista*, ¿verdad?

—Si no dejas de comértela con los ojos solo aprobarás anatomía de Ana, y por tu bien, me ahorraré el comentario sobre las notitas —interrumpe Oscar con un deje de humor.

La comisura de los labios de Álex se curva hacia arriba en una sonrisa sin dejar de mirarme. Su ceja se eleva en una interrogación. Tengo la ligera sensación de que la idea de cultivar esta nueva asignatura le parece una gran idea, y a mí también.

—Acabas de echar más leña al fuego —comenta Lucía con un suspiro resignado.

—Como si hiciera falta alentarles —masculla él

—Ah, necesito un hombre —suspira Lucía

—Y yo un polvo —añade Oscar

—¡A mí no me mires!

—Te miro porque estoy hablando contigo, idiota —se defiende Oscar—. Además, tú buscas un novio, y yo no soy material para eso.

—¿Quién te ha dicho a ti que yo quiero uno? —arremete Lucía.

—¿No es lo que queréis todas? —contesta

—¡Dios Oscar! ¿Sacas tus conclusiones de los tratados históricos del neandertal? —intervengo sin poder evitarlo— porque hemos evolucionado bastante desde que la única función de una mujer soltera era encontrar marido.

Ciertamente es totalmente inverosímil inventarse un adjetivo como solterona para utilizar peyorativamente, y a pesar de ello criticar la necesidad de las mujeres de no ser consideradas como tal.

Es un alivio que hoy en día la educación y la independencia económica nos garantice una vida útil sin necesidad de que nos mantenga un hombre y; sin

embargo, es realmente atroz que el derecho a la enseñanza de la mujer se esté aplastando, en algunos países, con métodos violentos que crean pánico y renuncia. ¿Tienen miedo de las mujeres eficientes y autosuficientes que no precisan un hombre para vivir? ¿De quién es la verdadera necesidad? ¿Quién está en una situación de inferioridad entonces? Las someten para retenerlas cuando el amor en libertad es el lazo más fuerte y estable que existe. Pero el miedo es irracional y nos vuelve bestias ¡¡COBARDES!! Los hombres valientes respetan a las mujeres como sus iguales, no sienten ninguna obligación de oprimirlas para conservarlas. No les hace falta. Eso es ser más hombre que ninguno, el resto... son patanes y pusilánimes.

—No voy a discutir contigo porque tu novio me está mirando y sé de lo que es capaz.

¿Ha dicho novio? ¡Auch! ¿Realmente tengo novio? Echo un vistazo a Álex que me devuelve la mirada. ¿Acabará con mi autonomía autoimpuesta etiquetar de esa forma nuestra relación? ¿Me atemoriza? No, él se ha ganado más que mi confianza día a día con su consideración, generosidad, tolerancia y afecto, así que le sonrío y él me devuelve la sonrisa casi, casi, con alivio.

Devuelvo mi atención a la mesa y me encuentro con la expresión satisfecha de Oscar.

—Me has llamado neandertal —me acusa de todas formas como si estuviese herido; sin embargo, con humor.

—No te ha llamado neandertal ha dicho que piensas como uno —interviene Lucía— y tiene toda la razón.

—¡Calla mujer! Y ponme algo de comer que tengo hambre —vocifera él sin vergüenza.

—Te equivocas de esclava, levántate y sírvete tú mismo —le espeta ella como si fuera un insecto muy molesto.

—¡Ay Lucía! No me quieres nada —dice con pesar poniéndose en

movimiento hacia la cocina.

—¡Es lo único coherente que has dicho en la última hora!

Recibo una llamada de Jorge, antes de acabar el día, para saber si he conseguido alguna entrevista con los afectados de Avisa. Lo cierto es que he concertado una para el Lunes 27 y otra para el 29, lo que quiere decir que el domingo volveré aquí y luego marcharé de nuevo el 30 para las fiestas de año nuevo.

Tanto él como Hugo parecen querer implicarse en el asunto y persiguen conocer todos los detalles. Me explica que ha leído la entrada de mi blog, y me sorprende. No hace ni unas horas que está publicada. Estos chicos realmente se pasan el día frente a sus ordenadores. O se convierten en pequeños genios o en grandes frikis. O en ambos.

Por la noche me encuentro realmente cansada y me sumerjo en un dulce sueño entre las sabanas de mi habitación. A horas intempestivas me despiertan unos ligeros besos por el cuello y un cuerpo cálido sobre el mío.

—¿Álex? —pregunto sonriendo y rodeando su cintura con mis piernas.

—Estaba pensando que flojeo un poco en anatomía —comenta deteniéndose y levantando la cabeza para observarme bajo la tenue luz que llega desde una farola de la calle.

—¿Eres consciente que probablemente es la frase más trillada para ligar de los futuros médicos de mentes más calenturientas?

Su cuerpo tiembla mientras ríe, y capturo una de sus carcajadas con mi boca mientras recibo las vibraciones con deleite porque me encanta la forma abierta y sincera de su risa, y sentirla directamente desde su pecho, bajo él, es uno de los pequeños placeres que me regala la vida y trato de disfrutar.

—La diferencia es —continúa y contengo la respiración cuando se presiona contra mí y sus labios vuelven a mi mandíbula dibujando su contorno — que yo no quiero ligar, quiero hacerte el amor.

«Sí, Álex. Elijo estar contigo en libertad y sin ninguna duda, pero con las ataduras más sólidas que existen: la verdadera amistad, el respeto más considerado y el cariño más profundo».

One Republic _ Burning Brigdes (Acoustic)

Las carreteras se despejan. Vuelvo a casa como el Almendro por Navidad. Porque no hay navidad posible sin él, las burbujitas de freixenet o el calvo de la Lotería, y estas navidades aún lo tengo todo.

Hoy es Nochebuena. Un gran día en mi casa. Estamos todos los que cabemos y alguno más. Las risotadas y las voces resuenan más alto de lo normal regadas de cava y vino. No es un día en el que la tristeza o los rencores tengan sitio aquí, los barremos a escobazos y sin piedad a fuerza de bromas e historias divertidas.

Salgo al pórtico de la entrada. Hace frío y es de noche. Puedo ver mi aliento concentrado en vapor saliendo de mi boca con cada bocanada, y las luces del árbol en el exterior parpadean rítmicamente atrayendo mi atención. Queen mueve la cola y se acerca a mí con entusiasmo.

La calle está totalmente desierta y silenciosa en comparación con la algarabía que proviene del interior de la casa.

Me pregunto si alguna vez una noche como esta, al mirar al cielo, vi cruzar una estrella fugaz y deseé poder volver a este mismo instante y lugar y por eso estoy aquí, y estoy pensando, si de poder repetirse la oportunidad, si de ser feliz en el futuro, volvería a hacerlo y convertiría mi vida en un interminable Día de la Marmota con tal de volver a este momento, con toda mi familia reunida entorno a nuestra mesa.

Uno de mis tíos será el encargado de honor de vigilar las ostras cuando se abran, el otro se enfadará cuando pierda a las cartas. Mis tías y mi madre

pulularán por la cocina echándonos de ella y riendo cuando robemos de algunos de los platos preparados para la cena.

Mi hermano pronto se enfrascará con los caracolillos de mar sin respirar hasta que no quede ni uno, y al final de la velada disfrutaremos, una vez más, de la historia de cómo mi padre intentó liar a mi prima mayor con el vecino o recordaremos otra nochebuena en que la pequeña repitió “yo quiero un pepinillo” hasta la saciedad, dejando constancia demostrada de que los antojos no solo se producen durante el embarazo. Mis padres nos amenizarán con la canción de clavelitos mientras Jul y yo levantamos los ojos al techo con consternación, aunque aplaudiremos entusiasmados cuando acaben. Nunca sospecharán que será debido a eso; a que la canción finaliza.

Los miro desde la puerta abierta. Sí, puedo asegurar, tal vez influenciada por las burbujas de cava o el calor único que forma una familia unida, qué. Lo. Pediría. Una. Y. Otra. Vez, porque dolerá como el infierno el día que ya no estemos todos para poder reunirnos.

Suena un mensaje en mi móvil. Es Álex. Comienza a disfrutar del sabor dulce de la comunicación entre mensajes. No es que los utilice para enviarme crónicas de enamorado, no creo que rime con su estilo, pero igualmente me parece tierno. Claro que si tengo que compararlo, con la capacidad de Abraham de envenenar sus mensajes y llenar mi bandeja de entrada de insultos y acusaciones retorcidas en cada discusión, todo mensaje normal tiende a *regustar* afrutado.

«Aburrido hasta la médula. Loco por salir de mi casa».

«Pues vente».

Álex no habla mucho de él; sin embargo, sí me ha contado lo difícil que le supone cumplir las expectativas de un padre demasiado exigente. Lo sé, totalmente inverosímil teniendo en cuenta que sobrepasa con creces cualquier horizonte soñado de un progenitor cabal. Su desentendimiento es tan grande

que su padre, sin comprender en absoluto el carácter de Álex, llegó a creer que tenía un poco de retardo cuando era más pequeño. Solo porque se tomaba cierto tiempo para contestar o era más tímido de lo normal.

Su vestuario, sus tatuajes y los pendientes forman parte de su necesidad de mostrar rebeldía frente a sus exigencias inalcanzables y los reproches injustificados.

Todos los futuros padres deberían estudiar un manual sobre cómo serlo y aprobar un examen de capacidades. Se torna indispensable ser consciente de la influencia tan grande que tenemos sobre la formación del carácter y el futuro comportamiento de nuestros hijos. Porque si Álex no hubiera tenido una base tan equilibrada y resistente, las acciones de su padre podrían haber tenido consecuencias mayores e irreversibles. Confundimos el hecho de malcriar a un niño con dotarle de excesivo cariño. No, el amor y la ternura no malcrían, son exactamente los niños con esa carencia los que resultan conflictivos de mayores. Lo que no debe hacerse es sustituir un abrazo o una caricia por miles de juguetes. No nos engañemos, no son comparables ni tan saludables.

Y me hago eco de la gran frase que Marco Aurelio le dice a Cómodo:

—Tus defectos como hijo son mi fracaso como padre. —Avisé que me conocía los diálogos de memoria.

Pancarta: No me exijas, solo alientame.

«¿Mañana?».

Continúan los mensajes de Álex.

«Cuando quieras».

«¿Ahora?».

«Claro».

Levanto la mirada del móvil cuando oigo el suave rugir de una moto acercándose muy despacio hasta la entrada de la verja que hemos dejado abierta de par en par para los vecinos que quieran unirse después de la cena.

Deduzco, más que confirmo, que se trata de Álex porque entre el casco y lo abrigado de su atuendo es difícil reconocerlo.

Queen y yo nos disputamos el honor de llegar primero hasta él.

—No te estoy acosando —explica rápidamente antes de quitarse el casco y dejarlo sobre la grupa de la motocicleta—, aunque reconozco que lo parece —añade con una sonrisa afectada.

Su cara está helada y pálida; su nariz como un tomate debido al frío, pero sus ojos destellan calidez al mirarme y es como si fuese la primera vez que lo hace. Una sonrisa bobalicona se me pega a la cara en respuesta al afecto que me provoca la suya y a sus ojos sobre mí.

—Es un alivio —bromeo sujetando su cara para estamparle un brusco beso en los labios. La verdad es que estoy tan contenta de que esté aquí que me importa un carajo lo que parezca—. ¿Ha pasado algo? —le pregunto estudiando su semblante ya no tan inescrutable.

—Lo de siempre. Solo quería huir de allí —responde con un imperceptible movimiento de hombros entre mis pequeños besos—. Ni siquiera sé cómo he acabado frente a tu casa —reconoce con timidez, y tengo esa misma sensación que se origina cuando un bebé encantador hace una dulce pirueta y el primer pensamiento razonable, aunque salvaje, que viene a la cabeza es: «me lo como». Lo que me recuerda...

—Vamos —le apremio—, entra. Estábamos a punto de cenar.

—No, no quiero interrumpir. Solo me he acercado a besarte ya que estaba por aquí —contesta con diversión y me rodea la cintura con una mano enguantada para acercarme hasta él para darme un beso más intenso; sin embargo, y pese a que ahora mismo estoy un poco distraída no pienso dejar de insistir porque por nada del mundo le dejaría, solo y en la calle, el día de nochebuena. La voz de Jul llega hasta nosotros desde la entrada de la casa:

—¡Qué alguien ponga un plato más en la mesa que tenemos un nuevo

invitado! —Me río ante el descaro de mi hermano mientras lo observo acercándose a grandes zancadas. —¿Qué tal tío? —saluda a Álex extendiéndole una mano que el susodicho alcanza sin soltarme—. Deja a la preciosidad —y me mira burlón—, a mi hermana también y entra que hace un frío de mil demonios. —Le saco la lengua. Súper maduro, y eso le provoca más risa guasona.

Álex no puede negarse, y mucho menos cuando surge mi padre desde la casa y prácticamente le empuja hacia una silla en la mesa. Creo que se siente un poco cohibido entre tantas personas y el interrogatorio inevitable que surge a su alrededor, pero solventa la situación como mejor puede, sin hablar mucho, aunque contestando a las preguntas amablemente. De vez en cuando su mirada atrapa la mía e intercambiamos sonrisas cómplices que solo nos pertenecen a nosotros.

Y esta Navidad se convierte en la mejor que recuerdo, y eso que el listón estaba muy alto, pero, pese a toda la carga que arrastro, soy más que consciente del regalo que se me concede y me esfuerzo en absorber y retener, en mis pupilas y en mi corazón, cada segundo que transcurre; además, está Álex, cuya presencia más moderada y menos participativa que la de Abraham, también es más plácida. No habrá consecuencias después por malinterpretaciones o explicaciones que le disgusten. Puedo reír a carcajadas con cada historia que me incluya o respirar tranquila sobre los comentarios que surjan porque nadie los utilizará después en mi contra de forma retorcida y tortuosa.

12

73 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2010, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Charli XCX_ Break the rules.

Voy de paquete sobre una moto. No es cómo si nunca antes lo hubiera hecho, pero nunca en grandes recorridos y tan rápido. Tengo que reconocer que me gusta, no, me encanta la sensación que me produce quemar kilómetros en el asfalto sobre dos ruedas. Es absurdo pensar que despertamos envidia entre los ocupantes de los coches que adelantamos, aunque creo que es así debido a que precisamente yo misma he sido víctima de ello. Considero que no hay nada más sexy que sujetar la cintura de Álex y arrinconarme contra su espalda sobre su moto mientras él la conduce. Solo me queda unirme a una concentración y uno de mis sueños quedará cumplido.

Sí, realmente los caballeros andantes de hoy en día van en moto tal vez, por su semejanza con un caballo mientras que el coche es más bien hermano del carruaje; mucho menos galante y bizarro.

¿Aún nos imaginamos siendo rescatadas y montando a la grupa del corcel de nuestro gallardo salvador? Yo confieso. Es la naturaleza femenina que llevo dentro.

¿Tratar de potenciar el lado femenino va de la mano con el machismo? ¿Puede una feminista ser femenina? ¿O es contraproducente para la igualdad? Analicemos:

1. Dejé mi femineidad en favor de un hombre machista que no quería que revelara demasiado atractivo bajo la ropa, el maquillaje o el peinado. Ahora, en mi libertad, soy más femenina que nunca y me gusta disfrutar de ello.

2. No cultivo mi aspecto físico más que mis cualidades intelectuales, ni lo exploto para conseguir ventajas o pretendo ser una mujer florero sin más expectativas. Quiero que se me reconozca por mi ingenio y mis capacidades, no quiero destacar por la altura de mis tacones o las transparencias de mi vestido, pero yo decido cómo me atavío. El error está en los que me juzgan y solo perciben eso.

3. ¿Los caballeros andantes fomentan la femineidad pero coartan la autosuficiencia de la mujer? Todos necesitamos ser rescatados en algún momento y lugar. Hombres y mujeres. Mi noble hidalgo se llama Álex, y me ha rescatado más veces de las que puedo enumerar. Su ayuda me vuelve más fuerte, no más débil, y sigo adelante porque eso solo lo puedo hacer yo misma y por mí misma.

Eso sí, no tengo intenciones de tumbarme a dormir esperando que me salve. No lo haría ni por Shrek y lo adoro. ¡Maldita Fiona!

Llegamos a nuestro piso de estudiantes de noche. La moto dormirá en un garaje cerca de nuestra calle. Subimos las escaleras desde el portal. Solo es un segundo piso. Aunque el edificio esté bien conservado, pertenece a una época inmemorial en la que no existían aún los ascensores. Solo se echa en falta con el traqueteo de las maletas, por suerte ahora no llevamos más que unas mochilas con algunas cosas esenciales ya que nochevieja está a la vuelta de la esquina, y volveré de nuevo a casa.

Lo que hará Álex es un misterio. No ha vuelto a la suya y no parece tener intenciones de hacerlo. También pasó el día de Navidad con mi familia y el resto de la noche, lo que nos encantó, y no solo por la paliza que le dimos al

billar Jul y yo.

Dejo mi casco prestado sobre la cómoda de mi habitación y me deshago de las múltiples envolturas de ropa que llevo encima. Las cebollas agonizarían de envidia ante tal despliegue de capas, pero son necesarias cuando viajas en moto.

Me apoyo sobre el marco de la puerta abierta de la habitación de Álex y le observo acomodar sus cosas como si fueran las piezas de un tetris. Todo bien encajado y con precisión minuciosa. Tanto orden militar asusta un poco y plantea muchas hipótesis.

Es una habitación oscura, con las paredes de verde grisáceo y los muebles pintados de negro. Sus posters son de anatomía. Solo los nombres de los huesos, los músculos y las articulaciones del cuerpo humano tienen cabida en sus paredes, y libros de medicina plagan las estanterías.

—¿Qué? Anda, suéltalo —dice irguiéndose y volviéndose hacia mí con evidente diversión en su cara.

—¿Qué me ha delatado? —pregunto sin mucho interés en la respuesta. Lo que realmente quiero es ganar tiempo para averiguar cómo plantear el tema de su familia de forma no invasiva. Por fortuna, Álex nunca tiene prisa por responder, eso sí lo hace. Es como si ni siquiera considerase el perder saliva con contestaciones evidentes o carentes de importancia.

Se sienta sobre la cama y comienza a desatarse los cordones de sus botas antes de levantar los ojos para echarme un vistazo.

—No —contesta al final y consigue que dude sobre el planteamiento de mi pregunta, tanto que debo retroceder yo misma para recordar cual era y sigo sin encontrarle ningún sentido. Recoge su pierna y apoya la barbilla sobre su rodilla para quitarse el calcetín.

Es otra de las peculiaridades de Álex, le encanta andar descalzo. No importa que el suelo esté helado y haga un frío de mil demonios. Es indiferente

al nivel de congelación de los pies. Lo que es realmente valiente ya que los dedos son los primeros en sufrir a bajas temperaturas.

No soy amante de los pies. Sería como traicionar a las manos si lo hiciera, pero reconozco que los de Álex me gustan. También son largos y afilados y tienen un punto delicado que me hace reconsiderar mi renuncia hacia ellos, pero, ¡caray!, siempre están fríos y los sufro bajo las sábanas. Para que luego digan...

—Uhm... no. ¿No qué? —artículo con escepticismo.

—No, mi padres no se preocuparán ni se preguntarán dónde estoy porque he hablado con mi madre —responde con tranquila parsimonia—, y sí, volveré a intentarlo en noche vieja, aunque la situación probablemente empeore porque mi hermano ha decidido hacer acto de presencia, y hace como dos años que no se habla con mi padre.

Aprieto los labios y muerdo tras ellos en busca de inspiración divina que califique sobresaliente para estar a la altura de la información que acaba de darme Álex sobre sí mismo, que no es mucha, pero que trasluce más de lo que aparentemente parece. Con un suspiro me siento a su lado y le acaricio la nuca. Sus parpados bajan sobre sus ojos dos segundos más de tiempo de lo que lo haría un pestañeo.

—El dicho popular dice que los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos, aunque sus métodos algunas veces no sean los más apropiados —susurro cerca de su oído.

Álex mueve la cabeza despacio en negación de un lado al otro y continúa con el trabajo de quitarse el otro calcetín.

—En este caso lo que mi padre quiere es lo mejor para él de sus hijos. Hijos perfectos, admirables, sumisos y obedientes de los que pueda jactarse. Pero en la letra pequeña se advierte que ninguno de sus hijos cumplirá jamás sus expectativas por mucho que se esfuercen —confiesa con resignación y su

mirada se cruza con la mía, tranquila y moderada pese a todo.

¡No lo entiendo!! ¿Dónde está ese manual que debería obligarse a leer a cualquiera que pretenda ser padre?? ¿Ese en el que se explica que se debe ensalzar las buenas cualidades y acciones de los hijos y no resaltar siempre sus errores?

—Pues yo creo que eres admirable, inteligente, altruista, cabal, humilde, competente, fuerte, seguro y hermoso —le digo con total sinceridad.

—Cuidado Ana. Podría parecer que estás enamorada —comenta traviesamente con una gran sonrisa que desempaña todo el pesar de su rostro.

—Retiro lo de humilde —añado rápidamente y le oigo reírse antes de ser derribada sin miramientos sobre la colcha de color gris de su cama. Lo cierto es, y lo digo en voz alta—: que tal vez lo esté, pero tenga miedo de reconocerlo —susurro desde mi nueva posición.

Su rostro está sobre el mío y advierto sus pupilas dilatándose. Una de sus manos acaricia con el reverso de su palma una de mis mejillas y cierro los ojos para sentir la calidez de ese gesto y no tener que enfrentar la intensidad de su mirada.

—Tu sola impones todas tus barreras y solo tú tienes la capacidad de romperlas. Yo sigo esperando al otro lado. —Entonces... ¿realmente está aguardando algo más de mí? ¿Y si...? Aunque estoy segura de que tendré que hacerlo tarde o temprano, no estoy preparada para perderlo todavía. Sí, egoísta, muy egoísta.

—No quiero que te canses de esperar —confieso haciendo revolotear mis dedos por la mano con la que sujeta su cabeza. La mueve incrédulamente con una sonrisa engreída que pocas veces le veo y calienta mi sangre.

—No es como si estuviera resultando en absoluto aburrido o tedioso.

—No, yo tampoco llamaría aburrida a mi enigmática vida y te he enredado en ella sin estar segura de que sea lo correcto. —La verdad es que es uno de

mis mayores miedos.

—¿Y si en realidad has vuelto para cambiar la mía porque acabó siendo una ruina sin ti? ¿Y si tu verdadera misión es salvarme? —su ocurrencia me hace reír y suelto una carcajada.

—Tienes razón —aventuro con picardía mordiéndome el labio—. Tal vez tu cometido sea el de descubrir el secreto de la inmortalidad, y yo estoy aquí para fustigarte si te desvías de tu encomienda, y por favor, añade ególatra también a tus cualidades.

—¡Ah nena! —suspira desplomándose sobre su espalda en total rendición — puedes hacer conmigo lo que quieras —añade mirándome a través de su brazo sobre los ojos.

—Me has llamado nena —señalo con escepticismo—. Nena —repito con voz plana—. Increíble-ble. ¿Has sido invadido por el espíritu de Ford Fairlane^[5]?

Me gusta oírle reír, me gusta reír con él y más me gusta ser la razón por la que lo hace. Es poderoso y prodigioso tener esa capacidad de hacerlo. Puedo entender el gusto por la profesión de humorista cada vez que mis excentricidades se convierten en carcajadas, aunque también hay veces en que la sensatez ilumina mi camino.

—¡Eh! En serio. Me intranquiliza verte tan cabizbajo —anuncio incorporándome para barrer el brazo de su cara y poder mirarlo directamente a los ojos —. Sabes que puedes hablar conmigo de lo que quieras y cuando quieras, ¿no? —Me contempla y parece afligido.

—Uhm..., Ana. No es mi situación familiar lo que me preocupa —afirma, y sin más explicaciones se levanta para recoger los calcetines que han quedado sobre el suelo. Desaparece por la puerta y oigo sus pasos desnudos sobre las lamas de madera alejándose.

Aún recostada sobre su cama miro al techo y suspiro resignada consciente

de que con mucha probabilidad, el tema que lo mantiene alerta tenga que ver conmigo.

Yo misma lucho con mis propios pensamientos funestos y las incógnitas de mi vida, con más o menos éxito dependiendo del momento; sin embargo, es apropiado confesar que si analizo la situación con detenimiento: descubro que esas trabas no son más que pequeñas esquivas en la nueva trayectoria que recorro, y este recorrido es mucho más estable y cómodo que el anterior, por consiguiente no estoy yo por la labor de quejarme.

He aprendido a hacer una lista imaginaria donde ordeno por nivel de gravedad cada situación, y otorgo, según posición, más o menos grado de importancia. Mi mayor preocupación en estos momentos versa sobre cómo evitar volver a cometer mi peor error y sobre cómo alejarme de Él, en comparación, la trascendencia de cualquier otra dificultad palidece.

Oigo el agua de la ducha correr, lo que significa que Álex tardará un rato en volver. Echo un vistazo alrededor con la mirada sin intención de fisgonear, solo con propósito de satisfacer mi curiosidad y descubrir qué información sobre el dueño puede darme su habitación. Sin embargo, como el propietario, el dormitorio aparentemente es impenetrable, misterioso y oscuro, aunque en absoluto siniestro. Entre tanta nebulosidad destaca de forma singular un rollo de color vivo, descansando medio escondido sobre sus libros.

Supongo, más que imagino, que se trata del regalo al “amigo invisible” que hemos decidido hacer entre todos para estas navidades. Como es secreto ni Álex ni yo hemos desvelado a quienes nos corresponde entregar regalo, aunque con Lucía prácticamente he descifrado el acertijo completo.

No hemos forzado entre nosotros una conversación sobre si deberíamos intercambiar obsequios. El no hacerlo ha surgido de forma natural. De todas formas, el perfil adulator y romancón no casa con Álex. No basamos nuestra relación en esas premisas; todo parece más bien del tipo pragmático y

funcional, y la verdad, yo perdí la ilusión hace tiempo.

Reconozco que era de esas personas que les gusta sorprender, que preparan el regalo con mucha anticipación y tratan de celebrar todas las ocasiones que se presentan. Sentimental, soñadora o capitalista, no me importa el término a denominarme. La verdadera razón es que me gusta hacer feliz a las personas que quiero y que ellas sepan que trabajo por mantener esa felicidad. Hacerlo todos los días, seamos realistas, no es viable y si tratásemos de hacerlo dejaría de haber días especiales y eso sería una auténtica lástima.

Y a mí que no me engañe nadie, quien no es capaz de ser romántico en San Valentín tampoco lo es el resto del año, solo es una excusa más para no tener que esforzarse en absoluto, y nos hace parecer tan “*cools*” estar en contra que es difícil saber dónde comienza la verdadera convicción o la influencia del dicho popular.

¡Qué viva el amor y sus formas de expresarlo! ¡Los obsequios no solo se componen de grandes desembolsos en metálico!

Abraham era de los escépticos. No solo no le gustaba regalar y no se esforzaba en absoluto por hacerlo, sino que tampoco sabía agradecer mis regalos o mis intentos de convertir algunos días señalados en grandes momentos. Casi me atrevo a decir que le disgustaba que lo hiciera y se empeñaba en apagar cualquier ilusión o expectativa que tuviera. Si acababa amargada o desilusionada porque mis esfuerzos eran aniquilados de forma cruel, él argumentaba que sabía con antelación que yo acabaría disgustada. No tenía en cuenta su participación como canalla y vil *apagasueños*. En realidad no era disgusto, era total desencanto y decepción, y si lloraba... llorar siempre lo complicaba todo con Él.

La primera vez que le regalé ropa, se empeñó en que mi única finalidad era entrometerme en su forma de vestir. También estuvo medio año

prácticamente memorizando cada secuencia de El Padrino, por lo tanto un cumpleaños le regalé la trilogía entera en formato coleccionista, pero nunca más volvió a ver ni la primera película ni cualquier otra. ¿En la cena romántica que estuve preparando tres días seguidos? Le dolía el estómago y no probó ni un bocado. Hice hasta pan con forma de corazón y tuve que tirarlo.

Ropa interior demasiado corta, demasiado ajustada —en realidad, era sexy—. Perfume que no dura, billeteras y corbatas sin estrenar, libros sin abrir, medallas sin mirar y olvidadas en un cajón; cartas llenas de verdaderos y auténticos sentimientos sin leer; postres que tuve que tirar.

Entregarle un regalo era como ofrecérselo a una marsopa muda y ciega. Total y absoluta carencia de expresión o gratitud, solo desprecio, así que ¿para qué esforzarme? Nunca entendió el verdadero propósito de regalar y recibir un obsequio.

Parece lógico pensar, desde el punto de vista de un espectador, que Él no me quería y que yo era una estúpida por creerlo; sin embargo, por muy majadera que pueda considerármeme, sigo creyendo que sí lo hacía. Él me quería y debido a eso me castigaba. La duda siempre será si fue odio antes que amor o amor antes que odio. Solo sé que Él los sentía intensamente y nunca en el mismo espacio de tiempo, y precisamente eran esos momentos de amor intenso los que me mantenían a su lado, aunque cada vez fueran menos ocasionales.

Oigo pasos acercarse y me inclino para echar un vistazo. Un muy mojado Álex aparece en mi campo de visión envuelto únicamente en una toalla a la cintura y otra sobre sus hombros. Gotas de agua caen desde su pelo y sacude la cabeza dispersándolas alrededor. Los dibujos de sus tatuajes se contorsionan con el movimiento de sus músculos largos y suavemente esculpidos. Observarlo nubla cualquier otro pensamiento negativo o de raciocinio de mi cabeza. Es como comerse un bombón para merendar con el café; el dulce del

chocolate y el tostado justo del café son una mezcla irresistible para el paladar.

Se detiene y me mira con media sonrisa cohibida.

Supongo que lo estoy contemplando de forma desvergonzada —espero que sin babear—. A veces, tengo que recordarme que tiene veinte años, y que en realidad es tímido, por lo que aún no hemos alcanzado ese grado de naturalidad en el que la desnudez es normal. Lo que francamente lo hace bastante interesante. La curiosidad del uno sobre el otro no resulta incómoda en absoluto, forma parte del proceso natural de ir conociéndonos y descubriéndonos.

—Ven —pido arrodillándome sobre el colchón y señalando el espacio frente a mí.

Obediente y sin titubear, lo que resulta agradable, se sienta. A su espalda cojo la toalla de sus hombros y seco con suave cuidado el agua que empapa su pelo. Le oigo carraspear y tamborilear los dedos sobre la cama. Continuo secando su cuello y bajo con la toalla recogiendo las gotas que caen de sus hombros siguiendo su trayectoria por su espalda.

—Oye, Álex —comienzo con afán seductor para sonsacar información trascendente, pero con el tono bajo que complementa este momento de intimidad—. ¿Qué le has comprado a Lucía?

Según nuestras investigaciones ella es su amiga invisible. Gira la cabeza y me echa un vistazo suspicaz sobre su hombro que se detiene en mis labios antes de volverse al frente de nuevo.

—No le he comprado nada todavía —reconoce. Se deja caer levemente sobre mí cuando comienzo a frotar su pecho, para darme más acceso y una vista más amplia.

—Creía que ese era el regalo para ella —admito señalando el paquete medio escondido.

No espero respuesta y él tampoco tiene intención de darla, está más concentrado en la labor de mis dedos sobre su estómago. Aparto el paño a un lado y dejo que sean mis manos las que continúen el trabajo sobre su piel acariciando y masajeadando con delicadeza todo su frente sin invadir territorio cubierto, aunque mis ojos recorren el revelado por la apertura de la toalla a la altura de sus muslos y la presión que comienza a revelarse.

Su respiración se torna más profunda y a mí parece faltarme. Se recuesta un poco más fuerte sobre mí. Su cabeza cae en mi hombro y gira su rostro hacia mi cuello donde me llega su aliento erizando mi piel. Sus labios rozan bajo mi oreja y descienden hasta la clavícula en la que los siento abrirse y un toque ligero y húmedo de lengua. Me oigo gemir y debe de ser una señal para él porque con su mano en mi nuca guía mi boca hacia la suya. No hay precalentamiento ni toque dulce de labios, su lengua abrasa la mía mucho antes de que ni siquiera sea consciente de que está sobre mí. Caigo hacia atrás y levanto la mirada hacia Álex que se separa para observarme. Apoyado sobre sus manos a los lados de mi cuerpo sobre la cama y clavando una mirada encendida sobre cada centímetro de mí, me siento como acechada por una verdadera pantera oscura y ardiente que me hace vibrar con antelación. Encuentra mis labios de nuevo y deja caer su cuerpo sobre el mío.

No recuerdo haber sentido nunca tanta pasión antes de Álex. Las ansias de tocar y ser tocada con tanta adoración que duele. Mi cuerpo temblando con ansiedad y anticipación esperando por el suyo.

—Es para ti —susurra tirando de mi jersey y deslizando sus manos por los costados de mi cuerpo.

—¿Uhm? —acierto a balbucear totalmente reducida en un estado de aturdimiento libidinoso.

Siento sus dientes sobre la piel de mi hombro tras su sonrisa o eso creo porque de alguna forma aprovecha a morderme ligeramente y ya no sé qué

intención fue en primer lugar.

—Eso —vuelve a repetir incorporándose un poco y señalando con su dedo el envoltorio— lo compré para ti.

Por un momento la sorpresa me frena en seco, y nos quedamos quietos observándonos sin cambiar de posición. Vuelvo a mirar el obsequio con más interés. Está envuelto en uno de esos bonitos papeles lisos y metalizados en color rojo con un lazo morado brillante.

—Yo no tengo nada para darte —susurro. Una sonrisa lobuna surge en sus labios.

—No esperaba que lo tuvieras. Compré eso porque lo vi y supe que te gustaría. No lo busqué intencionadamente —explica y le sonrío con cariño. Álex es más, mucho más.

—¡Quiero verlo! —exclamo entusiasmada. Él niega con la cabeza decididamente.

—Puede esperar y resulta que yo no —¡Whoa!! Que poco frecuente es vislumbrar al Álex intransigente y codicioso. Me centra de nuevo y exclusivamente en donde lo habíamos dejado.

—Perverso —le susurro con humor, aunque trago saliva fuertemente cuando sus ojos persiguen el recorrido de mis piernas junto al recorrido de sus manos sobre ellas al deslizarse, deshaciéndose de mis pantalones.

Mis brazos se alargan con la intención de deshacer el nudo que retiene la toalla a su cintura.

El sonido de una llamada en su móvil nos sobresalta y ambos lanzamos quejas enfurruñadas por la interrupción; sin embargo, tras la pausa inicial, Álex no muestra intenciones de responder. El sonido cesa.

Sus manos enmarcan mi cara y me observa con detenimiento y una expresión en su mirada que trasluce más sentimientos que cualquier palabra. Acaricio su pelo aún húmedo y frío bajo su nuca y trato de transmitirle la

misma cantidad de ternura, cariño y afecto, aunque solo me surge una mirada contrariada cuando el sonido del teléfono se vuelve a oír.

Álex cierra los ojos con resignación y gruñe, sí, gruñe totalmente. Se estira para alcanzar el móvil sobre su mesilla y descuelga. Soy consciente de que, sea quien sea, el autor de esa llamada ya es poseedor de un poco de ojeriza por mi parte por inoportuno.

—Daniel... —contesta Álex. Hugh, su hermano. Se sienta y trata de *bientaparse* con la toalla sobre su regazo—. Sí... estaba ocupado —explica y me echa un vistazo apresurado.

Estoy muerta de frío. El calor desciende de mi cuerpo y estoy en ropa interior. Con un movimiento del brazo Álex abre su cama y me envía una invitación muda para que me refugie bajo las mantas. Eso quiere decir que tiene intenciones de continuar donde lo ha dejado. No rechisto y obedezco con tranquilidad.

—Sí, estoy aquí —responde Álex a su interlocutor—. Puedes utilizar el sofá o mi cama si eres amable. Sí. Sí. Vale. Sí, ella está aquí. No te preocupes, no muerde —explica con una ligera sonrisa en mi dirección.

No... el que muerde es él. No es que me importe, siempre que sea de esa manera y dentro del mismo contexto.

—De acuerdo. Pediré el coche a Oscar y salgo enseguida —cuelga sin despedirse como es habitual en él. Ni hola, ni adiós. ¿Saludar? Puf, una pérdida de tiempo total para el gran Álex. Se vuelve hacia mí con clara consternación—. Mi imprevisible hermano está esperándome en el aeropuerto en estos precisos momentos. Se le olvidó comentarme que llegaba hoy.

—Uhm... es un rasgo familiar entonces, lo de ahorrar explicaciones —comento lánguidamente ahora que el calorcito de la colcha me adormece.

—No tardo nada, espérame en tu cama si estas cansada. —La toalla cae mientras me lo cuenta y no presto mucha atención a sus palabras mientras lo

percibo vestirse con prisa, aun así, asiento con la cabeza. Con un suave beso sobre mis labios sale precipitadamente por la puerta y oigo como se pone su abrigo y comunica con Oscar al mismo tiempo.

Definitivamente el hermano de Álex es muy inoportuno.

Llega el sonido amortiguado del estruendoso golpe del portón al cerrarse sin cuidado y es lo único que alcanzo a oír antes de rendirme al sopor que me está causando la somnolencia.

Dormito lo que no estoy segura, si han sido minutos u horas cuando el ruido de algo al chocar contra el suelo me precipita desde el sueño.

—¡Vaya!! ¿¡Esto es para mí?! Siempre supe que eras un hermano cojonudo, Álex. En dos segundos estoy en la cama contigo encanto.

Me esfuerzo para despejar cualquier rastro de modorra y comprender con claridad lo que está ocurriendo, aunque no hay que ser una gran detective para deducirlo. Solo necesito confirmar que esto no es un sueño, o pesadilla, según las distintas perspectivas a degustar.

Me incorporo sin descubrirme y abro los ojos. Lo primero que encuentro son unos ojos entrecerrados y oscuros del mismo azul que los de Álex. Elevo las cejas con escepticismo cuando encuadro el resto y monto las piezas que dibujan al sujeto que tengo delante de mí; pelo rapado a los lados de su cabeza, salvo por una porción de pelo mezcla de mohicano y cresta, montón de metal en forma de piercings, camiseta negra de calavera con púas en el cráneo, chupa de cuero con tachuelas e imposibles estrechos pantalones de cuadros rojos escoceses.

—Así que... el punk no ha muerto —mascullo con la voz aún adormilada. Recibo una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Y encima graciosa. Si en tres segundos sigues dentro de mi cama no me hago responsable de lo que ocurra dentro de ella.

—Daniel... —oigo pronunciar a modo de advertencia a Álex al llegar al

vano de la puerta; sin embargo, mantiene su actitud despreocupada apoyándose sobre el marco de esta.

—¡Uno! —comienza a contar el capullo y se cruza de brazos en espera de mi salida... o no.

—¡Espera un segundo! —me quejo con una mezcla de incredulidad e indignación.

Porque tengo muchos puntos que aclarar: Estoy en ropa interior y no parece tener intenciones de dejar la habitación. No concibo tantas dosis de grosería para comenzar y ¡¡esta cama es más mía que suya!! ¡¡Al menos yo pago alquiler en esta casa!! No pienso acobárdame por un mequetrefe con graves problemas de temperamento. He jugado en las grandes ligas donde los monstruos son realmente peligrosos y tienen más poder de destrucción.

—¡Dos! — enumera y acompaña su conteo con el movimiento de su brazo retirando la manta y la colcha que me cubren.

—¡Daniel! ¿Qué demonios crees que haces? —exclama Álex abandonada su fachada imperturbable. En dos zancadas se pone a la altura de su hermano para tratar de recuperar mi cobertura, pero lo detengo.

—No, Álex. Ya salgo —digo y parece sorprendido.

Con los dientes apretados clavo la mirada más helada que atesoro, en mi repertorio de ojos asesinos, en el inoportuno y capullo Daniel. Me la devuelve con tantos aires de suficiencia, que con toda la chulería que soy capaz de reunir, planto mis pies en el suelo y me levanto.

—Bonito tatuaje... y el resto no está mal —se burla con una carcajada que nadie comparte.

Me inclino a recoger mi ropa del suelo, y Álex me ayuda a hacerlo quitándomela de las manos y cubriéndome los hombros con la toalla aún húmeda que había abandonado anteriormente. Si pesco un resfriado por culpa del capullo de Daniel le haré la petaca^[6] en la cama.

Álex resopla y advierto, más que veo, cómo intercambia una mirada fulminadora con su hermano.

—No te comportes como un idiota —le avisa.

Me encamino apresurada a mi habitación dejando a los dos hermanos arreglarse entre ellos. Muerta de frío me deshago de la toalla y dejo caer sobre mis hombros un enorme jersey que me cubre hasta los muslos. Busco unos calcetines para que no se me congelen los pies, y con un suspiro resignado me dejo caer sobre el colchón.

Aún sigo con el ceño fruncido y me pregunto qué carajo ha sido eso. No hace falta estudiar psicología para entender que con toda esa estética y ese comportamiento provocador trata de expresar algo. Tal vez como el propio movimiento punk cuando comenzó, que pretendía manifestar su inconformismo y su desafío a la autoridad. Muy apropiado teniendo en cuenta las demandas intransigentes de su padre.

No obstante, tras su apariencia provocadora y su música cruda, la corriente punk tenía espíritu de crítica. Despotricaban contra la situación política, económica y social del momento. A pesar de que buscaban crear conmoción y repulsión, dentro de la sociedad artificial y adulterada de la época, eran considerados ecologistas, solidarios y liberales. Revindicaban con su apología doctrinas contra el racismo, el sexismo, el puritanismo y el capitalismo. Solo hay que escuchar las letras de sus canciones y preguntarnos si el movimiento punk debería renacer de nuevo. Cuarenta años después la misma situación insostenible nos ahoga y los convencionalismos nos dictan cómo debemos pensar o comportarnos. Ellos lucharon contra eso y su mejor arma fue la música.

Sin embargo, ¿dónde está el verdadero movimiento punk y la auténtica ideología reivindicativa? ¿La de los comienzos subversivos? Pues disgregada y diseminada en Hardcore Punk, postpunk, grunge, metal punk, emo, góticos,

skate punk y más... ¿Por qué? Porque al parecer la raza humana no es capaz de mantener una unidad dentro de una ideología o movimiento. Siempre encontramos las pequeñas diferencias que nos separan para poder pelear entre nosotros; dentro de la religión, de los propios corrientes políticas, de los países, de las ciudades, de las empresas, de las familias. Sin darnos cuenta que esas divisiones nos debilitan y la unión hace la fuerza ¿Suena esa frase? Sí, utilicemos ese carácter belicoso para luchar contra las verdaderas injusticias. ¡El punk vive! ¡Viva el punk!

En resumen, si hermanito capullo cree que manteniendo una actitud bravucona está dejando constancia de su lucha *contrasistema* particular, se ha equivocado de víctima porque yo decidí no ser víctima de nadie más.

Suenan unos golpes en la puerta cerrada y la abro con la certeza de que es Álex. Increíble, pero reconozco el sonido de su llamada en mi habitación.

—Lo siento —balbucea apoyándose contra el marco de la puerta frotándose la nuca con una mano de manera cohibida y la mirada baja.

—No te disculpes, dime simplemente que es adoptado y me quedaré más tranquila —propongo sujetando la lana de su jersey con las dos manos para tirar de él hacia dentro. Mi cometido; continuar donde lo habíamos dejado.

Cierro la puerta con el talón del pie de un empujón y le atraigo hacia mí por un beso. Creo que capta sin problemas cuales son mis intenciones porque sus manos buscan mis caderas para alzarme hasta su cintura donde le rodeo con mis piernas. Ventajas del ejercicio regular.

—No. Mismo padre, misma madre, aunque distinto carácter —explica después de besarme—, sin embargo tiene buen gusto —añade con sonrisa relamida— dice que estás muy buena.

—Genial —respondo con ironía levantando los ojos con incredulidad—. Eso disminuye en media octava mis ganas de estrangularlo.

—Aunque me encanta que vuestra amistad florezca tan abiertamente,

preferiría que no te acercases a mi habitación mientras él esté en ella — reconoce mientras me lleva hacia la cama.

—No hay problema —respondo y caigo sobre el colchón de nuevo, solo que esta vez mejor acompañada y devorada por un beso.

La puerta vuelve a sonar. Esta vez no reconozco la forma de golpear, pero para que no me quepan dudas sobre su procedencia, resuena la voz de Daniel el capullo:

—Álex, tengo hambre y no tienes nada *interesantemente* comestible en esa jodida nevera.

Una losa de desconsuelo cae sobre nosotros. Niego con la cabeza incrédulamente mientras Álex lanza un resoplido ahogado de frustración que amortigua, ocultando su cara en mi cuello.

—Venga tío, luego sigues con el magreo —continúa—. A no ser que seas de los precoces, en ese caso puedo esperar —suelta, y para más inri lanza una risita para sí mismo.

Desde las profundidades del pecho de Álex, surge un gruñido salvaje que dejaría en ridículo a un Grizzly^[7] y me hace sonreír.

—Yo lo estrangularé —murmura quedamente. Poco a poco se despega de mí y se incorpora hablando hacia la puerta—. ¡Joder, creía haber entendido que estabas cansado y dormirías!

—Está bien —le consuelo—. Teníamos que cenar de todas formas. Llamaremos por una pizza y mañana compraré algo para comer —digo con pesaroso conformismo sacando mis manos de debajo de su ropa—. Me daré una ducha mientras tanto.

Le observo sentarse sobre el borde del colchón y deslizarse hasta el suelo con las rodillas flexionadas y las manos en la cara en postura reflexiva. Podría apostar y ganar, adivinando que está contando hasta diez y tratando de tranquilizarse antes de salir por la puerta.

—Esto no debe de ser beneficioso en absoluto para la salud. Seguro que estas interrupciones me quitan años de vida.

Amortiguo la risa volviéndome sobre la colcha y sepultando la cara con ella. Cuando la levanto alargo la mano y acaricio el pelo oscuro de Álex a la altura de la cama. Su cuello se dobla y apoya la cabeza sobre el colchón para mirarme con resignación.

—Estoy tratando de salir con dignidad y si sigues tocándome no podré hacerlo.

La puerta se abre con estrepicio y la manilla choca contra la pared de forma violenta. Álex no se inmuta, pero yo salto sorprendida por el impacto y atónita por el descaro de hermanito capullo e inoportuno. Lo fulmino con la mirada cuando se detiene en el umbral y sin vergüenza nos echa un vistazo.

—En serio, no es que esperase algo salvaje por tu parte hermano, pero hacerme esperar, solo para hacer una fiesta de pijamas es algo que me decepciona.

Manteniendo el equilibrio precariamente con sus manos sobre el marco de la puerta se inclina hacia adelante para estudiar con más atención el interior de la habitación. Su mirada recorre todo con escepticismo y se detiene en mí.

—Apuesto a que todavía es virgen —se mofa. Solo que no sé si se refiere a mí o a su hermano, y él tampoco se molesta en aclararlo.

Voy a replicar con una frase mordaz cuando es Álex el que habla clavando sus ojos directamente en su hermano.

—No vuelvas a abrir esta puerta sin permiso nunca más, Daniel. Hablo en serio —le advierte sin dureza, pero con tanta determinación que sería inaudito que su hermano desoyera su petición.

—Oído cocina —se burla Daniel.

Dos minutos transcurren entre los hermanos y sus miradas antes de que Álex decida levantarse del suelo y caminar sin mirar a nadie hacia afuera

probablemente, contando hasta cien esta vez.

El capullo de su hermano levanta los brazos de forma exagerada, dejándole paso libre y tocándole un poco más las narices de paso. Lo sigue con la mirada y una sonrisa relamida en la boca. Creo que empiezo a comprender o al menos sospechar cuál es la explicación a su comportamiento, y no tiene nada que ver conmigo.

—¿Por qué tratas de alterarlo? ¿Por qué no lo dejas en paz? —inquiero refunfuñona.

La mirada de él vuelve a mí de manera fría y parece estudiar si merece la pena contestar o no. Un rasgo que comparten ambos hermanos.

—Es demasiado controlado. Siempre se está conteniendo. Es bueno que pierda los papeles de vez en cuando.

—Estás muy seguro de eso. —Yo; sin embargo, no lo estoy tanto—. Sálvese quien pueda el día que eso ocurra.

Su sonrisa se amplía con evidente humor y se acerca para observarme con más detenimiento.

—Pero en el fondo eso es lo que te gusta, ¿no? —argumenta de manera sospechosa y voz profunda.

—¿Qué? —articulo sin entender que trata de insinuar.

—Confiesa, ¿no te encantaba cuando perdía el control? ¿Cuándo te molía a palos y tú volvías por más palizas una y otra vez? Por eso te quedaste, ¿verdad? —inquieta cruelmente sobre mí de forma amenazante.

Lo miro sin comprender, aunque mi cuerpo reconoce su sentido antes que mi cabeza porque mi garganta se seca y debo tragar saliva fuertemente. Agito la cabeza con incredulidad y muerdo los labios tratando de ordenar mis pensamientos en filas coherentes y ordenadas. Es imposible que esté insinuando lo que sospecho.

—¿De qué coño estás hablando?! —le grito poniéndome de rodillas sobre

el colchón para estar a su altura y enfrentarlo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Álex apareciendo rápidamente en el umbral de la habitación con la hoja de información de la pizzería en la mano.

—Nada —contesta con indiferencia Daniel levantando los hombros con flojedad—, solo le preguntaba si le iba el sado, ¿verdad?

Me derrumbo sentándome sobre mis tobillos analizando lo que acaba de ocurrir; lo que realmente ha dicho si difiere de lo que yo he oído, una vez más, y me llevo la mano a la frente para tranquilizarme porque por un momento sus palabras llenas de injurias y falacias me han hecho clamar por defenderme justamente. No, no continúe con Abraham porque me gustase que me golpeará y no, no soy masoquista ni me gusta el sado. No quiero que me humillen ni me dominen con la excusa del sexo y mucho menos que me golpeen. No encuentro beneficio ni físico ni mental en esa necesidad de denigrar o de dejarse mortificar por otra persona. No, no va conmigo.

Y cada día que paso separada de Él me cuesta más explicar por qué perseveraré a su lado, pero no a los demás, sino a mí misma que soy la que realmente necesita comprender lo incomprensible de no haber dejado nunca a Abraham.

—Daniel —suena contenida la voz de Álex, aunque se distingue un atisbo de tono más tenso de lo normal.

Levanto la mirada de nuevo hacia el susodicho en busca de alguna señal que me confirme de dónde han llegado esas afirmaciones, y si realmente he oído bien. Tengo cierta seguridad en que Álex no lo ha contado, así que sé que no es posible, pero que lo inverosímil gobierna mi vida.

—A ti que te importa. No tengo porque darte ninguna explicación o justificación —le respondo con rudeza y me cruzo de brazos firmemente construyendo una fortaleza inquebrantable que no podrá traspasar.

—No defiendas tanto a la gatita. Ella también tiene uñas —comunica a

Álex volviéndose hacia él. Con una sonrisa sardónica se dirige hacia la salida, llevando la mano al hombro de su hermano para darle un ligero apretón.

Me siento observada por Álex aunque no diga nada.

Vací mis pulmones del aire que estaba conteniendo sin darme cuenta. Dirijo mi mirada hacia la ventana. No, no me rendiré. No esta vez. Soy una chica normal de dieciocho años con algunos claros desordenes en la cabeza de tiempo, causa y efecto. Nada fuera de lo común. Sigo adelante.

Son las 16: 47. Ósea que todavía quedan 13 minutos para que el reloj marque la hora en que he organizado mi entrevista con el señor Ramón García. Estoy frente a su casa esperando que mi reloj marqué las 00 para llamar al portero. Ni un minuto antes ni un minuto después porque me gusta la puntualidad, pero no llegar con mucha antelación. Es inoportuno.

Jorge espera a mi lado no tan convencido de la conveniencia de hacer tiempo. Está tan implicado con el asunto que ha memorizado cada caso con minuciosa atención. Él insiste que ha vuelto de sus vacaciones de Navidad para estudiar; sin embargo, no es difícil apreciar lo ventajoso de su regreso para acompañarme, ya que Lucía, mi compinche inicial, no puede.

Álex se ha quedado de niñera con su hermano. Creo que está comenzando a desgastar el mobiliario de la casa de tanto tamborilear con los dedos sobre él. Hermanito capullo pone a prueba su paciencia de muchas formas, y aun así, se contiene.

17:00 horas. Aprieto el botón del portero y el timbre resuena. Cuando conversé por teléfono con él, le expliqué que quería hacerle una entrevista sobre Asesores Avisa y su experiencia con ellos. En un principio se mostró reacio a hacerlo y claramente estaba resentido con la empresa. Elegí su casa

como lugar de encuentro porque para los receptores es mucho más interesante, en una entrevista, encontrarse en un lugar donde se sientan cómodos y seguros. La comunicación es mucho más abierta y menos automatizada de esa forma.

Nos recibe una mujer de unos cincuenta años nerviosa y llena de incertidumbre. Cómo era de esperar nos estudia con curiosidad. No he recurrido a una imagen demasiado formal y estereotipada que me disfrace o enfríe su confianza conmigo. Tengo fe absoluta en la actitud “*sé tú misma*” de Erin Brockovich.

Nos acomoda dentro del salón de su casa donde nos espera su marido con expresión taciturna y resentida. Antes de que si quiera pueda abrir la boca, lanza una carta a la mesa frente a mí.

—Mira lo que me han enviado tus amiguitos de Avisa —me dice con rencor—. ¿Cómo humanamente es posible que ocurran injusticias de este tipo? ¿Quién protege a las personas honradas en este país de sinvergüenzas de este calibre? —Nada que argumentar en contra. Tiene toda la razón.

—Señor García, ellos no son mis amigos, lo siento si le he dado esa impresión. La intención de esta entrevista es la de precisamente, evidenciar este tipo de abusos. Es evidente, que carezco de los medios suficientes para llegar a grandes masas, pero las grandes distancias se recorren dando pequeños pasos —explico—. ¿Puedo? —pregunto recogiendo la carta y solicitando permiso antes de abrirla.

La mujer asiente con la cabeza y la preocupación reflejada en su rostro. Aunque Ramón no me otorga su beneplácito de manera hablada o gestual, decido que ya he obtenido el permiso que necesitaba y la leo. Es una orden de embargo del domicilio donde estamos. El hogar de residencia de los García. Se la entrego a Jorge para que él también pueda echarle un vistazo. Un lamento surge de la Señora García que se sienta en el sofá junto a su marido.

—¿Qué vamos a hacer? —añade sollozando, su marido la recoge en un

abrazo fuerte y tosco—. Es lo único que tenemos. ¿Adónde vamos a ir? ¡Ay dios! ¡No sabemos que hacer! —Cojo aire y valor porque nunca será lo mismo enfrentarse a este tipo de sucesos detrás de un micrófono que de primera mano.

El pánico y la impotencia de estas personas me afecta mucho más de lo que había calculado o tratado de calcular, siendo consciente de que podía ocurrir. Mi padre suele decirme que soy demasiado empática, y es la causa de que me toque sufrir y sentir más que la mayoría. Tal vez tenga razón.

—De acuerdo, empecemos por el principio, y luego os facilitaré el teléfono de una agente que os guiará en la tramitación de la denuncia, ¿de acuerdo? Llamaremos a la televisión, a los radios, a los periódicos. Tocaremos todas las puertas que hagan falta para que nos oigan y esto no ocurra. Reuniremos a todas las víctimas posibles para que las querellas sean conjuntas. No vamos a rendirnos.

Siento los ojos de Jorge sobre mí y cruzo la mirada con él. Me devuelve una sonrisa contenida mientras recoge aire con fuerza. Bueno sí, me he incluido en su lucha personal, pero no me siento capaz de abandonarles a su suerte. Si me experiencia es útil y necesaria ¿cómo dejarlo pasar?

Ramón nos desgrana toda la historia mientras Susana, su mujer, nos sirve unos cafés con leche y unas galletas.

—Necesitábamos un préstamo de seis mil euros porque en ese momento estaba en paro y necesitaba arreglar mi camión para poder volver a funcionar. Los bancos nos cerraban las puertas porque no tenía sueldo fijo. Estábamos desesperados. Encontramos el anuncio de Asesores Avisa, y ellos nos dijeron que sí rápidamente, solo necesitábamos poner el piso en propiedad como aval.

—¿Quién tasó el valor del piso? —pregunto. Ellos se miran el uno al otro con mirada culpable, y Ramón se encoge de hombros antes de coger la mano de su mujer entre las suyas.

—Aquí no vino nadie. No sé cómo lo hicieron. Susana trae los papeles del notario. —Su mujer asiente con la cabeza y desaparece por un pasillo.

—¿Cómo y cuándo recibisteis la cantidad monetaria solicitada?

—Eso ocurrió allí en notaria. Antes de firmar me extendieron un sobre con el dinero.

—¿Dinero en metálico o cheque bancario? —Niega con la cabeza

—Metálico.

—¿Estaba el notario delante cuando se lo entregaron? —Susana aparece con una carpeta azul que deposita en la mesa enfrente de Jorge y de mí. Ramón vuelve a cruzar una mirada dudosa con su mujer.

—Creo que no, que en ese momento había salido del despacho —Susana asiente confirmando la respuesta de su marido.

Recojo la carpeta del notario y busco confirmando lo que ya sé; las cantidades monetarias del engaño, y aunque lo sepa de antemano, la rabia me hierve en la sangre cuando leo confirmando lo aborrecible de esta trampa.

—Ramón, ¿eres consciente de que aquí pone que el importe de dinero prestado es de cincuenta mil?

—Sí, lo sé —contesta con pesar pasando su mano libre por su cara; sin embargo, ese gesto no borra su expresión asustada.

—Pero, ¿por qué firmasteis esto? —interviene Jorge por primera vez un poco exasperado—. ¡Y, además, aceptasteis el dinero en mano sin ningún recibí o pagaré!

Pongo una mano sobre su rodilla y le doy un ligero apretón para tranquilizarlo. En esta situación nosotros debemos ser la fuerza y la estabilidad. No podemos añadir sobre ellos más desesperación o recriminarles sus errores porque estoy segura de que ellos lo hacen cien mil veces día y noche. ¿Por qué echar más leña al fuego cuando ya hace suficiente calor?

—¡Estábamos en una notaría! ¡Firmamos frente a un notario! ¿Cómo íbamos a pensar que nos estaban engañando? —se defiende con desesperación Ramón y se cubre la cara con las manos para sofocar un sollozo. Jorge me mira con culpabilidad y el siguiente apretón es para apaciguarlo.

—La culpa no es vuestra. Ramón. —Es absurdo culpar a la víctima. En este país enarbolamos los documentos ante notario como si fueran la sagrada escritura firmada por el propio Jesucristo, estamos tan acostumbrados a escuchar en cualquier medio: firmado ante notario como prueba irrefutable e incuestionable de honradez que nos parece imposible pensar que puedan ser corruptibles—. Han sido engañados. Son víctimas de delincuentes.

Ramón parece pensar en ello detenidamente, finalmente comienza a asentir con la cabeza ligeramente hasta hacerlo con absoluta convicción.

—Tienes razón. —Y vuelve a coger la mano de su mujer entre las suyas.

La casa es valorada en cien mil euros. Un valor muchísimo menor del real teniendo en cuenta que aún estamos en plena burbuja inmobiliaria. Los García tras recibir el dinero se encuentran con que no hay forma posible de entregar las mensualidades previstas en el contrato firmado. Seis meses después reciben una carta donde se les informa que debido a los intereses de demora la cantidad a devolver se ha duplicado y amenazan con embargo del domicilio.

Les facilito el número de teléfono de Pilar.

—Ella está al tanto de todo y es agente de policía —les explico— vamos a hablar con más personas afectadas. Este miércoles tengo otra entrevista. Puedo facilitarles vuestro contacto si estáis de acuerdo. —Asienten con la cabeza y nos acompañan ambos hasta la salida.

—Muchas gracias, Ana y Jorge —dice Ramón extendiéndonos su mano para darnos un ligero apretón. Con cara afectada confiesa—: Ni siquiera pensamos que podíamos denunciar. Ahora sentimos que ya no estamos tan solos. Nos habéis dado esperanza.

Esas últimas palabras atraviesan mi corazón y contengo una emoción pesarosa apretando mis labios en una fina línea porque no puedo darles esa seguridad o esperanza que necesitan. Ni siquiera recuerdo si hubo algún caso que saliera favorable para los denunciantes. ¿Será eso posible? ¿Salvar las casas de esta gente o las de las miles de personas desahuciadas para que políticos corruptos, empresarios y banqueros se embolsen más dinero en sus bolsillos? Sin esperanza no hay lucha, de manera que no es mi momento para el desaliento. Si al menos los García hoy duermen más tranquilos habré aportado un poco de buen hacer en este mundo descalabrado y egoísta.

—¡¡¡Álex, tu piba te engaña con otro!!! —Nos recibe el grito tribal de Daniel cuando entramos por la puerta. Jorge cómo era de esperar salta por el susto antes de encontrar la recepción de ese bramido, y al hacerlo creo que vuelve a sorprenderse.

El susodicho está en la cocina abordando la nevera con todo el descaro y tranquilidad de la que es dueño. Nos mira por encima de la puerta del frigorífico y entrecierro los ojos en su dirección.

—¡Vaya! El punk no ha muerto —musita Jorge con cara de sorpresa. Me río por primera vez desde que entramos en la casa de los García.

—¡Olvídalo Álex! Deben de ser familia. Dicen las mismas frases sin gracia y beben de la misma tubería.

Ignoro sus comentarios en el mayor grado posible, y me dedico a desabrochar el abrigo y dejarlo colgado en el perchero.

—¿No nos presentas? —Evidentemente no tiene ningún interés, solo trata de tocar las narices.

—Este es el hermano capullo e inoportuno de Álex —explico a Jorge con desidia— Jorge, capullo; capullo, Jorge —digo y se oyen carcajadas desde la

mesa, ahora utilizada de estudio, donde Álex y Oscar tiene diseminados sus apuntes.

—Uhm..., Anita. No estoy seguro de si me estas insultando o presentando —dice Jorge con cara afectada pese a que abandera una de sus amplias y sinceras sonrisas.

Contengo una carcajada con la mano sobre la boca al darme cuenta de la desafortunada elección de palabras.

—Lo siento, Jorge. No era ti a quién faltaba —explico tratando de no reír y él desecha la disculpa con una mano. Cabecea a Oscar y a Álex con un «¿qué pasa?». No ha leído el cartel de la entrada de *No saludar*.

—¡No! Ese honor solo lo reserva para mí —oigo desde la espesura de mi cabeza en la que le he marginado para no tener que soportar al hermano fastidioso.

Cruzo una mirada con Álex que se lleva las manos detrás de la cabeza y se despereza de la silla en la que está sentado. Tiene el pelo revuelto porque cuando estudia enreda sus dedos en los mechones que le caen sobre la frente y algunas puntas le quedan disparadas apuntando a distintos frentes. No voy a negar que me enterezca. Me acerco a su espalda y deposito un beso sobre su cabeza.

—Bueno, ¿cómo ha ido la entrevista? —pregunta Oscar mirando alternativamente a mí y a Jorge, sentándose en una de las sillas junto a él. Yo me siento en la otra que queda libre.

—Deberíais haber visto a Anita. Me he quedado flipado —explica Jorge — parecía que llevara haciéndolo toda su vida. Con el chip profesional eres bastante sorprendente. —añade mirándome. Me muerdo la lengua para no explicar, que lo cierto es que tengo bastantes años de experiencia—. Pero ha sido duro, yo ni siquiera sabía que palabras utilizar para animar a esas personas. Están verdaderamente jodidas y para una vez que he abierto la boca

he metido la pata, pero Anita ha tomado las riendas y ha estado verdaderamente impresionante. Creo que todo esto ha sido de verdadera ayuda para ellos. Ojala no pierdan la casa.

Los tres nos quedamos mudos; capullo no cuenta. Yo porque me siento realmente halagada y me resulta un poco incómodo no saber cómo actuar en este momento. Las razones del resto las ignoro. Miro a Álex que observa a Jorge con mirada indescifrable, se vuelve hacia mí cuando me nota y sus labios se estiran en una sonrisa. Su brazo cae por detrás de mi silla donde descansa con ademán ¿territorial? Sonrío pensando en Lucía y sus elucubraciones hasta que percibo la mirada entrecerrada y calculadora de Daniel sobre nosotros, desde la encimera en la que está sentado bebiendo una cerveza.

Oscar levanta la mirada y resopla de manera audible como si estuviese a punto de claudicar. Creo que me he perdido algo.

—Está bien —concluye con resignación arrastrando las palabras—. Yo también quiero ayudar. Dime que puedo hacer.

Me río como una niña con zapatos nuevos, aunque no doy palmas ni saltitos. Trato de contener el impulso de hacerlo porque es genial que Oscar quiera unirse a nuestra cruzada. Hay muchas cosas por hacer y muchas injusticias de las que informar, y cuanto más gente esté implicada, más se podrá abarcar.

—Hay algo que si podrías hacer por mí —comento y él asiente con la cabeza repetidamente alentándome a seguir. Continuo—: Hay un medicamento cuyo principal componente es la veraliprida. Se comercializa desde mediados de los ochenta y su consumo tiene graves efectos secundarios de los que no se informan en su prospecto.

—¿Qué tipo de efectos? —pregunta Álex realmente serio con el ceño fruncido.

—Afecciones neurológicas, además de depresión, ansiedad y síndrome de abstinencia. Es recetada para las mujeres con menopausia para evitar los sofocos.

Un sonido de burla se oye desde la encimera en la que hermanito capullo nos observa con cara de aburrimento.

—¿No es normal para las menopaúsicas estar depresivas? ¿En serio te vas a molestar por cuatro vejstorios cuyo verdadero problema es que su marido ya no quiere cepillárselas?

¡Oh Dios! Cómo ruge mi León en estos momentos.

—Muchas de esas mujeres sufren de temblores diarios que no pueden controlar en todo su cuerpo, desorientación, pérdidas de memoria, otras no pueden comer sin controlar el movimiento de su mandíbula y sin que se les caiga la baba, ¡y otras solo buscan una manera de acabar con su vida porque, pese a los efectos perjudiciales que les provoca esa medicación, sufren tanta adicción que no pueden dejar de tomarla! ¡¡¿Cuál crees que es el verdadero problema de una mujer que se bebe una botella de lejía para suicidarse?!! ¡¡¿Acaso sabes lo que le hace eso al cuerpo antes de morir?!!

—¿Por qué no pruebas tú y nos lo cuentas? —me incordia. No puedo creer que no le afecte nada de lo que le he contado. Esto ha llegado demasiado lejos para mí.

—Sé lo que intentas, Daniel. Deja a Ana fuera de esto —le advierte Álex con la mirada fija en él, pero la voz tan tranquila que resulta alarmante.

—No —responde con indiferencia mordiendo su labio superior e hinchando los carrillos. Si no acabara de invitarme a beber veneno me reiría de su expresión cómica. Pero lo cierto es, que tanto Oscar, como Jorge, como yo, estamos en esa clase de situación en la que no se respira esperando por lo que ocurrirá—. No, tío. Ella es tu criptonita y, además, me divierte.

Una imagen de Álex, con mayas azules y un calzoncillo rojo, cruzado de

brazos y sacando bíceps aparece en mi cabeza sin pedir permiso y tengo que descartarla inmediatamente por inadecuada. Tal vez en otro momento.

Sorprendentemente Álex sonrío y una ligera carcajada surge de su pecho. Sí, es el verdadero hombre de acero. Al menos los nervios lo son. Acero inoxidable de primera calidad. Los tres en la mesa lo miramos sorprendidos.

—Eres un cabronazo —concluye entre dientes negando con la cabeza de forma incrédula, pero sin borrar su sonrisa. Me quedo con la boca abierta cuando Daniel le devuelve el gesto de forma abierta y sincera.

Ahora que los miro a uno y a otro con la misma mueca divertida en los labios puedo apreciar el parecido familiar entre ellos. Tienen una diferencia de edad de tres años que apenas se distingue, al menos físicamente.

Me hago un propósito por mi bien: ignorar de forma adecuada los comentarios desdeñosos de Daniel y no embestir como un toro salvaje cada vez que él saque el capote rojo. Establezco la Ley del Hielo para hermanito capullo e inoportuno. Además, no quiero divertirlo.

—Deee acueeerdo —concluye Oscar alargando las sílabas en un claro, «aquí no pasa nada». Coge un bolígrafo y abre un cuaderno por la página de atrás donde ya tiene garabateadas algunas frases y palabras sueltas—. ¿Cómo se llama ese medicamento?

—Egromal.

—Le preguntaré al viejo y tal vez al profesor de Laboratorio. A ver qué opinan. —Deja de escribir y levanta la cabeza—. ¡Guau! Esto mola. Tal vez me compre una lupa y una pipa. —Me mira y atisbo a reconocer en su expresión la pregunta: «¿de qué coño va todo esto?», y sé que no se refiere al Egromal.

Hago un movimiento de hombros imperceptible para todos, excepto para él o eso creo. Yo tampoco tengo muy claro lo que sucede dentro de la cabeza de estos dos. Parece historia antigua y, desde luego, es entre ellos. Yo solo estoy

en medio.

13

61 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2011, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Afortunadamente Daniel se aburre y se larga a tomar unas cervezas, lo que libera tensión de espíritu, al menos del mío. El resto estudiamos hasta que el cuerpo nos dice basta y la mente se llena. Hay que comprimir la información memorizada usando un WinZip mental, si no el cerebro no será capaz de retener ni un dato más.

He preparado un repertorio de películas navideñas. Algunas se las he cogido a Jul porque hace indispensable verlas cada año por estas fechas. Imprescindibles en esta maratón son: *Los Gremlins*, *Atrapado en el tiempo*, *Que bello es vivir* o mi preferida y la que veremos después de cenar *Los fantasmas atacan al jefe*, una versión mucho más moderna del cuento de Navidad de Dickens y bordada por Bill Murray.

Oscar y Jorge deciden irse al acabar de estudiar. Parece mentira, pero la realidad es que hace semanas que no estamos solos más que unos pocos minutos al día, y en vez de saltar de alegría me encuentro analizando la actitud reflexiva de Álex. Creo que esta vez es a mí a la que toca decir: «suéltalo».

Termino de freír un par de patatas que pongo en un plato. Álex lo lleva a la mesa junto a los lenguados en escabeche con espárragos trigueros que he hecho. Lucía no estaría muy satisfecha con la cena de hoy. Gimotea cuando preparo pescado, pero jamás he oído quejarse a Álex por ningún plato de los

que he cocinado, muy al contrario, siempre los come con mucho apetito. Es increíble todo lo que puede llegar a devorar; sin embargo, y a su estilo sosegado, lo hace de forma lenta y parsimoniosa. A veces, suelta el tenedor para masticar sin ninguna prisa entre bocado y bocado. Evidentemente, siempre es el último en terminar, lo que no tiene ninguna importancia puesto que también es el que se encarga de fregar.

—Cuéntame más sobre ese medicamento —me pide sentándose a horcajadas sobre el asiento y clavando su tenedor totalmente vertical sobre el pescado.

Hago memoria recordando los datos, con los que trabajé, para retransmitir la noticia por la radio.

Parece que hace un siglo desde eso, e incluso lo echo de menos. No voy negar que me gustara mi trabajo, y considero que es indispensable para mantener una buena calidad de vida tener uno en el que se disfruta. Siempre supe que no quería levantarme de la cama en día laboral pensando con pesar «¡Joder! Tengo que ir a trabajar». Para mí era agradable y ameno hacerlo.

—Se comercializa hasta el año 2005 en España —comienzo— cuando la Comisión Nacional de *farmacovigilancia* lo suspende y presenta un informe de evaluación del beneficio-riesgo del medicamento desfavorable. Hasta entonces las mujeres afectadas se cuentan por miles y entre ellas muchas de manera irreversible, disminuyendo su calidad de vida y convirtiéndolas en personas dependientes en su totalidad.

Lo realmente traumático y preocupante es el mutismo y el total desinterés de la Agencia española de Medicamentos. Su implicación y ayuda en la situación de estas mujeres fue totalmente nula. En consecuencia, muchas de sus denuncias fueron desestimadas, a otras, solo se les indemnizó con cantidades monetarias ridículas, pese a los trances y las historias traumáticas que cuentan sobre los síntomas que padecen, y que son originados por este fármaco.

¿Por qué fallan los mecanismos de control de seguridad de los medicamentos? ¿No deberían ser los organismos que nos gobiernan independientes de la industria farmacéutica? ¿Son más importantes los intereses económicos que las vidas de las personas y su salud?

Cuando imagino un laboratorio, en la que un científico descubre la cura o el procedimiento que atenúe los síntomas de una enfermedad importante, en mi nube de ilusión este individuo celebra este hallazgo ebrio de felicidad y gritando a viva voz: «¡¡Esto salvará vidas!! He descubierto cómo combatir la enfermedad X».

Pero a lo mejor, al contrario, lo que debería suponer es —interpretétese una sonrisa malvada—: «Jajajaja ¡Me voy a forrar!! Exprimiré hasta el último de los centavos de cada bolsillo de los enfermos para llenarme los míos con este nuevo medicamento».

No queda tan fantástico, ¿verdad?

Sin embargo, ya no me resulta tan irreal concebirlo así, sobre todo después de algunas declaraciones bastante esclarecedoras como las del Consejero delegado de Bayer: «No desarrollamos este medicamento para el mercado indio, sino para los pacientes occidentales que pueden permitírselo».

Y lo que es peor, ¿están dispuestos a comercializar medicamentos con claros efectos secundarios que agravan la salud de sus consumidores?

Porque, por un lado, está el afán egoísta del ser humano por enriquecerse de manera desproporcionada y nunca tener suficiente —mal—, y por otro, está el hacerlo contra viento y marea sin ningún tipo de mala conciencia sobre el perjuicio que se realiza sobre otros. ¿No nos convierte esa actitud avariciosa y despiadada en monstruos?

Artículo 1.1 de la Constitución Española de 1978. España se constituye en un Estado social y democrático de Derecho, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico la libertad, la justicia, la igualdad y

el pluralismo político.

Eso debería procurarnos tratamientos fiables, baratos y de alta calidad. Uhm... intuyo lo que opinarán sobre este derecho, los pacientes de Hepatitis, que no reciben a tiempo el medicamento que puede salvarles la vida o los afectados españoles por Talidomida^[8]; los únicos perjudicados en toda Europa que no han sido indemnizados tras sufrir terribles mutaciones por su causa.

Álex mastica tranquilamente con el tenedor sobre el plato mientras me escucha, pero no vuelve a cogerlo cuando termina.

—¿Si no te ofrezco mi ayuda no me la pedirás? —me pregunta estudiándome con atención.

Me tenso. Parece una de esas preguntas con trampa que utilizaba Abraham, en las que la respuesta nunca era correcta. Por un momento me quedo en blanco, sin estar segura de qué debo responder. Es cierto, que he aceptado la de Oscar cuando me la ha ofrecido; sin embargo, la colaboración de Jorge ha surgido de forma natural y a Lucía la he empujado en mis embrollos sin consideración, pero Álex siempre ha mantenido una atenta distancia, interesándose sin propósito de implicarse o... cierro los ojos y aprieto los labios cuando otra razón surge sin ser invitada, porque ciertamente, tal vez yo misma lo he mantenido al margen para que mi mundo no se viese totalmente invadido por el suyo, tratando de conservar esta parte importante de mi vida solo para mí misma como medio de *autopreservación*.

—¿Te gustaría hacerlo? —pregunto porque es mi mejor estrategia para no tener que responder.

—¿Quieres tú que lo haga? —Ahg, conoce esa táctica.

—Claro —contesto porque no quiero herir sus sentimientos y hacerle partícipe de mis dudas.

Me mira con atención. Su mirada viaja por mi rostro, de un ojo hacia el otro y por el rictus de mi boca, buscando la verdadera respuesta. Es

escalofriante lo observador que puede llegar a ser y lo que puede deducir con solo un vistazo. Lo peor es que al tratar de mantener una actitud impertérrita, se me endurece la mirada y parezco desafiante, lo que me trajo muchos problemas con Abraham, pero Álex simplemente sonrío, más para sí mismo que a mí, como si se hubiese contado un chiste realmente gracioso.

—No importa —concluye, y estoy sospechando que no va a explicar nada más cuando percibo un atisbo de azoramiento en su semblante—. Me puse... bueno... a lo mejor sentí un poco de celos cuando Jorge comenzó a explicar lo impresionante que habías estado. —Vuelve a coger el tenedor y lo mueve en el aire—. Reconozco que me hubiera gustado poder estar allí contigo y, además, no puedo evitar preocuparme.

¿Hay celos malditos y otros tiernos? Porque resulta que, estos últimos, calientan a fuego rápido algo en mi interior.

—Uhm... eres humano.

—Sí, gracias por darte cuenta.

—¿Quieres acompañarme el jueves a la entrevista? —le pregunto consciente de que hubiera sido más acertado preguntárselo antes de que surgiera esta conversación o tal vez, aquel día que consultó sobre lo planeado para esta reunión con los García.

Niega con la cabeza.

—Probablemente es más razonable que lo haga Jorge. Ha venido por eso, y vosotros os complementáis bien.

Trato de levantar una ceja de forma interrogativa como haría Lucía, pero inevitablemente levanto las dos lo que no queda tan genial. Me mira con media sonrisa divertida comprendiendo mi desconcierto.

—Tenéis el mismo tipo de humor irónico, la sonrisa fácil y ese modo de ser directo y osado. Además, él está francamente implicado. Está claro que quiere ayudarte, y creo, que no solo por su enamoramiento.

Lanzo los ojos al cielo.

—Sigues insistiendo en eso —le recrimino haciendo cuenta de los espárragos a la plancha—. Me hubiera percatado de ser así.

—Es evidente que prefieres ignorar esas situaciones, aunque creo que no lo haces conscientemente, es más bien algo inconsciente.

—Oye, mi yo consciente y mi subconsciente están en comunicación directa constantemente —me defiendo sin seriedad.

Empujo el plato, con los bocados de comida que no voy a seguir comiendo, en su dirección. Sin molestarse en comprobar el contenido siquiera, lo vuelca de mi plato al suyo y continúa cenando. Levanta la mirada un momento pensativo antes de hablar:

—¿No fue Freud el que dijo que el subconsciente funciona como un cooperador oculto de la conciencia con capacidad para descubrir todas las soluciones mientras dormimos?

¡Ja! Sí, hablamos de Freud durante la cena. Somos así de cultivados.

Es cierto que Álex tiene una amplia gama de conocimientos, y a pesar de que se reserva su opinión la mayoría de las veces, tiene todos los datos en su cabeza como si fuera una enciclopedia andante. Es verdaderamente gratificante poder conversar con él de cualquier tema y, además, aprender haciéndolo. Sí, es mi profesor erudito particular, y yo adoro formarme y cultivarme.

Me pregunto hasta qué punto llegan las exigencias de su padre que no es capaz de ver todas las grandes cualidades de Álex de las que estar orgulloso.

—Entonces, ¿no te molesta que vaya con Jorge aunque creas que está enamorado de mí? — le pregunto mientras observo como termina de tragar antes de hablar.

—Bueno... soy humano. —Otra vez esa sonrisa azorada totalmente comestible.

—Sí, recuerdo aclarar ese punto.

—Y reconozco que no puedo evitar que a veces el troglodita de mi interior se sienta inquieto, aunque no te preocupes porque trato de dominarlo.

—Es un alivio. No me gustaría que me arrastrases por el pelo a una cueva. Me lo cuido mucho. —Ríe.

Recogemos los platos entre los dos y los llevamos al fregadero después de desprendernos de los restos en la basura. Creo que el tema está zanjado cuando él se vuelve de nuevo hacia mí y comienza a hablar seriamente:

—Además, ¿va a hacer que se desenamore el hecho de no ir contigo a las entrevistas? No tengo derecho a alejarte de él. Él es tu amigo y aprecias su amistad, y sé que solo es eso y él también. —Besa mis labios como si ese pensamiento le hiciera feliz—. Si me preocupara por cada tío que te echa la vista encima, estaría sumido en un pozo negro de depresión. Para mí lo importante es que estás conmigo y lo que puedo hacer para que permanezcas a mi lado.

—Uhm... diciendo este tipo de cosas lo tienes bastante fácil. —Y ahora soy yo la que beso sus labios porque ese pensamiento me hace feliz a mí.

No estoy segura de que existan diferencias entre los celos como si pudiésemos distinguirlos entre celos sanos o insanos. Creo que el peligro está en experimentarlos de forma tan desproporcionada que gobierne nuestras vidas, como cuando se vuelven tan irracionales que no podemos reflexionar sobre la lógica de sentirlos, y si el motivo es razonable.

Tal vez en un mundo utópico y perfecto no existirían, pero entonces se perderían algunos momentos realmente halagadores en pro de la realimentación de nuestro ego. Lo que me hace pensar de nuevo que todo es sensato en su justo equilibrio.

Lo celos de Abraham no eran moderados ni equilibrados. Eran siniestros y afectaban a los dos de forma aterradora, y en similares proporciones porque la forma incurable en que los padecía nos destruía a ambos.

Espeluznantes eran sus sospechas y sus formas de controlar mi móvil o mis e-mails; terrible que tratara de modificar mi vestuario o comportamiento; espantoso que se enfrentara a cualquier hombre que osara mirarme o hablarme confiadamente, pero lo más tremendo y dantesco era que su propia imaginación concebía situaciones que lo hacían enloquecer de celos: conversaciones que no se producían y solo él oía o me ubicaba en un lugar o con una persona con la que nunca había hablado. Miles de acusaciones caían sobre mí sin poder defenderme porque apenas entendía de qué trataban y, además, que clase de defensa se puede utilizar contra lo inverosímil cuando se vive en un estado total de desamparo y debilidad.

¿Es lógico sentir celos? Claro que sí. Van de la mano con la inseguridad, y el que esté libre de pecado que tire la primera piedra —¡¡no a mí!!—, pero cuando dejan de oscilar dentro de un margen de normalidad se hace indispensable para el afectado reconocer que tiene un problema grave. Esa clase de celos ni honran ni son divertidos son cargas de dinamita demoledoras que arruinan cualquier buen cimiento en una relación.

Josie Charlwood _ Turning Tables

Después de la cena insisto en abrir mi regalo. Tengo que hacerlo porque de alguna forma Álex no tiene prisa por entregármelo y me siento como la niña a la que le niega su piruleta, además, como el paquete tiene apariencia de tubo, su forma me tiene un poco desconcertada e ignoro totalmente cual puede ser su contenido.

Estamos sentados vueltos hacia nosotros sobre el sofá, y sé que me está observando mientras lo desenvuelvo. Por fortuna, jamás tengo que fingir ilusión cuando abro un regalo porque la siento realmente.

Descubro bajo el papel el revés de un lienzo enrollado sobre sí mismo. Al desplegarlo reconozco la pintura, El Beso de Klimt, con trazos gruesos formando relieves y realzado con laca brillante en zonas elegidas sin azar. No es una lámina ni un impreso; es un cuadro al óleo pintado por algún artista con mucho talento.

—Es precioso —susurro dejando volar mis ojos por cada detalle de la platina—. ¿Dónde lo encontraste?

—Había una chica en el paseo marítimo haciendo replicas muy interesantes de pinturas conocidas. Le pregunté si lo tenía y me lo trajo al día siguiente —me explica.

—Creo que me gusta más que el original —confieso.

—Sí, pensé en pasarme por Viena y traerte el auténtico, pero supuse que este te gustaría más.

Me río y colocó el lienzo con cuidado sobre la mesa del salón. Sin tanta delicadeza me siento sobre Álex y busco sus labios. Sus dedos largos y ligeros enmarcan mi cara y me retiene junto a su boca.

—Vamos a tu habitación —propone en un susurro sin dejar de besarme.

Sonrío, y formulo una pregunta de la que sé la respuesta y que me gustará oírla, y por eso lo hago:

—¿Y la película?

—Tengo otras prioridades ahora mismo y no estoy dispuesto a sufrir más interrupciones. —Yo no podría haberlo expresado más claramente.

En mi habitación, sobre mi cama y bajo él, un sentimiento y unas palabras abrazan en mi lengua, brotando de mi corazón, pero retenidas en mi boca. Esas dos palabras que creía no poder volver a esgrimir con la candencia y la

entonación que se utiliza solo para la persona que te completa, palabras, que fueron mi maldición y sepulté bajo llave y candado para no tener que sentir las con Él, y que no surgen ahora con facilidad. Sin embargo, ahí están pugnando por ser alumbradas y acunadas como recién nacidas que nunca antes vieron la luz pero necesitan hacerlo, y cuando puedan, sobrevivirán para siempre. Y ya no estoy segura de tener que ser fuerte para detenerlas o para revelarlas.

—Te quiero —surge de mi voz y mi aliento, y sé que me dejo el alma en ello y que las lágrimas que caen de mis ojos liberan la profunda realidad de mis sentimientos.

Álex detiene su movimiento entre el abrazo de mis piernas. Sus dedos buscan mis lágrimas y las descubren con delicadeza. No tratan de arrastrarlas ni secarlas solo salen a su encuentro como si quisieran empaparse de ellas. Cierro los ojos reteniendo la intensidad de su mirada como una fotografía que he de grabar para siempre en mis retinas, y siento sus labios sobre mis labios, su mejilla contra mi mejilla, su nariz rozando mi nariz y sus pestañas aleteando en mis ojos como si fuéramos un solo rostro.

Cuando vuelve a entrar en mí, el movimiento se siente distinto. La envoltura de su cuerpo es diferente, sus caricias, sus besos son mucho más, más de lo que nunca había imaginado; más cálidos, más sinceros, más reales y más amplios, y me pregunto si esto es lo que ocurre cuando se libera el amor de sus cadenas. Cuando ambos alcanzamos el final, su mano enlaza la mía y así permanece el resto de la noche.

Que todo sea producto o no de la hormona del amor, la oxitocina, que producimos durante el orgasmo y su capacidad de ponernos tiernos, lo dejo en manos de científicos. Estudios aseguran que sus efectos permanecen unas 48 horas y favorece la fidelidad y tal vez tengan razón porque yo ya no me imagino con ningún otro, y los recuerdos dulces de Abraham se desvanecen como historias contadas que dejan de transmitirse y se olvidan.

Ignoro a Daniel —alias capullo inoportuno—, durante estos días. Evitarle está resultando un poco más difícil porque siempre ronda la casa. No obstante, de forma sorprendente no está siendo todo lo molesto que podría ser. Es extraño observarle llevando una limpieza y un orden meticuloso como Álex. Sospecho que no es un rasgo familiar, sino más bien una educación fuertemente arraigada de la que ni su actitud de rebelde puede desembarazar.

Yo hago el trabajo justo que suponga que sentarme en el sofá no implique acabar con un pegote en el culo, de algo indescriptible, que en algún momento fue comestible. Lo confieso: las tareas domésticas me aburren hasta cotas indescriptibles.

Tradicionalmente parece no exigir grandes esfuerzos ni exige preparación ni habilidades y no genera remuneración ni derechos sociales, pero es el trabajo peor valorado y más sacrificado del mundo; es rutinario y no importa cuánto se limpie o se recoja una casa porque todo vuelve empezar de nuevo al cabo de un día, por lo que no existe ninguna satisfacción cuando se concluye, si es verdad que eso ocurre; es solitario y nadie agradece el esfuerzo y, solo quien se encarga de hacerlo se molesta en que el trabajo ya realizado dure más de dos minutos antes del nuevo caos y, además, exige muchísimo tiempo y roba momentos que se podría dedicar a tareas más productivas de ocio familiar o crecimiento personal. Una labor que nunca finaliza y no tiene festivos ni horarios.

Yo siempre acababa frustrada en este aspecto con Abraham. Sus exigencias y demandas incluso en los detalles más nimios eran colosales. Tenía que trabajar el doble y yo misma sufría estados de ansiedad intentando alcanzar la perfección. Incluso en la cocina mis esfuerzos debían ser

desorbitados porque no podía encontrar ni una espina en el pescado ni un trozo de cascara o piel, la carne debía estar ni demasiado hecha ni cruda, la salsa de tomate natural sin una pepita, la mayonesa casera y la comida congelada me la tiraba a la cara.

Lo peor es que de alguna forma la información que recibo socialmente es que debería sentirme culpable por no hacer un buen trabajo doméstico porque si los platos están sin fregar y el suelo no reluce, el pecado será mío y no de Él. Yo seré la que ha fallado como ama de casa, anfitriona o mujer. Pero, ¿por qué debo sentir que he fracasado en una tarea que me ha sido impuesta y de la que no disfruto? ¿Es que las mujeres por ley debemos tener todas las capacidades y disposiciones para el trabajo en casa? Odio las tareas domésticas, y no tengo ninguna aspiración de servir para ello. Por supuesto, no tengo intenciones de acabar como una afectada con el síndrome de Diógenes en mi propio hogar, pero no quiero volver a sentirme una fracasada por no acceder al esclavismo que requiere el mantenimiento de una vivienda. ¿Para cuándo las casas domóticas que se recojan y adecen solas? Recojo firmas.

Afortunadamente, entre Lucía, Álex y yo tenemos una buena y conveniente división y especialización del trabajo, y mi tarea de cocinar ha mejorado, con mucho, cuando mis esfuerzos son recompensados por el siempre agradecido apetito de Álex y ahora el de Daniel, otro rasgo familiar compartido.

Pregunté a Álex si su padre es consciente del actual aspecto de Daniel, a lo que me contestó que no. Me pregunto, si no debería ser advertido con antelación para atenuar el susto. Se estima considerado, teniendo en cuenta sus expectativas como padre y la contrariedad que ya le supone el aspecto de Álex. Es curioso que la madre me ha invitado a cenar con ellos la Noche de cambio de año para corresponder a la invitación de mis padres en Nochebuena, de modo que podría ser testigo de primera mano de tal evento, aunque no estoy dispuesta a renunciar a la celebración de estas fiestas con mi

familia. Sospecho que esta propuesta tiene mucho de método paliativo del encuentro entre padre e hijo, y me gustaría poder hacer las cosas más fáciles para Álex, pero tengo muchísimas dudas sobre si debería aceptar el ofrecimiento.

Dejo a Álex durmiendo en la cama. Ayer tomaron cervezas hasta tarde. Estoy aliviada de que le haya impuesto algunas normas mientras está de invitado como no traer desconocidos, ya sean de género masculino o femenino, a casa. Aunque hay que reconocerle que su propósito en mayor grado es aprovechar el tiempo con Álex, por lo que es evidente para mí que aprecia a su hermano.

Cojo un abrigo para mitigar el frío de la calle, pero dejo el paraguas porque hace un día de reluciente sol y me acerco a la universidad. He hablado con Eva y está tan profundamente estresada por la proximidad de los exámenes que he decidido tratar de sacarla de la biblioteca e invitarla a una tita por lo menos.

Exploro entre el montón de cabezas visibles e inclinadas en busca de los cimientos de su futuro laboral. Me pregunto cuántos de ellos acabaran trabajando en lo que realmente les gusta y cuántos de ellos se conformaran con el primer puesto que cumpla los requisitos mínimos de sueldo y condiciones para poder vivir.

Encuentro que está sentada en nuestra mesa favorita. Probablemente estaba al pie del cañón, esperando por reservar ese sitio, incluso antes del horario de apertura. Es supersticiosa en esos aspectos y asegura que siempre debe estudiar en el mismo lugar.

Me siento frente a ella sin sacarla de su profunda concentración pese a que no soy discreta.

—Eva —susurro. Casi puedo percibir como salta por culpa del susto.

—Ana —me saluda sin apenas un vistazo y la veo revolverse en su silla

—. ¿Crees que este tema de Historia entrará en el examen? —No es la primera vez que me pregunto si las pruebas serán las mismas y si podré recordarlas.

No, no hay ninguna remota posibilidad de que me acuerde de cada una de ellas, y aún menos las de primero. No obstante, me da en la nariz que las revoluciones burguesas y la construcción del Estado liberal es un trozo de historia importante a estudiar y comprender.

Supongo que ya estoy en esa edad en que se aprecia el estudio como una fuente inagotable de adquirir provechosos conocimientos, y no solo el medio para aprobar un examen. Es curioso porque se comienza a valorar cuando deja de ser una obligación tediosa y aburrida. Lo que me exige cuestionarme si el problema es que el método de enseñanza no está siendo efectivo ni su forma de aplicarse es la correcta. ¿Se acabaría con el fracaso escolar y el absentismo si los alumnos disfrutaran de sus lecciones? ¿Y si comprendieran cuan valiosas llegarán a ser para ellos en el futuro?

—No importa si aparece en el examen o no, Eva. Yo creo que conocer e interpretar los hechos ocurridos en la historia servirán de apoyo para comprender y explicar cualquier otro suceso económico, social o político que surja en el mañana. Probablemente sea indispensable para un futuro y competente periodista estudiarlo. —Me mira boquiabierta y me pregunto si ha sonado demasiado a sermón recriminatorio. ¿Las chicas de dieciocho años utilizan este tipo de diatribas?

—Tienes razón —masculla al final—. Es solo que no me siento capaz de memorizar tanta información.

El inconveniente es que memorizar no es aprender. Por mucho que se empeñen dueños y señores. Los de aquí abajo, los que no podemos comprobar si el dinero lo compra todo, y tenemos miras un poco más a pie de calle, comprendemos que nuestro sistema educativo no solo está caduco, sino que empeora con cada legislatura, y sacamos los prismáticos para ojear con

envidia los eficientes y más competentes de otros países porque una buena educación contribuye a crear las condiciones necesarias para una sociedad justa e igualitaria y una vida más digna.

En un mundo utópico, de poderse conformar un país impecable e inmejorable se constituiría con un ministro de educación finlandés, un ministro de economía alemán, un ministro de empleo noruego, un ministro de igualdad Islandés, un ministro de medio ambiente sueco, un ministro de hacienda suizo, un ministro de sanidad francés y un ministro de justicia con cartera anticorrupción danés. ¿Y cómo dirigente? Un uruguayo de apellido Múgica para ser más exactos o lo que viene a ser una persona que mire por el bien de todo el país y no solo por los suyos.

—Tomemos un café, Eva —sugiero y tiro de ella hacia afuera.

Nos vamos a la cafetería de la universidad por proximidad y comodidad, además, durante estas fechas está prácticamente vacía y es agradable encontrar mesas libres. Me siento en una de ellas mientras Eva pide para las dos en la barra, y busco dentro de mi cartera dinero suelto para pagar mi café. Ando tan distraída cazando monedas que ni siquiera le oigo llegar hasta que su mano como una tenaza sujeta mi antebrazo y tira de mí.

—Vamos. Tú y yo tenemos que hablar —dice su dueño con el ceño fruncido y un marcado pico en sus cejas, confiriéndole un aspecto amenazante.

—No pienso ir a ningún sitio contigo, Abraham.

—Eso está por ver —responde y vuelve a tirar de mi brazo levantándome de la silla.

Mi cartera y su contenido se derraman por el suelo con un audible sonido que vuelve la cabeza de Eva hacia nosotros. Sus ojos se agrandan mientras Abraham me saca casi en volandas de la cafetería. Echo un último vistazo a mi bolso, mi dinero, mi móvil y mi abrigo abandonados sobre la mesa.

Placebo _ Running up that hill

Me resisto cuando insiste en introducirme en su coche y peleo cuando trata de retenerme en su interior. Asegura no hacerme daño si me estoy quieta. Ya no creo en sus promesas.

Observo las calles desaparecer por mi lado de la ventana mientras vuelvo a recordar aquella primera vez que le desafié y recibí mi primer golpe en este mismo automóvil.

Me sostengo callada, quieta y serena en espera de lo que vendrá. No entiendo qué me mantiene así. Ya no es la confianza de que Él no me hará daño. Tal vez sea la quietud que se debe guarecer junto a un animal salvaje para no perturbarlo y que no ataque o tal vez es la absoluta rendición y la fatiga de esta lucha contra lo que parece inevitable porque por mucho que me empeñe en alejarme de Él, vuelve a mí una y otra vez. Es probable que mi destino ya esté conformado y su rabia me pertenezca de manera insoldable. Sea como fuere, destinado o no, sé lo que ocurrirá ahora porque conozco las señales que delatan su deseo de destruirme. Probablemente yo sea más consciente que Él mismo. Controlar el alcance de su propia mecha siempre ha formado parte de mi supervivencia. A pesar de todo, tratar de vigilarla no conlleva la ventaja de poder dominarla. Nunca he sido capaz de hacerlo. ¿Podría intentarlo hoy? Echo un vistazo a su rostro velado por la furia y comprendo que mi temor por Él ha disminuido. De alguna manera aunque su violencia me alcance, sé que no podrá torturar mi alma y eso... eso me hace más fuerte porque me digo que no importa qué me haga Él físicamente, si bien no puedo asegurar si es valor o cobardía.

Detiene el coche bruscamente sobre una ensenada frente a un acantilado vacío; vacío, sin rastro de vida. Estamos solos. Abre mi puerta bruscamente y tira de mí hacia afuera. Caigo al suelo sobre la tierra, granulada y pálida, mezclada con arena. Fijo la vista en ella. En las piedras formadas de barro

seco y duro y sus distintos tamaños, y me imagino como una de ellas desecha en mil pedazos tras ser pisoteada y aplastada por la suela de un zapato. Quién caerá primero es la pregunta que me ronda. Ni siquiera trato de levantarme o mirarle. Me grita. No puedo defenderme de lo absurdo, ni siquiera quiero. Niego con la cabeza lentamente y cierro los ojos sin querer verle u oírle. Solo soy capaz de distinguir: tu culpa, tu culpa, tu culpa.

—¡¡¡ME ATACARON ENTRE TRES!!! ¡¡¡ SOLO POR TU CULPA!!! ¡¡¡¡
AQUELLA CHICA ME DEJÓ Y ESTÁ ESPARCIENDO EL RUMOR DE
QUE SOY VIOLENTO Y PEGO A LAS MUJERES!!!! ¡¡¡TODO ES CULPA
TUYA!!! ¡¡¡ ERES UNA ZORRA Y TENDRÁS TU MERECIDO!!!

Y de ese modo la lluvia comienza a caer sobre mí. Lluvia que ni moja ni consuela. Lluvia en forma de puñetazos y patadas, repleta de daño y desesperanza y envuelta en sangre amarga y enrojecida. Tormenta que nunca cesa. Rayos que castigan. Truenos que retumban aunque ya no pueda oír porque un zumbido en mis oídos ha sustituido a su voz. O tal vez son los lamentos que surgen de mi boca cada vez que vuelve a caer sobre mí.

Rezo al dios de la misericordia para que esta agonía termine.

Trato de defenderme pero el dolor me paraliza. No soy capaz de reaccionar. Trato de proteger mi cabeza, mis costillas, mi estómago. No puedo resguardarme de todos los golpes. Lo peor es no saber dónde caerá el próximo para poder cubrirlo. La angustia arde en mis pulmones y grita desde mi garganta:

—¡¡¡BASTA!!!

Barro con mi pierna sus pies cuando se detiene, tal vez sorprendido, por mi protesta, y cae al suelo sobre su espalda. No puedo hacer más por contenerle. Su fuerza es mi debilidad. Sangre se amontona densa y desagradable en mi boca, y debo escupirla junto el sabor salado de las lágrimas que descienden por mis mejillas, lágrimas, secas y húmedas que

nacen desde el dolor y la rabia.

Levanta su cabeza del suelo y me mira por primera vez desde que se dejó invadir por la furia con algo de cordura en sus ojos. Parece horrorizado. No puedo saber qué es lo que ve, solo sé que todo duele, incluso respirar se vuelve fatigoso. No puedo mantenerme consciente más tiempo. Dejo que la penumbra invada mi visión y caigo hacia atrás.

Abro los ojos. Estoy sola. Jirones de nubes tratan de ocultar el sol. El viento levanta un poco de arena del suelo y ni siquiera puedo cubrírmelos y protegerlos. No puedo moverme. Trato de agitar los dedos de los pies; siempre es lo primero que hago para comprobar que no hay daño en la columna que me condene a una silla de ruedas. Un sollozo surge de mi garganta. Puedo sentirlos. Los parpados caen de nuevo y la oscuridad me rodea.

Trato de humedecer mi boca, recibo el sabor metálico de la sangre y un dolor intenso en la mandíbula. Sigo sola. No puedo saber cuánto tiempo ha pasado. Pongo todo mi esfuerzo en levantar mi brazo izquierdo para poder mirar la hora. Mi hombro supura malestar y agonía cuando lo hago. He superado mi propio umbral de dolor en varias ocasiones. Sé que puedo intentarlo una vez más. No consigo mover el brazo ni incorporarme, pero resisto. Solo me queda esperar. Es un lugar propio de parejas que buscan intimidad en sus coches por la noche. Pero empieza a hacer frío y mi abrigo quedó prendido en la silla. Solo quiero dormir.

El sol se pone en el horizonte. La imagen del cielo se llena de naranjas y añiles y su belleza se burla de mi estado. Sigo sola. Comienza a helar. Algunas partes de mi cuerpo están totalmente entumecidas, otras rabian de dolor. Muevo los dedos de las manos. Creo que uno o dos están rotos. No podría decirlo porque duelen todos. Siento el cosquilleo y el calor de la piel al inflamarse en mi mejilla derecha y un dolor lacerante en mi frente a la altura

del nacimiento del cabello. Esto pasará. Cierro los ojos. Él volverá totalmente arrepentido. Lavaré y vendaré mis heridas y ayudará a que me tumbe en la cama para recuperarme. Tendré que faltar al trabajo y esconderme de nuevo unos días para ocultar los golpes. Tal vez no tenga nada roto esta vez, y solo sienta las pequeñas fisuras cuyo dolor confundo y aumenta la gravedad de mi autodiagnóstico.

Está resultando fatigoso respirar. El dolor más persistente, el que me trae y me lleva de la consciencia, está entre mi espalda y mi pecho y se siente como si un objeto punzante tratara de forzar su salida desde dentro. En mi escala de dolor del 0 al 10, este último supera el doce. Trato de no moverme, no puedo, pero me pregunto qué ocurrirá si nadie viene. Cierro los ojos.

El ruido del motor de un coche se oye cada vez más cerca. Lloro, suplico y pido que sus ocupantes puedan verme. Mis ruegos son escuchados. El automóvil se detiene a unos metros de distancia. Sus luces alumbran a mi alrededor y sin apagarlas el conductor y el copiloto se lanzan hacia mí sin cerrar las puertas. Lágrimas de alivio barren mis ojos y un sollozo angustiado se escapa de mi pecho. La agonía del cuerpo en soledad es doblemente insoportable.

—Ana, ¡joder Ana! —suena la voz preocupada de Oscar antes de sentirlo a mi lado—. Joder, joder, joder —repite en monotonía sin atreverse a tocarme, pero tratando de hacer revisión con los ojos de mi estado—. Ya está, tranquila. Todo ha acabado. —Estoy totalmente segura de que no es cierto, que nunca terminará; aun así, me dejo consolar por el arrullo de sus palabras y las caricias suaves de sus dedos en mi cara.

—Tío, ¿qué demonios? —oigo mascullar a Daniel cuando aparece en mi campo de visión francamente consternado—. ¡Mierda! —maldice llevándose la mano a la nuca en un claro gesto familiar que me recuerda a su hermano.

—Toma, llama a Álex, dile que la hemos encontrado —le pide Oscar

luchando por hacerse cargo de la situación, tratando de no parecer nervioso y entregando su móvil a Daniel—. Hay que llamar a una ambulancia también. No debemos moverla.

—Primero la ambulancia —acepta este último y se aleja unos pasos para hacerlo lo que no evita que le oiga decir «paliza de santo cojones» y «parece un puto cuadro de Picasso».

Oscar lo ignora mientras me observa tratando de examinar el alcance de mis heridas. Su mano encuentra la mía ligeramente y siento su mirada atravesada por un sentimiento de aflicción cuando la examina. Creo que Abraham la retorció bajo su bota, así que no dudo de que su aspecto sea siniestro.

—Ana ¿tienes alguna lesión importante? ¿Sangras de algún sitio además de la cabeza? —me pregunta Oscar.

—Ni siquiera sabía que sangraba de la cabeza, pero me duele mucho el pecho —consigo articular con voz rasposa y seca.

Asiente con la cabeza con pesar sin atreverse a moverme.

—Voy a buscar el botiquín del coche y encontrar algo para detener esa hemorragia —me avisa delicadamente con reticencia a abandonarme, y tiene razón en dudar porque tan solo evocar la idea de volver a estar sola en ese lugar y de esa manera me aterra.

—No, Oscar. No te vayas por favor —le suplico y trato de alcanzarle de alguna forma a través de su sudadera intentando detenerle. Mi miedo se refleja en su cara y asiente con la cabeza sin hacer amago por levantarse.

—No me moveré de aquí, Ana —me consuela mientras barre un mechón de pelo de mi frente de forma cariñosa.

—Álex no contesta. Estará sobre la moto. Llamará cuando encuentre un sitio para aparcar —explica Daniel acercándose de nuevo hasta nosotros. El móvil suena en su mano en el preciso momento en que acaba de pronunciar esa

frase como obra del destino y descuelga después de alejarse—. Álex, la hemos encontrado... bueno, está bien pero en un estado lamentable... no, no parece... la ambulancia viene de camino... vale, vale... esto, Álex no conduzcas como un loco. Ven con cuidado.

Mis ojos se cruzan con los de Oscar. Quiero que entienda mi estupefacción porque Álex siempre conduce con precaución. No es la primera vez que mis pensamientos evocan su nombre. Suponía y deseaba con todas mis fuerzas que me estuviera buscando. Ironías de la vida, al final no he tenido más remedio que tumbarme a esperar que me rescaten y de alguna forma, sin permitírmelo, esperaba a mi príncipe azul. Sin embargo, durante mi agonía he tratado de evitar pensar en ello. Siempre reprimo añorar el recuerdo de cada persona que saldría dañada porque sus caras me atormentan, y mi ahogo aumenta con la certeza de que mi situación les angustiaría. Otras veces ellos me han empujado a sobrevivir y mantener una lucha que en su mayoría no he podido ganar. Soslayar su sufrimiento se convierte en mi calvario y, si no lo logro, el fracaso se siente mayor. Solo soy un fiasco incapaz de protegerse a sí misma y con claras desesperanzas de amparar a nadie más. Tal vez, esta sea mi lección.

La ambulancia y un coche de policía llegan prácticamente al mismo tiempo. Los agentes apartan a un Oscar reticente y a Daniel mientras el servicio sanitario se hace cargo de mí. Lo siguiente que oigo son los rugidos de la moto de Álex, aunque no puedo verle. Su resistencia a no renunciar acercarse hasta mí, llega en forma de gritos encolerizados que mi mente no acaba de asimilar.

Trato de estirarme y giro mi cabeza con cuidado sorteando la silueta del sanitario que me atiende buscándole. Mis ojos encuentran su perfil inconfundible retenido por los brazos de su hermano tras él, evitando que se abalance sobre el desconocido que detiene su avance.

Después de largas horas de espera en las que los minutos parecían horas,

todo lo que ocurre ahora parece suceder demasiado deprisa. Como si alguien hubiera apretado el interruptor de avance del mando a distancia, y yo fuera una mera espectadora que no puede conseguir encontrar el sentido de cada secuencia de forma tan precipitada.

—¡Joder!! ¡¡ Déjenme pasar!! ¡¡ Es mi novia!!! ¡¡Solo quiero saber que está bien!!! ¡¡Ana!!

—Álex —intento llamar, pero la voz no surge con la fuerza que necesito para que me oiga. Solo quiero decirle que estoy bien, aunque no sea así, porque más que mi propia situación, me asusta verle en ese estado tan alterado.

El hombre del servicio de urgencias entra en mi campo de visión, evitándome cualquier posibilidad de continuar enfocándome en lo que ocurre con Álex. Endereza mi cuello y pone un collarín sobre él con cuidado.

—¿Es tu novio? —me pregunta con suavidad y asiento con la cabeza sin dudar—. Vale, Ana ¿verdad? Ahora vamos a subirte sobre la camilla para llevarte a un hospital. Sé que duele, por consiguiente intentaremos moverte lo menos posible. Puedes llevar un acompañante en la ambulancia. ¿Quieres que sea tu novio? —sugiere señalando en la dirección donde Álex sigue discutiendo con un agente.

—Sí —contesto rápidamente—, por favor.

—¿Estás segura? —vuelve a insistir clavando sus ojos en mí en busca de la respuesta a una pregunta no formulada, pero que queda prendida en el aire.

—Sí —vuelvo a contestar. Lo que sea que ha visto le ha complacido porque se vuelve hacia el policía sin moverse de mi lado y le dice en voz suficientemente alta para que le oiga:

—Deja pasar al chico. Se viene con nosotros en la ambulancia.

El policía parece reticente.

—¿Crees que eso es buena idea? Está descontrolado —asegura, y de

nuevo todo parece demasiado irreal e incomprensible.

Álex conduce con cuidado y es totalmente controlado me repito como un mantra. Si eso cambia, mi mundo se volverá loco. Necesito tener la seguridad de que Álex no está afectado de ese modo.

El sanitario me mira de manera interrogativa de nuevo, y yo vuelvo a asentir:

—Quiero que venga.

El agente abre paso para Álex de forma circunspecta, y este se abalanza por el camino liberado para él de modo parco, sin mirar a nadie hasta acercarse a mí. A mi lado, el sufrimiento que atisbo en su mirada duele más que los golpes grabados en mi propio cuerpo. Sus manos se extienden hacia mí, pero sin la seguridad de que puede hacerlo, titubea y las aparta. Las lleva hacia su pelo donde cruza los dedos extendiendo los codos a los lados de su cabeza, como si necesitara sujetarla para mantenerla erguida. Da pasos en la pequeña jaula personal que ha creado para él mientras que de su boca salen un montón de improperios que nunca le había oído antes.

—Voy a matarlo. —Creo oír cuando sus manos cubren su boca, antes de volver a su cuello en una danza extraña y nerviosa que mantiene con inquietud y desosiego—. ¡Joder! Voy a matarlo —exclama más fuerte, y escuchar eso, me asusta más que los mismos fuegos del infierno.

14

52 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2012, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Dos costillas rotas; una de ellas, la más dolorosa, junto a la clavícula; un pequeño edema pulmonar; dos dedos de la mano fracturados con feos hematomas; sutura en la frente y boca; contusiones diversas de distinto grado y lugar con inflamación en la mejilla derecha, la mandíbula y el labio.

Ese es un resumen, del estado en que la furia de Abraham me dejó. Como si un verdadero huracán tormentoso y sin control me hubiera azotado, una y otra vez, sin piedad.

No es la primera vez que se ensaña tanto conmigo, aunque sí la primera en la que existen testigos de esa brutalidad. El amor y la vida que compartíamos nunca fue un freno a la violencia de sus ataques; sin embargo, de alguna forma influían en su arrepentimiento posterior. Mentira. Lo cierto y siniestro es que esta vez no solo me agredió, sino que también me abandonó pese a mi necesidad de auxilio, lo que supone omisión del deber de socorro.

Sin embargo, y he aquí lo más “gracioso” de todo: los dos hechos son considerados faltas. Su ataque solo se juzga como agravio y no se me reconoce como una víctima de maltrato en un estado de agresión permanente. De ese modo, tampoco se aplican las medidas cautelares de alejamiento aprobadas en la ley orgánica de 1999 y, mucho menos se adoptará prisión provisional, puesto que ese tipo de prevenciones no se decretan hasta la reforma penal del

2003, por lo que me encuentro desprotegida legalmente ante cualquier actuación de castigo o represalia que quiera llevar Abraham a cabo cuando, para empezar, ha sido su necesidad de venganza lo que me ha llevado a esta situación en primer lugar porque Vendetta es su segundo nombre y yo seré su “Capitolio” cuando la comunicación de la denuncia llegue a sus manos.

No puedo ni hacer cálculos sobre la numerosa cantidad de mujeres que han sufrido represalias a manos de sus parejas por la misma razón, aunque sí asegurar que muchas de ellas han encontrado la muerte por falta de protección en el momento más ineludible: tras la denuncia o en las mismas puertas de los juzgados.

Ante esta situación se me plantean pocas soluciones. Adoptar prisión preventiva para mí misma en casa de mis padres abandonando la universidad, desistiendo del trabajo que hacía por ayudar a otras personas y dilapidar mi futuro, o continuar con mi vida sin dejar de mirar siempre tras mi espalda con miedo.

Mis padres votan por mi seguridad, pero yo ya no soy una niña, y pese a su necesidad de protegerme hace tiempo que he deducido que esta encrucijada en mi vida no se me concede para que esté recluida y agazapada, esperando a que el miedo acabe por alcanzarme paralizada y enmudecida en el centro de una habitación cuyas paredes acabaran empequeñeciéndome de manera claustrofóbica hasta asfixiarme.

—Mamá —llamo cuando la veo mal dormitando sobre el sillón.

Está agotada. Lleva una semana anclada a mi lado sin moverse prácticamente, ni siquiera acepta relevos por la noche para poder dormir sobre una cama. Mi padre vendrá mañana que es día de Reyes y no debe trabajar. Aún le puedo oír jurar en arameo porque desde la empresa solo le conceden dos días libres, lo que lógicamente es insuficiente cuando se trata de su hija y cuando lo natural sería disponer del número de días necesario para

poder atender a un familiar durante todo su ingreso hospitalario.

—Mamá —repito y añado cuando abre los ojos—: Vete a mi casa a dormir, por favor. Puedes dormir en la cama de Lucía o enviar a Jul al sofá.

—No —dice y niega con la cabeza categóricamente.

Sus ojos ya no están rojos e hinchados de llorar. Es la calma que secunda a la tormenta porque los primeros días fueron terribles y traumáticos para todos nosotros. No recuerdo ni una sola persona a mi alrededor que no estuviera realmente afectada por lo ocurrido.

—Además, este sillón no es tan incómodo, y creo que el sofá lo ocupa Daniel o Álex, no estoy segura.

Suena chocante la familiaridad con la que habla de cualquiera de ellos. Desde que todos compartimos las uvas de fin de año en la habitación del hospital, somos como una pequeña piña. Ni siquiera Daniel abandonó el pie de mi cama, aunque la verdadera causa por la que lo hizo, aún es desconocida para mí. Creo que le agrada mi familia. Ninguno de ellos le juzga por su aspecto. Ven a través de sus piercings y tatuajes, y encuentran al verdadero Daniel, lo que me hace preguntarme que han visto en él que yo no. Mi madre le aprecia hasta el punto de tirar de los pelos de su cresta, divertida, cuando le explicó como colarse por Urgencias para entrar sin tarjeta en las habitaciones. Menos mal que mi compañera de cuarto es una señora mayor que pasa mucho tiempo sola y agradece la compañía de más.

—¿Tú necesitas algo? ¿Agua? ¿Más calmantes? ¿Ir al baño?

—No, mamá. Descansa si no tienes intenciones de irte.

—Tal vez acepte el relevo mañana por la mañana de Álex y vaya a echar una cabezadita a tu casa —dice bostezando. Vuelve a inclinarse sobre el asiento cuando sus ojos ya están cerrados.

Puedo asegurar, que una de las pesadillas más aterradoras es la de tener que aguantar impasible el sufrimiento de un hijo. Mis padres aún no se

explican cómo algo así ha podido ocurrirme. Es cruel para ellos pensar que simplemente me he cruzado con una persona en mi camino que no tolera mi negativa, y su resarcimiento llega de esta forma. No saben todo, y creo que saberlo los mataría. Ahora estoy segura, como sé fehacientemente, que lo ocurrido tortura a Julián cada día, en que solo la firme determinación de mi padre le detiene de salir corriendo en busca de Abraham, y saldar su propia justicia a través de sus puños. La tensión es evidente entre ellos y odio que Abraham sea capaz de afectar a mi familia de esta forma indirecta, dañándonos incluso desde la distancia como si tuviera unos dedos enormemente largos capaces de extenderse hasta nosotros apretando las clavijas necesarias para detonar nuestra armonía.

Por eso me mantengo fuerte delante de ellos, como siempre he hecho, y oculto entre muros de hormigón impenetrables cualquier sentimiento de derrota o amargura. Dejo que hablen con rabia y furia de las medidas a tomar contra Él. Oigo hablar sobre denuncias y represalias sin intervenir en absoluto, e incluso cuando la policía vino a tomarme declaración mis respuestas fueron escuetas y vagas. ¿Qué debería contar cuando todo resulta tan incomprensible? Ni siquiera Álex conoce el alcance total de todo lo que ocurre. Sigo guardando secretos tan profundamente dentro de mí, que tal vez, ni siquiera yo sea capaz de desentrañarlos nunca, y queden olvidados para siempre en ese cajón imaginario que prefiero no abrir. Tal vez algún día, vuelque todo su contenido a los cuatro vientos y su presencia deje de angustiarme.

Álex amanece todos los días a mi lado, junto a mi cama, sin delatar su presencia. Algo ha cambiado en él como si estuviera realmente enfadado; sin embargo, quisiera ocultarlo hasta el momento adecuado.

En silencio, con los codos sobre sus piernas y las manos en su frente, parece llevar el peso del mundo sobre sus hombros, y aunque susurre su

nombre y se vuelva a mirarme ocultando cualquier emoción durante un segundo un atisbo de angustia, rabia o impotencia se delata en sus ojos, y me encuentro incapacitada para borrar ese pesar. ¿Cuánto mejor hubiera sido no tener nunca que implicar a ninguno o cuánto mejor ha sido hacerlo? Ya no estoy segura de nada. Ni siquiera comprendo por qué estoy aquí cuando creía que el verdadero motivo era tener una oportunidad de mantener a Abraham alejado de mí, pero soy una inepta en conseguirlo.

Caer y levantarme. Esa es mi lección de cada día y convivo con ella como puedo. Mi tatuaje, ocultando las cicatrices, me recuerda que puedo hacerlo y las personas a mi alrededor me instan a ello, y esta vez, Abraham no ha alcanzado mi espíritu y entiendo la enorme diferencia que supone para mi estabilidad emocional. No hay culpa por mi parte. La culpa que pesa, destruye, embadurna y atosiga cada resquicio de mi voluntad. Ya no tiene tanto poder sobre mí, y no voy a detener mi vida nunca más por su causa.

A primera hora, tal como lo lleva haciendo todos los días, llega Álex. Le acompaña Daniel. La puerta resuena, con los golpes fuertes y seguros que tan bien conozco, antes de abrirse. Esta vez estoy despierta y soy capaz de recibirles con un atisbo de sonrisa. Entre los tres convencemos a mi madre para que vaya a descansar porque se resiste pese a su decisión anterior. Creo que únicamente lo mencionó para que yo estuviera tranquila y nunca tuvo intención de alejarse de mi lado, pero la realidad es que está realmente agotada y los círculos oscuros bajo sus ojos son espeluznantes, por lo que no dejamos que renuncie a la oportunidad de descansar. Daniel promete cuidarme, lo que me hace abrir mucho los ojos con incredulidad y asombro, cuando Álex se ofrece a acompañarla porque Jul ha salido a hacer algo. Mamá

y yo intercambiamos miradas cómplices colmadas de confianzas y sospechas, y sin necesidad de palabras nos preguntamos la una a la otra, qué cosa será la que tenga que hacer Jul.

Los ojos de Álex recaen sobre mí por primera vez desde que ha llegado antes de abandonar la habitación tras mi madre. Daniel y yo nos quedamos solos. Un silencio pesado y lánguido cae entre nosotros. Busco entretenimiento y no conversación mirando el techo, a la izquierda, a la derecha y sus ojos encuentran los míos.

—Tu cara parece un mapa —dice seriamente sin un solo atisbo de vergüenza.

—¿Quieres que te diga lo que parece tu cara? —pregunto clavando mis ojos en él con mirada desafiante.

Una sonrisa torcida aparece en sus labios.

—¡Meow! —Es su respuesta o maullido—. Me alegra saber que continuas afilándote las uñas.

Le observo sorprendida porque eso es lo más cercano a un cumplido que me ha dicho jamás, y me devuelve una mirada vacía demasiado enfrascado en sus pensamientos como para verme realmente.

—Tenías razón —admite mientras se sienta en una de las sillas junto a mi cama y se pasa las manos por el vaquero desgastado.

¡Qué pena no tener grabadora de voz en el móvil para immortalizar esa frase! ¡Ahgg! Irónico, pero ¿de qué sirve un teléfono del que solo se hacen y reciben llamadas?

—Ver a Álex perdiendo el control asusta —confiesa y menea la cabeza en negación bajando la vista al suelo—. Todo lo ocurrido, desde que el novio de esa amiga tuya llamó y le contó que el tipejo ese te había sacado a rastras de la cafetería, fue demencial. Álex nunca pide ayuda para sí mismo y lo primero que dijo cuándo colgó el teléfono fue «ayúdame». Y joder, yo no sabía si me

lo decía a mí o a Dios o a quien fuera porque nunca le había visto esa expresión antes en la cara. —Dibuja una mueca sarcástica y prosigue hablando realmente necesitado de compartir esta información conmigo, solo que lo que dice rompe mi corazón y debo reunir mucha fuerza para escucharlo—. Nos volvimos locos buscando por toda la universidad. Nosotros, Oscar, tu amigo, el novio y tu amiga. Encontramos a uno de sus colegas. Álex lo reconoció. Casi se lo come. Le asustó como mil demonios.

»Él fue el que nos dijo que si no estaba el coche en el parking lo más probable es que te hubiera sacado de la facultad. Cuando no lo encontramos, la desesperación cayó sobre todos ellos. Yo no entendía lo que ese tipo era capaz de hacer. Lo que ya le había hecho a tu amigo. Pero creo que Álex estaba realmente asustado, como si sospechase lo peor.

Le he visto aguantar inmutable miles de situaciones que exasperarían y acojonarían a cualquiera sin pestañear siquiera. —Coge aire profundamente para reunir fuerzas y decir sin aliento—: No quiero volver a ver en mi hermano esa expresión tan llena de desesperación y agonía, que no es capaz de detener las lágrimas. No quiero tener que volver a sujetarle a duras penas entre cuatro tíos porque quiere correr a matar al colega que te hizo esto y no quiero ver cada día la culpabilidad en su cara cuando te mira porque cree que nunca debió dejarte ir sola.

Le noto observándome, pero mi atención está sobre mis manos en el regazo como si ellas guardaran el secreto que necesito para deshacer el nudo hercúleo que se ha formado en mi garganta.

—Yo tampoco quiero —susurro a duras penas sin ser plenamente consciente de que es la primera vez que estamos de acuerdo en algo.

Nos volvemos sorprendidos hacia la puerta cuando se abre sin previo aviso. Por ella aparece un Jul, ajeno y sonriente, que se detiene en el umbral cuando percibe el aspecto solemne de nuestros rostros.

Las lágrimas que vengo reteniendo afloran a mis ojos y empañan mi visión sin evitar que descubra el enorme paquete de roscón de reyes que lleva Jul entre sus manos. Gotas de agua salada comienzan a caer sin contención, recorriendo mis mejillas y noto el tirón de los puntos dentro de mi boca cuando mi labio comienza a temblar reteniendo un sollozo.

Antes de que pueda cerrar los ojos, Jul está a mi lado soportando mi llanto como buenamente puede con extremo cuidado para no hacerme daño.

—Está bien, Ana. Ya era hora. Suéltalo todo —le oigo murmurar bajo su abrazo torpe y atropellado—. Nadie espera que seas tan fuerte.

Sus palabras intensifican mi lamento y me refugio en su consuelo como si fuera mi único salvavidas. No importa que las vibraciones de mi cuerpo maltraten mis costillas agudizando su dolor, y provocando que mi *autolástima* se regodee. Todo el aplomo mantenido, desde el momento que subí a su coche y supe lo que ocurriría, se escapa entre mis dedos, abriendo paso a la más aguda y arrolladora rabia, y ya no sé si lloro por mí, por Álex, por mi familia o por el roscón de reyes que Jul ha traído consciente de que me entusiasma.

¡Maldito Abraham! ¡Maldito el destino que nos cruza una y otra vez! ¡Y maldita la flaqueza que me quiebra por la mitad, debilitando mi entereza cada vez que eso ocurre!!

Mi llanto y mis lágrimas no encuentran desahogo. Enrollo la camiseta de Jul con mi mano sana apretándola en un puño como si pudiera contener en él toda la rabia y angustia que no soy capaz de controlar.

No levanto la vista cuando la puerta vuelve a abrirse ni aun sabiendo que es Álex quién la ha golpeado.

Ni siquiera puedo sonarme la nariz con un poco de tino porque duele en mi cara y en mi pecho y mi brazo derecho no sirve de mucho. Jul me ayuda con más torpeza que yo misma, tratándome como si fuera de cristal fino y quebradizo.

—Dios, que alguien cierre el grifo —me quejo entre hipos avergonzada, tratando de aligerar un poco la seriedad que se ha filtrado en cada uno de nosotros.

—No te preocupes, aquí todos sabemos nadar —me contesta Jul con guasa—. ¡Soledad! ¿Usted sabe nadar? —pregunta a mi compañera de habitación haciendo que una intención de carcajada incrédula escape de mi garganta.

—Sí, hijo. Aprendí ya casada y con tres retoños. Mi marido se empeñó. Me decía que cómo iba a ir a la playa sin saber nadar, que me iba a ahogar y mira, luego fue él el que se ahogó.

Los ojos de Jul se abren realmente estupefactos cuando levanta la cabeza como un resorte para cruzar la mirada conmigo. A Daniel se le congela un enorme bostezo en la boca y las cejas de Álex se levantan ligeramente con incredulidad y yo, yo tengo que hacer un esfuerzo heroico para contener la risa porque duele y no parece apropiado. Trato de ocultarla en el hombro de Jul y de camino descubro que los tres tratan también de esconder sus sonrisas. No me río de su marido ahogado, lo prometo, trata más del desparpajo con el que lo ha soltado Soledad, y por el alivio que siento por la forma en que ha aireado la tensión de la habitación.

—Jamás volveré a preguntar a alguien si sabe nadar, He quedado traumatizado de por vida —me susurra Jul para que mi compañera no le oiga.

—Te ayudaré con esa dura carga —le consuelo sin seriedad tratando de controlar aún la risa que amenaza con aflorar—. Oye, ¿Ese roscón es solo para ti? —le pregunto desviando el tema y tratando de calmarme.

—Sí, pero te daré un poco si me suplicas —responde.

Me aparto para mirarle con estoica paciencia simulada y mucho, mucho cariño. Ya no hay rastro de lágrimas en mis ojos ni indicios que contengan mi necesidad de llorar.

—¿Les harás suplicar a ellos también?

—Por supuesto. A todos menos a Soledad. No me atrevo ya —contesta como si fuera lo más evidente y corriente por hacer.

—Estas ebrio de poder, Jul —le reprocho con sorna.

—Nunca un roscón tuvo tanta utilidad.

—Y también loco.

—Sí, eso es de familia —suelta tranquilamente y le devuelvo el intento de sonrisa que soy capaz de hacer —. Les preguntaré a las enfermeras si pueden dejarnos un cuchillo para cortarlo. Vuelvo enseguida, ¿estarás bien? —Asiento con la cabeza.

—Te acompaño —añade rápidamente Daniel—. Quiero echarme un cigarro en la sala de fumadores. —Sí, aún hay espacios acondicionados dentro de los hospitales para fumadores, luego no se podrá fumar ni fuera de ellos, ni siquiera en los aparcamientos de coches. Coches con tubos de escape. Tubos que nos exponen más perjudicialmente que cualquier otra cosa al monóxido de carbono. ¿Solo a mí me parece absurdo?

—Vale, pero no espantes a las viejecitas —le responde y se ríen de alguna broma que solo ellos entienden.

Álex inclinado sobre el cabecero a pie de cama con los brazos y las manos unidas delante de él observa la salida de Groucho y Harpo Marx de la habitación. Toda mi atención recae en él.

—Has vuelto pronto —le digo.

—Tu madre ha insistido en que solo la acompañara hasta la parada de Taxi —responde y añade—: ¿estás bien? —Asiento con la cabeza.

Andamos de puntillas el uno sobre el otro sabiendo lo que queremos decirnos, pero sin encontrar las palabras adecuadas para hacerlo, y de alguna forma lo siento lejos como si una brecha nos separase. Las imágenes que Daniel ha clavado en mi cabeza con su historia no dejan de desfilarse martirizantes por mi mente.

—Daniel cree que te sientes culpable —menciono directamente.

Su mirada viaja hacia sus manos donde sus dedos, entrelazados, contienen su movimiento nervioso. No responde, pero tampoco hace falta que lo haga. Cuando busco sus ojos, los encuentro llenos de remordimientos con una expresión de derrota en la cara.

—No eres mi guardaespaldas. Tu labor no es estar protegiéndome 24 horas al día. —Resopla exasperado y se lleva una de sus manos a la cara para frotarse la frente con extenuación.

—Lo sé, Ana. Soy ante todo una persona que antepone la lógica antes que las emociones, y eso es lo que diría mi parte racional —responde con cierta calma; sin embargo, antes de continuar se incorpora bruscamente y se lleva las manos a las caderas mientras mira al techo buscando inspiración o calma. No sabría decir cuál de las dos necesita más este Álex—. Pero la puñetera verdad es que perdí el juicio en el momento que vi lo que ese cabrón había hecho, y no puedo dejar de pensar que si hubiera estado contigo podría haberlo evitado —dice entre dientes conteniendo rabia o ira.

—¿Y qué piensas que deberías haber hecho? ¿Seguirme a todos lados? ¿Convertirte en mi sombra? —argumento indignada por la tortura auto infringida que está llevando a cabo sobre sí mismo.

—¡Sí, joder, sí! ¡Puede que sí! —explota conteniendo la voz a duras penas. Miro a Soledad que afortunadamente parece dormir o lo aparenta—. Te dejé espacio porque estaba asustado pensando que si no lo hacía me alejarías, y en realidad lo que debería haber hecho es quedarme a tu lado para garantizar tu seguridad, ¡y si querer protegerte te parece machista o retrógrado entonces será que lo soy!! ¡¡Y me importa un carajo!! —Un silencio cae sobre nosotros con miedo a las palabras que lo rompan. Es la primera vez que discutimos. Demonios, es la primera vez que veo a Álex tan alterado conmigo. Hemos forzado la cerradura de su caja de Pandora y hasta que no emerjan todos los

espíritus infernales no respirará tranquilo.

—Creo que el instinto de protección es lo más natural y hermoso que tenemos, y me siento afortunada por ser receptora del tuyo —confieso con el corazón en un puño—, pero no quiero ser una carga para ti y enterrarte con mis problemas hasta el punto de que dejes de tener vida para ocuparte de la mía.

—¿Pregúntamelo?!

—¿Qué?

—Pregúntame que es lo que quiero y si me importa una mierda todo mientras pueda estar contigo.

—Eso lo dices ahora cuando nada parece más importante que lo que sentimos el uno por el otro, pero la realidad es otra, y tus sacrificios por mí serán reproches el día de mañana.

—¿Por qué siempre tratas de mantenerme a distancia y ponerme freno? ¿Cómo puedes saber lo que ocurrirá?

—¡¡Porque yo no tengo veinte años!!! —grito.

—¡¡¡Y yo no soy él!!! —grita. Cierra los ojos afectado tras haber sido capaz de hacerlo antes de bajar la cabeza hacia el suelo. Su voz cuando vuelve a sonar lo hace baja y llena de emoción—. ¿Por qué tienes miedo a ser una carga? ¿Por qué no entiendes que te quiero y es por eso que intento protegerte? ¡No lo hago porque deba o me sienta obligado! ¡Lo que no quiero es que ese tío vuelva a ponerte las manos encima! Me mata cada día pensar en la forma en que te golpeó, en que te abandonó allí sola y herida durante horas, horas, en las que me volví loco pensando que no podría encontrarte a tiempo. —Mueve la cabeza negativamente sin mirarme aún—. No quiero volver a sentir esa impotencia y ese terror. Piensa que es un sentimiento egoísta y que lo hago por, ¡mí! —concluye con fuerza levantando la cabeza para encontrar mis ojos.

Respiro profundamente pese a que aún duele porque parece que me falta el aire. Nuestras miradas se han entrelazado como unidas por fuertes nudos de

cuerda que nos impiden desengancharlas. No estoy segura de si se trata de un desafío o ambos estamos demasiado sumidos en el sentido de las palabras que acaba de pronunciar como para darnos cuenta. Esta vez no encuentro la calma y la tranquilidad que siempre busco en él cuando necesito apacibilidad, y esto es por mi causa.

—Ven aquí —le pido con un susurro ronco dispuesta a sacar la bandera blanca.

Se acerca y ocupa el lugar sobre la cama que Jul ha dejado vacío. Su mano cae sobre el lado menos lastimado de mi cara retirando el pelo hacia atrás y enmarcando mi mejilla.

—No dejaré que vuelva a acercarse a ti y tú no volverás a ponerte en situación de peligro —insiste buscando la confirmación que parece necesitar. Asiento con la cabeza cerrando los ojos al contacto de su mano—. ¿Dejaras que te cuide? —Vuelvo a asentir arrebujaada por el olor de su piel en mi nariz—. Promételo, Ana —exige.

—Lo prometo —digo obediente y al fin parece aliviado.

—Dios, quiero besarte y abrazarte, pero no estoy seguro de poder hacerlo sin hacerte daño.

—Yo lo haré. —Rozo mis labios con los suyos y apoyo mi mejilla sana sobre su clavícula acariciando su espalda con la mano.

—Siento haber gritado.

—Yo lo hice primero.

—¿Es un concurso? —pregunta.

—No, solo digo que excusa que lo hicieras, el que yo lo hiciese en primer lugar.

—Eso es una tontería. Nada lo disculpa.

—Álex, esa justificación es universal. No puedes cambiar las reglas ahora —declaro y lo noto sonreír.

—Luego es una competición.

—Sí. Puede que lo sea —concluyo tras pensarlo detenidamente.

—Nunca vi una chica con tantos novios o pretendientes o como los llaméis ahora —dice Soledad y tengo que volver a contener la risa mientras me quejo lastimeramente por el dolor que me produce hacerlo.

Vuelvo a mi casa alquilada, lo hago después de recuperarme un par de semanas en la de mis padres bajo el atento cuidado de mi familia, porque debo seguir con mi vida y hay exámenes que hacer. Estoy obligada a escribir con los dedos índice y corazón de la mano derecha completamente estirados y vendados entre sí, lo que dificulta la forma de sujetar el bolígrafo, aunque lo que más molesta es el dolor cerca de la clavícula o el pecho cuando hago un movimiento no demasiado delicado. Incluso levantarme de la cama o tenderme sobre ella todavía se convierte en una agonía.

Por tanto, he sido relevada de todos los cargos. Mi única tarea es reponerme y estudiar, y se me han concedido largos baños debido a las dificultades de movimiento que aún padezco. Cómo tengo cierta conciencia sobre los problemas medio ambientales y aún resuenan los ecos de la espectaculares sequías sufridas durante el año anterior trataré de no hacer abuso de este privilegio. No es como si con ello tratara o fuera capaz de detener o influir en el proyecto del plan hidrológico nacional del trasvase del Ebro del 2001, pero granito a granito se forman duras montañas, por lo que trato de aportar el mío por muy inútil que parezca.

Debido a mi indisponibilidad han quedado diversas labores pendientes como la reunión con el afectado de Avisa o los regalos del amigo invisible. Yo aún no he comprado el mío, lo que quiere decir, que aún tengo que pensar que

debo comprar a María. No quiero delegar ese cometido a ninguna otra persona porque considero que es un esfuerzo que debo realizar yo. Al fin y al cabo, por eso se valoran los regalos, por la voluntad del emisor de querer hacerlos.

Por lo tanto, hemos aplazado la ceremonia de entrega de los obsequios hasta mi casi completa recuperación cuando también hagamos la cena de bienvenida para mí, esta vez de temática japonesa. Quiero hacer sushi. Mi idea despertó, ¡ahg y ufs!, por parte de algunos no entusiastas del pescado crudo, pero la fortuna de poder acompañarlos con sake resultó más digerible.

No sé nada de Abraham. Lo más probable es que ni siquiera haya recibido notificación para declarar aun cuando los trámites de justicia son, con mucho, bastante lentos. No sé qué sobrevendrá el día que eso ocurra. No sé qué haré el día que vuelva a verle. Es realmente injusto que la posibilidad de volver a cruzarme con Él, esté siempre acechando a la vuelta de la esquina y perturbe de esa forma mi recuperación psicológica. No quiero vivir con miedo y tener que recorrer con mis ojos cada espacio donde caen mis pies buscando su oscura amenaza.

Al menos, no tengo que vivir con él o permitir que visite a mis hijos, teniendo en cuenta la poca paciencia que gasta para los niños. Supongo que es una de las razones por las que inconscientemente siempre retrasé ese acontecimiento que parecía ser el siguiente e inevitable paso en nuestra vida de pareja. ¿Cómo traer un hijo a un hogar de padecimiento y sufrimiento? No, en el fondo siempre supe que debía librarme de Él para que mi vida tuviera continuidad, solo que no sabía cómo o cuándo y la realidad de poder hacerlo, aunque una lúcida, pero lastimera parte de mí sospechaba que Él prefería matarme a dejarme marchar, y esa es una triste realidad que nunca me atreví a reconocer o traté de confrontar porque entonces el mundo hubiera dejado de girar para mí.

Daniel se ha ido. Dejó de ser capullo y consiguió el título de solo “un

poco molesto”. Tuvieron su comida familiar antes de que volviera a Londres y el reencuentro padre-punk debió ser explosivo, aunque nada fuera de lo esperado. Alguna reprimenda aquí y allá, bastantes desacuerdos y tensión palpable en general. Por supuesto no faltó la pregunta de rigor y ya culturalmente arraigada en nuestras costumbres de padre riguroso: «Y ¿es esto lo que piensas hacer con tu vida? »

Qué obsesión con que tomemos una decisión rápida e inamovible de lo que queremos de nuestra historia como si no se nos permitiera cambiar de elección en el futuro, yuviésemos que quedarnos anclados para siempre de manera inexorable en ese proyecto para demostrar lo coherentes y responsables que somos. ¿Quién dicta las normas en las que se supone que debemos trabajar en el mismo lugar, vivir en el mismo sitio y realizar cada hora de cada día lo mismo hasta morir? Para tener una vida tan corta damos demasiada importancia a la perdurabilidad y la estabilidad de nuestra existencia cuando mañana mismo podría acabar.

No, ahora veo las cosas desde otro prisma. Ya no quiero tener que obligarme a soportar hacer o decir nada que no quiera realmente. No quiero imaginarme trabajando durante cuarenta años en un trabajo que no me entusiasme, vivir en un lugar que no me haga sentir pasión cada mañana al contemplarlo por la ventana o compartir mi vida con alguien que me haga desgraciada en favor de una seguridad o estabilidad sobreestimada que no me beneficia porque lo único cierto es que solo tengo una vida. Quiero vivir disfrutando de las pequeñas cosas que me garanticen absoluta felicidad en cada momento, y tener libertad de cambiarlas cuando dejen de hacerlo porque no tengo tiempo que perder, y lo había olvidado como olvidé y arrinconé el viejo poster de mi habitación. Su fotografía

*No dejes que termine el día sin haber crecido un poco,
sin haber sido feliz, sin haber aumentado tus sueños.*

*No te dejes vencer por el desaliento.
No permitas que nadie te quite el derecho a expresarte,
que es casi un deber.
No abandones las ansias de hacer de tu vida algo
extraordinario.
No dejes de creer que las palabras y las poesías
sí pueden cambiar el mundo.
Pase lo que pase nuestra esencia está intacta.
Somos seres llenos de pasión.
La vida es desierto y oasis.
Nos derriba, nos lastima,
nos enseña,
nos convierte en protagonistas
de nuestra propia historia.
Aunque el viento sople en contra,
la poderosa obra continúa:
Tu puedes aportar una estrofa.
No dejes nunca de soñar,
porque en sueños es libre el hombre.
No caigas en el peor de los errores:
el silencio.
La mayoría vive en un silencio espantoso.
No te resignes.
Huye.
“Emito mis alaridos por los techos de este mundo”,
dice el poeta.
Valora la belleza de las cosas simples.
Se puede hacer bella poesía sobre pequeñas cosas,*

pero no podemos remar en contra de nosotros mismos.

Eso transforma la vida en un infierno.

*Disfruta del pánico que te provoca
tener la vida por delante.*

*Vívela intensamente,
sin mediocridad.*

*Piensa que en ti está el futuro
y encara la tarea con orgullo y sin miedo.*

Aprende de quienes puedan enseñarte.

*Las experiencias de quienes nos precedieron
de nuestros “poetas muertos”,
te ayudan a caminar por la vida*

La sociedad de hoy somos nosotros:

Los “poetas vivos”.

No permitas que la vida te pase a ti sin que la vivas...

dibuja el típico paraje idílico y verde con una cascada de rizada espuma blanca en la que reza un poema:

WALT WHITMAN (1819—1892)

Hoy he cogido esa misma lámina que hacía años que había dejado de entender o comprender y la he colgado en mi otro cuarto junto al cuadro de El beso y las cortinas de espumillón frente a mi cama. Nunca volveré a ignorar su significado.

Carpe Diem.

Tengo examen de historia. Disfruto de la historia, por lo que creo ir sobradamente preparada, y afortunadamente no estoy nerviosa. Mientras esperamos que llegue la hora de entrar sentadas en un asiento en el exterior del

aula, no puedo evitar mirar alrededor en busca de su silueta. Curiosamente he adoptado una nueva costumbre, y es colocarme siempre de frente a cualquier vía de paso y de espaldas a una pared, para no sentirme desprotegida y poder controlar el movimiento alrededor.

Álex a pocos metros habla con Mario mientras fuma y vuelve su mirada hacia mí de vez en cuando. Ellos tienen un examen a la misma hora y deben cruzar medio campus para acceder a su aula y, aun así, parecen reticentes a marchar. Miro a Eva. Tiene la nariz dentro de sus apuntes de forma obsesiva compulsiva y no presta ningún tipo de atención a su novio.

Me levanto y me acerco al dueto. Instintivamente sin dejar de hablar, Álex alza su brazo para rodear mis hombros y acercarme a su lado, y lo hace sin mirarme siquiera. Podría no haber sido yo y ser otra estudiante pidiendo una indicación. Imagino su sorpresa al ser recibida tan gustosamente. O tal vez tenga un radar en su cuerpo que detecta el mío automáticamente; lo cierto es, que se amoldan bien el uno al otro como si hubieran nacido para estar unidos, luego la hipótesis de la media mandarina, tal vez no sea tan descabellada. Jamás diré media naranja, muérdame la lengua si oso hacerlo. Suficiente con recurrir a sus teorías engalanadas y edulcoradas. La única verdad es que sus brazos se sienten hogar.

—Álex, tenéis que iros ya —digo cuando termina de hablar de no sé qué nervio ocular, que hace que entrecierre los ojos involuntariamente tratando de proteger los míos de su disección.

—Aún no —responde mirando a su alrededor.

Aún tengo las huellas en la cara de los golpes de Abraham. Mi mandíbula y mi mejilla han tornado en un arco iris sucio de colores verdes, amarillos y morados, y la cicatriz de la frente es bastante visible bajo el nacimiento del pelo. Cuando enfrento otras caras descubro sus miradas horrorizadas o curiosas, según se precie, a razón de mi aspecto, pero supongo que es lógico.

Lo que excede en descortesía es lanzar una exclamación como la que hace la chica que avanza en mi dirección. Me quedo tiesa sin saber cómo reaccionar cuando la reconozco. Es la que estaba con Abraham en la discoteca. A la que advertí sobre Él.

—¡Oh dios! ¿No habrá sido él verdad?

No contesto. No creo que haga falta. Ella entiende mi silencio por un sí, y se lleva una mano a la boca para ocultar su sorpresa.

—Es horrible —acierta a decir compungida. La verdad, no tengo claro si se refiere a lo que hizo Abraham o a mi cara—. Nunca pude darte las gracias por acercarte a mí y tratar de prevenirme. —Asiento con la cabeza y un encogimiento de hombros, que me pasa factura, tratando de restarle importancia. Me siento incomoda bajo su escrutinio. Era más fácil cuando lo sobrellevaba en secreto—. De todas formas no era nada serio. Siempre imaginé que estaba obsesionado con otra chica —comenta, y noto que la espalda de Alex se tensa bajo mi mano.

—¿Qué te hizo sospechar eso? —le pregunta intrigado.

—Detalles que tal vez es mejor que cuente, pero no ahora. Tengo prisa por llegar a un examen. Tal vez podamos quedar otro día. Suelo estar en la sala de estudio del tercer piso junto a los ordenadores.

—De acuerdo. Gracias —respondo.

Soy consciente de lo conveniente de su información, pero lo cierto es que no estoy segura de querer conocerla. Estoy confusa debido a esta nueva pesquisa, y no dejo de preguntarme si realmente hice lo suficiente para alejar a Abraham de mi vida porque, aunque tal vez en su momento lo parecía, en vista de su obsesión, en mis manos estaba desaparecer de su radar para siempre y no lo hice. ¿Es lo que debería hacer ahora en vez de tratar de ser valiente?

La chica, de la que aún no conozco su nombre, se despide y mientras lo hace se apresura a añadir:

—Ten cuidado, anda por aquí. Lo he visto antes.

Un estremecimiento involuntario me sacude. Mi cuerpo fue el que sufrió en mayor medida la ira de Abraham y no puedo evitar sus temblores involuntarios.

—Mario, no me esperes. No voy a ir —suelta Álex cuando la “chica de Abraham” se aleja. Atónitos nos volvemos hacia él.

—Álex... —comienzo

—No —contesta sin escuchar mis argumentos siquiera. Sinceramente, creía que dominaba mejor a su troglodita interior. Abandona mis hombros y su mano se desliza entre mi pelo por mi nuca con reticencias a dejar de tocarme, mientras se vuelve para observar alrededor.

—¿Qué ocurre? —oigo a Lucía a mi espalda. Me vuelvo hacia el sonido de su voz y veo que se ha incorporado acercándose a nosotros con el ceño fruncido—. ¿Quién era esa?

¡Oh Dios! Por si no fuera poco un guardaespaldas cavernícola, también tengo otra protectora con aspiraciones a ángel de Charlie. Afortunadamente, encuentro una aliada cuando le comento que Álex no tiene intenciones de acudir a su prueba. Mi frustración parece desaparecer a medida que decide ceder ante nuestros argumentos válidos y verosímiles del porqué debe presentarse a su examen. Es injusto que se vea obligado a realizar este tipo de sacrificios.

—No me moveré de aquí hasta que no vuelvas —le confirmo antes de darle un beso y empujarle prácticamente para que siga a Mario escaleras abajo. Se gira un vez más para mirarme, sin dejar de caminar, con una expresión no muy complacida y una preocupación clara en su semblante.

—¿Te queda un poco de la poción de amor que utilizaste con él? —me pregunta con sorna Lucía señalando en la dirección de Álex con la barbilla.

—Claro, ¿con quién quieres utilizarla?

—Uhm —dice mientras finge que está deliberando—. Mira, con esos dos que van por ahí y con ese también —dice señalando en otra dirección.

—Eso es mucha poción —le contesto con una carcajada

Hago un examen redondo. De los épicos. Tal vez la diferencia estribe en que no estudio para aprobar, sino por el placer de saber. Lo termino medianamente pronto y salgo de la clase con esa satisfacción que acompaña a las cosas bien hechas. Casi me restriego la panza como si hubiera sido participe de una succulenta comida y no de una prueba. Reconozco, entre los rostros de las personas que comentan sus impresiones del examen fuera del aula, una amplia sonrisa. Su dueño me observa con regocijo y me acerco a él.

—Jorge —nombro a modo de saludo e introducción—. ¿Qué haces aquí?

—Me envía Romeo —deduzco más que aseguro que habla de Álex, y sigo sin comprender—. Lo sé. Estás pensando ¿qué clase de ayuda puede suponer cuando es evidente que recibió una paliza del mismo tipo del que trata de protegerme?, pero como método de distracción soy muy útil. Yo me pongo a tiro y tú corres.

—Estás loco. Jamás haría eso —le reprendo—. ¿Y cómo demonios ha dado Álex contigo?

—Me he encontrado con él cuando iba camino de un examen, y como estaba libre me ha preguntado si podía venir —explica sin darle mayor importancia.

—No tenías que hacerlo, Jorge.

—Pero quería —contesta

Una sonrisa tienta mis labios, y le miro con los ojos entrecerrados mientras la suya se amplía aún más.

—Deduzco que tu examen ha salido bien —comenta con un dedo largo extendido hacia mi sonrisa.

—Estoy a punto de romper en mi baile de la victoria —contesto consciente

de que, aunque quisiera, no podría ser capaz de hacerlo.

—Adelante, por favor. Que mi presencia no te detenga.

—Será un baile mental porque no creo que el dolor de mi cuerpo pueda permitirlo —confieso apenada.

—Espera, permíteme que sea yo quien lo haga por ti —dice con tono congradador y, antes de darme tiempo a responder, retira sus manos de los bolsillos y levanta sus puños a la altura de su cabeza.

Con un meneo exagerado y sin borrar la sonrisa se marca un movimiento acompasado de los brazos y las caderas. Se muerde el labio y entrecierra los ojos en una expresión extasiada en su rostro que me hace desternillarme de risa. Lo sorprendente es que, pese a que la primera impresión es que existe una profunda descoordinación entre sus largas extremidades y su cuerpo delgado, toda la torpeza aparente parece desaparecer cuando trata de armonizarlas en un baile.

—No sabía que se te daba tan bien.

—Lleva sus horas de dedicación, pero eres afortunada porque voy a enseñártelo para que lo hagas el último día de exámenes cuando ya no te duela nada y puedas marcártelo sin problemas.

—¡Eh! Quieto ahí parado, ¿qué te hace suponer que es mejor que mi baile de la victoria?

—Uhm... eso suena a desafío. No necesito mucho incentivo antes de apostar alto —conviene acariciándose la barbilla con aires pensativos.

—De acuerdo, dime día y hora —Acepto de buen grado.

—Te necesito entera, por lo que tendrá que ser cuando ya no tengas excusas que te dispensen de una mala actuación—. ¿Excusas? Tengo problemas para cerrar la boca después de oír eso.

—¿Cómo osas? —le digo con un atisbo de indisoluble ofensa—. Te vas a enterar. Mi último examen es el 11 de febrero a las 16:00.

—Nos vemos aquí a las 18:00 entonces, sin excusas de palizas ni atropellos.

Casi me atraganto con mi propia saliva al tratar de tragar y reír a la vez.

—Hecho —le digo extendiendo mi mano maltrecha para sacudir la suya.

—¿Qué está hecho? —pregunta Lucía desde mi espalda acabado ya su examen y colorada por el esfuerzo como un tomate.

—Ana y yo tenemos una cita —contesta Jorge con todo el descaro del mundo y la sonrisa más traviesa.

—Un momento, no es una cita —me quejo sin tomármelo en serio ni por un segundo.

—¿Cómo que no? Hemos quedado un día a una hora para bailar, ¿sí o no? —insiste

—Compararemos nuestros bailes de la victoria —le explico a Lucía—. Tú podrás ser jueza si te apuntas.

—No —dice con cara resabidilla y un poco de picardía reflejada en su sonrisa—, le dejo ese honor a Álex. Apuesto a que le va a encantar.

—¿Qué me va a encantar? —pregunta el aludido apareciendo a nuestro lado con paso rápido.

—Mi cita con Ana —contesta Jorge rápidamente sin que dé tiempo a nadie más a hacerlo.

Automáticamente con curiosidad más que cualquier otra cosa, los tres nos volvemos hacia él en busca de una reacción, y soy consciente de que está en mi poder rectificar a Jorge inmediatamente para solventar malentendidos, pero heme aquí callando como un zorrón y realizando estudios de comportamiento cavernícola.

—¿Cita para qué? —pregunta con toda la indiferencia de la que es capaz, mirando a ninguno en particular, aunque por alguna razón no cuela y lo sé porque las sonrisas maliciosas se extienden.

—Para bailar —contesta de nuevo Jorge. La mirada de Álex viaja desde Jorge a mí, supongo, que en busca de más información.

—Contrastaremos nuestros bailes de la victoria y juzgaremos cual es mejor —explico

—Eso es aún peor de lo que había imaginado —resuelve con consternación—. Deduzco que no podrá ser a corto plazo.

—Último día de exámenes —confirmo

—Se te empiezan a acumular las tareas.

Tiene razón. Para ese día hemos dispuesto nuestra cena japonesa que servirá para emplazar distintas celebraciones: mi recuperación y bienvenida y el fin de exámenes junto con la entrega de los regalos del amigo invisible.

Además, aún tengo pendientes las distintas visitas reconcertadas de los afectados de Avisa y quiero avanzar en el tema de los medicamentos Egromal, y por si fuera poco, está el concierto de Jul; se trae a toda la banda, y no sé cómo nos podremos organizar para entrar todos en casa. Asegura que ellos tienen suficiente con los sacos de dormir tirados por el suelo y lo cierto es que no podemos ofrecerles mucho más.

15

54 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2013, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

Placebo _ The Bitter End

Exámenes concluidos; baile de la victoria elaborado; cena japonesa consumada; regalos repartidos, y el mundo..., el mundo continúa girando y girando, nada ni nadie lo detiene. Temo el día que al hombre se le ocurra hacerlo por el simple placer de demostrar que puede. Por fortuna, aún no, por lo tanto no tengo más remedio que engancharme a él como si fuera un tren en marcha sin paradas al que debo precipitarme corriendo y trastabillando para no perderlo, y este *munditren* no baja su velocidad ni hace concesiones, si no me esfuerzo y lo sujeto con fuerza me abandonará.

Tras Álex y sobre su moto, aferro su cintura como si fuera mi mundo que no se detiene y dejo que las pinceladas de los rayos de un sol primaveral asomen sus dedos traviesos entre los huecos de los Olmos y los Chopos, invadiendo el arcén y bañando de claroscuros nuestro camino hacia ninguna parte por una carretera secundaria elegida al azar.

Por un breve momento, quiero dejar de pensar, olvidar quién soy, adónde voy y lo que tengo que hacer, y dejarme llevar en esta huida de mí misma y mi propia vida para no ser nadie y no querer serlo. Apretar de nuevo el botón de resetear y volver a empezar porque hoy es el primer día del resto de mi vida.

Cierro los ojos. Dejo que el viento mueva mi pelo y el cuentakilómetros

quemando asfalto sea el auxilio cómplice de mi necesidad de fuga y abandono. Hoy no corro tras el mundo; quiero ir por delante de él y adelantarme en su recorrido. No deseo que gire sin freno; quiero hacerlo yo rodar bajo las ruedas de la moto mientras me burlo de sus intentos de gobernar mi vida de forma que yo no pueda prever o prevenirme de sus andaduras. Hoy persigo tomar las riendas de mi propia existencia y dejar de hacer lo que se supone que debo porque es lo correcto, ¿según quién? o lo civilizado, ¿para qué? Quiero redactar mis propias normas y leyes y hacer lo que me venga en gana porque me da la gana. No quiero tener que dar explicaciones ni tener que excusarme por mi comportamiento. Rasgo las ataduras y grito tan alto como puedo: «¡¡¡Solo yo gobierno mi vida y decido qué hacer con ella!!!» Y ahora quiero ser más rápida que nadie, volar más alto que ninguno y que nada pueda alcanzarme.

Ambiciono saber si todo lo que creo lo hago por mis propias deducciones o son solo ecos de los pensamientos de otras personas, insertadas en mi cabeza como propias pero sin serlo, porque estoy tan cansada de que me digan qué es lo que debo hacer, deliberar u opinar, que quiero desaparecer y solo volver cuando esté segura de que mis decisiones son solo mías, y nada ni nadie podrá alterarlas.

Hoy seré la oveja negra del rebaño, la manzana podrida, el nudo de la cuerda y la conjugación sin alinear, y que me juzguen los más osados si tienen valor para enfrentarse a mis notas discordantes o la falta de civismo de mis palabras. Hoy decido yo y decreto no hacerlo porque ya he tomado una decisión mucho antes de saberlo y ya no quiero cambiarla; porque hoy ha sonado el teléfono en casa; porque hoy Abraham ha llamado; porque hoy Él ha llorado, suplicado y rogado perdón, y mi alma ha vuelto a despedazarse mientras mi corazón ardía.

Él no es un desconocido que nunca me importó; Él fue mi marido, mi futuro

y mis esperanzas. No persigo venganza. Solo quiero vivir a mi manera, sin más sufrimiento del necesario para poder sonreír y bromear cada día y seguir adelante un minuto más, una hora más, una noche más y ver el nuevo amanecer sin preocuparme del mañana ni tener remordimientos del ayer.

Y que se joda lo demás.

Carretera y manta.

Rihanna feat Mikky Ekko _ Stay

—¿Si? —contesto tras retumbar el sonido metálico del teléfono.

Álex está en la ducha. Lucía duerme. Yo preparo café.

—Ana, soy Abraham —caigo pesadamente sobre el sofá tras escuchar su voz a través del auricular.

Doy gracias por estar sola, y que nadie pueda ver la palidez en el rostro que percibo a través del espejo frente a mí.

—¿Cómo has conseguido este número? —contesto sin apenas fuerza ni ánimo que insufla en la voz la ofensa que debería de percibirse.

—Busqué.

—¿Qué quieres Abraham?

—Saber cómo estás.

Ambos hablamos en susurros que solo los amantes utilizarían para intercambiar palabras afectuosas. Él consciente de que puede perder la llamada en cualquier momento; yo, sin ánimo ni fuerzas para confrontarle de nuevo. Siempre me gustó la candencia de su voz tras un teléfono, acariciando mi oído con suavidad en un tono bajo y ronco como si entonara en do.

—¿Quieres los datos médicos, Abraham? Las costillas rotas, el dedo fracturado...

—No, para Ana —me interrumpe con desconsuelo—. ¡Dios! No sé qué me ocurrió. Te juro que no creí hacerte tanto daño. Estaba fuera de mí, pero mi intención no fue esa cuando te llevé conmigo. Solo quería hablar.

Silencio. Puedo oír su respiración, incluso cuando traga saliva.

—¿Qué quieres Abraham? —repito con cansancio porque lo sé, y la historia se repite persiguiéndome una vez más.

—Necesito que me perdones. Tienes que entender que yo nunca te haría daño a propósito, muy al contrario, me gustas mucho Ana y mi única intención siempre fue conocerte —explica precavido, aunque noto la tensión en su voz.

—Me dejaste sola. Estuve durante horas tirada en el suelo sin poder moverme —le recuerdo duramente porque duele; duelen sus palabras, duelen sus excusas y duele más que nada volver a caminar de nuevo por esta mal dispuesta avenida, y saber dónde y cómo acabará.

—¡Me asusté, Ana! Fui un cobarde, pero no creí que no pudieras salir por tu propio pie de allí —se defiende con un sollozo—. Lo siento, lo siento, lo siento. No puedes saber cuánto.

Cierro los ojos conteniendo un torrente de lágrimas, y las punzadas crueles y virales de sus disculpas. Soy débil y sufro como mía su vergüenza cada vez que pronuncia la palabra perdón, y entiendo que aún no estoy completamente desligada de Él y que tengo una capacidad infinita para perdonarle que aún no se ha agotado, y soy tan absurda que vuelvo a repetirme: «esta será la última oportunidad», consciente de que no es la primera vez que lo pienso, pero que siempre encuentro una excusa que lo defienda.

—¿Quieres que te perdone o que retire la denuncia? —pregunto con las lágrimas deslizándose por mis mejillas y la voz dominada por la rabia y la impotencia que siento.

Odio las disculpas. En el diccionario de la real academia algunos de los sinónimos para la palabra perdón son compasión, generosidad, clemencia y en

su antónimo se lee condena, castigo. Yo no tengo la capacidad ni la garra para mortificar a nadie con la espada de mi justicia, y eso que es de láser. Prefiero con creces ser indulgente y liberar de mis hombros cualquier carga que suponga condenar a otra persona a vagar sin mi piedad. Eso es vivir para mí, vivir y olvidar.

—Voy a retirar la denuncia —anuncio a Álex cuando se detiene frente a un acantilado y me deslizo del asiento de la moto, quitándome el casco.

El suyo aún sigue sobre él como una máscara oscura e impenetrable que no me deja adivinar cuál es su reacción. Espero que lo haga; se lo quita y lo apoya sobre el lomo sin moverse de su asiento, clavando su vista en mí.

—¿Qué? —pregunta como si no hubiera oído bien o su capacidad de interpretar lo que he dicho hubiera disminuido.

Cojo aire y fortaleza de nuevo para volver a pronunciarlo:

—Voy a retirar la denuncia. —Aprieta los labios y su mirada vaga a sus manos, presionando alrededor del casco. Espero.

Sé que se tomará su tiempo. No es una decisión fácil de aceptar para él, tampoco lo será para mi familia. Sufrieron y padecieron conmigo las consecuencias de los golpes de Abraham. Aquello puede parecer lejano para mí una vez que el cuerpo se ha recuperado porque no es mi primera vez, y es la que más profundo cava en las entrañas porque la incredulidad domina cada pensamiento como latidos en el corazón y, pese a la recuperada calma de Álex, soy muy consciente de que aún hace equilibrios sobre un fino trapecio cuando trata este asunto.

No dejo de mirarle. Es como una pared en blanco con secretos escritos en el mismo color que no se pueden leer por mucho que se entorne la vista.

Parece despertar de un sueño cuando se incorpora con brusquedad y apoya la moto sobre su pedal antes de llevarse una mano a la cara, tratando de aclarar sus pensamientos.

Se aleja de mí. Para. Se detiene muy quieto. Gira y vuelve caminando rápido hacia mí.

—No lo comprendo —concluye agitado con una mirada inquisitiva.

—Es lo que quiero —respondo casi con pena condenándome por la decepción que le producen mis palabras—. No quiero cargar por meses incluso años esta amenaza sobre mí, tener que enfrentarme a Él frente a un Juez o tener que rememorar lo que ocurrió una y otra vez. Me ha pedido perdón.

—¿Qué? —vuelve a preguntar con escepticismo. Parece seguro de no haber entendido bien—. ¿Has hablado con él?

Asiento con la cabeza y me apresuro a explicar:

—No lo he visto. Ha llamado por teléfono a casa.

—¿Y ya está? ¿Te dice que lo siente y así se acaba todo? Creía que estabas completamente decidida a interponer la denuncia, qué sabías que es lo más sensato. No lo entiendo, Ana.

Aparta su mirada de mí como si no quisiera ser testigo de esta conversación.

—Estaba segura porque se suponía que es lo que debía hacer, lo que estaba bien y lo que todos esperabais que hiciera, pero la verdad es que no me siento cómoda haciéndolo —me defiendo amargamente.

Soy consciente que la moto entre nosotros abre una brecha real que ninguno quiere atravesar; sin embargo, intentar que me comprenda está fuera de mis límites. Nadie puede entenderlo sin estar en mi propia piel.

—Dime —insiste—, ¿no les dices a todos aquellos que entrevistas que deben denunciar? ¿Que deben reclamar justicia y exigir sus derechos?

—No es lo mismo, Álex. Ellos declaran contra caras que no representan

nada para ellos. No lo entiendes, yo aún... —digo y me interrumpo al vislumbrar lo que estaba a punto de decir. Álex cierra sus ojos despacio los mantiene un segundo más de lo habitual y vuelve a abrirlos con una tormenta de truenos rompiendo en sus pupilas.

—¿Tú, aún qué? ¿Le quieres? —pregunta con serenidad aparente, aunque soy capaz de ver más allá de esa quietud.

—No es amor. Son huellas del apego que una vez nos tuvimos y no son tan fáciles de borrar, apego que me hace tener sentimientos contradictorios hacia él, como lástima y afecto o cariño como mucho, pero no amor y, tal vez debería odiarle, pero entonces me convertiría en él y yo no sirvo para fortalecer ese sentimiento. Pensar en esa denuncia me quita el sueño y solo quiero seguir adelante sin lastres que enturbien mi día a día —trato de explicar.

Guarda silencio. Yo también lo hago. Los dos sabemos que ya he tomado la decisión y que simplemente le he hecho participe de ella. No podrá haber entendimiento esta vez por parte de ninguno.

—Creo que te mató, Ana.

—¿Qué? —Ahora soy yo la que no está segura de haber oído bien.

—He pensado en ello, esas cicatrices, el cuchillo. Te mató y a alguna fuerza superior se le ocurrió que no era justo, por lo que estás perdonando y dejando que salga impune el hombre que te mató, Ana. ¿Estás dispuesta a eso?

Mastico sus palabras sin hambre en busca de un mejor sabor con el que poder digerirlas, pero me las trago sin encontrarlo y, pese al regusto amargo que deja en mi boca, de ella sale un vago y triste:

—Sí.

Su mirada sostiene el suelo y sin levantar su cabeza inclinada ligeramente hacia un lado suspira audiblemente dejando que lentamente sus pulmones se vacíen de oxígeno.

Una ligera brisa levanta mi pelo y sus puntas acarician mi cara. Dejo que el aire limpio y el sabor salado del salitre del mar inunden mis fosas nasales. Este es un buen lugar al que huir.

—¿Ahora es cuando dices que no puedes ser partícipe de mi decisión y debes dejarme? —pregunto en tono irónico, aunque en el fondo esa posibilidad me aterra.

Coge aire de nuevo y se vuelve para mirarme. Incluso se acerca unos pasos.

—Si digo que sí, ¿cambiaras de opinión? —me pregunta sin rastro de humor.

Niego con la cabeza lentamente.

—Si digo que no, ¿harás ese baile de la victoria solo para mí? —Una sonrisa llena de alivio, pero que no puede desprenderse del todo de su tristeza, dibuja mis labios. Con las manos dentro de los bolsillos traseros de mis pantalones me acerco tentativamente hasta él en busca de su aceptación y el consuelo de su cuerpo.

—Te haré uno doble —le respondo.

—No tengo opción entonces.

Cierro los ojos con alivio, agradeciendo infinitamente a ese ser superior que me diera la oportunidad de conocer realmente a *Álex*, cuando me acerca hasta su pecho y me encierra entre sus brazos. Ambos danzamos nuestros rostros contra el soplo de aire que juega con nosotros contemplando, perdidos en nuestros pensamientos, la inmensidad del mar.

Podría irme de verdad. Huir realmente a otra ciudad y comenzar mi vida de nuevo. De esa forma no tendría que volver a cruzarme con Abraham. No obstante, hoy no es el día en que tome esa decisión porque estaría quebrantando mi propio decreto, y esa elección conlleva algunas pérdidas que duelen y temo.

—Vamos. Hay un sitio genial por aquí con vistas al acantilado donde hacen unos pollos asados estupendos que hay que comer con los dedos — sugiere.

—Creía que estábamos perdidos —respondo mientras me acomoda frente a su pecho para que poder compartir la vista de la costa reteniéndome aún más fuerte en el abrazo de su cuerpo.

—No es tan fácil extraviarse cuando se pierde la cuenta de cuántas veces se ha tratado de huir. Creo que conozco cada lugar de por aquí para hacerlo. —Guarda silencio y le oigo retener el aire antes de hablar—: Ana... — comienza pero le interrumpo, adivinando que se resiste a dar el tema de la denuncia por inconcluso.

—No, Álex por favor. Déjalo estar. No quiero estar dando vueltas como una peonza sobre este tema.

Deja aflorar todo el aire contenido, tratando de armarse de la paciencia necesaria para tratar de no insistir.

Nos volvemos al vehículo despacio, reticentes a abandonar este pequeño oasis donde la realidad de cada día parece lejana, y nos ponemos en marcha de nuevo.

Hemos conseguido cuatro entrevistas. Todas ellas fructíferas. El problema es similar para cada uno de ellos. También tratamos de hablar con el notario para conocer su versión y el grado de implicación; sin embargo, se negó a facilitarnos ningún tipo de información. Trato de redactar un borrador con los hechos. Jorge y Lucía me acompañan. Oscar casi da saltitos a nuestro alrededor impaciente por compartir con nosotros lo que ha descubierto sobre el Egromal.

—¿Tenemos las copias de las denuncias de los García y de Enrique? —le pregunto a Jorge que me las extiende enseguida—. También necesito la hoja con los datos de los archivos que consiguió Hugo por ordenador. La recibo de manos de Jorge nuevamente—. Ya está listo todo lo que podemos hacer por hoy. Ahora solo necesitamos enviar esta información a algunos redactores jefes de prensa y televisión —digo al concluir.

—Yo me encargo de tocar puertas, jefa —se ofrece Lucía recogiendo el montón de folios de mis manos.

Los tres volvemos nuestros rostros hacia Oscar que se ha levantado del sillón, donde bebe cerveza con Álex y Javier, para acercarse de nuevo claramente ansioso.

Reconozco que estoy agotada. Me siento como si toda la adrenalina acumulada desde el día D, se hubiera esfumado completamente, dejándome en un estado de auténtica fatiga que me tiene avanzando a cámara lenta incapaz de moverme o pensar a un ritmo lógico o normal. Creo que si cierro los ojos sería capaz de dormirme sobre la mesa.

Tal vez sea la falta de sueño, ya que durante el periodo de exámenes disminuyeron drásticamente para suplir las horas de estudio, tal vez los primeros síntomas de una terrorífica gripe. Sea como sea, mi mirada parece empañada por ese fino velo que acompaña la somnolencia y mover mis extremidades requiere del doble de mi energía, lo que me deja con el contador casi a cero.

—De acuerdo —comienza Oscar y saca el perfecto pliego de cuadros mal doblado y arrugado de su bolsillo trasero—. Ya sabíamos que el componente básico de este medicamento era la veraliprida. Pues resulta que este principio activo es considerado un fármaco antipsicótico, o sea, que bloquea receptores de la dopamina.

—¿Y eso significa? —pregunta Jorge claramente perdido en la jerga

médica.

Oscar mira a Álex en busca de ayuda. Tanto él como Javier se han acercado interesados en la explicación de Oscar. Álex apoyado contra la encimera de la cocina con los tobillos cruzados termina de tomar un trago de su botella de cerveza antes de hablar:

—La dopamina es un neurotransmisor del sistema nervioso central y algunas de sus tareas son el control locomotor y funciones cognitivas.

—¿Funciones cognitivas? Como... —insiste Jorge realmente perdido.

—Funciones cognitivas como la atención, la percepción, la memoria, el pensamiento, el razonamiento o el lenguaje —aclara.

—De ese bloqueo pueden surgir un montón de efectos secundarios como síntomas extrapiramidales o síndrome parkinsoniano —continúa Oscar como quién ha descubierto oro.

—En castellano, por favor —le toca esta vez quejarse a Lucía.

—Rigidez y torpeza motriz, espasmos y temblores, salivación, contracción incontrolable de la cara y cuello o problemas para hablar, comer, pérdidas de equilibrio, ansiedad.

—Pero esos efectos secundarios no aparecen en el prospecto —afirmo.

—El único efecto secundario que señala es la posibilidad de producir Galactorrea —le miramos perdidos y Javier lanza un resoplo audible—. Secreción mamaria de leche —aclara, y Jorge contorsiona la cara involuntariamente—. ¡No pongas esa cara! Acaso ¿tu madre no te dio de mamar leche cuando eras un bebé?

—Afortunadamente he olvidado esa etapa de mi vida.

—Apuesto a que no pondrías pegas si se tratara de las tetas de...

—¡¡Oscar!!! —gritamos a la vez Lucía y yo, las únicas que al parecer, estamos más interesadas en la información del medicamento que en el remate de su comentario.

Una risa baja surge del pecho del susodicho apoyada por carcajadas masculinas poco discretas a ambos lados de la mesa.

—Está bien —conviene tratando de centrarse en el tema—, lo curioso según mi padre que por cierto ha flipado, es que esos efectos si se encuentran mencionados en las indicaciones del fármaco en Francia, Portugal e Italia, por lo que el laboratorio farmacéutico no puede defender que no conociera sus consecuencias. Incluso hablan del síndrome de abstinencia tras la interrupción de su consumo. Otros países de alta vigilancia sanitaria como Estados Unidos, Suecia, Alemania o Reino Unido ni siquiera lo comercializan.

—Prefiero padecer los sofocos a que se me caiga la baba —dictamina Lucía.

—Esa es la cuestión: que de saberlo todas esas mujeres no se molestarían en medicarse con este fármaco.

—Te puedes enfrentar a una demanda si mencionas el nombre del medicamento, y hablamos de una multinacional —interviene Javier.

—No creo que les convenga ese tipo de publicidad; además, no puedo desistir bajo esa constante amenaza porque de esa forma los malos siempre saldrían impunes.

No es, hasta después de pronunciar esas palabras, que me doy cuenta del peso de su significado y mi incongruencia. Yo misma delato la insensatez de mi negativa a continuar con la querrela a Abraham.

Mis ojos se cruzan con los de Álex totalmente consciente de los pensamientos que invaden mi cabeza, y soy la primera en desviar la mirada. No quiero sentirme avergonzada de mi decisión o en la obligación de hacer aquello que no quiero. La situación es distinta.

—Hay un neurólogo en el hospital con el que ha hablado mi padre que asegura que el efecto parkinsoniano producido por la veraliprida es de manual, ¿sabes? O sea que se sabe.

—¿Crees que podría hablar con él? ¿Nos concedería una entrevista? — pregunto todo lo emocionada que me permite el cansancio.

—Aquí tienes su teléfono solo tienes que decidir la hora y el lugar —dice con chulería, alcanzándome su cochambroso trozo de papel con algunas de los datos que nos ha facilitado y el teléfono.

—Eres un crack Oscar —le digo con gratitud a lo que él sonrío complacido.

—Te acompañaré a esa entrevista. Quiero ver cómo acaba esto —dice— y si necesitas algo más, solo tienes que pedirlo.

Me llevo la mano a la cabeza para sostenerla con un fuerte dolor de cabeza que me obliga a bajar los parpados. La palma fresca sobre la frente parece paliar el malestar levemente. Masajeo con la punta de los dedos mis sienes en busca de alivio y por un momento parezco desconectada de cualquier imagen o sonido a mi alrededor. Lucho por abrir los ojos con gran esfuerzo porque parecen cerrados bajo muros de hormigón.

—¿Ana? —oigo llamar a Lucía.

Mis parpados se abren sobresaltados al sonido de su voz. No sé cuánto tiempo llevo en ese estado, y si me he perdido algún fragmento de conversación.

—Lo siento —musito—. Estoy cansada ¿me decías algo?

—No. Nada que no pueda esperar —responde mirándome con el ceño fruncido y cara de preocupación—. ¿Te ocurre algo?

—Me siento realmente cansada, tal vez intente dormir un poco.

Eso debe de disparar sus alarmas porque yo nunca descanso demasiado y su expresión es de extrañeza.

El sonido del teléfono fijo retumba en mi cerebro como molestas agujas pinchando sobre él. Esperamos a que Álex lo coja, puesto que está más cerca. Se lleva el auricular a su oído y tras contestar vuelve a dejarlo sobre su sitio

sin más conversación.

—Han colgado —dice y no importa que estemos rodeados de personas y que sus palabras parezcan pronunciadas al aire sin intención de dirigirlas a nadie en particular, sé que su mirada se clava en mí con recelo.

El teléfono vuelve a sonar. Destella el reloj de acero de Álex en su muñeca sobre el auricular del teléfono donde detiene su mano con los dedos extendidos sin llegar a alcanzarlo. Me levanto perezosamente sin ánimo para corroborar nuestras sospechas. Me acerco y descuelgo el teléfono.

—¿Quién es?

Es extraño que conteste con un «¿quién es?» cuando en su mayoría mi respuesta suele ser, «¿sí?», como si no fuera significativo de quién se trata y lo fundamental fuese saber qué es lo que se quiere. Pero en este caso, yo sé que es lo que pretende, solo necesito confirmar y temo tener razón.

Oigo una respiración que juro ser capaz de reconocer antes de una fuerte exhalación que supongo de alivio.

—¿Ana? —Mi mirada cae al suelo para no tener que enfrentar ninguna. No puedo creer que haya vuelto a hacerlo.

—¿Qué es lo que quieres ahora, Abraham? No tienes ningún derecho a llamarme —contesto lo más discretamente que puedo volviéndome de espaldas al resto, aunque siento la mirada indagadora de Álex sobre mí.

—Quería hablar contigo... oír tu voz —cierro los ojos y me endurezco ante la miel con la que embadurna sus palabras. No es justo que trate de atraerme con estratagemas de un dulzor artificial que me evoca recuerdos perdidos.

—Ya has conseguido lo que querías; retiraré la acusación contra ti. Deja de llamar —imploro.

—La verdad es que no puedo dejar de pensar en ti —continúa como si yo no hubiera hablado.

—¿Te das cuenta de los graves problemas psicológicos que tienes? ¿Hace como dos meses me odiabas tanto que me apaleaste sin misericordia y ahora tratas de embaucarme? —pregunto con incredulidad. No. Esto no está ocurriendo.

El auricular es retirado de mi mano con cuidado. Sin pretensiones de arrancármelo de la oreja, pero con el claro objetivo de evitar que esta conversación continúe. Mis ojos se cruzan con otros muy azules y oscuros que con insistencia me ruegan que no le detenga. Lo hago. No le contengo y habla él a través del teléfono.

—Si vuelves a llamar a esta casa, seré yo quién te denuncie, y a mí no será tan fácil convencerme para no hacerlo —comunica con voz apacible e imperturbable. Una pausa conlleva la respuesta sorda de Abraham—. Si tratas de acercarte a ella a menos de cinco metros de distancia, me tendrás sobre ti mucho antes de que puedas decir su nombre —oigo la voz airada a través de la línea sin descifrar su mensaje—. Claro que es una amenaza, ¿qué es lo que no has entendido? —Pausa—. No voy a abrir un debate contigo ni darte concesiones. Estas son las condiciones, las aceptes o no. Vuelve a molestarla y ahí acaba todo para ti, jodido cabrón. —Finaliza la llamada bruscamente sin interés en la respuesta.

Cuando el auricular cae contra su base se vuelve a mirarme en busca de algo que no sé si encontrará. Pero no es él quien hace la pregunta que ronda en el aire, sino Lucía:

—¿Qué está ocurriendo, Ana? ¿Vas a retirar la denuncia y permites que te llame? —Siento la mirada de todos en la casa sobre mí con claras señales de incredulidad e incluso decepción.

—Acabo de decirle que dejara de hacerlo, que no llamara más —me defiendo con resignación de lo único que puedo, enfrentando cada reproche de sus caras.

—Menuda locura. Dejar que salga impune después de lo que hizo —insiste malhumorada—. ¿Es que tú no vas a decir nada? ¿Vas a permitir que lo haga? —le dice a Álex que abandona despacio su mirada sobre mí, volcándola hacia ella sin dejar traslucir ningún tipo de sentimiento.

—Ya soy mayorcita y tomo mis propias decisiones, Lucía —objeto antes de que pueda hablar y acompaño mi cada vez peor humor con aspavientos de las manos.

Lucía me observa con los ojos entrecerrados y un claramente ceño muy fruncido. No lo va dejar ahí.

—Serás mayorcita, pero claramente eres tonta. ¿Cuántas veces tendrá que hacerte daño hasta que comprendas que no te respetas a ti misma si no intentas evitarlo por todos los medios?

Resoplo con consternación.

—No me vengas con clichés y con frases hechas para libros de autoayuda, Lucía. No es tan fácil como parece —espeto.

—Es fácil si quieres sobrevivir, Ana. ¿Recuerdas ese documental que vimos? ¿Te acuerdas de su título? *O mía o de nadie*. Estoy completamente segura de que ese es su propósito y de que si tú no terminas con ello, lo hará él de manera irreversible. —Mueve su hombro para desquitarse la mano de Oscar que ha caído sobre él con ánimos apaciguadores y se gira para mirarle con desafío—. No voy a callarme —le suelta y se vuelve de nuevo hacia mí—. No entiendo que te responsabilices de las desgracias de toda esta gente que ni siquiera conoces y no te preocupes ni un poco por socorrerte a ti misma. Está bien —conviene levantándose de la silla con estrepicio—, yo lo haré por ti; voy a llamar a tu hermano y relatarle, con pelos y señales, lo que tienes pensado hacer. No sé si intuía que esto acabaría ocurriendo, pero me advirtió que le mantuviera informado.

—¡Maldita sea Lucía!! ¡¡Te estoy diciendo que es más complicado de lo

que parece!! ¡¡No busco venganza y no quiero hacerle daño!! —me defiando con vehemencia porque tener que enfrentar a mi familia después de tomar una decisión así, me parece difícilísimo.

—¡¡Genial porque a él le resulta bastante simple hacértelo a ti!! Dejemos entonces que lo vuelva a hacer. Porque él —dice señalando a Álex— no podrá estar siempre a tu lado para protegerte y tampoco creo que tú consientas eso, y lo mismo que ha conseguido este número de teléfono sabrá la dirección de esta casa y la de tus padres.

—¿Y qué crees que sucederá si sigo adelante con la demanda? ¿Crees que lo van a encarcelar? Con probabilidad solo consiga una multa y un hasta luego, mientras yo llevaré una diana pintada en mi frente, especialmente diseñada, para dar rienda suelta a su venganza.

—También te pegó a ti —le dice a Jorge—, ¿por qué no le denuncias también? Tienes informes médicos, un montón de testigos. No se puede ignorar que es una persona violenta. —Jorge asiente con la cabeza.

—¡¡Déjalo estar, Lucía!! —exclamo con desesperación—. ¡Aghhh! —grito con frustración— ¡No quiero discutir más sobre esto! ¡La decisión está tomada!

—No me pidas que me quede de brazos cruzados porque no lo haré —me avisa siniestramente.

—¡Eres más terca que una mula! —me quejo.

—¡Y tú más testaruda que una vaca! —contesta— ¡Y una vergüenza para todas esas mujeres que han luchado por todas y para ellas mismas, y que tanto admiras! ¡No te mereces un seudónimo como el de aspirante a mariposa! Más bien la mariposa naufragada porque te rindes incluso antes de empezar. No eres candidata a ser como ellas.

Cierro los ojos tratando de paliar la herida que me infligen sus palabras, palabras que contienen tanta verdad que se clavan en mi pecho con la fuerza

de una espada y llegan tan profundo que soy incapaz de arrancarlas de nuevo para intentar que no duelan.

Me dejo caer sobre el brazo del sillón, en un mutismo incontrolado, porque me falta vocabulario que sea válido para defenderme y me pregunto de nuevo, ¿quién soy yo? ¿Cómo es la verdadera Ana? ¿Segura de sus convicciones, fuerte en sus decisiones, defensora de las injusticias y batalladora? O ¿solo es un reducto pusilánime que se engaña a sí misma para no tener que alzarse contra los abusos de su propia vida? Y no. No es miedo. Lucía tiene razón. Siento lástima por una persona que demuestra no tenerla conmigo, que me manipula de forma deshonrosa hasta lograr que dude de mis propias convicciones y de mí misma. ¿Dónde estoy yo? ¿Cómo encontrar a la auténtica Ana? O más bien, ¿quién quiero ser? ¿La aspirante a mariposa o la mariposa naufragada?

Siempre he tenido la respuesta incluso cuando el agotamiento y la desesperanza gobernaban mi vida y no tenía fuerzas para creer en mí, sabía quién quería ser y cómo, y no era así, no, no así, sino como cada mujer que luchó, se reveló y abrió un nuevo camino lleno de luz tras un túnel lúgubre con promesas de un mejor futuro para cada una de nosotras.

Levanto los ojos hacia Lucía, una de esas mujeres que no se rinde conmigo, y contengo un sollozo que surge de mi garganta como una exhalación. Sus pupilas me devuelven una mirada clara y totalmente abierta llena de preocupación.

Así son los amigos de verdad, los que no dudan en reprender cualquier comportamiento dañino y nunca abandonan aunque se merezca, y Lucía jamás me dio por imposible. Si bien nuestros encuentros fueron cada vez más esporádicos y nuestras vidas nos mantuvieron alejadas, ella jamás se rindió con nuestra amistad.

Cada reencuentro se llenaba de afecto y ternura como si nunca hubieran

pasado más de dos días sin vernos o hablarnos. Ella sujeta bien fuerte la cuerda de mi lealtad por siempre sin peligro de rotura porque entre nosotras nunca ha habido obligaciones, solo franca y voluntaria devoción.

—¿Me acompañarás a hacerme un nuevo tatuaje? —le pregunto con media sonrisa afectada y lágrimas descendiendo por mis mejillas. No puedo ni debo volver a olvidar y necesito un recordatorio.

Sé que ella comprende. El alivio invade su rostro y contiene una expresión conmovida.

—No solo te acompañaré, sino que me haré yo otro: dos lindas mariposas con grandes alas que nunca zozobrarán.

Asiento con la cabeza. Se acerca y su mano alcanza la mía en un ligero gesto de aliento que devuelvo con una suave presión de mis dedos, y no sin sorpresa, me doy cuenta de que ya no me siento tan cansada. Todo el agotamiento y el sopor que se habían apoderado de mi cuerpo, parecen haber desaparecido con la última gota de mi rendición.

Me atrevo a mirar al resto y me encuentro con un Jorge afectado, un Oscar cabizbajo y un Javier confuso y Álex, Álex ni siquiera me mira, taladra con el azul zafiro de sus ojos el suelo bajo sus pies.

Busco a Álex dentro de su habitación y le encuentro tendido sobre su cama con los brazos cruzados tras su cabeza y las piernas largas y delgadas extendidas sobre el colchón, mirando el techo. Inclino la cabeza buscando su mirada desde la puerta en busca de alguna señal, en su rostro, con la que descifrar cuál es la razón que le mantiene totalmente abstraído en sus pensamientos.

—¿Alguna vez has pensado en volver con él? —pregunta directamente sin moverse, aunque percibo cierta tensión en su postura.

No me hace falta preguntar a quién se refiere. Él, siempre Él trastocando

mi vida y haciéndome girar alrededor de su dedo hasta dejarme mareada y confusa.

—No —contesto aún consciente de que, tal vez por un milisegundo, pudo ocurrir la primera vez que volví a verle, pero es difícil poner en palabras ese tipo de sentimiento—. Si pudiera alejarlo de mi vida para siempre lo haría.

Me siento junto a él.

—Podríamos irnos, cambiar de ciudad y universidad —comenta, y esta vez, sí se vuelve a mirarme.

Mis ojos estudian los suyos, preguntándome por primera vez cuáles son los miedos de Álex. Siempre había dado por hecho que no tenía, porque no existía ningún atisbo que revelara que los padecía, pero ahora recuerdo las palabras de Daniel, acusándome de ser la criptonita de su hermano y me encuentro tratando de averiguar hasta qué punto estaba acertado.

—Me gusta mi vida aquí, me gustan mis progresos, mi pequeño trabajo, las amistades. ¿Por qué estás tú tan dispuesto a cambiar todo eso?

—Porque estoy aterrado pensando que sucederá, si él continúa a tu alrededor —contesta sin rodeos liberando sus brazos para cubrir su cara con sus manos—. Y al parecer, yo no soy capaz de desprender totalmente el vínculo que tienes con él.

Extiendo mi cuerpo sobre el suyo, descubro su rostro y busco el enlace entre sus ojos y los míos. Como siempre su color me atrapa como espirales que bailan hipnotizando y calmando mis ansiedades. Mi visión llena del más puro azul.

—¿Por qué te menosprecias? Ni siquiera puedo poner en palabras todo lo que has hecho por mí y lo importante que eres en mi vida. Que nunca hayas tratado de modificar mi forma de pensar o actuar es uno de los regalos más grandes que jamás he recibido. No está en tu naturaleza ser belicoso y no sabes cuánto lo valoro. Dejemos las bofetadas verbales para Lucía que estoy

segura de que las disfruta.

—No soy ningún santo, Ana. No tienes ni idea de los pensamientos turbulentos que desfilan por mi cabeza. Me encantaría arrancar a ese cabrón para siempre de tu vida como si fuera una mala hierba pernicioso que hay que exterminar —comenta cerrando la mano del brazo que descansa sobre su frente en un puño.

—Lo has arrancado de mi corazón, Álex —admito y, estropeando para siempre una escena digna de cualquier película llena de pasión y romanticismo, me pongo a reír de mis propias palabras—. ¡Dios! ha sonado demasiado cursi, pero te juro que es lo que siento —explico avergonzada.

Me mira atentamente con incredulidad y trata de evitar que esconda mi cara sujetándola entre sus manos.

—Te has puesto colorada —advierte divertido confirmando lo que yo ya sospechaba.

Me escondo en el hueco de su clavícula aspirando el olor familiar y limpio de su cuerpo mientras acaricio con mis labios su cuello.

—Querer tanto duele y aterroriza —reconoce tras una larga y profunda expiración.

—Lo sé —contesto dejándome envolver con fuerza por sus brazos y entrelazando mis piernas con las suyas.

El lugar elegido para hacer el tatuaje está bajo el lóbulo de la oreja izquierda. Las alas de una mariposa se extienden invadiendo el cuello y rozando mi clavícula.

Necesito verlo constantemente como un infinito recordatorio de lo que quiero ser.

Lucía prefiere un lugar menos visible. Intento por todos los medios que no lo haga, en la parte baja de su espalda, para evitar futuros problemas médicos. Con 18 años tal vez carezca de importancia, la posible alternativa o no, de usar la epidural, pero en medio de los dolores del parto lo más probable es que la urgencia de emplearla aumente en proporciones desmesuradas.

Escoge la parte posterior del hombro.

El dibujo que hemos seleccionado para ambas es el mismo; de forma, que debía convenir a las dos porque yo quería uno más tribal y negro y ella, colorido y definido, así que el detalle final es el de una maravillosa mariposa Morpho en líneas negras con pinceladas de color azul. David; además, antes de comenzar a hacernos los tatuajes, nos explica que este tipo de mariposas representan, la transformación y la libertad, debido a su metamorfosis única de oruga *comesuelos* a belleza espectacular *surcacielos*.

Llenaría, sin dudar, mi cuerpo de coloridas pinceladas que cada día fuesen capaces de recodarme lo que he conseguido, adónde ir y qué quiero ser. Colores y formas mucho más amables que los de los moretones o los golpes y que representan mi propio amotinamiento contra Abraham, contra las injusticias y contra una vida que no me satisface porque; solo yo decido qué crear en mi cuerpo y cómo; y solo a mí debe servir el encanto o no de lo que hago con él, y yo estoy satisfecha. Muy satisfecha.

—Mis padres no son tan tolerantes como los tuyos —dice Lucía tras reflexionar tarde sobre lo que acabamos de hacer—, si me echan la bronca te culparé a ti —avisa. Le miro con media sonrisa divertida—. ¡Ja! No te hará tanta gracia cuando les comente lo mala influencia que eres.

—Tu no necesitas mi influencia para ser mala —le contesto con una carcajada.

—Tienes razón. ¿Quién demonios querría ser buena? ¡Es tan aburrido! —Entrelaza su brazo con el mío y caminamos de vuelta a las realidades de

nuestras vidas.

¡Oh! ¡Dios! La casa encoge literalmente, y eso, que los instrumentos han sido convenientemente guardados en el local donde Los Inadaptados tienen concertado su concierto. Definitivamente, este piso es demasiado pequeño para siete personas contando a los cinco del grupo, peor aún, si añadimos a Oscar y Javier que aunque nunca se quedan a dormir siempre pululan por aquí o Jorge, a quién Lucía y yo adoptamos. Eso hace doce personas y un solo baño. Mucho, mucho peor: nuevo tíos y una sola taza que nunca está en su posición correcta, con la tapa bajada, nueve tíos que beben cerveza, fuman canutos y llenan el espacio de humo, comen como limas y ocupan todos los asientos.

Dos noches de concierto, tres días de invasión, y por supuesto, no puede faltar la música de forma estruendosa en el lugar cuando Jul está en él.

—¿Otro tatuaje? —pregunta sentado sobre la encimera de la cocina a mi lado, mientras yo vuelco patatas fritas de paquete sobre dos cuencos para alimentar a las fieras.

—Sí, ¿te gusta?

—Sí, mola. Aunque el otro es más bestial, me gusta el sitio que has elegido para este —responde mangando del cuenco un puñado de patatas fritas que se lleva a la boca—. Tal vez me haga yo uno así de grande en toda la espalda, una bandera pirata —me mira con suspicacia en espera de algo—. Bueno, ¿qué? —espetta.

—¿Qué de qué? —le respondo anonadada.

—Pues si me lo haré o no —contesta como si fuera algo evidente por preguntar—. Tienes información privilegiada, An. —Resoplo incrédulamente.

—No voy a contestar a eso. Lo que hagas, o no, dependerá absolutamente de lo que decidas tú, no de lo que yo pueda decirte.

—Bueno, ya sé algo, te vuelves una aburrida resabida —me increpa y sonrió maliciosamente, recogiendo los cuencos para llevarlos hacia la mesa mientras camino hacia atrás sin dejar de mirarle.

—Al menos yo no llevaré pajarita, señor profesor —suelto y giro dándole la espalda no sin antes oírle refunfuñar ampliando mi sonrisa.

—¡Espera bobita! Que te ayudo a llevar esas patatas —le oigo decir antes de recoger uno de los cuencos de mi mano.

La banda la forman, Ángel a la batería, Pablo a la guitarra, Alberto al teclado, Carlos al bajo y Jul. Cinco buenos elementos que comenzaron a tomarse la música como un hobby y una forma de pasar el tiempo, y poco a poco dejaron que su vida girara en torno a ella, aunque nunca demasiado en serio. De haber sido así, se hubiera perdido el verdadero propósito del grupo, que era pasárselo bien.

Ocupo un asiento junto a la mesa donde deposito los recipientes a punto de ser engullidos por manos ansiosas. Al otro lado de la mesa, Lucía levanta los ojos al cielo con incredulidad. Ella, solo tiene un hermano mucho menor que aún es dulce y tierno; no ha sufrido la transformación a devorador ultrasónico.

Golpea el dorso de las palmas que le impiden llegar a las provisiones sin consideraciones, y consigue un puñado para ella, además, de miradas sorprendidas. Jul me echa un vistazo divertido y cabecea hacia su derecha señalando a Lucía socarronamente.

Nunca importa la cantidad de personas que nos rodeen ni cuán lejos estemos ubicados el uno del otro, advertimos las mismas situaciones curiosas, escabrosas, divertidas o incomprensibles, y las compartimos con el encuentro de nuestros ojos intercambiando más palabras que la propia voz.

Asiento con la cabeza repetidamente, conteniendo la sonrisa con los labios

apretados. Sí, sin duda Lucía es una persona a tener en cuenta.

—El concierto empieza a las diez, pero debemos estar allí con dos horas de antelación al menos para comprobar el sonido y los equipos —está explicando Pablo a Jorge—. Oye Julián, ¿está diseñada la lista definitiva de canciones?

—Sí —le contesta con la boca llena—. Hace como una semana que lo está. No sé ni porque me esfuerzo, si nadie se molesta en leerla antes de las actuaciones.

Sonrisas burlonas aparecen en sus rostros. No parecen muy afectados por la queja de mi hermano. La verdad, él tampoco protesta muy seriamente.

—Pásamela —pide Pablo.

Jul entrecierra los ojos y frunce la boca pensativamente, tratando de recordar dónde está.

—Espera. ¡Oh joder! ¡Mierda! —suelta llevándose una mano a la frente con un ligero manotazo—. Me la he dejado allí.

Carcajadas sonoras resuenan sobre la mesa.

—No sé por qué te molestas en hacerla con una semana de antelación, si siempre tenemos que acabar rehaciéndola antes de las actuaciones —comenta de forma guasona Ángel.

Es una panda de informales. Son demasiado desenfadados como para que el tema del grupo se torne en algo responsable. Alberto se inclina tanto hacia atrás en la silla mientras se ríe que se cae al suelo, lo que levanta más risotadas. No, estos no han oído hablar del miedo escénico.

La puerta se abre cuando el jolgorio está en pleno apogeo y Álex la cruza con paso lento y un cigarro entre los labios antes de cerrarla. Viene de alguna de sus clases. No parece afectado por esta ocupación masiva de su casa e increíblemente saluda a los presentes con un movimiento de cabeza y un apretón de manos aquí y allá. Presiona ligeramente con su mano sobre mi

hombro como reconocimiento antes de dirigirse a su habitación para dejar los libros.

—Tengo un amigo que es un genio con los ordenadores, y todavía se devana los sesos preguntándose cómo se pudo hacer eso con tanta sincronización como si se supiera exactamente en qué instante estábamos reproduciéndolo; además, solo ocurrió aquella vez, no hemos vuelto a ver esas imágenes —explica Jorge a Pablo demasiado alto como para no captar la atención de los demás.

Sé, sin que lo diga a qué se refiere y también, que no hay teoría sensata que esclarezca lo que ocurrió en el video que vimos en el blog de Los Inadaptados. Me preparo para una conversación que no me entusiasma mantener, con la esperanza de que no se alargue demasiado.

—¿Qué imágenes? —pregunta Jul interesado.

Cruzo una mirada con Álex que vuelve y se apoya tranquilamente en la encimera con los brazos cruzados. Jorge explica lo extraño de las escenas que aparecieron en la página del blog, pero sin especificar qué es lo que vimos. Me sorprende que se guarde esa información y que se muestre tan reticente a desarrollar su contenido. Supongo que de alguna forma trata de ser discreto.

—¿Me estás diciendo —pregunta uno de los chicos— que el video de los gemelos estaba manipulado para que vierais unas escenas claramente ofensivas destinadas a vosotros que nunca han vuelto a aparecer?

—No somos gemelos.

—¿Eso puede hacerse? ¿No será un virus o algo de eso? —comenta otro.

—¿Qué tipo de imágenes? —vuelve a repetir mi hermano más frustrado esta vez.

—Esa historia no es mía para contarla —contesta Jorge con simpleza y una de las sonrisas que le caracterizan que solo despiertan simpatía.

Me mira de reojo y Jul percibe esa ligera evidencia porque se vuelve

hacia mí contorsionando su cuerpo para enfrentarme directamente. Tengo el codo apoyado sobre la mesa y sin darme cuenta estoy mordiendo y triturando la uña del pulgar. Muevo levemente la cabeza en negación como única respuesta, suplicándole con ese gesto que no vuelva a insistir. Sus cejas se elevan con la promesa de no zanzar este tema tan fácilmente.

Dos horas antes del concierto, y editada de nuevo la lista de canciones a interpretar, la banda sale disparada del apartamento dejando un caos de confusión a su espalda entre botellas y cigarrillos. Incluso me acuerdo con nostalgia de Daniel, cuya organización y limpieza, era, con mucho, más ejemplar que la de estos zánganos.

El local cuando llegamos nosotros, meros espectadores, está abarrotado porque las actuaciones en vivo en este lugar tienen un éxito desbordante. Una persona en la puerta se ocupa de llevar el cómputo de personas que entran y salen del lugar, por lo que supongo que la cantidad de oyentes en el interior no excede del número que regula la ley de aforo. Medida necesaria mientras continuemos aplicando el “salvase quién pueda” como único medio de seguridad ante situaciones de peligro sin importar a quién pisoteemos por el camino. Es increíble que leyes de este tipo que ni siquiera deberían ser regladas, sino ser de sentido común, sean de las menos supervisadas y aplicadas sin previsión de que las catástrofes por ignorarlas han sido impactantes. ¡Uf! Un momento, que ingenua soy, cómo va a ser increíble teniendo en cuenta que lo realmente importa es la recaudación de dinero al final de la noche y no las posibles pérdidas de vidas.

El lugar es enorme. Una planta superior balconada corona su entrada frente a un escenario con apariencia de teatro porque mucho antes de ser utilizado

como sala de fiestas, se representaban espectáculos y candilejas.

Serpenteo entre la gente, guiando a Álex de la mano y sujetando a Lucía de la parte posterior de su camiseta mientras la sigo tras Oscar y Javier. Subimos las enormes escalinatas hasta la zona superior, en busca del lugar idóneo, desde el cual no perdernos detalle del concierto. Nos hacemos hueco de manera traicionera haciendo uso de las torres solidas que nos acompañan con cara de pocos amigos. Lucía y yo nos colamos en el mismo centro de la baranda frente al escenario, mientras Javier se hace cargo de la búsqueda y captura del suministro en la barra del bar.

Luces de colores y blancas se encienden enfocando los instrumentos que descansan sobre la plataforma, y humo empapa la tarima del suelo anticipando el comienzo del concierto y, emocionando al público que salta y grita.

Luces fuera en todo el recinto.

Suena el tañido lento y envolvente de las guitarras, haciendo crujir el aire como pequeñas chispas eléctricas cruzando la oscuridad. Mi corazón bombea con anticipación cuando la voz rasposa y profunda de Jul se oye de forma suave resonando en el ánimo de cada persona. El escenario se ilumina con el incremento demencial del rugido de las guitarras y el público estalla. Levanto los brazos y aplaudo eufórica con una mezcla de delirio y orgullo mientras coreo las letras de las canciones, porque sangro con mi hermano sus dedos sobre las cuerdas y vibra mi garganta con el canto de sus palabras.

Me llevo el pulgar y el índice a la boca para silbar con fuerza en un intento baldío de llamar su atención, y bailo más loca que nadie con las manos sobre mi cabeza, saltando al compás de los toques de Ángel a la batería. Al final de la noche, me faltara la voz para hablar y fuerza para caminar, pero eso ahora me importa un carajo.

—Vamos al baño —pide Lucía durante un descanso— y luego nos quedaremos abajo en todo el embrollo.

Asiento con la cabeza dejándome llevar por su mano sujetando la mía mientras articulo la palabra baño en dirección a Álex para que comprenda. Mucho antes de volverme para confirmarlo, sé que nos está siguiendo. Siento su mano sobre mi cintura y echo la mía hacia atrás para capturarla.

—Os espero aquí —comenta cuando llegamos antes de encaminarse al aseo masculino.

—Da por hecho que tardaremos más que él —se burla Lucía.

—Vive con nosotras —le recuerdo.

El baño está abarrotado, por lo que tenemos que esperar. Me estoy lavando las manos y aplicando un retoque de maquillaje en los labios cuando tengo un déjâ vu inesperado en el momento que cruzo mi mirada en el espejo con “la chica de Abraham”.

—Oh, eres tú —musita ella con una mueca—. Nunca viniste a hablar conmigo.

—No —murmuro—, tuve algunas dudas respecto a lo que debía hacer. — Me mira sin comprender. Es normal que no entienda qué tipo de indecisión. Ella no conoce hasta dónde llega la complejidad de mi vida—. Pero, ahora, que ya pienso con lucidez me gustaría reunirme contigo si aún estás dispuesta.

—Claro, este momento es tan bueno como cualquier otro. Vamos afuera a charlar —comenta como si no tuviera ninguna importancia.

—Vamos —me apremia Lucía, que no se ha perdido detalle, empujándome ligeramente hacia la salida tras la chica.

A tres metros de la puerta, Álex espera recostado sobre la pared con el pie apoyado sobre ella y llevándose un cigarro encendido a los labios al más puro estilo James Dean. No soy la única que lo aprecia; sin embargo, tanto su pose como su conducta resultan tan atractivos como inalcanzables; parco en palabras y de mirada feroz, ahuyenta cualquier pretensión.

Extiende su mano hacia mí cuando nos ve, y sin necesidad de

explicaciones me sigue hacia la puerta de salida.

No nos desviamos mucho. Miro el reloj. No quiero perderme el resto del concierto.

—¡Ahora voy! —responde ella a un grupo de personas no muy lejano que grita: «¡Amelia!», tratando de captar su atención. Así que, de esa forma descubro su nombre y deja oficialmente de ser “la chica de Abraham”—. Vale, yo te voy a contar desde dónde sé —comienza tras echarnos un vistazo a los tres y centrándose en mí para hablar—. Yo conocí a Abraham de casualidad porque voy a la misma academia que uno de sus amigos. El caso es, que entre ellos hablaban que había una chica que le había rechazado con bastante claridad y él estaba frustrado, incluso ofendido. Los amigos para mofarse le retaron con una apuesta. No sé de manera exacta en qué consistía, pero comentaban, textualmente, « que si no conseguía tirársela en un mes perdería». Al principio parecía que su comportamiento obsesivo se debía a su persistencia en salir ganador —dice y hace una pausa para coger aire y continuar—. Pasado el mes y habiéndolo perdido, comencé a quedar con él.

»El amigo en común me advirtió que Abraham todavía estaba muy pillado de la chica aquella; que esperaba todas las mañanas en la puerta de la universidad para verla; que tenía fotos de ella sacadas a escondidas; que la espiaba en la biblioteca y que conocía el horario de sus clases.

Yo al principio preferí ignorarlo, aunque tampoco es como si estuviera ciega, notaba perfectamente cómo te miraba. Sabía quién eras el día que te acercaste a mí en la discoteca. Lo que ignoraba es hasta qué punto está enfermo Abraham y lo que es capaz de hacer.

Un silencio incómodo cae sobre nosotros. Yo me encuentro en shock. Esto va más allá de lo que había esperado de Abraham. No voy a pecar de ingenua reconozco que es obsesivo y su temperamento, obstinado, pero no estoy preparada para enfrentar esta actual información poniendo de nuevo mi mundo

patas arriba.

—¿Alguna vez has visto alguna de esas fotos? —pregunta Lucía más pragmática que ninguno

—Bueno, una vez estuve curioseando en su carpeta sin que él lo supiera y vi algunas. La mayoría de ellas en la universidad y otras trabajando en un bar. Reconozco que en ese momento debió parecerme raro, pero... extrañamente lo encontré romántico —contesta y sube los hombros con indiferencia, haciéndose más pequeña visualmente, mientras la sombra de nosotros tres parece agrandarse y cernirse sobre ella de manera hostigadora en busca de más respuestas.

—¿Alguna vez te habló o dejó caer algún comentario sobre ella?

—No, él nunca habló conmigo sobre ti —responde mirándome a mí directamente—. Solo sé lo que me contaba Rafa. Al parecer, se volvió loco un día que te morreaste delante de él con otro tío, y por la noche de fiesta estuvo buscando pelea con todo el mundo hasta que encontró a un amigo tuyo al que machacar para desahogarse.

—Y sabiendo todo eso, ¿por qué estuviste con él? —insiste Lucía y le doy un codazo imperceptible. No estamos aquí para juzgarla a ella.

—Mira, desde mi punto de vista, ella era la que le había roto el corazón y el comportamiento de Abraham era el de alguien herido. No fue más que un pequeño rollo porque es un error tomar muy en serio una relación con un tío cuando tiene esa clase de equipaje; sin embargo, él me gustaba porque era divertido, apasionado y muy guapo.

—Y un sádico manipulador de carácter maniaco —añade Álex crispando su mandíbula por la presión de sus dientes.

—No lo parecía... —se defiende Amelia mirando a Álex como si pensara que, al contrario que Abraham, en estos momentos a él esa descripción le describe muy bien.

—¿Crees que tu amigo hablará con nosotros? —pregunta Lucía. Conozco a Rafa. Por mucho que despotriqué de Abraham por la pequeña e infantil rivalidad que sienten entre ellos, se cerrará en banda cuando tratemos de sonsacarle información. A no ser... que esté bebido, entonces su lengua se soltará sin freno.

—No lo sé... se trastornó un poco cuando le conté lo ocurrido, aunque son muy amigos. No estoy segura. Además, eso me involucraría todavía más en este asunto, y creo que ya he cumplido con mi parte.

Lucía resopla sonoramente con incredulidad. Recibe otro codazo por mi parte no tan disimulado que le importa un rábano.

—Trataremos de hablar con él sin nombrarte Amelia. Gracias por tu ayuda —añado rápidamente antes de que Lucía abra la boca en tono reprobatorio.

Ella asiente con la cabeza y los labios en una línea. Parece dispuesta a añadir algo, pero se lo piensa mejor y sale disparada con un adiós, en dirección al grupo de personas que la esperan. La observamos desaparecer, mas por inercia que realmente interesados en su rumbo. Soy la primera en volver de la inmersión en mis pensamientos cuando oigo desde el interior tronar la voz de Jul.

Tomo aire. Recolecto fuerzas. Me aferro a cualquier nueva esperanza que me asegure que todo saldrá bien. Deslizo mentalmente con suavidad el cajón donde he guardado esta nueva información negándome a que su contenido me aterre, y de nuevo. Paso. Paso. Paso y adelante con determinación.

No es sorprendente encontrarme con Jul extendido sobre mi cama, esperando para hablar conmigo cuando trato de ir a dormir. Me dejo caer a su lado de forma descuidada, no sin antes quitarle el cigarro casi entero que sostiene

entre los dedos y aplastarlo contra el cenicero que descansa sobre su estómago. Me mira somnoliento con los ojos entrecerrados sin fuerzas para formular una queja.

—Si tengo más edad que tú, ¿no me convierte eso en la hermana mayor? —
suelto casualmente.

—Ni lo sueñes. He nacido un año antes que tú y eso es invariable —
asegura haciéndome sonreír—. Desembucha, ¿qué no me has contado?

Me muerdo mi labio superior consciente de que son unos cuantos sucesos los que he ocultado, fruto tal vez de mi antiguo hábito o mi innata actitud de esconder y proteger. Lo inverosímil de la situación ha hecho más difícil compartirla con facilidad y, además, temo la reacción de Jul. Durante mi hospitalización, tras lo ocurrido ese día, fue la sensatez y el carácter juicioso de mi padre el que detuvo a Jul de bordear el filo de la temeridad ejerciendo su propia justicia. No estoy segura de ser lo suficientemente fuerte para retenerle yo sola, de ser conocedor de toda la información. Como solución al dilema de mis propios pensamientos, la puerta de mi habitación se abre descubriendo la presencia de Álex. Al percatarse de la figura de Julián se queda quieto con la mano en la manilla, dudando sobre lo apropiado de interrumpir.

—Volveré luego —murmura retrocediendo dos pasos y cerrando la puerta despacio.

—¿Cuánto sabe él?

—Lo sabe todo —respondo y recibo la mirada sorprendida de Jul.

—¿Y no cree que estás loca?

—¿Lo haces tú?

—Siempre lo he pensado —contesta descaradamente antes de recibir mi manotazo sin inmutarse—. Ahora cuéntame lo de ese video.

Inspiro profundamente llenando mis pulmones de aire y exhalo con lentitud

reuniendo valor.

—Primero —comienzo—, tienes que comprender por qué me hice el tatuaje del fénix —susurro sentándome y cruzando las piernas sobre el colchón. Jul hace lo mismo y me mira seriamente sin entender, pero esperando por el resultado con calma.

Comienzo a contarle, suave y pausadamente, el modo incomprensible en que descubrí las cicatrices por primera vez sin señales anteriores de haberlas tenido, y advierto el desconcierto en su cara a medida que señalo los lugares sobre mi estómago donde han sido ocultas. Pese a la pintura, es fácil sentir las en la yema de los dedos cuando se sabe dónde están, y por alguna razón siempre parecen claramente visibles para mí.

Sus ojos se entrecierran y su ceño surca una profunda arruga a medida que continúo relatando las imágenes fugaces y atroces con la silueta de Abraham apareciendo en el video musical de forma amenazadora, y su mano cayendo sobre mí con un cuchillo que lacera mi estómago.

Por un segundo parece tan absolutamente afectado que ni siquiera se mueve. Supongo que es más fácil asimilar la realidad de este último suceso ya que que no he sido la única testigo, pero por ese mismo motivo me guardo para mí misma el resto de situaciones inverosímiles que continúan transcurriendo a mi alrededor. Sin embargo, no concluyo mi relato ahí y continúo relatando el encuentro con Amelia y la información que nos ha brindado.

—Haz las maletas, Ana —dice con firmeza levantándose de forma brusca y señalándome con el dedo como advertencia.

Le miro con incredulidad totalmente atónita ante una reacción tan rotunda.

—¿Qué estás diciendo?

—He dicho que hagas las maletas porque te vuelves a casa, Ana. Y no hay posibles debates a esto —conviene de forma irrefutable sin darme elección.

Antes siquiera de darme tiempo a una respuesta abre mi armario y comienza a sacar filas de ropa que va mal tirando a mi alrededor sobre la cama.

—Jul, por favor, tranquilízate. ¡¡Estate quieto!! —exclamo con ánimo apaciguador aunque tal vez me sale un poco alto.

—¡No voy a tranquilizarme Ana! ¡Ya te di una oportunidad! ¿Recuerdas? Te avisé que de enterarme siquiera que ese tipo respiraba cerca de ti lo aplastaría como a un mosquito y, ¡maldita sea! Tengo que refrenarme y calmarme no sé por el bien de quién. ¡¡Y te dije que me contaras todo lo que ocurría!!! ¡¡Y no lo has hecho!! ¡No puedo confiar en ti aquí sola, no voy a dejarte en manos de ese tipo para que te persiga o algo peor! —grita sin importarle que el salón esté lleno de personas que a estas alturas ya nos han oído perfectamente discutir.

Tan enfrascados estamos el uno con el otro poniendo y quitando mi ropa que ni siquiera nos damos cuenta de que la puerta de mi habitación se ha abierto hasta que no oímos la voz de Álex alta y segura interviniendo en nuestra disputa:

—No está sola.

—¿No? ¿Con quién estaba mientras ese tío grababa sus puños en su cara? —contesta Jul con rabia contenida sin volverse para mirarle siquiera. Continúa esparciendo mi ropa sin ton ni son mientras yo arrodillada sobre el colchón he desistido de detenerle. Le miro realmente alucinada sin poder creer lo que acabo de oír.

—Eso no es justo, Julián. Estuvieron buscándome durante horas —le recrimino con engañosa calma.

Él deja todo lo que está haciendo para enfrentarse a mi mirada sin amilanarse en absoluto por mi evidente enfado.

—Él lo sabe todo. Acabas de decírmelo. ¡¡Nunca debió permitir que te pusieras en peligro!! —Mis ojos se clavan en Julián pero advierto una extraña

expresión de aceptación y culpabilidad en Álex.

—Estás siendo irracional —le digo a mi hermano.

—Tiene razón —me interrumpe Álex cruzándose de brazos sobre la puerta que ha cerrado discretamente para amortiguar el sonido de nuestras palabras fuera de estas cuatro paredes—. Solo puedo decir que no dejaré que vuelva a ocurrir.

—¡Sois un par de imbéciles!!! ¡¡Los dos!! ¿Con qué derecho os atrevéis a manejar mi vida decidiendo lo que debo hacer o lo que no dejaréis que ocurra como si yo no tuviera mi propia voz para decidir sobre mí misma?? —estallo—. ¿Acaso os escucháis o lo hacéis a mí? ¡Tú! —indico señalando directamente a Álex—. No voy a permitir que vuelvas a sentirte culpable por lo que ocurrió. ¿Te das cuenta de lo insalubre de esta situación? ¡¡Yo no soy tu responsabilidad!! ¡Y tú! —le digo a Julián—. No voy a volver a casa para que estés echando fuego en la puerta como un dragón rabioso que no me deja salir de la torre.

—Estamos preocupados, Ana —se defiende Jul echando un vistazo más congraciador en dirección a Álex. Al parecer ahora lo necesita como refuerzo.

—Lo sé —conuerdo con menos irritación— y también sé la suerte que disfruto por teneros, pero debéis entender que, ya, una vez, no tuve vida; estaba totalmente subyugada por Él y vivía con miedo, y no voy a permitir que eso vuelva a ocurrir. Necesito mi libertad y ser yo misma. Solo descubriendo de nuevo quién soy podré hacerme más fuerte y, si soy más fuerte Él no podrá hacerme más daño. Tal vez de eso trate todo esto.

—Puedes hacerte más fuerte en casa —insiste Jul, aunque su tono me dice que esta vencido—. Tal vez si comieras un poco más...

—¿Dije suerte? Me refería a cruz —añado con exasperación.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba improvisando una sonrisa tirante por la que no asoman sus incisivos. Se vuelve hacia Álex

frotando su barba incipiente nerviosamente con los dedos y una expresión un poco cómica porque no sabe cómo pedir excusas.

—Sin rencores, tío. Me he trastornado un poco; aún lo estoy —dice, y para afirmar su disculpa extiende su mano. Álex la estrecha y recibe estoicamente una palmada en su hombro un pelín más fuerte de lo éticamente correcto—. Tal vez pueda usar tu cama como prueba irrefutable del afianzamiento de nuestra amistad, ya que tienes intenciones de pasar aquí la noche —añade y sonrío involuntariamente lanzando los ojos al cielo.

—Claro —le contesta impasible.

—Acompáñame entonces —le pide, y de esa forma sé que en realidad Julián no tiene intenciones de zanjar el tema, solo que no quiere hablar sobre ello delante de mí, lo que es totalmente frustrante.

Ambos desaparecen por la puerta. Me dejo caer boca abajo sobre la cama, resignada, sin ánimos si quiera de desnudarme o refugiarme bajo sus mantas. Este asalto no ha sido tan malo. En realidad, me siento mucho mejor después de haber confiado en Jul. y creo haber sido capaz de capear la tormenta que ha venido después. Ya veré cómo reacciona cuando le diga que tiene que volver a colocar mi ropa tal y como estaba.

Me despiertan unas manos que cuidadosamente desatan mis pantalones y tratan de deshacerse de mi ropa después de voltearme con delicadeza para no desvelarme. Me dejo hacer dócilmente sin abrir los ojos mientras me incorporan levemente para poder retirar la cobertura de la cama y cubrirme con ella. Pese al amodorramiento, ávida, busco que esas manos no abandonen mi cuerpo y me deslizo por las sábanas rastreando a su dueño cuando se tiende junto a mí. Su contacto despierta cada fibra sensible dormida en mi piel, y mi

boca encuentra la suya como si estuviera sedienta y fuera el único manantial en un desierto. Indago en esta búsqueda tratando de sentirme viva de nuevo, con furia y aspereza. Me responde con la misma intensidad desenfrenada, como si nos embargara el nefasto presentimiento de que se nos acaba el tiempo juntos.

Vuelvo a practicar Aikido después de curar mis lesiones. Mi profesor es un hombre, más bien bajito y enjuto de origen japonés, que disfruta excesivamente derribando a alumnos que le doblan en tamaño sin excesivas contemplaciones. Se mete las manos en los bolsillos con desenfado antes de ser atacado y suelta una risita cuando hace volar a su contrincante sin ningún esfuerzo.

Me enseña una y otra vez, con Álex de tiranizada víctima, cómo utilizar un golpe dirigido hacia mí contra mi atacante, doblando su muñeca en un ángulo imposible que retuerce su brazo y lo vuelve vulnerable. Hace caer y levantarse a Álex, sin soltar su muñeca como demostración, unas seis veces sin darle un respiro hasta que oímos surgir un quejido de su pecho cuando come suelo que levanta risas poco solidarias entre los compañeros.

He aprendido a caer, y he caído, muchas más veces de las que recuerdo dentro y fuera de esta tarima y vuelvo a levantarme con más experiencia y fuerza que anteriormente. No quiero ser débil, y esta vez, quiero ser yo quien quede en pie.

Detengo el ataque ficticio de Álex y retuerzo su mano como mi sensei me indica. Obligándole a contorsionarse le derrumbo, y me siento la mujer más intrépida del mundo por haberlo conseguido y quiero seguir aprendiendo más y más porque no quiero, jamás, tener que volver a soportar la humillación de recibir un golpe ni de Abraham ni de nadie.

Publico mi última entrada en el blog. Es la cuarta que hago después del artículo sobre el medicamento Egromal y la entrevista que hicimos al Neurólogo. Estoy satisfecha porque comienza a tener una repercusión decente y hay lectores que agradecen el trabajo realizado. Aunque ya no es solo mío, sino de todos. Cada uno aportamos nuestro imprescindible granito de arena.

Sigo en contacto con Ramón; han organizado una plataforma de afectados por Avisa que cada día tiene más extensión y resultados positivos debido al reportaje televisivo a nivel nacional que conseguimos. Estoy tan feliz por todo esto que a veces creo que no me va a caber el corazón en el pecho, signifique lo que signifique.

Con mi nueva publicación intento advertir sobre el peligro para los pequeños inversores y ahorradores de adquirir productos bancarios que no se ofrecen con la debida transparencia. Porque ya no solo se trata de leer la letra pequeña a la hora de su contratación, trata de no ser engañado con acciones de renta fija que en realidad son variables con un alto riesgo financiero o de creer que se está adquiriendo un producto a plazo fijo cuando en realidad son inversiones a perpetuidad que no se pueden recuperar. Léase Acciones preferentes sin ningún tipo de pudor o “valores Santander”. En su mayoría ofrecidos a personas jubiladas, amas de casa o clientes sin posibilidades de entender la complejidad de esos productos.

El 90% de los bancos y cajas que comercializaron preferentes desde 1999 han sido investigados por la Comisión Nacional del Mercado de Valores, organismo encargado de vigilar a las entidades que emiten productos financieros en España, aunque no todos fueron sancionados. De todas formas qué importa cuando probablemente somos nosotros los que las pagamos en el momento que nos suben los impuestos, nos reducen los sueldos y nos niegan

las ayudas sociales para poder rescatarlos.

No obstante, hoy por hoy, a mi alrededor al menos, nadie es consciente de que dentro de unos años se avecina una gran crisis económica que marcará más profundamente las diferencias entre las clases sociales haciendo a los ricos más ricos y reduciendo precariamente la situación económica de las clases medias y bajas. Los mismos bancos y cajas que han rescatado, les negaran el crédito drásticamente, les exigirán el pago de una deuda hipotecaria superior al precio en que se valorará su vivienda y les desahuciarán de sus únicos hogares cuando para empezar, este tipo de créditos deberían conllevar un seguro que cubriese situaciones de desempleo.

Y no se puede confiar en acciones reguladoras del gobierno central en el sistema bancario porque existen demasiados intereses en común y complicidades, y yo ya no diferencio quién pertenece a uno y quienes a otro. Acaso, ¿no son los mismos dirigentes en ambos y nosotros las marionetas a las que se niega toda la información? Mi pregunta es: «¿El corrupto se hace o se nace?», es decir, «¿primero es la corrupción y la política un medio para desarrollarlo o es la política la que corrompe?».

Yo he aprendido mi lección y el alquiler no suena tan mal para mí. El problema, porque siempre existe un problema, es que el precio de los alquileres en España siempre ha sido más alto que el que corresponde por renta familiar disponible desde tiempos inmemoriales.

Tal vez desde una entidad bancaria honesta y realmente preocupada por los intereses de sus clientes se podría asesorar y explicar cómo el precio de la vivienda y su compra condicionan la vida económica de las familias, recomendando sensatamente contratar un crédito hipotecario a devolver en el menor periodo de tiempo posible y nunca excediendo de 15 años de préstamo porque al cabo de ese tiempo los intereses pueden alcanzar prácticamente el mismo valor del capital solicitado e incluso doblar la cifra si el interés es

alto.

Además, es imposible prever las condiciones de vida a tan largo plazo como ya ha quedado demostrado.

Un agente bancario piadoso también aconsejaría una cuota mensual de la hipoteca no superior al 30% del salario invariable y tangible con el que cuenta una unidad doméstica cada mes y, si todavía no se está seguro de qué es más conveniente, existen índices económicos como el PER que determina el número de años que se tarda en recuperar la inversión realizada en la compra de una vivienda con una comparativa de su alquiler anual porque no se considera una buena decisión económica suscribir préstamos superiores a 15 años con una cuota mensual por la que se podría conseguir esa misma vivienda en alquiler. Así es, no siempre resulta comprar mejor opción que alquilar, solo que deja menos dinero a bancos e inmobiliarias.

Pero sobre todo se debería dejar de insistir, recurriendo al más loable instinto de protección paternal, insuflando por vena y *revena*, que es deber de unos padres dejar una deuda hipotecaria, perdón, un bien hipotecario a la progenie para asegurarles una herencia que tal vez ni quieran ni necesiten. Mis padres ya me han asegurado mi futuro, lo sé porque lo he visto. No necesito más de ellos cuando no estén. Los necesito a ellos mientras están.

Retiro la silla del escritorio para levantarme y me acerco a la cocina en busca de agua.

Estoy sola en casa y disfruto de esa sensación sin igual después de la gran invasión que hemos sufrido. No como si hubiera sido detestable o molesto. Lo cierto, es que he disfrutado de los conciertos y de la acampada en el salón en la que hemos acabado todos *semidurmiendo*, extendiendo los colchones de las camas sobre el suelo y compartiendo mantas y sacos, mientras circulaban las botellas de cerveza y las historias divertidas, y cuando el amanecer nos ha sorprendido, despiertos a algunos, lo hemos contemplado fascinados como si

nunca antes lo hubiéramos hecho.

Aunque lo más interesante fue descubrir a una tierna Lucía acurrucada contra un igualmente meloso Oscar mientras dormían. Luego lo negará, pero sé lo que vi. Busqué un testigo de excepción volviéndome hacia Álex sentado tras de mí en el suelo y apoyado contra el sofá, pero este, con alguna cerveza de más, estaba claramente más interesado en la forma y el sabor de mi cuello bajo sus labios.

Suena el teléfono de casa. Rompe el silencio tan estruendosamente que salto sorprendida. Alejo el vaso de agua despacio de mi boca y lo dejo caer con cuidado sobre la encimera.

Y si fuera Él. Suena a canción; sin embargo, no resuena melódica la idea de que sea cierto.

Dejo que el timbre continúe atronando interminablemente sin descolgarlo.

Mi familia siempre llama al móvil porque tienen la pintoresca sensación de que una chica de mi edad nunca debería estar en casa, Álex llama al móvil, Lucía llama al móvil, todos llaman al móvil, excepto Él y los televendedores y en esta época no hay tantos.

Estoy sentada frente al teléfono con la vista clavada en él como si de esa forma pudiera desintegrarse y nunca más volver a sonar. Pero lo hace de nuevo, y me parece que el sonido es más insistente esta vez como si supiera que estoy mirándolo, pero no quiero cogerlo. Lo hago con rapidez, deseosa de acabar con ese sonido molesto, pero sin intención de contestar, a pesar de que sin darme cuenta, ya lo tengo en el oído.

—¿Quién es? —contesto con suavidad.

—PUTA. —Que original.

—Gilipollas —contesto a Abraham con toda la despectiva cadencia que soy capaz de reunir.

Por un momento parece dudar. No estaba preparado para ese tipo de

respuesta.

—Dijiste que retirarías la denuncia. Eres mentirosa y embustera.

No deberían sorprenderme los cambios drásticos en el carácter de Abraham. Ya debería estar acostumbrada, aunque se antoja un disparate que unos días sus palabras al teléfono sean de arrepentimiento, otras de ternura y otras simplemente se llenen de insultos. Como si fueran distintas personalidades las que conviven dentro de un mismo cuerpo. El problema siempre será y fue que casi nunca entendía qué le hacía saltar, de una a otra, de forma tan peligrosa.

—Bueno... —pese a que a intente ser valiente, e incluso puede que lo sea muchas veces, no puedo evitar sentir miedo al pronunciar estas palabras— He cambiado de opinión, no voy a retirarla.

—Eres una zorra. Deja de jugar conmigo. ¿Eres una de esas sádicas a las que les gusta torturar a los hombres?

Acabáramos.

—No vuelvas a llamar aquí, Abraham o...

—¿O qué? ¿Se lo dirás a tu novio? Le he visto hace media hora salir con mucha prisa. Sé que estas sola.

Casi arranco el cable del teléfono cuando tiro de él para acercarme a la ventana. Pese a la oscuridad envolviendo la calle intento localizar a Abraham. No voy a negar que mi inquietud crece por momentos mientras rastreo cada esquina en busca de su silueta.

—Retira la cortina un poco más para que pueda verte mejor —susurra satisfecho en mi oído en tanto mi intranquilidad aumenta con el bombeo de mi pulso acelerado.

La música, que alargaba sus notas distantes desde mi habitación hasta mí, desemboca en el más oscuro silencio mientras la realidad de mi soledad parece volverse estruendosa.

—Pediré una orden de alejamiento; sé que me has estado siguiendo —digo y quebranto una de las reglas de obligado cumplimiento para no empeorar su ira. De alguna forma, sentirse advertido lo saca de sus casillas. Yo debería saberlo. Sé cuál será su respuesta antes incluso de oírla.

—¿Eso es una amenaza?

Amenaza. Dicho o hecho consistente en intimidar a alguien con el anuncio de la provocación de un mal grave para él o su familia. He aprendido su definición para entender su real significado porque para Abraham cualquier aviso, prevención o insinuación supone una amenaza. Mi intención nunca ha sido retarle o coaccionarle. Es realmente descorazonador. Sus excusas para enfurecerse nunca tienen fin.

—Te estoy informando de lo que haré si continúas con este hostigamiento —aclaro sin ninguna esperanza de que lo entienda así.

Banks _ Waiting Game

Una silueta conocida acercándose a la puerta del edificio con rapidez me distrae de la conversación. Es Álex. Camina apresurado con el móvil cerca de su oído. Sus pasos se detienen abruptamente en mitad de la acera en el mismo momento que oigo el recurrente «pi» de la llamada interrumpida.

Mi corazón bombea deprisa con incertidumbre y mi respiración se agita. Trato de abrir con prisa la ventana para llamarle porque, solo sé que necesito que me mire y sepa que estoy aquí y estoy bien, pero no lo hago a tiempo. Una sombra surge de la oscuridad de un callejón tras ser descubierta y huye precipitadamente. La mochila, que Álex carga sobre su hombro, es desechada a un lado con impaciencia, y el teléfono cae junto a ella poco antes de que su dueño comience a correr tras Abraham como alma que persigue el diablo.

—¡¡Álex!! —grito demasiado tarde—. ¡¡No, Álex!!

Me apresuro a mi habitación vistiendo mis pies con el primer calzado que encuentro y recojo mi móvil abandonado sobre la cama, buscando ayuda en

Oscar, cuando descubro las cinco llamadas perdidas de Álex que no he oído. Salgo corriendo por la puerta sin dilación y sin estar segura de cómo encontrarles. Solo sé que quedarme esperando dentro de la casa me parece agónico.

No es Abraham quien me preocupa, solo quiero salir en busca de Álex y asegurarme que nada malo le ocurre.

—Oscar, ayúdame —le suplico cuando responde a mi llamada. No dejo de correr entre calles aunque la falta de aire me complique hablar—. Álex persigue a Abraham y no sé dónde están.

—Espera, Ana, espera ¿tú dónde estás?

—Salgo de la parte vieja. Voy en la dirección en la que huyó Abraham. Supongo que tomará el camino más corto hacia su casa, tal vez por el paseo marítimo.

—Detente, Ana. Iré a encontrarte. No te muevas.

—No, Oscar. Tengo que localizarles.

Le oigo soltar un juramento.

—¿Tiene Álex su móvil?

—No, lo ha lanzado al suelo antes de correr.

Otro juramento.

—Te vuelvo a llamar cuando llegue allí. Estate atenta al teléfono esta vez, Ana. Se volvió loco cuando no contestabas.

No hace falta que aclare quién ni cuándo. Eso explica porque volvía tan pronto a casa.

Me pregunto si Oscar se cuestionará por qué sé dónde vive Abraham.

Mis pasos me llevan a vagar junto a la playa como si fuera una corredora más que se ejercita sin descanso. No dejo de escrutar la lejanía. Mi corazón salta cada vez que diviso una figura corriendo delante de mí, aunque no es hasta que distingo el cuerpo familiar que rastreo con intensidad que reúno

fuerzas para incrementar mi sprint. Ni siquiera tengo tiempo de sentir alivio. Aún está demasiado lejos.

Diviso un salto, cerca del malecón a la arena, de un Abraham a punto de ser alcanzado. Álex le sigue sin disminuir su velocidad saltando sobre el muro como un gato. La arena ralentiza sus carreras, aunque se pierden en la negrura de la orilla donde la luz del alumbrado abandona su brillo.

Localizo una rampa y bajo por ella prácticamente de cabeza y cayendo al suelo. Mi pecho arde con intensidad y mis piernas tiemblan por el esfuerzo, pero no puedo detenerme. Solo quiero llevarme a Álex de vuelta a casa y alejar a Abraham de forma definitiva de mi vida.

Los encuentro enfrentados entre sí; Álex descargando su puño contra la mandíbula de Abraham con ánimo de hacerle daño. Ya no hay tregua. Ninguno es consciente de mi presencia hasta que suena mi teléfono. Destella la pantalla de mi móvil cuando lo alcanzo y destella a la luz de la luna el filo de una navaja cuando Abraham la descubre. Es surrealista. Ni siquiera soy capaz de comprender por qué Abraham lleva una encima.

Grito. Grito con todas mis fuerzas y mi mundo se detiene. Dejará de tener sentido si le ocurre algo Álex.

Mi móvil no deja de sonar hasta que cae al suelo. Álex se aparta con agilidad cuando la hoja roza su cuerpo, pero él no es su objetivo, y no lo entiendo hasta que sus ojos caen sobre los míos horrorizados antes de lanzarse sobre la carrera de Abraham hacia mí.

«O mía o de nadie» se repite en mi cabeza sin sentido, luego: «Mejor yo, que él».

Banks _ Waiting Game (bis)

Nunca se olvida la sensación de acero lacerando la propia carne. Ahora que la siento, la recuerdo de nuevo. El calor ardiente y violento irrumpe en la

zona invadida dos segundos después de encontrar su objetivo como si durante su penetración el cuerpo dejara de sentir como mecanismo de defensa. El dolor comienza a reclamar su lugar con pequeños latidos que se intensifican en punzadas que muerden y desgarran, encontrando el límite del tormento que la mente puede soportar, y ya nada importa porque lo único que se siente es sufrimiento. Toda la concentración se centra en detener, de una forma u otra, ese ardor que vibra sin clemencia. No importa qué ni el cómo; cuando el cuerpo cae porque las piernas fallan en sujeción y la sangre empapa la ropa, no se teme a la muerte, se teme la agonía.

—¡NO! ¡NO! ¡ANA! —La angustia en la voz de Álex nubla mi visión con lágrimas que no puedo liberar porque quedan atascadas profundamente en la oscuridad que domina mi pensamiento.

No veo, pero oigo a Oscar gritar mientras se apresura hacia nosotros.

—¡He visto al cabrón ese salir corriendo de la playa! ¿Qué demonios ha ocurrido?

—Llama a una ambulancia, Oscar. Date prisa. Le ha dado un jodido navajazo —suplica Álex y siento sus manos descubriendo mi estómago.

—¡Coño Álex! ¡Ahí hay más de una navajazo! ¿Cómo ha podido suceder?

Es la historia que se repite. Todo es posible cuando lo imposible gobierna mi vida, y por eso, esto no puede acabar así. ¿Para qué volver y aprender la lección si de todas formas el fin iba a llegar excesivamente pronto y de forma tan violenta e injusta? A no ser que... destellos de algo importante, que debería haber sabido, se hacen hueco en mi conciencia adormecida.

—Escúchame, Ana. No parece haber tocado ninguna arteria importante. Te vas a poner bien. ¿Me oyes?

«Te oigo Álex, pero no sé por cuánto tiempo más podré hacerlo porque aunque lucho por continuar aquí, mi cuerpo y mi mente me piden abandono y ya no soy capaz de negárselo, y tampoco puedo decírtelo porque mi voz

rasgando mi garganta consume parte de la energía que necesito para paliar mi debilidad.

Pero la verdad es que quiero creerte y quiero oírte, no solo hoy, sino cada día porque poder compartir cada momento de mi vida contigo se ha convertido en un lujo del que me he vuelto adicta, y al que no puedo renunciar.

Estos últimos meses junto a ti he aprendido a descubrir quién soy porque tú me has dejado descubrirlo sin exigirme ni pretender que no fuera ni hiciera nada que yo no quisiera. Nunca nadie me ha respetado jamás tanto como tú. Me has ayudado a ser más fuerte, a ver lo bueno que había en mí y a creer que lo merecía, y todo ello sin reclamar nunca nada a cambio. Me haces sentir amada, venerada y segura sin condiciones. Has sido el protector de mi vida y mi alma. Soy feliz a tu lado. Quiero seguir a tu lado. Adoro tu serenidad, tu inteligencia y tus silencios. Nunca he conocido a nadie tan tolerante, desinteresado y generoso como lo eres tú. Aceptaste las turbulencias de mi vida sin reproches ni vacilación. Eres tú quien completa la parte fundamental de mi vida que sentía vacía debido a tu ausencia.

Y ahora el dolor que más me ahoga, el miedo más profundo que me asfixia es no tenerte. Porque ahora que abro los ojos, ahora que al fin despierto y comprendo que todo ha sido producto de mi subconsciente, agonizo postrada en esta cama de hospital porque te he perdido, y no porque mi marido ha intentado matarme.

Solo quiero regresar contigo, pese a que únicamente has sido un sueño, y no puedo soportar la tortura de mi realidad sin ti».

Lucidez que vuelves a mí como por una pendiente sin frenos, no eres bienvenida.

Quiero volver a sus abrazos y la ternura de sus besos. Quiero esa nueva oportunidad. Quiero corregir mis errores. No quiero ser su mujer. No quiero ser el reducto frágil y marchito de una existencia lamentable y despiadada que

nunca debería haber permitido. Quiero tomar las elecciones acertadas. Quiero sentirme fuerte y útil de nuevo. Quiero contribuir a mejorar historias con la información de que dispongo como él me enseñó. No quiero alejar a las personas importantes de mi vida por miedo a que descubran mi miseria. Quiero suplicar, suplicar, por favor que mi realidad sea un sueño y un sueño mi realidad. Solo por un momento más. Y lo pido por favor, porque cuando llega la desesperación, es la única palabra que tiene sentido aunque nadie capaz de alejarla escuche.

Ya no soy la joven y feliz adolescente que encontró su camino pese a las adversidades. Tengo 33 años. Soy puro hueso y carne maltratada. Duele mi pecho, duele mi mano, duele mi mejilla, mi frente y mi mandíbula, y abrasan las heridas de cuchillo en mi cuerpo. Cualquier esperanza, ilusión u optimismo ha volado como vuelan las balas arruinando vidas.

No lloro. No lloro porque esto no es llorar. Esto es sumirse en el peor estado de pesar, sufrimiento y amargura, y las lágrimas que caen de mis ojos no son producto del llanto, sino de la desolación cuando no existe consuelo posible. Hoy mis sentimientos se visten del más negro luto. Muero aunque mi corazón lata porque duele tanto que odio que siga pulsando por sobrevivir.

16

53 víctimas mortales por violencia de género.

Año 2014, España.

Fuente: Ministerio de Sanidad,

Servicios Sociales e Igualdad.

—Has estado sedada durante tres días —me explica el médico de guardia, tras asegurarse de que mis constantes vitales están normalizadas.

Tres días son solo 72 horas, 4.320 minutos, 259.200 segundos; tiempo insuficiente que acoja lo que yo he vivido, incluso cuando la realidad se ralentice con el fluir de los sueños.

—Ana, ¿recuerdas algo? —me pregunta amablemente.

Recuerdo todo, incluso lo que no debería.

Asiento con la cabeza porque, aunque me haya retirado la mascarilla de aire, no tengo fuerzas para hablar y no sé de dónde sacarlas.

—Bien —dice; sin embargo, no parece seguro al decirlo—. Llegaste aquí con politraumatismos en el abdomen y varias contusiones. Tienes dos costillas rotas, por eso sentirás mucho dolor en el pecho al respirar y moverte. Tómatelo con calma. Tus lesiones requirieron cirugía de emergencia porque el hígado resultó lesionado, si bien ninguno de los principales vasos sanguíneos fue afectado. —Aprieta los labios en una mueca tensa mientras sus ojos repasan sus notas —. Creo que lo mejor ahora mismo es que descanses. El cirujano que te operó pasará a reconocerte en cuanto pueda. Ahora avisaremos a tu familia para que pueda venir a verte, aunque serán visitas cortas. Vamos a

dejarte en cuidados intensivos durante un par de días más al menos.

Creo que vuelvo a afirmar con la cabeza, mas no puedo asegurarlo. Mis ojos luchan por volver a cerrarse y yo me rindo agradecida por la bienvenida tregua al dolor y el sufrimiento.

Caigo en un sueño muy ligero que me trae de vuelta cuando siento movimiento a mi lado. Solo distingo el uniforme de celador en la persona que manipula las bolsas de medicamentos conectadas vía intravenosa a mi brazo.

—Agua —consigo pronunciar. Siento mi boca pastosa, saboreando el regusto a plástico de nuevo y mi garganta seca rogando por alivio.

—Lo siento preciosa, no puedo darte agua aún —me contesta una voz peculiar y ronca que me resulta tan familiar que me obligo a volverme con curiosidad en busca de su dueño.

Contengo el aliento con incredulidad. Reconozco su rostro. Solo que el hombre que se vuelve hacia mí, no es el joven de veinte años que convertí en mi amigo durante mi estado de inconsciencia.

Leo su nombre en la tarjeta identificativa enganchada a su camisa, solo corroborando lo que imaginaba. Jorge. Dibuja una amplia sonrisa en su rostro que recrudece la realidad de lo que he perdido y llena mis ojos de unas lágrimas que no puedo contener. La sonrisa se borra dejando paso a una expresión afligida.

—Haremos una cosa. Voy a empapar una gasa con un poco de agua y mojaré tus labios con ella, tal vez no sea suficiente pero seguro que ayuda — me tranquiliza con voz amable.

Continúa siendo realmente cordial. No me asombra que distorsionase la realidad convirtiéndolo en alguien que apreciaba muchísimo, aunque este Jorge poco tiene que ver con el que estimaba tanto, salvo su amable y enorme sonrisa. No es él. Nada fue real.

A la siguiente persona que veo después de abrir los ojos es a mi madre.

Acaricia mi rostro con delicadeza sin poder contener lágrimas silenciosas que se deslizan por sus mejillas.

—Hola cariño —susurra cuando centro mi mirada en ella—. No, no hables —me interrumpe cuando trato de hacerlo—. Los médicos dicen que debes estar tranquila y no hacer esfuerzos.

A su lado mi padre, apesadumbrado y abatido, se siente inquieto y desbordado por la situación.

Callo y mi disculpa frena en mi boca. De todas formas, cómo podría justificar tantos años de silencio y encubrimiento. No, no es fácil. Sobre todo ahora que comprendo lo absurdo de haberlo hecho. Lo primero que debía haber hecho era apoyarme en mi familia y pedir su ayuda. Tal vez lo segundo. Previamente debía haber alejado a Abraham para siempre y jamás soportar sus humillaciones y sus arrebatos. Ya no importa. No puedo recuperar el tiempo perdido. Eso solo fue una utopía. Duele. He perdido dos vidas que jamás podré recuperar. Sollozos incontrolables embargan mi cuerpo de nuevo, y mi madre trata de consolarme cuando ella también necesita serlo. Compartimos nuestras lágrimas con sombría tristeza.

—No encontrará descanso después de lo que ha hecho —interviene mi padre malinterpretando parte de mi desconsuelo.

—Ahora no, papá —reprende suavemente mi madre—. En este momento solo debe pensar en reponerse. —Asiente con la cabeza y se lleva la mano a la cara para tapar su boca como si de esa forma pudiera ocultar la ira que hierve en sus pupilas.

Cierro los ojos. Soy cobarde y débil de nuevo y no me siento capaz de enfrentar las desgarradoras emociones que ambos están padeciendo por mi causa. Son puñales que se clavan con más daño que las incisiones producidas por Abraham.

«Abraham. Abraham. Tu nombre ya no quema en mi lengua. No te quiero.

Nunca tendrás ni una gota de lástima exprimida hasta la extenuación de mi propia voluntad para aprovechar en tu beneficio. Eres un monstruo vil y engañoso. Mataste mi amor por ti antes que a mí y de ningún modo habrá otra oportunidad. Hoy rompo los lazos que me unen a ti para siempre como tú me hiciste pedazos sin consideración ni misericordia. Tengo un león herido y marchito lamiendo sus heridas que debo cuidar y mimar».

Despierto con el sonido de la lluvia cayendo lentamente y golpeando sobre el cristal.

«Pick, pick, pick». Resuena en mi cabeza. Hasta que ese sonido de gotas rebotando en la cornisa se distorsiona y se confunde con el silbido del monitor que controla mis pulsaciones a medida que salgo del letargo. «Pi, pi, pi».

Las persianas cubren el cristal de la ventana. No puedo saber qué tiempo hace, pero algo me dice que no está lloviendo y, solo he confundido de nuevo realidad con fantasía.

—Hola Ana. —Abro los ojos ampliamente cuando oigo esa voz. No me atrevo a girar la cabeza para descubrir a su dueño. Probablemente sea producto del sopor que aún me rodea, y no estoy segura de si quiero, que sea así o no.

Cierro los ojos conteniendo emociones y respirando agitadamente, los abro despacio y antes de que el sonido que detecta mis pulsaciones comience a acelerarse sé que mi corazón está desbocado. Mi acelerado ritmo cardiaco hace que la persona a mi lado se acerque con preocupación.

—Necesitará un tranquilizante —informa a través de la puerta antes de alcanzar mi muñeca y colocar sus dedos buscando mi pulso—. Vamos, Ana. No me hagas volver a esto. Respira despacio y profundamente.

Hago lo que me dice y me enfrento aturdida a su rostro por primera vez desde que le he oído.

Ya no es un chico de veinte años; eso es evidente, y no solo porque su pelo sea más corto en la nuca y los ángulos de su cara sean más afilados. La bata médica y la apariencia profesional le dan un aspecto distante al que no puedo acercarme. A este Álex apenas le conozco, hace años que no le he visto y no me pertenece en absoluto. El Álex de mi sueño no existe. Solo era producto de mi imaginación. Es una evocación más vívida que ninguna de lo que he perdido, y su presencia duele más que cualquier otra herida o recuerdo. Me ahogo en mi propia desdicha.

Jorge entra echándonos un vistazo y se apresura a colgar de la barra de sujeción, junto a mi cama, una bolsa que comunica con mi vena por un tubo. El efecto es casi inmediato. Mi ritmo cardíaco desciende y me encuentro respirando con más normalidad, aunque la sensación de que algo oprime y presiona mi corazón no se detiene.

—Ha estado bien desde que despertó. No ha tenido ningún otro episodio como este —comenta Jorge.

—Sí, lo sé. Gracias.

Jorge asiente y vuelve a salir de la habitación tras guiñarme un ojo que no puedo corresponder ni con un amago de sonrisa.

—¿Mejor? —pregunta Álex; lo que me obliga a volver mi atención hacia él.

Asiento con la cabeza. No sé dónde encontrar mi capacidad para hablar. Lo cierto es que ni siquiera me he molestado en buscarla. Supongo que es un acto inconsciente de rebeldía de mi cuerpo contra lo que ha ocurrido. Al fin una queja manifiesta de su límite para soportar dolor y desdicha.

—¿Recuerdas por qué estás aquí? —El tono de su voz baja en un susurro al formular la pregunta, clavando una mirada intensa en mí que despierta

añoranza en todas las fibras de mis ser.

Es indudable que continúan siendo los mismos ojos. El mismo color limpio y balsámico en el que me bañaba con deleite en busca de calor y refugio.

Vuelvo a asentir con la cabeza.

Sus labios se aprietan en una fina línea y un silencio que podría resultar incómodo se extiende entre nosotros, solo que no molesta a ninguno de los dos y tampoco lo intentamos rellenar.

Si fuera el Álex de mis sueños eso significaría que está madurando mi respuesta con cuidado sin dejar en el aire ninguna de las interpretaciones posibles de esa afirmación, sin necesidad de preguntar nada más, para comprender.

—Voy a hacer una exploración en tu abdomen y auscultarlo para descartar rigidez, distensión o fluido ¿de acuerdo? No voy a hacerte daño, solo será un ligero examen físico.

Asiento con la cabeza no segura de que reacción tendré al sentir sus manos sobre mí. Por si quedaran dudas sobre lo impersonal y profesional que representa esta acción para él, coloca unos guantes sobre sus manos desproveyéndome de su contacto. Hierde la ausencia de intimidad entre nosotros. Yo no soy nada para él. Una antigua conocida con evidentes y graves problemas, y probablemente él sea el Álex inmutable que una vez conocí.

Retira la sabana y la colcha anodina y áspera de hospital por debajo de mi vientre y luego sube el camisón clínico descubriendo mi abdomen. Vuelvo mi cabeza porque no quiero ver las cicatrices. Ya no hay un impresionante tatuaje que las camufle y son tan recientes que probablemente su aspecto sea espantoso.

—Puse mucho cuidado al coser. Quería que fueran lo menos visibles posible. Créeme, su aspecto no es tan malo. —No me sorprende que él sea el

cirujano que me operó. Ya no.

Niego con la cabeza por toda respuesta. No tengo ningún interés en ver las heridas y comprobar cómo han afectado a mi cuerpo.

Sus manos caen sobre mi piel palmeando con cuidadosa atención mi estómago. No puedo evitar que mis pulsaciones vuelvan a acelerarse. Él echa un vistazo al monitor y luego a mí.

—¿Sientes mucha molestia? —me pregunta.

«¡Molestia no!! ¡¡¡Duele!!!» Quiero gritar «¡¡ Duele la privación de tu contacto y la falta de tus caricias!!», pero mi garganta quema con la vibración de esas palabras retenidas.

Agito mi cabeza en negación de nuevo, aunque cierro los ojos conteniendo lágrimas de amargura que deciden brotar por sí mismas. Me siento miserable y tanta lástima de mí misma que no veo la salida a este pozo negro y hondo en el que me he hundido.

Oigo su voz pronunciando mi nombre suavemente y la goma de los guantes al ser retirados fuertemente.

Una mano encuentra la mía y como hiciera durante mi sueño trata de darme consuelo a través de ella. Vuelvo mi palma hacia la suya para poder sentir el calor seco y suave de la suya. Su unión se siente familiar. Sigue siendo la misma mano que nunca me cansaba de observar; de rectos y delgados dedos que se alargan hasta mi muñeca. La yema de sus dedos dibujando caricias en la piel, que afectan a mi juicio. Me pregunto, si lo hizo alguna vez durante mi inconsciencia y no solo lo imaginé.

No hablamos. Él sabe, tan bien como yo, que no hay nada que diga que pueda aliviar mi tristeza. Mi mirada cae en su mano e imperceptiblemente busco un anillo en su dedo o la marca de haberlo llevado. No la hay, aunque eso no significa nada hoy por hoy. No todas las parejas necesitan firmar un papel para demostrar su compromiso de estabilidad del uno con el otro. Ni

siquiera es de mi incumbencia, pero su presencia me confunde y me siento desolada sin el Álex del que me enamoré.

«No es él, no es él», me repito y poco a poco le suelto dejándole marchar como debo hacer con el recuerdo irreal que tengo de él.

Cierro los ojos y acompaso mi respiración como si durmiera. Un latido transcurre antes de que los guantes vuelvan a su lugar sin palabras y sin explicaciones. Siento el frío del metal sobre mi piel cuando ausculta mi abdomen; sin embargo, no muevo ni un solo músculo de mi cara.

«Solo un momento más» ruego mientras me atrapa el aletargamiento. Pero ese sueño nunca volverá. Se acabó para siempre, y la verdad, odio mi realidad.

M83 _ Wait

Los días en los hospitales se alargan en períodos de tiempo interminables de horas no vividas. Mis minutos en él transcurren entre visitas apenas habladas y libros y revistas a los que no presto atención. La televisión de mi habitación permanece apagada. Nadie ha pagado para que pueda verla y yo tampoco he pedido por ello. Sé que no quieren arriesgarse a que vea el propio titular de mi vida como suceso, y yo solo me pregunto por qué demonios hay que abonar dinero en un hospital para encontrar entretenimiento a través de la pequeña pantalla.

Me han ayudado a sentarme en uno de los sillones de acompañamiento que han acercado a la ventana. Todas las mañanas me coloco allí y miro a través del cristal rezando porque llueva. Mientras, observo la vida de otras personas transcurriendo a través de él como si no hubiera nada importante capaz de detenerla. Prefiero mirar al horizonte sobre sus cabezas hacia las montañas donde todo parece quieto y apacible. Puedo clavar la vista ahí por horas

tratando de pensar en no hacerlo, sin poder evitar que recuerdos no bienvenidos se cuelen por los recovecos de mi conciencia.

Mis padres susurran apesadumbrados entre ellos sin dejar de mirarme. Mi actitud miserable no ayuda, pero no puedo deshacerme de ella como si fuera una chaqueta vieja y raída que ya no me sirve. Ni siquiera sé si podría intentarlo porque no le he hecho.

Sonrió a Jul. Pone unos cascos de música en mis orejas y una canción de Lenny Kravitz fluye a través de ellos. En cualquier otra ocasión, *Fly Away* me hubiera hecho reaccionar, ahora solo agradezco que su melodía apague mis pensamientos.

Solo he visto mi rostro una sola vez. Lloré cuando lo hice. Aquella imagen que me devolvía el espejo no podía ser yo. Estaba mucho peor de lo que había imaginado. No quise volver a mirarme. No quise ser eso. Suspiro profundamente. A veces parece que me falta el aire, y me encuentro constantemente luchando por abarcar más y más, codiciosa, temiendo que se acabe. Es la única señal de que aún ansío continuar viviendo. Cualquier otro de los signos que ofrezco son de absoluta derrota.

La puerta se abre y Jul frente a mí se levanta cuando dos médicos entran, ambos con sendas batas blancas. Saluda cordialmente a Álex e intercambian un apretón de manos, duda dos segundos antes de extender igualmente la mano al otro clínico cortésmente.

Supongo que han tenido su tiempo de reencuentro y conversación tras lo ocurrido porque cierran la puerta tras ellos cuando terminan sus reconocimientos. Yo apenas he intercambiado dos palabras monosílabas con él durante sus visitas. No lo hago con grosería, es solo que todo me resulta demasiado difícil y descorazonador.

—¿Cómo te encuentras hoy, Ana? —pregunta el doctor cuyo soporte identificativo reza Dr. Martinez.

Cojo aire antes de responder.

—Bien. —Es una mentira grande y sucia. Pero no estoy ansiosa por relatar la cruda realidad de cómo estoy exactamente.

Les echo un corto vistazo y mis ojos se cruzan brevemente con los de un Álex sentado de canto sobre mi cama con comodidad. Vuelvo mi mirada hacia la ventana con urgencia, mucho antes de que mis anhelos resurjan de nuevo.

—Estupendo —contesta el Dr. Martínez con más entusiasmo del que resulta apropiado—. El doctor Ros te hará una exploración física por el abdomen para asegurarse de que todo sigue en su sitio —dice con una mueca que tenía intención de sonrisa—, pero antes queríamos saber si te encuentras lo suficientemente fuerte para hablar con la policía de lo ocurrido. Si no es así tal vez podríamos enviar a alguien con quién puedas hablar cómodamente.

¡Oh Dios! ¿Por qué no decir, con claridad, que cree que podría necesitar un psicólogo? ¿Cree que voy a ofenderme? Estoy destrozada por dentro y por fuera.

—Hablaré —contesto.

—¿Con el agente de policía? —pregunta dudando dada la ambigüedad de mi respuesta.

—Con quién haga falta —digo y levanto la mirada hacia ellos esperando alguna confirmación.

—Estupendo —vuelve a decir. Debe de ser su palabra comodín o preferida. Comienza a retroceder echando un vistazo a su carpeta.

—Un momento, doctor —dice Julián mediante señas y caminando hacia la puerta tras él. Los dos desaparecen por ella, y quedamos Álex y yo dentro de la habitación.

Me vuelvo hacia la ventana.

—Nadie pone en duda que tienes motivos para no encontrarte bien. Admitirlo no supondría una flaqueza —dice sin que ningún movimiento delate

que se ha movido.

Le echo un vistazo rápido y lo encuentro absorto en las hojas de su carpeta. Cuando se da cuenta de que le miro levanta sus ojos hacia mí y estos bailan por las contusiones de mi cara sin expresión alguna. No como lo haría el Álex preocupado y enamorado que recree.

—No me importa si doy la impresión de fragilidad ni me importa lo piensen los demás, solo recurro a la respuesta más rápida y sencilla. —Y esta debe de ser la frase más larga que he dicho en mucho tiempo.

—Tendrás que ser más explícita cuando hables con la policía —responde echando a un lado su carpeta—, volver a recordar cada segundo de lo que ocurrió. Ahondarán en cada pequeño suceso que crean importante, y tendrás que explicar qué ocurrió cuando te hiciste esa fractura del escafoides mal curada —continúa señalando mi muñeca con su bolígrafo— o cómo te hiciste esas contusiones que aún son visibles, aunque más antiguas; en tu espalda, por ejemplo o en tu cuello. Por no hablar de las que no dejaron huella en tu cuerpo, pero que probablemente aún duelen ¿Seguro que estás preparada para eso? —argumenta no sin razón, con un leve atisbo de irritación.

No sé qué es lo que me fuerza a hablar con él incluso antes que con mi familia, pero lo hago:

—He tenido un tiempo para aprender que debo estar dispuesta a eso y mucho más con tal de evitar que Abraham vuelva a hacerme daño a mí o a cualquier otra persona. Necesito arrancarle de mi vida. —«Como tú una vez dijiste en mis sueños que te gustaría hacer».

Me mira con atención tratando de confirmar si lo que digo es cierto. Vuelve a coger su carpeta y escribe algo en el primer folio con un bolígrafo que alcanza en el bolsillo de su bata.

—De acuerdo, voy a ayudarte a tenderte en la cama para poder examinarte. Se acerca con calma y, aún con más delicadeza, sujeta mi cintura para que

pueda incorporarme, solo que en vez de ponerme en pie me alza en sus brazos con extremo cuidado antes de tenderme sobre la cama. No protesto. ¿Por qué iba a hacerlo cuando estar de nuevo ahí se ha sentido hogar?

Retira la cobertura de la cama para que pueda deslizar mis piernas por ella, y solo puedo recordar momentos como estos, compartidos de otra forma entre nosotros, pero no reales. Me cubre de nuevo hasta debajo del vientre y sube el camisón de algodón blanco que me ha traído mi madre abriendo un poco la bata que lo acompaña para facilitar su trabajo. Agradezco no estar conectada todavía al monitor cardiorrespiratorio porque probablemente estaría leyendo mis pulsaciones debocadas. Miro hacia las montañas de nuevo tratando de recordar que él no es quien anhelo, y sé que él no es culpable de haber sido estrella principal de mi delirio, pero mientras aún duela, solo puedo mantenerme distante.

—Las lesiones están cicatrizando muy bien; no hay enrojecimiento ni infección. En unos días se podrán extraer los puntos de sutura sin problemas —me informa con ligeros toques alrededor de mi abdomen. Decidido a auscultarme se coloca el estetoscopio en sus oídos y coloca la campana sobre mi piel.

Su actitud es tan claramente profesional y concentrada que sin quererlo mis labios dibujan una leve sonrisa divertida. Él se da cuenta del cambio en la tensión que se agita en el aire porque levanta la mirada para echarme un vistazo sorprendido.

—Perdona, ¿te hago cosquillas?

Niego con la cabeza.

—¿Con cuántos endoscopios de juguete te entretuviste hasta conseguir el de verdad? —le pregunto entretenida.

Mi pregunta hace que las comisuras de sus labios se curven hacia arriba, aunque no deja de examinarme. Al terminar se endereza y me mira.

—Cientos —responde al fin liberando una sonrisa y dejando el instrumental colgando de su cuello—. Probablemente estudié medicina solo para poder tener uno de estos. El título no sirve de nada, sin uno de ellos, no se es un verdadero médico.

Mi sonrisa se amplía y me muerdo los labios reteniéndola. Estiro mi camisión modestamente cubriendo las partes expuestas a las que él ya no presta ninguna atención.

—En realidad, el médico que lo inventó lo hizo porque era muy tímido y le parecía bochornoso tener que acercar el oído al pecho de los pacientes. —No puedo evitar imaginarme a Álex haciéndolo igualmente avergonzado.

—Nah, no quedaría tan profesional —comento con diversión

—Bueno, al parecer no funciona contigo. Te divierte y te recuerdo a un niño jugando con instrumental médico.

—No es eso —explico—, es solo que es muy diferente de la última imagen que tengo de ti.

—Eso es porque hace mucho de eso. Años.

«No para mí» pienso y esa reflexión adolece y borra automáticamente la sonrisa de mis labios.

Álex, después de estudiarme durante unos momentos, vuelve su atención a sus guantes y libera sus manos.

—¿Quieres que te lleve de vuelta a la silla? —me pregunta cauteloso, claramente consciente del cambio en mi estado de ánimo.

—No. Julián lo hará cuando vuelva —respondo.

Asiente con la cabeza un par de veces.

—De acuerdo —conviene recogiendo su carpeta y volviéndose hacia la puerta.

—Álex —le llamo ante de que desaparezca. Esta es la conversación más larga que he tenido en días y me resisto a dejarle marchar—. ¿Alguien ha

comentado alguna vez tener sueños muy vívidos al ser sedada?

La pregunta parece despertar su interés y vuelve a apoyar su mano sobre mi cama sujetando aún sus historiales.

—Algunos pacientes inducidos al coma artificial tienen recuerdos y percepciones durante ese estado, aunque generalmente los medicamentos utilizados durante la sedación tienen efecto amnésico y lo lógico es que no se recuerde nada —explica y luego sus dedos se mueven tamborileando sobre sus notas en un gesto que reconozco. —Acaso, ¿recuerdas tú algo?

—Nada real, pero si me acuerdo de lo que soñé —le contesto con resignada tristeza y me decido a confesar parte de ello— y tú estabas en él, éramos universitarios de nuevo y vivíamos en aquel piso que compartimos.

No se le debe ocurrir nada que decir porque permanece rigurosamente callado.

—Incluso aparecía Jorge, el celador, pero estudiaba periodismo y debía prestarme un libro —le explico con una sonrisa azorada.

—Nuestra mente está compuesta por el consciente que es responsable de lo que vemos, oímos y sentimos y el inconsciente que registra lo que nuestro cuerpo y nuestra mente perciben sin que nos demos cuenta. Unas veces coinciden y otras no. Debido a que tu sedación no era profunda probablemente conjugaste realidad con percepción y eso explica que Jorge y yo invadiéramos tu sueño. No es difícil que no tenga nada de sentido lo que recuerdas. Algunos pacientes incluso se sienten desorientados al despertar.

—Todo tenía más sentido allí que aquí —confieso con pesar.

Me mira con intensidad, como si estuviera madurando profundamente las palabras que acabamos de intercambiar. Finalmente, el contacto visual entre nosotros se pierde cuando él mira de forma reflexiva hacia el suelo, incluso parece coger aire antes de volverse de nuevo hacia mí.

—No se puede soñar para siempre. Ten esperanzas de que todo mejore a

partir de ahora. Eres una superviviente Ana, así que vive.

Afirmo con la cabeza de forma rápida y continuada, conteniendo el nudo en la garganta apretando los labios con fuerza.

El mismo consejo de cualquier otra persona no me hubiera impactado tanto. Él tiene razón; debo dejar atrás lo irreal e inalcanzable y trazar un nuevo camino; decir adiós y no volver. Aunque vuelva ese vacío infinito, que duele mucho más después de ser ocupado y perdido.

—Hola Ana. Me llamo Pilar. —Asiento con la cabeza sin un atisbo de sorpresa. Me muerdo la lengua para no preguntar si practica Aikido—. Mi compañero Enrique y yo fuimos los agentes que acudimos a tu domicilio tras recibir la llamada de un vecino dando parte de muchos gritos y golpes, y al Dr. Ros ya le conoces. Él fue el que se encargó de estabilizarte cuando llegaste al hospital y estará aquí para asegurarse de que no te agotamos demasiado — explica cordialmente con una leve sonrisa que no llega a sus ojos, tratando de crear alrededor un ambiente de confianza y seguridad. Suspiro profundamente —. Está bien, Ana. ¿Qué recuerdas de esa noche?

Desvíó mi mirada hacia la ventana en busca de los picos de esas colinas a las que ni el tiempo ni el paso de los años parecen afectar. Pido que me inspiren para poder mantenerme impasible mientras los sucesos más escabrosos de mi vida tienen que ser desgranados ante personas que jamás entenderán qué o por qué, y comienzo:

—Ese día Abraham llegó tarde. Yo siempre intentaba calcular el momento exacto en el que cruzara la puerta para que pequeños detalles, como que tuviera la cena preparada o no se enfriara, no perturbaran su humor.

Casi sonrío pensando lo primordial y trascendente que resultaba para mí controlar aspectos tan insignificantes de una vida para no contrariarle y que no

supusieran la chispa que encendieran su mal carácter.

«¿Tan importante era Abraham? ¿Realmente era tan fundamental que la comida estuviera siempre en su punto exacto de cocción y calor? ¿O que los cubiertos y los vasos no se apoyasen en la mesa, sino en un mantel? ¿Que la ropa no tuviese una arruga o mancha o que la casa se mantuviera siempre reluciente u ordenada? ¿Tan importante que su carencia te volvía loco? Qué existencia más desdeñable y trivial si detalles tan poco fundamentales y esenciales te afectaban de forma tan negativa. Esa no es vida para ser vivida. Nunca quisiste ser feliz. Siempre rastreando sobre cualquier pequeño indicio que sirviera como excusa para poder gruñir mis numerosas faltas y errores, y qué extraño estar constantemente preocupada y obsesionada por esas simplezas que ahora mismo me parecen tan irrisorias que podría reírme de mi misma y mi estupidez. Me exigías perfección cuando no existe, y no voy a gastar mi vida buscándola. Yo si quiero ser feliz. Tan feliz que ni siquiera me exigiré averiguar cómo conseguirlo, dejaré que sean las pequeñas vicisitudes que me satisfacen las que sumen hasta cifras desorbitadas de felicidad.

Dime, Abraham ¿por qué me golpeaste? ¿Porque estaba la cena fría? ¿Porque un compañero del trabajo se sentó conmigo en una cafetería a tomar un café? ¿Porque me puse demasiado pintalabios esa mañana? ¿Porque se me cayó un vaso de agua y te salpiqué o porque ese día decidí no soportar más tus vejaciones y humillaciones?»

—Yo tenía una maleta hecha con algo de ropa —continuo con mi relato—. Decidí esperarle. Quería dejar claro que todo había acabado, que me iba y nunca volvería. Fue un error. —Un gesto adolorido se me dibuja en el labio. Yo debería haber sabido lo que ocurriría y debería haber escapado a hurtadillas cuando tuve la ocasión—. Se echó las manos a la cabeza cuando le comuniqué mis intenciones, y casi sollozando me preguntó que por qué le hacía eso sin entender que mi decisión de abandonarle era consecuencia

directa de la forma en que me trataba. Tan irracional como suena, él creía que solo lo hacía para molestarlo.

»Dio una patada a mi maleta antes de que comprendiera que yo era la siguiente. Intenté escapar agarrando mi bolso y dejando todo lo demás atrás. Caí de espaldas en el suelo cuando me agarró del pelo y tiró fuertemente de él para alejarme de la puerta. Grité de dolor y sorpresa. Cerró la puerta con sus llaves impidiendo mi huida. Yo tenía las mías en mi mano fuertemente ancladas. A horcajadas sobre mí, sin dejar de gritarme locuras y humillaciones, trató de arrancarlas de mis dedos. Probablemente fue en ese momento cuando rompió dos de ellos o tal vez cuando se puso en pie y estrujó la mano bajo su zapato, asegurándose de que no tuviera oportunidad de escapar.

Ese fue el segundo grito; cuando perdí las llaves tal vez por obra de la desesperanza al desvanecerse el único recurso que me garantizaba la libertad en esos momentos. El tercero llegó con sus patadas sobre mis costillas antes de que pudiera retorcerme sobre el suelo tratando de protegerme. «Seguro que ya tienes a otro amante esperándote y es por eso que quieres dejarme, ¿verdad? ¡¡Contéstame!!»

Cuarto grito. Estrella mi frente contra la pared llevándome a un estado de semiinconsciencia que no evita que sienta el puño de Abraham alzándose sobre mi cara, solo no me acuerdo de cuántas veces fueron, tampoco recuerdo llorar o quejarme, pero tal vez lo hacía porque Él vociferaba: «¡¡Calla!! ¡¡Cállate de una vez!!», como si el suplicio lo sufriera Él escuchándome.

Cuando desapareció de mi campo de visión yo ya no podía defenderme ni huir. Solo era un amasijo dolorido y desdichado que suplicaba que aquello acabara de una vez. El cuchillo era una alternativa válida como cualquier otra para ello, por lo que me rendí cuando apareció con él. «¡¡Ya lo has conseguido!! ¡¡ ¿Es esto lo que querías?!» aullaba él con la primera puñalada.

«Tal vez» pensé «porque cualquier opción es mejor que seguir viviendo de esta manera».

Sin embargo, en algún momento se despertó en mí un resentimiento incapaz de perdonar a Abraham por tanta injusticia y el coraje dormido durante años negándose a permitir el final de una vida que aún me debía mucho, mucho más, y el grito de mis agallas se mezcló con la rabia de mis lágrimas asustando al propio Abraham. «Mira lo que me has obligado a hacer» le oí balbucear con voz atemorizada y espantada. Fue lo último que vi u oí antes de perderme en la oscuridad de mi propia agonía.

Alejo la vista de los collados y los alcores enfrentando la pausa, de obligada cumplimentación, que capacita la comprensión de mis palabras y la realidad que desentrañan. Solo Pilar me mira detenidamente; el otro policia toma notas medio apoyado sobre la otra cama vacía y Álex, tratando de mantener un perfil bajo en todo momento, se sienta a unos metros en una silla. Con las piernas separadas sujetando su cabeza con sus manos y con los brazos apoyados sobre las rodillas mantiene la vista clavada en el suelo.

Así lo imaginé, en las largas horas de espera a mi lado en el hospital, tras la paliza de Abraham.

—¿No recuerdas nada de lo que ocurrió después? —insiste Pilar buscando esa información a través de mis ojos como si pudieran darle más explicación que mi boca.

Niego con la cabeza lentamente entregada a su escrutinio. ¿Acaso hay algo más que debiera saber?

—¿Había sido violento contigo antes de ese día? —continúa.

—La primera paliza llegó hace nueve años; tres meses después de nuestra boda. Desde ese día nunca cesaron. Antes de eso su actitud era la de un hombre posesivo y receloso con demasiado carácter que en ocasiones rompía muebles y golpeaba la pared. Si lo pienso con detenimiento, me doy cuenta

que su violencia llegaba a mí de forma verbal, con insultos y desprecios — confieso.

—Tantos años de maltrato y ni una sola denuncia, Ana. ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué el 80% de las mujeres que sufren maltrato no denuncian? ¿Miedo? Sí, ¿por qué no cuando es evidente que en su mayoría reciben amenazas hacia ellas o su familia? ¿Vergüenza? Posiblemente cuando muchas veces el mismo entorno o la comunidad las juzga y las sentencia como si ellas fueran responsables del delito o farsantes, y el verdadero verdugo, su maltratador, fuese la víctima. ¿En serio una mujer tiene que soportar sin desagravio que la llamen puta durante un partido de fútbol por el simple hecho de evidenciar una situación de maltrato?, pero al contrario, ¿él tiene derecho a demandar para defender su honor cuando alguien se pronuncia en contra de ese ultraje televisivamente y lo supone maltratador tras cuatro denuncias interpuestas con parte de lesiones? Este mundo está loco, y nosotros, sus moradores somos pollos sin cabeza que corremos y giramos sin sentido ni orientación. Cuanta falsa hipocresía, y que desfachatez.

En la sociedad actual se continúa alimentando el arraigo de que la mujer debe adoptar una posición de sumisión. Su triunfo personal reside en ser buena compañera y madre con numerosas disposiciones de sacrificio, altruismo y abnegación. Mantenemos la visión romántica de que la mujer entrega todo por amor, y no, no son hechos del pasado en los países occidentalizados; generalmente, ¿quién continúa sacrificando su vida profesional para cuidar de los hijos cuando no hay otra alternativa satisfactoria? ¿Quién lleva el 75% del peso de las tareas domésticas se trabaje fuera de casa o no?

Por otro lado, en el ámbito laboral solo un 22% de los cargos directivos son ocupados por mujeres y probablemente lo consiguen adoptando conductas masculinas como señal de liderazgo y competencia, y el salario continúa siendo menor para la mujer en igualdad de aptitudes y preparación académica.

En las escuelas, en los institutos y en la universidad, se niega lo femenino y se premia la visión que los hombres han tenido de entender la vida. Siguen faltando los nombres de multitud de mujeres de gran influencia y repercusión histórica en los libros de texto educativos.

En los delitos de violación o acoso sexual sufridos mayoritariamente por mujeres, aún se juzga a la víctima como elemento provocador, ya sea por la indumentaria o por la actitud. No es extraño teniendo en cuenta que persiste la corrosiva visión de la mujer como un objeto sexual y se continúa afianzando a través de la publicidad, los medios de comunicación y en la propia calle como mercancía de compra como si esa fuera su única función o fuese un elemento decorativo. Se utiliza su cuerpo ofreciendo una imagen errónea y denigrante de lo que realmente es una mujer; un ser humano cabal, inteligente y digno de respeto.

Tal vez para algunas voces los logros alcanzados hasta el momento sean suficientes y se considere que hablar de machismo actualmente está fuera de lugar. Tal vez la situación haya mejorado visiblemente; sin embargo, la realidad pura y dura es que todavía estamos muy lejos de la verdadera igualdad. Y si no, que se lo pregunten a Ane Igartiburu cuando anuncia las campanadas de fin de año aterida de frío mientras su compañero lleva hasta capa. «Nena, sácate un abrigo divino y disfruta del comienzo de año nuevo sin que te castañeen los dientes».

No, las diferencias no deberían hacernos desiguales.

Y aun así, el miedo y la vergüenza a ser juzgadas es una de los grandes motivos de las mujeres para no denunciar las agresiones de su compañero.

Otras veces el maltrato psicológico está tan enraizado y ha hecho tanto daño en el raciocinio de esa mujer, que las humillaciones y degradaciones de su atormentador quedan implementadas en su cabeza como ciertas. Menguadas y anuladas, creen que no valen nada y tienen miedo a estar solas porque el

maltratador les ha hecho creer que dependen de él absolutamente para todo. La ausencia de otra relación social o vida que no sea la que comparte con él, hace que su universo sea su compañero, que las aspiraciones de él sean las suyas propias y que todo se reduzca a él. Se culpa de la violencia de su pareja como si ella fuera la causante de cada agresión, entrando en un estado de abandono y pasividad del que es muy difícil salir. En su mente se erige su propia cárcel.

Yo también estuve ahí, pero ¿cómo fue posible? Yo no procedo de una familia con diferenciados roles masculinos y femeninos. Mi madre siempre ha sido una mujer enérgica con mucha voz en mi casa y mi padre la respeta de forma idolatrada. Ella siempre me ha empujado a ser independiente y no rendirme jamás, por lo tanto ¿cómo es posible que teniendo claro que como pareja no solo tenía deberes, sino también derechos, cayese en ese círculo autodestructivo del que no veía fácil salida?

—Cuando todo comenzó no me reconocí como víctima —respondo—. Con los primeros golpes me engañé a mí misma creyendo que eran deslices fortuitos que nunca volverían a ocurrir, discusiones que se habían desmedido por parte de ambos porque algunos de sus primeros golpes manuales o verbales yo también los devolvía con bofetadas ofendidas.

»Luego llegaron los enfados descomunales por pequeñas cosas, los celos desproporcionados e irracionales y el aislamiento. Me adapté a todos ellos sin luchar porque Abraham formaba parte del encantamiento en el que yo había idealizado mi vida y me negaba a fracasar en mi matrimonio. Pensaba que estaba en mis manos el poder cambiarle. Quería ayudarlo porque lo amaba. Cada vez que él era atento, compasivo y agradable conmigo me engañaba pensando que lo había conseguido, y mi felicidad alcanzaba cotas sin precedentes porque tenía de nuevo el Abraham que me enamoraba, pero los episodios de violencia se sucedían de nuevo y el período de "luna de miel" era cada vez más escaso y menos recurrente y los ataques más frecuentes e

implacables, y ya ni siquiera me defendía porque estaba demasiado agotada y extenuada para intentar hacerle comprender o razonar. ¿Cómo era posible que él siempre olvidara sus agresiones y me atribuyera constantemente a mí ser la causante de nuestros problemas? Nadie es más ciego que el que no quiere ver, y los dos cerramos los ojos a la realidad hasta que decidí que nunca más.

Fracasar en mi matrimonio significaba ganar en mi vida; aun así, consciente de ser una víctima y él mi verdugo, lo único que quería era alejarme de él. Nunca tuve intención de denunciar. Tal vez fueron los recuerdos de lo que una vez fuimos y las evocaciones de un amor entre nosotros que en realidad nunca fue saludable que me instaban a continuar protegiéndole o solo era lástima. Tan complicada como es la mente, a veces ni nosotros mismos entendemos nuestras decisiones. Ya luché una vez demasiado contra él, lo único por lo gritaba mi cuerpo y mi alma era por paz y descanso —explico.

Sin embargo, he aprendido que la lucha contra esa situación nunca debe terminar. Un maltratador jamás debe salir impune por muy leve que sea su agresión. No beneficio a Abraham ni a mí misma ignorando su problema.

La violencia no se hereda ni es innata, se enseña y se aprende. El 90% de los maltratadores que siguen los cursos de reinserción se rehabilitan cuando dejan de negar sus trasgresiones y comprenden que sus acciones son delitos contra la ley, la integridad y equidad.

Esa es la forma correcta de detener esta barbarie y ayudarme no solo a mí misma, sino tal vez al propio Abraham. Denunciando.

—¿Amenazó alguna vez Abraham con quitarse la vida o tuvo tendencias suicidas? —pregunta sin que en ningún momento varíe la expresión en su cara o cambie la entonación monótona de su voz; sin embargo,... hay algo en esa pregunta que me retuerce incómoda. Incluso la exhalación desde mis pulmones sale temblorosa.

Mis ojos se desvían mecánicamente buscando los de Álex. Él me devuelve una mirada llena de preocupación que lejos de tranquilizarme aumenta la impresión de malestar. Le observo levantarse y acercarse hasta mí por el lado opuesto de la cama desde el que Pilar espera mi respuesta. Trago fuerte para poder hablar, porque mi garganta parece atorada.

—A veces utilizaba esa amenaza para intentar retenerme a su lado, tratando de despertar lástima para que me resultara difícil separarme de él, pero realmente nunca le creí capaz de hacerlo —contesto con voz titubeante—. ¿Por qué? —me atrevo a preguntar sin fuerzas.

—Ana —dice Pilar cruzando su mirada con Álex. Soy consciente de que lo que tiene que decir será un nuevo golpe que volverá a derribarme —. Abraham se precipitó desde la terraza después de agredirte. Falleció inmediatamente.

Cierro los ojos conteniendo emociones y ocultando mi conmoción hasta que seguir haciéndolo parece imposible. Cubro mi rostro con mis manos cuando surge un sollozo desde mi garganta.

«¿Por qué lo hiciste Abraham? ¿Cuál fue tu razón? ¿El arrepentimiento? ¿No tuviste valor para enfrentarte a la justicia? o ¿pensaste que habías acabado conmigo y en realidad dependías de mí mucho más de lo que nunca llegarías a reconocer? ¿Por qué de nuevo se siente como si fuera una nueva puñalada clavada en mi cordura? Y sobre todo ¿por qué malgasto lágrimas por el hombre que me torturó, me humilló y atormentó?

Después de tanto sacrificio, tanto padecimiento y amargura, me quitas la oportunidad de poder odiarte cuando mi razón y mi alma estaban preparados para ello. No quiero sentir pena ni compasión por ti, pero me quema en las entrañas el pensamiento de que nunca tendrás ocasión para darte cuenta de lo que hiciste. Me debes una disculpa; me debes reconocer que eras tú el culpable de tus agresiones; me debes los quince años de mi vida que

desplegué antes tus pies para que pudieras pisotearlos; me debes el respeto como mujer que jamás me diste, pero no lo necesito como no te necesitaré a ti.

Descansa Abraham, ya que ese fue el camino que elegiste. Yo encontraré la manera de ponerme en pie de nuevo, alejando las huellas trémulas de tus dedos sobre mí para siempre. Lo hubiera conseguido de todas formas aunque tus palabras trataran de volver a abatirme e intentaras alzar tus puños contra mi resistencia. Lamento que no puedas verlo. También me debías eso».

Cuando Pilar y su compañero salen de la habitación, Álex se queda a mi lado. Su mano ha ido a parar a mi pelo sobre mi cabeza inclinada y yo he vuelto mi cara hacia él apoyándome sobre su cuerpo volcando las últimas lágrimas que derramaré por Abraham.

—Avisaré a tu familia para que pueda entrar —susurra suavemente sin moverse, pensando probablemente que es lo que necesito.

—Espera —le ruego—. Solo un momento más.

—Hay algo que no acabo de entender —interrumpe Lucía tras escuchar el relato de mis delirios post-trauma—, cuentas a Julián y a Álex tu regreso al pasado y ¿a mí solo me incitas para hacerme un tatuaje?

—Era un tatuaje genial —convengo.

—Vale, te concedo eso.

—Así que Álex... ¿Se lo has contado a él? —pregunta.

—¡No! Bueno, le expliqué que aparecía en mi sueño, pero no puedo confesarle todo. Creería que estuve teniendo fantasías con él. —La ceja de Lucía se alza a su más puro estilo. Tiene la patente.

—¿Fantasías? ¿Como fantasías eróticas? No me has contado todo.

—Se supone que estábamos juntos, no gastábamos el tiempo solo

mirándonos a los ojos —confieso.

Mi declaración le hace soltar una carcajada.

—¿Tiene pareja? —pregunta inocentemente.

—Lucía... —recito tratando de detener sus ya evidentes elucubraciones.

—¿Qué? —se defiende— siempre pensé que entre Álex y tú había algo. A ver, no me malinterpretes no es que él fuera del tipo abierto y locuaz, pero tenía una forma especial de mirarte y tratarte. ¿Y te acuerdas de esa novia que tuvo? Ella te odiaba.

—Nos tenía antipatía a las dos, Lucía.

—Eso no es cierto. Yo no caigo mal a nadie —añade Lucía y se me dispara una risa incrédula.

—Además, ni en un millón de años hubieras reservado esa información para ti, me lo habrías dicho.

—¡Y lo hice! Pero tú estabas tan ciega y hechizada por... Abraham que... no prestaste atención. —Su vehemencia inicial decae a medida que el nombre maldito aparece en nuestra conversación.

Cuando Lucía ha abierto la puerta de la habitación de hospital no ha podido ocultar su conmoción al verme; sin embargo, y antes de que yo empezara a hablar lo primero que ha dicho es:

—Solo conversaremos sobre ello cuando tú estés preparada para hacerlo, lo único que quiero es que me prometas que lo harás y no me mantendrás al margen.

Y es precisamente, por eso, que ha salido de mi boca en susurros débiles y frágiles cada suceso lamentable e inolvidable que nunca antes compartí con ella. Detalles que ni siquiera puedo relatar a mi familia porque hacerlo acabaría con ellos.

También he resuelto contarle parte de mi experiencia durante la sedación y lo ocurrido durante el sueño como parte más luminosa y esclarecedora de mi

relato.

Hablar de ello, ayuda, y compartirlo con Lucía le resta seriedad. De esa forma abro la ventana por la que puedan escurrirse los recuerdos de esa ilusión como se desvanecen los sueños con el tiempo. Fue un ensueño extraordinario del que aprendí una gran lección, pero por mal que me pese, mi vida es esta, y aún no se ha acabado.

—No implica nada de todas formas. De eso hace muchos años —continúo con la conversación.

—Tal vez inconscientemente lo sabías e incluso te gustaba —insiste.

—Sí, al parecer mi instinto sabe mucho más que yo e incluso es más inteligente —concluyo para zanzar el tema—. Continuemos con los planes de ese viaje a Las Palmas, ¿estás segura de que a Alberto no le molestará?

—Por supuesto que no y si lo hace, a quién le importa. Necesitamos esta escapada de chicas sí o sí.

—Gracias Lucía. Por todo. Te echaba de menos.

—No vuelvas nunca más a ocultarme algo así, Ana. Ni a mí ni a nadie. Te lo perdono porque te quiero, pero me enfurece pensar que hayamos tenido que llegar a esto para que se descubriese. Nunca más, Ana. En serio.

—Nunca más, Lucía —convengo— porque jamás volverá a ocurrir.

Los puntos desaparecen y la enfermera alaba el trabajo y delicadeza del cirujano en el momento de la sutura. Al parecer el aspecto de mis cicatrices podría ser peor.

La última visita de Álex llega con el alta médica. De alguna forma durante sus comprobaciones diarias, sus silencios me han forzado a hablar sin sentirme incómoda. Le he preguntado sobre aspectos de su trabajo sin incurrir

en su vida privada. No hemos hablado de los viejos tiempos, ni de las antiguas amistades. No sentimos prisa por ponernos al día. Podríamos haber pasado por dos desconocidos que acaban de encontrarse y hablan de temas superficiales que los mantienen vinculados sin terminar de profundizar. En cierto modo, es como si lo fuéramos. Apenas sabemos nada el uno del otro.

—¿Continúas practicando Aikido? —se me ocurrió preguntarle en algún momento.

Mi pregunta le debió resultar divertida porque una leve sonrisa se dibujó en su rostro.

—Es Kung fu, y sí, a veces no puedo dedicarle el tiempo que me gustaría; sin embargo, lo intento.

—Oh. —Intenté no parecer decepcionada, pero su respuesta punzó de todas formas. ¿De dónde saque la idea del Aikido?— ¿Cómo el panda? —le pregunté

—Eso es, pequeño saltamontes. —Automáticamente se levantaron las comisuras de mis labios.

No puedo evitar compararle con el Álex que imaginé, como no puedo evitar darme cuenta de que las similitudes existen. Supongo que los recuerdos grabados de él, en mi archivo personal, nunca fueron borrados y, por mucho, que pretenda evitarlo me encuentro atrapada innumerables veces en sus ojos cuando hablamos y, aún duele, darme cuenta de que lo que hubo entre nosotros solo fue un espejismo porque se sintió real, sincero y completo.

No obstante, es demasiado desmoralizante ser consciente de que la probable imagen que ofrezco es, solo, la que despierta lástima. Soy la viuda reciente que estuvo a punto de ser asesinada por su difunto marido. Ese es el titular actual de mi vida; muy aterrador, y eso es lo que debo cambiar antes de intentar abrir una nueva puerta. A lo mejor esa puerta está cerrada con llave, a lo mejor no necesito abrirla.

—Este es el número de teléfono de un colega —explica extendiéndome una tarjeta de presentación. Leo psicólogo en su membrete—. Sería correcto que pudieras hablar con alguien. Aunque ahora te sientas fuerte, puede que en algún momento necesites su ayuda. —Asiento con la cabeza—. Y este es el mío —dice ofreciéndome otra tarjeta. La miro como si fuera de oro reluciente y fuese la primera vez que lo veo—. Llámame para cualquier cosa, Ana. Siempre que necesites algo.

Me asombra la forma casual y ligera con la que acaba de romper la relación estrictamente médico-paciente que manteníamos hasta ahora.

—¿Incluso azúcar? —Él sonríe y quedo prendida de ese gesto que parece iluminar la habitación. Mi sueño no le hizo justicia. Nunca le he visto tan espectacular. Deben de ser los años aportando madurez a sus rasgos y definición a sus contornos o puede que sea yo, tan confundida que lo observo a través de un prisma idílico que todo magnifica.

—Siempre tengo de sobra.

—Gracias —respondo—, te tomo la palabra.

Sus dedos vuelan flojos hasta mi frente donde apartan un mechón de pelo y contengo el aliento. Estoy tentada de apoyar mi mejilla en su mano aún a centímetros de mi rostro, y tengo que luchar para evitarlo. No importa cuántas veces me engañe y me empeñe en pensar que no es él. Mi cuerpo busca el suyo como viejos amantes que nunca han dejado de tocarse. Pestañeo con lentitud, como si el tiempo se hubiera detenido, y me baño en la sensación de su caricia.

—Esa cicatriz parece estar curando muy bien. Ni siquiera creo que pueda ser visible con el tiempo. —¿Eso era todo? Miro al suelo evitando enfrentar su mirada. ¿Y si es capaz de percibir el anhelo en mis ojos?

Mi madre entra en ese momento en la habitación. Ha insistido en volver a buscarme tras aparcar el coche muy probablemente en zona prohibida, pero

cerca de la puerta.

—¿Estás lista? —me pregunta regalando una sonrisa a Álex antes de dirigirse a mí. Asiento con la cabeza. Lo estoy—. Gracias por todo —le dice a él envolviéndole en medio abrazo afectuoso—. Nuestra casa es tu casa, Álex. Puedes venir a visitarnos cuando quieras. Ya tienes la dirección.

—No hay nada que agradecer. Forma parte de mi trabajo —contesta azorado sin levantar la vista hasta terminar su frase.

—No. Ha sido más que eso y lo sabes. —Me quedo pasmada.

Esa es la forma de sentenciar de mi madre, sin dar lugar a replicas o dudas de que lo que ella dice es la verdad absoluta. En su favor he de decir que si lo expresa de esa forma es porque realmente lo es, y darme cuenta me deja un poco confusa ya que no tengo ni idea de a qué se refiere.

Me incorporo de la cama donde estoy sentada apoyándome en la mano firme y segura de Álex tendida hacia mí. Solo le suelto cuando llego a la puerta tras un ligero apretón con los dedos incapaz de expresar todo lo que debería y una sonrisa tensa de despedida; sin embargo, alguna fuerza metafísica impide la separación de nuestras palmas y las mantiene unidas sin que realmente se sostengan. Mis dedos se deslizan reticentes y lentamente por los suyos hasta alejarse con el corazón roto. Yo siento lo mismo.

Dudo que alguna vez acuda a casa de mis padres, son de esas invitaciones que resultan calurosas en el momento que se extienden, pero se desvanecen con el tiempo, y no estoy segura, de tener valor alguna vez para llamarle. Cada uno volverá a una vida con escasas probabilidades de cruzarse de nuevo. Siento que me despido para siempre y no quiero.

—¿Puedo llamarte a cualquier hora?; quiero decir, si lo hago ¿no tienes a nadie que pueda molestarse? —pregunto precipitadamente antes de que con la distancia no pueda oírme. ¿De dónde salen estas agallas?

Mis preguntas titubeantes y aceleradas dibujan una expresión divertida en

su rostro.

—No —responde sencillamente.

Se me dibuja una estúpida sonrisa en la cara. ¡Dios! Debo encajar insuperablemente con el estereotipo de viuda alegre. Miro a mi alrededor, ¿a quién interesa lo que piensen los demás? Me merezco todo lo bueno que me ocurra y quiero ser capaz de disfrutar de ello. ¿Qué importa que sea pronto? En realidad siempre será tarde. Un atraso de quince años perdidos y malgastados.

Tal vez Freud tenía razón y es el subconsciente el que encuentra las soluciones a nuestros problemas. El mío me envió directamente a los brazos de Álex como si él fuera el adecuado. Aunque primero, mucho antes de nada y de todo, debo aprender a ser feliz por mí misma, y comprender lo que es serlo solo en mi beneficio.

EPILOGO

James Arthur _ Roses

Las heridas del cuerpo sanan con el tiempo. Las dolencias del alma solo mejoran gracias a las terapias psicológicas, individuales y de grupo, porque entablar relación y hablar con mujeres que han sufrido de igual manera resulta de gran ayuda. Lo más importante para poder avanzar es: comenzar a vencer aprensiones y culpas, aumentar la autoestima y la propia valía y aprender a retomar el control porque cuando no ha existido más vida que la de la pareja, y las decisiones y necesidades atendidas han sido únicamente las de él, la primera alteración con su ausencia es la de absoluta confusión y pérdida.

¿Qué es lo primero que deben hacer los pájaros en cautividad cuando se abre la puerta de su jaula? Aprender a volar en libertad para sobrevivir. Solo que no es sencillo conseguir agitar las alas de nuevo. Yo lo intento con la ayuda de las personas que a mi lado jamás me fallan, y me enseñan que no estoy sola. De esa forma recobro un peso saludable, mis mejillas se tiñen de color y mi mirada recobra su brillo.

A veces cierro los ojos únicamente con la intención de recrearme en la sensación que me produce vivir sin miedo, sin temer la repercusión de un comentario o una mirada mal interpretada, una demanda no cumplida o un acto de torpeza que no puedo evitar. El sonido de llaves en la puerta ya no hace que mi corazón se acelere lleno de pavor y que retumbe en mi pecho con incertidumbre. Qué extraña sensación de plenitud y tranquilidad cuando mi principal preocupación consiste en cuidar de mí misma, quererme, y hacer solo aquello que me agrade sin perjuicio de nadie. Me vuelco en esas pequeñas cosas que me satisfacen y me ayudan a sumar felicidad sin exigirme nada más que aprender a vivir de la manera que más necesite. Es una lección válida para cualquiera.

Seis meses han transcurrido desde que comencé de nuevo. No ha sido un tiempo fácil. Las pesadillas, los ataques de ansiedad y los recuerdos aún dolían encarecidamente perturbando mi bienestar.

Hubo días que lo necesitaba, otros que lo odiaba y otros que la pena se hundía en cada soplo de aliento, arrastrándome a una sombría e insondable depresión de la que no veía salida.

El psicólogo que Álex me recomendó entiende mi situación con Abraham y sus efectos en mí como los que padecen los prisioneros de guerra tras su confinamiento. La diferencia estriba en que yo tenía en mis manos las armas suficientes para alcanzar mi libertad, solo me olvidé de usarlas o no fui lo suficiente valiente. A veces hace falta más valor para huir que para aguantar.

Me paseo por las habitaciones de mi antiguo hogar, consolidando la decisión de venderlo y clausurar de forma definitiva sus recuerdos.

Mis padres se ocuparon de borrar todo rastro que pudiera afectarme de él contratando un equipo de limpieza y deshaciéndose de fotos y recuerdos que pudieran afligirme. Mis cosas ya no forman parte de él. Curiosamente, lo que más me afecta es verlo vacío, tan desprovisto de vida y tan lleno de silencio, que ni siquiera lo reconozco.

No me molesto en echar un vistazo al lugar en que se supone fui apuñalada, tampoco miro en dirección a la terraza. No quiero regodearme en la miseria y la autocompasión, bastante difícil ha sido llegar hasta aquí, como para continuar mirando atrás.

La agente inmobiliaria coloca el cartel de “Se vende” con enormes y llamativas letras. Yo le entrego mis llaves y cierro la puerta al salir de ese lugar al que nunca volveré. Tal vez, si algún día camino bajo su sombra, levante la cabeza por inercia para echarle una ojeada, pero jamás escarbaré en busca de buenos momentos porque todos ellos están teñidos del más denso y dañino matiz.

La puerta suena con un sonoro golpe al cerrarse como un broche final dramático de mi despedida.

Mis pasos me llevan hasta el paseo junto a la playa y justo a la altura de la fuente me detengo junto a la barandilla con la mirada perdida en el mar. Espero. He acabado antes de lo que había calculado y es pronto. El viento de Abril todavía es fresco y me arrebujó entre la tela de mi chaqueta buscando refugio y noto calor. Es un calor inesperado que llega desde mi espalda y sé antes de volverme que ha llegado.

Durante estos meses Álex y yo hemos mantenido diversas conversaciones telefónicas. Busqué su ayuda el primer día que sentí los primeros síntomas de un ataque de ansiedad, y como hiciera en mi sueño me calmó y me guió durante mi respiración. Después recibí algunas llamadas de cortesía en las que preguntaba por mis progresos y de alguna forma, esas charlas triviales se volvieron más personales e íntimas hasta que una noche en vela, para él por una guardia y de insomnio para mí, le confesé el contenido de mis alucinaciones durante mi sedación. Le oí reír en ocasiones y contener la respiración en otras.

—¿Crees que podríamos vernos? —Fue lo único que comentó al finalizar. Evidentemente, sí, y por eso estoy aquí.

Levanto la mirada hacia él sobre mi hombro y le encuentro observándome. Una leve sonrisa se dibuja en mis labios. Continúa siendo el mismo Álex que no necesita grandes entradas ni adiestrados saludos. ¿Para qué cuando sus silencios albergan más sentido que cualquier palabra?

Apenas ha cambiado su apariencia, con sus vaqueros azules desgastados y una camiseta blanca bajo su chaqueta de cuero negra, su aspecto continúa siendo totalmente casual, aunque parece haber aparcado las botas hostiles y las serigrafías con los nombres de los grupos musicales. Las ondas grandes de su pelo continúan cayendo largas y abundantes por su nuca en un caos de

mechones desordenados, y su barba asoma ligera y descuidada en su mandíbula.

Nos observamos sin hablar. Absorbemos con detenimiento y minuciosidad cada detalle del otro. Su atención se centra en algún lugar bajo el lóbulo de mi oreja y alza su mano para retirar mi pelo revelando el tatuaje de la mariposa. Sus dedos se pierden dentro de mi cabello mientras su pulgar acaricia con delicadeza el dibujo.

—Hay más —consigo decir en un susurro que surge ronco y profundo.

Sus ojos se desvían con una interrogación hacia mi abdomen y yo asiento.

—Me gusta —manifiesta al fin, aunque su dedo no deja de jugar con el contorno de mi cuello.

Lucía lo tiene igual. Nos lo hicimos en nuestro viaje a las islas. Para mí ya era el segundo, el primero fue mi ave fénix camuflando mis cicatrices, el tercero y más reciente, una rosa rodeada de alambre de espino en mi hombro izquierdo recordándome que una vez yo también fui esa flor cautiva.

Es extraño como lo son los sueños, pero ahora soy consciente de algunos aspectos sobre Álex que creía desconocer durante mi inconsciencia como por ejemplo: que realmente lleva el tatuaje de la serpiente y el brazalete de alambre de espino en su brazo; también lleva las letras orientales negras, solo que no sé qué significan y deduzco que no es Aikido y también sé que tiene un hermano mayor que, en efecto, se llama Daniel, solo que no es punk en absoluto y solía hacer de intermediario en las desavenencias entre Álex y su padre.

También sé que su preocupación y atención por mí, durante mi ingreso hospitalario, fue mucho más personal que profesional y que no lo imaginé sentado junto a mi cama con infinito desvelo. Asimismo, recuerdo un beso, un beso regado con mucho alcohol hace años durante una de las muchas veces que dejé a Abraham antes de que volviera pidiéndome perdón, y sé que hubo

una disputa entre ellos que acabó en una pelea en la que Abraham salió mal parado.

Ese fue el día en que comencé a alejarlo sutilmente creyendo que era lo correcto para todos. Lo sé. Fui una estúpida insensata más ciega que enamorada, que se dejó guiar por la mano del hombre, que la alzó en su contra. Ni siquiera traté de estirar un poco el cuello para poder echar un vistazo alrededor de Abraham y descubrir las vistas que él ocultaba. No vi a Álex. Lo hago ahora y pido que no sea tarde.

Busco en sus ojos la respuesta y lo encuentro mirando mis labios al encuentro de su pulgar. Con la yema de su dedo recorre el inferior jugando con él antes de estirarse hacia el superior.

—Tenía pensado llevarte a un restaurante y durante la cena confesar el loco enamoramiento juvenil que tenía por ti mientras fuimos compañeros. También quería explicar que ya no soy aquel chico de 20 años tímido y reservado que dejaba escapar las oportunidades sin batallar por ellas, pero que me asusta presionarte demasiado y que no estés preparada aún; sin embargo, y paradójicamente, diría que no quiero ni puedo arriesgarme de nuevo a que te alejes, y tal vez, al final de la noche me atrevería con un beso si aún siguieses conmigo. Pero desde que te he visto, no soy capaz de pensar en otra cosa y no creo que pueda esperar tanto tiempo sin besarte.

—¿Qué te detiene? —pregunto sin voz y salgo a su encuentro cuando sus labios encuentran el camino a los míos.

No inventé los besos de Álex. Reproduje el de aquella noche muy consciente de que era el mejor beso que me habían dado nunca. Ya no sabe a tabaco; sin embargo, continúa siendo igual de adictivo. Me pierdo en la intensidad de su boca sin olvidarme de mí misma. Sé que con él nunca será así, como sé, que todos los hombres no son iguales. No quiero eludir el amor manteniéndome firme en esa determinación. Merezco esta oportunidad.

Soy el fénix que renace de las cenizas más frías, la mariposa que luchó por estirar sus alas y volar y la rosa que combatió y se liberó de sus espinas.

«Y, tú, haces mis sueños realidad».

FIN

¿Te ha gustado? No olvides dejar tu comentario en amazon, facebook, goodreads o cualquier otra plataforma que creas conveniente. La mejor publicidad es tu opinión. No hacen falta grandes y elaboradas reseñas. Con una simple frase es suficiente y ayuda mucho a los autores; además, de crear ilusión y deseos de continuar escribiendo. Búscame en

www.avsanmartin.com

¡Gracias por leerme!

Los países en los que hay más igualdad de género experimentan mayor crecimiento económico. Las empresas que cuentan con más líderes mujeres logran mejores rendimientos. Los acuerdos de paz que incluyen a las mujeres son más duraderos. Los parlamentos en los que hay más mujeres aprueban más leyes sobre cuestiones sociales clave como la salud, la educación, la lucha contra la discriminación y la manutención de los niños. Las pruebas no dejan lugar a dudas: la igualdad de la mujer supone progresos para todos.»

Ban ki—Moon
Secretario General de la
Organización de las Naciones Unidas

*SERVICIO TELEFÓNICO DE INFORMACIÓN Y
ASESORAMIENTO JURÍDICO EN MATERIA DE
VIOLENCIA DE GÉNERO --> 016*

AGRADECIMIENTOS

No sé si realmente alguien lee alguna vez los agradecimientos. Reconozco que yo sí lo hago, sobre todo cuando el libro me ha calado tan hondo que debo continuar leyendo hasta el código de barras para no darlo todavía por acabado. No sé si este es tu caso, lector, pero ojalá lo sea, y déjame, entonces, que te dé da las gracias en primer lugar; por llegar hasta aquí, por dar una oportunidad a este libro y a esta autora y por comprender.

Yo, como escritora, no sería una realidad, si no fuera por ese montón de lectores que se han puesto en contacto conmigo para contarme lo mucho que han disfrutado de esta novela. Eso y nada más, es lo que me llena de fuerzas para continuar escribiendo.

No puedo dejar de dar las gracias a mi familia, a cada uno de ellos, padres, hermanos, tíos, primos, a la cuadrilla y amigos. Gracias por el entusiasmo y la aceptación.

Sobre todo gracias a mi marido Juanjo y a mis hijos; Juncal y Tristán, por aguantar estoicamente el tiempo robado que les corresponde, por derecho propio, de su mujer y madre, y dedico a mis libros; por las comidas frías e improvisadas de última hora; por no contestar a tiempo cuando estoy en mi mundo y no escuchar una sola palabra de lo que tratan de decirme. Y sobre todo agradecer a mi marido la confianza y el apoyo. «Nunca sabrás lo que significa para mí que me facilites dedicarme en cuerpo y alma a esta vocación»

También debo dar las gracias a aquellas personas que sin saberlo sirvieron de inspiración para algunos de los personajes y por prestarme esos guiños que tanto han significado en mi vida y debía dejar inmortalizados en este libro que tanto lleva de mí.

Y muchas gracias, de todo corazón, a todas esas maravillosas personas que

he ido conociendo en mi andadura de escritora y que sin ningún interés me han tendido su mano abierta y generosamente: Belén Edreira, Chelo Casas, Emma Torrents, Carmen Berenguer. —Sois estupendas y un buen ejemplo de que aún existen las buenas personas y hay esperanza para la humanidad—.

No me voy a olvidar de todas y cada una de las mujeres que han formado parte de mi vida de una forma especial. Gracias por compartir conmigo un poco de vuestra fuerza, por animarme a ser una mujer con garra, independiente y luchadora. Gracias por servir de ejemplo y crear pilares sólidos y robustos en los que apoyarme. Gracias mamá, prima Ana, tía Ana, tía Marisol, Irene Novales. Sería difícil nombrar a cada una, pero muchas lo sois sin saberlo.

Gracias y más gracias.

BIBLIOGRAFÍA

- Ministerio de Interior, Servicios Sociales e Igualdad.
- Consejo General del Poder Judicial.
- Wikipedia
- Naciones Unidas (www.onu.cl/onu/violencia-de-genero)
- Aprodemm
- Fundación Aspacia
- Fundación Mujeres
- Especialista en igualdad.
- Mujeres en igualdad.
- Fundación Ana Bella/Red de mujeres supervivientes.
- REVISTA DE DERECHO PENAL Y CRIMINOLOGÍA, 2.^a Época, n.º 12 (2003), págs. 271-307
- Confidencial
- El país
- El mundo
- 20minutos
- Abc
- <http://www.infomaltrato.com/>
- www.monografias.com
- www.um.es/eglobal/
- <http://www.loquesomos.org/la-mujer-sus-problemas/>
- esdesalud.wordpress.com/2010/03/28/vidas-destrozadas-por-el-medicamento-agreal/
- http://www.ideal.es/jaen/prensa/20060903/local_jaen/agreal-hizo-vida-infierno_20060903.html
- <http://www.migueljara.com/2014/08/01/caso-agreal-la-nueva->

[sentencia-judicial-confirma-que-el-asunto-no-ha-echo-mas-que-comenzar/](#)

-

http://www.lapaginadenadie.com/87804/PUNK_unmovimientocontrac

- <http://u-topia1.blogspot.com.es/2011/01/sanadoras-comadronas-curanderas.html>

- <http://www.soho.com.co/vida-soho/articulo/breve-historia-ropa-interior-femenina/27685>

- <http://www.lasexta.com/programas/equipo-investigacion/>

-

http://www.anestesia.org.ar/search/articulos_completos/1/1/220/c.php

- <http://www.heberth25.tripod.com/id16.html> Reportaje sobre las hermanas Mirabal.

- <http://www.aikidogirona.com/>

- <http://www.aikido.es/>

- <http://www.aprenderbillar.net/>

- <http://www.pulsodigital.net/2010/06/como-detectar-y-enfrentar-una-persona.html>

- <http://rbeglion.blogspot.com.es/2015/07/signos-evidentes-de-un-maltratador.html>

- <http://www.mujeraf.com/2014/02/abuso-verbal-cuando-las-palabras-dejan-cicatrices/>

PRÓXIMAMENTE. Publicación el 1 de Julio del 2017.



Una historia de intriga, mentiras, amor, celos y tragedia, donde nada es lo que parece. Un thriller apasionante donde el fuego no es lo único que arde.

SINOPSIS

Aquí es donde deberían ir impresas las pequeñas pinceladas que resuman lo ocurre en este libro, pero la verdad es que no importa que describa cómo es Inés, su protagonista, que narre de forma atrayente su pasado o hable del incendio que todo lo trunca porque todo lo que diga puede ser cierto o no, o

simplemente cambiar antes de que termines de leer esta sinopsis.

También puedo hablar sobre Oliver y esa extraña relación de amor odio que mantienen, pero antes deberás asegurarte de que Oliver es realmente quien sospechas. Así que no importa de qué forma lo resuma porque en realidad la historia podría ser otra...

[1]* Nota de la autora: Expresión o grito de guerra utilizado por el ent Barbol. Aparece en el Señor de los anillos.

[2] Nota de la autora: Se refiere al controvertido video, que saltó a los medios de comunicación, en el que una chica realizaba felaciones a varios individuos, para conseguir consumición gratis, en una discoteca de una concurrida zona de fiesta en Magaluf, Mallorca.

[3] Nota de la autora: Referencia a la canción titulada Fiesta pagana del grupo musical gallego Mago de Oz.

[4] Nota de la autora: Cantante y productor musical estadounidense.

[5] Nota de la autora: Las aventuras de Ford Fairlane (The Adventures of Ford Fairlane) es una película cómica estadounidense de 1990 que está interpretada por el controvertido humorista, Andrew Dice Clay, como el personaje Ford Fairlane que repetidamente utilizaba la expresión: Increíble-ble.

[6] Nota de la autora: Broma popular, que se llama sábanas cortas en Chile, que se realiza metiendo el extremo inferior de la sábana encimera por la cabecera volviéndola luego sobre la manta. De este modo, la persona que intenta entrar no lo consigue al haber reducido con la sábana el espacio disponible.

[7] Nota de la autora: El oso grizzly es una de las subespecies del oso pardo más grandes del planeta.

[8] * Nota de autora: La Talidomina es fármaco que fue comercializado entre los años 1957 y 1963 como sedante y como calmante de las náuseas durante los tres primeros meses de embarazo y provocó miles de nacimientos de bebés afectados de focomelia, anomalía congénita que se caracterizaba por la carencia o excesiva cortedad de las extremidades.